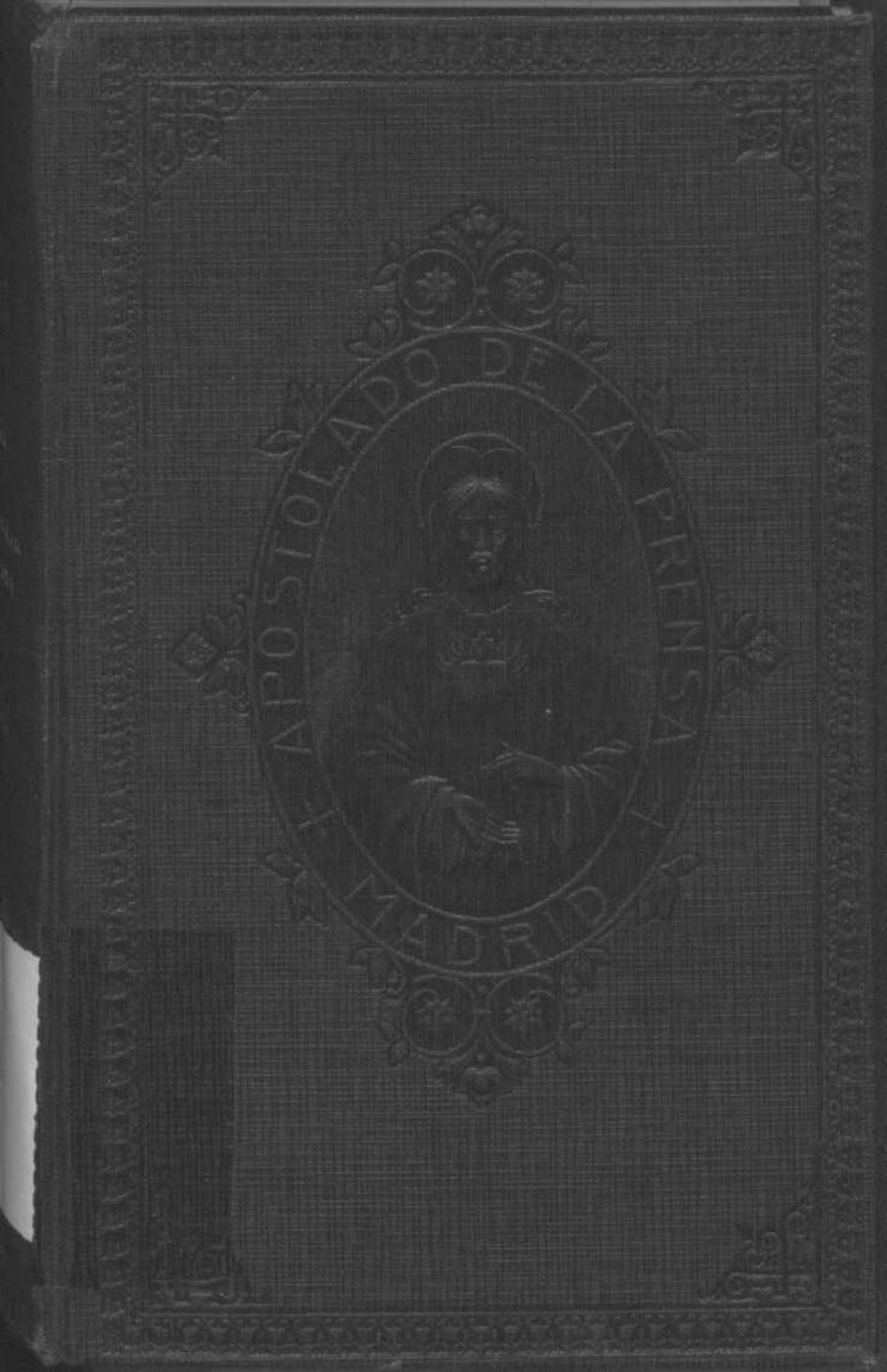

APOSTOLADO DE LA PRENSA
MADRID

c. 116492
t. 134596

Teresa Teicht

VIDA

DE LA

SANTA MADRE TERESA DE JESÚS

Y CAMINO DE PERFECCIÓN



VIDA

DE LA

SANTA MADRE TERESA DE JESÚS

Y CAMINO DE PERFECCIÓN

POR LA MISMA SANTA MADRE

QUINTA EDICION

CONFORME CON LAS MÁS CORRECTAS Y AUTORIZADAS



MADRID
APOSTOLADO DE LA PRENSA
7, San Bernardo, 7
1920

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS



Establecimiento tipográfico Nieto y Compañía, Tutor, 16.

R. 101688

PRÓLOGO

Quisiera yo que, como me han mandado y dado larga licencia para que escriba el modo de oración y las mercedes que el Señor me ha hecho, me la dieran para que muy por menudo y con claridad dijera mis grandes pecados y ruin vida. Diérame gran consuelo, mas no han querido, antes atándome mucho en este caso; y por esto pido, por amor del Señor, tenga delante de los ojos quien este discurso de mi vida leyere, que ha sido tan ruin, que no he hallado santo, de los que se tornaron a Dios, con quien me consolar. Porque considero que después que el Señor los llamaba, no le tornaban a ofender; yo no sólo tornaba a ser peor, sino que parece traía estudio a resistir las mercedes que su Majestad me hacía, como quien se veía obligar a servir más, y entendía de sí, no podía pagar lo menos que lo que debía. Sea bendito por siempre, que tanto me esperó. A quien con todo mi corazón suplico me dé gracia para que con toda claridad y verdad yo haga esta relación que mis confesores me mandan (y aun el Señor sé yo lo quiere muchos días ha, sino que yo no me he atrevido), y que sea para gloria y alabanza suya, y para que de aquí adelante, conociéndome ellos mejor, ayuden a mi flaqueza para que pueda servir algo de lo que debo al Señor, a quien siempre alaben todas las cosas. Amén.


BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEON

CAPITULO PRIMERO

En que trata cómo comenzó el Señor a despertar esta alma en su niñez a cosas virtuosas, y la ayuda que es para esto, serlo para los padres.

El tener padres virtuosos y temerosos de Dios me bastara si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favorecía para ser buena. Era mi padre aficionado a leer buenos libros, y ansí los tenía de romance, para que leyesen sus hijos. Esto, con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar y ponernos en ser devotos de Nuestra Señora y de algunos Santos, comenzó a despertarme de edad (a mi parecer) de seis o siete años. Ayudábame no ver en mis padres favor sino para la virtud. Tenían muchas. Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos, y aun con los criados; tanta que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los había gran piedad; y estando una vez en casa una de un su hermano, la regalaba como a sus hijos; decía que de que no era libre no lo podía sufrir de piedad. Era de gran verdad (jamás nadie le oyó jurar ni murmurar), muy honesto en gran manera. Mi madre también tenía muchas virtudes, y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad; con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión a que ella hacía caso della, porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad, muy apacible y de harto entendimiento.

Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió; murió muy cristianamente. Eramos tres hermanas y nueve hermanos; todos parecieron a sus padres (por la bondad de Dios) en ser virtuosos, si no fuí yo, aunque era la más querida de mi padre; y antes que comenzase a ofender a Dios parece tenía alguna razón; porque yo he lástima cuando me acuerdo las buenas inclinaciones que el Señor me había dado, y cuán mal me supe aprovechar dellas. Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban a servir a Dios.

2. Tenía uno casi de mi edad, que era el que yo más quería, aunque a todos tenía gran amor, y ellos a mí; juntábamos entrambos a leer vidas de Santos; como veía los martirios que por Dios los Santos pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir ansí, no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el cielo. Juntábame con este mi hermano a tratar qué medio habría para esto. Concertábamos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios para que allá nos descabezasen; y paréceme que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad si viéramos algún medio, sino que el tener padres nos parecía el mayor embarazo. Espantábanos mucho el decir en lo que leíamos que pena y gloria eran para siempre. Acaecíanos estar muchos ratos tratando de esto, y gustábanos de decir muchas veces «para siempre, siempre, siempre». En pronunciar esto mucho rato era el Señor servido me quedase en esta niñez imprimido el camino de la verdad. De que vi que era imposible ir adonde me matasen por Dios, ordenábamos ser ermitaños, y en una huerta que había en casa procurábamos, como podíamos, hacer ermitas, poniendo unas piedrecillas que luego se nos caían, y ansí no hallábamos remedio en nada para nuestro de-

seo; que ahora me pone devoción ver cómo me daba Dios tan presto lo que yo perdí por mi culpa. Hacía limosna como podía, y podía poco. Procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el rosario, de que mi madre era muy devota, y ansí nos hacía serlo. Gustaba mucho, cuando jugaba con otras niñas, hacer monasterios, como que éramos monjas; y yo me parece deseaba serlo, aunque no tanto como las cosas que he dicho.

3. Acuérdome que cuando murió mi madre quedé yo de edad de doce años, poco menos; como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuíme a una imagen de Nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre con muchas lágrimas. Paréceme que, aunque se hizo con simpleza, que me ha valido, porque conocidamente he hallado a esta Virgen Soberana en cuanto me he encomendado a Ella, y en fin, me ha tornado a sí. Fatígame ahora ver y pensar en qué estuvo el no haber yo estado entera en los buenos deseos que comencé. ¡Oh Señor mío! Pues parece tenéis determinado que me salve, plega a vuestra Majestad sea ansí, y de hacerme tantas mercedes como me habéis hecho, ¿no tuviérades por bien, ni por mi ganancia, sino por vuestro acatamiento, que no se ensuciara tanto posada adonde tan continuo habíades de morar? Fatígame, Señor, aun decir esto, porque sé que fué mía toda la culpa; porque no me parece os quedó a Vos nada por hacer para que desde esta edad no fuera toda vuestra. Cuando voy a quejarme de mis padres, tampoco puedo, porque no veía en ellos sino todo bien y cuidado de mi bien. Pues pasando desta edad, que comencé a entender las gracias de naturaleza que el Señor me había dado (que según decían eran muchas), cuando por ellas le había de dar gracias, de todas me comencé a ayudar para ofenderle como ahora diré.

CAPITULO II

Trata cómo fué perdiendo estas virtudes, y lo que importa en la niñez tratar con personas virtuosas.

1. Paréceme que comenzó a hacerme mucho daño lo que ahora diré. Considero algunas veces cuán mal lo hacen los padres que no procuran que vean sus hijos siempre cosas de virtud de todas maneras; porque con serlo tanto mi madre (como he dicho), de lo bueno no tomé tanto en llegando a uso de razón, ni casi nada, y lo malo me dañó mucho. Era aficionada a libros de caballerías, y no tan mal tomaba este pasatiempo, como yo le tomé para mí; porque no perdía su labor, sino desenvolvíamonos para leer en ellos, y por ventura lo hacía para no pensar en grandes trabajos que tenía, y ocupar sus hijos que no anduviesen en otras cosas perdidos. Desto le pasaba tanto a mi padre, que se había de tener aviso a que no lo viese. Yo comencé a quedarme en costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta, que en ella vi, me comenzó a enfriar los deseos, y comenzar a faltar en lo demás; y parecíame no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embebía, que si no tenía libro nuevo no me parece tenía contento. Comencé a traer galas y a desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos, y cabellos, y olores, y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas por ser muy curiosa. No tenía mala intención, porque no quisiera yo que nadie ofendiera a Dios por mí. Duróme mucha curiosidad de limpieza demasiada y cosas que me parecían a mí no eran ningún pecado muchos

años: ahora veo cuán malo debía ser. Tenía primos hermanos algunos; que en casa de mi padre no tenían otros cabida para entrar, que era muy recatado; y pluguiera a Dios que lo fuera destos también, porque ahora veo el peligro que es tratar en la edad que se han de comenzar a criar virtudes con personas que no conocen la vanidad del mundo, sino que antes despiertan para meterse en él. Eran casi de mi edad, poco mayores que yo; andábamos siempre juntos, teníanme gran amor, y en todas las cosas que les daba contento, les sustentaba plática, y oía sucesos de sus aficiones y niñerías, no nada buenas; y lo que peor fué, mostrarse el alma a lo que fué causa de todo su mal. Si yo hubiera de aconsejar, dijera a los padres que en esta edad tuviesen gran cuenta con las personas que tratan sus hijos; porque aquí está mucho mal, que se va nuestro natural antes a lo peor que a lo mejor.

2. Ansí me acaeció a mí, que tenía una hermana de mucha más edad que yo, de cuya honestidad y bondad, que tenía mucha, desta no tomaba nada, y tomé todo el daño de una parienta, que trataba mucho en casa. Era de tan livianos tratos, que mi madre la había mucho procurado desviar que tratase en casa (parece adivinaba el mal que por ella me había de venir), y era tanta la ocasión que había para entrar, que no había podido. A ésta que digo, me aficioné a tratar: con ella era mi conversación y pláticas, porque me ayudaba a todas las cosas de pasatiempo que yo quería, y aun me ponía en ellas, y daba parte de sus conversaciones y vanidades. Hasta que traté con ella, que fué de edad de catorce años, y creo que más (para tener amistad conmigo, digo, y darme parte de sus cosas), no me parece había dejado a Dios por culpa mortal, ni perdido el temor de Dios, aunque le tenía mayor de la honra. Este tuvo

fuerza para no la perder del todo; ni me parece por ninguna cosa del mundo en esto me podía mudar, ni había amor de persona dél, que a esto me hiciese rendir. Ansí viera fortaleza en no ir contra la honra de Dios, como me la daba mi natural para no perder en lo que me parecía a mí está la honra del mundo; y no miraba que la perdía por otras muchas vías. En querer ésta vanamente, tenía extremo; los medios que era menester para guardarla, no ponía ninguno; sólo para no perderme del todo tenía gran miramiento. Mi padre y hermana sentían mucho esta amistad, reprehendíanmela muchas veces; como no podían quitar la ocasión de entrar ella en casa, no les aprovechaban sus diligencias; porque mi sagacidad para cualquier cosa mala era mucha. Espántame algunas veces el daño que hace una mala compañía, y si no hubira pasado por ello, no lo pudiera creer; en especial en tiempo de mocedad debe ser mayor el mal que hace; querría escarmentasen en mí los padres para mirar mucho en esto. Y es ansí, que de tal manera me mudó esta conversación, que de natural y alma virtuosos, no me dejó casi ninguno, y me parece me imprimía sus condiciones ella, y otra que tenía la misma manera de pasatiempos. Por aquí entiendo el gran provecho que hace la buena compañía; y tengo por cierto, que si tratara en aquella edad con personas virtuosas, que estuviera entera en la virtud; porque si en esta edad tuviera quien me enseñara a temer a Dios, fuera tomando fuerzas el alma para no caer. Después, quitado este temor del todo, quedóme sólo el de la honra, que en todo lo que hacía me traía atormentada. Con pensar que no se había de saber, me atrevía a muchas cosas bien contra ella y contra Dios.

3. Al principio dañáronme las cosas dichas, a lo que me parece, y no debía ser suya la culpa, sino mía, por-

que después mi malicia para el mal bastaba, junto con tener criadas, que para todo mal hallaba en ellas buen aparejo; que si alguna fuera en aconsejarme bien, por ventura me aprovechara, mas el interés las cegaba, como a mí la afición. Y pues nunca era inclinada a mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía, sino a pasatiempos de buena conversación; mas puesta en la ocasión, estaba en la mano el peligro, y ponía en él a mi padre y hermanos; de los cuales me libró Dios, de manera que se parece bien procuraba contra mi voluntad, que del todo no me perdiese: aunque no pudo ser tan secreto que no hubiese harta quiebra de mi honra y sospecha en mi padre. Porque no me parece había tres meses que andaba en estas vanidades, cuando me llevaron a un monasterio que había en este lugar, adonde se criaban personas semejantes, aunque no tan ruines en costumbres como yo; y esto con tan gran disimulación, que sola yo y algún deudo lo supo; porque aguardaron a coyuntura que no pareciese novedad; porque haberse mi hermana casado, y quedar sola sin madre, no era bien. Era tan demasiado el amor que mi padre me tenía, y la mucha disimulación mía, que no había creer tanto mal de mí, y ansí no quedó en desgracia conmigo. Como fué breve el tiempo, aunque se entendiese algo, no debía ser dicho con certinidad; porque como yo temía tanto la honra, todas mis diligencias eran en que fuese secreto, y no miraba que no podía serlo a quien todo lo ve. ¡Oh Dios mío, qué daño hace en el mundo tener esto en poco, y pensar que ha de haber cosa secreta que sea contra Vos! Tengo por cierto que se excusarían grandes males si entendiésemos que no está el negocio en guardarnos de los hombres, sino en no nos guardar de descontentaros a Vos.

4. Los primeros ocho días sentí mucho, y más la

sospecha que tuve se había entendido la vanidad mía, que no de estar allí, porque ya yo andaba cansada y no dejaba de tener gran temor de Dios cuando le ofendía, y procuraba confesarme con brevedad: traía un desasosiego, que en ocho días, y aun creo en menos, estaba muy más contenta que en casa de mi padre. Todas lo estaban conmigo, porque en esto me daba el Señor gracia, en dar contento adondequiera que estuviese, y ansí era muy querida; y puesto que yo estaba entonces ya enemiguísima de ser monja, holgábame de ver tan buenas monjas, que lo eran mucho las de aquella casa, y de gran honestidad, y religión y recatamiento. Aun con todo esto no me dejaba el demonio de tentar, y buscar los de fuera cómo me desasosegar con recaudos. Como no había lugar, presto se acabó, y comenzó mi alma a tornarse a acostumbrar en el bien de mi primera edad, y vi la gran merced que hace Dios a quien pone en compañía de buenos. Paréceme andaba su Majestad mirando y remirando por dónde me podía tornar a sí. ¡Bendito seáis Vos, Señor, que tanto me habéis sufrido! Amén. Una cosa tenía, que parece me podía ser alguna disculpa, si no tuviera tantas culpas, y es que era el trato con quien por vía de casamiento me parecía podía acabar en bien, e informada de con quién me confesaba, y de otras personas, en muchas cosas me decían no iba contra Dios. Dormía una monja con las que estábamos seglares, que por medio suyo parece quiso el Señor comenzar a darme luz, como ahora diré.

CAPITULO III

En que trata cómo fué parte de la buena compañía para tornar a despertar sus deseos, y por qué manera comenzó el Señor a darle alguna luz del engaño que había traído.

1. Pues comenzando a gustar de la buena y santa conversación desta monja, holgábame de oirla cuán bien hablaba de Dios, porque era muy discreta y santa. Esto a mi parecer, en ningún tiempo dejé de holgarme de oirlo. Comenzóme a contar cómo ella había venido a ser monja, por sólo leer lo que dice el Evangelio: «Muchos son los llamados, y pocos los escogidos.» Decíame el premio que daba el Señor a los que todo lo dejan por El. Comenzó esta buena compañía a desterrar las costumbres que había hecho la mala, y a tornar a poner en mi pensamiento deseos de las cosas eternas, y a quitar algo la gran enemistad que tenía con ser monja, que se me había puesto grandísima: y si veía alguna tener lágrimas cuando rezaba, u otras virtudes, habíala mucha invidia, porque era tan recio mi corazón en este caso, que si leyera toda la Pasión, no llorara una lágrima: esto me causaba pena. Estuve año y medio en este monasterio harto mejorada: comencé a rezar muchas oraciones vocales, y a procurar con todas me encomendasen a Dios, que me diese el estado en que le había de servir; más todavía deseaba no ser monja, que éste no fuese Dios servido de dármelo, aunque también temía el casarme. A cabo de este tiempo que estuve aquí, ya tenía más amistad de ser monja, aunque no en aquella casa, por las cosas más virtuosas que después entendí tenían, que me parecían extremos demasiados, y había algunas de las más mozas que me ayudaban en esto; que si todas

fueran de un parecer mucho me aprovechara. También tenía yo una grande amiga en otro monasterio, y esto me era parte para no ser monja, si lo hubiese de ser, sino adonde ella estaba. Miraba más el gusto de mi sensualidad y vanidad, que lo bien que me estaba a mi alma. Estos buenos pensamientos de ser monja me venían algunas veces, y luego se quitaban, y no podía persuadirme de serlo.

2. En este tiempo, aunque yo no andaba descuidada de mi remedio, andaba muy ganoso el Señor de disponerme para el estado que me estaba mejor. Dióme una gran enfermedad, que hube de tornar en casa de mi padre. En estando buena lleváronme en casa de mi hermana, que residía en una aldea, para verla, que era extremo el amor que me tenía, y a su querer no saliera yo de con ella; y su marido también me amaba mucho, al menos mostrábame todo regalo; que aun esto debo más al Señor, que en todas partes siempre le he tenido, y todo se lo servía como la que soy. Estaba en el camino un hermano de mi padre, muy avisado y de grandes virtudes, viudo, a quien también andaba el Señor disponiendo para sí, que en su mayor edad dejó todo lo que tenía, y fué fraile, y acabó de suerte, que creo goza de Dios: quiso que me estuviese con él unos días. Su ejercicio era buenos libros de romance, y su hablar era lo más ordinario de Dios y de la vanidad del mundo. Hacíame le leyese, y aunque no era amiga dellos, mostraba que sí, porque en esto de dar contento a otros he tenido extremo, aunque a mí me hiciese pesar, tanto, que en otras fuera virtud y en mí ha sido gran falta, porque iba muchas veces muy sin discreción. ¡Oh, válame Dios, por qué términos me andaba su Majestad disponiendo para el estado en que se quiso servir de mí, que sin quererlo yo, me forzó a que me hiciese fuerza!

Sea bendito por siempre. Amén. Aunque fueron los días que estuve pocos, con la fuerza que hacían en mi corazón las palabras de Dios, ansí leídas como oídas, y la buena compañía, vine a ir entendiendo la verdad de cuando niña, de que era todo nada, y la vanidad del mundo, y cómo acababa en breve, y a temer, si me hubiera muerto, cómo me iba al infierno; y aunque no acababa mi voluntad de inclinarse a ser monja, vi era el mejor y más seguro estado, y ansí poco a poco me determiné a forzarme para tomarle.

3. En esta batalla estuve tres meses, forzándome a mí mesma con esta razón: que los trabajos y pena de ser monja, no podía ser mayor que la del purgatorio, y que yo había bien merecido el infierno; que no era mucho estar lo que viviese como en purgatorio, y que después me iría derecha al cielo, que éste era mi deseo; y en este movimiento de tomar este estado, más me parece me movía un temor servil que amor. Poníame el demonio que no podría sufrir los trabajos de la Religión, por ser tan regalada. A esto me defendía con los trabajos que pasó Cristo, porque no era mucho yo pasase algunos por El, que El me ayudaría a llevarlos. Debía pensar que (esto postrero no me acuerdo) pasé hartas tentaciones estos días Habíanme dado con unas calenturas unos grandes desmayos, que siempre tenía bien poca salud. Dióme la vida haber quedado ya amiga de buenos libros; leía en las Epístolas de San Hierónimo, que me animaban de suerte que me determiné a decirlo a mi padre, que casi era como tomar el hábito; porque era tan honrosa, que me parece no tornara atrás por ninguna manera habiéndolo dicho una vez. Era tanto lo que me quería, que en ninguna manera lo pude acabar con él, ni bastaron ruegos de personas que procuré le hablasen. Lo que más se pudo acabar con él, fué que después de

sus días haría lo que quisiese. Yo ya me temía a mí, y a mi flaqueza no tornase atrás, y ansí no me pareció me convenía esto, y procurélo por otra vía, como ahora diré.

CAPÍTULO IV

Dice cómo la ayudó el Señor para forzarse a sí mesma para tomar hábito, y las muchas enfermedades que su Majestad la comenzó a dar.

1. En estos días que andaba con estas determinaciones, había persuadido a un hermano mío a que se metiese fraile, diciéndole la vanidad del mundo, y concertamos entrambos de irnos un día muy de mañana al monasterio adonde estaba aquella mi amiga, que era a la que yo tenía mucha afición; puesto que ya en esta postrera determinación yo estaba de suerte que a cualquiera que pensara servir más a Dios, o mi padre quisiera, fuera; que más miraba ya el remedio de mi alma, que del descanso ningún caso hacía dél. Acuérdaseme a todo mi parecer, y con verdad, que cuando salí de en casa de mi padre no creo será más el sentimiento cuando me muera, porque me parece cada hueso se me apartaba por sí, que como no había amor de Dios que quitarse el amor del padre y parientes, era todo haciéndome una fuerza tan grande, que si el Señor no me ayudara, no bastaran mis consideraciones para ir adelante; aquí me dió ánimo contra mí, de manera que lo puse por obra. En tomando el hábito, luego me dió el Señor a entender cómo favorece a los qne se hacen fuerza para servirle, la cual nadie no entendía de mí, sino grandísima voluntad. A la hora me dió un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca jamás me faltó hasta hoy; y mudó Dios la se-

quedad que tenía mi alma en grandísima ternura. Dábanme deleite todas las cosas de la Religión, y es verdad que andaban algunas veces barriendo en horas que yo solía ocupar en mi regalo y gala, y acordándoseme que estaba libre de aquello me daba un nuevo gozo, que yo me espantaba y no podía entender por dónde venía. Cuando desto me acuerdo, no hay cosa que delante se me pusiese, por grave que fuese, que dudase de acometerla. Porque ya tengo experiencia en muchas, que si me ayudo al principio a determinarme a hacerlo (que siendo sólo por Dios hasta comenzarlo quiere, para que más merezcamos, que el alma sienta aquel espanto, y mientras mayor, si sale con ello, mayor premio, y más sabroso se hace después), aun en esta vida lo paga su Majestad por unas vías que sólo quien goza dello lo entiende. Esto tengo por experiencia, como he dicho, en muchas cosas harto gráves; y ansí jamás aconsejaría, si fuera persona que hubiera de dar parecer, que cuando una buena inspiración acomete muchas veces, se deje por miedo de poner por obra; que si va desnudamente por sólo Dios, no hay que temer sucederá mal, que poderoso es para todo; sea bendito por siempre. Amén.

2. Bastará ¡oh sumo Bien y descanso mío! las mercedes que me habíades hecho hasta aquí de traerme por tantos rodeos vuestra piedad y grandeza a estado tan seguro, y a casa adonde había muchas siervas de Dios, de quien yo pudiera tomar para ir creciendo en su servicio. No sé cómo he de pasar de aquí cuando me acuerdo la manera de mi profesión y la gran determinación y contento con que la hice, y el desposorio que hice con Vos; esto no lo puedo decir sin lágrimas, y habían de ser de sangre y quebrárseme el corazón, y no era mucho sentimiento para lo que después os ofendí. Paréceme ahora que tenía razón de no querer tan gran dignidad,

pues tan mal había de usar della; mas Vos, Señor mío, quisisteis, casi veinte años que usé mal desta merced, ser el agraviado porque yo fuese mejorada. No parece, Dios mío, sino que prometí no guardar cosa de lo que os había prometido, aunque entonces no era esa mi intención; mas veo tales mis obras después, que no sé qué intención tenía, para que más se vea quien Vos sois, Esposo mío, y quien soy yo. Que es verdad, cierto, que muchas veces me templa el sentimiento de mis grandes culpas el contento que me da que se entienda la muchedumbre de vuestras misericordias. ¿En quién, Señor, puede ansí resplandecer como en mí, que tanto he escurecido con mis malas obras las grandes mercedes que me comenzaste a hacer? ¡Ay de mí, Criador mío, que si quiero dar disculpa, ninguna tengo, ni tiene nadie la culpa sino yo! Porque si os pagara algo del amor que me comenzasteis a mostrar, no le pudiera yo emplear en nadie sino en Vos, y con esto se remediaba todo. Pues no lo merecí, ni tuve tanta ventura, válgame ahora, Señor, Vuestra misericordia. La mudanza de la vida y de los manjares me hizo daño a la salud; que aunque el contento era mucho, no bastó. Comenzáronme a crecer los desmayos, y dióme un mal de corazón tan grandísimo, que ponía espanto a quien lo veía, y otros muchos males juntos; y ansí pasé el primer año con harta mala salud, aunque no me parece ofendí a Dios en él mucho. Y como era el mal tan grave, que casi me privaba el sentido siempre, y algunas veces del todo quedaba sin él, era grande la diligencia que traía mi padre para buscar remedio, y como no le dieron los médicos de aquí, procuró llevarme a un lugar adonde había mucha fama de que sanaban allí otras enfermedades, y ansí dijeron haría la mía. Fué conmigo esta amiga que he dicho que tenía en casa, que era antigua. En la casa que era monja no se prometía clausura. Estuve

casi un año por allá, y los tres meses dél padeciendo tan grandísimo tormento en las curas que me hicieron tan recias, que yo no sé cómo las pude sufrir; y, en fin, aunque las sufrí, no las pudo sufrir mi sujeto, como diré. Había de comenzarse la cura en el principio del verano, y yo fuí en el principio del invierno; todo este tiempo estuve en casa de la hermana que he dicho, que estaba en el aldea, esperando el mes de Abril, porque estaba cerca, y no andar yendo y viniendo. Cuando iba me dió aquel tío mío (que tengo dicho que estaba en el camino) un libro, llámase: *Tercer abecedario, que trata de enseñar oración de recogimiento;* y puesto que este primer año había leído buenos libros, que no quise más usar de otros, porque ya entendía el daño que me habían hecho, no sabía cómo proceder en oración, ni cómo recogerme, y ansí holguéme mucho con él, y determinéme a seguir aquel camino con todas mis fuerzas; y como ya el Señor me había dado don de lágrimas, y gustaba de leer, comencé a tener ratos de soledad, y a confesarme a menudo, y comenzar aquel camino, teniendo aquel libro por maestro; porque yo no hallé maestro, digo confesor, que me entendiese, aunque le busqué en veinte años después desto que digo, que me hizo harto daño para tornar muchas veces atrás; y aun para del todo perderme, porque todavía me ayudara a salir de las ocasiones que tuve para ofender a Dios.

3. Comenzóme su Majestad a hacer tantas mercedes en estos principios, que al fin deste tiempo que estuve aquí, que eran casi nueve meses, en esta soledad (aunque no tan libre de ofender a Dios, como el libro me decía, mas por esto pasaba yo; parecíame casi imposible tanta guarda; tenía la de no hacer pecado mortal, y pluguiera a Dios la tuviera siempre; de los veniales hacía poco caso, y esto fué lo que me destruyó) comenzó el

Señor a regalarme tanto por este camino, que hacía merced de darme oración de quietud, y alguna vez llegaba a unión, aunque yo no entendía qué era lo uno ni lo otro, y lo mucho que era de preciar, que creo me fuera gran bien entenderlo. Verdad es que duraba tan poco esto de unión, que no sé si era Ave María; mas quedaba con unos efectos tan grandes, que con no haber en este tiempo veinte años, me parece traía el mundo debajo de los pies, y ansí me acuerdo que había lástima a los que le seguían, aunque fuese en cosas lícitas. Procuraba lo más que podía traer a Jesucristo, nuestro bien y Señor, dentro de mí presente, y esta era mi manera de oración. Si pensaba en algún paso, le representaba en lo interíor, aunque lo más gastaba en leer buenos libros, que era toda mi recreación; porque no me dió Dios talento de discurrir con el entendimiento, ni de aprovecharme con la imaginación, que la tengo tan torpe que aun para pensar y representar en mí, como lo procuraba traer, la Humanidad del Señor, nunca acababa. Y aunque por esta vía de no poder obrar con el entencimiento llegan más presto a la contemplación, si perseveran, es muy trabajoso y penoso; porque si falta la ocupación de la voluntad, y el haber en qué se ocupa en cosa presente el amor, queda el alma como sin arrimo y ejercicio, y da gran pena la soledad y sequedad, y gradísimo combate los pensamientos. A personas que tienen esta disposición les conviene más pureza de conciencia que a las que con el entendimiento pueden obrar, porque quien discurre en lo que es mundo y en lo que debe a Dios, y en lo mucho que sufrió, y en lo poco que le sirve, y lo que da a quien le ama, saca doctrina para defenderse de los pensamientos y de las ocasiones y peligros; pero quien no se puede aprovechar desto, tiénele mayor y conviénele ocuparse mucho en lección, pues de su parte no

puede sacar ninguna. Es tan penosísima esta manera de proceder, que si el maestro que enseña aprieta en que sin lección (que ayuda mucho para recoger a quien desta manera procede, y le es necesario, aunque sea poco lo que lea, sino en lugar de la oración mental que no puede tener), digo que sin esta ayuda le hacen estar mucho rato en la oración, que será imposible durar mucho en ella, y le hará daño a la salud si porfía, porque es muy penosa cosa.

4. Ahora me parece que proveyó el Señor que yo no hallase quien me enseñase, porque fuera imposible, me parece, perseverar dieciocho años que pasé este trabajo y estas grandes sequedades, por no poder, como digo, discurrir. En todos éstos, si no era acabando de comulgar, jamás osaba comenzar a tener oración sin un libro; que tanto temía mi alma estar sin él en oración como si con mucha gente fuera a pelear. Con este remedio, que era como una compañía, o escudo en que había de recibir los golpes de muchos pensamientos, andaba consolada, porque la sequedad no era lo ordinario; mas era siempre cuando me faltaba libro, que era luego desbaratada el alma; y los pensamientos perdidos, con esto los comenzaba a recoger, y como por halago llevaba el alma; y muchas veces, en abriendo el libro, no era menester más; otras leía poco, otras mucho, conforme a la merced que el Señor me hacía. Parecíame a mí en este principio que digo, que teniendo yo libros, y como tener soledad, que no había peligro que me sacase de tanto bien; y creo con el favor de Dios fuera ansí si tuviera maestro, o persona que me avisara de huir las ocasiones en los principios y me hiciera salir dellas, si entrara, con brevedad. Y si el demonio me acometiera entonces descubiertamente, parecíame en ninguna manera tornara gravemente a pecar. Mas fué

tan sutil, y yo tan ruin, que todas mis determinaciones me aprovecharon poco, aunque muy mucho los días que serví a Dios, para poder sufrir las terribles enfermedades que tuve con tan gran paciencia como su Majestad me dió. Muchas veces he pensado espantada de la gran bondad de Dios, y regaládose mi alma de ver su gran magnificencia y misericordia; sea bendito por todo, que he visto claro no dejarme sin pagarme, aun en esta vida, ningún deseo bueno; por ruines e imperfectas que fuesen mis obras, este Señor mío las iba mejorando y perfeccionando, y dando valor, y los males y pecados luego los escondía. Aun en los ojos de quien los ha visto permite su Majestad se cieguen, y los quita de su memoria. Dora las culpas; hace que resplandezca una virtud, que el mesmo Señor pone en mí, casi haciéndome fuerza que la tenga. Quiero tornar a lo que me han mandado. Digo, que si hubiera de decir por menudo de la manera que el Señor se había conmigo en estos principios, que fuera menester otro entendimiento que el mío para saber encarecer lo que en este caso le debo, y mi gran ingratitud y maldad, pues todo esto olvidé. Sea por siempre bendito, que tanto me ha sufrido. Amén.

CAPITULO V

Prosigue en las grandes enfermedades que tuvo, y la paciencia que el Señor le dió en ellas, y cómo saca de los males bienes, según se verá en una cosa que le acaeció en este lugar, que se fué a curar.

1. Olvidéme decir, cómo en el año del noviciado pasé grandes desasosiegos con cosas que en sí tenían poco tomo; mas culpábanme sin tener culpa hartas ve-

ces; yo lo llevaba con harta pena e imperfección, aunque con el gran contento que tenía de ser monja, todo lo pasaba. Como me veían procurar soledad y me veían llorar por mis pecados algunas veces, pensaban era descontento, y así lo decían. Era aficionada a todas las cosas de Religión, mas no a sufrir ninguna que pareciese menosprecio. Holgábame de ser estimada; era curiosa en cuanto hacía; todo me parecía virtud, aunque esto no me será disculpa, porque para todo sabía lo que era procurar mi contento, y ansí la ignorancia no quita la culpa. Alguna tiene no estar fundado el monasterio en mucha perfección; yo, como ruin, íbame a lo que veía falto y dejaba lo bueno. Estaba una monja entonces enferma de grandísima enfermedad, y muy penosa, porque eran unas bocas en el vientre, que se le habían hecho de opilaciones, por donde echaba lo que comía: murió presto dello. Yo veía a todas tener aquel mal; a mí hacíame gran envidia su paciencia. Pedía a Dios que, dándomela ansí a mí, me diese las enfermedades que fuese servido. Ninguna me parece temía, porque estaba tan puesta en ganar bienes eternos, que por cualquier medio me determinaba a ganarlos. Y espantóme, porque aún tenía, a mi parecer, amor de Dios, como después que comencé a tener oración me parecía a mí le he tenido, sino una luz de parecerme todo de poca estima lo que se acaba, y de mucho precio los bienes que se pueden ganar con ello, pues son eternos. También me oyó en esto su Majestad, que antes de dos años estaba tal que, aunque no el mal de aquella suerte, creo no fué menos penoso y trabajoso el que tres años tuve, como ahora diré.

2. Venido el tiempo que estaba aguardando en el lugar que digo, que estaba con mi hermana para curarme, lleváronme con harto cuidado de mi regalo, mi

padre y hermana y aquella monja mi amiga que había salido conmigo, que era muy mucho lo que me quería. Aquí comenzó el demonio a descomponer mi alma, aunque Dios sacó dello harto bien. Estaba una persona de la Iglesia que residía en aquel lugar adonde me fuí a curar, de harto buena calidad y entendimiento: tenía letras, aunque no muchas. Yo comencé a confesar con él, que siempre fuí amiga de letras, aunque gran daño hicieron a mi alma confesores medio letrados, porque no los tenía de tan buenas letras como quisiera. He visto por experiencia que es mejor, siendo virtuosos y de santas costumbres, no tener ningunas, que tener pocas; porque ni ellos se fían de sí, sin preguntar a quien las tenga buenas, ni yo me fiara; y buen letrado nunca me engañó; estotros tampoco me debían de querer engañar, sino no sabían más; yo pensaba que sí y que no era obligada a más de creerlos, como era cosa ancha lo que me decían y de más libertad; que si fuera apretada, yo soy tan ruin que buscara otros. Lo que era pecado venial decíame que no era ninguno. Lo que era gravísimo mortal, que era venial. Esto me hizo tanto daño, que no es mucho lo diga aquí para aviso de otras de tan gran mal, que para delante de Dios bien veo no me es disculpa, que bastaban ser las cosas de su natural no buenas para que yo me guardara dellas. Creo permitió Dios por mis pecados ellos se engañasen y me engañasen a mí; yo engañé a otras hartas con decirles lo mesmo que a mí me habían dicho. Duré en esta ceguedad creo más de diecisiete años, hasta que un Padre Dominico, gran letrado, me desengañó en cosas, y los de la Compañía de Jesús del todo me hicieron tanto temer, agravándome tan malos principios, como después diré. Pues comenzándome a confesar con este que digo, él se aficionó en extremo a

mi, porque entonces tenía poco que confesar para lo que después tuve, ni lo que había tenido después de monja. No fué la afición deste mala, mas de demasiada afición venía a no ser buena. Tenía entendido de mí, que no me determinaría a hacer cosa contra Dios que fuese grave por ninguna cosa, y él también me aseguraba lo mesmo, y ansí era mucha la conversación. Mas mis tratos entonces, con el embebecimiento de Dios que traía, lo que más gusto me daba era tratar cosas dél; y como era tan niña hacíale confusión ver esto, y con la gran voluntad que me tenía comenzó a declararme su perdición, y no era poca, porque había casi siete años que estaba en muy peligroso estado con afición y trato con una mujer del mismo lugar, y con esto decía misa. Era cosa tan pública, que tenía perdida la honra y la fama, y nadie le osaba hablar contra esto. A mí hízoseme gran lástima, porque le quería mucho, que esto tenía yo de gran liviandad y ceguedad, que me parecía virtud ser agradecida y tener ley a quien me quería. Maldita sea tal ley, que se extiende hasta ser contra la de Dios. Es un desatino que se usa en el mundo, que me desatina: que debemos todo el bien que nos hacen a Dios, y tenemos por virtud aunque sea ir contra él, no quebrantar esta amistad. ¡Oh ceguedad del mundo! Fuérades Vos servido, Señor, que yo fuera ingratísima contra todo él, y contra Vos no lo fuera un punto; mas ha sido todo al revés por mis pecados. Procuré saber e informarme más de personas de su casa; supe más la perdición, y vi que el pobre no tenía tanta culpa; porque la desventurada de la mujer le tenía puestos hechizos en un idolillo de cobre, que le había rogado le trajese por amor della al cuello, y éste nadie había sido poderoso de podérselo quitar. Yo no creo, es verdad, esto de hechizos determinadamente; mas diré esto que yo vi, para aviso de

que se guarden los hombres de mujeres que este trato quieren tener; y crean que, pues pierden la vergüenza a Dios (que ellas más que los hombres son obligadas a tener honestidad), que ninguna cosa dellas pueden confiar, y que, a trueco de llevar adelante su voluntad y aquella afición que el demonio las pone, no miran nada. Aunque yo he sido tan ruin, en ninguna desta suerte yo no caí, ni jamás pretendí hacer mal, ni, aunque pudiera, quisiera forzar la voluntad para que me la tuvieran, porque me guardó el Señor desto; mas si me dejara, hiciera el mal que hacía en lo demás, que de mí ninguna cosa hay que fiar. Pues como supe esto, comencé a mostrarle más amor; mi intención buena era; la obra mala; pues por hacer bien, por grande que sea, no había de hacer un pequeño mal. Tratábale muy ordinario de Dios; esto debía aprovecharle, aunque más creo le hacía al caso quererme mucho; porque por hacerme placer me vino a dar el idolillo, el cual hice echar luego en un río. Quitado esto, comenzó, como quien despierta de un gran sueño, a irse acordando de todo lo que había hecho aquellos años, y espantándose de sí, doliéndose de su perdición, vino a comenzar a aborrecerla.

Nuestra Señora le debía ayudar mucho, que era muy devoto de su Concepción, y en aquel día hacía gran fiesta. En fin, dejó del todo de verla, y no se hartaba de dar gracias a Dios por haberle dado luz. A cabo de un año en punto desde el primer día que yo le vi, murió. Ya había estado muy en servicio de Dios porque aquella afición grande que me tenía nunca entendí ser mala, aunque pudiera ser con más puridad; mas también hubo ocasiones para que, si no se tuviera muy delante a Dios, hubiera ofensas suyas más graves. Como he dicho, cosa que yo entendiera era pecado mortal, no la hiciera en-

tonces. Y paréceme que le ayudaba a tenerme amor ver esto en mí; que creo todos los hombres deben ser más amigos de mujeres que ven inclinadas a virtud; y aun para lo que acá pretenden, deben de ganar con ellos más por aquí, según después diré. Tengo por cierto está en carrera de salvación. Murió muy bien y muy quitado de aquella ocasión; parece quiso el Señor que por estos medios se salvase.

3. Estuve en aquel lugar tres meses con grandísimos trabajos, porque la cura fué más recia que pedía mi complexión; a los dos meses a poder de medicinas me tenía casi acabada la vida; y el rigor del mal de corazón, de que me fuí a curar, era mucho más recio, que algunas veces me parecía con dientes agudos me asían dél, tanto que se temió era rabia. Con la falta grande de virtud (porque ninguna cosa podía comer, si no era bebida, de gran hastío, calentura muy contina y tan gastada, porque casi un mes me habían dado una purga cada día) estaba tan abrasada, que se comenzaron a encoger los nervios, con dolores tan incomportables, que día ni noche ningún sosiego podía tener y una tristeza muy profunda. Con esta ganancia me tornó a traer mi padre, adonde tornaron a verme médicos; todos me desahuciaron, que decían, sobre todo este mal, estaba ética. Desto se me daba a mí poco; los dolores eran los que me fatigaban, porque eran en un sér desde los pies hasta la cabeza, porque de nervios son intolerables, según decían los médicos, y como todos se encogían, cierto si yo no lo hubiera por mi culpa perdido, era recio tormento. En esta reciedumbre no estaría más de tres meses, que parecía imposible poderse sufrir tantos males juntos. Ahora me espanto y tengo por gran merced del Señor la paciencia que su Majestad me dió, que se veía claro venir dél. Mucho me aprovechó para te-

nerla haber leído la historia de Job en los *Morales* de San Gregorio, que parece previno el Señor con esto, y con haber comenzado a tener oración, para que yo lo pudiese llevar con tanta conformidad. Todas mis pláticas eran con El. Traía muy ordinario estas palabras de Job en el pensamiento, y decíalas: «Pues recibimos los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no sufrimos los males?» Esto parece me ponía esfuerzo.

4. Vino la fiesta de Nuestra Señora de Agosto, que hasta entonces desde Abril había sido el tormento, aunque los tres postreros meses, mayor. Di priesa a confesarme, que siempre era muy amiga de confesarme a menudo. Pensaron que era miedo de morir, y por no me dar pena, mi padre no me dejó. ¡Oh amor de carne demasiado, que aunque sea de tan católico padre, y tan avisado, que lo era harto, que no fué ignorancia, me pudiera hacer gran daño! Dióme aquella noche un parasismo que me duró estar sin ningún sentido cuatro días poco menos; en esto me dieron el Sacramento de la Unción, y cada hora o momento pensaban expiraba, y no hacían sino decirme el Credo, como si alguna cosa entendiera. Teníanme a veces por tan muerta, que hasta la cera me hallé después en los ojos. La pena de mi padre era grande de no me haber dejado confesar; clamores y oraciones a Dios muchas; bendito sea El que quiso oirlas, que teniendo día y medio abierta la sepultura en mi monasterio, esperando el cuerpo allá, y hechas las honras en uno de nuestros frailes fuera de aquí, quiso el Señor tornase en mí: luego me quise confesar. Comulgué con hartas lágrimas, mas a mi parecer, que no eran con el sentimiento y pena de sólo haber ofendido a Dios, que bastara para salvarme si el engaño que traía de los que me habían dicho no eran algunas cosas pecado mortal, que cierto he visto después lo eran, no me aprovecha-

ra. Porque los dolores incomportables con que quedé, el sentido poco, aunque la confesión entera, a mi parecer, de todo lo que entendí había ofendido a Dios; que esta merced me hizo su Majestad, entre otras, que nunca después que comencé a comulgar dejé cosa por confesar que yo pensase era pecado, aunque fuese venial, que le dejase de confesar; mas sin duda, me parece que lo iba harto mi salvación, si entonces me muriera, por ser los confesores tan poco letrados por una parte, y por otra y por muchas, ser yo tan ruin. Es verdad, cierto, que me parece estoy con tan gran espanto llegando aquí, y viendo cómo parece me resucitó el Señor, que estoy casi temblando entre mí. Paréceme fuera bien, oh ánima mía, que miraras del peligro que el Señor te había librado, y ya que por amor no le dejabas de ofender, lo dejaras por temor, que pudiera otras mil veces matarte en estado más peligroso. Creo no añado muchas en decir otras mil, aunque me riña quien me mandó moderase el contar mis pecados, y harto hermoseados van. Por amor de Dios le pido de mis culpas no quite nada, pues se ve más aquí la magnificencia de Dios y lo que sufre a una alma. Sea bendito para siempre; plegue a su Majestad que antes me consuma que le deje yo más de querer.

CAPITULO VI

Trata de lo mucho que debió al Señor en darle conformidad con tan grandes trabajos, y cómo tomó por medianero y abogado al glorioso San José, y lo mucho que le aprovechó.

1. Quedé destos cuatro días de parasismo de manera que sólo el Señor puede saber los incomportables tormentos que sentía en mí. La lengua hecha pedazos

de mordida; la garganta de no haber pasado nada, y de la gran flaqueza que me ahogaba, que aun el agua no podía pasar. Toda me parecía estaba descoyuntada con grandísimo desatino en la cabeza. Toda encogida, hecha un ovillo, porque en esto paró el tormento de aquellos días; sin poderme menear, ni brazo, ni pie, ni mano, ni cabeza, más que si estuviera muerta, si no me meneaban; sólo un dedo me parece podía menear de la mano derecha. Pues llegar a mí no había cómo, porque todo estaba tan lastimado que no lo podía sufrir. En una sábana, una de un cabo y otra de otro, me meneaban; esto fué hasta Pascua florida. Sólo tenía, que si no llegaban a mí, los dolores me cesaban muchas veces; y a cuento de descansar un poco, me contaba por buena, que traía temor me había de faltar la paciencia, y ansí quedé muy contenta de verme sin tan agudos y continuos dolores, aunque a los recios fríos de cuartanas dobles con que quedé, recísimas, los tenía incomportables; el hastío muy grande. Di luego tan gran priesa de irme al monasterio, que me hice llevar ansí. A la que esperaban muerta, recibieron con alma; mas el cuerpo, peor que muerto, para dar pena verle. El extremo de flaqueza no se puede decir, que sólo los huesos tenía; ya digo que estar ansí me duró más de ocho meses; el estar tullida, aunque iba mejorando, casi tres años. Cuando comencé a andar a gatas alababa a Dios. Todos los pasé con gran conformidad; y si no fué estos principios, con gran alegría, porque todo se me hacía no nada comparádo con los dolores y tormentos del principio; estaba muy conforme con la voluntad de Dios, aunque me dejase ansí siempre. Paréceme era toda mi ansia de sanar por estar a solas en oración, como venía mostrada, porque en la enfermería no había aparejo. Confesábame muy a menudo; trataba mucho de

Dios, de manera que edificaba a todas y se espantaban de la paciencia que el Señor me daba; porque a no venir de mano de su Majestad, parecía imposible poder sufrir tanto mal con tanto contento.

2. Gran cosa fué haberme hecho la merced en la oración que me había hecho; que ésta me hacía entender qué cosa era amarle; porque de aquel poco tiempo vi nuevas en mí estas virtudes, aunque no fuertes, pues no bastaron a sustentarme en justicia. No tratar mal de nadie por poco que fuese, sino lo ordinario era excusar toda murmuración; porque traía muy delante cómo no había de querer ni decir de otra persona lo que no quería dijesen de mí; tomaba esto en harto extremo para las ocasiones que había, aunque no tan perfectamente que algunas veces, cuando me las daba grandes, en algo no quebrase; mas lo continuo era esto; y ansí a las que estaban conmigo y me trataban persuadía tanto a esto, que se quedaron en costumbre. Vínose a entender que donde yo estaba tenía seguras las espaldas, y en esto estaban con las que yo tenía amistad y deudo y enseñaba; aunque en otras cosas tengo bien que dar cuenta a Dios del mal ejemplo que les daba; plega a su Majestad me perdone, que de muchos males fuí causa, aunque no con tan dañada intención como después sucedía la obra. Quedóme deseo de soledad, amiga de tratar y hablar en Dios, que si yo hallara con quién, más contento y recreación me daba que toda la pulicía o grosería (por mejor decir) de la conversación del mundo; comulgar y confesar muy más a menudo y desearlo; amiguísima de leer buenos libros; un grandísimo arrepentimiento en habiendo ofendido a Dios, que muchas veces me acuerdo, que no osaba tener oración, porque temía la grandísima pena que había de sentir de haberle ofendido, como un gran castigo. Esto me fué

creciendo después en tanto extremo, que no sé yo a qué comparar este tormento. Y no era poco ni mucho por temor jamás, sino como se me acordaba los regalos que el Señor me hacía en la oración y lo mucho que le debía, y veía cuán mal se lo pagaba, no lo podía sufrir y enojábame en extremo de las muchas lágrimas que por la culpa lloraba, cuando veía mi poca enmienda, que ni bastaban determinaciones, ni fatiga en que me veía para no tornar a caer, en poniéndome en la ocasión; parecíanme lágrima engañosas, y parecíame ser después mayor la culpa, porque veía la gran merced que me hacía el Señor en dármelas, y tan gran arrepentimiento. Procuraba confesarme con brevedad, y a mi parecer hacía de mi parte lo que podía para tornar en gracia. Estaba todo el daño en no quitar de raíz las ocasiones, y en los confesores, que me ayudaban poco; que a decirme en el peligro que andaba, y que tenía obligación a no traer aquellos tratos, sin duda creo se remediara, porque en ninguna vía sufriera andar en pecado mortal sólo un día, si yo lo entendiera. Todas estas señales de temer a Dios me vinieron con la oración, y la mayor era ir envuelto en amor, porque no se me ponía delante el castigo. Todo lo que estuve tan mala me duró mucha guarda de mi conciencia cuanto a pecados mortales. ¡Oh, válame Dios, que deseaba yo la salud para más servirle, y fué causa de todo mi daño! Pues como me vi tan tullida, y en tan poca edad, y cual me habían parado los médicos de la tierra, determiné acudir a los del cielo para que me sanasen, que todavía deseaba la salud, aunqne con mucha alegría lo llevaba; y pensaba algunas veces, que si estando buena me había de condenar, que mejor estaba ansí; mas todavía pensaba que serviría mucho más a Dios con la salud. Este es nuestro engaño, no nos dejar del todo a lo

que el Señor hace, que sabe mejor lo que nos conviene.

3. Comencé a hacer devociones de misas, y cosas muy aprobadas de oraciones, que nunca fuí amiga de otras devociones que hacen algunas personas, en especial mujeres, con ceremonias que yo no podía sufrir, y a ellas les hacía devoción; después se ha dado a entender no convenían, que eran supersticiosas; y tomé por abogado y señor al glorioso San José, y encomendéme mucho a él. Vi claro que ansí desta necesidad, como de otras mayores de honra y pérdida del alma, este Padre y Señor mío me sacó con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio deste bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, ansí de cuerpo como de alma: que a otros santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad; a este glorioso Santo, tengo experiencia, que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos a entender, que ansí como le fué sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre siendo ayo, le podía mandar, ansí en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras algunas personas, a quien yo decía se encomendasen a él, también por experiencia; ya hay muchas que le son devotas de nuevo, experimentando esta verdad. Procuraba yo hacer su fiesta con toda la solemnidad que podía, más llena de vanidad que de espíritu, queriendo se hiciese muy curiosamente y bien, aunque con buen intento; mas esto tenía malo, si algún bien el Señor me daba gracia que hiciese, que era lleno de imperfecciones y con muchas faltas; para el mal, y curiosidad, y vanidad tenía gran maña y diligencia; el Señor me perdone. Querría yo persuadir a todos fuesen

devotos deste glorioso Santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota, y haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud; porque aprovecha en gran manera a las almas que a él se encomiendan. Paréceme ha algunos años que cada año en su día le pido una cosa, y siempre la veo cumplida; si va algo torcida la petición, él la endereza, para más bien mío. Si fuera persona que tuviera autoridad de escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes que ha hecho este glorioso Santo a mí y a otras personas; mas por no hacer más de lo que me mandaron, en muchas cosas seré corta más de lo que quisiera, en otras más larga que era menester; en fin, como quien en todo lo bueno tiene poca discreción. Sólo pido por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso Patriarca y tenerle devoción; en especial, personas de oración siempre le habían de ser aficionadas. Que no sé cómo se puede pensar en la Reina de los Angeles, en el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús, que no den gracias a San José, por lo bien que les ayudó en ellos. Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso Santo por maestro, y no errará en el camino. Plega al Señor no haya yo errado en atreverme a hablar en él; porque aunque publico serle devota, en los servicios y en imitarle siempre he faltado. Pues él hizo como quien es, en hacer de manera que pudiese levantarme, y andar, y no estar tullida; y yo como quien soy, en usar mal desta merced.

4. ¡Quién dijera que había tan presto de caer después de tantos regalos de Dios, después de haber comenzado su Majestad a darme virtudes, que ellas mesmas

me despertaban a servirle; después de haberme visto casi muerta y en tan gran peligro de ir condenada; después de haberme resucitado alma y cuerpo, que todos los que me vieron se espantaban de verme viva! ¿Qué es esto, Señor mío; en tan peligrosa vida hemos de vivir? Que escribiendo esto estoy, y me parece que con vuestro favor y por vuestra misericordia, podría decir lo que San Pablo, aunque no con esa perfección: Que no vivo yo ya, sino que Vos, Criador mío, vivís en mí, según ha algunos años, que a lo que puedo entender, me tenéis de vuestra mano, y me veo con deseos y determinaciones (y en alguna manera probado por experiencia en estos años en muchas cosas) de no hacer cosa contra vuestra voluntad, por pequeña que sea, aunque debo hacer hartas ofensas a vuestra Majestad sin entenderlo; y también me parece que no se me ofrecerá cosa por vuestro amor que con gran determinación me deje de poner a ella, y en algunas me habéis Vos ayudado para que salga con ellas, y no quiero mundo, ni cosa dél, ni me parece me da contento cosa que no salga de Vos, y lo demás me parece pesada cruz. Bien me puedo engañar, y ansí será, que no tengo esto que he dicho; mas bien veis Vos, mi Señor, que, a lo que puedo entender, no miento; y estoy temiendo, y con mucha razón, si me habéis de tornar a dejar; porque ya sé a lo que llega mi fortaleza y poca virtud, en no me la estando Vos dando siempre y ayudando para que no os deje; y plega a vuestra Majestad, que aún ahora no esté dejada de Vos, pareciéndome todo esto de mí. ¡No sé cómo queremos vivir, pues es todo tan incierto! Parecíame a mí, Señor mío, ya imposible dejaros tan del todo a Vos; y como tantas veces os dejé, no puedo dejar de temer; porque en apartándoos un poco de mí, daba con todo en el suelo. Bendito seáis por siempre, que aunque os dejaba yo

a Vos, no me dejasteis Vos a mí tan del todo, que no me tornase a levantar con darme Vos siempre la mano; muchas veces, Señor, no la quería, ni quería entender, como muchas veces me llamabades de nuevo, como ahora diré.

CAPITULO VII

Trata por los términos que fué perdiendo las mercedes que el Señor le había hecho, y cuán perdida vida comenzó a tener; dice los daños que hay en no ser muy encerrados los monasterios de monjas.

1. Pues ansí comencé de pasatiempo en pasatiempo, y de vanidad en vanidad, de ocasión en ocasión a meterme tanto en muy grandes ocasiones, y andar tan estragada mi alma en muchas vanidades, que ya yo tenía vergüenza de en tan particular amistad, como es tratar de oración, tornarme a llegar a Dios; y ayudóme a esto, que como crecieron los pecados, comenzóme a faltar el gusto y regalos en las cosas de virtud. Veía yo muy claro, Señor mío, que me faltaba esto a mí, por faltaros yo a Vos. Este fué el más terrible engaño que el demonio me podía hacer debajo de parecer humildad, que comencé a temer de tener oración, de verme tan perdida; y parecíame era mejor andar como los muchos; pues en ser ruin era de los peores, y rezar lo que estaba obligada, y vocalmente, que no tener oración mental, y tanto trato con Dios la que merecía estar con los demonios, y que engañaba a la gente, porque en lo exterior tenía buenas apariencias, y ansí no es de culpar a la casa adonde estaba, porque con mi maña procuraba me tuviesen en buena opinión, aunque no de advertencia, fingiendo cristiandad, porque en esto de hipocresía y vanagloria, gloria a Dios, jamás me acuerdo haberle ofendido (que

yo entienda), que en viniéndome primer movimiento, me daba tanta pena, que el domonio iba con pérdida y yo quedaba con ganancia, y ansí en esto muy poco me ha tentado jamás; por ventura si Dios permitiera me tentara en esto tan recio como en otras, también cayera; mas su Majestad hasta ahora me ha guardado en esto, sea por siempre bendito; antes me pesaba mucho de que me tuviesen en buena opinión, como yo sabía lo secreto de mí. Este no me tener por tan ruin venía de que como me veían tan moza, y en tantas ocasiones, y apartarme muchas veces a soledad a rezar y leer mucho, hablar de Dios, amiga de hacer pintar su imagen en muchas partes, y de tener oratorio, y procurar en él cosas que hiciesen devoción, no decir mal, y otras cosas desta suerte que tenían apariencia de virtud; y yo que de vana me sabía estimar en las cosas que en el mundo se suelen tener por estima. Con esto me daban tanta y más libertad que a las muy antiguas, y tenían gran seguridad de mí; porque tomar yo libertad, ni hacer cosa sin licencia, digo por agujeros, o paredes, o de noche, nunca me parece lo pudiera acabar conmigo en monasterio hablar desta suerte, ni lo hice, porque me tuvo el Señor de su mano. Parecíame a mí (que con advertencia y de propósito miraba muchas cosas) que poner la honra de tantas en aventura, por ser yo ruin, siendo ellas buenas, que era muy mal hecho; como si fuera bien otras cosas que hacía. A la verdad, no iba el mal de tanto acuerdo como esto fuera, aunque era mucho.

2. Por esto me parece a mí me hizo harto daño no estar en monasterio encerrado; porque la libertad que las que eran buenas podían tener con bondad, porque no debían más, que no se prometía clausura, para mí que soy ruin, hubiérame cierto llevado al infierno si con

tantos remedios y medios el Señor, con muy particulares mercedes suyas, no me hubiera sacado deste peligro; y ansí me parece lo es grandísimo, monasterio de mujeres con libertad, y que más me parece es paso para caminar al infierno las que quisieren ser ruines, que remedio para sus flaquezas. Esto no se tome por el mío, porque hay tantas que sirven muy de veras, y con mucha perfección al Señor, que no puede su Majestad dejar (según es bueno) de favorecerlas, y no es de los muy abiertos, y en él se guarda toda religión, sino de otros que yo sé, y he visto. Digo que me hacen gran lástima, que ha menester el Señor hacer particulares llamamientos, y no una vez, sino muchas, para que se salven, según están autorizadas las honras y recreaciones del mundo, y tan mal entendido a lo que están obligadas, que plega a Dios no tengan por virtud lo que es pecado, como muchas veces yo lo hacía; y hay tan gran dificultad en hacerlo entender, que es menester el Señor ponga muy de veras en ello su mano.

Si los padres tomasen mi consejo, ya que no quieran mirar a poner sus hijas adonde vayan camino de salvación, sino con más peligro que en el mundo, que lo miren por lo que toca a su honra; y quieran más casarlas muy bajamente, que meterlas en monasterios semejantes, si no son muy bien inclinadas, y plega a Dios aproveche, o se las tenga en su casa; porque si quieren ser ruines, no se podrá encubrir sino poco tiempo; y acá muy mucho, y en fin lo descubre el Señor; y no sólo dañan a sí, sino a todas; y a las veces las pobrecitas no tienen culpa, porque se van por lo que hallan; y es lástima de muchas que se quieren apartar del mundo, y pensando que se van a servir al Señor, y apartar de los peligros del mundo, se hallan en diez mundos juntos, que ni saben cómo se valer, ni

remediar; que la mocedad, y sensualidad, y demonio las convida, e inclina a seguir algunas cosas que son del mesmo mundo. Ve allí que lo tienen por bueno, a manera de decir.

Paréceme como los desventurados de los herejes en parte, que se quieren cegar y hacer entender que es bueno aquello que siguen, y que lo creen ansí sin creerlo; porque dentro de sí tienen quien les diga que es malo. ¡Oh grandísimo mal! grandísimo mal de religiosos (no digo ahora más mujeres que hombres), adonde no se guarda religión; adonde en un monasterio hay dos caminos de virtud y religión, y falta de religión, y todos casi se andan por igual; antes mal dije, no por igual, que por nuestros pecados camínase más el más imperfecto, y como hay más de él, es más favorecido. Usase tan poco el de la verdadera religión, que más ha de temer el fraile y la monja que ha de comenzar de veras a seguir del todo su llamamiento a los mesmos de su casa, que a todos los demonios. Y más cautela y disimulación ha de tener para hablar en la amistad que desea de tener con Dios, que en otras amistades y voluntades que el demonio ordena en los monasterios. Y no sé de qué nos espantamos haya tantos males en la Iglesia; pues los que habían de ser los dechados para que todos sacasen virtudes, tienen tan borrada la labor que el espíritu de los Santos pasados dejaron en las religiones. Plega a la divina Majestad ponga remedio en ello, como ve que es menester. Amén.

3. Pues comenzando yo a tratar estas conversaciones, no me pareciendo, como veía que se usaban, que había de venir a mi alma el daño y distraimiento que después entendí eran semejantes tratos, parecióme que, cosa tan general como es este visitar en muchos monasterios, que no me haría a mí más mal que a las otras,

que yo veía eran buenas; y no miraba que eran muy mejores, y que lo que en mí fué peligro, en otras no lo sería tanto: que alguno dudo yo lo deje de haber, aunque no sea sino tiempo mal gastado. Estando con una persona, bien al principio de conocerla, quiso el Señor darme a entender que no me convenían aquellas amistades, y avisarme y darme luz en tan gran ceguedad. Representóseme Cristo delante con mucho rigor, dándome a entender lo que de aquello le pesaba; vile con los ojos del alma más claramente que le pudiera ver con los del cuerpo, y quedóme tan imprimido, que ha esto más de veintiséis años, y me parece lo tengo presente. Yo quedé muy espantada y turbada, y no quería ver más a con quien estaba.

Hízome mucho daño no saber yo que era posible ver nada si no era con los ojos del cuerpo; y el demonio, que me ayudó a que lo creyese ansí, y hacerme entender que era imposible, y que se me había antojado, y que podía ser el demonio, y otras cosas de esta suerte; puesto que siempre me quedaba un parecerme era Dios, y que no era antojo; y más como no era mi gusto, yo me hacía a mí mesma desmentir; y yo, como no lo osé tratar con nadie, y tornó después a haber gran importunación, asegurándome que no era mal ver persona semejante, ni perdía honra, antes que la ganaba, torné a la mesma conversación, y aun en otros tiempos a otras, porque fué muchos años los que tomaba esta recreación pestilencial, que no me parecía a mí, como estaba en ello, tan malo como era, aunque a veces claro veía no era bueno; mas ninguna me hizo el distraimiento que ésta que digo, porque la tuve mucha afición.

4. Estando otra vez con la mesma persona, vimos venir hacia nosotros, y otras personas que estaban allí

también lo vieron, una cosa a manera de sapo grande, con mucha más ligereza que ellos suelen andar; de la parte que él vino, no puedo yo entender pudiese haber semejante sabandija en mitad del día, ni nunca la ha habido; y la operación que hizo en mí, me parece no era sin misterio, y tampoco esto se me olvidó jamás. ¡Oh grandeza de Dios, y con cuánto cuidado y piedad me estábades avisando de todas maneras, y qué poco me aprovechó a mí!

5. Tenía allí una monja, que era mi parienta, antigua y gran sierva de Dios y de mucha religión; esta también me avisaba algunas veces; y no sólo no la creía, mas disgustábame con ella, y parecíame se escandalizaba sin tener por qué. He dicho esto para que se entienda mi maldad, y la gran bondad de Dios, y cuán merecido tenía el infierno por tan gran ingratitud; y también porque si el Señor ordenare y fuere servido en algún tiempo lea esto alguna monja, escarmiente en mí; y les pido yo, por amor de nuestro Señor, huyan de semejantes recreaciones. Plega a su Majestad se desengañe alguna por mí de cuantas he engañado, diciéndoles que no era mal, y asegurando tan gran peligro con la ceguedad que yo tenía, que de propósito no las quería yo engañar; y por el mal ejemplo que las di (como he dicho), fui causa de hartos males, no pensando hacía tanto mal.

6. Estando yo mala en aquellos primeros días, antes que supiese valerme a mí, me daba grandísimo deseo de aprovechar a los otros; tentación muy ordinaria de los que comienzan, aunque a mí me sucedió bien. Como quería tanto a mi padre, deseábale, con el bien, que me parecía tenía con tener oración, que me parecía que en esta vida no podía ser mayor que tener oración; y así, por rodeos como pude, comencé a procurar con

él la tuviese. Dile libros para este propósito; como era tan virtuoso, como he dicho, asentóse tan bien en él este ejercicio, que en cinco o seis años (me parece sería) estaba tan adelante, que yo alababa mucho al Señor y dábame grandísimo consuelo. Eran grandísimos los trabajos que tuvo de muchas maneras; todos los pasaba con grandísima conformidad. Iba muchas veces a verme, que se consolaba en tratar cosas de Dios. Ya después que yo andaba tan distraída y sin tener oración, como veía pensaba que era la que solía, no lo pude sufrir sin desengañarle; porque estuve un año y más sin tener oración, pareciéndome más humildad; y ésta, como después diré, fué la mayor tentación que tuve, que por ella me iba a acabar de perder, que con la oración un día ofendía a Dios, y tornaba otros a recogerme y a apartarme más de la ocasión. Como el bendito hombre venía con esto, hacíaseme recio verle tan engañado, en que pensase trataba con Dios como solía, y díjele: que ya yo no tenía oración, aunque no la causa. Púsele mis enfermedades por inconveniente, que aunque sané de aquella tan grande, siempre hasta ahora las he tenido y tengo bien grandes; aunque de poco acá no con tanta reciedumbre, mas no se quitan de muchas maneras.

7. En especial tuve veinte años vómitos por las mañanas, que hasta más de medio día me acaecía no poder desayunarme; algunas veces más tarde; después acá que frecuento más a menudo las comuniones, es a la noche antes que me acueste, con mucha más pena, que tengo yo de procurarle con plumas y otras cosas, porque si lo dejo es mucho el mal que siento, y casi nunca estoy, a mi parecer, sin muchos dolores, y algunas veces muy graves, en especial en el corazón, aunque el mal que me tomaba muy contino es muy de tarde en tarde: perlesía recia y otras enfermedades de

calenturas, que solía tener muchas veces, me hallo buena ocho años ha.

Destos males se me da ya tan poco, que muchas veces me huelgo, pareciéndome en algo se sirve el Señor. Y mi padre me creyó que era ésta la causa, como él no decía mentira, y ya conforme a lo que yo trataba con él, no la había yo de decir. Díjele, porque mejor lo creyese, que bien veía yo que para esto no había disculpa, que harto hacía en poder servir al coro. Aunque tampoco era causa bastante para dejar cosa que no son menester fuerzas corporales para ella, sino sólo amor y costumbre; que el Señor da siempre oportunidad si queremos. Digo siempre, que aunque con ocasiones y enfermedad algunos ratos impida para muchos ratos de soledad, no deja de haber otros que hay salud para esto, y en la mesma enfermedad y ocasiones, es la verdadera oración, cuando es alma que ama, en ofrecer aquello y acordarse por quién lo pasa, y conformarse con ello, y mil cosas que se ofrecen; aquí ejercita el amor que no es por fuerza que ha de haberla cuando hay tiempo de soledad, y lo demás no ser oración. Con un poquito de cuidado, grandes bienes se hallan en el tiempo, que con trabajo el Señor nos quita el tiempo de la oración; y ansí los había yo hallado cuando tenía buena conciencia. Mas él, con la opinión que tenía de mí y el amor que me tenía, todo me lo creyó; antes me hubo lástima, mas como él estaba ya en tan subido estado, no estaba después tanto conmigo, sino como me había visto, íbase, que decía era tiempo perdido; como yo le gastaba en otras vanidades, dábaseme poco. No fué sólo a él, sino a otras algunas personas las que procuré tuviesen oración. Aun andando yo en estas vanidades, como las veía amigas de rezar, las decía cómo tenían meditación, y les aprovechaba y dábales libros,

porque este deseo de que otras sirviesen a Dios, desde que comencé oración, como he dicho, le tenía. Parecíame a mí que ya que no servía al Señor como lo entendía, que no se perdiese lo que me había dado su Majestad a entender, y que le sirviesen otros por mí. Digo esto para que se vea la gran ceguedad en que estaba que me dejaba perder a mí y procuraba ganar a otros.

8. En este tiempo dió a mi padre la enfermedad de que murió, que duró algunos días. Fuíle yo a curar estando más enferma en el alma que él en el cuerpo, en muchas vanidades, aunque no de manera que a cuanto entendía estuviese en pecado mortal en todo este tiempo más perdido que digo; porque entendiéndolo yo, en ninguna manera lo estuviera. Pasé harto trabajo en su enfermedad; creo le serví algo de los que él había pasado en las mías. Con estar yo harto mala me esforzaba, y con que el faltarme él me faltaba todo el bien y regalo, porque en un sér me le hacía, tuve tan gran ánimo para no le mostrar pena y estar hasta que murió como si ninguna casa sintiera, pareciéndome se arrancaba mi alma cuando veía acabar su vida, porque le quería mucho.

Fué cosa para alabar al Señor la muerte que murió y la gana que tenía de morirse, los consejos que nos daba después de haber recibido la Extremaunción el encargarnos le encomendásemos a Dios y le pidiésemos misericordia para él, y que siempre le sirviésemos, que mirásemos se acaba todo; y con lágrimas nos decía la pena grande que tenía de no haberle servido, que quisiera ser un fraile, digo, haber sido de los más estrechos que hubiera.

Tengo por muy cierto que quince días antes le dió el Señor a entender no había de vivir, porque antes desto, aunque estaba malo, no lo pensaba. Después, con tener mucha mejoría y decirlo los médicos, ningún caso hacía

dellos, sino entendía en ordenar su alma. Fué su principal mal de un dolor grandísimo de espaldas que jamás se le quitaba; algunas veces le apretaba tanto, que le congojaba mucho. Díjele yo que, pues era tan devoto de cuando el Señor llevaba la cruz a cuestas, que pensase su Majestad le quería dar a sentir algo de lo que había pasado con aquel dolor. Consolóse tanto, que me parece nunca más le oí quejar. Estuvo tres días muy falto el sentido. El día que murió se le tornó el Señor tan entero, que nos espantábamos, y le tuvo hasta que a la mitad del Credo, diciéndole él mesmo, expiró. Quedó como un ángel, y ansí me parecía a mí lo era él, a manera de decir en alma y disposición, que la tenía muy buena. No sé para qué he dicho esto, si no es para culpar más mis ruindades después de haber visto tal muerte y entender tal vida, que por parecerme en algo a tal padre, la había yo de mejorar. Decía su confesor, que era Dominico, muy gran letrado, que no dudaba de que se iba derecho al cielo, porque había algunos años que le confesaba y loaba su limpieza de conciencia.

9. Este Padre Dominico, que era muy bueno y temeroso de Dios, me hizo harto provecho, porque me confesé con él, y tomó hacer bien a mi alma con cuidado y hacerme entender la perdición que traía. Haciame comulgar de quince a quince días, y poco a poco comenzándole a tratar, tratéle de mi oración. Díjome que no la dejase, que en ninguna manera me podía hacer sino provecho.

Comencé a tornar a ella, aunque no a quitarme de las ocasiones, y nunca más la dejé. Pasaba una vida trabajosísima, porque en la oración entendía más mis faltas. Por una parte, me llamaba Dios; por otra, yo seguía al mundo. Dábanme gran contento todas las cosas de Dios. Tenían me atada las del mundo. Parece que

quería concertar estos dos contrarios, tan enemigo uno de otro, como es vida espiritual, y contentos y gustos, y pasatiempos sensuales. En la oración pasaba gran trabajo, porque no andaba el espíritu señor, sino esclavo; y ansí no me podía encerrar dentro de mí, que era todo el modo de proceder que llevaba en la oración, sin encerrar conmigo mil vanidades. Pasé ansí muchos años, que ahora me espanto, que sujeto bastó a sufrir, que no dejase lo uno u lo otro; bien sé que dejar la oración, no era ya en mi mano, porque me tenía con las suyas el que me quería para hacerme mayores mercedes.

10. ¡Oh, válame Dios si hubiera de decir las ocasiones que en estos años Dios me quitaba, y cómo me tornaba yo a meter en ellas, y de los peligros de perder del todo el crédito que me libró! Yo a hacer obras para descubrir la que era, y el Señor en cubrir los males, y descubrir alguna pequeña virtud, si tenía, y hacerla grande en los ojos de todos de manera que siempre me tenían en mucho; porque aunque algunas veces se traslucían mis vanidades, como veían otras cosas que les parecían buenas, no lo creían; y era que había ya visto el Sabidor de todas las cosas que era menester ansí, para que en las que después he hablado de su servicio, me diesen algún crédito y miraba su soberana largueza, no los grandes pecados, sino los deseos que muchas veces tenía en servirle, y la pena por no tener fortaleza en mí para ponerlo por obra.

11. ¡Oh Señor de mi alma! ¡Cómo podré encarecer las mercedes que en estos años me hicistes! ¡Y cómo en el tiempo que yo más os ofendía, en breve me disponíades con un grandísimo arrepentimiento, para que gustase de vuestros regalos y mercedes! A la verdad tomábades, Rey mío, el más delicado y penoso castigo

por medio, que para mí podía ser, como quien bien entendía, lo que me había de ser más penoso. Con regalos grandes castigábades mis delitos. Y no creo digo desatino, aunque sería bien, que estuviese desatinada, tornando a la memoria ahora de nuevo mi ingratitud y maldad. Era tan más penoso para mi condición recibir mercedes, cuando había caído en graves culpas, que recibir castigos; que una dellas me parece cierto me deshacía, y confundía más, y fatigaba, que muchas enfermedades, con otros trabajos harto juntos; porque lo postrero veía lo merecía, y parecíame pagaba algo de mis pecados, aunque todo era poco, según ellos eran muchos; mas verme recibir de nuevo mercedes, pagando tan mal las recibidas, es un género de tormento para mí terrible; y creo para todos los que tuvieren algún conocimiento o amor de Dios, y esto por una condición virtuosa lo podemos acá sacar. Aquí eran mis lágrimas y mi enojo de ver lo que sentía, viéndome de suerte que estaba en víspera de tornar a caer: aunque mis determinaciones y deseos entonces, por aquel rato, digo, estaban firmes. Gran mal es un alma sola entre tantos peligros: paréceme a mí que si yo tuviera con quien tratar todo esto, que me ayudara a no tornar a caer, siquiera por vergüenza, ya que no la tenía de Dios.

12. Por eso aconsejaría yo a los que tienen oración, en especial al principio, procuren amistad y trato con otras personas que traten de lo mesmo; es cosa importantísima, aunque no sea sino ayudarse unos a otros con sus oraciones, cuanto más, que hay muchas más ganancias. Y no sé yo por qué, pues de conversaciones y voluntades humanas, aunque no sean muy buenas, se procuran amigos con quien descansar, y para más gozar de contar de aquellos placeres vanos, se ha de permitir que quien comenzare de veras a amar a Dios y a

servirle, deje de tratar con algunas personas sus placeres y trabajos, que de todo tienen los que tienen oración. Porque si es de verdad el amistad que quiere tener con su Majestad, no haya miedo de vanagloria; y cuando el primer movimiento le acometa, saldrá dello con mérito; y creo que el que tratando con esta intención lo tratare, que aprovechará a sí y a los que le oyeren, y saldrá más enseñado, ansí en entender como en enseñar a sus amigos. El que de hablar en esto tuviere vanagloria, también la tendrá en oir misa con devoción, si le ven, y en hacer otras cosas, que so pena de no ser cristiano las ha de hacer, y no se han de dejar por miedo de vanagloria.

Pues es tan importantísimo esto para almas que no están fortalecidas en virtud, como tienen tantos contrarios y amigos para incitar al mal, que no sé cómo lo encarecer. Paréceme que el demonio ha usado deste ardid, como cosa que muy mucho le importa, que se escondan tanto de que se entienda que de veras quieren procurar amar y contentar a Dios, como ha incitado se descubran otras voluntades mal honestas, con ser tan usadas, que ya parece se toma por gala, y se publican las ofensas que en este caso se hacen a Dios.

13. No sé si digo desatinos; si lo son, vuesa merced lo rompa, y si no lo son, le suplico ayude a mi simpleza con añadir aquí mucho; porque andan ya las cosas del servicio de Dios tan flacas, que es menester hacerse espaldas unos a otros, los que le sirven, para ir adelante, según se tiene por bueno andar en las vanidades y contentos del mundo, y para éstos hay pocos ojos: y si uno comienza a darse a Dios, hay tantos que murmuren, que es menester buscar compañía para defenderse hasta que ya estén fuertes en no les pesar de padecer, y si no veránse en mucho aprieto. Paréceme que por esto debían

usar algunos santos irse a los desiertos; y es un género de humildad no fiar de sí, sino creer que para aquellos con quien conversa, le ayudará Dios; y crece la caridad con ser comunicada, y hay mil bienes que no los osaría decir si no tuviese gran experiencia de lo mucho que va en esto. Verdad es que yo soy más flaca y ruin que todos los nacidos; mas creo no perderá quien humillándose, aunque sea fuerte, no lo crea de sí, y creyere en esto a quien tiene experiencia. De mí sé decir que si el Señor no me descubriera esta verdad y diera medios para que yo muy ordinario tratara con personas que tienen oración, que cayendo y levantando iba a dar de ojos en el infierno, porque para caer había muchos amigos que me ayudasen; para levantarme hallábame tan sola, que ahora me espanto cómo no estaba siempre caída, y alabo la misericordia de Dios, que era sólo el que me daba la mano; sea bendito para siempre jamás. Amén.

CAPÍTULO VIII

Trata del gran bien que le hizo no se apartar del todo de la oración para no perder el alma; y cuán excelente remedio es para ganar lo perdido. Persuade a que todos la tengan. Dice cómo es tan gran ganancia, y que aunque la tornen a dejar, es gran bien usar algún tiempo de tan gran bien.

1. No sin causa he ponderado tanto este tiempo de mi vida, que bien veo no dará a nadie gusto ver cosa tan ruin, que cierto quería me aborreciesen los que esto leyesen, de ver un alma tan pertinaz e ingrata con quien tantas mercedes le ha hecho; y quisiera tener licencia para decir las muchas veces que en este tiempo falté a

Dios por no estar arrimada a esta fuerte columna de la oración.

Pasé este mar tempestuoso casi veinte años con estas caídas, y con levantarme, y mal, pues tornaba a caer; y en vida tan baja de perfección, que ningún caso casi hacía de pecados veniales, y los mortales, aunque los temía, no como había de ser, pues no me apartaba de los peligros; sé decir que es una de las vidas penosas que me parece se puede imaginar; porque ni yo gozaba de Dios, ni traía contento en el mundo. Cuando estaba en los contentos del mundo, en acordarme lo que debía a Dios, era con pena; cuando estaba con Dios, las aficiones del mundo me desasosegaban; ello es una guerra tan penosa que no sé cómo un mes la pude sufrir, cuanto más tantos años. Con todo, veo claro la gran misericordia que el Señor hizo conmigo, ya que había de tratar en el mundo, que tuviese ánimo para tener oración; digo ánimo, porque no sé yo para qué cosa de cuantas hay en él es menester mayor, que tratar traición al rey, y saber que lo sabe y nunca se le quitar delante. Porque puesto que siempre estamos delante de Dios, paréceme a mí es de otra manera los que tratan de oración; porque están viendo que les mira; que los demás podrá ser estén algunos días, que aun no se acuerden que los ve Dios. Verdad es que en estos años hubo muchos meses, y creo alguna vez año, que me guardaba de ofender al Señor, y me daba mucho a la oración, y hacía algunas y hartas diligencias para no le venir a ofender. Porque va todo lo que escribo dicho con toda verdad, trato ahora esto. Mas acuérdaseme poco destos días buenos, y ansí debían ser pocos y muchos los ruines; ratos grandes de oración pocos días se pasaban sin tenerlos, si no era estar muy mala o muy ocupada. Cuando estaba mala, estaba mejor con Dios;

procuraba que las personas que trataban conmigo lo estuviesen, y suplicábalo al Señor; hablaba muchas veces en él. Ansí, que si no fué el año que tengo dicho, en veintiocho que ha comenzé oración, más de los dieciocho pasé esta batalla y contienda de tratar con Dios y con el mundo. Los demás que ahora me quedan por decir, mudóse la causa de la guerra, aunque no ha sido pequeña; mas con estar, a lo que pienso, en servicio de Dios, y conocimiento de la vanidad, que es el mundo, todo ha sido suave, como diré después.

2. Pues para lo que he tanto contado esto, es (como he ya dicho) para que se vea la misericordia de Dios y mi ingratitud; y lo otro, para que se entienda el gran bien que hace Dios a un alma que la dispone para tener oración con voluntad, aunque no esté tan dispuesta como es menester, y como si en ella persevera, por pecados y tentaciones, y caídas de mil maneras que ponga el demonio; en fin, tengo por cierto, la saca el Señor a puerto de salvación, como (a lo que ahora parece) me ha sacado a mí; plega a su Majestad no me torne yo a perder. El bien que tiene quien se ejercita en oración, hay muchos Santos, y buenos, que lo han escrito, digo oración mental, gloria sea a Dios por ello; y cuando no fuera esto, aunque soy poco humilde, no tan soberbia que en esto osara hablar.

3. De lo que yo tengo experiencia puedo decir, y es, que por males que haga quien la ha comenzado, no la deje; pues es el medio por donde puede tornarse a remediar, y sin ella será muy más dificultoso; y no le tiente el demonio por la manera que a mí, a dejarla por humildad, crea que no pueden faltar sus palabras; que en arrepintiéndonos de veras, y determinándose a no le ofender, se torna a la amistad que estaba, y a hacer las mercedes que antes hacía, y a las veces mucho más, si

el arrepentimiento lo merece; y quien no la ha comenzado, por amor del Señor le ruego yo no carezca de tanto bien. No hay aquí por temer, sino que desear; porque cuando no fuere delante, y se esforzare a ser perfecto, que merezca los gustos y regalos que a éstos da Dios, a poco ganar irá entendiendo el camino para el cielo; y si persevera, espero yo en la misericordia de Dios, que nadie le tomó por amigo, que no se lo pagase; porque no es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama. Y si vos aún no le amáis, porque para ser verdadero el amor, y que dure la amistad, hanse de encontrar las condiciones, y la del Señor ya se sabe que no puede tener falta; la nuestra es ser viciosa, sensual, ingrata; no podéis acabar con vos de amarle tanto, porque no es de vuestra condición; mas viendo lo mucho que os va en tener su amistad y lo mucho que os ama, pasad por esta pena de estar mucho con quien es tan diferente de vos.

4. ¡Oh bondad infinita de mi Dios, que me parece os veo, y me veo desta suerte! ¡Oh regalo de los ángeles, que toda me querría, cuando esto veo, deshacer en amaros! ¡Cuán cierto es sufrir Vos a quien no os sufre que estéis con él! ¡Oh qué buen amigo hacéis, Señor mío, cómo le vais regalando, y sufriendo, y esperáis a que se haga a vuestra condición, y tan de mientras le sufrís Vos la suya! Tomáis en cuenta, mi Señor, los ratos que os quiere, y con un punto de arrepentimiento olvidáis lo que os ha ofendido. He visto esto claro por mí, y no veo, Criador mío, por qué todo el mundo no se procure llegar a Vos por esta particular amistad. Los malos, que no son de vuestra condición, se deben llegar para que nos hagáis buenos, con que os sufran estéis con ellos siquiera dos horas cada día, aunque ellos no

estén con Vos sino con mil revueltas de cuidados y pensamientos del mundo, como yo hacía. Por esta fuerza que se hacen a querer estar en tan buena compañía, miráis (que en esto a los principios no pueden más, ni después algunas veces), forzáis Vos, Señor, a los demonios para que no los acometan, y que cada día tengan menos fuerza contra ellos, y dáisela a ellos para vencer. Sí que no matáis a nadie. Vida de todas las vidas de los que se fían de Vos, y de los que os quieren por amigo; sino sustentáis la vida del cuerpo con mas salud y dáisla al alma.

5. No entiendo esto: ¿qué temen los que temen comenzar oración mental? Ni sé de qué han miedo. Bien hace de ponerle el demonio, para hacernos él de verdad mal, si con miedos me hace, no piense en lo que he ofendido a Dios, y en lo mucho que le debo, y en que hay infierno y hay gloria, y en los grandes trabajos y dolores que pasó por mí. Esta fué toda mi oración, y ha sido cuando anduve en estos peligros; y aquí era mi pensar cuando podía, y muy muchas veces algunos años tenía más cuenta con desear se acabase la hora que tenía por mí de estar, y escuchar cuando daba el reloj, que no en otras cosas buenas; y hartas veces no sé qué penitencia grave se me pusiera delante, que no la acometiera de mejor gana, que recogerme a tener oración. Y es cierto, que era tan incomportable la fuerza que el demonio me hacía, o mi ruin costumbre, que no fuese a la oración, y la tristeza que me daba en entrando en el oratorio, que era menester ayudarme de todo mi ánimo (que dicen no le tengo pequeño, y se ha visto me le dió Dios harto más que de mujer; sino que le he empleado mal) para forzarme, y en fin me ayudaba el Señor. Y después que me había hecho esta fuerza, me hallaba con más quietud y regalo, que algunas

veces que tenía deseos de rezar. Pues si a cosa tan ruin como yo, tanto tiempo sufrió el Señor, y se ve claro que por aquí se remediaron todos mis males, ¿qué persona, por mala que sea, podrá temer? Porque por mucho que lo sea, no lo será tantos años después de haber recibido tantas mercedes del Señor. Ni ¿quién podrá desconfiar, pues a mí tanto me sufrió, sólo porque deseaba y procuraba algún lugar y tiempo para que estuviese conmigo, y esto muchas veces sin voluntad, por gran fuerza que me hacía, o me la hacía el mesmo Señor? Pues si a los que no le sirven, sino que le ofenden, les está tan bien la oración, y les es tan necesaria, y no puede nadie hallar con verdad daño que pueda hacer, que no fuera mayor el no tenerla, los que sirven a Dios, y le quieren servir, ¿por qué lo han de dejar? Por cierto, si no es por pasar con más trabajo los trabajos de la vida, yo no lo puedo entender, y por cerrar a Dios la puerta, para que en ella no les dé contento. ¡Cierto los he lástima, que a su costa sirven a Dios! Porque a los que tratan la oración, el mesmo Señor les hace la costa; pues por un poco de trabajo, da gusto, para que con él se pasen los trabajos. Porque destos gustos que el Señor da a los que perseveran en la oración se tratará mucho, no digo aquí nada; sólo digo, que para estas mercedes tan grandes que me ha hecho a mí, es la puerta la oración; cerrada ésta, no sé cómo las hará; porque aunque quiera entrar a regalarse con un alma y regalarla, no hay por dónde, que la quiere sola, y limpia, y con gana de recibirlas. Si le ponemos muchos tropiezos y no ponemos nada en quitarlos, ¿cómo ha de venir a nosotros, y queremos nos haga Dios grandes mercedes?

6. Para que vean su misericordia y el gran bien que fué para mí no haber dejado la oración y lección, diré

aquí, pues va tanto en entender la batería que da el demonio a un alma para ganarla, y el artificio y misericordia con que el Señor procura tornarla a sí, y se guarden de los peligros no que yo me guardé. Y sobre todo, por amor de nuestro Señor y por el gran amor con que anda granjeando tornarnos a sí, pido yo se guarden de las ocasiones; porque puestos en ellas, no hay que fiar, donde tantos enemigos nos combaten y tantas flaquezas hay en nosotros para defendernos.

Quisiera yo saber figurar la captividad que en estos tiempos traía mi alma, porque bien entendía yo que lo estaba, y no acababa de entender en qué, ni podía creer del todo que lo que los confesores no me agravaban tanto fuese tan malo como yo lo sentía en mi alma. Díjome uno, yendo yo a él con escrúpulo, que aunque tuviese subida contemplación, no me eran inconvenientes semejantes ocasiones y tratos. Esto era ya a la postre, que yo iba con el favor de Dios apartándome más de los peligros grandes, mas no me quitaba del todo de la ocasión. Como me veían con buenos deseos y ocupación de oración, parecíales hacía mucho; mas entendía mi alma que no era hacer lo que era obligada por quien debía tanto; lástima la tengo ahora de lo mucho que pasó, y el poco socorro que de ninguna parte tenía, sino de Dios, y la mucha salida que le daban para sus pasatiempos y contentos, con decir eran lícitos. Pues el tormento en los sermones no era pequeño, y era aficionadísima a ellos, de manera que si veía alguno predicar con espíritu y bien, un amor particular le cobraba sin procurarlo yo, que no sé quién me lo ponía; casi nunca me parecía tan mal sermón, que no le oyese de buena gana, aunque al dicho de los que le oían no predicase bien. Si era bueno, érame muy particular recreación. De hablar de Dios o oir dél casi

nunca me cansaba; esto después que comencé oración, por un cabo tenía gran consuelo en los sermones, por otro me atormentaba; porque allí entendía yo que no era la que había de ser con mucha parte. Suplicaba al Señor me ayudase; mas debía faltar, a lo que ahora me parece, de no poner en todo la confianza en su Majestad y perderla de todo punto de mí. Buscaba remedio; hacía diligencias; mas no debía entender que todo aprovecha poco si, quitada de todo punto la confianza de nosotros, no la ponemos en Dios. Deseaba vivir, que bien entendía que no vivía, sino que peleaba con una sombra de muerte, y no había quien me diese vida y no la podía tomar, y quien me la podía dar tenía razón de no socorrerme, pues tantas veces me había tornado a sí y yo dejádole.

CAPÍTULO IX

Trata por qué términos comenzó el Señor a despertar su alma y darle luz en tan grandes tinieblas, y a fortalecer sus virtudes para no ofenderle.

1. Pues ya andaba mi alma cansada, y aunque quería, no la dejaban descansar las ruines costumbres que tenía. Acaecióme que entrando un día en el oratorio vi una imagen que habían traído allí a guardar, que se había buscado para cierta fiesta que se hacía en casa. Era de Cristo muy llagado, y tan devota, que en mirándola, toda me perturbó de verle tal porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fué tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle.

2. Era yo muy devota de la gloriosa Magdalena, y muy muchas veces pensaba en su conversión, en especial cuando comulgaba; que como sabía estaba allí cierto el Señor dentro de mí, poníame a sus pies, pareciéndome no eran de desechar mis lágrimas; y no sabía lo que decía, que harto hacía quien por sí me las consentía derramar, pues tan presto se me olvidaba aquel sentimiento, y encomendábame a aquesta gloriosa santa para que me alcanzase perdón.

3. Mas esta postrera vez desta imagen que digo, me parece me aprovechó más, porque estaba ya muy desconfiada de mí y ponía toda mi confianza en Dios. Paréceme, le dije entonces, que no me había de levantar de allí hasta que hiciese lo que le suplicaba. Creo cierto me aprovechó, porque fuí mejorando mucho desde entonces. Tenía este modo de oración, que como no podía discurrir con el entendimiento, procuraba representar a Cristo dentro de mí, y hallábame mejor, a mi parecer, en las partes adonde le veía más solo. Parecíame a mí que estando solo y afligido como persona necesitada, me había de admitir a mí. Destas simplicidades tenía muchas; en especial me hallaba muy bien en la oración del Huerto: allí era mi acompañarle. Pensaba en aquel sudor y aflicción que allí había tenido; si podía, deseaba limpiarle aquel tan penoso sudor; mas acuérdome que jamás osaba determinarme a hacerlo como se me presentaban mis pecados tan graves. Estábame allí lo más que me dejaban mis pensamientos con él, porque eran muchos los que me atormentaban. Muchos años, las más noches, antes que me durmiese, cuando para dormir me encomendaba a Dios, siempre pensando un poco en este paso de la oración del Huerto, aun desde que no era monja, porque me dijeron se ganaban muchos perdones, y tengo para mí, que por aquí ganó

muy mucho mi alma; porque comencé a tener oración sin saber qué era, y ya la costumbre tan ordinaria me hacía no dejar esto, como el no dejar de santiguarme para dormir.

4. Pues tornando a lo que decía del tormento que me daban los pensamientos, esto tiene este modo de proceder sin discurso de entendimiento, que el alma ha de estar muy ganada o perdida, digo perdida la consideración; en aprovechando, aprovechan mucho, porque es en el amar. Mas para llegar aquí es muy a su costa, salvo a personas que quiere el Señor muy en breve llegarlas a oración de quietud, que yo conozco algunas; para las que van por aquí es bueno un libro para presto recogerse. Aprovechábame a mí también ver campos, agua, flores. En estas cosas hallaba yo memoria del Criador; digo que me despertaban y recogían, y servían de libro, y en mi ingratitud y pecados. En cosas del cielo, ni en cosas subidas, era mi entendimiento tan grosero, que jamás por jamás las pude imaginar hasta que por otro modo el Señor me las representó.

5. Tenía tan poca habilidad para con el entendimiento representar cosas, que si no era lo que veía no me aprovechaba nada de mi imaginación, como hacen otras personas que pueden hacer representaciones adonde se recogen. Yo sólo podía pensar en Cristo como hombre; mas es ansí, que jamás le pude representar en mí por más que leía su hermosura y veía imágenes, sino como quien está ciego o a obscuras; que aunque habla con alguna persona y ve que está con ella, porque sabe cierto que está allí, digo que entiende y cree que está allí, mas no la ve. De esta manera me acaecía a mí cuando pensaba en nuestro Señor. A esta causa era tan amiga de imágenes. Desventurados de los que por su culpa pierden este bien; bien parece que

no aman al Señor, porque si le amaran, holgáranse de ver su retrato, como acá aún da contento ver el de quien se quiere bien.

6. En este tiempo me dieron las *Confesiones de San Agustín*, que parece el Señor lo ordenó; porque yo no las procuré, ni nunca las había visto. Yo soy muy aficionada a San Agustín, porque el monasterio adonde estuve seglar era de su Orden; y también por haber sido pecador, que de los santos que después de serlo, el Señor tornó a sí, hallaba yo mucho consuelo, pareciéndome en ellos había de hallar ayuda; y que como los había el Señor perdonado, podía hacer a mí; salvo que una cosa me desconsolaba, como he dicho: que a ellos sólo una vez los había el Señor llamado, y no tornaban a caer, y a mí eran ya tantas, que esto me fatigaba; mas considerando en el amor que me tenía, tornaba a animarme que de su misericordia jamás desconfié, de mí muchas veces.

¡Oh, válame Dios, cómo me espanta la reciedumbre que tuvo mi alma con tener tantas ayudas de Dios! Háceme estar temerosa lo poco que podía conmigo y cuán atada me veía para no me determinar a darme del todo a Dios. Como comencé a leer las *Confesiones*, paréceme me veía yo allí, comencé a encomendarme mucho a este glorioso santo. Cuando llegué a su conversión y leí como oyó aquella voz en el huerto, no me parece sino que el Señor me la dió a mí, según sintió mi corazón; estuve por gran rato que toda me deshacía en lágrimas, y entre mí mesma con gran aflicción y fatiga. ¡Oh, qué sufre un alma, válame Dios, por perder la libertad que había de tener de ser señora, y qué de tormentos padece! Yo me admiro ahora cómo podía vivir en tanto tormento, sea Dios alabado, que me dió vida para salir de muerte tan mortal; paréceme que

ganó grandes fuerzas mi alma de la divina Majestad, y que debía oir mis clamores, y haber lástima de tantas lágrimas.

8. Comenzóme a crecer la afición de estar más tiempo con él, y a quitarme de los ojos las ocasiones, porque quitadas, luego me volvía a amar a su Majestad; que bien entendía yo a mi parecer le amaba, mas no entendía en qué está el amar de veras a Dios, como lo había de entender. ¡No me parece acababa yo de disponerme a quererle servir, cuando su Majestad me comenzaba a tornar a regalar. No parece sino que lo que otros procuran con gran trabajo adquirir, granjeaba el Señor conmigo que yo lo quisiese recibir, que era ya en estos postreros años, darme gustos y regalos. Suplicar yo me los diese, ni ternura de devoción, jamás a ello me atreví; sólo le pedía me diese gracia para que no le ofendiese, y me perdonase mis grandes pecados. Como los veía tan grandes, aun desear regalos ni gusto, nunca de advertencia osaba: harto me parece hacía su piedad, y con verdad hacía mucha misericordia conmigo en consentirme delante de sí y traerme a su presencia, que veía yo si tanto él no lo procurara, no viniera. Sólo una vez en mi vida me acuerdo pedirle gustos, estando con mucha sequedad; y como advertí lo que hacía, quedé tan confusa que la mesma fatiga de verme tan poco humilde me dió lo que me había atrevido a pedir. Bien sabía yo era lícito pedirlo; mas parecíame a mí, que lo es a los que están dispuestos, con haber procurado lo que es verdadera devoción con todas sus fuerzas, que es no ofender a Dios, y estar dispuestos y determinados para todo bien. Parecíame que aquellas mil lágrimas eran mujeriles, y sin fuerza, pues no alcanzaba con ellas lo que deseaba; pues con todo creo me valieron; porque, como digo, en especial después destas

veces de tan gran compunción dellas, y fatiga de mi corazón, comencé más a darme a oración y a tratar menos en cosas que me dañasen, aunque aún no las dejaba del todo, sino, como digo, fuéme ayudando Dios a desviarme, como no estaba su Majestad esperando sino algún aparejo en mí, fueron creciendo las mercedes espirituales de la manera que diré. Cosa no usada darlas el Señor, sino a los que están en más limpieza de conciencia.

CAPITULO X

Comienza a declarar las mercedes que el Señor la hacía en la oración, y en lo que nos podemos nosotros ayudar, y lo mucho que importa que entendamos las mercedes que el Señor nos hace. Pide a quien esto envía, que de aquí adelante sea secreto lo que escribiere; pues la mandan diga tan particularmente las mercedes que le hace el Señor.

1. Tenía yo algunas veces, como he dicho (aunque con mucha brevedad pasaba), comienzo de lo que ahora diré. Acaecíame en esta representación que hacía de ponerme cabe Cristo, que he dicho, y aun algunas veces leyendo, venirme a deshora un sentimiento de la presencia de Dios, que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí, o yo toda engolfada en él. Esto no era manera de visión; creo lo llaman mística teología; suspende el alma de suerte, que toda parecía estar fuera de sí. Ama la voluntad, la memoria me parece está casi perdida, el entendimiento no discurre a mi parecer, mas no se pierde; mas como digo, no obra (1), sino está como espantado de lo mucho que en-

(1) Dice que no obra el entendimiento, porque, como ha dicho, no discurre de unas cosas en otras, ni saca consideraciones, porque le tiene ocupado entonces la grandeza

tiende; porque quiere Dios entienda que de aquello que su Majestad le representa, ninguna cosa entiende.

2. Primero había tenido muy continuo una ternura, que en parte algo de ella me parece se puede procurar: un regalo, que ni bien es todo sensual, ni bien espiritual, todo es dado de Dios. Mas parece para esto nos podemos mucho ayudar con considerar nuestra bajeza y la ingratitud que tenemos con Dios, lo mucho que hizo por nosotros, su Pasión con tan graves dolores, su vida tan afligida, en deleitarnos de ver sus obras, su grandeza, lo que nos ama; otras muchas cosas, que quien con cuidado quiere aprovechar, tropieza muchas veces en ellas, aunque no ande con mucha advertencia; si con esto hay algún amor, regálase el alma, enternécese el corazón, vienen lágrimas; algunas veces parece la sacamos por fuerza; otras el Señor parece nos la hace para no poder nosotros resistirlas. Parece nos paga su Majestad aquel cuidadito con un don tan grande como es el consuelo que da a un alma ver que llora por tan gran Señor; y no me espanto, que le sobra la razón de consolarse. Regálase allí, huélgase allí.

3. Paréceme bien esta comparación que ahora se me ofrece; que son estos gozos de oración, como deben ser los que están en el cielo, que como no han visto más de lo que el Señor, conforme a lo que merecen, quiere que vean, y ven sus pocos méritos, cada uno está contento

---

del bien que se le pone delante; pero en realidad de verdad sí obra, pues pone los ojos en lo que se le presenta, y conoce que no lo puede entender como es. Pues dice: No obra, esto es, no discurre, sino está como espantado de lo mucho que entiende; esto es, de la grandeza del objeto que ve; no porque entienda mucho dél, sino porque ve que es tanto él en sí, que no le puede enteramente entender.

con el lugar en que está, con haber tan grandísima diferencia de gozar a gozar en el cielo, mucho más que acá hay de unos gozos espirituales a otros, que es grandísima. Y verdaderamente, un alma en sus principios, cuando Dios le hace esta merced, ya casi le parece no hay más que desear, y se da por bien pagada de todo cuanto ha servido; y sóbrale la razón, que una lágrima destas, que como digo casi nos las procuramos (aunque sin Dios no se hace cosa), no me parece a mí que con todos los trabajos del mundo se puede comprar, porque se gana mucho con ellas; y ¿qué más ganancia que tener algún testimonio que contentamos a Dios? Ansí que quien aquí llegare, alábele mucho, conózcase por muy deudor, porque ya parece le quiere para su casa, y escogido para su reino, si no torna atrás.

4. No cure de unas humildades que hay, de que pienso tratar, que les parece humildad no entender que el Señor les va dando dones. Entendamos bien, bien como ello es, que nos lo da Dios sin ningún merecimiento nuestro, y agradezcámoslo a su Majestad; porque si no conocemos que recibimos, no nos despertaremos a amar; y es cosa muy cierta que mientras más vemos estamos ricos, sobre conocer somos pobres, más aprovechamiento nos viene, y aun más verdadera humildad; lo demás es acobardar el ánimo a parecer que no es capaz de grandes bienes, si en comenzando el Señor a dárselos, comienza él a atemorizarse con miedo de vanagloria. Creamos que quien nos da los bienes, nos dará gracia, para que en comenzando el demonio a tentar en este caso, le entendamos, y fortaleza para resistirle; digo si andamos con llaneza delante de Dios, pretendiendo contentar sólo a él, y no a los hombres. Es cosa muy clara, que amamos más a una persona, cuando mucho se nos acuerda las buenas obras que

nos hace. Pues si es lícito y tan meritorio que siempre tengamos memoria, que tenemos de Dios el sér, y que nos crió de no nada, y que nos sustenta, y todos los demás beneficios de su muerte y trabajos, que mucho antes que nos criase los tenía hechos por cada uno de los que ahora viven, ¿por qué no será lícito que entienda yo, vea y considere muchas veces que solía hablar en vanidades, y que ahora me ha dado el Señor que no querría sino hablar en El? He aquí una joya que, acordándonos que es dada, y ya la poseemos, forzado convida a amar, que es todo el bien de la oración fundada sobre humildad. Pues ¿qué será cuando vean en su poder otras joyas más preciosas, como tienen ya recibidas algunos siervos de Dios, de menosprecio del mundo, y aun de sí mesmo? Está claro que se han de tener por más deudores y más obligados a servir, y entender que no teníamos nada desto, y a conocer la largueza del Señor, que a un alma tan ruin y pobre, y de ningún merecimiento, como la mía, que bastaba la primera joya destas, y sobraba para mí, quiso hacerme con más riquezas que yo supiera desear.

Es menester sacar fuerzas de nuevo para servir y procurar no ser ingratos; porque con esa condición las da el Señor; que si no usamos bien del tesoro y del gran estado en que nos pone, no los tornará a tomar, y quedarnos hemos muy más pobres, y dará su Majestad las joyas a quien luzga y aproveche con ellas a sí, y a los otros. Pues ¿cómo aprovechará y gastará con largueza el que no entiende que está rico? Es imposible, conforme a nuestra naturaleza, a mi parecer, tener ánimo para cosas grandes quien no entiende está favorecido de Dios; porque somos tan miserables y tan inclinados a cosas de tierra, que mal podrá aborrecer todo lo de acá de hecho con gran desasimiento quien no en-

tiende tiene alguna prenda de lo de allá; porque con estos dones es adonde el Señor nos da la fortaleza que por nuestros pecados nosotros perdimos. Y mal desearé se descontenten todos dél y le aborrezcan, y todas las demás virtudes grandes que tienen los perfetos, si no tiene alguna prenda del amor que Dios le tiene, y junta mente fe viva. Porque es tan muerto nuestro natural, que nos vamos a lo que presente vemos; y ansí, estos mesmos favores son los que despiertan la fe y la fortalecen. Ya puede ser que yo, como soy tan ruin, juzgo por mí, que otros habrá que no hayan menester más de la verdad de la fe para hacer obras muy perfetas, que yo, como miserable, todo le he habido menester.

5. Esto ellos lo dirán; yo digo lo que ha pasado por mí, como me lo mandan, y si no fuere bien, romperálo a quien lo envío, que sabrá mejor entender lo que va mal que yo. A quien suplico por amor del Señor, lo que he dicho hasta aquí de mi ruin vida y pecados lo publiquen, desde ahora doy licencia, y a todos mis confesores, que ansí lo es a quien esto va; y si quisieren luego en mi vida; porque no engañe más al mundo, que piensan hay en mí algún bien, y cierto, cierto con verdad digo, a lo que ahora entiendo de mí, que me dará gran consuelo. Para lo que de aquí adelante dijere, no se la doy; ni quiero, si a alguien lo mostraren, digan quién es por quién pasó, ni quién lo escribió; que por esto no me nombro, ni a nadie, sino escribirlo he todo lo mejor que pueda por no ser conocida, y ansí lo pido por amor de Dios. Bastan personas tan letradas y graves para autorizar alguna cosa buena, si el Señor me diere gracia para decirla; que si lo fuere, será suya y no mía, por ser yo sin letras y buena vida, ni ser informada de letrado ni de persona ninguna (porque solos los que me lo mandan escribir saben que lo escribo, y al presente

no están aquí, y casi hurtando el tiempo, y con pena, porque me estorbo de hilar, por estar en casa pobre, y con hartas ocupaciones; ansí que aunque el Señor me diera más habilidad y memoria, que aun con esta pudiérame aprovechar de lo que he oído y leído, mas es poquísima la que tengo); ansí que si algo bueno dijere, lo quiere el Señor para algún bien; lo que fuere malo será de mí, y vuesa merced lo quitará. Para lo uno ni para lo otro ningún provecho tiene decir mi nombre; en vida, está claro que no se ha de decir de lo bueno; en muerte, no hay para que, sino para que pierda autoridad el bien, y no le dar ningún crédito, por ser dicho de persona tan baja y tan ruin, y por pensar vuesa merced hará esto, que por amor del Señor le pido, y los demás que lo han de ver, escribo con libertad; de otra manera sería con gran escrúpulo, fuera de decir mis pecados, que para esto ninguno tengo; para lo demás basta ser mujer para caérseme las alas, cuanto más, mujer y ruin. Y ansí lo que fuere más de decir simplemente el discurso de mi vida, tome vuesa merced para sí, pues tanto me ha importunado escriba alguna declaración de las mercedes que me hace Dios en la oración, si fuere conforme a las verdades de nuestra santa fe católica, y si no vuesa merced lo queme luego, que yo a esto me sujeto; y diré lo que pasa por mí para que cuando sea conforme a esto, podrá hacer a vuesa merced algún provecho; y si no desengañará mi alma para que no gane el demonio adonde me parece gano yo; que ya sabe el Señor (como después diré) que siempre he procurado buscar quien me dé luz.

6. Por claro que yo quiera decir estas cosas de oración, será bien obscuro para quien no tuviere experiencia. Algunos impedimentos diré, que a mi entender lo son para ir adelante en este camino, y otras cosas en

que hay peligro, de lo que el Señor me ha enseñado por experiencia, y después tratándolo yo con grandes letrados y personas espirituales de muchos años, y ven que en solos veintisiete años que ha que tengo oración, me ha dado su Majestad la experiencia con andar en tantos tropiezos y tan mal este camino, que a otros en cuarenta y siete y en treinta y siete, que con penitencia y siempre virtud han caminado por él. Sea bendito por todo, y sírvase de mí, por quien su Majestad es que bien sabe mi Señor que no pretendo otra cosa en esto sino que sea alabado y engrandecido un poquito, de ver que en un muladar tan sucio y de mal olor hiciese huerto de tan suaves flores. Plega a su Majestad que por mi culpa no las torne yo arrancar, y se torne a ser lo que era. Esto pido yo por amor del Señor le pida vuesa merced, pues sabe la que soy con más claridad que aquí me lo ha dejado decir.

CAPITULO XI

Dice en qué está la falta de no amar a Dios con perfección en breve tiempo; comienza a declarar, por una comparación que pone, cuatro grados de oración; va tratando aquí el primero: es muy provechoso para los que comienzan y para los que no tienen gustos en la oración.

1. Pues hablando ahora de los que comienzan a ser siervos del amor (que no me parece otra cosa determinarnos a seguir por este camino de oración al que tanto nos amó), es una dignidad tan grande, que me regalo extrañamente en pensar en ella; porque el temor servil luego va fuera, si en este primer estado vamos como hemos de ir. ¡Oh Señor de mi alma y Bien mío! ¿Por

qué no quisistes que en determinándose un alma a amaros, con hacer lo que puede en dejarlo todo, para mejor se emplear en este amor de Dios, luego gozase de subir a tener este amor perfecto? Mal he dicho: había de decir y quejarme, porque no queremos nosotros, pues toda la falta nuestra es en no gozar luego de tan gran dignidad, pues en llegando a tener con perfección este verdadero amor de Dios, trae consigo todos los bienes. Somos tan caros y tan tardíos de darnos del todo a Dios, que como su Majestad no quiere gocemos de cosa tan preciosa sin gran precio, no acabamos de disponernos. Bien veo que no le hay con que se pueda comprar tan gran bien en la tierra; mas si hiciésemos lo que podemos, en no nos asir a cosa della, sino que todo nuestro cuidado y trato fuese en el cielo, creo yo, sin duda, muy en breve se nos daría este bien, si en breve del todo nos dispusiésemos como algunos santos lo hicieron; mas parécenos que lo damos todo, y es que ofrecemos a Dios la renta, o los frutos, y quedámonos con la raíz y posesión. Determinámonos a ser pobres, y es de gran merecimiento; mas muchas veces tornamos a tener cuidado y diligencia para que no nos falte, no sólo lo necesario, sino lo superfluo, y a granjear los amigos que nos lo den, y ponernos en mayor cuidado, y por ventura peligro, porque no nos falte, que antes teníamos en poseer la hacienda. Parece también que dejamos la honra en ser religiosos, o en haber ya comenzado a tener vida espiritual y a seguir perfección; y no nos han tocado en un punto de honra, cuando no se nos acuerda la hemos ya dado a Dios, y no queremos tornar a alzar con ella, y tomárselo, como dicen, de las manos, después de haberle de nuestra voluntad al parecer hecho Señor: ansí son todas las cosas.

2. Donosa manera de buscar amor de Dios, y luego

le queremos a manos llenas (a manera de decir) tenernos nuestras aficiones, ya que no procuramos efectuar nuestros deseos, y no acabarlos de levantar de la tierra, y muchas consolaciones espirituales con esto. No viene bien, ni me parece se compadece esto con estotro. Ansí que porque no se acaba de dar junto, no se nos da por junto este tesoro, plega al Señor que gota a gota nos le dé su Majestad, aunque sea costándonos todos los trabajos del mundo. Harto gran misericordia hace a quien da gracia y ánimo para determinarse a procurar con todas sus fuerzas este bien; porque si persevera, no se niega Dios a nadie; poco a poco va habilitando el ánimo, para que salga con esta vitoria. Digo ánimo, porque son tantas las cosas que el demonio pone delante a los principios para que no comiencen este camino de hecho, como quien sabe el daño que de aquí le viene, no sólo en perder aquel alma, sino a muchas. Si el que comienza se esfuerza con el favor de Dios a llegar a la cumbre de la perfección, creo jamás va solo al cielo; siempre lleva mucha gente tras sí; como a buen capitán le da Dios quien vaya en su compañía. Ansí que pónele tantos peligros y dificultades delante, que no es menester poco ánimo para no tornar atrás, sino muy mucho, y mucho favor de Dios.

3. Pues hablando de los principios de los que ya van determinados a seguir este bien y a salir con esta empresa (que de lo demás que comencé a decir de mística teología, que creo se llama ansí, diré más adelante), en estos principios está todo el mayor trabajo; porque son ellos los que trabajan, dando el Señor el caudal, que en los otros grados de la oración lo más es gozar, puesto que primeros, y medianos, y postreros, todos llevan sus cruces, aunque diferentes; que por este camino que fué Cristo han de ir los que le siguen, si no se quieren per-

der; y bienaventurados trabajos, que aun acá en la vida tan sobradamente se pagan.

Habré de aprovecharme de alguna comparación, que yo las quisiera excusar por ser mujer, y escribir simplemente lo que me mandan; mas este lenguaje de espíritu es tan malo de declarar a los que no saben letras, como yo, que habré de buscar algún modo, y podrá ser las menos veces acierte a que venga bien la comparación; servirá de dar recreación a vuesa merced de ver tanta torpeza. Paréceme ahora a mí que he leído u oído esta comparación, que como tengo mala memoria, ni sé adónde, ni a qué propósito; mas para el mío ahora conténtame. Ha de hacer cuenta el que comienza, que comienza a hacer un huerto en tierra muy infructuosa, y que lleva muy malas hierbas, para que se deleite el Señor. Su Majestad arranca las malas hierbas, y ha de plantar las buenas. Pues hagamos cuenta que está ya hecho esto cuando se determina a tener oración una alma, y lo ha comenzado a usar; y con ayuda de Dios hemos de procurar, como buenos hortelanos, que crezcan estas plantas y tener cuidado de regarlas, para que no se pierdan, sino que vengan a echar flores, que den de sí gran olor, para dar recreación a este Señor nuestro, y ansí se venga a deleitar muchas veces a esta huerta, y a holgarse entre estas virtudes.

4. Pues veamos ahora de la manera que se puede regar para que entendamos lo que hemos de hacer, y el trabajo que nos ha de costar, si es mayor la ganancia o hasta qué tanto tiempo se ha de tener. Paréceme a mí que se puede regar de cuatro maneras: o con sacar el agua de un pozo, que es a nuestro gran trabajo; o con noria y arcaduces, que se saca con un torno: yo la he sacado algunas veces, es a menos trabajo que estotro, y sácase más agua; o de un río, o de arroyo: esto se rie-

ga muy mejor, que queda más harta la tierra de agua, y no se ha menester regar tan a menudo, y es menos trabajo mucho del hortelano; o con llover mucho, que lo riega el Señor sin trabajo ninguno nuestro, y es muy sin comparación mejor que todo lo que queda dicho. Ahora, pues, aplicadas estas cuatro maneras de agua, de que se ha de sustentar este huerto, porque sin ella perderse ha, es lo que a mí me hace al caso, y ha parecido que se podrá declarar algo de cuatro grados de oración, en que el Señor por su bondad ha puesto algunas veces mi alma. Plega a su bondad atine a decirlo de manera que aproveche a una de las personas que esto me mandaron escribir, que la ha traído el Señor en cuatro meses harto más adelante qne yo estaba en diecisiete años; hase dispuesto mejor, y ansí sin trabajo suyo riega este verjel con todas estas cuatro aguas; aunque la postrera aún no se le da sino a gotas, mas va de suerte que presto se engolfará en ella, con ayuda del Señor; y gustaré que se ría, si le pareciese desatino la manera del declarar.

5. De los que comienzan a tener oración, podemos decir son los que sacan el agua del pozo; que es muy a su trabajo, como tengo dicho, que han de cansarse en recoger los sentidos, que como están acostumbrados a andar derramados, es harto trabajo. Han menester irse acostumbrando a no se les dar nada de ver, ni oir, y a ponerlo por obra las horas de oración, sino estar en soledad, y apartados pensar su vida pasada; aunque esto, primeros y postreros, todos lo han de hacer muchas veces; hay más y menos de pensar en esto, como después diré. Al principio andan con pena, que no acaban de entender que se arrepienten de los pecados; y sí hacen, pues se determinan a servir a Dios tan de veras. Han de procurar tratar de la vida de Cristo,

y cánsese el entendimiento en esto. Hasta aquí podemos adquirir nosotros; entiéndese con el favor de Dios, que sin éste ya se sabe no podemos tener un buen pensamiento. Esto es comenzar a sacar agua del pozo; y aun plega a Dios la quiera tener, mas al menos no queda por nosotros, que ya vamos a sacarla, y hacemos lo que podemos para regar estas flores; y es Dios tan bueno, que cuando por lo que su Majestad sabe (por ventura para gran provecho nuestro), quiere esté seco el pozo, haciendo lo que es en nosotros, como buenos hortelanos, sin agua sustenta las flores, y hace crecer las virtudes; llamo agua aquí las lágrimas, y aunque no las haya, la ternura y sentimiento interior de devoción.

6. Pues ¿qué hará aquí el que ve que en muchos días no hay sino sequedad, y disgusto, y desabor, y tan mala gana para venir a sacar el agua, que si no se le acordase que hace placer y servicio al Señor de la huerta, y mirase a no perder todo lo servido, y aun lo que espera ganar del gran trabajo, que es echar muchas veces el caldero en el pozo, y sacarle sin agua, lo dejaría todo? Y muchas veces le acaecerá, aun para esto, no se le alzar los brazos, ni podrá tener un buen pensamiento; que este obrar con el entendimiento, entendido va que es el sacar agua del pozo. Pues como digo, ¿qué hará aquí el hortelano? Alegrarse, y consolarse, y tener por grandísima merced de trabajar en huerto de tan gran Emperador; y pues sabe le contenta en aquello, y su intento no ha de ser contentarse a sí, sino a El, alábele mucho, que hace dél confianza, pues ve que sin pagarle nada tiene tan gran cuidado de lo que le encomendó; y ayúdele a llevar la cruz, y piense que toda la vida vivió en ella, y no quiera acá su reino, ni deje jamás la oración; y ansí se determine, aunque por toda la vida le dure esta sequedad, no dejar a Cristo caer con la

cruz; tiempo verná que se lo pague por justo: no haya miedo que se pierda el trabajo; a buen amo sirve, mirándolo está, no haga caso de malos pensamientos; mire que también los representaba el demonio a San Hierónimo en el desierto; su precio se tienen esos trabajos, que como quien los pasó muchos años, que cuando una gota de agua sacaba desde bendito pozo, pensaba me hacía Dios merced.

Sé que son grandísimos, y me parece es menester más ánimo que para otros muchos trabajos del mundo; mas he visto claro que no deja Dios sin gran premio, aun en esta vida, porque es ansí cierto, que con una hora de las que el Señor me ha dado de gusto de sí, después acá me parece quedan pagadas todas las congojas que en sustentarme en la oración mucho tiempo pasé. Tengo para mí, que quiere el Señor dar muchas veces al principio, y otras a la postre, estos tormentos, y otras muchas tentaciones que se ofrecen para probar a sus amadores, y saber si podrán beber el cáliz, y ayudarle a llevar la cruz, antes que ponga en ellos grandes tesoros; y para bien nuestro creo, nos quiere su Majestad llevar por aquí, para que entendamos bien lo poco que somos; porque son de tan gran dignidad las mercedes de después, que quiere por experiencia veamos antes nuestra miseria, primero que nos las dé; porque no nos acaezca lo que a Lucifer.

7. ¿Qué hacéis Vos, Señor mío, que no sea para mayor bien del alma, que entendéis que es ya vuestra, y que se pone en vuestro poder, para seguiros por donde fuéredes hasta la muerte de cruz, y que está determinada ayudárosla a llevar, y a no dejaros solo con ella? Quien viere en sí esta determinación, no hay que temer; gente espiritual, no hay por qué se afligir puestos ya en tan alto grado, como es querer tratar a solas con Dios,

y dejar los pasatiempos del mundo; lo más está hecho, alabad por ello a su Majestad, y fiad en su bondad, que nunca faltó a sus amigos; atapad os los ojos de pensar, porque da a aquel de tan pocos días devoción, y a mí no de tantos años. Creamos es todo para más bien nuestro; guíe su Majestad por donde quisiere; ya no somos nuestros, sino suyos; harta merced nos hace en querer que queramos cavar en su huerto y estarnos cabe el Señor dél, que cierto está con nosotros; si El quiere que crezcan estas plantas y flores, a unos con dar agua que saquen deste pozo, a otros sin ella, ¿qué se me da a mí? Haced Vos, Señor, lo que quisiéredes, no os ofenda yo; no se pierdan las virtudes, si alguna me habéis ya dado por sola vuestra bondad; padecer quiero, Señor, pues Vos padecisteis; cúmplase en mí de todas maneras vuestra voluntad, y no plega a vuestra Majestad que cosa de tanto precio, como vuestro amor, se dé a gente que os sirva sólo por gustos.

8. Hase de notar mucho; y dígolo porque lo sé por experiencia, que el alma que en este camino de oración mental comienza a caminar con determinación, y puede acabar consigo de no haber mucho caso, ni consolarse, ni desconsolarse mucho, porque falten estos gustos y ternura, o la dé el Señor, que tiene andado gran parte del camino; y no haya miedo de tornar atrás aunque más tropiece, porque va comenzado el edificio en firme fundamento. Sí, que no está el amor de Dios en tener lágrimas, ni estos gustos y ternura, que por la mayor parte los deseamos, y consolámonos con ellos, sino en servir con justicia, y fortaleza de ánimo, y humildad. Recibir, más me parece a mí eso, que no dar nosotros nada. Para mujercitas como yo, flacas y con poca fortaleza, me parece a mí conviene (como ahora lo hace Dios) llevarme con regalos, porque pueda sufrir algunos tra-

bajos que ha querido su Majestad tenga; mas para siervos de Dios, hombres de tomo, de letras y entendimiento, que veo hacer tanto caso de que Dios no les da devoción, que me hace disgusto oirlo. No digo yo que no la tomen, si Dios se la da, y la tengan en mucho, porque entonces verá su Majestad que conviene; mas que cuando no la tuvieren que no se fatiguen; y que entiendan que no es menester, pues su Majestad no la da, y anden señores de sí mesmos. Crean que es falta, yo lo he probado y visto; crean que es imperfección y no andar con libertad de espíritu, sino flacos para acometer.

9. Esto no lo digo tanto por los que comienzan, aunque pongo tanto en ello, porque les importa mucho comenzar con esta libertad y determinación, sino por otros, que habrá muchos, que lo ha que comenzaron y nunca acaban de acabar; y creo es gran parte este no abrazar la cruz desde el principio. Que andarán afligidos, pareciéndoles no hacen nada, en dejando de obrar el entendimiento, no lo pueden sufrir; y por ventura, entonces engorda la voluntad y toma fuerzas, y no lo entienden ellos.

Hemos de pensar que no mira el Señor en estas cosas, que aunque a nosotros nos parecen faltas, no lo son; ya sabe su Majestad nuestra miseria y bajo natural, mejor que nosotros mesmos, y sabe que ya estas almas desean siempre pensar en Él y amarle. Esta determinación es la que quiere; estotro afligimiento que nos damos no sirve de más de inquietar el alma, y si había de estar inhábil para aprovechar una hora, que lo esté cuatro. Porque muy muchas veces (yo tengo grandísima experiencia dello, y sé que es verdad, porque lo he mirado con cuidado, y tratado después a personas espirituales) que viene de indisposición corporal, que somos tan mi-

serables, que participa esta encarceladita desta pobre alma de las miserias del cuerpo, y las mudanzas de los tiempos; y las vueltas de los humores muchas veces hacen que, sin culpa suya, no pueda hacer lo que quiere, sino que padezca de todas maneras; y mientras más la quieren forzar en estos tiempos, es peor, y dura más el mal; sino que haya discreción para ver cuándo es desto, y no la ahoguen a la pobre: entiendan son enfermos; múdese la hora de la oración, y hartas veces será algunos días. Pasen como pudieren este destierro, que harta mala ventura es de un alma que ama a Dios ver que vive en esta miseria, y que no puede lo que quiere, por tener tan mal huésped como es este cuerpo. Dije con discreción, porque alguna vez el demonio lo hará; y ansí es bien, ni siempre dejar la oración cuando hay grán distraimiento y turbación en el entendimiento, ni siempre atormentar el alma a lo que no puede; otras cosas hay exteriores de obras de caridad y de lección, aunque a veces aún no estará para esto, sirva entonces al cuerpo por amor de Dios; porque otras veces muchas sirva él a el alma; y tome algunos pasatiempos santos de conversaciones, que lo sean, o irse al campo, como aconsejare el confesor; y en todo es gran cosa la experiencia, que da a entender lo que nos conviene, y en todo se sirve a Dios; suave es su yugo, y es gran negocio no traer el alma arrastrada, como dicen, sino llevarla con suavidad, para su mayor aprovechamiento. Ansí que torno a avisar, y aunque lo diga muchas veces no va nada, que importa mucho que de sequedades, ni de inquietud y distraimiento en los pensamientos, nadie se apriete ni aflija si quiere ganar libertad de espíritu y no andar siempre atribulado; comience a no se espantar de la cruz, y verá cómo se la ayuda también a llevar el Señor, y con el contento que anda, y el provecho que

sacá de todo; porque ya se ve, que si el pozo no mana, que nosotros no podemos poner el agua. Verdad es que no hemos de estar descuidados para cuando la haya, sacarla; porque entonces ya quiere Dios por este medio multiplicar las virtudes.

CAPITULO XII

Prosigue en este primer estado; dice hasta dónde podemos llegar con el favor de Dios por nosotros mesmos, y el daño que es querer, hasta que el Señor haga subir el espíritu a cosas sobrenaturales y extraordinarias.

1. Lo que he pretendido dar a entender en este capítulo pasado, aunque me he divertido mucho en otras cosas, por parecerme muy necesarias, es decir, hasta lo que podemos nosotros adquirir, y cómo en esta primera devoción podemos nosotros ayudarnos algo, porque en pensar y escudriñar lo que el Señor pasó por nosotros, muévenos a compasión; y es sabrosa esta pena, y las lágrimas, que proceden de aquí; y de pensar la gloria que esperamos, y el amor que el Señor nos tuvo, y su resurrección, muévenos a gozo, que ni es de todo espiritual, ni sensual, sino gozo virtuoso, y la pena muy meritoria. Desta manera son todas las cosas que causan devoción adquirida con el entendimieuto en parte, aunque no podía merecer ni ganar, si no la da Dios. Estále muy bien a un alma que no la ha subido de aquí, no procurar subir ella; y nótese esto mucho, porque no le aprovechará más de perder.

Puede en este estado hacer muchos actos para determinarse a hacer mucho por Dios, y despertar el amor; otros para ayudar a crecer las virtudes, conforme a lo que dice un libro llamado *Arte de servir a Dios*, que es

muy bueno y apropiado para los que están en este estado, porque obra el entendimiento. Puede representarse delante de Cristo, y acostumbrarse a enamorarse mucho de su sagrada Humanidad, y traerle siempre consigo, y hablar con Él, pedirle para sus necesidades, y quejársele de sus trabajos, alegrarse con Él en sus contentos, y no olvidarle por ellos, sin procurar oraciones compuestas, sino palabras conforme a sus deseos y necesidades.

Es excelente manera de aprovechar, y muy en breve; y quien trabajare a traer consigo esta preciosa compañía y se aprovechare mucho della, y de veras cobrare amor a este Señor, a quien tanto debemos, yo le doy por aprovechado. Para esto no se nos ha de dar nada de no tener devoción, como tengo dicho, sino agradecer al Señor que nos deja andar deseosos de contentarle, aunque sean flacas las obras. Este modo de traer a Cristo con nosotros aprovecha en todos estados, y es un medio segurísimo para ir aprovechando en el primero y llegar en breve al segundo grado de oración, y para los postreros andar seguros de los peligros que el demonio puede poner.

2. Pues esto es lo que podemos: quien quisiere pasar de aquí y levantar el espíritu a sentir gustos, que no se los dan, es perder lo uno y lo otro, a mi parecer; porque es sobrenatural, y perdido el entendimiento, quédase el alma desierta y como mucha sequedad; y como este edificio todo va fundado en humildad, mientras más llegados a Dios, más adelante ha de ir esta virtud, y si no va todo perdido; y parece algún género de soberbia querer nosotros subir a más, pues Dios hace demasiado, según somos, en allegarnos cerca de sí.

No se ha de entender que digo esto por el subir con el pensamiento a pensar cosas altas del cielo, o de Dios,

y las grandezas que allá hay y su gran sabiduría; porque aunque yo nunca lo hice (que no tenía habilidad, como he dicho, y me hallaba tan ruin que aun para pensar cosas de la tierra me hacía Dios merced de que entendiese esta verdad, que no era poco atrevimiento, cuanto más para las del cielo), otras personas se aprovecharán, en especial si tienen letras, que es un grande tesoro para este ejercicio, a mi parecer, si son con humildad. De unos días acá lo he visto por algunos letrados que há poco que comenzaron y han aprovechado muy mucho; y esto me hace tener grandes ansias porque muchos fuesen espirituales, como adelante diré.

3. Pues lo que digo, no se suban sin que Dios los suba, es lenguaje de espíritu; entenderme a quien tuviere alguna experiencia, que yo no lo sé decir si por aquí no entiende. En la mística teología que comencé a decir, pierde de obrar el entendimiento, porque le suspende Dios (1), como después declararé más, si supiere,

(1) El suspender Dios el pensamiento o entendimiento de que habla aquí la Santa Madre, y lo llama mística teología, es presentarle delante un bulto de cosas sobrenaturales y divinas e infundir en él gran copia de luz para que las vea con una vista simple y sin discurso, ni consideración, ni trabajo. Y esto con tanta fuerza, que no puede atender a otra cosa ni divertirse. Y no pára el negocio en sólo ver y admirar, sino pasa la luz a la voluntad y tórnase fuego en ella que la enciende en amor. De manera que quien esto padece, por el tiempo que lo padece tiene el entendimiento enclavado en lo que ve y espantado dello y la voluntad ardiendo en amor dello mismo, y la memoria del todo ociosa; porque el alma, ocupada con el gozo presente, no admite otra memoria. Pues deste elevamiento o suspensión dice que es sobrenatural, quiere decir que nuestra alma en ello más propiamente padece que hace. Y dice

y Él me diere para ello su favor. Presumir ni pensar de suspenderle nosotros, es lo que digo, no se haga ni se deje de obrar con El, porque nos quedaremos bobos y fríos, y ni haremos lo uno ni lo otro.

Que cuando el Señor le suspende y hace parar, dale de que se espante y se ocupe, y que sin discurrir entienda más en un Credo que nosotros podemos entender con todas nuestras diligencias de tierra en muchos años. Ocupar las potencias del ánima y pensar hacerlas estar quedas, es desatino, y torno a decir que aunque no se entiende es de no gran humildad, aunque no con culpa, con pena sí, que será trabajo perdido, y queda el alma con un disgustillo, como quien va a saltar y le asen por detrás, que ya parece ha empleado su fuerza y hállase sin efectuar lo que con ella quería hacer; y en la poca ganancia que queda verá quien lo quisiere mirar, este poquillo de falta de humildad que he dicho: porque esto tiene excelente esta virtud, que no hay obra a quien ella acompañe que deje el alma disgustada. Paréceme lo he dado a entender, y por ventura será sólo para mí: abra el Señor los ojos de los que lo leyeren con experiencia, que por poca que sea, luego lo entenderán.

4. Hartos años estuve yo que leía muchas cosas y no entendía nada dellas; y mucho tiempo que aunque

---

que nadie presuma elevarse desta manera antes que le eleven: lo uno, porque excede toda nuestra industria, y así será en balde; lo otro, porque será falta de humildad. Y avisa desto la Santa Madre con grande causa, porque hay libros de oración que aconsejan a los que oran que suspendan el pensamiento totalmente, y que no figuren en la imaginación cosa ninguna ni aun resuellen, de que sucede quedarse frios e indevotos.

me lo daba Dios, palabra no sabía decir para darlo a entender, que no me ha costado esto poco trabajo; cuando su Majestad quiere, en un punto lo enseña todo de manera que yo me espanto.

Una cosa puedo decir con verdad: que aunque hablaba con muchas personas espirituales, que querían darme a entender lo que el Señor me daba, para que se lo supiese decir, y es cierto que era tanta mi torpeza, que poco ni mucho me aprovechaba; o quería el Señor (como su Majestad fué siempre mi maestro, sea por todo bendito, que harta confusión es para mí poder decir esto con verdad) que no tuviese a nadie que agradecer, y sin querer ni pedirlo (que en esto no he sido nada curiosa, porque fuera virtud serlo, sino en otras vanidades), dármelo Dios en un punto a entender con toda claridad, y para saberlo decir; de manera que se espantaban, y yo más que mis confesores, porque entendía mejor mi torpeza. Esto ha poco, y ansí, lo que el Señor no me ha enseñado, no lo procuro, si no es lo que toca a mi conciencia.

5. Torno otra vez a avisar que va mucho en no subir el espíritu si el Señor no le subiere; qué cosa es, se entiende luego: en especial para mujeres es malo, que podrá el demonio causar alguna ilusión, aunque tengo por cierto no consiente el Señor dañe a quien con humildad se procura llegar a Él; antes sacará más provecho y ganancia, por donde el demonio le pensare hacer perder.

Por ser este camino de los primeros más usado, e importar mucho los avisos que he dado, me he alargado tanto, y habránlos escrito en otras partes muy mejor, yo lo confieso, y que con harta confusión y vergüenza lo he escrito, aunque no tanta como había de tener. Sea el Señor bendito por todo, que a una como

yo quiere y consiente que hable en cosas suyas, tales y tan subidas.

CAPÍTULO XIII

Prosigue en este primer estado y pone avisos para algunas tentaciones que el demonio suele poner algunas veces, y da avisos para ellas: es muy provechoso.

1. Hame parecido decir algunas tentaciones que he visto que se tienen a los principios (y algunas he tenido yo), y dar algunos avisos de cosas que me parecen necesarias. Pues procúrese a los principios andar con alegría y libertad; que hay algunas personas que parece se les ha de ir la devoción si se descuidan un poco. Bien es andar con temor de sí para no se fiar poco ni mucho de ponerse en ocasión, donde suele ofender a Dios, que esto es muy necesario hasta estar ya muy entero en la virtud. Y no hay muchos que lo puedan estar tanto, que en ocasiones aparejadas a su natural se puedan descuidar. Que siempre mientras vivimos, aun por humildad, es bien conocer nuestra miserable naturaleza; mas hay muchas cosas adonde se sufre (como he dicho) tomar recreación, aun para tornar a la oración más fuerte. En todo es menester discreción. Tener gran confianza, porque conviene mucho no apocar los deseos, sino creer de Dios que, si nos esforzamos poco a poco, aunque no sea luego, podremos llegar a lo que muchos santos con su favor; que si ellos nunca se determinaran a desearlo, y poco a poco a ponerlo por obra, no subieran a tan alto estado. Quiere su Majestad, y es amigo de ánimas animosas, como vayan con humildad, y ninguna confianza de sí; y no he visto ninguna destas que quede baja en este camino, y ningún alma cobarde, aun con amparo de humildad,

que en muchos años ande lo que estos otros en muy pocos. Espántame lo mucho que hace en este camino animarse a grandes cosas; aunque luego no tenga fuerzas el alma, da un vuelo, y llega a mucho, aunque como avecita que tiene pelo malo, cansa y queda.

2. Otro tiempo traía yo delante muchas veces lo que dice San Pablo: que «todo se puede en Dios»; en mí bien entendía no podía nada. Esto me aprovechó mucho, y lo que dice San Agustín: «Dame, Señor, lo que me mandas, y manda lo que quisieres.» Pensaba muchas veces que no había perdido nada San Pedro en arrojarse en la mar, aunque después temió. Estas primeras determinaciones son gran cosa, aunque en este primero estado es menester irse más deteniendo, y atados a la discreción y parecer de maestro; mas han de mirar que sea tal, que no los enseñe a ser sapos, ni que se contente con que se muestre el alma a sólo cazar lagartijas. Siempre la humildad delante, para entender que no han de venir estas fuerzas de las nuestras.

3. Mas es menester entendamos cómo ha de ser esta humildad; porque creo el demonio hace mucho daño, para no ir muy adelante gente que tiene oración, con hacerlos entender mal de la humildad, haciendo que nos parezca soberbia tener grandes deseos, y querer imitar a los santos, y desear ser mártires. Luego nos dice, o hace entender, que las cosas de los santos son para admirar, mas no para hacerlas los que somos pecadores. Esto también lo digo yo; mas hemos de mirar cuál es de espantar y cuál de imitar, porque no sería bien si una persona flaca y enferma se pusiese en muchos ayunos y penitencias ásperas, yéndose a un desierto adonde ni pudiese dormir ni tuviese qué comer, o cosas semejantes.

4. Mas pensar que nos podemos esforzar con el fa-

vor de Dios a tener un gran desprecio de mundo, un no estimar honra, un no estar atado a la hacienda. Que tenemos unos corazones tan apretados que parece nos ha de faltar la tierra en queriéndonos descuidar un poco del cuerpo y dar al espíritu. Luego parece ayuda al recogimiento tener muy bien lo que es menester, porque los cuidados inquietan a la oración. Desto me pesa a mí que tengamos tan poca confianza de Dios, y tanto amor propio que nos inquiete ese cuidado. Y es ansí, que adonde está tan poco medrado el espíritu como esto, unas naderías nos dan tan gran trabajo como a otros cosas grandes y de mucho tomo, y en nuestro seso presumimos de espirituales. Paréceme ahora a mí esta manera de caminar un querer concertar cuerpo y alma para no perder acá el descanso y gozar allá de Dios, y ansí será ello si se anda en justicia y vamos asidos a virtud, mas es paso de gallina, nunca con él se llegará a libertad de espíritu. Manera de proceder muy buena me parece para estado de casados, que han de ir conforme a su llamamiento; mas para otro estado, en ninguna manera deseo tal manera de aprovechar, ni me harán creer es buena, porque la he probado; y siempre me estuviera ansí si el Señor por su bondad no me enseñara otro atajo.

5. Aunque en esto de deseos siempre los tuve grandes, más procuraba esto que he dicho, tener oración, mas vivir a mi placer. Creo, si hubiera quien me sacara a volar más, me hubiera puesto en que estos deseos fueran con obra; mas hay, por nuestros pecados, tan pocos, tan contados, que no tengan discreción demasiada en este caso, que creo es harta causa para los que comienzan, no vayan más presto a gran perfección, porque el Señor nunca falta, ni queda por Él; nosotros somos los falsos y miserables.

6. También se pueden imitar los santos en procurar soledad y silencio, y otras muchas virtudes que no nos matarán estos negros cuerpos, que tan concertadamente se quieren llevar para desconcertar el alma; y el demonio ayuda mucho a hacerlos inhábiles cuando ve un poco de temor. No quiere él más que hacernos entender que todo nos ha de matar y quitar la salud; hasta en tener lágrimas nos hace temer de cegar. He pasado por esto, y por eso lo sé; y no sé yo qué mejor vista ni salud podemos desear que perderla por tal causa. Como soy tan enferma, hasta que me determiné en no hacer caso del cuerpo ni de la salud, siempre estuve atada, sin valer nada; y ahora hago bien poco. Mas como quiso Dios entendiese este ardid del demonio, y como me ponía delante el perder la salud, decía yo: poco va en que me muera; sí, el descanso: no he ya menester descanso, sino cruz. Ansí otras cosas. Vi claro que en muy muchas, aunque yo de hecho soy harto enferma, que era tentación del demonio o flojedad mía; que después que no estoy tan mirada y regalada tengo mucha más salud. Ansí que va mucho a los principios de comenzar oración a no amilanar los pensamientos; y créanme esto, porque lo tengo por experiencia. Y para que escarmienten en mí, aún podría aprovechar decir estas mis faltas.

7. Otra tentación es luego muy ordinaria, que es: desear que todos sean muy espirituales, como comienzan a gustar del sosiego y ganancia que es. El desearlo no es malo; el procurarlo podría ser no bueno, si no hay mucha discreción y disimulación en hacerse de manera que no parezca enseñan; porque quien hubiere de hacer algún provecho en este caso, es menester que tenga las virtudes muy fuertes, para que no dé tentación a los otros. Acaecióme a mí, y por eso lo entien-

do, cuando (como he dicho) procuraba que otras tuviesen oración, que como, por una parte, me veían hablar grandes cosas del gran bien que era tener oración, y por otra parte, me veían con gran pobreza de virtudes tenerla yo, traíllas tentadas y desatinadas; y con harta razón, que después me lo han venido a decir; porque no sabían cómo se podía compadecer lo uno con lo otro; y era causa de no tener por malo lo que de suyo lo era, por ver que me lo hacía yo algunas veces, cuando les parecía algo bien de mí. Y esto hace el demonio, que parece se ayuda de las virtudes que tenemos buenas para autorizar en lo que puede el mal que pretende, que por poco que sea, cuando en una comunidad, debe ganar mucho; cuanto más que lo que yo hacía malo era muy mucho, y ansí en muchos años solas tres se aprovecharon de lo que les decía, y después que el Señor me había dado más fuerza en la virtud, se aprovecharon en dos o tres años muchas, como después diré. Y sin esto hay otro gran inconveniente, que es perder el alma; porque lo más que hemos de procurar al principio es sólo tener cuidado de sí sola, y hacer cuenta que no hay en la tierra sino Dios y ella; y esto es lo que le conviene mucho.

8. Da otra tentación, y todas van con un celo de virtud (que es menester entenderse y andar con cuidado) de pena en los pecados y faltas que ven en los otros. Pone el demonio que es sola pena de querer que no ofendan a Dios, y pesarle por su honra, y luego querrían remediarlo, e inquieta esto tanto, que impide la oración; y el mayor daño es pensar que es virtud, y perfección, y gran celo de Dios. Dejo las penas que dan pecados públicos (si los hubiese en costumbre de una congregación o daños de la Iglesia), destas herejías adonde vemos perder tantas almas, que ésta es muy

buena, y como lo es buena, no inquieta. Pues lo seguro será del alma que tuviere oración, descuidarse de todo y de todos, y tener cuenta consigo y contentar a Dios. Esto conviene muy mucho, porque si hubiese de decir los yerros que he visto suceder, fiando en la buena intención, nunca acabaría. Pues procuremos siempre mirar las virtudes y cosas buenas que viéremos en los otros, y atapar sus defectos con nuestros grandes pecados. Es una manera de obrar que, aunque luego no se haga con perfección, se viene a ganar una gran virtud, que es tener a todos por mejores que nosotros, y comiénzase a ganar por aquí, con el favor de Dios (que es menester en todo, y cuando falta, excusadas son las diligencias), y suplicarle nos dé esta virtud, que con las que hagamos, no falta a nadie. Miren también este aviso los que discurren mucho con el entendimiento, sacando muchas cosas de una cosa y muchos conceptos (que de los que no pueden obrar con él, como yo hacía, no hay que avisar sino que tengan paciencia, hasta que el Señor les dé en qué se ocupen, y luz, pues ellos pueden tan poco por sí, que antes los embaraza su entendimiento, que los ayuda).

9. Pues tornando a los que discurren, digo que no se les vaya el tiempo en esto; porque aunque es muy meritorio, no les parece, como es oración sabrosa, que ha de haber día de domingo ni rato que no sea trabajar. Luego les parece es perdido el tiempo, y tengo yo por muy ganada esta pérdida; sino que, como he dicho, se representen delante de Cristo, y sin cansancio del entendimiento se estén hablando y regalando con Él, sin cansarse en componer razones, sino presentar necesidades y la razón que tiene para no nos sufrir allí. Lo uno, un tiempo; lo otro, otro, porque no se canse el alma de comer siempre un manjar. Estos son muy gus-

tosos y provechosos; si el gusto se usa a comer dellos, traen consigo gran sustentamiento para dar vida al alma y muchas ganancias.

10. Quiérome declarar más, porque estas cosas de oración todas son dificultosas, y si no se halla maestro, muy malas de entender; y esto hace que aunque quisiera abreviar, y bastaba para el entendimiento bueno de quien me mandó escribir estas cosas de oración, sólo tocarlas; mi torpeza no da lugar a decir y a dar a entender en pocas palabras cosa que tanto importa de declarla bien. Que como yo pasé tanto, he lástima a los que comienzan con solos libros, que es cosa extraña cuán diferentemente se entiende de lo que después de experimentado se ve. Pues tornando a lo que decía, ponémonos a pensar un paso de la Pasión, digamos el de cuando estaba el Señor a la columna, anda el entendimiento buscando las causas que allí dan a entender los dolores grandes y penas que su Majestad ternía en aquella soledad, y otras muchas cosas, que si el entendimiento es obrador, podrá sacar de aquí; o que si es letrado, es el modo de oración en que han de comenzar y de medrar, y de acabar todos, y muy excelente y seguro camino hasta que el Señor los lleve a otras cosas sobrenaturales. Digo todos, porque hay muchas almas que aprovechan más en otras meditaciones que en la sagrada Pasión. Que ansí como hay muchas moradas en el cielo, hay muchos caminos. Algunas personas aprovechan considerándose en el infierno, y otras en el cielo; y se afligen en pensar en el infierno; otras en la muerte; algunas, si son tiernas de corazón, se fatigan mucho de pensar siempre en la Pasión, y se regalan y aprovechan en mirar el poder y grandeza de Dios en las criaturas, y el amor que nos tuvo, que en todas las cosas se representa; y es admirable manera de proce-

der, no dejando muchas veces la Pasión y vida de Cristo, que es de donde nos ha venido y viene todo el bien.

11. Ha menester aviso el que comienza para mirar en lo que aprovecha más. Para esto es muy necesario el maestro, si es experimentado, que si no, mucho puede errar, y traer un alma sin entenderla ni dejarla a sí mesma entender; porque como sabe que es gran mérito estar sujeta a maestro, no osa salir de lo que se le manda. Yo he topado almas acorraladas y afligidas por no tener experiencia quien las enseñaba, que me hacían lástima, y alguna que no sabía ya qué hacer de sí; porque no entendiendo el espíritu, afligen alma y cuerpo y estorban el aprovechamiento.

Una trató conmigo, que la tenía el maestro atada ocho años había, a que no la dejaba salir del propio conocimiento, y teníala ya el Señor en oración de quietud, y ansí pasaba mucho trabajo. Y aunque esto del conocimiento propio jamás se ha de dejar, ni hay alma en este camino tan gigante que no haya menester muchas veces tornar a ser niño, y a mamar; y esto jamás se olvide, que quizá lo diré más veces, porque importa mucho; porque no hay estado de oración tan subido que muchas veces no sea necesario tornar al principio. Y esto de los pecados y conocimiento propio es el pan con que todos los manjares se han de comer, por delidos que sean, en este camino de oración, y sin este pan no se podrían sustentar; mas hase de comer con tasa, que después que un alma se ve ya rendida, y entiende claro no tiene cosa buena de sí, y se ve avergonzada delante de tan gran Rey, y ve lo poco que le paga para lo mucho que le debe, ¿qué necesidad hay de gastar el tiempo aquí, sino irnos a otras cosas que el Señor pone delante, y no es razón las dejemos? Que su Majestad sabe mejor que nosotros de lo que nos conviene comer.

12. Ansí que importa mucho ser el maestro avisado, digo de buen entendimiento, y que tenga experiencia; si con esto tiene letras, es de grandísimo negocio; mas si no se pueden hallar estas tres cosas juntas, las dos primeras importan más, porque letrados pueden procurar para comunicarse con ellos cuando tuvieren necesidad. Digo que a los principios, si no tienen oración, aprovechan poco letras. No digo que no traten con letrados, porque espíritu que no vaya comenzado en verdad, yo más le querría sin oración, y es gran cosa letras, porque éstas nos enseñan a los que poco sabemos, y nos dan luz; y llegados a verdades de la Sagrada Escritura, hacemos lo que debemos; de devociones a bobas nos libre Dios. Quiérome declarar más, que creo me meto en muchas cosas. Siempre tuve esta falta, de no me saber dar a entender (como he dicho) sino a costa de muchas palabras. Comienza una monja a tener oración, si un simple la gobierna, y se le antoja, harále entender que es mejor que le obedezca a él que no a su superior, y sin malicia suya, sino pensando acierta. Porque si no es de religión, parecerle ha es ansí; y si es mujer casada, dirála que es mejor cuando ha de entender en su casa, estarse en oración, aunque descontente a su marido; ansí que no sabe ordenar el tiempo, ni cosa para que vayan conforme a la verdad; por faltarle a él la luz, no la da a los otros, aunque quiera. Y aunque para esto parece no son menester letras, mi opinión ha sido siempre, y será, que cualquiera cristiano procure tratar con quien las tenga buenas si puede, y mientras más, mejor; y los que van por camino de oración, tienen desto mayor necesidad, y mientras más espirituales, más. Y no se engañen con decir que letrados sin oración, no son para quien la tiene; yo he tratado hartos, porque de unos años acá lo he más procurado

con la mayor necesidad, y siempre fuí amiga dellos, que aunque algunos no tienen experiencia, no aborrecen el espíritu, ni le ignoran, porque en la Sagrada Escritura que tratan, siempre hallan la verdad del buen espíritu. Tengo para mí que persona de oración que trata con letrados, si ella no se quiere engañar, no la engañará el demonio con ilusiones, porque creo temen en gran manera las letras humildes y virtuosas, y saben serán descubiertos y saldrán con pérdida.

13. He dicho esto porque hay opiniones de que no son letrados para gente de oración, si no tienen espíritu. Ya dije es menester espiritual maestro; mas si éste no es letrado, gran inconveniente es. Y será mucha ayuda tratar con ellos, como sean virtuosos; aunque no tengan espíritu, me aprovechará, y Dios le dará a entender lo que ha de enseñar y aun le hará espiritual, para que nos aproveche; y esto no lo digo sin haberlo probado, y acaecídome a mí con más de dos. Digo que para rendirse un alma del todo a estar sujeta a sólo un maestro que yerra mucho, en no procurar que sea tal, si es religioso, pues ha de estar sujeto a su prelado, que por ventura le faltarán todas tres cosas, que no será pequeña cruz, sin que él de su voluntad sujete su entendimiento a quien no le tenga bueno. Al menos esto no lo he yo podido acabar conmigo, ni me parece conviene. Pues si es seglar, alabe a Dios, que puede escoger a quien ha de estar sujeto, y no pierda esta tan virtuosa libertad; antes esté sin ninguno hasta hallarle, que el Señor se le dará como vaya fundado todo en humildad y con deseo de acertar.

Yo le alabo mucho, y las mujeres y los que no saben letras le habíamos siempre de dar infinitas gracias, porque haya quien con tantos trabajos hayan alcanzado la verdad, que los ignorantes ignoramos.

Espántame muchas veces letrados (religiosos en especial) con el trabajo que han ganado, lo que sin ninguno, más de preguntarlo, me aprovecha a mí; ¡y que haya personas que no quieran aprovecharse de esto! No plega a Dios. Véolos sujetos a los trabajos de la Religión, que son grandes, con penitencias y mal comer, sujetos a la obediencia (que algunas veces me es gran confusión cierto), con esto mal dormir, todo trabajo, todo cruz; paréceme sería gran mal que tanto bien ninguno por su culpa lo pierda.

Y podrá ser que pensemos algunos que estamos libres de estos trabajos, y nos lo dan guisado (como dicen) y viviendo a nuestro placer; que por tener un poco de más oración, nos hemos de aventajar a tantos trabajos. Bendito seáis Vos, Señor, que tan inhábil y sin provecho me hicisteis, mas alábooos muy mucho porque despertáis a tantos que nos despierten. Había de ser muy contina nuestra oración por éstos que nos dan luz. ¿Qué seríamos sin ellos entre tan grandes tempestades como ahora tiene la Iglesia? Y si algunos ha habido ruines, más resplandecerán los buenos. Plega al Señor los tenga de su mano y los ayude, para que nos ayuden. Amén.

14. Mucho he salido del propósito de lo que comencé a decir; mas todo es propósito para los que comienzan, que comiencen camino tan alto, de manera que vayan puestos en verdadero camino. Pues tornando a lo que decía, de pensar a Cristo a la columna, es bueno discurrir un rato y pensar las penas que allí tuvo, y por qué las tuvo, y quién es el que las tuvo, y el amor con que las pasó; mas que no se canse siempre en andar a buscar esto, sino que se esté allí con él acallado el entendimiento.

Si pudiere, ocuparle en que mire que le mira, y le

acompañe, y pida; humíllese, y regálese con él, y acuérdese que no merecía estar allí. Cuando pudiere hacer esto, aunque sea al principio de comenzar oración, hallará grande provecho, y hace muchos provechos esta manera de oración; al menos hallóle mi alma. No sé si acierto a decirlo. Vuesa merced lo verá; plegue al Señor acierte a contentarle siempre. Amén.

CAPÍTULO XIV

Comienza a declarar el segundo grado de oración, que es ya dar el Señor al alma a sentir gustos más particulares. Declárala para dar a entender cómo son ya sobrenaturales. Es harto de notar.

1. Pues ya queda dicho con el trabajo que se riega este verjel, y cuán a fuerza de brazos, sacando el agua del pozo, digamos ahora el segundo modo de sacar el agua que el Señor del huerto ordenó, para que con artificio de un torno y arcaduces sacase el hortelano más agua y a menos trabajo, y pudiese descansar sin estar contino trabajando. Pues este modo aplicado a la oración, que llaman de quietud, es lo que yo ahora quiero tratar.

Aquí se comienza a recoger el alma, toca ya aquí cosa sobrenatural, porque en ninguna manera ella puede ganar aquello, por diligencias que haga. Verdad es que parece que algún tiempo se ha cansado en andar el torno y trabajar con el entendimiento, e henchídose los arcaduces; mas aquí está el agua más alta, y ansí se trabaja muy menos que en sacarla del pozo; digo que está más cerca el agua, porque la gracia dase más claramente a conocer el alma. Esto es un recogerse las

potencias dentro de sí para gozar de aquel contento con más gusto, mas no se pierden, ni se duermen; sola la voluntad se ocupa, de manera que, sin saber cómo se cautiva, sólo da consentimiento para que la encarcele Dios, como quien bien sabe ser cautivo de quien ama. ¡Oh Jesús y Señor mío, que nos vale aquí vuestro amor; porque éste tiene al nuestro tan atado que no deja libertad para amar en aquel punto a otra cosa sino a Vos!

2. Las otras dos potencias ayudan a la voluntad para que vaya haciéndose hábil para gozar de tanto bien; puesto que algunas veces, aun estando unida la voluntad, acaece desayudar harto; mas entonces no haga caso dellas, sino estése en su gozo y quietud. Porque si las quiere recoger, ella y ellas se perderán, que son entonces como unas palomas que no se contentan con el cebo que les da el dueño del palomar sin trabajarlo ellas, y van a buscar de comer por otras partes, y hállanlo tan mal que se tornan; y ansí van y vienen a ver si les da la voluntad de lo que goza. Si el Señor quiere echarles cebo, detiénense, y si no tórnanle a buscar; y deben pensar que hacen a la voluntad provecho, y a las veces en querer la memoria o imaginación representarla lo que goza, la daña. Pues tenga aviso de haberse con ellas como diré.

Pues todo esto que pasa aquí es con grandísimo consuelo, y con tan poco trabajo, que no cansa la oración aunque dure mucho rato; porque el entendimiento obra aquí muy paso a paso, y saca mucha más agua que no sacaba del pozo: las lágrimas que Dios aquí da, ya van con gozo; aunque se sienten, no se procuran.

3. Esta agua de grandes bienes y mercedes que el Señor da aquí, hace crecer las virtudes muy más sin comparación que en la oración pasada; porque se va ya

esta alma subiendo de su miseria y dásele ya un poco de noticia de los gustos de la gloria. Esto creo la hace más crecer, y también llegar más cerca de la verdadera virtud, de donde todas las virtudes vienen, que es Dios; porque comienza su Majestad a comunicarse a esta alma, y quiere que sienta ella cómo se le comunica. Comiénzase luego en llegando aquí a perder la codicia de lo de acá, y pocas gracias; porque ve claro que un momento de aquel gusto no se puede haber aca, ni hay riquezas, ni señoríos, ni honras, ni deleites que basten a dar un cierra ojo y abre deste contentamiento, porque es verdadero y contento que se ve que nos contenta; porque los de acá, por maravilla me parece entendemos adónde está este contento, porque nunca falta un sí, no; aquí todo es sí, en aquel tiempo; el no, viene después, por ver qne se acabó, y que no lo puede tornar a cobrar, ni sabe cómo; porque si se hace pedazos a penitencias y oración y todas las demás cosas, si el Señor no lo quiere dar, aprovecha poco. Quiere Dios por su grandeza que entienda esta alma que está su Majestad tan cerca della que ya no ha menester enviarle mensajeros, sino hablar ella mesma con él, y no a voces, porque está ya tan cerca, que en meneando los labios la entiende.

4. Parece impertinente decir esto, pues sabemos que siempre nos entiende Dios y está con nosotros. En esto no hay que dudar que es ansí; mas quiere este Emperador y Señor nuestro que entendamos aquí que nos entiende, y lo que hace su presencia, y que quiere particularmente comenzar a obrar en el alma en la gran satisfacción interior y exterior que le da, y en la diferencia, que (como he dicho) hay deste deleite y contento a los de acá, que parece hinche el vacío que por nuestros pecados teníamos hecho en el alma. Es en lo

muy íntimo de ella esta satisfacción, y no sabe por dónde ni cómo le vino, ni muchas veces sabe qué hacer, ni qué querer, ni qué pedir. Todo parece lo halla junto y no sabe lo que ha hallado, ni aun yo sé cómo darlo a entender; porque para hartas cosas era menester letras; porque aquí viniera bien a dar a entender qué es auxilio general o particular, que hay muchos que lo ignoran; y como este particular quiere el Señor aquí que casi le vea el alma por vista de ojos (como dicen), y también para muchas cosas que irán erradas; mas como lo han de ver personas que entiendan si hay yerro, voy descuidada, porque ansí de letras como de espíritu sé que lo puedo estar, yendo a poder de quien va, que entenderán y quitarán lo que fuere mal. Pues querría dar a entender esto, porque son principios, y cuando el Señor comienza a hacer estas mercedes, la mesma alma no las entiende ni sabe qué hacer de sí. Porque si la lleva Dios por camino de temor, como hizo a mí, es gran trabajo si no hay quien la entienda; y esla gran gusto verse pintada, y entonces ve claro va por allí. Y es gran bien saber lo que ha de hacer para ir aprovechando en cualquier estado destos; porque he yo pasado mucho y perdido harto tiempo por no saber qué hacer; y he gran lástima a almas que se ven solas cuando llegan aquí; porque aunque he leído muchos libros espirituales, aunque tocan en lo que hace al caso, decláranse muy poco, y si no es alma muy ejercitada, aun declarándose mucho, terná harto que hacer en entenderse.

5. Querría mucho el Señor me favoreciese para poner los efectos que obran en el alma estas cosas (que ya comienzan a ser sobrenaturales), para que se entienda por los efectos cuando es espíritu de Dios. Digo se entienda conforme a lo que acá se puede entender,

aunque siempre es bien andemos con temor y recato; que aunque sea de Dios, alguna vez podrá transfigurarse el demonio en ángel de luz; y si no es alma muy ejercitada, no lo entenderá; y tan ejercitada, que para entender esto es menester llegar muy a la cumbre de la oración. Ayúdame poco el poco tiempo que tengo, y ansí ha menester su Majestad hacerlo, porque he de andar con la comunidad y con otras hartas ocupaciones (como estoy en casa que ahora se comienza, como después se verá), y ansí es muy sin tener asiento lo que escribo, sino a pocos a pocos, y éste quisiérale; porque cuando el Señor da espíritu, pónese con facilidad y mejor. Parece como quien tiene un dechado delante que está sacando aquella labor; mas si el espíritu falta, no hay más concertar este lenguaje que si fuese algarabía a manera de decir, aunque hayan muchos años pasado en oración. Y ansí me parece es grandísima ventaja, cuando lo escribo, estar en ella, porque veo claro no soy yo quien lo dice, que ni lo ordeno con el entendimiento, ni sé después cómo lo acerté a decir; esto me acaece muchas veces.

6. Ahora tornemos a nuestra huerta o verjel, y veamos cómo comienzan estos árboles a empreñarse para florecer y dar después frutos, y las flores y los claveles, lo mesmo, para dar olor. Regálame esta comparación, porque muchas veces en mis principios (y plega al Señor haya yo ahora comenzado a servir a su Majestad), digo principio de lo que diré de aquí adelante de mi vida, me era gran deleite considerar ser mi alma un huerto, y al Señor que se pasease en él. Suplicábale aumentase el olor de las florecitas de virtudes que comenzaban, a lo que parecía, a querer salir, y que fuese para su gloria, y las sustentase; pues yo no quería nada para mí, y cortase las que quisiese, que ya sabía habían

de salir mejores. Digo cortar, porque vienen tiempos en el alma que no hay memoria de este huerto, todo parece está seco, y que no ha de haber agua para sustentarle, ni parece hubo jamás en el alma cosa de virtud. Pásese mucho trabajo, porque quiere el Señor que le parezca al pobre hortelano que todo el que ha tenido en sustentarle y regarle va perdido. Entonces es el verdadero escardar y quitar de raíz las hierbecillas, aunque sean pequeñas, que han quedado malas, con conocer no hay diligencia que baste si el agua de la gracia nos quita Dios; y tener en poco nuestra nada, y aun menos que nada. Gánase aquí mucha humildad, tornan de nuevo a crecer las flores.

7. ¡Oh Señor mío y bien mío! que no puedo decir esto sin lágrimas y gran regalo de mi alma, que queráis Vos, Señor, estar ansí con nosotros, y estáis en el Sacramento, que con toda verdad se puede creer, pues lo es, y con gran verdad podemos hacer esta comparación; y si no es por nuestra culpa, nos podemos gozar con Vos, que Vos os holgáis con nosotros, pues decís ser vuestros deleites estar con los hijos de los hombres! ¡Oh Señor mío! ¿qué es esto? Siempre que oigo estas palabras me es gran consuelo, aun cuando era muy perdida. ¿Es posible, Señor, que haya alma que llegue a que Vos le hagáis mercedes semejantes y regalos, y a entender que Vos os holgáis con ella, que os torne a ofender después de tantos favores y tan grandes muestras del amor que la tenéis, que no se puede dudar, pues se ve claro la obra? Sí hay, por cierto, y no una vez, sino muchas, que soy yo; y plega a vuestra bondad, Señor, que sea yo sola la ingrata y la que haya hecho tan gran maldad y tenido tan excesiva ingratitud; porque aun ya della algún bien ha sacado vuestra infinita bondad; y mientras mayor mal, más resplandece el

gran bien de vuestras misericordias. ¿Y con cuánta razón las puedo yo para siempre cantar? Suplícoos yo, Dios mío, sea ansí, y las cante yo sin fin, ya que habéis tenido por bien de hacerlas tan grandísimas conmigo, que espantan a los que las ven, y a mí me sacan de mí muchas veces, para poder mejor alabaros a Vos que estando en mí sin Vos no podría, Señor mío, nada, sino tornar a ser cortadas estas flores deste huerto, de suerte que esta miserable tierra tornase a servir de muladar como antes. No lo permitáis, Señor, ni queráis se pierda alma que con tantos trabajos comprastes, y tantas veces de nuevo la habéis tornado a rescatar y quitar de los dientes del espantoso dragón. Vuesa merced me perdone, que salgo de propósito, y como hablo a mi propósito no se espante, que es como toma a la alma lo que se escribe, que a las vèces hace harto de dejar de ir adelante en alabanzas de Dios como se le representa, escribiendo lo mucho que le debe. Y creo no le hará a vuesa merced mal gusto, porque entrambos, me parece, podemos cantar una cosa, aunque en diferente manera; porque es mucho más lo que yo debo a Dios, porque me ha perdonado más, como vuesa merced sabe.

CAPÍTULO XV

Prosigue en la mesma materia, y da algunos avisos de cómo se han de haber en esta oración de quietud. Trata de cómo hay muchas que llegan a tener esta oración, y pocas que pasen adelante. Son muy necesarias y provechosas las cosas que aquí se tocan.

1. Ahora tornemos al propósito. Esta quietud y recogimiento del alma es cosa que se siente mucho en la satisfacción y paz que en ella se pone, con grandísimo

contento y sosiego de las potencias, y muy suave deleite. Parécele, como no ha llegado a más, que no le queda qué desear y que de buena gana diría con San Pedro que fuese allí su morada. No osa bullirse, ni menearse, que de entre las manos le parece se le ha de ir aquel bien; ni resollar algunas veces no quería. No entiende la pobrecita que, pues ella por sí no pudo nada para traer a sí aquel bien, que menos podrá tenerle más de lo que el Señor quisiere.

Ya he dicho que en este primer recogimiento y quietud no faltan las potencias del alma; mas está tan satisfecha con Dios, que mientras aquello dura, aunque las dos potencias se desbaraten, como la voluntad está unida con Dios, no se pierde la quietud y el sosiego; antes ella poco a poco torna a recoger el entendimiento y memoria; porque aunque ella aún no está de todo punto engolfada, está tan bien ocupada sin saber cómo, que por mucha diligencia que ellas pongan, no la pueden quitar su contento y gozo; antes muy sin trabajo se va ayudando para que esta centellica de amor de Dios no se apague.

2. Plega a su Majestad me dé gracia para que yo dé esto a entender bien, porque hay muchas almas que llegan a este estado, y pocas las que pasan adelante, y no sé quién tiene la culpa, a buen seguro que no falta Dios, que ya que su Majestad hace merced que llegue a este punto, no creo cesaría de hacer muchas más si no fuese por nuestra culpa. Y va mucho en que el alma que llega aquí conozca la dignidad grande en que está y la gran merced que le ha hecho el Señor, y cómo de buena razón no había de ser de la tierra; porque ya parece la hace su bondad vecina del cielo, si no queda por su culpa. Y desventurada será si torna atrás; yo pienso será para ir hacia abajo, como yo iba, si la misericordia

del Señor no me tornara; porque por la mayor parte será por graves culpas a mi parecer; ni es posible dejar tan gran bien sin gran ceguedad de mucho mal. Y ansí, ruego yo por amor del Señor a las almas a quien su Majestad ha hecho tan gran merced, de que lleguen a este estado, que se conozcan, y tengan en mucho, con una humilde y santa presunción para no tornar a las ollas de Egipto. Y si por su flaqueza y maldad y ruin y miserable natural cayeren, como yo hice, siempre tengan delante el bien que perdieron, y tengan sospecha, y anden con temor (que tienen razón de tenerle) que si no tornan a la oración, han de ir de mal en peor. Que ésta llamo yo verdadera caída, la que aborrece el camino por donde gánó tanto bien; y con estas almas hablo, que no digo que no han de ofender a Dios y caer en pecados, aunque sería razón se guardase mucho dellos quien ha comenzado a recibir estas mercedes: mas somos miserables. Lo que aviso mucho es que no deje la oración, que allí entenderá lo que hace, y ganará arrepentimiento del Señor y fortaleza para levantarse, y crea, crea, que si desta se aparta, que lleva a mi parecer, peligro. No sé si entiendo lo que digo, porque, como he dicho, juzgo por mí.

3. Es, pues, esta oración una centellica que comienza el Señor a encender en el alma del verdadero amor suyo, y quiere que el alma vaya entendiendo qué cosa es este amor con regalo. Esta quietud, y recogimiento, y centellica, sí es espíritu de Dios, y no gusto dado del demonio, o procurando por nosotros; aunque a quien tiene experiencia es imposible no entender luego, que no es cosa que se puede adquirir, sino que este natural nuestro es tan ganoso de cosas sabrosas, que todo lo prueba, mas quédase muy en frío bien en breve, porque por mucho que quiera comenzar a hacer arder el fuego,

para alcanzar este gusto, no parece sino que le echa agua para matarle. Pues esta centellica puesta por Dios, por pequeñita que es, hace mucho ruido; y si no la matan por su culpa, esta es la que comienza a encender el gran fuego que echa llamas de sí (como diré en su lugar) del grandísimo amor de Dios, que hace su Majestad tengan las almas perfectas.

Es esta centella una señal o prenda que da Dios a esta alma de la que escoge ya para grandes cosas, si ella se apareja para recibillas; es gran don, mucho más de lo que yo podré decir. Esme gran lástima, porque, como digo, conozco muchas almas que llegan aquí, y que pasen de aquí como han de pasar, son tan pocas que se me hace vergüenza decirlo. No digo yo que hay pocas, que muchas debe de haber, que por algo nos sustenta Dios; digo lo que he visto. Querríalas mucho avisar que miren no escondan el talento, pues que parece las quiere Dios escoger para provecho de otras muchas (en especial en estos tiempos, que son menester amigos fuertes de Dios para sustentar los flacos); y los que esta merced conocieren en sí, ténganse por tales, si saben responder con las leyes que aun la buena amistad del mundo pide; y si no (como he dicho) teman y hayan miedo no se hagan a sí mal, y plega a Dios sea a sí solos.

4. Lo que ha de hacer el alma en los tiempos desta quietud, no es más de con suavidad y sin ruido; llamo ruido, andar con el entendimiento buscando muchas palabras y consideraciones para dar gracias deste beneficio, y amontonar pecados suyos y faltas para ver que no lo merece.

Todo esto se mueve aquí, y representa el entendimiento, y bulle la memoria, que cierto estas potencias a mí me cansan a ratos, que con tener poca memoria,

no la puedo sojuzgar. La voluntad con sosiego y cordura, entienda que no se negocia bien con Dios a fuerza de brazos; y que éstos son unos leños grandes puestos sin discreción para ahogar esta centella, y conózcalo, y con humildad diga: Señor, ¿qué puedo yo aquí? ¿Qué tiene que ver la sierva con el Señor, la tierra con el cielo? o palabras que se ofrecen aquí de amor, fundada mucho en conocer que es verdad lo que dice; y no haga caso del entendimiento, que es un moledor. Y si ella le quiere dar parte de lo que goza, o trabaja por recogerle (que muchas veces se verá en esta unión de la voluntad y sosiego), y el entendimiento muy desbaratado no acierta, más vale que le deje, que no vaya ella tras él (digo la voluntad), sino estése ella gozando de aquella merced, y recogida como sabia abeja; porque si ninguna entrase en la colmena, sino que por traerse unas a otras se fuesen todas, mal se podría labrar la miel.

5. Ansí que perderá mucho el alma si no tiene aviso en esto; en especial si es el entendimiento agudo, que cuando comienza a ordenar pláticas y buscar razones en tantico, si son bien dichas, pensará hace algo. La razón que aquí ha de haber es entender claro que no hay ninguna para que Dios nos haga tan gran merced, sino sola su bondad, y ver que estamos tan cerca, y pedir a su Majestad mercedes, y rogarle por la Iglesia y por los que se nos han encomendado y por las ánimas del Purgatorio, no con ruido de palabras, sino con sentimiento de desear que nos oya.

Es oración que comprende mucho, y se alcanza más que por mucho relatar el entendimiento. Despierte en sí la voluntad de algunas razones, que de la mesma razón se representarán, de verse tan mejorada para avivar este amor, y haga algunos actos amorosos de qué

hará por quien tanto debe, sin (como he dicho) admitir ruido del entendimiento, a que busque grandes cosas. Más hacen aquí al caso unas pajitas puestas con humildad (y menos serán que pajas si las ponemos nosotros), y más le ayudan a encender, que no mucha leña junta de razones muy doctas, a nuestro parecer, que en un credo la ahogaran.

Esto es bueno para los letrados que me lo mandan escribir, porque por la bondad de Dios todos llegan aquí y podrá ser se les vaya el tiempo en aplicar Escrituras; y aunque no les dejarán de aprovechar mucho las letras, antes y después, aquí en estos ratos de oración poca necesidad hay dellas, a mi parecer, si no es para entibiar la voluntad; porque el entendimiento está entonces de verse cerca de la luz con grandísima claridad, que aun yo, con ser la que soy, parezco otra. Y es ansí que me ha acaecido estando en esta quietud, con no entender casi cosa que rece en latín, en especial del Salterio, no sólo entender el verso en romance, sino pasar adelante en regalarme de ver lo que el romance quiere decir. Dejemos si hubiesen de predicar o enseñar, que entonces bien es de ayudarse de aquel bien para ayudar a los pobres de poco saber, como yo, que es gran cosa la caridad, y este aprovechar almas siempre, yendo desnudamente por Dios.

6. Ansí que en estos tiempos de quietud, dejar descansar el alma con su descanso; quédense las letras a un cabo, tiempo vendrá que aprovechen al Señor, y las tenga en tanto que por ningún tesoro quisieran haberlas dejado de saber, sólo para servir a su Majestad, porque ayudan mucho; mas delante de la Sabiduría infinita, créanme que vale más un poco de estudio de humildad, y un acto della, que toda la ciencia del mundo.

Aquí no hay que argüir, sino que conocer lo que somos con llaneza, y con simpleza representarnos delante de Dios, que quiere se haga el alma boba (como a la verdad lo es delante de su presencia), pues su Majestad se humilla tanto que la sufre cabe sí siendo nosotros lo que somos. También se mueve el entendimiento a dar gracias muy compuestas; mas la voluntad con sosiego, con un no osar alzar los ojos con el publicano, hace más hacimiento de gracias que cuanto el entendimiento con trastornar la retórica por ventura puede hacer.

En fin, aquí no se ha de dejar del todo la oración mental, ni algunas palabras aun vocales, si quisieren alguna vez, o pudieren; porque si la quietud es grande puédese mal hablar si no es con mucha pena. Siéntese, a mi parecer, cuando es espíritu de Dios, o procurando de nosotros, con comienzo de devoción que da Dios, y queremos (como he dicho) pasar nosotros a esta quietud de la voluntad; entonces no hace efecto ninguno, acábase presto, deja sequedad. Si es del demonio, alma ejercitada, paréceme lo entenderá, porque deja inquietud y poca humildad, y poco aparejo para los efectos que hace el de Dios; no deja luz en el entendimiento ni firmeza en la verdad.

7. Puede hacer aquí poco daño, o ninguno, si el alma endereza su deleite y suavidad que allí siente a Dios, y pone en él sus pensamientos y deseos (como queda avisado), no puede ganar nada el demonio; antes permitirá Dios que con el mesmo deleite que causa en el alma pierda mucho; porque éste ayudará a que el alma, como piensa que es Dios, venga muchas veces a la oración con codicia dél; y si es alma humilde, y no curiosa, ni interesal de deleites (aunque sean espirituales), sino amiga de cruz, hará poco caso del gusto que

da el demonio, lo que no podrá ansí hacer si es espíritu de Dios, sino tenerlo en muy mucho. Mas cosa que pone el demonio, como él es todo mentira, con ver que el alma con el gusto y deleite se humilla (que en esto ha de tener mucho cuidado, en todas las cosas de oración y gustos procurar salir humilde), no tornará muchas veces el demonio, viendo su pérdida. Por esto, y por otras muchas cosas, avisé yo en el primer modo de oración, en la primer agua, que es gran negocio comenzar las almas oración, comenzándose a desasir de todo género de contentos, y entrar determinadas a sólo ayudar a llevar la cruz a Cristo, como buenos caballeros, que sin sueldo quieren servir a su rey, pues le tienen bien seguro. Los ojos en el verdadero y perpetuo reino que pretendemos ganar.

8. Es muy gran cosa traer esto siempre delante, en especial en los principios; que después tanto se ve claro; que antes es menester olvidarlo para vivir, que procurarlo traer a la memoria lo poco que dura todo, y cómo no es todo nada, y en lo no nada que se ha de estimar el descanso, parece que esto es cosa muy baja, y ansí es verdad, que los que están adelante en más perfección, tenían por afrenta, y entre sí se correrían, si pensasen que porque se han de acabar, los bienes de este mundo los dejan, sino que aunque durasen para siempre, se alegran de dejarlos por Dios; y mientras más perfectos fuesen, más; y mientras más duraren, más. Aquí en estos está ya crecido el amor, y él es el que obra; mas a los que comienzan, esles cosa importantísima, y no lo tengan por bajo, que es grân bien el que se gana, y por eso lo aviso tanto, que les será menester, aun a los muy encumbrados en oración, algunos tiempos que los quiere Dios probar, y parece que su Majestad los deja. Que, como ya he dicho, y no querría

esto se olvidase, en esta vida que vivimos no crece el alma como el cuerpo, aunque decimos que sí, y de verdad crece; mas un niño, después que crece y echa gran cuerpo y ya le tiene de hombre, no torna a descrecer y a tener pequeño cuerpo; acá quiere el Señor que sí (a lo que yo he visto por mí, que no lo sé por más), debe ser por humillarnos para nuestro gran bien, y para que no nos descuidemos mientras estuviéremos en este destierro; pues el que más alto estuviere, más se ha de temer, y fiar menos de sí. Vienen veces, que es menester para librarse de ofender a Dios éstos que ya están tan puesta su voluntad en la suya, que por no hacer una imperfección se dejarían atormentar y pasarían mil muertes; que para no hacer pecados, según se ven combatidos de tentaciones y persecuciones, se han menester aprovechar de las primeras armas de la oración, y tornar a pensar que todo se acaba, y que hay cielo e infierno, y otras cosas desta suerte.

Pues tornando a lo que decía, gran fundamento es para librarse de los ardides y gustos que da el demonio, el comenzar con determinación de llevar camino de cruz desde el principio, y no los desear, pues el mesmo Señor mostró este camino de perfección, diciendo: Toma tu cruz, y sígueme. El es nuestro dechado, no hay que temer, quien por sólo contentarle siguiere sus consejos. En el aprovechamiento que vieren en sí entenderán que no es demonio; que aunque tornen a caer, queda una señal de que estuvo allí el Señor, que es levantarse presto, y éstas que ahora diré:

9. Cuando es el espíritu de Dios, no es menester andar rastreando cosas para sacar humildad y confusión, porque el mesmo Señor la da de manera bien diferente de la que nosotros podemos ganar con nuestras consideracioncillas, que no son nada en comparación

de una verdadera humildad con luz, que enseña aquí el Señor, que hace una confusión que hace deshacer. Esto es cosa muy conocida, el conocimiento que da Dios para que conozcamos que ningún bien tenemos de nosotros; y mientras mayores mercedes, más. Pone un gran deseo de ir adelante en la oración, y no la dejár por ninguna cosa de trabajo que le pudiese suceder: a todo se ofrece. Una seguridad con humildad y temor de que ha de salvarse. Echa luego el temor servil del alma, y pónele el filial temor muy más crecido. Ve que se le comienza un amor con Dios muy sin interés suyo, y desea ratos de soledad para gozar más de aquel bien.

En fin; por no me cansar, es un principio de todos los bienes, un estar ya las flores en término, que no les falta casi nada para brotar, y esto verá muy claro el alma; y en ninguna manera por entonces se podrá determinar a que no estuvo Dios con ella, hasta que se torna a ver con quiebras e imperfecciones, que entonces todo lo teme, y es bien que tema; aunque almas hay que les aprovecha más creer cierto que es Dios que todos los temores que le puedan poner; porque si de suyo es amorosa y agradecida, más la hace tornar a Dios la memoria de la merced que le hizo que todos los castigos del infierno que le representan; al menos a la mía, aunque tan ruin, esto le acaecía.

10. Porque las señales del buen espíritu se irán diciendo, mas (como a quien le cuestan muchos trabajos sacarlos en limpio) no las digo ahora aquí. Y creo, con el favor de Dios, en esto atinaré algo; porque (dejada la experiencia, en que he mucho entendido) sólo de algunos letrados muy letrados, y personas muy santas, a quien es razón se dé crédito; y no anden las almas tan fatigadas cuando llegaren aquí por la bondad del Señor como yo he andado.

CAPITULO XVI

Trata del tercer grado de oración, y va declarando cosas muy subidas, y lo que puede el alma que llega aquí, y los efectos que hacen estas mercedes tan grandes del Señor. Es muy para levantar el espíritu en alabanzas de Dios y para gran consuelo de quien llegare aquí.

1. Vengamos ahora a hablar de la tercera agua con que se riega esta huerta, que es agua corriente de río o fuente, que se riega muy a menos trabajo, aunque alguno da el caminar el agua. Quiere el Señor aquí ayudar al hortelano, de manera que casi él es el hortelano, y el que lo hace todo. Es un sueño de las potencias, que ni del todo se pierden, ni entienden como obran. El gusto y suavidad y deleite es más sin comparación que lo pasado; es que da el agua de la gracia a la garganta a esta alma, que no pueda ya ir adelante, ni sabe cómo ni tornar atrás; querría gozar de grandísima gloria. Es como uno que está con la candela en la mano, que le falta poco para morir muerte que la desea. Está gozando en aquella agonía con el mayor deleite que se puede decir; no me parece que es otra cosa, sino un morir casi del todo a todas las cosas del mundo, y estar gozando de Dios. Yo no sé otros términos cómo lo decir, ni cómo lo declarar, ni entonces sabe el alma qué hacer; porque ni sabe si hable, ni si calle, ni si ría, ni si llore. Es un glorioso desatino, una celestial locura, adonde se desprende la verdadera sabiduría, y es deleitosísima manera de gozar el alma. Y es ansí que ha que me dió el Señor en abundancia esta oración, creo cinco y aun seis años, y muchas veces, y que ni yo la entendía, ni la supiera decir; y ansí tenía por mí, llegada aquí, decir

muy poco o nada. Bien entendía que no era del todo unión de todas las potencias, y que era más que la pasada muy claro; mas yo confieso que no podía determinar y entender cómo era esta diferencia. Creo que por la humildad que vuesa merced ha tenido en quererse ayudar de una simpleza tan grande como la mía, me dió el Señor hoy, acabando de comulgar, esta oración, sin poder ir adelante, y me puso estas comparaciones, y enseñó la manera de decirlo, y lo que ha de hacer aquí el alma; que cierto yo me espanté y entendí en un punto. Muchas veces estaba ansí como desatinada y embriagada en este amor, y jamás había podido entender cómo era. Bien entendía que era Dios, mas no podía entender cómo obraba aquí; porque en hecho de verdad, están casi del todo unidas las potencias, mas no tan engolfadas que no obren. Gustado he en extremo de haberlo ahora entendido. Bendito sea el Señor, que ansí me ha regalado.

2. Sólo tienen habilidad las potencias para ocuparse todas en Dios; no parece se osa bullir ninguna, ni la podemos hacer menear si con mucho estudio no quisiésemos divertirnos, y aun no me parece que del todo se podría entonces hacer. Háblanse aquí muchas palabras en alabanza de Dios, sin concierto, si el mismo Señor no las concierta; al menos el entendimiento no vale aquí nada: querría dar voces en alabanzas el alma, y está que no cabe en sí, un desasosiego sabroso; ya, ya se abren las flores, ya comienzan a dar olor. Aquí querría el alma que todos la viesen y entendiesen su gloria para alabanzas de Dios, y que ayudasen a ello, y darles parte de su gozo, porque no puede tanto gozar. Paréceme que es como la que dice el Evangelio, que quería llamar o llamaba a sus vecinas. Esto me parece debía sentir el admirable espíritu del real profeta David

cuando tañía y cantaba con la arpa en alabanzas de Dios. Deste glorioso rey soy muy devota, y querría todos lo fuesen, en especial los que somos pecadores.

3. ¡Oh, válame Dios! Cuál está un alma cuando está ansí; toda ella querría fuese lenguas para alabar al Señor. Dice mil desatinos santos, atinando siempre a contentar a quien la tiene ansí. Yo sé persona que, con no ser poeta, le acaecía hacer de presto coplas muy sentidas declarando su pena bien, no hechas de su entendimiento, sino que para gozar más la gloria, que tan sabrosa pena le daba, se quejaba della a su Dios. Todo su cuerpo y alma querría se despedazase para mostrar el gozo que con esta pena siente. ¿Qué se le pondrá entonces delante de tormentos, que no le fuese sabroso pasarlo por su Señor? Ve claro que no hacían casi nada los mártires de su parte en pasar tormentos, porque conoce bien el alma, viene de otra parte la fortaleza. Mas ¿qué sentirá de tornar a tener seso para vivir en el mundo, y haber de tornar a los cuidados y cumplimientos dél? Pues no me parece he encarecido cosa que no quede baja en este modo de gozo que el Señor quiere en este destierro que goce un alma. Bendito seáis por siempre, Señor; alaben os todas las cosas por siempre. Quered ahora, Rey mío, suplícooslo yo, que pues cuando esto escribo no estoy fuera desta santa locura celestial por vuestra bondad y misericordia, que tan sin merecimientos míos me hacéis esta merced, que lo estén todos los que yo tratare locos de vuestro amor, o permitáis que no trate yo con nadie, u ordenad, Señor, cómo no tenga ya cuenta en cosa del mundo, o me sacad dél. No puede ya, Dios mío, esta vuestra sierva sufrir tantos trabajos como de verse sin Vos le vienen, que si ha de vivir, no quiero descanso en esta vida, ni se le deis Vos. Querría ya esta alma verse libre: el co-

mer la mata, el dormir la congoja; ve que se le pasa el tiempo de la vida, pasar en regalo, y que nada ya la puede regalar fuera de Vos, que parece vive contra natura, pues ya no querría vivir en sí, sino en Vos. ¡Oh verdadero Señor y gloria mía, qué delgada y pesadísima cruz tenéis aparejada a los que llegan a este estado! Delgada, porque es suave; pesada, porque vienen veces que no hay sufrimiento que la sufra; y no se querría jamás ver libre della, si no fuese para verse ya con Vos. Cuando se acuerda que no os ha servido en nada, y que viviendo os puede servir, querría carga muy más pesada, y nunca, hasta la fin del mundo, morirse; no tiene en nada su descanso, a trueque de haceros un pequeño servicio; no sabe qué desee, mas bien entiende que no desea a otra cosa sino a Vos.

4. ¡Oh Padre mío! (que es tan humilde, que ansí se quiere nombrar a quien va esto dirigido y me lo mandó escribir). Sean sólo para vuesa merced las cosas en que viere salgo de términos; porque no hay razón que baste a no me sacar della cuando me saca el Señor de mí, ni creo soy yo la que hablo desde esta mañana que comulgué; parece que sueño lo que veo, y no querría ver sino enfermos deste mal que estoy yo ahora. Suplico a vuesa merced seamos todos locos por amor de quien por nosotros se lo llamaron; pues dice vuesa merced que me quiere, en disponerse para que Dios le haga esta merced, quiero que me lo muestre; porque veo muy pocos que no los vea con seso demasiado para lo que les cumple. Ya puede ser que tenga yo más que todos; no me lo consienta vuesa merced, Padre mío, pues es mi confesor, y a quien he fiado mi alma; desengáñeme con verdad, que se usan muy poco estas verdades.

5. Este concierto querría hiciésemos los cinco que

al presente nos amamos en Cristo, que como otros en estos tiempos se juntaban en secreto para contra su Majestad, y ordenar maldades y herejías, procurásemos juntarnos alguna vez para desengañar unos a otros y decir en lo que podríamos enmendarnos y contentar más a Dios; que no hay quien tan bien se conozca á sí como conocen los que nos miran, si es con amor y cuidado de aprovecharnos. Digo en secreto, porque no se usa ya este lenguaje: hasta los predicadores van ordenando sus sermones para no descontentar; buena intención ternán, y la obra lo será, mas ansí se enmiendan pocos. Mas, ¿cómo no son muchos los que por los sermones dejan los vicios públicos? Sabe que me parece, porque tienen mucho seso los que lo predican.

No están sin él con el gran fuego del amor de Dios como lo estaban los apóstoles, y ansí calienta poco esta llama; no digo yo sea tanta como ellos tenían, mas querría que fuese más de lo que veo. ¿Sabe vuesa merced en qué debe de ir mucho? En tener ya aborrecida la vida, y en poca estima la honra; que no se les daba más, a trueco de decir una verdad, y sustentarla para gloria de Dios, perderlo todo que ganarlo todo; que quien de veras lo tiene todo arriscado por Dios, igualmente lleva lo uno que lo otro. No digo yo que soy ésta, mas querríalo ser. ¡Oh gran libertad! Tener por cautiverio haber de vivir y tratar conforme a las leyes del mundo, que como ésta se alcance del Señor, no hay esclavo que no lo arrisque todo por rescatarse y tornar a su tierra. Y pues este es el verdadero camino, no hay que parar en él, que nunca acabaremos de ganar tan gran tesoro hasta que se nos acabe la vida. El Señor nos dé para esto su favor. Rompa vuesa merced esto que he dicho, si le pareciere, y tómelo por carta para sí, y perdóneme que he estado muy atrevida.

CAPITULO XVII

Prosigue en la mesma materia de declarar este tercer grado de oración; acaba de declarar los efectos que hace; dice el impedimento que aquí hace la imaginación y memoria.

1. Razonablemente está dicho deste modo de oración, y lo que ha de hacer el alma, o, por mejor decir, hace Dios en ella, que es el que toma ya el oficio de hortelano, y quiere que ella huelgue; sólo consiente la voluntad en aquellas mercedes que goza, y se ha de ofrecer a todo lo que en ella quisiere hacer la verdadera sabiduría, porque es menester ánimo cierto; porque es tanto el gozo, que parece algunas veces no queda un punto para acabar el ánima de salir deste cuerpo; y ¡qué venturosa muerte sería! Aquí me parece viene bien (como a vuesa merced se dijo) dejarse del todo en los brazos de Dios; si quiere llevarle al cielo, vaya; si al infierno, no tiene pena, como vaya con su bien; si acabar del todo la vida, eso quiere; si que viva mil años, también; haga su Majestad como cosa propia, ya no es suya el alma de sí mesma, dada está del todo al Señor, descuídese del todo. Digo, que en tan alta oración como ésta (que cuando la da Dios al alma puede hacer todo esto, y mucho más, que estos son sus efectos) entiende que lo hace sin ningún cansancio del entendimiento; sólo me parece está como espantado de ver cómo el Señor hace tan buen hortelano, y no quiere que tome él trabajo ninguno, sino que se deleite en comenzar a oler las flores. Que en una llegada destas, por poco que dure, como es tal el hortelano, en fin, criador del agua,

dala sin medida; y lo que la pobre del alma con trabajo, por ventura de veinte años de cansar el entendimiento, no ha podido acaudalar, hácelo este hortelano celestial en un punto, y crece la fruta, y madúrala de manera que se puede sustentar de su huerto, queriéndolo el Señor; mas no le da licencia que reparta la fruta hasta que él esté tan fuerte con lo que ha comido della, que no se le vaya en gustaduras, y no dándole nada de provecho, ni pagándosela a quien la diere, sino que los mantenga y dé de comer a su costa, y quedarse ha él por ventura muerto de hambre. Esto, bien entendido, va para tales entendimientos, y sabránlo aplicar mejor que yo lo sabré decir, y cánsome.

2. En fin es, que las virtudes quedan ahora más fuertes que en la oración de quietud pasada; porque se ve otra el alma, y no sabe cómo comienza a obrar grandes cosas con el olor que dan de sí las flores, que quiere el Señor que se abran para que ella crea que tiene virtudes, aunque ve muy bien que no las podía ella, ni ha podido ganar en muchos años, y que en aquello poquito el celestial hortelano se las dió. Aquí es muy mayor la humildad, y más profunda, que al alma queda, que en lo pasado; porque ve más claro que poco ni mucho hizo, sino consentir que le hiciese el Señor mercedes, y abrazarlas la voluntad.

3. Paréceme este modo de oración, unión muy conocida de toda el alma con Dios, sino que parece quiere su Majestad dar licencia a las potencias para que entiendan y gocen de lo mucho que obra allí. Acaece algunas y muy muchas veces estando unida la voluntad (para que vea vuesa merced puede ser esto, y lo entienda cuando lo tuviere; al menos a mí trájome tonta, y por eso lo digo aquí), entiéndese que está la voluntad atada, y gozando; y en mucha quietud está sola la vo-

luntad, y está, por otra parte, el entendimiento y memorias tan libres, que pueden tratar en negocios y entender en obras de caridad. Esto, aunque parece todo uno, es diferente de la oración de quietud que dije, porque allí está el alma que no se querría bullir ni menear, gozando en aquel ocio santo de María; en esta oración puede también ser Marta. Ansí que está casi obrando juntamente en vida activa y contemplativa, y puede entender en obras de caridad y negocios que convengan a su estado, y leer; aunque no del todo están señores de sí, y entienden bien que está la mejor parte del alma en otro cabo. Es como si estuviésemos hablando con uno, y por otra parte nos hablase otra persona, que ni bien estaremos en lo uno ni bien en lo otro. Es cosa que se siente muy claro y da mucha satisfacción y contento cuando se tiene, y es muy gran aparejo, para que en teniendo tiempo de soledad o desocupación de negocios venga el alma a muy sosegada quietud. Es un andar como una persona que está en sí satisfecha, que no tiene necesidad de comer, sino que siente el estómago contento, de manera que a todo manjar arrostraría; mas no tan harta, que si los ve buenos, deje de comer de buena gana; ansí no le satisface ni quería entonces contento del mundo, porque en sí tiene el que le satisface más; mayores contentos de Dios, deseos de satisfacer su deseo, de gozar más de estar con él; esto es lo que quiere.

4. Hay otra manera de unión, que aún no es entera unión; mas es más que la que acabo de decir, y no tanto como la que se ha dicho desta tercer agua. Gustará vuesa merced mucho de que el Señor se las dé todas, si no las tiene ya, de hallarlo escrito y entender lo que es, porque una merced es dar el Señor la merced, y otra es entender qué merced es y qué gracia,

y otra es saber decirla y dar a entender cómo es; y aunque no parece, es menester más de la primera para no andar el alma confusa y medrosa e ir con más ánimo por el camino del Señor, llevando debajo de los pies todas las cosas del mundo, es gran provecho entenderlo y merced; porque cada una es razón alabe mucho al Señor, quien la tiene y quien no, porque la dió su Majestad a alguno de los que viven para que nos aproveche a nosotros. Ahora, pues, acaece muchas veces esta manera de unión, que quiero decir (en especial a mí, que me hace Dios esta merced desta suerte muy muchas) que coge Dios la voluntad y aun el entendimiento, a mi parecer, porque no discurre, sino está ocupado gozando de Dios como quien está mirando, y ve tanto, que no sabe hacia dónde mirar, uno por otro se le pierde de vista, que no dará señas de cosa.

5. La memoria queda libre (junto con la imaginación debe ser), y ella, como se ve sola, es para alabar a Dios la guerra que da, y cómo procura desasosegarlo todo; a mí cansada me tiene, y aborrecida la tengo, y muchas veces suplico al Señor, si tanto me ha de estorbar, me la quite en estos tiempos. Algunas veces le digo: ¿Cuándo, mi Dios, ha de estar ya toda junta mi alma en vuestra alabanza, y no hecha pedazos, sin poder valerse a sí? Aquí veo el mal que nos causó el pecado, pues ansí nos sujetó a no hacer lo que queremos de estar siempre ocupados en Dios. Digo que me acaece a veces (y hoy ha sido la una, y ansí lo tengo bien en la memoria) que veo deshacerse mi alma por verse junta adonde está la mayor parte y ser imposible, sino que le da tal guerra la memoria e imaginación, que no la dejan valer; y como faltan las otras potencias, no valen aun para hacer mal, nada. Harto hacen en desasosegar; digo para hacer mal, porque no tienen fuerza, ni paran

en un ser; como el entendimiento no la ayuda poco ni mucho, a lo que le representa, no pára en nada, sino de uno en otro, que no parece sino destas maripositas de las noches, importunas y desasosegadas, ansí anda de un cabo a otro. En extremo me parece le viene al propio esta comparación; porque aunque no tiene fuerza para hacer ningún mal, importuna a los que la ven. Para esto no sé qué remedio haya, que hasta ahora no me ha dado Dios a entender; que de buena gana le tomaría para mí, que me atormenta, como digo, muchas veces. Represéntase aquí nuestra miseria y muy claro el gran poder de Dios, pues ésta que queda suelta, tanto nos daña y nos cansa, y las otras que están con su Majestad, el descanso que nos dan.

6. El postrer remedio que he hallado, al cabo de haberme fatigado hartos años, es lo que dije en la oración de quietud, que no se haga caso della más que de un loco, sino dejarla con su tema, que sólo Dios se la puede quitar; y, en fin, aquí por esclava queda, hémoslá de sufrir con paciencia, como hizo Jacob a Lía; porque harta merced nos hace el Señor que gocemos de Rachel. Digo que queda esclava, porque, en fin, no puede, por mucho que haga, traer a sí las otras potencias; antes ellas, sin ningún trabajo, la hacen venir a sí. Algunas es Dios servido de haber lástima de verla tan perdida y desasosegada, con deseo de estar con las otras, y consiéntela su Majestad se queme en el fuego de aquella vela divina, donde las otras están ya hechas polvo, perdido su natural, casi estando sobrenaturalmente gozando de tan grandes bienes.

7. En todas estas maneras que desta postrer agua de fuente he dicho, es tan grande la gloria y descanso del alma, que muy conocidamente aquel gozo y deleite participa dél el cuerpo, y esto muy conocidamente, y

quedan tan crecidas las virtudes, como he dicho. Parece ha querido el Señor declarar estos estados en que se ve el alma, a mi parecer, lo más que acá se puede dar a entender. Trátelo vuesa merced con persona espiritual que haya llegado aquí y tenga letras; si le dijere que está bien, crea que se lo ha dicho Díos, y téngalo en mucho a su Majestad, porque, como he dicho, andando el tiempo se holgará mucho de entender lo que es; mientras no le diere la gracia (aunque se la dé de gozarlo) para entenderlo, como le haya dado su Majestad la primera, con su entendimiento y letras lo entenderá por aquí. Sea alabado por todos los siglos de los siglos, por todo. Amén.

CAPÍTULO XVIII

En que trata del cuarto grado de oración; comienza a declarar por excelente manera la gran dignidad en que el Señor pone al alma que está en este estado; es para animar mucho a los que tratan oración para que se esfuercen de llegar a tan alto estado, pues se puede alcanzar en la tierra; aunque no por merecerlo, sino por la bondad del Señor. Léase con advertencia, porque se declara por muy delicado modo, y tiene cosas mucho de notar.

1. El Señor me enseñe palabras cómo se pueda decir algo de la cuarta agua; bien es menester su favor, aún más que para la pasada, porque en ella aún siente el alma no está muerta del todo, que ansí lo podemos decir, pues lo está al mundo. Mas, como dije, tiene sentido para entender que está en él, y sentir su soledad, y aprovéchase de lo exterior para dar a entender lo que siente, siquiera por señas. En toda la oración y modos della que queda dicho, alguna cosa trabaja el hortelano, aunque en estas postreras va el trabajo acom-

pañado de tanta gloria y consuelo del alma, que jamás querría salir dél; y ansí no se siente por trabajo, sino por gloria. Acá no hay sentir, sino gozar sin entender lo que se goza; entiéndese que se goza un bien, adonde junto se encierran todos los bienes, mas no se comprehende este bien. Ocúpanse todos los sentidos en este gozo, de manera que no queda ninguno desocupado para poder entender en otra cosa interior ni exteriormente. Antes dábaseles licencia para que (como digo) hiciese algunas muestras del gran gozo que sienten; acá el alma goza más sin comparación, y puédese dar a entender muy menos, porque no queda poder en el cuerpo, ni el alma le tiene para poder comunicar aquel gozo. En aquel tiempo todo le sería gran embarazo, y tormento, y estorbo de su descanso; y digo que si es unión de todas las potencias, que aunque quiera (estando en ella digo) no puede, y si puede, ya no es unión. El cómo es esta que llaman unión, y lo que es, yo no lo sé dar a entender; en la mística teología se declara, que yo los vocablos no sabré nombrarlos; ni sé entender qué es mente, ni qué diferencia tenga del alma o espíritu tampoco: todo me parece una cosa; bien que el alma alguna vez sale de sí mesma, a manera de un fuego que está ardiendo y hecho llama, y algunas veces crece este fuego con ímpetu. Esta llama sube muy arriba del fuego, mas no por eso es cosa diferente, sino la mesma llama que está en el fuego. Esto vuesas mercedes lo entenderán con sus letras, que yo no lo sé más decir.

2. Lo que yo pretendo declarar es qué siente el alma cuando está en esta divina unión. Lo que es unión ya se está entendido, que es dos cosas divisas hacerse una. ¡Oh Señor mío, qué bueno sois! Bendito seáis para siempre; alaben os, Dios mío, todas las cosas, que ansí

nos amastes, de manera que con verdad podamos hablar desta comunicación que aun en este destierro tenéis con las almas, y aun con las que son buenas es gran largueza y magnanimidad; en fin, vuestra, Señor mío, que dais como quien sois. ¡Oh largueza infinita, cuán magníficas son vuestras obras! Espanta a quien no tiene ocupado el entendimiento en cosas de la tierra, que no tenga ninguno para entender verdades. ¡Pues que hagáis a almas, que tanto os han ofendido, mercedes tan soberanas! Cierto a mí me acaba el entendimiento; y cuando llego a pensar en esto, no puedo ir adelante. ¿Dónde ha de ir que no sea tornar atrás? Pues daros gracias por tan grandes mercedes, no sabe cómo. Con decir disparates me remedio algunas veces. Acaéceme muchas, cuando acabo de recibir estas mercedes, o me las comienza a Dios a hacer (que estando en ellas, ya he dicho que no hay poder hacer nada), decir: Señor, mirad lo que hacéis, no olvidéis tan presto tan grandes males míos, y ya que para perdonarme los hayáis olvidado, para poner tasa en las mercedes os suplico se os acuerde. No pongáis, Criador mío, tan precioso licor en vaso tan quebrado, pues habéis ya visto de otras veces que lo torno a derramar. No pongáis tesoro semejante adonde aún no está como ha de estar perdida del todo la codicia de consolaciones de la vida, que lo gastará mal gastado ¿Cómo dais la fuerza desta ciudad y llaves de la fortaleza della a tan cobarde alcaide, que al primer combate de los enemigos los deja entrar dentro? No sea tanto el amor, oh Rey eterno, que pongáis en aventura joyas tan preciosas. Parece, Señor mío, se da ocasión para que se tengan en poco, pues las ponéis en poder de cosa tan ruin, tan baja, tan flaca y miserable, y de tan poco tomo, que ya que trabaje para no las perder con vuestro favor (y no es menester

pequeño, según yo soy), no puede dar con ellas a ganar a nadie. En fin, mujer, y no buena, sino ruin. Parece que no sólo se esconden los talentos, sino que se entierran en ponerlos en tierra tan astrosa. No soléis Vos, Señor, hacer semejantes grandezas y mercedes a un alma, sino para que aproveche a muchos. Ya sabéis, Dios mío, que de toda voluntad y corazón os lo suplico, y he suplicado algunas veces, y tengo por bien de perder el mayor bien que se posee en la tierra porque las hagáis Vos a quien con este bien más aproveche, porque crezca vuestra gloria. Estas y otras cosas me ha acaecido decir muchas veces. Veía después mi necedad y poca humildad, porque bien sabe el Señor lo que conviene, y que no había fuerzas en mi alma para salvarse si su Majestad con tantas mercedes no se las pusiera.

3. También pretendo decir las gracias y efectos que quedan en el alma, y qué es lo que puede de suyo hacer, o si es parte para llegar a tan grande estado. Acaece venir este levantamiento de espíritu, o juntamiento con el amor celestial, que, a mi entender, es diferente la unión del levantamiento en esta mesma unión. A quien no lo hubiere probado lo postrero, parecerle ha que no; y a mi parecer, que con ser todo uno, obra el Señor de diferente manera, y en el crecimiento del desasir el alma de las criaturas, más mucho en el vuelo del espíritu. Yo he visto claro ser particular merced, aunque, como digo, sea todo uno, o lo parezca; mas un fuego pequeño también es fuego como un grande, y ya se ve la diferencia que hay de lo uno a lo otro. Es un fuego pequeño, primero que un hierro pequeño se hace ascua pasa mucho espacio; mas si el fuego es grande, aunque sea mayor el hierro, en muy poquito pierde del todo su sér al parecer. Ansí me parece es en estas dos

maneras de mercedes del Señor; y sé que quien hubiere llegado a arrobamiento lo entenderá bien; si no lo ha probado, parecerle ha desatino, y ya puede ser; porque querer una como yo hablar en una cosa tal, y dar a entender algo de lo que parece imposible aun haber palabras con lo que comenzar, no es mucho que desatine.

4. Mas creo esto del Señor (que sabe su Majestad que después de obedecer, es mi intención engolosinar las almas de un bien tan alto) que me ha en ello de ayudar. No diré cosa que no la haya experimentado mucho; y es ansí, que cuando comencé esta postrer agua a escribir, me parecía imposible saber tratar cosa, más que hablar en griego, que ansí es ello dificultoso; con esto lo dejé y fuí a comulgar. Bendito sea el Señor, que ansí favorece a los ignorantes. ¡Oh virtud de obedecer, que todo lo puedes! Aclaró Dios mi entendimiento, unas veces con palabras y otras poniéndome delante cómo lo había de decir; que (como hizo en la oración pasada) su Majestad parece quiere decir lo que yo no puedo ni sé. Esto que digo es entera verdad, y ansí, lo que fuere bueno es suya la doctrina; lo malo, está claro, es del piélago de los males, que soy yo; y ansí digo, que si hubiere personas que hayan llegado a las cosas de oración que el Señor ha hecho merced a esta miserable (que debe haber muchas) y quisiesen tratar estas cosas conmigo, pareciéndoles descaminadas, que ayudaría el Señor a su sierva para que saliese con su verdad adelante.

5. Ahora, hablando desta agua que viene del cielo, para con su abundancia henchir y hartar todo este huerto de agua, si nunca dejara, cuando la hubiera menester, de darla el Señor, ya se ve qué descanso tuviera el hortelano; y a no haber invierno, sino ser siempre el

tiempo templado, nunca faltaran flores y frutas, ya se ve qué deleite tuviera, mas mientras vivimos, es imposible; siempre ha de haber cuidado de cuando faltare la una agua, procurar la otra. Esta del cielo viene muchas veces cuando más descuidado está el hortelano. Verdad es que a los principios casi siempre es después de larga oración mental; que de un grado en otro viene el Señor a tomar esta avecita y ponerla en el nido para que descanse; como la he visto volar mucho rato, procurando con el entendimiento y voluntad y con todas sus fuerzas buscar a Dios y contentarle, quiérela dar el premio, aun en esta vida; ¡y qué gran premio, que basta un momento para quedar pagados todos los trabajos que en aquélla puede haber!

6. Estando ansí el alma buscando a Dios, siente, con un deleite grandísimo y suave, casi desfallecer toda con una manera de desmayo, que le va faltando el huelgo y todas las fuerzas corporales; de manera, que si no es con mucha pena, no puede aún menear las manos; los ojos se le cierran sin quererlos cerrar, y si los tiene abiertos, no ve casi nada; ni si lee, acierta a decir letra, ni cási atina a conocerla bien; ve que hay letra, mas como el entendimiento no ayuda, no sabe leer, aunque quiera; oye, mas no entiende lo que oye. Ansí que de los sentidos no se aprovecha nada, si no es para no la acabar de dejar a su placer, y ansí antes le dañan. Hablar es por demás, que no atina a formar palabra, ni hay fuerza ya que atinase para poderla pronunciar, porque toda la fuerza exterior se pierde y se aumenta en las del alma, para mejor poder gozar de su gloria. El deleite exterior que se siente es grande y muy conocido. Esta oración no hace daño, por larga que sea; al menos a mí nunca me lo hizo, ni me acuerdo hacerme el Señor ninguna vez esta merced por mala que estu-

viese, que sintiese mal, antes quedaba con gran mejoría. Mas ¿qué mal puede hacer tan gran bien? Es cosa tan conocida las operaciones exteriores, que no se puede dudar que hubo gran ocasión, pues ansí quitó las fuerzas con tanto deleite para dejarlas mayores.

7. Verdad es que a los principios pasa en tan breve tiempo (al menos a mí ansí me acaecía) que en estas señales exteriores, ni en la falta de los sentidos, no se da tanto a entender, cuando pasa con brevedad; mas bien se entiende en la sobra de las mercedes que ha sido grande la claridad del sol que ha estado allí que ansí la ha derretido. Y nótese esto, que, a mi parecer, por largo que sea el espacio de estar el alma en esta suspensión de todas las potencias, es bien breve; cuando estuviese media hora es muy mucho; yo nunca, a mi parecer, estuve tanto. Verdad es que se puede mal sentir lo que se está, pues no se siente; mas digo que de una vez es muy poco espacio sin tornar alguna potencia en sí. La voluntad es la que mantiene la tela, mas las otras dos potencias presto tornan a importunar: como la voluntad está queda, tórnalas a suspender, y están otro poco y tornan a vivir. En esto se pueden pasar algunas horas de oración y se pasan; porque comenzadas las dos potencias a emborrachar y gustar de aquel vino divino, con facilidad se tornan a perder de sí para estar muy más ganadas; y acompañan a la voluntad y se gozan todas tres. Mas este estar perdidas del todo y sin ninguna imaginación en nada (que, a mi entender, también se pierde del todo) digo que es breve espacio; aunque no tan del todo tornan en sí, que no puedan estar algunas horas como desatinadas, tornando de poco en poco a cogerlas Dios consigo.

8. Ahora vengamos a lo interior de lo que el alma aquí siente; dígalo quien lo sabe, que no se puede enten-

der, cuanto más decir. Estaba yo pensando cuando quisé escribir esto (acabando de comulgar, y de estar en esta mesma oración que escribo) qué hacía el alma en aquel tiempo. Díjome el Señor estas palabras: Deshácese toda, hija, para ponerse más en mí; ya no es ella la que vive, sino yo; como no puede comprehender lo que entiende, es no entender entendiendo. Quien lo hubiere probado entenderá algo desto, porque no se puede decir más claro, por ser tan obscuro lo que allí pasa. Sólo podré decir que se representa estar junto con Dios, y queda una certidumbre que en ninguna manera se puede dejar de creer. Aquí faltan todas las potencias, y se suspenden de manera que en ninguna manera (como he dicho) se entiende que obran. Si estaba pensando en un paso, ansí se pierde de la memoria, como si nunca la hubiera habido dél; si lee, en lo que leía no hay acuerdo, ni parar; si rezar, tampoco. Ansí que a esta mariposilla importuna de la memoria aquí se le queman las alas; ya no puede más bullir. La voluntad debe estar bien ocupada en amar, mas no entiendo cómo ama; el entendimiento, si entiende, no se entiende cómo entiende, al menos no puede comprehender nada de lo que entiende; a mí no me parece que entiende; porque, como digo, no se entiende; yo no acabo de entender esto. Acaecióme a mí una ignorancia al principio, que no sabía que estaba Dios en todas las cosas; y como me parecía estar tan presente, parecíame imposible dejar de creer que estaba allí, no podía, por parecerme casi claro había entendido estar allí su mesma presencia. Los que no tenían letras me decían que estaba sólo por gracia, yo no lo podía creer; porque, como digo, parecíame estar presente, y ansí andaba con pena. Un gran letrado de la Orden del glorioso patriarca Santo Domingo me quitó desta duda; que me dijo estar presente, y cómo se comunicaba con

nosotros, que me consoló harto. Es de notar y entender que siempre esta agua del cielo, este grandísimo favor del Señor, deja el alma con grandísimas ganancias, como ahora diré.

CAPITULO XIX

Prosigue en la mesma materia; comienza a declarar los efectos que hace en el alma este grado de oración. Persuade mucho a que no tornen atrás aunque después desta merced tornen a caer, ni dejen la oración. Dice los daños que vernán de no hacer esto; es mucho de notar, y de gran consolación para los flacos y pecadores.

1. Queda el alma desta oración y unión con grandísima ternura; de manera que se querría deshacer, no de pena, sino de unas lágrimas gozosas; hállase bañada dellas sin sentirlo, ni saber cuándo ni cómo las lloró; mas dale gran deleite ver aplacado aquel ímpetu del fuego con agua, que le hace más crecer; parece esto algarabía, y pasa ansí. Acaecido me ha algunas veces en este término de oración, estar tan fuera de mí, que no sabía si era sueño, o si pasaba en verdad la gloria que había sentido, y de verme llena de agua (que sin pena destilaba con tanto ímpetu y presteza, que parece la echaba de sí aquella nube del cielo), veía que no había sido sueño; esto era a los principios, que pasaba con brevedad. Queda el ánima animosa, que si en aquel punto la hiciesen pedazos por Dios, le sería gran consuelo. Allí son las promesas y determinaciones heroicas, la viveza de los deseos, el comenzar a aborrecer el mundo, el ver muy claro su vanidad; está muy más aprovechada y altamente, que en las oraciones pasadas, y la humildad más crecida; porque ve claro que para aquella excesiva merced, y grandiosa, no hubo diligencia suya ni fué parte para

traerla ni para tenerla. Vese claro indignísima (porque empieza adonde entra mucho el sol, no hay telaraña escondida), ve su miseria; va tan fuera de vanagloria, que no le parece la podría tener; porque ya es por vista de ojos lo poco o ninguna cosa que puede, que allí no hubo casi consentimiento, sino que parece que, aunque no quiso, le cerraron la puerta a todos los sentidos para que más pudiese gozar del Señor; quédase sola con Él, ¿qué ha de hacer sino amarle? Ni ve, ni oye, sino fuese a fuerza de brazos, poco hay que le agradecer. Su vida pasada se le representa después, y la gran misericordia de Dios, con gran verdad y sin haber menester andar a caza el entendimiento, que allí ve guisado lo que ha de comer y entender. De sí ve que merece el infierno, y que le castigan con gloria: deshácese en alabanzas de Dios, y yo me querría deshacer ahora. Bendito seáis, Señor mío, que ansí hacéis de piscina tan sucia como yo, agua tan clara que sea para vuestra mesa. Seáis alabado, oh regalo de los ángeles, que ansí queréis levantar un gusano tan vil.

2. Queda algún tiempo este aprovechamiento en el alma: quede ya (con entender claro que no es suya la fruta) comenzar a repartir della, y no le hace falta a sí. Comienza a dar muestras de alma que guarda tesoros del cielo, y a tener deseos de repartirlos con otros, y suplicar a Dios no sea ella sola la rica. Comienza a aprovechar a los prójimos casi sin entenderlo, ni hacer nada de sí: ellos lo entienden, porque ya las flores tienen tan crecido el olor, que les hace desear llegarse a ellas. Entienden que tienen virtudes, y ven la fruta que es codiciosa; querríanle ayudar a comer. Si esta tierra está muy cavada con trabajos, y persecuciones, y murmuraciones, y enfermedades (que pocos deben de llegar aquí sin esto), y si está mullida, con ir muy desasida de

propio interese, el agua se embebe tanto, que casi nunca se seca; mas si es tierra, que aún se está en la tierra, y con tantas espinas como yo al principio estaba, y aún no quitada de las ocasiones, ni tan agradecida como merece tan gran merced, tórnase la tierra a secar; y si el hortelano se descuida, y el Señor por sola su bondad no torna a querer llover, dad por perdida la huerta, que ansí me acaeció a mí algunas veces, que cierto yo me espanto, y si no hubiera pasado por mí, no lo pudiera creer; escríbolo para consuelo de almas flacas como la mía que nunca desesperen, ni dejen de confiar en la grandeza de Dios; aunque después de tan encumbradas, como es llegarlas el Señor aquí, cayan, no desmayen si no se quieren perder del todo, que lágrimas todo lo ganan: un agua trae otra. Una de las cosas porque me animo, siendo la que soy, a obedecer en escribir esto y dar cuenta de mi ruin vida, y de las mercedes que me ha hecho el Señor, con no servirle, sino ofenderle, ha sido ésta; que cierto yo quisiera aquí tener gran autoridad para que se me creyera esto: al Señor suplico, su Majestad la dé. Digo que no desmaye nadie de los que han comenzado a tener oración, con decir: Si torno a ser malo, es peor ir adelante con el ejercicio della. Yo lo creo, si se deja la oración, y no se enmienda del mal; mas si no la deja, crea que le sacará a puerto de luz.

Hízome en esto gran batería el demonio, y pasé tanto en parecerme poca humildad tenerla siendo tan ruin, que (como ya he dicho) la dejé año y medio, al menos un año, que del medio no me acuerdo bien; y no fuera más ni fué que meterme yo mesma, sin haber menester demonios que me hiciesen ir al infierno. ¡Oh, válame Dios; qué ceguedad tan grande! ¡Y qué bien acierta el demonio, para su propósito, en cargar aquí

la mano! Sabe el traidor que el alma que tenga con perseverancia oración, la tiene perdida, y que todas las caídas que la hace dar la ayudan, por la bondad de Dios, a dar después mayor salto en lo que es su servicio algo le va en ello.

3. ¡Oh Jesús mío! Qué es ver un alma que ha llegado aquí, caída en un pecado, cuando Vos por vuestra misericordia la tornáis a dar la mano, y la levantáis, ¡cómo conoce la multitud de vuestras grandezas y misericordias, y su miseria! Aquí es el deshacerse de veras, y conocer vuestras grandezas; aquí el no osar alzar los ojos; aquí es el levantarlos para conocer lo que os debe; aquí se hace devota de la Reina del cielo para que os aplaque; aquí invoca los santos que cayeron después de haberlos Vos llamado, para que le ayuden; aquí es el parecer que todo le viene ancho, lo que le dais, porque ve no merece la tierra que pisa; el acudir a los Sacramentos; la fe viva que aquí le queda, de ver la virtud que Dios en ellos puso; el alabaros porque dejaste tal medicina y ungüento para nuestras llagas, que no las sobresanan, sino que del todo las quitan. Espántase desto; ¿y quién, Señor de mi alma, no se ha de espantar de misericordia tan grande y merced tan crecida, a traición tan fea y abominable? Que no sé cómo no se me parte el corazón cuando esto escribo, porque soy ruin. Con estas lagrimillas que aquí lloro, dadas de Vos (agua de tan mal pozo, en lo que es de mi parte), parece que os hago pago de tantas traiciones, siempre haciendo males, y procurándoos deshacer las mercedes que Vos me habéis hecho. Ponedlas Vos, Señor mío, valor; aclarad agua tan turbia, siquiera porque no dé a alguno tentación en echar juicios (como me la dado a mí), pensando: ¿por qué, Señor, dejáis unas personas muy santas, que siempre os han servido y trabajado, criadas en Re-

ligión, y siéndolo y no como yo, que no tenía más del nombre, y ver claro que no las hacéis las mercedes que a mí? Bien veo yo, bien mío, que les guardáis Vos el premio para dársele junto, y que mi flaqueza ha menester esto, y ellos como fuertes os sirven sin ello, y los tratáis como a gente esforzada, y no interesal. Mas con todo sabéis Vos, mi Señor, que clamaba muchas veces delante de Vos, disculpando a las personas que me murmuraban, porque me parecía les sobraba razón. Esto era ya, Señor, después que me teníades por vuestra bondad, para que tanto no os ofendiese, y yo estaba ya desviándome de todo lo que me parecía os podía enojar; que en haciendo yo esto comenzaste, Señor, a abrir vuestros tesoros para vuestra sierva. No parece esperábades otra cosa sino que hubiese voluntad, y aparejo en mí para recibirlos, según con brevedad comenzastes a no sólo darlos, sino a querer entendiesen me les dábades.

4. Esto entendido, comenzó a tenerse buena opinión de la que todos aún no tenían bien entendido cuán mala era, aunque mucho se traslucía. Comenzó la murmuración y persecución de golpe, y a mi parecer con mucha causa, y ansí no tomaba con nadie enemistad, sino suplicábaos a Vos mirásedes la razón que tenían. Decían que me quería hacer santa y que inventaba novedades, no habiendo llegado entonces con gran parte aún a cumplir toda mi regla, ni a las buenas y santas monjas que en casa había, ni creo llegaré si Dios por su bondad no lo hace todo de su parte; sino antes lo era yo para quitar lo bueno y poner costumbres que no lo eran; al menos hacía lo que podía para ponerlas, y en el mal podía mucho. Ansí que sin culpa suya me culpaban. No digo eran sólo monjas, sino otras personas; descubríanme verdades porque lo permitíades Vos.

5. Una vez rezando las Horas (como ya algunas tenía esta tentación), llegué al verso que dice: *justus es, Domine*, y tus juicios; comencé a pensar cuán gran verdad era que en esto no tenía el demonio fuerzas jamás para tentarme, de manera que yo dudase tenéis Vos, mi Señor, todos los bienes, ni en ninguna cosa de la fe; antes me parecía mientras más sin camino natural iban, más firme la tenía, y me daba devoción grande en ser todo poderoso, quedaban conclusas en mí todas las grandezas que hiciérades Vos; y en esto, como digo, jamás tenía duda; pues pensando cómo con justicia permitíades a muchas que había, como tengo dicho, muy vuestras siervas, y que no tenían los regalos y mercedes que me hacíades a mí, siendo la que era, respondísteme, Señor: «Sírveme tú a mí, y no te metas en eso.»

Fué la primera palabra que entendí hablarme Vos, y ansí me espantó mucho, porque después declararé esta manera de entender, con otras cosas; no lo digo aquí, que es salir de propósito, y creo harto he salido dél. Casi no sé lo que me he dicho; no puede ser menos, sino que ha vuesa merced de sufir estos intervalos, porque cuando veo lo que Dios me ha sufrido y me veo en este estado, no es mucho pierda el tino de lo que digo y he de decir.

6. Plega al Señor que siempre sean estos mis desatinos, y que no permita ya su Majestad tenga yo poder para ser contra él un punto, antes en éste que estoy me consuma. Basta ya, para ver sus grandes misericordias, no una, sino muchas veces que ha perdonado tanta ingratitud. A San Pedro, una vez que lo fué; a mí, muchas; que con razón me tentaba el demonio, no pretendiese amistad estrecha con quien trataba enemistad tan pública. ¡Qué ceguedad tan grande la mía! ¿Adónde

pensaba, Señor mío, hallar remedio sino en Vos? ¡Qué disparate huir de la luz para andar siempre tropezando! ¡Qué humildad tan soberbia inventaba en mí el demonio, apartarme de estar arrimada a la columna y báculo que me ha de sustentar para no dar tan gran caída! Ahora me santiguo, y no me parece que he pasado peligro tan peligroso como esta invención que el demonio me enseñaba por vía de humildad. Poníame en el pensamiento que, ¿cómo cosa tan ruin, y habiendo recibido tantas mercedes, había de llegarme a la oración? Que me bastaba rezar lo que debía, como todas; más que aun pues esto no hacía bien, ¿cómo quería hacer más? Que era poco acatamiento y tener en poco las mercedes de Dios. Bien era pensar y entender esto, mas ponerlo por obra fué el grandísimo mal. Bendito seáis Vos, Señor, que ansí me remediastes. Principio de la tentación que hacía a Judas, me parece ésta; sino que no osaba el traidor tan al descubierto; mas él viniera de poco en poco a dar conmigo adonde dió con él. Miren esto por amor de Dios todos los que tratan oración. Sepan que el tiempo que estuve sin ella era mucho más perdida mi vida: mírese qué buen remedio me daba el demonio, y qué donosa humildad, un desasosiego en mí grande. Mas ¿cómo había de sosegar mi ánima? Apartábase la cuitada de su sosiego, tenía presentes las mercedes y favores, veía los contentos de acá ser asco; cómo pudo pasar, me espanto: era con esperanza, que nunca yo pensaba (a lo que ahora me acuerdo, porque debe hacer esto más de veintiún años) dejaba de estar determinada de tornar a la oración, mas esperaba estar muy limpia de pecados. ¡Oh, qué mal encaminada iba en esta esperanza! Hasta el día del juicio me la libraba el demonio para de allí llevarme al infierno, pues teniendo oración y lección, que era ver verdades y el ruin

camino que llevaba, e importunando al Señor con lágrimas muchas veces, era tan ruin, que no me podía valer; apartada deso, puesta en pasatiempos con muchas ocasiones y pocas ayudas; y (osaré decir ninguna, sino para ayudarme a caer) ¿qué esperaba sino lo dicho? Creo tiene mucho delante de Dios un fraile de Santo Domingo, gran letrado, que él me despertó deste sueño; él me hizo (como creo he dicho) comulgar de quince a quince días, y del mal no tanto, comencé a tornar en mí, aunque no dejaba de hacer ofensas al Señor; mas como no había perdido el camino, aunque poco a poco cayendo y levantando iba por él; y el que no deja de andar e ir adelante, aunque tarde, llega. No me parece es otra cosa perder el camino, sino dejar la oración. Dios nos libre, por quien él es.

7. Queda de aquí entendido (y nótese mucho, por amor del Señor) que aunque un alma llegue a hacerla Dios tan grandes mercedes en la oración, que no se fíe de sí, pues puede caer, ni se ponga en ocasiones en ninguna manera. Mírese mucho, que va mucho, que el engaño que aquí puede hacer el demonio después, aunque la merced sea cierta de Dios, es aprovecharse el traidor de la mesma merced en lo que puede; y a personas no crecidas en las virtudes, ni mortificadas, ni desasidas, porque aquí no quedan fortalecidas tanto que baste (como adelante diré) para ponerse en las ocasiones y peligros por grandes deseos y determinaciones que tengan. Es excelente doctrina ésta, y no mía, sino enseñada de Dios; y ansí querría que personas ignorantes como yo la supiesen; porque aunque esté un alma en este estado, no ha de fiar de sí para salir a combatir, porque hará harto en defenderse. Aquí son menester armas para defenderse de los demonios, y aun no tiene fuerza para pelear contra ellos y traerlos debajo de los

pies, como hacen los que están en el estado que diré después. Este es el engaño con que coge el demonio, que como se ve un alma tan llegada a Dios, y ve la diferencia que hay del bien del cielo al de la tierra, y el amor que la muestra el Señor, deste amor nace confianza y seguridad de no caer de lo que goza. Parécele que ve claro el premio, que no es posible ya en cosa que aun para la vida es tan deleitosa y suave, dejarla por cosa tan baja y sucia como es el deleite; y con esta confianza quítale el demonio la poca que ha de tener de sí; y como digo, pónese en los peligros y comienza con buen celo a dar la fruta sin tasa, creyendo que ya no hay que temer de sí. Y esto no va con soberbia; que bien entiende el alma que no puede de sí nada, sino de mucha confianza de Dios, sin discreción, porque no mira que aún tiene pelo malo. Puede salir del nido, y sácala Dios, mas aún no está para volar, porque las virtudes aún no están fuertes ni tiene experiencia para conocer los peligros, ni sabe el daño que hace en confiar de sí.

8. Esto fué lo que a mí me destruyó; y para esto y para todo hay gran necesidad de maestro y trato con personas espirituales. Bien creo que el alma que llega a Dios a este estado, si muy del todo no deja a su Majestad, que no la dejará de favorecer ni la dejará perder; mas cuando, como he dicho, cayere, mire, por amor del Señor, no la engañe, en que deje la oración, como hacía a mí con humildad falsa, como ya lo he dicho y muchas veces lo querría decir; fíe de la bondad de Dios, que es mayor que todos los males que podemos hacer, y no se acuerda de nuestra ingratitud cuando nosotros, conociéndonos, queremos tornar a su amistad, ni de las mercedes que nos ha hecho para castigarnos por ellas; antes ayudan a perdonarnos más presto, como a gente

que ya era de su casa y ha comido, como dicen, su pan. Acuérdense de sus palabras y miren lo que ha hecho conmigo, que primero me cansé de ofenderle que su Majestad dejó de perdonarme. Nunca se cansa de dar ni se pueden agotar sus misericordias; no nos cansemos nosotros de recibir. Sea bendito para siempre, amén; y alábenle todas las cosas.

CAPITULO XX

En que trata la diferencia que hay de unión a arrobamiento; declara qué cosa es arrobamiento, y dice algo del bien que tiene el alma, que el Señor por su bondad llega a él; dice los efectos que hace.

1. Querría saber declarar, con el favor de Dios, la diferencia que hay de unión a arrobamiento o elevamiento, o vuelo que llaman de espíritu o arrebatamiento, que todo es uno. Digo que estos diferentes nombres todo es una cosa, y también se llama éxtasis (1). Es grande la ventaja que hace a la unión; los efectos muy mayores hace y otras hartas operaciones, porque la

(1) Dice que el arrobamiento hace ventaja a la unión; que es decir que el alma goza de Dios más en el arrobamiento, y que se apodera della Dios más que en la unión. Y vese ser así, porque en el arrobamiento se pierde el uso de las potencias exteriores e interiores. Y en decir que la pura unión casi siempre es por una misma manera; mas en el arrobamiento hay grados en que unos son como principio, y otros como medio, y otros como fin. Y por esta causa tiene diferentes nombres, que unos significan lo menos dél y otros lo más alto y perfecto, como se declara en otras partes.

unión parece principio, y medio, y fin, y lo es en lo interior, mas ansí como estotros fines son en más alto grado, hacen los efectos interior y exteriormente. Declárelo el Señor, como ha hecho lo demás, que cierto si su Majestad no me hubiera dado a entender por qué modos y maneras se puede algo decir, yo no supiera.

2. Consideremos ahora que esta agua postrera que hemos dicho es tan copiosa, que si no es por no lo consentir la tierra, podemos creer que se está con nosotros esta nube de la gran Majestad acá en esta tierra. Mas cuando este gran bien agradecemos, acudiendo con obras según nuestras fuerzas, coge el Señor el alma (dígamos ahora, a manera que las nubes cogen los vapores de la tierra) y levántala toda della; helo oído ansí esto, de que cogen las nubes los vapores o el sol, y sube la nube al cielo, y llévala consigo, y comiénzala a mostrar cosas del reino que le tiene aparejado. No sé si la comparación cuadra, mas en hecho de verdad, ella pasa ansí. En estos arrobamientos parece no anima el alma en el cuerpo, y ansí se siente muy sentido, faltar dél el calor natural; vase enfriando, aunque con grandísima suavidad y deleite.

3. Aquí no hay remedio de resistir, que en la unión, como estamos en nuestra tierra, remedio hay; aunque con pena y fuerza, resistirse puede casi siempre; acá las más veces ningún remedio hay, sino que muchas, sin prevenir el pensamiento ni ayuda ninguna, viene un ímpetu tan acelerado y fuerte que veis y sentís levantarse esta nube o esta águila caudalosa y cogeros con sus alas. Y digo que se entiende y veis os llevar, y no sabéis dónde, porque aunque es con deleite, la flaqueza de nuestro natural hace temer a los principios, y es menester ánima determinada y animosa mucho más que para lo que queda dicho, para arriscarlo todo, venga lo

que viniere, y dejarse en las manos de Dios e ir adonde nos llevaren de grado, pues os llevan aunque os pese; y en tanto extremo, que muy muchas veces querría yo resistir; y pongo todas mis fuerzas, en especial algunas, que es en público y otras hartas en secreto, temiendo ser engañada.

Algunas podía algo con gran quebrantamiento, como quien pelea contra un jayán fuerte, quedaba después cansada; otras era imposible, sino que me llevaba el alma, y aun casi ordinario la cabeza tras ella, sin poderla tener, y algunas todo el cuerpo, hasta levantarle. Esto ha sido pocas, porque como una vez fuese adonde estábamos juntas en el coro, y yendo a comulgar, estando de rodillas, dábame grandísima pena; porque me parecía cosa muy extraordinaria, y que había de haber luego mucha nota; y ansí mandé a las monjas (porque es ahora después que tengo oficio de priora) no lo dijesen. Mas otras veces, como comenzaba a ver que iba a hacer el Señor lo mesmo, y aun estando personas principales de señoras (que era la fiesta de la vocación) en un sermón, tendíame en el suelo, y llegábanse a tenerme el cuerpo, y todavía se echaba de ver. Supliqué mucho al Señor que no quisiese ya darme más mercedes que tuviesen muestras exteriores, porque yo estaba cansada ya de andar en tanta cuenta, y que aquella merced no podía su Majestad hacérmela sin que se entendiese. Párece ha sido por su bondad servido de oirme, que nunca más hasta ahora la he tenido; verdad es que ha poco.

4. Es ansí que me parecía, cuando quería resistir, que desde debajo de los pies me levantaban fuerzas tan grandes que no se cómo lo comparar, que era con mucho más ímpetu que estotras cosas de espíritu, y ansí quedaba hecha pedazos; porque es una pelea grande,

y en fin, aprovecha poco cuando el Señor quiere, que no hay poder contra su poder.

5. Otras veces es servido de contentarse con que veamos nos quiere hacer la merced, y que no queda por su Majestad; y resistiéndose por humildad, deja los mismos efectos que si del todo se consintiese. Los que esto hacen son grandes: lo uno muéstrase el gran poder del Señor, y cómo no somos parte, cuando su Majestad quiere, de detener tampoco el cuerpo, como el alma, ni somos señores dello, sino que, mal que nos pese, vemos que hay superior y que estas mercedes son dadas dél y que de nosotros no podemos en nada, nada; e imprímese mucha humildad. Y aun yo confieso, que gran temor me hizo, al principio grandísimo; porque verse ansí levantar un cuerpo de la tierra, que aunque el espíritu le lleva tras sí, y es con suavidad grande, si no se resiste, no se pierde el sentido, al menos yo estaba de manera en mí, que podía entender era llevada. Muéstrase una Majestad de quien puede hacer aquello, que espeluza los cabellos, y queda un gran temor de ofender a tan gran Dios. Este envuelto en grandísimo amor que se cobra de nuevo, a quien vemos le tiene tan grande a un gusano tan podrido, que no parece se contenta con llevar tan de veras el alma a sí, sino que quiere el cuerpo, aun siendo tan mortal y de tierra tan sucia, como por tantas ofensas se ha hecho. También deja un desasimiento extraño, que yo no podré decir cómo es; paréceme que puedo decir es diferente en alguna manera. Digo más: que estotras cosas de sólo espíritu, porque ya que estén cuanto al espíritu, con todo desasimiento de las cosas, aquí parece quiere el Señor que el mesmo cuerpo lo ponga por obra, y hácese una extrañeza nueva para con las cosas de la tierra que es muy más penosa la vida. Después

da una pena, que ni la podemos traer a nosotros, ni venida se puede quitar.

6. Yo quisiera harto dar a entender esta gran pena, y creo no podré, mas diré algo si supiere. Y hase de notar, que estas cosas son ahora muy a la postre después de todas las visiones y revelaciones que escribiré, y del tiempo que solía tener oración, adonde el Señor me daba tan grandes gustos y regalos. Ahora, ya que eso no cesa algunas veces, las más, y lo más ordinario es esta pena que ahora diré. Es mayor y menor. De cuando es mayor quiero ahora decir, porque aunque adelante diré destos grandes ímpetus que me daban cuando me quiso el Señor dar los arrobamientos, no tiene más que ver, a mi parecer, que una cosa muy corporal a una muy espiritual, y creo no lo encarezco mucho. Porque aquella pena parece, aunque la siente el alma, es en compañía del cuerpo; entrambos parece participan della, y no es con el extremo de desamparo que en ésta. Para la cual, como he dicho, no somos parte, sino muchas veces a deshora viene un deseo, que no sé cómo se mueve, y deste deseo, que penetra toda el alma en un punto, se comienza tanto a fatigar, que sube muy sobre sí y de todo lo criado, y pónela Dios tan desierta de todas las cosas, que por mucho que ella trabaje, ninguna qne le acompañe le parece hay en la tierra, ni ella la querría, sino morir en aquella soledad. Que la hablen, y ella se quiera hacer toda la fuerza posible a hablar, aprovecha poco; que su espíritu, aunque ella más haga, no se quita de aquella soledad.

Y con parecerme que está entonces lejísimo Dios, a veces comunica sus grandezas por un modo el más extraño que se puede pensar; y ansí no se sabe decir, ni creo lo creerá, ni entenderá, sino quien hubiere pasado por ello, porque no es la comunicación para con-

solar, sino para mostrar la razón que tiene de fatigarse, de estar ausente de bien, que en sí tiene todos los bienes.

7. Con esta comunicación crece el deseo y el extremo de soledad en que se ve con una pena tan delgada y penetrativa, que aunque el alma se estaba puesta en aquel desierto, que al pie de la letra me parece se puede entonces decir, y por ventura lo dijo el Real Profeta estando en la mesma soledad, sino que como a santo se la daría el Señor a sentir en más excesiva manera: *Vigilavi, et factus sum sicut passer solitarius in tecto.* Y ansí se me representa este verso entonces, que me parece lo veo yo en mí; y consuélame ver que han sentido otras personas tan gran extremo de soledad, cuanto más tales. Ansí parece está el alma, no en sí, sino en el tejado o techo de sí mesma, y de todo lo criado; porque aun encima de lo muy superior del alma me parece que está.

8. Otras veces parece anda el alma como necesitadísima, diciendo y preguntando a sí mesma: ¿Dónde está tu Dios? Y es de mirar que el romance destos versos, yo no sabía bien el que era, y después que lo entendía me consolaba de ver que me los había traído el Señor a la memoria sin procurarlo yo. Otras me acordaba de lo que dice San Pablo, que está crucificado al mundo. No digo yo que sea esto ansí, que ya lo veo; mas parece que está ansí el alma, que ni del cielo le viene consuelo, ni está en él; ni de la tierra le quiere, está en ella, sino como crucificado entre el cielo y la tierra, padeciendo, sin venirle socorro de ningún cabo. Porque el que le viene del cielo (que es, como he dicho, una noticia de Dios tan admirable, muy sobre todo lo que podemos desear) es para más tormento, porque acrecienta el deseo de manera que, a mi parecer, la

gran pena algunas veces quita el sentido, sino que dura poco sin él. Parecen unos tránsitos de la muerte; salvo que trae consigo un tan gran contento este padecer, que no sé yo a qué lo comparar. Ello es un recio martirio sabroso, pues todo lo que se le puede representar a el alma de la tierra, aunque sea lo que le suele ser más sabroso, ninguna cosa admite; luego parece lo lanza de sí. Bien entiende que no quiere sino a su Dios; mas no ama cosa particular dél, sino todo junto lo quiere, y no sabe lo que quiere. Digo no saber, porque no representa nada la imaginación; ni, a mi parecer, mucho tiempo de lo que está ansí no obran las potencias; como en la unión y arrobamiento el gozo, ansí aquí la pena las suspende.

9. ¡Oh Jesús! Quién pudiera dar a entender bien a vuesa merced esto, aun para que me dijera lo que es, porque es en lo que ahora anda siempre mi alma; lo más ordinario, en viéndose desocupada, es puesta en estas ansias de muerte, y teme cuando ve que comienzan, porque no se ha de morir; mas llegada a estar en ello, lo que hubiese de vivir querría en este padecer. Aunque es tan excesivo, que el sujeto le puede mal llevar; y ansí algunas veces se quitan todos los pulsos casi, según dicen las que algunas veces se llegan a mí de las hermanas, que ya más lo entienden, y las canillas muy abiertas, y las manos tan yertas que yo no las puedo algunas veces juntar; y ansí me queda dolor hasta otro día en los pulsos, y en el cuerpo, que parece me han descoyuntado. Yo bien pienso alguna vez ha de ser el Señor servido, si va adelante como ahora, que se acabe con acabar la vida, que, a mi parecer, bastante es tan gran pena para ello, sino que no lo merezco yo. Toda la ansia es morirme entonces; ni me acuerdo de purgatorio, ni de los grandes pecados que he hecho, por don-

de merecía el infierno; todo se me olvida con aquella ansia de ver a Dios; y aquel desierto y soledad le parece mejor que toda la compañía del mundo. Si algo le podría dar consuelo, es tratar con quien hubiese pasado por este tormento, y ver, que aunque se queje dél, nadie le parece la ha de creer.

10. También la atormenta, que esta pena es tan crecida, que no querría soledad como otras, ni compañía, sino con quien se pueda quejar. Es como uno que tiene la soga a la garganta y se está ahogando, que procura tomar huelgo; ansí me parece que este deseo de compañía es de nuestra flaqueza; que como nos pone la pena en peligro de muerte (que esto, sí cierto, hace, yo me he visto en este peligro algunas veces con grandes enfermedades, y ocasiones, como he dicho, y creo podría decir es éste tan grande como todos); ansí, el deseo que el cuerpo y alma tienen de no se apartar, es el que pide socorro para tomar huelgo, y con decirlo, y quejarse, y divertirse, busca remedio para vivir muy contra voluntad del espíritu, o de lo superior del alma, que no querría salir desta pena.

11. No sé yo si atino a lo que digo, o si lo sé decir; mas a todo mi parecer pasa ansí. Mire vuesa merced qué descanso puedo tener en esta vida; pues el que había, que era la oración y soledad (porque allí me consolaba el Señor), es ya lo más ordinario este tormento; y es tan sabroso, y ve el alma que es de tanto precio, que ya le quiere más que todos los regalos que solía tener. Parécele más seguro porque es camino de cruz, y en sí tiene un gusto muy de valor, a mi parecer; porque no participa con el cuerpo sino pena; y el alma es la que padece y goza sola del gozo y contento que da este padecer. No sé yo cómo puede ser esto; mas ansí pasa que, a mi parecer, no trocaría esta merced que el

Señor me hace (que viene de su mano, como he dicho, no nada adquirida de mí, porque es muy sobrenatural) por todas las que después diré; no digo juntas, sino tomada cada una por sí. Y no se deje de tener acuerdo, que digo que estos ímpetus es después de las mercedes, que aquí van, que me ha hecho el Señor, después de todo lo que va escrito en este libro, y en lo que ahora me tiene el Señor.

12. Estando yo a los principios con temor (como me acaece casi en cada merced que me hace el Señor, hasta que con ir adelante su Majestad asegura), me dijo que no temiese, y que tuviese en más esta merced que todas las que me había hecho; que en esta pena se purificaba el alma, y se labra o purifica como el oro en el crisol, para poder mejor poner los esmaltes de sus dones, y que se purgaba allí lo que había de estar en purgatorio. Bien entendía yo era gran merced; mas quedé con mucha más seguridad, y mi confesor me dice que es bueno. Y aunque yo temí por ser yo tan ruin, nunca podía creer que era malo, antes el muy sobrado bien me hacía temer, acordándome cuán mal lo tengo merecido. Bendito sea el Señor, que tan bueno es. Amén. Parece que he salido de propósito, porque comencé a decir de arrobamientos, y esto que he dicho aún es más que arrobamiento, y ansí deja los efectos que he dicho.

13. Ahora tornemos a arrobamiento, de lo que en ellos es más ordinario. Digo que muchas veces me parecía me dejaba el cuerpo tan ligero, que toda la pesadumbre dél me quitaba, y algunas era tanto, que casi no entendía poner los pies en el suelo. Pues cuando está en el arrobamiento, el cuerpo queda como muerto, sin poder nada de sí muchas veces, y como le toma se queda siempre, si sentado, si las manos abiertas, si cerradas. Porque aunque pocas veces se pierde el sentido,

algunas me ha acaecido a mí perderle del todo, pocas, y poco rato; mas lo ordinario es que se turba, y aunque no puede hacer nada de sí, cuanto a lo exterior, no deja de entender y oir como cosa de lejos. No digo que entiende y oye cuando está en lo subido dél: digo subido en los tiempos que se pierden las potencias, porque están muy unidas con Dios, que entonces no ve, ni oye, ni siente, a mi parecer; mas (como dije en la oración de unión pasada) este transformamiento del alma del todo en Dios, dura poco; mas eso que dura, ninguna potencia se siente, ni sabe lo que pasa allí. No debe ser para que se entienda mientras vivimos en la tierra, al menos no lo quiere Dios, que no debemos de ser capaces para ello. Yo esto he visto por mí.

14. Diráme vuesa merced que ¿cómo dura alguna vez tantas horas el arrobamiento? Y muchas veces lo que pasa por mí es que, como dije en la oración pasada, gózase con intervalos, muchas veces se engolfa el alma, o la engolfa el Señor en sí, por mejor decir, y teniéndola en sí un poco, quédase con sola voluntad. Paréceme es este bullicio de esotras dos potencias, como el que tiene una lengüecilla de estos relojes de sol, que nunca pára; mas cuándo el Sol de Justicia quiere, hácelas detener. Esto digo que es poco rato, mas como fué grande el ímpetu y levantamiento de espíritu, aunque éstas tornen a bullirse, queda engolfada la voluntad y hace como señora del todo aquella operación en el cuerpo; porque ya que las otras dos potencias bullidoras la quieren estorbar, de los enemigos los menos, no la estorben también los sentidos; y ansí hace que estén suspendidos, porque lo quiere ansí el Señor. Y por la mayor parte están cerrados los ojos, aunque no queramos cerrarlos; y si abiertos alguna vez, como ya dije, no atina ni advierte lo que ve.



15. Aquí, pues, es mucho menos lo que puede hacer de sí, para que cuando se tornaren las potencias a juntar, no haya tanto que hacer. Por eso, a quien el Señor diere esto, no se desconsuele cuando se vea ansí, atado el cuerpo muchas horas, y a veces el entendimiento y memoria divertidos. Verdad es que lo ordinario es estar embebidas en alabanzas de Dios, o en querer comprender, o entender lo que ha pasado por ellas; y aun para esto no están bien despiertas, sino como una persona que ha mucho dormido y soñado, y aún no acaba de despertar. Declárome tanto en esto porque sé que hay ahora, aun en este lugar, personas a quien el Señor hace estas mercedes; y si los que las gobiernan no han pasado por esto, por ventura les parecerá que han de estar como muertas en el arrobamiento, en especial si no son letrados; y lastima lo que se padece con los confesores que no lo entienden, como yo diré después. Quizá yo no sé lo que digo; vuesa merced lo entenderá si atino en algo, pues el Señor le ha ya dado experiencia dello, aunque como no es de mucho tiempo, quizá no habrá mirádolo tanto como yo. Ansí, que aunque mucho lo procuro, por muchos ratos no hay fuerzas en el cuerpo para poderse menear; todas las llevó el alma consigo. Muchas veces queda sano el que estaba bien enfermo, y lleno de grandes dolores y con más habilidad, porque es cosa grande lo que allí se da; y quiere el Señor algunas veces, como digo, lo goce el cuerpo, pues ya obedece a lo que quiere el alma. Después que torna en sí, si ha sido grande el arrobamiento, acaece andar un día, o dos, y aun tres, tan absortas las potencias, o como embobecidas, que no parece andan en sí.

16. Aquí es la pena de haber de tornar a vivir; aquí le nacieron las alas para bien volar; ya se le ha caído el pelo malo; aquí se levanta ya del todo la bandera por

Cristo, que no parece otra cosa sino que este alcaide desta fortaleza se sube, o le suben a la torre más alta a levantar la bandera por Dios. Mira a los de abajo como quien está en salvo; ya no teme los peligros, antes los desea, como a quien por cierta manera se le da allí seguridad de la victoria. Vese aquí muy claro en lo poco que todo lo de acá se ha de estimar y lo no nada que es. Quien está de lo alto, alcanza muchas cosas. Ya no quiere querer ni tener otra voluntad que la del Señor, y ansí se lo suplica; dale las llaves de su voluntad. Hele aquí al hortelano hecho alcaide; no quiere hacer cosa, sino la voluntad del Señor; ni serlo él de sí, ni de nada, ni de un pero desta huerta, sino que si algo bueno hay en ella, lo reparta su Majestad, que de aquí en adelante no quiere cosa propia, sino que haga de todo conforme a su gloria y a su voluntad. Y en hecho de verdad pasa ansí todo esto, si los arrobamientos son verdaderos, que queda el alma con los efectos y aprovechamiento que queda dicho; y si no son éstos, dudaría yo mucho serlos de parte de Dios, antes temería no sean los arrobamientos que dice San Vicente. Esto entiendo yo, y he visto por experiencia quedar aquí el alma señora de todo y con libertad en una hora, y menos, que ella no se puede conocer. Bien ve que no es suyo, ni sabe cómo se le dió tanto bien, mas entiende claro el grandísimo provecho que cada rato destos trae. No hay quien lo crea, si no ha pasado por ello, y ansí no creen a la pobre alma, como la han visto ruin, y tan presto la ven pretender cosas tan animosas; porque luego da en no se contentar con servir en poco al Señor, sino en lo más que ella puede. Piensan que es tentación y disbarate. Si entendiesen no nace della, sino del Señor, a quien ya ha dado las llaves de su voluntad, no se espantarían. Tengo para mí que un alma que llega a

este estado, que ya ella no habla ni hace cosa por sí, sino que de todo lo que ha de hacer tiene cuidado este soberano Rey. ¡Oh, válame Dios, qué claro se ve aquí la declaración del verso, y cómo se entiende tenía razón, y la ternán todos de pedir alas de paloma! Entiéndese claro, es vuelo el que da el espíritu para levantarse de todo lo criado, y de sí mesmo el primero; mas es vuelo suave, es vuelo deleitoso, vuelo sin ruido.

17. ¡Qué señorío tiene un alma que el Señor llega aquí, que lo mire todo sin estar enredada en ello! ¡Qué corrida está del tiempo que lo estuvo! ¡Qué espantada de su ceguedad! ¡Qué lastimada de los que están en ella, en especial si es gente de oración, y a quien Dios ya regala! Querría dar voces para dar a entender qué engañados están, y aun ansí lo hace algunas veces y lluévenle en la cabeza mil persecuciones. Tiénenla por poco humilde; y que quiere enseñar a de quien había de deprender, en especial si es mujer. Aquí es el condenar, y con razón, porque no saben el ímpetu que la mueve, que a veces no se puede valer, ni puede sufrir no desengañar a los que quiere bien y desea ver sueltos desta cárcel desta vida, que no es menos, ni le parece menos, en la que ella ha estado.

18. Fatígase del tiempo en que miró puntos de honra, y en el engaño que traía de creer que era honra lo que el mundo llama honra; ve que es grandísima mentira y que todos andamos en ella. Entiende que la verdadera honra no es mentirosa, sino verdadera, teniendo en algo lo que es algo, y lo que es nada tenerlo en no nada, pues todo es nada, y menos que nada lo que se acaba y no contenta a Dios. Ríese de sí, del tiempo que tenía en algo los dineros y codicia dellos, aunque en esto nunca creo, y es ansí verdad, confesé culpa; harta culpa era tenerlos en algo. Si con ellos se pudiera comprar el

bien que ahora veo en mí, tuviéralos en mucho; mas ve que este bien se gana por dejarlo todo.

19. ¿Qué es esto que se compra con estos dineros que deseamos? ¿es cosa de precio? ¿es cosa durable? o ¿para qué los queremos? Negro descanso se procura, que tan caro cuesta. Muchas veces se procura con ellos el infierno, y se compra fuego perdurable y pena sin fin. ¡Oh, si todos diesen en tenerlos por tierra sin provecho, qué concertado andaría el mundo, qué sin tráfagos; con qué amistad se tratarían todos, si faltase interese de honra y dineros! Tengo para mí se remediaría todo.

20. Ve de los deleites tan gran ceguedad, y cómo con ellos compra trabajo, aun para esta vida, y desasosiego. ¡Qué inquietud! ¡Qué poco contento! ¡Qué trabajar en vano! Aquí no sólo las telaráñas ve de su alma y las faltas grandes, sino un polvito que haya, por pequeño que sea. Porque el sol está muy claro, y ansí, por mucho que trabaje un alma en perfeccionarse, si de veras la coge este sol, toda se ve muy turbia. Es como el agua que está en un vaso, que si no le da el sol está muy claro, y si da en él, vese que está todo lleno de motas. Al pie de la letra es esta comparación; antes de estar el alma en esta éxtasi, parécele que trae cuidado de no ofender a Dios y que conforme a sus fuerzas hace lo que puede; mas llegada aquí, que le da este Sol de Justicia que la hace abrir los ojos, ve tantas motas, que los querría tornar a cerrar. Porque aún no es tan hijo desta águila caudalosa, que pueda mirar este sol de hito en hito; mas por poco que los tenga abiertos, vese toda turbia. Acuérdase del verso que dice: ¿Quién será justo delante de ti? Cuando mira este divino Sol, deslúmbrale la claridad; como se mira a sí, el barro le tapa los ojos, ciega está esta palomita; ansí acaece muy muchas veces quedarse ansí ciega del todo, absorta, espantada, des-

vanecida de tantas grandezas como ve. Aquí se gana la verdadera humildad, para no se le dar nada de decir bienes de sí, ni que lo digan otros. Reparte el Señor del huerto la fruta, y no ella; y así no se pega nada a las manos, todo el bien que tiene va guiado a Dios; si algo dice de sí, es para su gloria. Sabe que no tiene nada ella allí, y aunque quiera, no puede ignorarlo; porque lo ve por la vista de ojos, que mal que le pese, se los hace cerrar a las cosas del mundo, y que los tenga abiertos para entender verdades.

CAPITULO XXI

Prosigue y acaba este postrer grado de oración; dice lo que siente el alma que está en él de tornar a vivir en el mundo, y de la luz que da el Señor de los engaños dél; tiene buena doctrina.

1. Pues acabando en lo que iba, digo que no ha menester aquí consentimiento desta alma; ya se le tiene dado, sabe que con voluntad se entregó en sus manos, y que no le puede engañar, porque es sabidor de todo. No es como acá, que está toda la vida llena de engaños y dobleces; cuando pensáis tenéis una voluntad ganada; según lo que os muestra, venís a entender que todo es mentira; no hay ya quien viva en tanto tráfago, en especial si hay algún poco de interés. Bienaventurada alma que la trae el Señor a entender verdades. ¡Oh, qué estado éste para los reyes! ¡Cómo les valdría mucho más procurarlo que no gran señorío! ¡Qué rectitud habría en el reino! ¡Qué de males se excusarían y habrían excusado! Aquí no se teme perder vida ni honra por amor de Dios. ¡Qué gran bien éste para quien está más obligado a mirar la honra del Señor que todos los que son

menos, pues han de ser los reyes a quien sigan! Por un punto de aumento en la fe, y de haber dado luz en algo a los herejes, perderían mil reinos; y con razón, otro ganar es un reino que no se acaba, que con sólo una gota que gusta un alma desta agua dél, parece asco todo lo de acá. Pues cuando fuere estar engolfada en todo, ¿qué será? ¡Oh Señor! Si me diérades estado para decir a voces esto, no me creyeran (como hacen a muchos, que lo saben decir de otra suerte que yo), mas al menos satisfaciérame yo. Paréceme que tuviera en poco la vida por dar a entender una sola verdad destas; no sé después lo que hiciera, que no hay que fiar de mí; con ser la que soy me dan grandes ímpetus por decir esto a los que mandan, que me deshacen. De que no puedo más, tórnome a Vos, Señor mío, a pediros remedio para todo; y bien sabéis Vos que muy de buena gana me desposeería yo de las mercedes que me habéis hecho, con quedar en estado que no os ofendiese, y las daría a los reyes, porque sé que sería imposible consentir cosas que ahora se consienten, ni dejar de hacer grandísimos bienes. ¡Oh Dios mío! Dadles a entender a lo que están obligados; pues los quisistes Vos señalar en la tierra de manera que aún he oído decir hay señales en el cielo cuando lleváis alguno.

Que cierto cuando pienso esto me hace devoción que queráis Vos, rey mío, que hasta en esto entiendan os han de imitar en vida, pues en alguna manera hay señal en el cielo, como cuando moristes Vos en su muerte. Mucho me atrevo: rómpalo vuesa merced si mal le parece; y crea se lo diría mejor en presencia si pudiese o pensase me han de creer, porque los encomiendo a Dios mucho y querría me aprovechase. Todo lo hace aventurar la vida, que deseo muchas veces estar sin ella, y era por poco precio aventurar a ganar

mucho, porque no hay ya quien viva viendo por la vista de ojos el gran engaño en que andamos y la ceguedad que traemos.

2. Llegada un alma aquí, no es sólo deseos lo que tiene por Dios; su Majestad la da fuerzas para ponerlos por obra; no se le pone cosa delante en que piense le sirve, a que no se abalance, y no hace nada porque, como digo, ve claro que no es todo nada sino contentar a Dios. El trabajo es que no hay que se ofrezca a las que son de tan poco provecho como yo. Sed Vos, bien mío, servido; venga algún tiempo en que yo pueda pagar algún cornado de lo mucho que os debo; ordenad Vos, Señor, como fuéredes servido, cómo esta vuestra sierva os sirva en algo. Mujeres eran otras y han hecho cosas heroicas por amor de Vos; yo no soy para más de parlar, y ansí no queréis Vos, Dios mío, ponerme en obras; todo se va en palabras y deseos cuando he de servir; y aun para esto no tengo libertad, porque por ventura faltara en todos. Fortaleced Vos mi alma, y disponedla primero, bien de todos los bienes y Jesús mío; y ordenad luego modos como haga algo por Vos, que no hay ya quien sufra recibir tanto y no pagar nada; cueste lo que costare, Señor, no queráis que vaya delante de Vos tan vacías las manos, pues conforme a las obras se ha de dar el premio. Aquí está mi vida, aquí está mi honra y mi voluntad; todo os lo he dado, vuestra soy, disponed de mí conforme a la vuestra. Bien veo yo, mi Señor, lo poco que puedo; mas llegada a Vos, subida en esta atalaya, adonde se ven verdades, no os apartando de mí, todo lo podré; que si os apartáis, por poco que sea, iré adonde estaba, que era el infierno.

3. ¡Oh, qué es un alma que se ve aquí haber de tornar a tratar con todos, a mirar y ver esta farsa desta vida tan mal concertada, a gastar el tiempo en cumplir

con el cuerpo, durmiendo y comiendo! Todo la cansa, no sabe cómo huir, vése en cadena y presa, entonces siente más verdaderamente el cautiverio que traemos con los cuerpos y la miseria de la vida. Conoce la razón que tenía San Pablo de suplicar a Dios le librase della, da voces con él, pide a Dios libertad, como otras veces he dicho; mas aquí es con gran ímpetu muchas veces, que parece se quiere salir el alma del cuerpo a buscar esta libertad, ya que no la sacan.

Anda como vendida en tierra ajena, y lo que más le fatiga es no hallar muchos que se quejen con ella y pidan esto, sino lo más ordinario es desear vivir. ¡Oh, si no estuviésemos asidos a nada ni tuviésemos puesto nuestro contento en cosa de la tierra, cómo la pena que nos daría vivir siempre sin él templaría el miedo de la muerte con el deseo de gozar de la vida verdadera! Considero algunas veces cuando una como yo, por haberme el Señor dado esta luz con tan tibia caridad y tan incierto el descanso verdadero, por no haber merecido mis obras, siento tanto verme en este destierro muchas veces, ¿qué sería el sentimiento de los santos? ¿Qué debía de parar San Pablo y la Magdalena y otros semejantes en quien tan crecido estaba este fuego de amor de Dios? Debía ser un continuo martirio.

Paréceme que quien me da algún alivio y con quien descanso de tratar, son las personas que hallo destos deseos. Digo deseos con obras; digo con obras, porque hay algunas personas que, a su parecer, están desasidas, y ansí lo publican (y había ello de ser, pues su estado lo pide y los muchos años que ha que algunas han comenzado camino de perfección), mas conoce bien esta alma desde muy lejos los que lo son de palabras o los que ya estas palabras han confirmado con obras; porque tiene entendido el poco provecho que hacen los

unos y el mucho los otros; y es cosa que quien tiene experiencia lo ve muy claramente.

4. Pues dicho ya estos efetos que hacen los arrobamientos, que son espíritu de Dios. Verdad es que hay más o menos; digo menos porque a los principios, aunque hace estos efetos, no están experimentados con obras, y no se puede ansí entender que los tiene; y también va creciendo la perfección y procurando no haya memoria de telaraña; y esto requiere algún tiempo; y mientras más crece el amor y humildad en el alma, mayor olor dan de sí estas flores de virtudes para sí y para los otros.

Verdad es que de manera puede obrar el Señor en el alma en un rato destos, que quede poco que trabajar a el alma en adquirir perfección, porque no podrá nadie creer, si no lo experimenta, lo que el Señor le da aquí; que no hay diligencia nuestra que a esto llegue, a mi parecer. No digo que con el favor del Señor, ayudándose muchos años por los términos que escriben los que han escrito de oración, principios y medios, no llegarán a la perfección, y desasimiento mucho con hartos trabajos; mas no en tan breve tiempo, como sin ninguno nuestro obra el Señor aquí, y determinadamente saca el alma de la tierra, le da señorío sobre lo que hay en ella, aunque en esta alma no haya merecimientos que había en la mía, que no lo puedo más encarecer, porque era casi ninguno. El por qué lo hace su Majestad, es porque quiere y como quiere hacerlo; y aunque no haya en ella disposición, la dispone para recibir el bien que su Majestad la da. Ansí que no todas veces los da porque se lo han merecido en granjear bien el huerto (aunque es muy cierto a quien esto hace bien, y procura desasirse, no dejar de regalarle), sino que es su voluntad mostrar su grandeza algunas veces en la tierra que es más ruin,

como tengo dicho, y disponerla para todo bien; de manera que parece no es ya parte, en cierta manera, para no tornar a vivir en las ofensas de Dios que solía.

5. Tiene el pensamiento tan habituado a entender lo que es verdadera verdad, que todo lo demás le parece juego de niños; ríese entre sí algunas veces cuando ve a personas graves de oración y religión hacer mucho caso de unos puntos de honra, que esta alma tiene ya debajo de los pies. Dicen que es discreción y autoridad de su estado, para más aprovechar; sabe ella muy bien que aprovecharían más en un día que pospusiesen aquella autoridad de estado por amor de Dios, que con ella en diez años. Ansí vive vida trabajosa, y siempre con cruz, mas va en gran crecimiento; cuando parece a los que las tratan están muy en la cumbre, desde ha poco están muy más mejoradas, porque siempre las va favoreciendo más. Dios es alma suya, es el que la tiene a cargo, y ansí le luce; porque parece asistentemente la está siempre guardando, para que no le ofenda, y favoreciendo, y despertando, para que le sirva. En llegando mi alma a que Dios la hiciese esta tan gran merced, cesaron mis males, y me dió el Señor fortaleza para salir dellos, y no me hacía más estar en las ocasiones, y con gente que me solía distraer, que si no estuviera; antes me ayudaba lo que me solía dañar; todo me era medios para conocer más a Dios, y amarle, y ver lo que le debía, y pesarme de la que había sido.

6. Bien entendía yo no venía aquello de mí, ni lo había ganado con mi diligencia, que aún no había habido tiempo para ello; su Majestad me había dado fortaleza para ello por su sola bondad. Hasta ahora, desde que me comenzó el Señor a hacer esta merced destos arrobamientos, siempre ha ido creciendo esta fortaleza, y por su bondad me ha tenido de su mano para no

tornar atrás; ni me parece, como es ansí, hago nada casi de mi parte, sino que entiendo claro el Señor es el que obra; y por esto me parece que a alma que el Señor hace estas mercedes, que yendo con humildad y temor, siempre entendiendo el mesmo Señor lo hace, y nosotros casi no nada, que se podrá poner entre cualquiera gente; aunque sea más distraída y viciosa, no le hará al caso, ni moverá en nada; antes, como he dicho, le ayudará, y serle a modo para sacar muy mayor aprovechamiento. Son ya almas fuertes que escoge el Señor para aprovechar a otras; aunque esta fortaleza no viene de sí; de poco en poco, en llegando el Señor aquí un alma, le va comunicando muy grandes secretos.

Aquí son las verdaderas revelaciones en este éxtasis, y las grandes mercedes y visiones, y todo aprovecha para humillar y fortalecer el alma, y que tenga en menos las cosas desta vida, y conozca más claro las grandezas del premio que el Señor tiene aparejado a los que le sirven. Plega a su Majestad sea alguna parte la grandísima largueza que con esta miserable pecadora ha tenido, para que se esfuercen y animen los que esto leyeren a dejarlo todo del todo por Dios; pues tan cumplidamente paga su Majestad, que aun en esta vida se ve claro el premio y la ganancia que tienen los que le sirven; ¿qué será en la otra?

CAPITULO XXII

En que trata cuán seguro camino es para los contemplativos no levantar el espíritu a cosas altas, si el Señor no le levanta, y cómo ha de ser el medio para la más subida contemplación la Humanidad de Cristo. Dice de un engaño en que ella estuvo un tiempo; es muy provechoso este capítulo.

1. Una cosa quiero decir, a mi parecer importante: que si a vuesa merced le parece bien, servirá de aviso, que podría ser haberle menester, porque en algunos libros que están escritos de oración, tratan que aunque el alma no puede por sí llegar a este estado, porque es todo obra sobrenatural que el Señor obra en ella, que podrá ayudarse levantando el espíritu de todo lo criado, y subiéndole con humildad después de muchos años que haya ido por la vía purgativa, y aprovechando por la iluminativa (no sé yo bien por qué dicen iluminativa; entiendo que de los que van aprovechando), y avisan mucho que aparten de sí toda imaginación corpórea, y que se alleguen a contemplar en la Divinidad; porque dicen que aunque sea la Humanidad de Cristo, a los que llegan ya tan adelante, que embaraza o impide a la más perfecta contemplación.

Traen lo que dijo el Señor a los Apóstoles cuando la venida del Espíritu Santo; digo, cuando subió a los cielos para este propósito. Y paréceme a mí que si tuvieran la fe como la tuvieron después que vino el Espíritu Santo, de que era Dios y hombre, no les impidiera; pues no se dijo esto a la Madre de Dios, aunque le amaba más que todos. Porque les parece que, como esta obra toda es espíritu, que cualquier cosa corpórea la

puede estorbar e impedir; y que considerarse en cuadrada manera, y que está Dios en todas partes y verse engolfada en él, es lo que han de procurar. Esto bien me parece a mí algunas veces; mas apartarse del todo de Cristo, y que éntre en cuenta este divino cuerpo con nuestras miserias, ni con todo lo criado, no lo puedo sufrir. Plega a su Majestad que me sepa dar a entender. Yo no lo contradigo, porque son letrados y espirituales y saben lo que dicen, y por muchos caminos y vías lleva Dios las almas, como ha llevado la mía; quiero yo ahora decir (en lo demás no me entrometo), y en el peligro en que me vi por querer conformarme con lo que leía. Bien creo que quien llegare a tener unión y no pasare adelante (digo arrobamientos y visiones, y otras mercedes que hace Dios a las almas), que terná lo dicho por lo mejor, como yo lo hacía; y si me hubiera estado en ello, creo que nunca hubiera llegado a lo que ahora; porque, a mi parecer, es engaño, ya puede ser yo sea la engañada, mas diré lo que me acaeció.

2. Como yo no tenía maestro y leía en estos libros, por donde poco a poco yo pensaba entender algo (y después entendí que si el Señor no me mostrara, yo pudiera poco con los libros deprender; porque no era nada lo que entendía, hasta que su Majestad por experiencia me lo daba a entender; ni sabía lo que hacía), en comenzando a tener algo de oración sobrenatural, digo de quietud, procuraba desviar toda cosa corpórea; aunque ir levantando el alma yo no osaba, que como era siempre tan ruin, veía que era atrevimiento; mas parecíame sentir la presencia de Dios, como es ansí, y procuraba estarme recogida con él; y es oración sabrosa, si Dios allí ayuda, y el deleite mucho; y como se ve aquella ganancia y aquel gusto, ya no había quien me hiciese tornar a la Humanidad, sino que en hecho de

verdad me parecía me era impedimento. ¡Oh Señor de mi alma y bien mío Jesucristo crucificado! No me acuerdo vez desta opinión que tuve, no me dé pena; y me parece que hice una gran traición, aunque con ignorancia. Había sido yo tan devota toda mi vida de Cristo; porque esto era ya a la postre, digo a la postre de antes que el Señor me hiciese estas mercedes de arrobamientos y visiones. Duró muy poco estar en esta opinión, y ansí siempre tornaba a mi costumbre de holgarme con este Señor; en especial cuando comulgaba, quisiera yo siempre traer delante de los ojos sus retrato e imagen, ya que no podía traerle tan esculpido en mi alma como yo quisiera. ¿Es posible, Señor mío, que cupo en mi pensamiento, ni una hora, que Vos me habíades de impedir para mayor bien? ¿De dónde vinieron a mí todos los bienes sino de Vos? No quiero pensar que en esto tuve culpa, porque me lastimo mucho; que cierto era ignorancia, y ansí quisistes Vos, por vuestra bondad, remediarla, con darme quien me sacase deste yerro, y después con que os viese yo tantas veces, como adelante diré, para que más claro entendiese cuán grande era y que lo dijese a muchas personas, que lo he dicho, y para que lo pusiese ahora aquí. Tengo para mí que la causa de no aprovechar más muchas almas, y llegar a muy gran libertad de espíritu, cuando llegan a tener oración de unión, es por esto.

3. Paréceme que hay dos razones en que puedo fundar mi razón, y quizá no digo nada, mas lo que dijere helo visto por experiencia, que se hallaba muy mal mi alma hasta que el Señor la dió luz; porque todos sus gozos eran a sorbos, y salida de allí no se hallaba con la compañía que después para los trabajos y tentaciones; la una es que va un poco de poca humildad tan solapada y escondida, que no se siente. ¿Y quién será el

soberbio y miserable como yo, que cuando hubiera trabajado toda su vida con cuantas penitencias, y oraciones, y persecuciones se pudieran imaginar, no se halle por muy rico y muy bien pagado, cuando le consienta el Señor estar al pie de la cruz con San Juan? No sé en qué seso cabe no se contentar con esto, sino en el mío' que de todas maneras fué perdido en lo que había de ganar. Pues si todas veces la condición o enfermedad por ser penoso pensar en la Pasión, no se sufre, ¿quién nos quita estar con él después de resucitado, pues tan cerca le tenemos en el Sacramento, donde ya está glorificado, y no le miraremos tan fatigado y hecho pedazos, corriendo sangre, cansado por los caminos, perseguido de los que hacía tanto bien, no creído de los Apóstoles? Porque cierto no todas veces hay quien sufra pensar tantos trabajos como pasó. Hele aquí sin pena, lleno de gloria, esforzando a los unos, animando a los otros, antes que subiese a los cielos, compañero nuestro en el Santísimo Sacramento, que no parece fué en su mano apartarse un momento de nosotros. ¿Y que haya sido en la mía apartarme yo de Vos, Señor mío, por más serviros? Que ya cuando os ofendía, no os conocía; ¿mas que conociéndoos pensase ganar más por este camino? ¡Oh, qué mal camino llevaba, Señor! Ya me parece iba sin camino si Vos no me tornárades a él, que en veros cabe mí, he visto todos los bienes. No me ha venido trabajo, que mirándoos a Vos, cual estuvisteis delante de los jueces no se me haga bueno de sufrir. Con tan buen amigo presente, con tan buen capitán, que se puso en lo primero en el padecer, todo se puede sufrir; él ayuda y da es esfuerzo, nunca falta, es amigo verdadero; y veo yo claro, y he visto después, que para contentar a Dios, y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos desta humanidad sacratísima, en

quien dijo su Majestad se deleita. Muy muchas lo he visto por experiencia: hámelo dicho el Señor. He visto claro que por esta puerta hemos de entrar si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos.

4. Ansí que vuesa merced, señor, no quiera otro camino, aunque esté en la cumbre de contemplación; por aquí va seguro. Este Señor nuestro es por quien nos vienen todos los bienes; él le enseñará; mirando su vida es el mejor dechado. ¿Qué más queremos de un tan buen amigo al lado, que no nos dejará en los trabajos y tribulaciones, como hacen los del mundo? Bienaventurado quien de verdad le amare y siempre le trajere cabe de sí. Miremos al glorioso San Pablo, que no parece se le caía de la boca siempre Jesús, como quien le tenía bien en el corazón. Yo he mirado con cuidado, después que esto he entendido de algunos santos, grandes contemplativos, y no iban por otro camino; San Francisco da muestra dello en las llagas; San Antonio de Padua, en el Niño; San Bernardo se deleitaba en la Humanidad; Santa Catalina de Sena, otros muchos que vuesa merced sabrá mejor que yo. Esto de apartarse de lo corpóreo, bueno debe de ser, cierto, pues gente tan espiritual lo dice; mas, a mi parecer, ha de ser estando el alma muy aprovechada; porque hasta esto, está claro, se ha de buscar el Criador por las criaturas. Todo es como la merced que el Señor hace a cada alma; en eso no me entremeto. Lo que querría dar a entender es que no ha de entrar en esta cuenta la sacratísima Humanidad de Cristo. Y entiéndase bien este punto, que querría saberme declarar.

5. Cuando Dios quiere suspender todas las potencias (como en los modos de oración que quedan dichos hemos visto), claro está que, aunque no queramos, se quita esta presencia. Entonces vaya en hora buena di-

chosa tal pérdida, que es para gozar más de lo que nos parece se pierde; porque entonces se emplea el alma toda en amar a quien el entendimiento ha trabajado conocer, y ama lo que no comprendió, y goza de lo que no pudiera tan bien gozar si no fuera perdiéndose a sí, para, como digo, más ganarse; mas que nosotros de maña y con cuidado nos acostumbremos a no procurar con todas nuestras fuerzas traer delante siempre (y pluguiese al Señor fuese siempre) esta sacratísima Humanidad, esto digo, que no me parece bien y que es andar el alma en el aire, como dicen; porque parece no trae arrimo, por mucho que le parezca anda llena de Dios. Es gran cosa mientras vivimos y somos humanos, traerle humano; que éste es el otro inconveniente que digo hay. El primero, ya comencé a decir, es un poco de alta de humildad, de quererse levantar el alma hasta que el Señor la levante, y no contentarse con meditar cosa tan preciosa, y querer ser María antes que haya trabajado con Marta.

Cuando el Señor quiere que lo sea, aunque sea desde el primer día, no hay que temer; mas comidámonos nosotros, como ya creo otra vez he dicho. Esta motita de poca humildad, aunque no parece es nada para querer aprovechar en la contemplación, hace mucho daño.

6. Tornando al segundo punto, nosotros no somos ángeles, sino tenemos cuerpo; querernos hacer ángeles estando en la tierra, y tan en la tierra como yo estaba, es desatino, sino que ha menester tener arrimo el pensamiento para lo ordinario, ya que algunas veces el alma salga de sí, o ande muchas tan llena de Dios, que no haya menester cosa criada para recogerla. Esto no es tan ordinario, que en negocios, y persecuciones, y trabajos, cuando no se puede tener tanta quietud; y en tiempo de sequedades es muy buen amigo Cristo, por-

que le miramos hombre, y vémosle con flaquezas, y trabajos, y es compañía, y habiendo costumbre es muy fácil hallarle cabe sí; aunque veces vernán que ni lo uno ni lo otro no se pueda. Para esto es bien lo que ya he dicho, no nos mostrar a procurar consolaciones de espíritu, venga lo que viniere, abrazado con la cruz, es gran cosa. Desierto quedó este Señor de toda consolación; sólo le dejaron en los trabajos; no le dejemos nosotros, que para más subir, él nos dará mejor la mano que nuestra diligencia, y se ausentará cuando viere que conviene y que quiere el Señor sacar el alma de sí, como he dicho.

7. Mucho contenta a Dios ver un alma que con humildad pone por tercero a su Hijo, y le ama tanto, que aun queriendo su Majestad subirle a muy gran contemplación (como tengo dicho) se conoce por indigno, diciendo con San Pedro: «Apartaos de mí, Señor, que soy hombre pecador.» Esto he probado: deste arte ha llevado Dios mi alma. Otros irán, como he dicho, por otro atajo; lo que yo he entendido es que todo ese cimiento de la oración va fundado en humildad, y que mientras más se abaja un alma en oración, más la sube Dios. No me acuerdo haberme hecho merced muy señalada, de las que adelante diré, que no sea estando deshecha de verme tan ruin; y aun procuraba su Majestad darme a entender cosas para ayudarme a conocer, que yo no las supiera imaginar. Tengo para mí, que cuando el alma hace de su parte algo para ayudarse en esta oración de unión, que aunque luego parece le aprovecha, que como cosa no fundada se tornará muy presto a caer; y he miedo que nunca llegará a la verdadera pobreza de espíritu, que no es buscar consuelo ni gusto en la oración (que los de la tierra ya están dejados), sino consolación en los trabajos, por amor del que siempre vivió

en ellos, y estar en ellos, y en las sequedades quieta, aunque algo se sienta, no para dar inquietud; y la pena que a algunas personas, que si no están siempre trabajando con el entendimiento, y con tener devoción, piensan que va todo perdido, como si por su trabajo se mereciese tanto bien. No digo que no se procure, y estén con cuidado delante de Dios, mas que si no pudieren tener aún un buen pensamiento (como otra vez he dicho) que no se maten; siervos sin provecho somos, ¿qué pensamos poder? Mas quiera el Señor que conozcamos esto, y andemos hechos asnillos para traer la noria del agua que queda dicha, que aun cerrados los ojos, y no entendiendo lo que hacen, sacarán más que el hortelano con toda su diligencia.

Con libertad se ha de andar en este camino, puestos en las manos de Dios; si su Majestad nos quisiere subir a ser de los de su cámara y secreto, ir de buena gana; si no, servir en oficios bajos y no sentarnos en el mejor lugar, como he dicho alguna vez. Dios tiene cuidado más que nosotros, y sabe para lo que es cada uno. ¿De qué sirve gobernarse a sí, quien tiene ya dada toda su voluntad a Dios? A mi parecer, muy menos se sufre aquí que en el primer grado de la oración, y mucho más daña; son bienes sobrenaturales. Si uno tiene mala voz, por mucho que se esfuerce a cantar no se le hace buena; si Dios quiere dársela, no ha él menester antes dar dos voces; pues supliquemos siempre nos haga mercedes, rendida el alma, aunque confiada de la grandeza de Dios. Pues para que esté a los pies de Cristo le dan licencia, que procure no quitarse de allí, esté como quiera, imite a la Magdalena, que de que estuviere fuerte, Dios la llevará al desierto.

8. Ansí que vuesa merced, hasta que halle quien tenga más experiencia que yo, y lo sepa mejor, estése

en esto. Si son personas que comienzan a gustar de Dios, no las crea, que les parece les aprovecha, y gustan más ayudándose. ¡Oh, cuando Dios quiere, cómo viene al descubierto sin estas ayuditas, que aunque más hagamos, arrebata el espíritu, como un gigante tomaría una paja, y no basta resistencia! ¡Qué manera para creer que, cuando El quiere, espera a que vuele el sapo por sí mesmo! Y aun más dificultoso y pesado me parece levantarse nuestro espíritu, si Dios no le levanta; porque está cargado de tierra, y de mil impedimentos, y aprovéchale poco querer volar, que aunque es más su natural que el del sapo, está ya tan metido en el cieno, que lo perdió por su culpa. Pues quiero concluir con esto, que siempre que se piense de Cristo, nos acordemos del amor con que nos hizo tantas mercedes, y cuán grande nos le mostró Dios nuestro Señor en darnos tal prenda del que nos tiene, que amor saca amor. Y aunque sea muy a los principios, y nosotros muy ruines, procuremos ir mirando esto siempre, y despertándonos para amar, porque si una vez nos hace el Señor merced que se nos imprima en el corazón este amor, sernos a todo fácil, y obraremos muy en breve y muy sin trabajo. Dénosle su Majestad, pues sabe lo mucho que nos conviene, por el que él nos tuvo y por su glorioso Hijo, a quien tan a su costa nos le mostró. Amén.

9. Una cosa querría preguntar a vuesa merced: ¿cómo en comenzando el Señor a hacer mercedes a un alma tan subidas, como es ponerla en perfecta contemplación, que de razón había de quedar perfecta del todo luego (de razón, sí por cierto, porque quien tan gran merced recibe no había más de querer consuelos de la tierra); pues porque como en arrobamiento, y en cuanto está ya el alma más habituada a recibir mercedes, parece que trae consigo los efectos tan más subidos, y mien-

tras más, más desasida, pues en un punto que el Señor llega la puede dejar santificada, como después, andando el tiempo, la deja el mesmo Señor con perfección en las virtudes? Esto quiero yo saber, que no lo sé; mas bien sé es diferente lo que Dios deja de fortaleza, cuando al principio no dura más que cerrar y abrirlos ojos, y casi no se siente, sino en los efectos que deja cuando va más a la larga esta merced.

Y muchas veces paréceme a mí si es el no se disponer del todo luego el alma, hasta que el Señor poco a poco la cría, y la hace determinar, y da fuerzas de varón, para que dé del todo con todo en el suelo, como lo hizo con la Magdalena con brevedad; hácelo con otras personas, conforme a lo que ellas hacen, en dejar a su Majestad hacer; no acabamos de creer que aun en esta vida da Dios ciento por uno.

10. También pensaba yo esta comparación, que puesto que sea todo uno lo que se da a los que más adelante van, que en principio es como un manjar que comen dél muchas personas; y las que comen poquito, quédales sólo buen sabor por un rato; las que más, ayuda a sustentar; las que comen mucho, da vida y fuerza, y tantas veces se puede comer, y tan cumplido deste manjar de vida, que ya no coman cosa que les sepa bien, sino él; porque ve el provecho que le hace, y tiene ya tan hecho el gusto a esta suavidad, que querría más no vivir que haber de comer otras cosas, que no sean sino para quitar el buen sabor que el buen manjar dejó.

También una compañía santa no hace su conversación tanto provecho de un día como de muchos; y tantos pueden ser los que estemos con ella, que seamos como ella, si nos favorece Dios; y, en fin, todo está en lo que su Majestad quiere y a quien quiere darlo; mas

mucho va en determinarse, quien ya comienza a recibir esta merced, en desasirse de todo, y tenerla en lo que es razón.

11. También me parece que anda su Majestad a probar quién le quiere, si no uno, si no otro, descubriendo quién es con deleite tan soberano, por avivar la fe, si está muerta, de lo que nos ha de dar, diciendo: Mira que esto es una gota del mar grandísimo de bienes, por no dejar nada por hacer con los que ama; y como ve que le reciben ansí, da y se da. Quiere a quien le quiere, y ¡qué bien querido, y qué buen amigo! ¡Oh Señor de mi alma, y quién tuviera palabras para dar a entender que dais a los que se fían de Vos, y que pierden los que llegan a este estado y se quedan consigo mesmos! No queráis Vos esto, Señor; pues más que esto hacéis Vos, que os venís a una posada tan ruin como la mía. Bendito seáis por siempre jamás.

Torno a suplicar a vuesa merced que estas cosas que he escrito de oración, si las tratare con personas espirituales, lo sean; porque si no saben más de un camino, o se han quedado en el medio, no podrán ansí atinar; y hay algunas que desde luego las lleva Dios por muy subido camino, y paréceles que ansí podrán los otros aprovechar allí, y quietar el entendimiento, y no se aprovechar de medios de cosas corpóreas, y quedarse han secos como un palo; y algunos que hayan tenido un poco de quietud luego piensan que como tienen lo uno pueden hacer lo otro, y en lugar de aprovechar, desaprovecharán, como he dicho; ansí que en todo es menester experiencia y discreción. El Señor nos la dé por su bondad.

CAPITULO XXIII

En que torna a tratar del discurso de su vida, y cómo comenzó a tratar de más perfección, y por qué medios; es provechoso para las personas que tratan de gobernar almas que tienen oración, saber cómo se han de haber en los principios, y el provecho que le hizo saberla llevar.

1. Quiero ahora tornar adonde dejé de mi vida, que me he detenido, creo más de lo que me había de detener, porque se entienda mejor lo que está por venir. Es otro libro nuevo de aquí adelante, digo otra vida nueva; la de hasta aquí era mía, la que he vivido; desde que comencé a declarar estas cosas de oración es que vivia Dios en mí, a lo que me parecía; porque entiendo yo era imposible salir en tan poco tiempo de tan malas costumbres y obras. Sea el Señor alabado, que me libró de mí. Pues comenzando a quitar ocasiones y a darme más a la oración, comenzó el Señor a hacerme las mercedes, como quien deseaba, a lo que pareció que yo las quisiese recibir. Comenzó su Majestad a darme muy de ordinario oración de quietud, y muchas veces de unión, que duraba mucho rato. Yo, como en estos tiempos hábían acaecido grandes ilusiones en mujeres, y engaños que les había hecho el demonio, comencé a temer, como era tan grande el deleite y suavidad que sentía, y muchas veces sin poderlo excusar, puesto que veía en mí, por otra parte, una grandísima seguridad, que era Dios, en especial cuando estaba en la oración, y veía que quedaba de allí muy mejorada y con más fortaleza. Mas en distrayéndome un poco, tornaba a temer y a pensar si quería el demonio, haciéndome entender que era bueno suspender el entendi-

miento para quitarme la oración mental, y que no pudiese pensar en la Pasión, ni aprovecharme del entendimiento, que me parecía a mí mayor pérdida como no lo entendía. Mas como su Majestad quería ya darme luz para que no le ofendiese ya y conociese lo mucho que le debía, creció de suerte este miedo, que me hizo buscar con diligencia personas espirituales con quien tratar, y que ya tenía noticia de algunos porque habían venido aquí los de la Compañía de Jesús, a quien yo sin conocer a ninguno era muy aficionada de sólo saber el modo que llevan de vida y oración, mas no me hallaba digna de hablarles, ni fuerte para obedecerlos, que esto me hacía más temer; porque tratar con ellos y ser la que era, hacíaseme cosa recia.

2. En esto anduve algún tiempo, hasta que ya con mucha batería que pasé en mí y temores, me determiné a tratar con una persona espiritual para preguntarle qué era la oración que yo tenía y que me diese luz si iba errada, y hacer todo lo que pudiese por no ofender a Dios, porque la falta, como he dicho, que veía en mi fortaleza, me hacía estar tan tímida. ¡Qué engaño tan grande, válame Dios, que para querer ser buena me apartaba del bien! En esto debe poner mucho el demonio en el principio de la virtud, porque yo no podía acabarlo conmigo. Sabe él que está todo el remedio de un alma en tratar con amigos de Dios, y ansí no había término para que yo a esto me determínase. Aguardaba a enmendarme primero, como cuando dejé la oración; y por ventura nunca lo hiciera, porque estaba ya tan caída en cosillas de mala costumbre, que no acababa de entender eran malas, que era menester ayuda de otros y darme la mano para levantarme. Bendito sea el Señor, que en fin la suya fué la primera. Como yo vi iba tan delante mi temor, porque crecía la oración, pa-

recióme que en esto había algún gran bien o grandísimo mal; porque bien entendía ya era cosa sobrenatural lo que tenía, porque algunas veces no lo podía resistir; tenerlo cuando yo quería era excusado. Pensé en mí que no tenía remedio si no procuraba tener limpia conciencia y apartarme de toda ocasión, aunque fuese de pecados veniales, porque siendo espíritu de Dios, clara estaba la ganancia: si era demonio, procurando yo tener contento al Señor y no ofenderle, poco daño me podía hacer; antes él quedaría con pérdida. Determinada en esto y suplicando siempre a Dios me ayudase, procurando lo dicho algunos días, vi que no tenía fuerza mi alma para salir con tanta perfección a solas, por algunas aficiones que tenía a cosas, que aunque de suyo no eran muy malas, bastaban para estragarlo todo.

3. Dijéronme de un clérigo letrado que había en este lugar, que comenzaba el Señor a dar a entender a las gentes su bondad y buena vida, y procuré, por medio de un caballero santo que hay en este lugar. (Es casado, mas de vida tan ejemplar y virtuosa, y de tanta oración y caridad, que en todo él resplandece su bondad y perfección, y con mucha razón; porque gran bien ha venido a muchas almas por su medio, por tener tantos talentos, que aun con no le ayudar su estado, no puede dejar con ellos de obrar; mucho entendimiento y muy apacible para todos, su conversación no pesada, tan suave y agraciada, junto con ser recta y santa, que da contento grande a los que trata; todo lo ordena para gran bien de las almas que conversa, y no parece trae otro estudio sino hacer por todos los que él ve se sufre, y contentar a todos). Pues este bendito y santo hombre con su industria, me parece fué principio para que mi alma se salvase. Su humildad a mí espántame, que con haber a lo que creo poco menos de cuarenta

años que tiene oración (no sé si son dos o tres menos), y que lleva toda la vida de perfección que a lo que parece sufre su estado; porque tiene una mujer tan gran sierva de Dios y de tanta caridad, que por ella no se pierde; en fin, como mujer de quien Dios sabía había de ser tan grande siervo suyo la escogió.

Estaban deudos suyos casados con parientes míos, y también con otro harto siervo de Dios que estaba casado con una prima mía, tenía mucha comunicación. Por esta vía procuré viniese a hablarme este clérigo que digo tan siervo de Dios, que era muy su amigo, con quien pensé confesarme y tener por maestro. Pues trayéndolo para que me hablase, y yo con grandísima confusión de verme presente de hombre tan santo, dile parte de mi alma y oración, que confesarme no quiso; dijo que era muy ocupado, y era ansí. Comenzó con determinación santa a llevarme como a fuerte (que de razón había de estar según la oración vió que tenía), para que en ninguna manera ofendiese a Dios. Yo como vi su determinación tan de presto en cosillas que, como digo, yo no tenía fortaleza para salir luego con tanta perfección, afligíme, y como vi que tomaba las cosas de mi alma como cosa que en una vez había de acabar con ella, yo veía que había menester mucho más cuidado.

En fin, entendí no eran por los medios que él me daba por donde yo me había de remediar, porque eran para alma más perfecta; y yo, aunque en las mercedes de Dios estaba adelante, estaba muy en los principios en las virtudes y mortificación. Y cierto si no hubiera de tratar más de con él, yo creo nunca medrara mi alma, porque la aflicción que me daba de ver como yo no hacía, ni me parece podía, lo que él me decía, bastaba para perder la esperanza y dejarlo todo. Algunas veces me maravillo que siendo persona que tiene gra-

cia particular en comenzar a llegar almas a Dios, cómo no fué servido entendiese la mía ni se quisiese encargar della, y veo fué todo para mayor bien mío, porque yo conociese y tratase gente tan santa como la de la Compañía de Jesús.

4. Desta vez quedé concertada con este caballero santo para que alguna vez me viniese a ver. Aquí se vió su grande humildad, querer tratar persona tan ruin como yo. Comenzóme a visitar y a animarme y a decirme que no pensase que en un día me había de apartar de todo, que poco a poco lo haría Dios, que en cosas bien livianas había él estado algunos años que no las había podido acabar consigo. ¡Oh humildad, qué grandes bienes haces adonde estás y a los que se llegan a quien la tiene! Decíame este santo (que a mi parecer con razón le puedo poner este nombre) flaquezas que a él le parecía que lo eran con su humildad para mi remedio; y mirado conforme a su estado, no era falta mi imperfección, y conforme al mío, era grandísima tenerlas.

Yo no digo esto sin propósito, porque parece me alargo en menudencias, e importan tanto para comenzar a aprovechar a un alma y sacarla a volar, que aún no tiene plumas, como dice, que no lo creerá nadie sino quien ha pasado por ello. Y porque espero yo en Dios vuesa merced ha de aprovechar mucho, lo digo aquí, que fué toda mi salud saberme curar y tener humildad y caridad para estar conmigo, y sufrimiento de ver que no en todo me enmendaba. Iba con discreción, poco a poco, dando maneras para vencer al demonio. Yo le comencé a tener tan grande amor, que no había para mí mayor descanso que el día que le veía, aunque eran pocos. Cuando tardaba, luego me fatigaba mucho, pareciéndome que por ser tan ruin no me veía.

5. Como él fué entendiendo mis imperfecciones tan grandes (y aun serían pecados, aunque después que le traté más enmendada estaba), y como le dije las mercedes que Dios me hacía para que me diese luz, díjome que no venía lo uno con lo otro, que aquellos regalos eran de personas que estaban ya muy aprovechadas y mortificadas, que no podía dejar de temer mucho, porque le parecía mal espíritu en algunas cosas, aunque no se determinaba; mas que pensase bien todo lo que entendía de mi oración y se lo dijese. Y era el trabajo que yo no sabía poco ni mucho decir lo que era mi oración; porque esta merced de saber entender que es y saberlo decir, ha poco me lo dió Dios.

Como me dijo esto, con el miedo que yo traía fué grande mi aflicción y lágrimas; porque cierto yo deseaba contentar a Dios y no me podía persuadir a que fuese demonio, mas temía por mis grandes pecados me cegase Dios para no lo entender. Mirando libros para ver si sabría decir la oración que tenía, hallé en uno que se llama *Subida del monte,* en lo que toca a unión del alma con Dios, todas las señales que yo tenía en aquel no pensar nada (que esto era lo que más decía que no podía pensar nada cuanto tenía aquella oración); señalé con unas rayas la parte que eran, y dile el libro para que él y el otro clérigo que he dicho santo y siervo de Dios, lo mirasen y me dijesen lo que había de hacer; y que si les pareciese dejaría la oración del todo, que para qué me había yo de meter en esos peligros, pues a cabo de veinte años que casi había que la tenía no había salido con ganancia, sino con engaños del demonio, que mejor era no la tener. Aunque también esto se me hacía recio, porque ya yo había probado cuál estaba mi alma sin oración; ansí que todo lo veía trabajoso, como el que está metido en un río, que a cualquier par-

te que vaya dél, teme más peligro, y él se está casi ahogando. Es un trabajo muy grande éste, y destos he pasado muchos como diré adelante; que aunque parece no importa, por ventura hará provecho entender cómo se ha de probar el espíritu.

6. Y es grande cierto el trabajo que se pasa, y es menester tiento, en especial con mujeres, porque es mucha nuestra flaqueza, y podría venir a mucho mal, diciéndoles muy claro es demonio; sino mirarlo muy bien, y apartarlas de los peligros que puede haber, y avisarlas en secreto pongan mucho, y le tengan ellos, que conviene. Y en esto hablo, como quien le cuesta harto trabajo, no lo tener algunas personas con quien he tratado mi oración, sino preguntando unos, y otros por bien, me han hecho harto daño, que se han divulgado cosas que estuvieran secretas; pues no son para todos, y parecía las publicaba yo. Creo sin culpa suya lo ha permitido el Señor para que yo padeciese. No digo que decían lo que trataba con ellos en confesión, mas como eran personas a quien yo daba cuenta por mis temores, para que me diesen luz, parecíame a mí habían de callar. Con todo, nunca osaba callar cosa a personas semejantes. Pues digo que se avise con mucha discreción, animándolas y aguardando tiempo, que el Señor las ayudará como ha hecho a mí, que si no grandísimo daño me hiciera, según era temerosa y medrosa; con el gran mal de corazón que tenía, espántome cómo no me hizo mucho mal.

7. Pues como dí el libro y hecha la relación de mi vida y pecados, lo mejor que pude (por junto, que no confesión por ser seglar, más bien dí a entender cuán ruin era), los dos siervos de Dios miraron con gran caridad y amor lo que me convenía. Venida la respuesta que yo con harto temor esperaba, y habiendo encomen-

dado a muchas personas que me encomendasen a Dios, y yo con harta oración aquellos días, con harta fatiga vino a mí, y díjome: que a todo su parecer de entrambos era demonio; que lo que me convenía era tratar con un Padre de la Compañía de Jesús, que como yo le llamase, diciendo que tenía necesidad, vernía; y que le diese cuenta de toda mi vida por una confesión general, y de mi condición, y todo con mucha claridad, que por la virtud del sacramento de la confesión le daría Dios más luz, que eran muy experimentados en cosas de espíritu. Que no saliese de lo que me dijese en todo, porque estaba en mucho peligro, si no había quien me gobernase. A mí me dió tanto temor y pena, que no sabía qué me hacer, todo era llorar; y estando en un oratorio muy afligida, no sabiendo qué había de ser de mí, leí en un libro, que parece el Señor me lo puso en las manos, que decía San Pablo: Que era Dios muy fiel, que nunca a los que le amaban consentía ser del demonio engañados. Esto me consoló muy mucho. Comencé a tratar de mi confesión general, y poner por escrito todos los males y bienes, un discurso de mi vida lo más claramente que yo entendí y supe, sin dejar nada por decir. Acuérdome, que como vi después que lo escribí tantos males y casi ningún bien, que me dió una aflicción y fatiga grandísima. También me daba pena que me viesen en casa tratar con gente tan santa como los de la Compañía de Jesús, porque temía mi ruindad, y parecíame quedaba obligaba más a no lo ser, y quitarme de mis pasatiempos; y si esto no hacía, que era peor; y ansí procuré con la sacristana y portera no lo dijesen a nadie. Aprovechóme poco, que acertó a estar a la puerta, cuando me llamaron, quien lo dijo por todo el convento. Mas ¡qué de embarazos pone el demonio y qué de temores, a quien se quiere llegar a Dios!

8. Tratando con aquel siervo de Dios, que lo era harto, y bien avisado, toda mi alma, como quien bien sabía este lenguaje, me declaró lo que era, y me animó mucho. Dijo ser espíritu de Dios muy conocidamente, sino que era menester tornar de nuevo a la oración, porque no iba bien fundada, ni había comenzado a entender mortificación; y era ansí, que aun el nombre no me parece entendía, que en ninguna manera dejase la oración, sino que me esforzase mucho, pues Dios me hacía tan particulares mercedes, que qué sabía si por mis medios quería el Señor hacer bien a muchas personas, y otras cosas (que parece profetizó lo que después el Señor ha hecho conmigo), que ternía mucha culpa si no respondía a las mercedes que Dios me hacía. En todo me parecía hablaba en él el Espíritu Santo para curar mi alma, según se imprimía en ella. Hízome gran confusión, llevóme por medios, que parecía del todo me tornaba otra. ¡Qué gran cosa es entender un alma! Díjome que tuviese cada día oración en un paso de la Pasión, y que me aprovechase dél, y que no pensase sino en la Humanidad, y que aquellos recogimientos y gustos resistiese cuanto pudiese, de manera que no se les diese lugar hasta que él me dijese otra cosa. Dejóme consolada y esforzada, y el Señor, que me ayudó, y a él para que entendiese mi condición, y cómo me había de gobernar. Quedé determinada de no salir de lo que él me mandase en ninguna cosa, y ansí lo hice hasta hoy. Alabado sea el Señor, que me ha dado gracia para obedecer a mis confesores, aunque imperfectamente; y casi siempre han sido destos benditos hombres de la Compañía de Jesús, aunque imperfectamente, como digo, los he seguido. Conocida mejoría comenzó a tener mi alma, como ahora diré.

CAPITULO XXIV

Prosigue lo comenzado, y dice cómo fué aprovechando su alma después que comenzó a obedecer, y lo poco que le aprovechaba resistir a las mercedes de Dios, y cómo su Majestad se las iba dando más cumplidas.

1. Quedó mi alma desta confesión tan blanda, que me parecía no hubiera cosa a que no me dispusiera; y ansí comencé a hacer mudanza en muchas cosas, aunque el confesor no me apretaba, antes parecía hacía poco caso de todo; y esto me movía más, porque lo llevaba por modo de amar a Dios, y como que dejaba libertad, y no premio, si yo no me lo pusiese por amor. Estuve ansí casi dos meses, haciendo todo mi poder en resistir los regalos y mercedes de Dios. Cuanto a lo exterior, veíase la mudanza, porque ya el Señor me comenzaba a dar ánimo para pasar por algunas cosas que decían personas que me conocían, pareciéndoles extremos, y aun en la mesma casa; y de lo que antes hacía, razón tenían, que era extremo; mas de lo que era obligada al hábito y profesión que hacía, quedaba corta. Gané deste resistir gustos y regalos de Dios, enseñárme su Majestad, porque antes me parecía que para darme regalos en la oración era menester mucho arrinconamiento, y casi no me osaba bullir; después vi lo poco que hacía al caso, porque cuando más procuraba divertirme, más me cubría el Señor de aquella suavidad y gloria, que me parecía toda me rodeaba, y que por ninguna parte podía huir, y ansí era; yo traía tanto cuidado, que me daba pena. El Señor le traía amayor a hacer mercedes, y a señalarse mucho más que solía en estos dos meses, para que yo mejor entendiese que no

era más en mi mano. Comencé a tomar de nuevo amor a la sacratísima Humanidad, comenzóse a asentar la oración como edificio que ya llevaba cimiento, y aficionarme a más penitencia, de que yo estaba descuidada, por ser tan grandes mis enfermedades. Díjome aquel varón santo que me confesó, que algunas cosas no me podrían dañar, que por ventura me daba Dios tanto mal porque yo no hacía penitencia y me la querría dar su Majestad. Mandábame hacer algunas mortificaciones no muy sabrosas para mí. Todo lo hacía, porque parecíame que me lo mandaba el Señor, y dábale gracia para que me lo mandase de manera que yo le obedeciese. Iba ya sintiendo mi alma cualquiera ofensa que hiciese a Dios, por pequeña que fuese, de manera que si alguna cosa superflua traía, no podía recogerme hasta que me lo quitaba. Hacía mucha oración, porque el Señor me tuviese de su mano, pues trataba con sus siervos no permitiese tornase atrás, que me parecía fuera gran delito, y que habían ellos de perder crédito por mí.

2. En este tiempo vino a este lugar el padre Francisco, que era duque de Gandía, y había algunos años que, dejándolo todo, había entrado en la Compañía de Jesús. Procuró mi confesor, y el caballero que he dicho también vino a mí, para que le hablase y diese cuenta de la oración que tenía, porque sabía iba muy adelante en ser muy favorecido y regalado de Dios, que como quien había mucho dejado por él, aun en esta vida le pagaba. Pero después que me hubo oído, díjome que era espíritu de Dios, y que le parecía que no era bien ya resistirle más, que hasta entonces estaba bien hecho, sino que siempre que comenzase la oración en un paso de la Pasión, y que si después el Señor me llevase el espíritu, que no le resistiese, sino que dejase lle-

varle a su Majestad, no lo procurando yo. Como quien iba bien adelante dió la medicina y consejo, que hace mucho en esto la experiencia, dijo que era yerro resistir más. Yo quedé muy consolada, y el caballero también; holgábase mucho que dijese era de Dios, y siempre me ayudaba y daba avisos en lo que podía, que era mucho.

3. En este tiempo mudaron a mi confesor deste lugar a otro, lo que yo sentí mucho, porque pensé me había de tornar a ser ruin, y no me parecía posible hallar otro como él. Quedó mi alma como en un desierto, muy desconsolada y temerosa; no sabía qué hacer de mí.

Procuróme llevar una parienta mía a su casa, y yo procuré ir luego a procurar otro confesor en los de la Compañía. Fué el Señor servido, que comencé a tomar amistad con una señora viuda de mucha calidad y oración, que trataba con ellos mucho. Hízome confesar a su confesor, y estuve en su casa muchos días; vivía cerca, yo me holgaba por tratar mucho con ellos, que de sólo entender la santidad de su trato era grande el provecho que mi alma sentía. Este Padre me comenzó a poner en más perfección. Decíame que, para del todo contentar a Dios, no había de dejar nada por hacer; también con harta maña y blandura, porque no estaba aún mi alma nada fuerte, sino muy tierna, en especial en dejar algunas amistades que tenía, aunque no ofendía a Dios con ellas era mucha afición, y parecíame a mí ingratitud dejarlas; y ansí le decía, que pues no ofendía a Dios, que ¿por qué había de ser desagradecida? El me dijo que lo encomendase a Dios unos días y que rezase el himno *Veni Creator*, porque me diese luz de cuál era lo mejor. Habiendo estado un día mucho en oración, y suplicando al Señor me ayudase a

contentarle en todo, comencé el himno, y estándole diciendo vínome un arrebatamiento tan súpito, que casi me sacó de mí, cosa que yo no pude dudar, porque fué muy conocido. Fué la primera vez que el Señor me hizo esta merced de arrobamiento. Entendí estas palabras: *Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles*. A mí me hizo mucho espanto, porque el movimiento del ánima fué grande, y muy en el espíritu se me dijeron estas palabras; ansí me hizo temor, aunque por otra parte gran consuelo, que en quitándoseme el temor (que a mi parecer causó la novedad) me quedó.

4. Ello se ha cumplido bien, que nunca más yo he podido asentar en amistad, ni tener consolación ni amor particular, sino a personas que entiendo le tienen a Dios y le procuran servir, ni ha sido en mi mano, ni me hace al caso ser deudos ni amigos, si no entiendo esto, o es persona que trata de oración, esme cruz penosa tratar con nadie; esto es ansí a todo mi parecer sin ninguna falta. Desde aquel día yo quedé tan animosa para dejarlo todo por Dios, como quien había querido en aquel momento (que no me parece fué más) dejar otra a su sierva. Ansí que no fué menester mandármelo más, que como me veía el confesor tan asida en esto, no había osado determinadamente decir que lo hiciese. Debía aguardar a que el Señor obrase, como lo hizo, ni yo pensé salir con ello; porque ya yo mesma lo había procurado, y era tanta la pena que me daba, que como cosa que me parecía no era inconveniente, lo dejaba, y aquí me dió el Señor libertad y fuerza para ponerlo por obra. Ansí se lo dije al confesor, y lo dejé todo conforme a como me lo mandó. Hizo harto provecho a quien yo trataba ver en mí esta determinación. Sea Dios bendito por siempre, que en un punto me dió

la libertad, que yo con todas cuantas diligencias había hecho muchos años había no pude alcanzar conmigo, haciendo hartas veces tan gran fuerza, que me costaba harto de mi salud. Como fué hecho de quien es poderoso y Señor verdadero de todo, ninguna pena me dió.

CAPITULO XXV

En que trata el modo y manera cómo se entienden estas hablas que hace Dios al alma sin oirse, y de algunos engaños que puede haber en ello, y en qué se conocerá cuándo lo es. Es de mucho provecho para quien se viere en este grado de oración, porque se declara muy bien, y de harta doctrina.

1. Paréceme será bien declarar cómo es este hablar que hace Dios al alma, y lo que ella siente, para que vuesa merced lo entienda; porque desde esta vez que he dicho que el Señor me hizo esta merced, es muy ordinario hasta ahora, como se verá en lo que está por decir. Son unas palabras muy formadas, más con los oídos corporales no se oyen, sino entiéndese muy más claro que si se oyesen; y dejarlo de entender, aunque mucho se resista, es por demás. Porque cuando acá no queremos oir podemos tapar los oídos, o advertir a otra cosa de manera que aunque se oya no se entienda. En esta plática que hace Dios al alma no hay remedio ninguno, sino aunque me pese, me hacen escuchar, y estar el entendimiento tan entero para entender lo que Dios quiere entendamos, que no basta querer ni no querer. Porque el que todo lo puede quiere entendamos se ha de hacer lo que quiere, y se muestra Señor verdadero de nosotros. Esto tengo muy experimentado,

porque me duró casi dos años el resistir, con el gran miedo que me traía; y ahora lo pruebo algunas veces, mas poco me aprovecha.

2. Yo quería declarar los engaños que puede haber aquí, aunque quien tiene mucha experiencia paréceme será poco o ninguno; mas ha de ser mucha la experiencia y la diferencia que hay cuando es espíritu bueno o cuando es malo; o cómo puede también ser aprensión del mesmo entendimiento, que podría acaecer, o hablar el mesmo espíritu a sí mesmo; esto no sé yo si puede ser, mas aun hoy me ha parecido que sí. Cuando es de Dios tengo muy probado en muchas cosas, que se me decían dos y tres años antes, y todas se han cumplido, y hasta ahora ninguna ha salido mentira, y otras cosas adonde se ve claro ser espíritu de Dios, como después se dirá.

3. Paréceme a mí que podría una persona, estando encomendando una cosa a Dios con grande afecto y aprensión, parecerle entiende alguna cosa, si se hará o no, y es muy imposible; aunque a quien ha entendido de estotra suerte, verá claro lo que es, porque es mucha la diferencia; y si es cosa que el entendimiento fabrica, por delegado que vaya, entiende que ordena él algo, y que habla. Que no es otra cosa sino ordenar uno la plática o escuchar lo que otro le dice, y verá el entendimiento, que entonces no escucha, pues que obra, y las palabras que él fabrica son como cosa sorda, fantaseada, y no con la claridad que estotras. Y aquí está en nuestra mano divertirnos, como callar cuando hablamos; en estotro no hay término. Y otra señal más que todas, que no hace operación, porque estotra que habla el Señor es palabras y obras; y aunque las palabras no sean de devoción, sino de represión, a la primera dispone un alma, y la habilita, y enternece,

y da luz y regala, y quieta; y si estaba con sequedad o alboroto y desasosiego del alma, como con la mano se le quita, y aun mejor, que parece quiere el Señor se entienda que es poderoso, y que sus palabras son obras.

Paréceme que hay la diferencia, que si nosotros hablásemos, ú oyésemos, ni más ni menos; porque lo que hablo, como he dicho, voy ordenando con el entendimiento lo que digo; mas si me hablan, no hago más de oir sin ningún trabajo. Lo uno va como una cosa que no nos podemos bien determinar si es como uno que está medio dormido. Estotro es voz tan clara, que no se pierde una sílaba de lo que se dice; y acaece ser a tiempos, que está el entendimiento y alma tan alborotada y distraída, que no acertaría a concertar una buena razón, y halla guisadas grandes sentencias, que le dicen que ella, aun estando muy recogida, no pudiera alcanzar, y a la primera palabra, como digo, la mudan toda; en especial si está en arrobamiento, que las potencias están suspensas, ¿cómo se entenderán cosas que no habían venido a la memoria, aun antes, como vernán entonces, que no obra casi, y la imaginación está como embobada?

4. Entiéndase que cuando se ven visiones o se entienden estas palabras, a mi parecer, nunca es en tiempo que está unida el alma en el mesmo arrobamiento, que en este tiempo (como ya dejo declarado, creo es la segunda agua) dél se pierden todas las potencias, y a mi parecer, allí ni se puede ver, ni entender, ni oir. Está en otro poder toda, y en este tiempo, que es muy breve, no me parece la deja el Señor para nada libertad. Pasado este breve tiempo, que se queda aún en el arrobamiento el alma, es esto que digo, porque quedan las potencias de manera que aunque no están perdidas, casi nada obran; están como absortas, y no hábiles para

concertar razones. Hay tantas para entender la diferencia, que si una vez se engañase, no serán muchas.

Y digo que si es alma ejercitada y está sobre aviso, lo verá muy claro; porque dejadas otras cosas por donde se ve lo que he dicho, ningún efeto hace, ni el alma lo admite; porque estotro, mal que nos pese, y no se da crédito, antes se entiende que es devanear del entendimiento, casi como no se haria caso de una persona que sabéis tiene frenesí. Estotro es como si lo oyésemos a una persona muy santa o letrada y de gran autoridad, que sabemos no nos ha de mentir; y aún es baja comparación, porque traen algunas veces una majestad consigo estas palabras, que sin acordarnos quién las dice, si son de reprensión hacen temblar, y si son de amor hacen deshacerse en amar; y son cosas, como he dicho, que estaban bien lejos de la memoria, y dícense tan de presto sentencias tan grandes, que era menester mucho tiempo para haberlas de ordenar, y en ninguna manera me parece se puede entonces ignorar no ser cosa fabricada de nosotros.

5. Ansí que en esto no hay que me detener, que por maravilla me parece puede haber engaño en persona ejercitada, si ella mesma de advertencia no se quiere engañar. Acaecídome ha muchas veces, si tengo alguna duda, no creer lo que me dicen, y pensar si me antojó (esto después de pasado, que entonces es imposible) y verlo cumplido desde ha mucho tiempo; porque hace el Señor que quede en la memoria, que no se puede olvidar; y lo que es del entendimiento, es como primer movimiento del pensamiento, que pasa y se olvida. Estotro es como obra que, aunque se olvide algo y pase tiempo, no tan del todo que se pierda la memoria de que en fin se dijo, salvo si no ha mucho tiempo, o son palabras de favor o doctrina; mas de profecía no hay

olvidarse, a mi parecer; al menos a mí, aunque tengo poca memoria.

Y torno a decir que me parece si un alma no fuese tan desalmada que lo quiera fingir, que sería harto mal, y decir que lo entiende no siendo ansí; mas dejar de ver claro, que ella lo ordene y lo parla entre sí, paréceme no lleva camino si ha entendido el espíritu de Dios; que si no, toda su vida podrá estarse en ese engaño y parecerle que entiende, aunque yo no sé cómo. O esta alma lo quiere entender o no; si se está deshaciendo de lo que entiende, y en ninguna manera querría entender nada por mil temores y otras muchas causas que hay para tener deseos de estar quieta en su oración sin estas cosas, ¿cómo da tanto espacio el entendimiento que ordene razones? Tiempo es menester para esto. Acá sin perder ninguno quedamos enseñadas, y se entienden cosas que parece era menester un mes para ordenarlas. Y el mesmo entendimiento y alma quedan espantados de algunas cosas que se entienden. Esto es ansí, y quien tuviere experiencia verá que es al pie de la letra todo lo que he dicho. Alabo a Dios porque lo he sabido ansí decir. Y acabo con que me parece, siendo del entendimiento, cuando lo quisiésemos lo podríamos entender, y cada vez que tenemos oración nos podría parecer entendemos; mas en estotro no es ansí, sino que estaré muchos días, que aunque quiera entender algo es imposible; y cuando otras veces no quiero, como he dicho, lo tengo de entender. Paréceme que quien quisiese engañar a los otros diciendo que entiende de Dios lo que es de sí, que poco le cuesta decir que lo oye con los oídos corporales; y es ansí cierto con verdad que jamás pensé había otra manera de oir ni entender hasta que lo vi por mí; y ansí, como he dicho, me cuesta harto trabajo.

6. Cuando es demonio, no sólo no deja buenos efetos, mas déjalos malos. Esto me ha acaecido no más de dos o tres veces, y he sido luego avisada del Señor como era demonio. Dejado la gran sequedad que queda, es una inquietud en el alma a manera de otras muchas veces que ha permitido el Señor que tenga grandes tentaciones y trabajos de alma de diferentes maneras; y aunque me atormenta hartas veces, como adelante diré, es una inquietud que no se sabe entender de dónde viene, sino que parece resiste el alma y se alborota y se aflige sin saber de qué; porque lo que él dice no es malo, sino bueno. Pienso si siente un espíritu a otro. El gusto y deleite que él da, a mi parecer es diferente en gran manera. Podría él engañar con estos gustos a quien no tuviere o hubiere tenido otros de Dios. De veras digo gustos, una recreación suave, fuerte, impresa, deleitosa, quieta, que unas devocioncitas de lágrimas y otros sentimientos pequeños, que al primer airecito de persecución se pierden estas florecitas, no las llamo devociones, aunque son buenos principios y santos sentimientos, mas no para determinar estos efetos de buen espíritu o malo. Y ansí es bien andar siempre con gran aviso, porque cuanto a personas que no están más adelante en oración, que hasta esto fácilmente podrían ser engañados si tuviesen visiones o revelaciones. Yo nunca tuve cosas destas postreras, hasta haberme Dios dado por sola su bondad oración de unión, sino fué por la primera vez que dije que ha muchos años que ví a Cristo, qne pluguiera a su Majestad entendiera yo era verdadera visión, como después lo he entendido, que no me fuera poco bien. Ninguna blandura queda en el alma, sino como espantada y con gran disgusto.

7. Tengo por muy cierto que el demonio no enga-

ñará, ni lo permitirá Dios, a alma que de ninguna cosa se fía de sí, y está fortalecida en la fe, que entienda ella de sí que por un punto della morirá mil muertes; y con este amor a la fe que infunde luego Dios, que es una fe viva, fuerte, siempre procura ir conforme a lo que tiene la Iglesia, preguntando a unos y a otros, como quien tiene ya hecho asiento fuerte en estas verdades, que no la moverían cuantas relaciones pueda imaginar, aunque viese abiertos los cielos, un punto de lo que tiene la Iglesia. Si alguna vez se viese vacilar en su pensamiento contra esto, o detenerse en decir: pues si Dios me dice esto, también puede ser verdad como lo que decía a los Santos (no digo que lo crea, sino qne el demonio la comience a tentar, por primero movimiento, que detenerse en ello ya se ve que es malísimo; mas aun primeros movimientos muchas veces en este caso creo no vernán si el alma está en esto tan fuerte, como lo hace el Señor a quien da estas cosas, que le parece desmenuzaría los demonios sobre una verdad de lo que tiene la Iglesia muy pequeña), digo que si no viere en sí esta fortaleza grande y que ayude a ella la devoción o visión, que no la tenga por segura, porque aunque no se sienta luego el daño, poco a poco podría hacerse grande, que a lo que yo veo y sé de experiencia, de tal manera queda el crédito de que es Dios, que vaya conforme a la Sagrada Escritura, y como un tantico torciese desto, mucha más firmeza sin comparación me parece tenía en que es demonio, que ahora tengo de que es Dios, por grande que la tenga; porque entonces no es menester andar a buscar señales ni qué espíritu es, pues está tan clara esta señal para creer que es demonio, que si entonces todo el mundo me asegurase que es Dios, no lo creería. El caso es que cuando es demonio parece que se esconden todos los bienes

y huyen del alma según queda desabrida y alborotada y sin ningún efeto bueno; porque aunque parece pone deseos, no son fuertes, la humildad que deja es falsa, alborotada y sin suavidad. Paréceme que quien tiene experiencia del buen espíritu lo entenderá.

8. Con todo puede hacer muchos embustes el demonio, y ansí no hay cosa en esto tan cierta que no lo sea más temer e ir siempre con aviso y tener maestro que sea letrado, y no le callar nada, y con esto ningún daño puede venir, aunque a mí hartos me han venido por estos temores demasiados que tienen algunas personas. En especial me acaeció una vez que se habían juntado muchos, a quien yo daba gran crédito, y era razón se le diese (que aunque yo ya no trataba sino con uno, y cuando él me lo mandaba hablaba a otros, unos con otros trataban mucho de mi remedio, que me tenían mucho amor y temían no fuese engañada; yo también traía grandísimo temor cuando no estaba en la oración, que estando en ella, y haciéndome el Señor alguna merced, luego me aseguraba), creo eran cinco o seis, todos muy siervos de Dios, y díjome mi confesor que todos se determinaban en que era demonio, que no comulgase tan a menudo y que procurarse distraerme, de suerte que no tuviese soledad. Yo era temerosa en extremo, como he dicho, y ayudábame el mal de corazón, que aun en una pieza sola no osaba estar de día muchas veces. Yo, como vi que tantos lo afirmaban, y yo no lo podía creer, dióme grandísimo escrúpulo, pareciéndome poca humildad; porque todos eran más de buena vida sin comparación que yo, y letrados, que, ¿por qué no los había de creer? Forzábame lo que podía para creerlos, y pensaba en mi ruin vida, y que conforme a esto debían de decir verdad.

Fuíme de la iglesia con esta aflicción, y entréme en

un oratorio, habiéndome quitado muchos días de comulgar, quitada la soledad que era todo mi consuelo, sin tener persona con quien tratar, porque todos eran contra mí; unos me parecía burlaban de mí cuando dello trataba, como que se me antojaba; otros avisaban al confesor que se guardase de mí; otros decían que era claro demonio; sólo el confesor (que aunque conformaba con ellos, por probarme, según después supe) siempre me consolaba y me decía que aunque fuese demonio, no ofendiendo yo a Dios no me podía hacer nada, que ello se me quitaría, que lo rogase mucho a Dios; y él todas las personas que confesaba lo hacían harto, y otras muchas, y yo toda mi oración, y cuantos entendía eran siervos de Dios, porque su Majestad me llevase por otro camino, y esto me duró no sé si dos años, que era contino pedirlo al Señor.

9. A mí ningún consuelo me bastaba, cuando pensaba era posible que tantas veces me había de hablar el demonio. Porque de que no tomaba horas de soledad para oración, en conversación me hacía el Señor recoger, y sin poderlo yo excusar, me decía lo que era servido, y aunque me pesaba lo había de oir. Pues estándome sola, sin tener una persona con quien descansar, ni podía rezar, ni leer, sino como persona espantada de tanta tribulación y temor de si me había de engañar el demonio, todo alborotada y fatigada, sin saber qué hacer de mí (en esta aflicción me ví algunas y muchas veces, aunque no me parece ninguna en tanto extremo), estuve ansí cuatro o cinco horas, que consuelo, ni de la tierra no había para mí, sino que me dejó el Señor padecer, teniendo mil peligros. ¡Oh Señor mío, cómo sois Vos el amigo verdadero, y cómo poderoso, cuando queréis podéis, nunca dejáis de querer si os quieren! Alaben os todas las cosas, Señor del mundo.

¡Oh, quién diese voces por él, para decir cuán fiel sois a vuestros amigos! Todas las cosas faltan; Vos, Señor, de todas ellas nunca faltáis. Poco es lo que dejáis padecer a quien os ama. ¡Oh, Señor mío, qué delicada y y pulida y sabrosamente lo sabéis tratar! ¡Oh, quién nunca se hubiera detenido en amar a nadie sino a Vos! Parece, Señor, que probáis con rigor a quien os ama, para que en el extremo del trabajo se entienda el mayor extremo de vuestro amor. ¡Oh, Dios mío, quién tuviera entendimiento y letras y nuevas palabras para encarecer vuestras obras como lo entiende mi alma!

Fáltame todo, Señor mío, mas si Vos no me desamparáis, no os faltaré yo a Vos. Levántense contra mí todos los letrados, persíganme todas las cosas criadas, atorméntenme los demonios, no me faltéis Vos, Señor, que ya tengo experiencia de la ganancia con que sacáis a quien en sólo Vos confía. Pues estando en esta tan gran fatiga (aún entonces no había comenzado a tener ninguna visión), solas estas palabras bastaban para quitármela, y quitarme del todo: *No haya miedo, hija, que yo soy, y no te desampararé; no temas.*

10. Paréceme a mí según estaba, que era menester muchas horas para persuadirme a que me sosegase, y que no bastara nadie; heme aquí con solas estas palabras sosegada con fortaleza, con ánimo, con seguridad, con una quietud y luz, que en un punto vi mi alma hecha otra, y me parece que cón todo el mundo dispntara que era Dios. ¡Oh, qué buen Dios! ¡Oh, qué buen Señor y qué poderoso! No sólo da el consejo sino el remedio. Sus palabras son obras. ¡Oh válame Dios, y como fortalece la fé, se aumenta el amor! Es ansí cierto, que muchas veces me acordaba de cuando el Señor mandó a los vientos que estuviesen quedos en el mar, cuando se levantó la tempestad; y ansí decía yo: ¿Quién

es éste que ansí le obedecen todas mis potencias, y da luz en tan gran obscuridad en un momento, y hace blando un corazón que parecía piedra, da agua de lágrimas suaves adonde parecía haber de dar mucho tiempo sequedad? ¿Quién pone estos deseos? ¿Quién da este ánimo? ¿Qué me acaeció pensar, de qué temo? ¿Qué es esto? Yo deseo servir a este Señor; no pretendo otra cosa sino contentarle; no quiero contento, ni descanso, ni otro bien, sino hacer su voluntad (que desto bien cierta estaba, a mi parecer, que lo podía afirmar). Pues si este señor es poderoso, como veo que lo es, y sé que lo es, y que son sus esclavos los demonios, y desto no hay que dudar, pues es fe, siendo yo sierva deste Señor y Rey, ¿qué mal me pueden ellos hacer a mí? ¿Por qué no he de tener yo fortaleza para combatirme con todo el infierno? Tomaba una cruz en la mano, y parecía verdaderamente darme Dios ánimo (que yo me ví otra en breve tiempo) que no temería tomarme con ellos a brazos, que me parecía fácilmente con aquella cruz los venciera todos; y ansí dije: Ahora venid todos, que siendo sierva del Señor, yo quiero ver qué me podéis hacer.

11. Es, sin duda, que me parecía me habían miedo, porque yo quedé sosegada y tan sin temor de todos ellos, que se me quitaron todos los miedos que solía tener hasta hoy; porque aunque algunas veces los veia, como diré después, no les he habido más miedo, antes me parecía ellos me le habían a mí. Quedóme un señorío contra ellos, bien dado del Señor de todos, que no se me da más dellos que de moscas. Parécenme tan cobardes, que en viendo que los tienen en poco, no les queda fuerza. No saben estos enemigos de hecho acometer sino a quien ven que se les rinde, o cuando lo permite Dios, para más bien de sus siervos, que los

tienten y atormenten. Plugiese a su Majestad temiésemos a quien hemos de temer, y entendiésemos nos puede venir mayor daño de un pecado venial que de todo el infierno junto, pues ello es ansí. Qué espantados nos traen estos demonios, porque nos queremos nosotros espantar con nuestros asimientos de honra, y haciendas y deleites, que entonces juntos ellos con nosotros mesmos, que nos somos contrarios, amando y queriendo lo que hemos de aborrecer, mucho daño nos harán; porque con nuestras mesmas armas les hacemos que peleen contra nosotros, poniendo en sus manos con las que nos hemos de defender. Esta es la gran lástima; mas si todo lo aborrecemos por Dios, y nos abrazamos con la cruz, y tratamos servirle de verdad, huye él destas verdades como de pestilencia. Es amigo de mentiras, y la mesma mentira. No hará pacto con quien anda en verdad. Cuando él ve escurecido el entendimiento, ayuda lindamente a que se quiebren los ojos, porque si a uno ve ya ciego en poner su descanso en cosas vanas y tan vanas que parecen las deste mundo cosa de juego de niño, ya él ve que éste es niño, pues trata como tal, y atrévese a luchar con él una y muchas veces.

12. Plega al Señor que no sea yo destos, sino que me favorezca su Majestad, para entender por descanso lo que es descanso, y por honra lo que es honra, y por deleite lo que es deleite, y no todo al revés y una higa para todos los demonios, que ellos me temerán a mí. No entiendo estos miedos, demonio, demonio, donde podemos decir, Dios, Dios, y hacerle temblar. Sí, que ya sabemos que no se puede menear si el Señor no lo permite. ¿Qué es esto? Es, sin duda, que tengo ya más miedo a los que tan grande le tienen al demonio, que a él mesmo; porque él no me puede hacer nada, y estotros, en especial si son confesores, inquietan mucho; y

he pasado algunos años de tan gran trabajo, que ahora me espanto cómo lo he podido sufrir. Bendito sea el Señor que tan de veras me ha ayudado.

CAPITULO XXVI

Prosigue en la mesma materia; va declarando y diciendo cosas que le han acaecido, que le hacían perder el temor, y afirmar que era buen espíritu el que la hablaba.

1. Tengo por una de las grandes mercedes que me ha hecho el Señor, este ánimo que me dió contra los demonios; porque andar un alma acobardada y temerosa de nada, sino de ofender a Dios, es grandísimo inconveniente, pues tenemos Rey todopoderoso, y tan gran Señor, que todo lo puede y a todos sujeta. No hay temer andando (como he dicho) en verdad delante de su Majestad, y con limpia conciencia. Para esto (como he dicho) querría yo todos los temores, para no ofender en un punto a quien en el mesmo punto nos puede deshacer. Que contento su Majestad, no hay quien sea contra nosotros que no lleve las manos en la cabeza. Podrase decir que ansí es; mas qué, ¿quién será esta alma tan recta que del todo le contente, y que por eso teme? No la mía, por cierto, que es muy miserable, y sin provecho, y llena de mil miserias; mas no ejecuta Dios como las gentes, que entiende nuestras flaquezas: mas por grandes conjeturas siente el alma en sí, si le ama de verdad, porque en las que llegan a este estado, no anda el amor disimulado, como a los principios, sino con tán grandes ímpetus y deseo de ver a Dios, como después diré, o queda ya dicho. Todo cansa, todo fatiga, todo atormenta sino es con Dios, o por Dios; no hay descanso que no canse, porque se ve àusente de

su verdadero descanso, y ansí es cosa muy clara, que, como digo, no pasa en disimulación.

2. Acaecióme otras veces con grandes tribulaciones y murmuraciones sobre cierto negocio, que después diré, de casi todo el lugar adonde estoy, y de mi Orden, y afligida con muchas ocasiones que había para inquietarme, y decirme el Señor: *¿De qué temes? ¿no sabes que soy Todopoderoso? Yo cumpliré lo que te he prometido.* Y ansí se cumplió bien después. Y quedar luego con una fortaleza, que de nuevo me parece me pusiera en emprender otras cosas, aunque me costasen más trabajos para servirle, y me pusiera de nuevo a padecer. Es esto tantas veces, que no lo podría yo contar; muchas las que me hacía reprehensiones, y hace cuando hago imperfecciones, que bastan a deshacer un alma. Al menos traen consigo el enmendarse, porque su Majestad (como he dicho) da el consejo y el remedio. Otras traerme a la memoria mis pecados pasados, en especial cuando el Señor me quiere hacer alguna señalada merced, que parece ya se ve el alma en el verdadero juicio, porque le representan la verdad con conocimiento claro, que no sabe adónde se meter; otras avisarme de algunos peligros míos y de otras personas, cosas por venir, tres o cuatro años antes, muchas, y todas se han cumplido; algunas podrá ser señalar. Ansí que hay tantas cosas para entender, que es Dios, que no se puede ignorar, a mi parecer.

3. Lo más seguro es (yo ansí lo hago, y sin esto no ternía sosiego, ni es bien que mujeres le tengamos, pues no tenemos letras, y aquí no puede haber daño, sino muchos provechos), como muchas veces me ha dicho el Señor, que no deje de comunicar toda mi alma y las mercedes que el Señor me hace con el confesor, y que sea letrado, y que le obedezca. Esto muchas ve-

ces. Tenía yo un confesor que me mortificaba mucho, y algunas veces me afligía, y daba gran trabajo, porque me inquietaba mucho, y era el que más me aprovechó, a lo que me parece; y aunque le tenía mucho amor, tenía algunas tentaciones por dejarle, y parecíame me estorbaban aquellas penas que me daba de la oración. Cada vez que estaba determinada a esto, entendía luego que no lo hiciese, y una reprensión, que me deshacía más que cuanto el confesor hacía; algunas veces me fatigaba, cuestión por un cabo, y reprehensión por otro; y todo lo había menester, según tenía poco doblada la voluntad. Díjome una vez, que no era obedecer si no estaba determinada a padecer; que pusiese los ojos en lo que él había padecido, y todo se me haría fácil.

4. Aconsejóme una vez un confesor, que a los principios me había confesado, que ya que estaba probado ser buen espíritu, que callase y no diese ya parte a nadie, porque mejor era ya estas cosas callarlas. A mí no me pareció mal, porque yo sentía tanto cada vez que las decía al confesor, y era tanta mi afrenta, que mucho más que confesar pecados graves lo sentía algunas veces, en especial si eran las mercedes grandes, parecíame no me habían de creer, y que burlaban de mí. Sentía yo tanto esto, que me parecía era desacato a las maravillas de Dios, que por esto quisiera callar. Entendí entonces que había sido muy mal aconsejada de aquel confesor, que en ninguna manera callase cosa al que me confesaba, porque en esto había gran seguridad, y haciendo lo contrario podría ser engañarme alguna vez.

5. Siempre que el Señor me mandaba una cosa en la oración, si el confesor me decía otra, me tornaba el mesmo Señor a decir que le obedeciese; después su Majestad le volvía, para que me lo tornase a mandar.

Cuando se quitaron muchos libros de romance que no se leyesen, yo sentí mucho, porque algunos me daba recreación leerlos, y yo no podía ya, por dejarlos en latín, me dijo el Señor: *No tengas pena, que Yo te daré libro vivo*. Yo no podía entender por qué se me había dicho esto, porque aún no tenía visiones; después, desde a bien pocos días, lo entendí muy bien, porque he tenido tanto que pensar y recogerme en lo que veía presente, y ha tenido tanto amor el Señor conmigo para enseñarme de muchas maneras, que muy poca, o casi ninguna necesidad he tenido de libros. Su Majestad ha sido el libro verdadero adonde he visto las verdades ¡Bendito sea tal libro, que deja imprimido lo que se ha de leer y hacer de manera que no se puede olvidar!

6. ¿Quién ve al Señor cubierto de llagas y afligido con persecuciones, que no las abrace, y las ame, y las desee? ¿Quién ve algo de la gloria que da a los que le sirven, que no conozca es todo nada cuanto se puede hacer y padecer, pues tal premio esperamos? ¿Quién ve los tormentos que pasan los condenados, que no se le hagan deleites los tormentos de acá, en su comparación, y conozcan lo mucho que deben al Señor en haberlos librado tantas veces de aquel lugar? Porque con el favor de Dios se dirá más de algunas cosas, quiero ir adelante en el proceso de mi vida. Plega al Señor haya sabido declararme en esto que he dicho; bien creo que quien tuviere experiencia lo entenderá y verá he atinado a decir algo; quien no, no me espanto le parezca desatino todo, basta decirlo yo, para quedar disculpado, ni yo culparé a quien lo dijere. El Señor me deje atinar en cumplir su voluntad. Amén.

CAPITULO XXVII

En que trata otro modo con que enseña el Señor al alma, y sin hablarla, la da a entender su voluntad por una manera admirable. Trata también de declarar una visión, y gran merced que le hizo el Señor, no imaginaria. Es mucho de notar este capítulo.

1. Pues tornando al discurso de mi vida, yo estaba con esta aflicción de penas, y con grandes oraciones, como he dicho que hacía, porque el Señor me llevase por otro camino que fuese más seguro, pues éste me decían era tan sospechoso. Verdad es que, aunque yo lo suplicaba a Dios, por mucho que quería desear otro camino, como veía tan mejorada mi alma (si no era alguna vez, cuando estaba muy fatigada de las cosas que me decían, y miedos que me ponían) no era en mi mano desearlo, aunque siempre lo pedía. Yo me veía otra en todo; no pedía, sino poníame en las manos de Dios, que El sabía lo que me convenía, que cumpliese en mi lo que era su voluntad en todo. Veía que por este camino le llevaba para el cielo, y que antes iba al infierno, que había de desear esto; ni creer que era demonio, no me podía forzar a mí, aunque hacía cuanto podía por creerlo y desearlo, mas no era en mi mano. Ofrecía lo que hacía, si era alguna buena obra, por eso. Tomaba santos devotos porque me librasen del demonio. Andaba novenas, encomendábame a San Hilarión y a San Miguel el Angel, con quien por esto tomé nuevamente devoción, y a otros muchos Santos importunaba mostrase el Señor la verdad, digo que lo acabasen con su Majestad. A cabo de dos años que andaba con toda esta oración mía, y de otras personas para lo dicho, o que el

Señor me llevase por otro camino, o declarase la verdad, porque eran muy continas las hablas, qne he dicho me hacía el Señor, me acaeció esto:

2. Estando un día del glorioso San Pedro en oración, vi cabe mí, o sentir, por mejor decir, que con los ojos del cuerpo ni del alma no vi nada, mas parecióme estaba junto cabe mí Cristo, y veía ser El el que me hablaba, a mi parecer. Yo, como estaba ignorantísima de que podía haber semejante visión, dióme grande temor al principio, y no hacía sino llorar, aunque en diciéndome una palabra sola de asegurarme, quedaba como solía, quieta, y con regalo, y sin ningún temor. Parecíame andar siempre al lado Jesucristo; y como no era visión imaginaria, no veía en qué forma; mas estar siempre a mi lado derecho sentíalo muy claro, y que era testigo de todo lo que yo hacía, y que ninguna vez que me recogiese un poco, o no estuviese muy divertida, podía ignorar que estaba cabe mí.

3. Luego fuí a mi confesor harto fatigada a decírselo. Preguntóme que ¿en qué forma lo veía? Yo le dije que no le veía. Díjome que ¿cómo sabía yo que era Cristo? Yo le dije que no sabía cómo, mas que no podía dejar de entender que estaba cabe mí, y le veía claro, y sentía, y que el recogimiento del alma era muy mayor en oración de quietud, y muy contina, y los efetos que eran muy otros que solía tener, y que era cosa muy clara. No hacía sino poner comparaciones, para darme a entender; y cierto para esta manera de visión, a mi parecer, no la hay que mucho cuadre: que ansí como es de las más subidas (según después me dijo un santo hombre, y de gran espíritu, llamado Fray Pedro de Alcántara, de quien después haré más mención, y me han dicho otros letrados grandes, y que es adonde menos se puede entremeter el demonio de todas), ansí no hay

términos para decirla acá, las que poco sabemos, que los letrados mejor lo darán o entender. Porque si digo que con los ojos del cuerpo, ni del alma, no le veo, porque no es imaginaria visión, ¿cómo entiendo, y me afirmo con más claridad, que está cabe mí, que si lo viese? Porque parecer que es como una persona que está a escuras, que no ve a otra, que está cabe ella, o si es ciega, no va bien; alguna semejanza tiene, mas no mucha, porque siente con los sentidos, o la oye hablar, o menear, o la toca. Acá no hay nada desto, ni se ve escuridad, sino que se representa por una noticia al alma más clara que el sol. Ni digo que se ve sol, ni claridad, sino una luz que, sin ver luz, alumbra el entendimiento para que goce el alma tan gran bien. Trae consigo grandes bienes.

4. No es como una presencia de Dios, que se siente muchas veces (en especial los que tienen oración de unión y quietud), que parece en queriendo comenzar a tener oración, hallamos con quién hablar, y parece entendemos nos oye por los efetos y sentimientos espirituales, que sentimos de grande amor y fe, y otras determinaciones con ternura. Esta gran merced es de Dios, y téngalo en mucho a quien lo ha dado; porque es muy subida oración, mas no es visión que entendiese que está allí Dios por los efetos, que como digo, hace al alma, que por aquel modo quiere su Majestad darse a sentir acá vese claro, que está aquí Jesucristo, Hijo de la Virgen. En esta otra manera de oración, represéntanse unas influencias de la Divinidad; aquí junto con éstas se ve nos acompaña, y quiere hacer mercedes también la Humanidad sacratísima. Pues preguntóme el confesor: ¿quién dijo que era Jesucristo? Él me lo dijo muchas veces, respondí yo; mas antes que me lo dijese, se imprimió en mi entendimiento que era él,

y antes desto me lo decía, y no le veía. Si una persona que yo nunca hubiese visto, sino oído nuevas della, me viniese a hablar estando ciega, o en gran escuridad, y me dijese quién era, creerlo ía, mas no tan determinadamente lo podrían afirmar ser aquella persona, como si la hubiera visto. Acá sí; que sin verse se imprime con una noticia tan clara, que no parece se puede dudar; que quiere el Señor esté tan esculpida en el entendimiento, que no se puede dudar más, que lo que se ve, ni tanto, porque en esto algunas veces nos queda sospecha, si se nos antojó; acá, aunque de presto dé esta sospecha, queda por una parte gran certidumbre que no tiene fuerza la duda. Ansí es también en otra manera, que Dios enseña a el alma, y la habla sin hablar de la manera que queda dicho.

5. Es un lenguaje tan del cielo, que açá se puede mal dar a entender, aunque más queramos decir, si el Señor por experiencia no lo enseña. Pone el Señor lo que quiere que el alma entienda, en lo muy interior del alma, y allí lo representa sin imagen, ni forma de palabras, sino a manera desta visión que queda dicha. Y nótese mucho esta manera de hacer Dios, que entiende el alma lo que él quiere, y grandes verdades y misterios; porque muchas veces lo que entiendo cuando el Señor me declara alguna visión que quiere su Majestad representarme, es ansí; y paréceme que es adonde el demonio se puede entremeter menos, por estas razones: si ellas no son buenas, yo me debo engañar.

Es una cosa tan de espíritu esta manera de visión, y de lenguaje, que ningún bullicio hay en las potencias, ni en los sentidos, a mi parecer, por donde el demonio pueda sacar nada. Esto es alguna vez, y con brevedad, que otras bien me parece a mí que no están suspendidas las potencias, ni quitados los sentidos, sino muy en

sí, que no es siempre esto en contemplación, antes muy pocas veces; mas estas que son, digo que no obramos nosotros nada, todo parece obra del Señor. Es como cuando ya está puesto el manjar en el estómago sin comerle, ni saber nosotros como se puso allí; mas entiende bien que está, aunque aquí no se entiende, el manjar que es ni quién lo puso: acá sí; mas cómo se puso no lo sé, que ni se vió, ni se entiende, ni jamás se había movido a desearlo, ni había venido a mi noticia que esto podía ser.

6. En la habla que hemos dicho antes, hace Dios al entendimiento que advierta, aunque le pese, a entender lo que se dice, que allá parece tiene el alma otros oídos con que oye, y que la hace escuchar y que no se divierta; como a uno que oyese bien y no le consintiesen atapar los oídos, y le hablasen junto a voces, aunque no quisiese, lo oiría. Y, en fin, algo hace, pues está atento a entender lo que le hablan; acá ninguna cosa, que aun este poco, que es sólo escuchar, que hacía en lo pasado, se le quita. Todo lo halla guisado y comido, no hay más que hacer de gozar, como uno que sin deprender, ni haber trabajado nada para saber leer, ni tampoco hubiese estudiado nada, hallase toda la ciencia sabida ya en sí, sin saber cómo, ni dónde, pues aun nunca había trabajado, aun para deprender el A B C. Esta comparación postrera me parece declara algo deste don celestial, porque se ve el alma en un punto sabia, y tan declarado el misterio de la Santísima Trinidad, y de otras cosas muy subidas, que no hay teólogo con quien no se atreviese a disputar la verdad destas grandezas. Quédase tan espantada, que basta una merced destas para trocar toda un alma, y hacerla no amar cosa, sino a quien ve, que sin trabajo ninguno suyo la hace capaz de tan grandes bienes, y le comunica secretos, y trata

con ella con tanta amistad y amor, que no se sufre escribir. Porque hace algunas mercedes, que consigo traen la sospecha, por ser de tanta admiración, y hechas a quien tan poco las ha merecido, que si no hay muy viva fe, no se podrán creer, y ansí yo pienso decir pocas de las que el Señor me ha hecho a mí, si no me mandaren otra cosa, sino con algunas visiones qne pueden para alguna cosa aprovechar, o para que quien el Señor las diere, no se espante, pareciéndole imposible, como hacía yo; o para declararle el modo o camino por donde el Señor me ha llevado, que es lo que me mandan escribir.

7. Pues tornando a esta manera de entender, lo que me parece es que quiere el Señor de todas maneras tenga esta alma alguna noticia de lo que pasa en el cielo; y paréceme a mí, que ansí como allí sin hablar se entienden (lo que yo nunca supe cierto es ansí, hasta que el Señor por su bondad quiso que le viese, y me lo mostró en un arrobamiento), ansí es acá, que se entienden Dios y el alma con sólo querer su Majestad que lo entienda, sin otro artificio, para darse a entender el amor que se tienen estos dos amigos. Como acá si dos personas se quieren mucho y tienen buen entendimiento, aun sin señas parece que se entienden con sólo mirarse. Esto debe ser ansí, que sin ver nosotros, como de hito en hito se miran estos dos amantes, como lo dice el Esposo a la Esposa en los Cantares, a lo que creo, helo oído que es aquí.

8. ¡Oh benignidad admirable de Dios, que ansí os dejáis mirar de unos ojos que tan mal han mirado, como los de mi alma! Queden ya, Señor, desta vista acostumbrados en no mirar cosas bajas, ni que les contente ninguna, fuera de Vos. ¡Oh ingratitud de los mortales! ¿Hasta cuándo ha de llegar? Que sé yo por ex-

periencia que es verdad esto que digo, y que es lo menos de lo que Vos hacéis con un alma que traéis a tales términos, lo que se puede decir. ¡Oh almas, que habéis comenzado a tener oración, y las que tenéis verdadera fe, qué bienes podéis buscar, aun en esta vida (dejemos lo que se gana para sin fin), que sea como el menor destos! Mira, que es ansí cierto, que se da Dios a sí, a los que todo lo dejan por él. No es acetador de personas; a todas ama, no tiene nadie excusa, por ruin que sea, pues ansí lo hace conmigo, trayéndome a tal estado. Mira que no es cifra lo que digo de lo que se puede decir; sólo va dicho lo que es menester para darse a entender esta manera de visión y merced que hace Dios al alma; mas no puedo decir lo que se siente, cuando el Señor la da a entender secretos y grandezas suyas; el deleite tan sobre cuantos acá se pueden entender, que bien con razón hace aborrecer los deleites de la vida, que son basura todos juntos. Es asco traerlos a ninguna comparación aquí, aunque sea para gozarlos sin fin. Y destos que da el Señor sola una gota de agua del gran río caudaloso, que nos está aparejado.

9. Vergüenza es, y yo cierto la he de mí, y si pudiera haber afrenta en el cielo, con razón estuviera yo allá más afrentada. ¿Por qué hemos de querer tantos bienes, y deleites, y gloria para sin fin, todos a costa del buen Jesús? ¿No lloraremos siquiera con las hijas de Jerusalén, ya que no le ayudemos a llevar la cruz con el Cirineo? Qué, ¿con placeres y pasatiempos hemos de gozar lo que él nos ganó a costa de tanta sangre? Es imposible. ¿Y con honras vanas pensamos remediar un desprecio como él sufrió, para que nosotros reinemos para siempre? No lleva camino. Errado, errado va el camino, nunca llegaremos allá. Dé voces vuesa merced en decir estas verdades, pues Dios me quitó a mí esta

libertad. A mí me las querría dar siempre, y oyóme tan tarde, y entendí a Dios, como se verá por lo escrito, que me es gran confusión hablar en esto, y ansí quiero callar; sólo diré lo que algunas veces considero. Plega al Señor me traiga a términos que yo pueda gozar deste bien. ¿Qué gloria accidental será, y qué contento de los bienaventurados que ya gozan desto, cuando vieren que, aunque tarde, no les quedó por hacer por Dios de las que les fué posible? Ni dejaron cosa por darle de todas las maneras que pudieron, conforme a sus fuerzas y estado, y el que más, más. ¡Qué rico se hallará el que todas las riquezas dejó por Cristo! ¡Qué honrado el que no quiso honra por él, sino que gustaba de verse muy abatido! ¡Qué sabio el que se holgó que le tuviesen por loco, pues lo llamaron a la mesma Sabiduría! ¡Qué pocos hay ahora por nuestros pecados! Ya, ya parece se acabaron los que las gentes tenían por locos, de verlos hacer obras heroicas de verdaderos amadores de Cristo. ¡Oh mundo, mundo, cómo vas ganando honra en haber pocos que te conozcan! ¿Mas si pensamos se sirve ya más Dios de que nos tengan por sabios y discretos? Eso, eso debe ser, según se usa de discreción; luego nos parece es poca edificación no andar con mucha compostura y autoridad, cada uno en su estado. Hasta el fraile, clérigo o monja, nos parecerá que traer cosa vieja, y remendada, es novedad. y dar escándalo a los flacos, y aun estar muy recogidos, y tener oración según está el mundo, y tan olvidadas las cosas de perfección de grandes ímpetus que tenían los Santos, que pienso hace más daño a las desventuras que pasan en estos tiempos, que no haría escándalo a nadie dar a entender los religiosos por obras, como lo dicen por palabras, en lo poco que se ha de tener el mundo, que destos escándalos el Señor saca dellos grandes prove-

chos; y si unos se escandalizan, otros se remuerden, siquiera que hubiese un dibujo de lo que pasó por Cristo y sus Apóstoles, pues ahora más que nunca es menester.

10. ¡Y qué bueno nos le llevó Dios ahora en el bendito Fray Pedro de Alcántara! No está ya el mundo para sufrir tanta perfección. Dicen que están las saludes más flacas, y que no son los tiempos pasados. Este santo hombre deste tiempo era, estaba grueso el espíritu como en los otros tiempos, y ansí tenía el mundo debajo de los pies, que aunque no anden desnudos, ni hagan tan áspera penitencia como él, muchas cosas hay, como otras veces he dicho, para repisar el mundo, y el Señor las enseña cuando ve ánimo. ¡Y cuán grande le dió su Majestad a este santo que digo, para hacer cuarenta y siete años tan áspera penitencia como todos saben! Quiero decir algo della, que sé es toda verdad. Díjome a mí, y a otra persona, de quien se guardaba poco (y a mí el amor que me tenía era la causa, porque quiso el Señor le tuviese para volver por mí, y animarme en tiempo de tanta necesidad, como he dicho, y diré), paréceme fueron cuarenta años los que me dijo había dormido sola hora y media entre noche y día, y que éste era el mayor trabajo de penitencia que había tenido en los principios, de vencer el sueño, y para esto estaba siempre, o de rodillas, o en pie. Lo que dormía era sentado, la cabeza ahirmada a un maderillo que tenía hincado en la pared. Echado, aunque quisiera no podía, porque su celda, como se sabe, no era larga que cuatro pies y medio. En todos estos años jamás se puso la capilla, por grandes soles y aguas que hiciese, ni cosa en los pies, ni vestía sino un hábito de sayal, sin ninguna otra cosa sobre las carnes, y éste tan angosto como se podía sufrir, y un mantillo de lo mesmo

encima. Decíame que en los grandes fríos se le quitaba, y dejaba la puerta y ventanilla abierta de la celda, para que con ponerse después el manto y cerrar la puerta, contentaba al cuerpo para que sosegase con más abrigo. Comer a tercer día era muy ordinario. Y díjome que ¿de qué me espantaba? Que muy posible era a quien se acostumbraba a ello. Un su compañero me dijo que le acaecía estar ocho días sin comer. Debía ser estando en oración, porque tenía grandes arrobamientos e ímpetus de amor de Dios, de que una vez yo fuí testigo. Su pobreza era extrema, y mortificación en la mocedad, que me dijo que le había acaecido estar tres años en una casa de su Orden, y no conocer fraile sino era por la habla; porque no alzaba los ojos jamás, y ansí a las partes que de necesidad había de ir, no sabía, sino íbase tras los frailes. Esto le acaecía por los caminos.

A mujeres jamás miraba, esto muchos años. Decíame que ya no se le daba más ver que no ver; mas era muy viejo cuando le vine a conocer, y tan extrema su flaqueza, que no parecía sino hecho de raíces de árboles. Con toda esta santidad era muy afable, aunque de pocas palabras, si no era con preguntarle. En éstas era muy sabroso, porque tenía muy lindo entendimiento. Otras cosas muchas quisiera decir, sino que he miedo dirá vuesa merced que para qué me meto en esto, y con él lo he escrito. Y ansí lo dejo, con que fué su fin como la vida, predicando y amonestando a sus frailes. Como vió ya se acababa, dijo el psalmo de *Laetatus sum in his quæ dicta sunt mihi,* e hincado de rodillas murió.

11. Después ha sido el Señor servido, yo tenga mas en él que en la vida, aconsejándome en muchas cosas. Hele visto muchas veces con grandísima gloria. Díjome la primera que me apareció, que bienaventurada penitencia, que tanto premio había merecido y otras mu-

chas cosas. Un año antes que muriese me apareció estando ausente, y supe se había de morir, y se lo avisé, estando algunas leguas de aquí. Cuando expiró me apareció, y dijo cómo se iba a descansar. Yo no lo creí; díjelo a algunas personas, y desde a ocho días vino la nueva como era muerto, o comenzado a vivir para siempre, por mejor decir. Hela aquí acabada esta aspereza de vida con tan gran gloria; paréceme que mucho más me consuela que cuando acá estaba. Díjome una vez el Señor, que no le pedirían cosa en su nombre que no la oyese. Muchas que le he encomendado pida al Señor, las he visto cumplidas. Sea bendito por siempre. Amén.

12. Mas ¡qué hablar he hecho para despertar a vuesa merced a no estimar en nada cosa desta vida, como si no lo supiese, o no estuviera ya determinado a no dejarlo todo y puestólo por obra! Veo tanta perdición en el mundo, que aunque no aproveche más decirlo yo, de cansarme de escribirlo, me es descanso que todo es contra mí lo que digo. El Señor me perdone lo que en este caso le he ofendido, y vuesa merced, que le canso sin propósito. Parece que quiero haga penitencia de lo que yo en esto pequé.

CAPITULO XXVIII

En que trata las grandes mercedes que le hizo el Señor, y cómo le apareció la primera vez; declara qué es visión imaginaria; dice los grandes efetos y señales que deja cuando es de Dios. Es muy provechoso capítulo y mucho de notar.

1. Tornando a nuestro propósito, pasé algunos días, pocos, con esta visión muy contina, y hacíame tanto

provecho, que no salía de oración; y aun cuanto hacía procuraba fuese de suerte que no descontentase al que claramente veía estaba por testigo; y aunque a veces temía con lo mucho que me decían, durábame poco el temor, porque el Señor me aseguraba. Estando un día en oración, quiso el Señor mostrarme solas las manos con tan grandísima hermosura, que no lo podría yo encarecer. Hízome gran temor, porque cualquier novedad me le hace grande a los principios de cualquier merced sobrenatural que el Señor me haga. Desde ha pocos días vi también aquel divino rostro que del todo me parece me dejó absorta. No podía yo entender, por qué el Señor se mostraba ansí poco a poco, pues después me había de hacer merced que yo le viese del todo, hasta después que he entendido que me iba su Majestad llevando conforme a mi flaqueza natural. Sea bendito por siempre, porque tanta gloria junta, tan bajo y ruin sujeto no la pudiera sufrir, y como quien esto sabía iba el piadoso Señor disponiendo.

2. Parecerá a vuesa merced que no era menester mncho esfuerzo para ver unas manos y rostro tan hermoso; sonlo tanto los cuerpos glorificados, que la gloria que traen consigo ver tan sobrenatural y hermosa, desatina, y ansí me hacía tanto temor, que toda me turbaba y alborotaba, aunque después quedaba con certidumbre y seguridad, y con tales efetos, que presto se perdía el temor.

3. Un día de San Pablo, estando en misa, se me representó toda esta Humanidad sacratísima, como se pinta resucitado, con tanta hermosura y majestad, como particularmente escribí a vuesa merced cuando mucho me lo mandó. Y hacíase harto de mal, porque no se puede decir que no sea deshacerse; mas lo mejor que supe, ya lo dije, y ansí, no hay para qué tornarlo a de-

cir aquí; sólo digo, que cuando otra no hubiese para deleitar la vista en el cielo, sino la gran hermosura de los cuerpos glorificados, es grandísima gloria, en especial ver la Humanidad de Jesucristo Señor Nuestro aun acá, que se muestra su Majestad conforme a lo que puede sufrir nuestra miseria, ¿qué será adonde del todo se goza tal bien? Esta visión, aunque es imaginaria, nunca la ví con los ojos corporales, ni ninguna, sino con los ojos del alma. Dicen los que lo saben mejor que yo, que es más perfecta la pasada que ésta, y ésta más mucho que las que se ven con los ojos corporales. Esta dicen que es la más baja y adonde más ilusiones puede hacer el demonio, aunque entonces no podía yo entender tal, sino que deseaba, ya que se me hacía esta merced, que fuese viéndola con los ojos corporales, para que no me dijese el confesor se me antojaba. Y también después de pasada me acaecía (esto era luego, luego) pensar yo también en esto, que se me había antojado, y fatigábame de haberlo dicho al confesor, pensando si le había engañado. Este era otro llanto, e iba a él y decíaselo. Preguntábame, ¿que si me parecía a mí ansí, o si había querido engañar? Yo le decía la verdad, porque a mi parecer no mentía, ni tal había pretendido, ni por cosa del mundo dijera una cosa por otra. Esto bien lo sabía él, y ansí procuraba sosegarme, y yo sentía tanto en irle con estas cosas, que no sé cómo el demonio me ponía lo había de fingir para atormentarme a mí mesma.

4. Mas el Señor se dió tanta priesa a hacerme esta merced, y declarar esta verdad, que bien presto se me quitó la duda de si era antojo, y después veo muy claro mi boberia; porque si estuviera muchos años imaginando cómo figurar cosa tan hermosa, no pudiera, ni supiera, porque excede a todo lo que aca se puede ima-

ginar, aun sola la blancura y resplandor. No es resplandor que deslumbre, sino una blancura suave, y el resplandor infuso, que da deleite grandísimo a la vista y no la cansa, ni la claridad que se ve, para ver esta hermosura tan divina. Es una luz tan diferente de la de acá, que parece una cosa tan deslustrada la claridad del sol que vemos, en comparación de aquella claridad y luz que se representa a la vista, que no se querrían abrir los ojos después.

5. Es como ver un agua muy clara, que corre sobre cristal, y reverbera en ella el sol, a una muy turbia y con gran nublado, y que corre por encima de la tierra. No porque se le representa el sol, ni la luz es como la del sol; parece, en fin, luz natural, y esta otra cosa artificial. Es luz que no tiene noche, sino que como siempre es luz, no la turba nada. En fin, es de suerte que, por grande entendimiento que una persona tuviese, en todos los días de su vida podría imaginar cómo es; y pónela Dios delante tan presto, que aún no hubiera lugar para abrir los ojos, si fuera menester abrirlos; mas no hace más estar abiertos que cerrados, cuando el Señor quiere, que aunque no queramos, se ve. No hay divertimiento que baste, ni hay poder resistir, ni basta diligencia ni cuidado para ello. Esto tengo yo bien experimentado, como diré.

6. Lo que yo ahora querría decir es el modo cómo el Señor se muestra por estas visiones; no digo que declararé de qué manera puede ser poner esta luz tan fuerte en el sentido interior, y en el entendimiento imagen tan clara, que parece verdaderamente está allí, porque esto es de letrados; no ha querido el Señor darme a entender el cómo, y soy tan ignorante, y de tan rudo entendimiento, que aunque mucho me lo han querido declarar, no he aún acabado de entender el cómo. Y

esto es ciertamente, que aunque a vuesa merced le parezca que tengo vivo entendimiento, que no lo tengo, porque en muchas cosas le he experimentado, que no comprende más de lo que le dan a comer, como dicen. Algunas veces se espantaba el que me confesaba de mis ignorancias, y jamás me dió a entender, ni aun lo deseaba, cómo hizo Dios esto, o pudo ser esto, ni lo preguntaba, aunque, como he dicho, de muchos años acá trataba con buenos letrados. Si era una cosa pecado, o no, esto sí; en lo demás, no era menester más para mí de pensar, hízolo Dios todo, y veía que no había de qué me espantar, sino por qué le alabar, y antes me hacen devoción las cosas dificultosas, y mientras, más, más.

7. Diré, pues, lo que he visto por experiencia; el cómo el Señor lo hace, vuesa merced lo dirá mejor, y declarará todo lo que fuere escuro y yo no supiere decir. Bien me parecía en algunas cosas que era imagen lo que veía, mas por otras muchas no, sino que era el mesmo Cristo, conforme a la claridad con que era servido mostrárseme. Unas veces era tan en confuso, que parecía imagen, no como los dibujos de acá, por muy perfectos que sean que hartos he visto buenos; es disparate pensar que tiene semejanza lo uno con lo otro en ninguna manera; no más ni menos que la tiene una persona viva a su retrato, que por bien que esté sacado, no puede ser tan al natural, que en fin se ve es cosa muerta; mas dejemos esto, que aquí viene bien y muy al pie de la letra.

No digo que es comparación, que nunca son tan cabales, sino verdad, que hay la diferencia que de lo vivo a lo pintado, no más ni menos; porque si es imagen, es imagen viva, no hombre muerto, sino Cristo vivo; y da a entender que es hombre, y Dios, no como estaba en

el sepulcro, sino como salió dél después de resucitado. Y viene a veces con tan grande majestad, que no hay quien pueda dudar, sino que es el mesmo Señor, en especial en acabando de comulgar, que ya sabemos que está allí, que nos lo dice la fe. Represéntase tan Señor de aquella posada, que parece toda deshecha el alma se ve consumir en Cristo. ¡Oh Jesús mío, quién pudiese dar a entender la majestad con que os mostráis! ¡Y cuán Señor de todo el mundo, y de los cielos, y de otros mil mundos, y sin cuento mundos, y cielos, que Vos criárades, entiende el alma, según con la majestad que os representáis, que no es nada para ser Vos Señor dello!

8. Aquí se ve claro, Jesús mío, el poco poder de todos los demonios en comparación del vuestro, y cómo quien os tuviere contento puede repisar el infierno todo. Aquí ve la razón que tuvieron los demonios de temer cuando bajastes al limbo, y tuvieron de desear otros mil infiernos más bajos para huir de tan gran Majestad, y veo que queréis dar a entender al alma cuán grande es, y el poder que tiene esta sacratísima Humanidad, junto con la Divinidad. Aquí se representa bien qué será el día del juicio ver esta majestad deste Rey, verle con rigor para los malos. Aquí es la verdadera humildad, que deja en el alma de ver su miseria, que no la pueden ignorar. Aquí la confusión y verdadero arrepentimiento de los pecados, que aun con verle que muestra amor, no sabe adónde se meter, y ansí se deshace toda. Digo que tiene tan grandísima fuerza esta visión, cuando el Señor quiere mostrar al alma mucha parte de su grandeza y majestad, que tengo por imposible, si muy sobrenatural no la quisiere el Señor ayudar, con quedar puesta en arrobamiento y éxtasi (que pierde el ver la visión de aquella divina presencia, con

gozar) sería, como digo, imposible sufrirla ningún sujeto. Es verdad que se olvida después. Tan imprimida queda aquella majestad y hermosura, que no hay poderla olvidar, sino es cuando quiere el Señor que padezca el alma una sequedad y soledad grande, que diré adelante, que aun entonces de Dios parece se olvida. Queda el alma otra, siempre embebida, parécele comienza de nuevo amor vivo de Dios en muy alto grado, a mi parecer, que aunque la visión pasada que dije que representa a Dios sin imagen, es más subida, que para durar la memoria conforme a nuestra flaqueza, para traer bien ocupado el pensamiento, es gran cosa el quedar representada y puesta en la imaginación tan divina presencia. Y casi vienen juntas estas dos maneras de visión siempre; y aun es ansí que lo vienen, porque con los ojos del alma vese la excelencia y hermosura, y gloria de la santísima Humanidad; y por estotra manera que queda dicha, se nos da a entender cómo es Dios, y poderoso, y que todo lo puede, y todo lo manda, y todo lo gobierna, y todo lo hinche su amor.

9. Es muy mucho de estimár esta visión, y sin peligro, a mi parecer; porque en los efetos se conoce no tiene fuerza aquí el demonio. Paréceme que tres o cuatro veces me ha querido representar de esta suerte al mesmo Señor, en representación falsa; toma la forma de carne, mas no puede contrahacerla con la gloria que cuando es de Dios. Hace representaciones para deshacer la verdadera visión que ha visto el alma, mas ansí la resiste de sí y se alborota, y se desabre e inquieta, que pierde la devoción y gusto que antes tenía, y queda sin ninguna oración. A los principios fué esto, como he dicho, tres o cuatro veces. Es cosa tan diferentísima, que aun quien hubiere tenido sola oración de quietud, creo lo entenderá por los efetos que quedan di-

chos en las hablas. Es cosa muy conocida, y si no se quiere dejar engañar un alma, no me parece la engañará si anda con humildad y simplicidad. A quien hubiere tenido verdadera visión de Dios, desde luego casi se siente; porque aunque comienza con regalo y gusto, el alma lo lanza de sí, y aun a mi parecer, debe ser diferente el gusto, y no muestra apariencia de amor puro y casto, y muy en breve da a entender quién es.

10. Ansí que, donde hay experiencia, a mi parecer, no podrá el demonio hacer daño. Pues ser imaginación esto es imposible de toda imposibilidad; ningún camino lleva, porque sola la hermosura y blancura de una mano es sobre toda nuestra imaginación. Pues sin acordarnos dello, ni haberlo jamás pensado, ver en un punto presente cosas que en gran tiempo no pudieran contentarse con la imaginación, porque va muy alto, como ya he dicho, de lo que acá podemos comprender, ansí que esto es imposible; y si pudiésemos algo en esto, aún se ve claro por estotro que ahora diré. Porque si fuese representado con el entendimiento (dejado que no haría las grandes operaciones que esto hace, ni ninguna), porque sería como uno que quisiese hacer que dormía, y estase despierto, porque no le ha venido el sueño, que él como lo desea, si tiene necesidad o flaqueza en la cabeza, lo desea, adormécese en sí y hace sus diligencias, y a las veces parece hace algo; mas si no es sueño de veras, no le sustentará ni dará fuerza a la cabeza, antes a las veces queda más desvanecida. Ansí sería en parte acá, quedar el alma desvanecida, mas no sustentada y fuerte, antes cansada y disgustada: acá no se puede encarecer la riqueza que queda, aun al cuerpo de salud, y queda conhortado.

11. Esta razón con otras daba yo cuando me decían que era demonio, y que se me antojaba (que fué muchas

veces), y ponía comparaciones como yo podía y el Señor me daba a entender; mas todo aprovechaba poco, porque como había personas muy santas en este lugar, y yo en su comparación una perdición, y no los llevaba Dios por este camino, luego era el temor en ellos; que mis pecados parece lo hacían, que de uno en otro se rodeaba, de manera que lo venían a saber, sin decirlo yo, sino a mi confesor o a quien el me mandaba. Yo les dije una vez que si los que me decían esto me dijeran que una persona que hubiese acabado de hablarme, y la conociese yo mucho, que no era ella, sino que se me antojaba que ellos lo sabían, que sin duda yo lo creyera más que lo que había visto; mas si esta persona me dejara algunas joyas, y se me quedaban en las manos por prendas de mucho amor, y que antes no tenía ninguna, y me veía rica siendo pobre, que no podría creerlo aunque yo quisiese; y que estas joyas las podía yo mostrar, porque todos los que me conocían veían claro estar otra mi alma, y ansí lo decía mi confesor, porque era muy grande la diferencia en todas las cosas, y no disimulada, sino muy con claridad lo podían todos ver. Porque como antes era tan ruin, decía yo que no podía creer que si el demonio hacía esto para engañarme y llevarme al infierno, tomase medio tan contrario, como era quitarme los vicios y poner virtudes y fortaleza; porque veía claro quedar con estas cosas, en una vez, otra.

12. Mi confesor, como digo (que era un padre bien santo de la Compañía de Jesús), respondía esto mesmo, según yo supe. Era muy discreto y de gran humildad, y esta humildad tan grande me acarreó a mí hartos trabajos, porque con ser de mucha oración y letrado, no se fiaba de sí, como el Señor no le llevaba por este camino; pasólos harto grandes conmigo de muchas mane-

ras. Supe que le decían que se guardase de mí, no le engañase el demonio con creerme algo de lo que le decía; traíanle ejemplos de otras personas; todo esto me fatigaba a mí. Temía que no había de haber con quien me confesar, sino que todos habían de huir de mí; no hacía sino llorar. Fué providencia de Dios querer él durar y oirme, sino que era tan gran siervo de Dios, que a todo se pusiera por él; y ansí me decía que no ofendiese yo a Dios, ni saliese de lo que él me decía, que no hubiese miedo me faltase; siempre me animaba y sosegaba. Mandábame siempre que no le callase ninguna cosa; yo ansí lo hacía.

El me decía que haciendo yo esto, aunque fuese demonio no me haría daño, antes sacaría el Señor bien del mal que él quería hacer a mi alma; procuraba perfeccionarla en todo lo que podía. Yo, como traía tanto miedo, obedecíale en todo, aunque imperfetamente; que harto pasó conmigo tres años, y más, que me confesó con estos trabajos; porque en grandes persecuciones que tuve, y cosas hartas que permitía el Señor me juzgasen mal, y muchas estándo sin culpa, con todo venían a él, y era culpado por mí, estando él sin ninguna culpa. Fuera imposible, si nò tuviera tanta santidad, y el Señor que le animaba, poder sufrir tanto, porque había de responder a los que les parecía iba perdida, y no le creían; y por otra parte, habíame de sosegar a mí y de curar el miedo que yo traía, poniéndomele mayor, me había por otra parte de asegurar; porque a cada visión, siendo cosa nueva, permitía Dios me quedasen después grandes temores; todo me procedía de ser tan pecadora yo y haberlo sido. El me consolaba con mucha piedad, y si él se creyera a sí mesmo, no padeciera yo tanto, que Dios le daba a entender la verdad en todo, porque el mesmo Sacramento le daba luz, a lo que yo creo.

13. Los siervos de Dios que no se aseguraban, tratábanme mucho; yo, como hablaba con descuido algunas cosas que ellos tomaban por diferente intención (yo quería mucho al uno dellos, porque le debía infinito mi alma, y era muy santo; yo sentía infinito de que veía no me entendía, y él deseaba en gran manera mí aprovechamiento y que el Señor me diese luz), y ansi lo que yo decía, como digo, sin mirar en ello, parecíales poca humildad en viéndome alguna falta, que verían muchas, luego era todo condenado. Preguntábanme algunas cosas; yo respondía con llaneza y descuido, luego les parecía les quería enseñar, y que me tenía por sabia, todo iba á mi confesor; por cierto ellos deseaban mi provecho, él a reñirme.

Duró esto harto tiempo afligida por muchas partes, y con las mercedes que me hacía el Señor, todo lo pasaba. Digo esto para que se entienda el gran trabajo que es no haber quien tenga experiencia en este camino espiritual, que a no me favorecer tanto el Señor, no sé qué fuera de mí. Bastantes cosas había para quitarme el juicio, y algunas veces me veía en términos que no sabía qué hacer sino alzar los ojos al Señor; porque contradicción de buenos a una mujercilla ruin y flaca como yo y temerosa, no parece nada ansí dicho, y con haber yo pasado en la vida grandísimos trabajos, es éste de los mayores. Plega al Señor que yo haya servido a su Majestad algo en esto, que de que le servían los que me condenaban y argüían, bien cierta estoy, y que era todo por gran bien mío.

CAPITULO XXIX

Prosigue en lo comenzado y dice algunas mercedes grandes que la hizo el Señor, y las cosas que su Majestad la hacía para asegurarla y para que respondiese a los que la contradecían.

1. Mucho he salido del propósito, porque trataba de decir las causas que hay para ver que no es imaginación; porque ¿cómo podríamos representar con estudio la Humanidad de Cristo, ordenando con la imaginación su gran hermosura? Y no era menester poco tiempo, si en algo se había de parecer a ella. Bien la puede representar delante de su imaginación y estarla mirando algún espacio, y las figuras que tiene y la blancura, y poco a poco irla más perfeccionando y encomendando a la memoria aquella imagen; esto ¿quién se lo quita? Pues con el entendimiento la puede fabricar. En lo que tratamos, ningún remedio hay desto, sino que la hemos de mirar cuando el Señor la quiere representar, y como quiere, y lo que quiere; y no hay quitar ni poner, ni modo para ello, aunque más hagamos, ni para verlo cuando queremos, ni para dejarlo de ver, en queriendo mirar alguna cosa particular, luego se pierde Cristo. Dos años y medio me duró, que muy ordinario me hacía Dios esta merced; habrá más de tres que tan contino me la quitó deste modo con otra cosa más subida (como quizá diré después), y con ver que me estaba hablando y yo mirando aquella gran hermosura; y la suavidad con que hablaba aquellas palabras por aquella hermosísima y divina boca, y otras veces con rigor y desear yo en extremo entender el color de ojos, o del tamaño que eran, para que lo supiese decir,

jamás lo he merecido ver ni me basta procurarlo, antes se me pierde la visión del todo. Bien que algunas veces veo mirarme con piedad; mas tiene tanta fuerza esta vista, que el alma no la puede sufrir, y queda en tan subido arrobamiento, que para más gozarlo todo pierde esta hermosa vista.

2. Ansí que aquí no hay que querer ni no querer; claro se ve quiere el Señor que no haya sino humildad y confusión, y tomar lo que nos dieren, y alabar a quien lo da. Esto es en todas las visiones, sin quedar ninguna, que ninguna cosa se puede, ni para ver menos ni más, hace ni deshace nuestra diligencia. Quiere el Señor que veamos muy claro no es esta obra nuestra, sino de su Majestad; porque muy menos podemos tener soberbia, antes nos hace estar humildes y temerosos, viendo que como el Señor nos quita el poder para ver lo que queremos, nos puede quitar estas mercedes y la gracia, y quedar perdidos del todo, y que siempre andemos con miedo mientras en este destierro vivimos.

3. Casi siempre se me representaba el Señor ansí resucitado, y en la hostia, lo mesmo; si no eran algunas veces para esforzarse, si estaba en tribulación, que me mostraba las llagas, algunas veces en la cruz y en el huerto, y con la corona de espinas, pocas, y llevando la cruz también algunas veces, para como digo, necesidades mías y de otras personas, mas siempre la carne glorificada. Hartas afrentas y trabajos he pasado en decirlo, y hartos temores y hartas persecuciones. Tan cierto les parecía que tenía demonio, que me querían conjurar algunas personas. Desto poco se me daba a mí, más sentía cuando veía yo que temían los confesores de confesarme, o cuando sabía les decían algo.

Con todo, jamás me podía pesar de haber visto es-

tas visiones celestiales, y por todos los bienes y deleites del mundo sola una vez no lo trocara; siempre lo tenía por gran merced del Señor, y me parece un grandísimo tesoro; y el mesmo Señor me aseguraba muchas veces. Yo me creía crecer en amarle muy mucho: íbame a quejar a él de todos estos trabajos, siempre salía consolada de la oración, y con nuevas fuerzas. A ellos no los osaba yo contradecir, porque veía era todo peor, que les parecía poca humildad. Con mi confesor trataba, él siempre me consolaba mucho cuando me veía fatigada.

4. Como las visiones fueron creciendo, uno dellos, que antes me ayudaba (que era con quien me confesaba algunas veces que no podía el ministro), comenzó decir, que claro era demonio. Mandábame que ya que no había remedio que resistir, que siempre me santiguase cuando alguna visión viese, y diese higas, y que tuviese por cierto era demonio, y con esto no vernía; y que no hubiese miedo, que Dios me guardaría y me lo quitaría. A mí me era esto grande pena; porque como yo no podía creer sino que era Dios, es cosa terrible para mí, y tampoco podía, como he dicho, desear se me quitase, mas en fin, hacía cuanto me mandaba. Suplicaba mucho a Dios me librase de ser engañada; esto siempre lo hacía y con hartas lágrimas y a San Pedro y San Pablo, que me dijo el Señor (como fué la primera vez que apareció en su día) que ellos me guardarían no fuese engañada, y ansí muchas veces los veía al lado izquierdo muy claramente, aunque no con visión imaginaria. Eran estos gloriosos Santos muy mis señores.

5. Dábame este dar higas grandísima pena cuando veía esta visión del Señor, porque cuando yo le veía presente, si me hicieran pedazos, no podía yo creer que era demonio, y ansí era un género de penitencia

grande para mí; y por no andar tanto santiguándome, tomaba una cruz en la mano. Esto hacía casi siempre, las higas no tan contino, porque sentía mucho; acordábame de las injurias que le habían hecho los judíos y suplicábale me perdonase, pues yo lo hacía por obedecer al que tenía en su lugar, y que no me culpase, pues eran los ministros que él tenía puestos en su Iglesia. Decíame que no se me diese nada, que bien hacía en obedecer, mas que él haría que se entendiese la verdad. Cuando me quitaban la oración, me pareció se había enojado. Díjome que los dijese que ya aquello era tiranía. Dábame causas para que entendiese que no era demonio; alguna diré después.

6. Una vez teniendo yo la cruz en la mano, que la traía en un rosario, me la tomó con la suya; y cuando me la tornó a dar, era de cuatro piedras grandes muy más preciosas que diamantes, sin comparación, porque no la hay casi, a lo que se ve, sobrenatural (diamante parece cosa contrahecha e imperfecta) de las piedras preciosas que se ven allá. Tenían las cinco llagas de muy linda hechura. Díjome que ansí la vería de aquí adelante; y ansí me acaecía, que no veía la madera de que era, sino estas piedras, mas no la veía nadie sino yo. En comenzando a mandarme hiciese estas pruebas, y resistiese, era muy mayor el crecimiento de las mercedes; en queriéndome divertir, nunca salía de oración, aun durmiéndome parecía estaba en ella; porque aquí era crecer el amor y las lástimas que yo decía al Señor, y él no lo podía sufrir ni era en mi mano (aunque yo quería y más lo procuraba) de dejar de pensar en él, con todo obedecía cuanto podía, mas podía poco o nada en esto. Y el Señor nunca me lo quitó; mas aunque me decía lo hiciese, asegurábame por otro cabo y enseñábame lo que les había de decir, y ansí lo hace

ahora, y dábame tan bastantes razones, que a mí me hacía toda seguridad.

7. Desde ha poco tiempo comenzó su Majestad, como me lo tenía prometido, a señalar más que era él, creciendo en mí un amor tan grande de Dios, que no sabía quién me lo ponía, porque era muy sobrenatural, ni yo le procuraba. Veíame morir con deseo de ver a Dios, y no sabía adónde había de buscar esta vida, sino era con la muerte. Dábanme unos ímpetus grandes deste amor, que aunque no eran tan insufrideros, como los que ya otra vez he dicho, ni de tanto valor, yo no sabía qué me hacer, porque nada me satisfacía, ni cabía en mí, sino que verdaderamente me parecía se me arrancaba el alma. ¡Oh artificio soberano del Señor, qué industria tan delicada hacíades con vuestra esclava miserable! Escondíades os de mí y apretábadesme con vuestro amor, con una muerte tan sabrosa que nunca el alma querría salir della.

8. Quien no hubiere pasado estos ímpetus tan grandes, es imposible poderlo entender, que no es desasosiego del pecho; ni unas devociones que suelen dar muchas veces, que parece ahogan el espíritu, que no caben en sí. Esta es oración más baja, y hanse de evitar estos aceleramientos con procurar con suavidad recogerlos dentro de sí y acallar el alma; que es esto como unos niños que tienen un acelerado llorar, que parece van ahogarse, y con darles a beber, cesa aquel demasiado sentimiento.

Ansí acá la razón ataje a encoger la rienda porque podría ser ayuda el mesmo natural, vuelva la consideración con temer no es todo perfeto, sino que puede ser mucha parte sensual, y acalle este niño con un regalo de amor que le haga mover a amar por vía suave, y no a puñadas, como dicen, que recojan este amor

dentro; y no como olla que cuece demasiado, porque se pone la leña sin discreción, y se vierte toda, sino que moderen la causa que tomaron para ese fuego, y procuren a matar la llama con lágrimas suaves, y no penosas, que lo son las destos sentimientos, y hacen mucho daño. Yo las tuve algunas veces a los principios, y dejábanme perdida la cabeza, y cansado el espíritu, de suerte, que otro día, y más, no estaba para tornar a la oración. Ansí que es menester gran discrección a los principios, para que vaya todo con suavidad, y se muestre el espíritu a obrar interiormente, lo exterior se procure mucho evitar.

9. Estotros ímpetus son diferentísimos, no ponemos nosotros la leña, sino que parece que hecho ya el fuego, de presto nos echan dentro, para que nos quememos. No procura el alma que duela esta llaga de la ausencia del Señor, sino que hincan una saeta en lo más vivo de las entrañas y corazón a las veces, que no sabe el alma qué ha, ni qué quiere; bien entiende que quiere a Dios, y que la saeta parece traía hierba para aborrecerse a sí por amor deste Señor, y perdería de buena gana la vida por él. No se puede encarecer ni decir el modo con que llaga Dios al alma, y la grandísima pena que da, que la hace no saber de sí, mas es esta pena tan sabrosa, que no hay deleite en la vida que más contento dé. Siempre querría el alma (como he dicho) estar muriendo deste mal.

10. Esta pena y gloria junta me traía desatinada, que no podía yo entender cómo podía ser aquello. ¡Oh, qué es ver un alma herida! Que digo que se entiende de manera que se puede decir herida, por tan excelente causa, y ve claro que no movió ella, por donde le viniese este amor, sino que del muy grande que el Señor le tiene, parece cayó de presto aquella centella en ella,

que le hace toda arder. ¡Oh, cuántas veces me acuerdo, cuando ansí estoy, de aquel verso de David: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum,* que me parece lo veo al pie de la letra en mí! Cuando no da esto muy recio, parece se aplaca algo (al menos busca el alma algún remedio, porque no sabe qué hacer) con algunas penitencias, y no se sienten más, ni hace más pena derramar sangre, que si estuviese el cuerpo muerto. Busca modos y maneras para hacer algo que sienta por amor de Dios, mas es tan grande el primer dolor, que no sé yo qué tormento corporal le quitase; como no está allí el remedio, son muy bajas estas medicinas para tan subido mal; alguna cosa se placa, y pasa algo con esto, pidiendo a Dios le dé remedio para su mal, y ninguno ve sino la muerte, que con ésta piensa gozar del todo a su bien. Otras veces da tan recio, que eso ni nada no se puede hacer, que corta todo el cuerpo, ni pies ni brazos no puede menear; antes si está en pie se sienta como una cosa transportada, que no puede ni aun resollar, sólo da unos gemidos, no grandes, porque no quede, mas sonlo en el sentimiento.

11. Quiso el Señor que viniese aquí algunas veces esta visión; veía un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo en forma corporal, lo que no suelo ver sino por maravilla; aunque muchas veces se me representan ángeles, es sin verlos, sino como la visión pasada, que dije primero. En esta visión quiso el Señor le viese ansí; no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido, que parecía de los ángeles muy subidos, que parece todos se abrasan; deben ser los que llaman Serafines, que los nombres no me los dicen; mas bien veo que en el cielo hay tanta diferencia de unos ángeles a otros, y de otros a otros, que no lo sabría decir. Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del

hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces, y que me llegaba a las entrañas; al sacarle me parecía las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aun harto. Es un requiebro tan suave, que pasa entre el alma y Dios, que súplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento.

12. Los días que duraba esto, andaba como embobada; no quisiera ver ni hablar, sino abrazarme con mi pena, que para mí era mayor gloria que cuantas hay en todo lo criado. Esto tenía algunas veces, cuando quiso el Señor me viniesen estos arrobamientos tan grandes, que aun estando entre gentes no los podía resistir, sino que con harta pena mía se comenzaron a publicar. Después que los tengo no siento esta pena tanto, sino la que dije en otra parte antes (no me acuerdo en qué capítulo), que es muy diferente en hartas cosas y de mayor aprecio, antes en comenzando esta pena de que ahora hablo, parece el arrebatar Señor el alma y la pone en éxtasi, y ansí no hay lugar de tener pena, ni de padecer, porque viene luego el gozar. Sea bendito por siempre, que tantas mercedes hace a quien tan mal responde a tan grandes beneficios.

CAPITULO XXX

Torna a contar el discurso de su vida y cómo remedió el Señor muchos de sus trabajos con traer al lugar donde estaba al santo varón Fray Pedro de Alcántara, de la Orden del glorioso San Francisco. Trata de grandes tentaciones y trabajos interiores que pasaba algunas veces.

1. Pues viendo yo lo poco o nada que podía hacer para no tener estos ímpetus tan grandes, también temía de tenerlos, porque pena y contento no podía yo entender cómo podían estar junto, que ya pena corporal y contento espiritual ya lo sabía que era bien posible; mas tan excesiva pena espiritual, y con tan grandísimo gusto, esto me desatinaba; aún no cesaba en procurar resistir, mas podía tan poco, que algunas veces me cansaba. Amparábame con la cruz y queríame defender del que con ella nos amparó a todos; veía que no me entendía nadie, que esto muy claro lo entendía yo; mas no lo osaba decir sino a mi confesor, porque esto fuera decir bien de verdad que no tenía humildad.

2. Fué el Señor servido remediar gran parte de mi trabajo, y por entonces todo, con traer a este lugar al bendito fray Pedro de Alcántara, de quien ya hice mención, y dije algo de su penitencia; que, entre otras cosas, me certificaron que había traído veinte años cilicio de hoja de lata continuo. Es autor de unos libros pequeños de oración, que ahora se tratan mucho de romance, porque como quien bien lo había ejercitado, escribió harto provechosamente para los que la tienen. Guardó la primera regla del bienaventurado San Francisco con todo rigor, y lo demás que allá queda dicho. Pues como la viuda sierva de Dios que he dicho, y ami-

ga mía, supo que estaba aquí tan gran varón y sabía mi necesidad, porque era testigo de mis aflicciones y me consolaba harto, porque era tanta su fe que no podía sino creer que era espíritu de Dios el que todos los más decían era del demonio; y como es persona de harto buen entendimiento y de mucho secreto, y a quien el Señor hacía harta merced en la oración, quiso su Majestad darla luz en lo que los letrados ignoraban. Dábanme licencia mis confesores que descansase con ella algunas cosas, porque por hartas causas cabía en ella. Cabíale parte algunas veces de las mercedes que el Señor me hacía, con avisos harto provechosos para su alma. Pues como lo supo, para que mejor le pudiese tratar, sin decirme nada, recaudó licencia de mi provincial para que ocho días estuviese en su casa; y en ella, y en algunas iglesias, le hablé muchas veces esta primera vez que estuvo aquí, que después en diversos tiempos le comuniqué mucho. Como le di cuenta, en suma, de mi vida y manera de proceder de oración con la mayor claridad que yo supe (que esto he tenido siempre, tratar con toda claridad y verdad con los que comunico mi alma; hasta los primeros movimientos querría yo les fuesen públicos, y las cosas más dudosas y de sospecha, yo les argüía con razones contra mí); ansí que sin doblez, ni encubierta, le traté mi alma. Casi a los principios vi que me entendía por experiencia, que era todo lo que yo había menester, porque entonces no me sabía entender como ahora para saberlo decir (que después me lo ha dado Dios, que sepa entender y decir las mercedes que su Majestad me hace), y era menester que hubiese pasado por ello quien del todo me entendiese y declarase lo que era.

3. El me dió grandísima luz, porque al menos en las visiones que no eran imaginarias, no podía yo entender

qué podía ser aquello, y parecíame que en las que veía con los ojos del alma tampoco entendía cómo podía ser; que, como he dicho, sólo las que se ven con los ojos corporales eran de las que me parecía a mí había de hacer caso, y éstas no tenía. Este santo hombre me dió luz en todo, y me lo declaró, y dijo que no tuviese pena, sino que alábase a Dios, y estuviese tan cierta que era espíritu suyo, que si no era la fe, cosa más verdadera no podía haber, ni que tanto pudiese creer; y él se consolaba mucho con ...go, y hacíame todo favor y merced, y siempre después t... o mucha cuenta conmigo, y dábame parte de sus cos... y negocios; y como me veía con los deseos que él ya poseía por obra (que éstos dábamelos el Señor muy determinados) y me veía con tanto ánimo, holgábase de tratar conmigo.

Que a quien el Señor llega a este estado, no hay placer ni consuelo que se iguale a topar con quien le parece le ha dado el Señor principios desto; que entonces no debía yo de tener mucho más, a lo que me parece, y plega al Señor lo tenga ahora; húbome grandísima lástima. Díjome que uno de los mayores trabajos de la tierra era el que había padecido, que es contradicción de buenos, y que todavía me quedaba harto, porque siempre tenía necesidad, y no había en esta ciudad quien me entendiese; mas que él hablaría al que me confesaba y a uno de los que me daban más pena, que era este caballero casado que ya he dicho; porque como quien me tenía mayor voluntad me hacía toda la guerra, y es alma temerosa y santa, y como me había visto tan poco había tan ruin, no acababa de asegurarse. Y así lo hizo el santo varón, que los habló a entrambos, les dió causas y razones para que se asegurasen y no me inquietasen más. El confesor poco había menester; el caballero tanto, que aún no del todo bas-

tó, mas fué parte para que no tanto me amedrentase.

4. Quedamos concertado que le escribiese lo que me sucediese más de allí adelante, y de encomendarnos mucho a Dios; que era tanta su humildad, que tenía en algo las oraciones desta miserable, que era harta mi confusión. Dejóme con grandísimo consuelo y contento, y con que tuviese la oración con seguridad y de que no dudase que era Dios; y de lo que tuviese alguna duda, y por más seguridad de todo, diese parte al confesor, y con esto viviese segura. Mas tampoco podía tener esta seguridad del todo, porque me llevaba el Señor por camino de temer, como creer que era demonio, cuando me decían que lo era; así que temor ni seguridad nadie podía que yo la tuviese, de manera que les pudiese dar más crédito del que el Señor ponía en mi alma. Así que aunque me consoló y sosegó, no le di tanto crédito para quedar del todo sin temor, en especial cuando el Señor me dejaba en los trabajos de alma que ahora diré; con todo, quedé, como digo, muy consolada.

5. No me hartaba de dar gracias a Dios y al glorioso padre mío San José, que me pareció le había él traído, porque era comisario general de la custodia de San José, a quien yo mucho me encomendaba, y a nuestra Señora. Acaecíame algunas veces (y aún ahora me acaece, aunque no tantas) estar con tan grandísimos trabajos de alma, juntos con tormentos y dolores de cuerpo de males tan recios, que no me podía valer. Otras veces tenía males corporales más graves, y como no tenía los del alma, los pasaba con mucha alegría; mas cuando era todo junto, era tan gran trabajo, que me apretaba muy mucho.

6. Todas las mercedes que me había hecho el Señor se me olvidaban; sólo quedaba una memoria como cosa que se ha soñado para dar pena; porque se en-

torpece el entendimiento, de suerte que me hacía andar en mil dudas y sospechas, pareciéndome que yo no lo había sabido entender, y que quizá se me antojaba, y que bastaba que anduviese yo engañada sin que engañase a los buenos; parecíame yo tan mala, que cuantos males y herejías se habían levantado me parecía eran por mis pecados. Esta es una humildad falsa que el demonio intentaba para desasosegarme y probar si puede traer el alma a desesperación; y tengo yo tanta experiencia que es cosa del demonio, que como ya ve que lo entiendo, no me atormenta en esto tantas veces como solía. Vese claro en la inquietud y desasosiego con que comienza, y el alboroto que da en el alma todo lo que dura, y la escuridad y aflicción que en ella pone la sequedad y malá disposición para oración ni para ningún bien; parece que ahoga el alma y ata el cuerpo para que de nada aproveche. Porque la humildad verdadera, aunque se conoce el alma por ruin y da pena ver lo que somos, y pensamos grandes encarecimientos de nuestra maldad (tan grandes como los dichos, y se sienten con verdad), no viene con alboroto ni desasosiega el alma, ni la escurece, ni da sequedad; antes la regala, y es todo al revés, con quietud, con suavidad, con luz. Pena que, por otra parte, conhorta de ver cuán gran merced le hace Dios en que tenga aquella pena, y cuán bien empleada es; duélele lo que ofendió a Dios que, por otra parte, la ensancha su misericordia; tiene luz para confundirse a sí, y alaba a su Majestad porque tanto la sufrió. En esta otra humildad que pone el demonio no hay luz para ningún bien, todo parece lo pone Dios a fuego y a sangre; represéntale la justicia, y aunque tiene fe que hay misericordia (porque no puede tanto el demonio que la haga perder), es de manera que no me consuela, antes cuando mira tanta misericordia

le ayuda a mayor tormento, porque me parece estaba obligada a más.

7. Es una invención del demonio de las más penosas y sutiles y disimuladas que yo he entendido dél; y ansí querría avisar a vuesa merced para que si por aquí le tentare, tenga alguna luz, y lo conozca si le dejare el entendimiento para conocerlo, que no piense que va en letras y saber, que aunque a mí todo me falta, después de salida dello bien entiendo es desatino. Lo que he entendido es que quiere y permite el Señor, y le da licencia, como se la dió para que tentase a Job, aunque a mí, como a ruin, no es con aquel rigor. Hame acaecido, y me acuerdo ser un día antes de la víspera de *Corpus Christi* (fiesta de quien yo soy devota, aunque no tanto como es razón); esta vez duróme sólo hasta el día; que otras dúrame ocho y quince días, y aun tres semanas, y no sé si más; en especial las Semanas Santas, que solía ser mi regalo de oración, me acaece, que coge de presto el entendimiento por cosas tan livianas a las veces, que otras me reiría yo dellas, y hácele estar trabucado en todo lo que él quiere, y el alma aherrojada allí sin ser señora de sí ni poder pensar otra cosa más de los disbarates que ella representa, que casi ni tiene tomo, ni atan, ni desatan, sólo ata para ahogar de manera el alma que no cabe en sí; y es ansí, que me ha acaecido parecerme que andan los demonios como jugando a la pelota con el alma, y ella que no es parte para librarse de su poder. No se puede decir lo que en este caso se padece; ella anda a buscar repáro, y permite Dios no le halle; sólo queda siempre la razón del libre albedrío, no clara, digo yo, que debe ser casi atapados los ojos. Como una persona que muchas veces ha ido por una parte, que aunque sea noche y a escuras, ya por el tino pasado sabe dónde puede trope-

zar, porque lo ha visto de día, y guárdase de aquel peligro. Ansí es para no ofender a Dios, que parece se va por la ccstumbre. Dejemos aparte el tenerla el Señor, que es lo que hace al caso.

8. La fe está entonces tan amortiguada y dormida como todas las demás virtudes, aunque no perdida, que bien cree lo que tiene la Iglesia, mas pronunciado por la boca, que parece por otro cabo la aprietan y entorpecen para que casi como cosa que oyó de lejos le parece que conoce a Dios. El amor tiene tan tibio, que si oye hablar en él escucha como una cosa que cree ser el que es, porque lo tiene la Iglesia, mas no hay memoria de lo que ha experimentado en sí. Irse a rezar, no es sino más congoja o estar en soledad; porque el tormento que en sí siente, sin saber de qué, es incomportable; a mi parecer, es un poco de traslado del infierno. Esto es ansí, según el Señor en una visión me dió a entender, porque el alma se quema en sí sin haber quién ni por dónde le ponen fuego, ni cómo huir dél, ni con qué le matar, pues quererse remediar con leer es como si no supiese. Una vez me acaeció ir a leer una vida de un Santo para ver si me embebería y para consolarme de lo que él padeció, y leer cuatro o cinco veces otros tantos reglones; y con ser romance, menos entendía dellos a la postre que al principio, y ansí lo dejé; esto me acaeció muchas veces, sino que ésta se me acuerda más en particular.

9. Tener, pues, conversación con nadie, es peor, porque un espíritu tan disgustado de ira pone el demonio, que parece a todos me querría comer, sin poder hacer más, y algo parece se hace en irme a la mano o hace el Señor en tener de su mano a quien ansí está, para que no diga ni haga contra sus prójimos cosa que los perjudique y en que ofenda a Dios. Pues ir al con-

fesor, esto es cierto, que muchas veces me acaecía lo que diré, que con ser tan santos como lo son los que en este tiempo he tratado, y trato, me decían palabras y me reñían con una aspereza, que después que se las decía yo, ellos mesmos se espantaban y me decían que no eran más en su mano; porque aunque ponían muy por sí de no lo hacer, otras veces que se les hacía después lástima, y aun escrúpulo, cuando tuviese semejantes trabajos de cuerpo y alma, y se determinaban a consolarme con piedad, no podían. No decían ellos malas palabras, digo en que ofendiesen a Dios, mas las más disgustadas que se sufrían para confesar; debían pretender mortificarme; y aunque otras veces me holgaba y estaba para sufrirlo, entonces todo me era tormento. Pues dame también parecer que los engaño, iba a ellos y avisábalos muy a las veras que se guardasen de mí, que podría ser los engañase. Bien veía yo que de advertencia no lo haría ni les diría mentira, mas todo me era temor. Uno me dijo una vez cómo entendió la tentación, que no tuviese pena, que aunque yo quisiese engañarle, seso tenía él para no dejarse engañar.

10. Esto me dió mucho consuelo. Algunas veces, y casi ordinario, al menos lo más contino, en acabando de comulgar descansaba, y aun algunas, en llegando al Sacramento, luego a la hora quedaba tan buena alma y cuerpo que yo me espanto; no me parece sino que en un punto se deshacen todas las tinieblas del alma y salido el sol, conocía las tonterías en que había estado. Otras con sola una palabra que me decía el Señor, con sólo decir: *No estés fatigada; no hayas miedo* (como ya dejo otra vez dicho), quedaba del todo sana, o con ver alguna visión, como si no hubiera tenido nada. Regalábame con Dios, quejábame a él, como consentía tantos tormentos que padeciese; mas ello era bien pa-

gado, que casi siempre eran después en gran abundancia las mercedes, no me parece sino que sale el alma del crisol como el oro, más afinada y glorificada para ver en sí al Señor; y ansí se hacen después pequeños estos trabajos con parecer incomportables, y se desean tornar a padecer, si el Señor se ha de serir más dello. Y aunque haya más tribulaciones y persecuciones, como se pasen sin ofender al Señor, sino holgándose de padecerlo por él, todo es para mayor ganancia; aunque como se han de llevar no los llevo yo, sino harto imperfectamente. Otras veces me venían de otra suerte, y vienen, que de todo punto me parece se me quita la posibilidad de pensar cosa buena ni desearla hacer, sino un alma y cuerpo del todo inútil y pesado; mas no tengo con esto estotras tentaciones y desasosiegos, sino un disgusto, sin entender de qué, ni nada contenta el alma.

11. Procuraba hacer buenas obras exteriores para ocuparme medio por fuerza, y conozco bien lo poco que es un alma cuando se esconde la gracia; no me daba mucha pena, porque este ver mi bajeza me daba alguna satisfacción. Otras veces me hallo que tampoco cosa formada puedo pensar de Dios, ni de bien que vaya con asiento, ni tener oración aunque esté en soledad, mas siento que le conozco. El entendimiento e imaginación entiendo yo es aquí lo que me daña, que la voluntad buena me parece a mí que está, y dispuesta para todo bien; mas este entendimiento está tan perdido, que no parece sino un loco furioso que nadie le puede atar, ni soy señora de hacerle estar quedo un credo. Algunas veces me río; y conozco mi miseria y estoyle mirando, y déjole a ver qué hace; y gloria a Dios, nunca por maravilla va a cosa mala, sino indiferente, si algo hay que hacer aquí, y allí, y acullá. Conozco más

entonces la grandísima merced que me hace el Señor cuando tiene atado este loco en perfeta contemplación. Miro qué sería si me viesen este desvarío las personas que me tienen por buena. He lástima grande el alma de verla en tan mala compañía. Deseo verla con libertad, y ansí digo al Señor: ¿Cuándo, Dios mío, acabaré ya de ver mi alma junta en vuestra alabanza, que os gocen todas las potencias? No permitáis, Señor, sea ya más despedazada, que no parece sino que cada pedazo anda por su cabo. Esto pasó muchas veces, algunas bien entiendo lo hace harto al caso la poca salud corporal.

12. Acuérdome mucho del daño que nos hizo el primer pecado (que de aquí me pareee nos vino ser incapaces de gozar tanto bien), y deben ser los míos, que si yo no hubiera tenido tantos estuviera más entera en bien. Pasé también otro gran trabajo: que como todos los libros que leía que tratan de oración, me parecía los entendía todos, y que ya me había dado aquello el Señor, que no los había menester, y ansí no los leía, sino vidas de Santos (que como yo me hallo tan corta en lo que ellos servían a Dios, esto parece me aprovecha y anima), parecíame muy poca humildad pensar yo había llegado a tener aquella oración; y como no podía acabar conmigo otra cosa, dábame mucha pena, hasta que letrados y el bendito fray Pedro de Alcántara me dijeron que no se me diese nada. Bien veo yo que en el servir a Dios no he comenzado, aunque en hacerme su Majestad mercedes es como a muchos buenos, y que estoy hecha una imperfección si no es en los deseos y en amar, que en esto bien veo me ha favorecido el Señor para que le pueda en algo servir. Bien me parece a mí que le amo; mas las obras me desconsuelan, y las muchas imperfecciones que veo en mí. Otras veces me da una bobería de alma (digo yo que es), que ni bien ni

mal me parece que hago, sino andar al hilo de la gente como dicen, ni con pena ni gloria, ni la da vida, ni muerte, ni placer, ni pesar: no parece se siente nada. Paréceme a mí que anda el alma como un asnillo que pace, que se sustenta porque le dan de comer, y come casi sin sentirlo; porque al alma en este estado no debe estar sin comer algunas grandes mercedes de Dios, pues en vida tan miserable no le pesa de vivir y lo pasa con igualdad, mas no sienten movimientos ni efetos para que se entienda el alma.

13. Paréceme ahora a mí como un navegar con un aire moy sosegado, que se anda mucho sin entender cómo; porque en estotras maneras son tan grandes los efectos, que casi luego ve el alma su mejoría, porque luego bullen los deseos, y nunca acaba de satisfacerse un alma; esto tienen los grandes ímpetus de amor que he dicho, a quien Dios los da. Es como unas fuentecicas que yo he visto manar, que nunca cesa de hacer movimiento el arena hacia arriba. Al natural me parece este ejemplo, y comparación de las almas que aquí llegan; siempre está bullendo el amor y pensando qué hará; no cabe en sí, como la tierra parece no cabe aquella agua, sino que la echa de sí. Ansí está el alma muy ordinario, que no sosiega ni cabe en sí con el amor que tiene: ya la tiene a ella empapada en sí, querría bebiesen los otros, pues a ella no le hace falta, para que la ayudasen a alabar a Dios. ¡Oh, qué de veces me acuerdo del agua viva que dijo el Señor a la Samaritana! Y ansí soy muy aficionada a aquel Evangelio; y es ansí cierto, que sin entender, como ahora este bien, desde muy niña lo era, y suplicaba muchas veces al Señor me diese aquel agua, y la tenía dibujada donde estaba siempre con este letrero, cuando el Señor llegó al pozo: *Domine, da mihi aquam*. Parece

también como un fuego que es grande, y para que no se aplaque es menester haya siempre qué quemar; ansí son las almas que digo, aunque fuese muy a su costa, que querrían traer leña para que no cesase este fuego. Yo soy tal, que aun con pajas que pudiese echar en él, me contentaría; y ansí me acaece algunas y muchas veces; unas me río y otras me fatigo mucho. El movimiento interior me incita a que sirva en algo, de que no soy para más, en poner ramitos y flores a imágenes, en barrer o en poner un oratorio, o en unas cositas tan bajas que me hacían confusión. Si hacía algo de penitencia, todo poco, y de manera que a no tomar el Señor la voluntad, veía yo era sin ningún tomo, y yo mesma burlaba de mí. Pues no tienen poco trabajo a ánimas que da Dios por su bondad este fuego de amor suyo en abundancia, faltar fuerzas corporales para hacer algo por él. Es una pena bien grande; porque como le faltan fuerzas para echar alguna leña en este fuego, y ella muere, porque no se mate, paréceme que ella entre sí se consume, y hace ceniza, y se deshace en lágrimas y se quema, y es harto tormento, aunque es sabroso.

14. Alabe muy mucho al Señor el alma que ha llegado aquí y le da fuerzas corporales para hacer penitencia, o le dió letras, y talento, y libertad para predicar, y confesar, y llegar almas a Dios, que no sabe ni entiende el bien que tiene, si no ha pasado por gustar qué es no poder hacer nada en servicio del Señor, y recibir siempre mucho. Sea bendito por todo, y dénle gloria los ángeles. Amén.

15. No sé si hago bien de escribir tantas menudencias; como vuesa merced me tornó a enviar a mandar que no se me diese nada de alargarme, ni dejase nada, voy tratando con claridad y verdad lo que se me acuerda; y no puede ser menos de dejarse mucho, porque

sería gastar mucho más tiempo, y tengo tan poco, como he dicho, y por ventura no sacar ningún provecho.

CAPITULO XXXI

Trata de algunas tentaciones exteriores y representaciones que le hacía el demonio, y tormentos que le daba. Trata también algunas cosas harto buenas, para aviso de personas que van camino de perfeción.

1. Quiero decir (ya que he dicho algunas tentaciones y turbaciones interiores y secretas, que el demonio me causaba) otras que hacía casi públicas, en que no se podía ignorar que era él. Estaba una vez en un oratorio, y apareciómе hacia el lado izquierdo de abominable figura; en especial miré la boca, porque me habló, que la tenía espantable. Parecía le salía una gran llama del cuerpo, que estaba toda clara sin sombra. Díjome espantablemente que bien me había librado de sus manos, mas que él me tornaría a ellas. Yo tuve gran temor y santigüéme como pude, y desapareció, y tornó luego; por dos veces me acaeció esto. Yo no sabía qué me hacer; tenía allí agua bendita y echéla hacia aquella parte, y nunca más tornó. Otra vez me estuvo cinco días atormentando con tan terribles dolores y desasosiego interior y exterior, que no me parece se podría ya sufrir. Las que estaban conmigo estaban espantadas, y no sabían qué se hacer, ni yo cómo valerme. Tengo por costumbre cuando los dolores y mal corporal es muy intolerable, hacer actos como puedo entre mí, suplicando al Señor, si se sirve de aquello, que me dé su Majestad paciencia, y me esté yo ansí hasta el fin del mundo. Pues como esta vez vi el padecer con tanto rigor, remediábame con estos actos para poderlo llevar, y determinaciones.

Quiso el Señor entendiese cómo era el demonio, porque vi cabe mí un negrillo muy abominable, regañando como desesperado de que adonde pretendía ganar, perdía. Yo como le vi, reíme, y no hube miedo porque había allí algunas conmigo que no se podían valer, ni sabían qué remedio poner a tanto tormento, que eran grandes los golpes que me hacía dar, sin poderme resistir con cuerpo, y cabeza, y brazos, y lo peor era el desasosiego interior, que de ninguna suerte podía tener sosiego. No osaba pedir agua bendita por no las poner miedo, y porque no entendiesen lo que era.

2. De muchas veces tengo experiencia, que no hay cosa con que huyan más para no tornar; de la cruz también huyen, mas vuelven luego; debe ser grande la virtud del agua bendita; para mí es particular, y muy conocida consolación que siente mi alma cuando la tomo. Es cierto que lo muy ordinario es sentir una recreación que no sabría yo darla a entender, con un deleite interior que toda el alma me conhorta. Esto no es antojo ni cosa que me ha acaecido sola una vez, sino muy muchas, y mirado con gran advertencia; digamos, como si una estuviese con mucha calor y sed y bebiese un jarro de agua fría, que parece todo él sintió el refrigerio. Considero yo qué gran cosa es todo lo que está ordenado por la Iglesia, y regálame mucho ver que tengan tanta fuerza aquellas palabras, que ansí la pongan en el agua, para que sea tan grande la diferencia que hace a lo que no es bendito. Pues como no cesaba el tormento, dije: si no se riesen pediría agua bendita. Trajéronmela, echáronmela a mí, y no aprovechaba; echéla hacia donde estaba, y en un punto se fué y se me quitó todo el mal, como si con la mano me lo quitaran, salvo que quedé cansada, como si me hubieran dado muchos palos. Hízome gran provecho ver que

aun no siendo un alma y cuerpo suyo, cuando el Señor le da licencia hace tanto mal, ¿qué hará cuando él lo lo posea por suyo? Dióme de nuevo gana de librarme de tan ruin compañía. Otra vez, poco ha, me acaeció lo mesmo, aunque no duró tanto, y yo estaba sola; pedí agua bendita, y las que entraron después que ya se había ido (que eran dos monjas bien de creer, que por ninguna suerte dijeran mentira), olieron un olor muy malo, como de piedra azufre. Yo no lo olí; duró de manera que se pudo advertir a ello. Otra vez estaba en el coro, y dióme un gran ímpetu de recogimiento, y fuíme de allí porque no lo entendiesen, aunque cerca oyeron todas dar golpes grandes adonde yo estaba, y yo cabe mí oí hablar, como que concertaban algo, aunque no entendí qué habla fuese, mas estaba tan en oración que no entendí cosa, ni hube ningún miedo. Casi cada vez era cuando el Señor me hacía merced, de que por mi persuación se aprovechase algún alma, y es cierto que me acaeció lo que ahora diré; y desto hay muchos testigos, en especial quien ahora me confiesa, que lo vió por escrito en una carta; sin decirle yo quién era la persona cuya era la carta, bien sabía él quién era.

3. Vino una persona a mí que había dos años y medio que estaba en un pecado mortal de los más abominables que yo he oído, y en todo este tiempo ni se confesaba, ni se enmendaba y decía misa. Y aunque confesaba otros, éste decía que cómo él había de confesar cosa tan fea, y tenía gran deseo de salir dél, y no se podía valer a sí. A mí hízome gran lástima; y ver que se ofendía a Dios de tal manera, me dió mucha pena; prometíle de suplicar a Dios le remediase y hacer que otras personas lo hiciesen, que eran mejores que yo, y escribí a cierta persona que él me dijo podía dar las cartas; y es ansí, que a la primera se confesó, que qui-

so Dios nuestro Señor (por las muchas personas muy santas que lo habían suplicado a Dios, que se lo había yo encomendado) hacer con esta alma esta misericordia; y yo, aunque miserable, hacía lo que podía con harto cuidado. Escribióme que estaba ya con tanta mejoría, que había días que no caía en él, mas que era tan grande el tormento que le daba la tentación, que parecía estaba en el infierno, según lo que padecía; que le encomendase a Dios. Yo lo torné a encomendar a mis hermanas, por cuyas oraciones debía el Señor hacerme esta merced, que lo tomaron muy a pechos; era persona que no podía nadie atinar en quién era. Yo supliqué a su Majestad se aplacasen aquellos tormentos y tentaciones, y se viniesen aquellos demonios a atormentarme a mí, con que yo no ofendiese en nada al Señor. Es ansí que pasé un mes de grandísimos tormentos; entonces eran estas dos cosas que he dicho. Fué el Señor servido que le dejaron a él (ansí me lo escribieron), porque yo le dije lo que pasaba en este mes. Tomó fuerza su ánima y quedó del todo libre, que no se hartaba de dar gracias al Señor y a mí, como si yo hubiera hecho algo, sino que ya el crédito que tenía de que el Señor me hacía mercedes, le aprovechaba.

Decía que cuando se veía muy apretado, leía mis cartas, y se le quitaba la tentación, y estaba muy espantado de lo que yo había padecido y cómo se había librado él; y aun yo me espanté y lo sufriera otros muchos años por ver aquella alma libre. Sea alabado por todo, que mucho puede la oración de los que sirven al Señor, como yo creo que lo hacen en esta casa estas hermanas, sino que como yo lo procuraba, debían los demonios indignarse más conmigo, y el Señor por mis pecados lo permitía. En este tiempo también, una noche pensé me ahogaban, y como me echaron mucha agua

bendita, vi ir mucha multitud dellos, como quien se va despeñando. Son tantas veces las que estos malditos me atormentan, y tan poco el miedo que yo ya les hé, con ver que no se pueden menear si el Señor no les da licencia, que cansaría a vuesa merced y me cansaría si las dijese.

4. Lo dicho aproveche de que el verdadero siervo de Dios se le dé poco destos espantajos que éstos ponen para hacer temer; sepan que cada vez que se nos da poco dellos quedan con menos fuerza, y el alma muy más señora. Siempre queda algún gran provecho, que por no alargar no lo digo; sólo diré esto que me acaeció una noche de Animas estando en un oratorio: habiendo rezado un nocturno, y diciendo unas oraciones muy devotas que están al fin del que tenemos en nuestro rezado, se me puso sobre el libro para que no acabase la oración; yo me santigüe, y fuése. Tornando a comenzar, tornóse (creo fueron tres veces las que la comencé), y hasta que eché agua bendita no pude acabar; vi que salieron algunas ánimas del purgatorio en el instante, que debía faltarles poco, y pensé si pretendía estorbar esto. Pocas veces lo he visto tomando forma, y muchas sin ninguna forma, como la visión, que sin forma se ve claro está allí, como he dicho. Quiero también decir esto, porque me espantó mucho. Estando un día de la Trinidad en cierto monasterio en el coro, y en arrobamiento, vi una gran contienda de demonios contra ángeles; yo no podía entender que quería decir aquella visión; antes de quince días se entendió bien en cierta contienda que acaeció entre gente de oración y muchas que no lo eran, y vino harto daño a la casa que era; fué contienda que duró mucho, y de harto desasosiego. Otra vez veía mucha multitud dellos en derredor de mí, y parecíame estar en una gran cla-

ridad que me cercaba toda, y ésta no les consentía llegar a mí; entendí que me guardaba Dios para que no llegasen a mí de manera que me hiciesen ofenderle; en lo que he visto en mí algunas veces entendí que era verdadera visión. El caso es que ya tengo entendido su poco poder (si yo no soy contra Dios), que casi ningún temor los tengo, porque no son nada sus fuerzas si no ven almas rendidas a ellos y cobardes, que aquí muestran ellos su poder.

Algunas veces, en las tentaciones que ya dije, me parecía que todas las vanidades y flaquezas de tiempos pasados tornaban a depertar en mí, que tenía bien que encomendarme a Dios; luego era el tormento de parecerme que, pues venían aquellos pensamientos, que debía ser todo demonio, hasta que me sosegaba el confesor; porque a un primer movimiento de mal pensamiento me parecía a mí no había de temer quien tantas mercedes recibía del Señor. Otras veces me atormentaba mucho (y aun ahora me atormenta) ver que se hace mucho caso de mí, en especial personas principales, y de que decían mucho bien; en esto he pasado y paso mucho. Miro luego a la vida de Cristo y de los Santos, y paréceme que voy al revés: que ellos no iban sino por desprecio e injurias; háceme andar temerosa, y como que no oso alzar la cabeza, ni querría parecer; lo que no hago cuando tengo persecuciones: anda el alma tan señora, aunque el cuerpo lo siente, y por otra parte, ando afligida, que yo no sé cómo esto puede ser; mas pasa ansí, que entonces parece está el alma en su reino, y que lo trae todo debajo de los pies. Dábame algunas veces, y duróme hartos días, y parecía era virtud y humildad, por una parte, y ahora veo claro era tentación (un fraile dominico gran letrado me lo declaró bien), cuando pensaba que estas mercedes que e

Señor me hace se habían de venir a saber en público, era tan excesivo el tormento, que me inquietaba mucho el alma. Vino a términos que, considerándolo, de mejor gana me parece me determinaba a que me enterraran viva que por esto; y ansí, cuando me comenzaron estos grandes recogimientos o arrobamientos a no poder resistirlos aun en público, quedaba yo después tan corrida, que no quisiera parecer adonde nadie me viera.

5. Estando una vez muy fatigada desto, me dijo el Señor que ¿qué temía? Que en esto no podía sino haber dos cosas: o que murmurasen de mí, o que alabasen a él, dando a entender que los que lo creían le alabarían, y los que no, era condenarme sin culpa, y que ambas cosas eran ganancia para mí, que no me fatigase. Mucho me sosegó esto, y me consuela cuando se me acuerda. Vino a términos la tentación, que me quería ir deste lugar y dotar en otro monasterio muy más encerrado que en el que yo al presente estaba, que había oído decir muchos extremos dél (era también de mi Orden, y muy lejos, que esto es lo que a mí me consolara, estar adonde no me conocieran), y nunca mi confesor me dejó. Mucho me quitaban la libertad del espíritu estos temores (que después vine yo a entender no era buena humildad, pues tanto inquietaba), y me enseñó el Señor esta verdad, que si yo tan determinada y cierta estuviera, que no era ninguna cosa buena mía, sino de Dios, que ansí como no me pesaba de oir loar a otas personas, antes me holgaba y consolaba mucho de ver que allí se mostraba Dios, que tampoco me pesaría mostrase en mí sus obras.

6. También di en otro extremo, que fué suplicar a Dios, y hacía oración particular, que cuando alguna persona le pareciese algo bien en mí, que su Majestad le declarase mis pecados para que viese cuán sin mérito

mío me hacía mercedes, que esto deseo yo siempre mucho. Mi confesor me dijo que no lo hiciese, mas hasta ahora poco ha, si veía yo que una persona pensaba de mí bien mucho por rodeos o como podía, le daba a entender mis pecados, y con esto parece descansaba; también me han puesto mucho escrúpulo en esto. Procedía esto, no de humildad, a mi parecer, sino de una tentación venían muchas; parecíame que a todos los traía engañados y (aunque es verdad que andan engañados en pensar que hay algún bien en mí) no era mi deseo engañarlos, ni jamás tal pretendí, sino que el Señor por algún fin lo permite, y así aun con los confesores, si no viera era necesario, no tratara ninguna cosa, que se me hiciera gran escrúpulo. Todos estos temorcillos, y penas, y sombra de humildad entiendo yo ahora era harta imperfección, y de no estar mortificada; porque un alma dejada en las manos de Dios, no se le da más que digan bien que mal, si ella entiende bien entendido, como el Señor quiere hacerle merced que lo entienda que no tiene nada de sí. Fíese de quien se lo da, que sabrá por qué lo descubre, y aparéjese a la persecución que está cierta en los tiempos de ahora, cuando de alguna persona quiere el Señor se entienda que la hace semejantes mercedes, porque hay mil ojos para un alma destas, adonde para mil almas de otra hechura no hay ninguno. A la verdad no hay poca razón de temer, y este debía ser mi temor, y no humildad, sino pusilanimidad; porque bien se puede aparejar un alma que así permite Dios que ande en los ojos del mundo, a ser mártir del mundo, porque si ella no se quiere morir a él, el mesmo mundo la matará.

7. No veo, cierto, otra cosa en él que bien me parezca, sino no consentir faltas en los buenos, que a poder de murmuraciones no las perficione. Digo que es

menester más ánimo para si uno no está perfeto, llevar camino de perfeción, que para ser de presto mártires; porque la perfeción no se alcanza en breve (sino es a quien el Señor quiere por particular privilegio hacerle esta merced); el mundo, en viéndole comenzar le quiere perfeto, y de mil leguas le entiende una falta que por ventura en él es virtud, y quien le condena usa de aquello mesmo por vicio, y ansí lo juzga en el otro. No ha de haber comer ni dormir, no como dicen, resollar; y mientras en más le tienen, más deben olvidar que, aunque se están en el cuerpo, por perfecta que tengan el alma, viven aún en la tierra sujetos a sus miserias, aunque más la tengan debajo de los pies; y ansí como digo, es menester gran ánimo, porque la pobre alma aun no ha comenzado a andar, y quiérenla que vuele; aún no tiene vencidas las pasiones, y quieren que en grandes ocasiones estén tan enteras como ellos leen estaban los Santos después de confirmados en gracia. Es para alabar al Señor lo que en esto pasa, y aun para lastimar mucho el corazón, porque muy muchas almas tornan atrás, que no saben las pobrecitas valerse, y ansí creo hiciera la mía si el Señor tan misericordiosamente no lo hiciera todo de su parte, hasta que por su bondad lo gano todo, ya verá vuesa merced que no ha habido en mí sino caer y levantar. Querría saberlo decir, porque creo se engañan aquí muchas almas, que quieren volar antes que Dios les dé alas.

8. Ya creo he dicho otra vez esta comparación, mas viene bien aquí; trataré esto, porque veo algunas almas muy afligidas por esta causa. Como comienzan con grandes deseos y fervor y determinación de ir adelante en la virtud, y algunas, cuando al exterior, todo lo dejan por él; como ven en otras personas que son más crecidas, cosas muy grandes de virtudes que les da el

Señor, que no nos las podemos nosotros tomar; ven en todos los libros que están escritos de oración y contemplación, poner cosas que hemos de hacer para subir a esta dignidad, que ellos no las pueden luego acabar consigo, desconsuélase; como es un no se nos dar nada que digan mal de nosotros, antes tener mayor contento que cuando dicen bien, una poca estima de honra, un desasimiento de sus deudos (que si no tienen oración, no los querría tratar, antes le cansan), otras cosas desta manera muchas, que a mi parecer les ha de dar Dios, porque me parece son ya bienes sobrenaturales, o contra nuestra natural inclinación. No se fatiguen, esperen en el Señor, que lo que ahora tiene en deseos, su Majestad hará que lleguen a tenerlo por obra con oración, y haciendo de su parte lo que es en sí; porque es muy necesario para este nuestro flaco natural tener gran confianza, y no desmayar ni pensar que si nos esforzamos, dejaremos de salir con victoria. Y porque tengo mucha experiencia desto, diré algo para aviso de vuesa merced, y no piense (aunque le parezca que sí) que está ya ganada la virtud, si no la experimenta con su contrario, y siempre hemos de estar sospechosos y no descuidarnos mientras vivimos; porque mucho se nos pega luego, si como digo no está ya dada del todo la gracia, para conocer lo que es todo, y en esta vida nunca hay todo sin muchos peligros.

Parecíame a mí pocos años ha, que no sólo no estaba asida a mis deudos, sino me cansaban, y era cierto ansí, que su conversación no podía llevar. Ofrecióse cierto negocio de harta importancia, y hube de estar con una hermana mía, a quien yo quería muy mucho antes, y puesto que en la conversación, aunque ella es mejor que yo, no me hacía con ella (porque como tiene diferente estado, que es casada, no puede ser la con-

versación siempre en lo que yo la querría), y lo más que podía me estaba sola; vi que me daban pena sus penas más harto que de prójimo, y algún cuidado. En fin, entendí de mí que no estaba tan libre como yo pensaba, y que aún había menester huir la ocasión para que esta virtud que el Señor me había comenzado a dar fuese en crecimiento, y ansí con su favor lo he procurado hacer siempre después acá.

9. En mucho se ha de tener una virtud cuando el Señor la comienza a dar, y en ninguna manera ponernos en peligro de perderla, ansí es en cosas de honra, y en otras muchas; que crea vuesa merced, que no todos los que pensamos estamos desasidos del todo, lo están, y es menester nunca descuidar en esto. Y cualquiera persona que sienta en sí algún punto de honra si quiere aprovechar, créame, y dé tras este atamiento, que es una cadena que no hay lima que la quiebre, sino es Dios, con oración y hacer mucho de nuestra parte. Paréceme que es una ligadura para este camino, que yo me espanto el daño que hace. Veo algunas personas santas en sus obras, que las hacen tan grandes, que espantan a las gentes. ¡Válame Dios! ¿Por qué está aún en la tierra esta alma? ¿Cómo no está en la cumbre de la perfeción? ¿Qué es esto? ¿Quién detiene a quien tanto hace por Dios? ¡Oh, que tiene un punto de honra! Y lo peor que tiene es, que no quiere entender que le tiene, y es porque algunas veces le hace entender el demonio que es obligado a tenerle. Pues créanme, crean por amor del Señor a esta hormiguilla, que el Señor quiere que hable, que si no quitan esta oruga, que ya que a todo el árbol no dañe, porque algunas otras virtudes quedarán, mas todas carcomidas. No es árbol hermoso, sino que él no medra, ni aun deja medrar a los que andan cabe él; porque la fruta que da de

buen ejemplo no es nada sana, poco durará. Muchas veces lo digo, que por poco que sea el punto de honra, es como en el canto de órgano, que en un punto o compás que se yerre, disuena toda la música, y es cosa que en todas partes hace harto daño al alma, mas en este camino de oración es pestilencia.

10. Andas procurando juntarte con Dios por unión, y queremos seguir sus consejos de Cristo, cargado de injurias y testimonios, ¿y queremos muy entera nuestra honra y crédito? No es posible llegar allá, que no van por un camino. Llega el Señor al alma, esforzándonos nosotros y procurando perder de nuestro derecho en muchas cosas. Dirán algunos, no tengo en qué, ni se me ofrece; yo creo que quien tuviere esta determinación, que no querrá el Señor pierda tanto bien, su Majestad ordenará tantas cosas en que gane esta virtud, que no quiera tantas. Manos a la obra, quiero decir las naderías y poquedades que yo hacía cuando comencé, o algunas dellas; las pajitas que tengo dichas pongo en el fuego, que no soy yo para más; todo lo recibe el Señor, sea bendito por siempre. Entre mis faltas tenía ésta, que sabía poco de rezado, y de lo que había de hacer en el coro, y cómo le regir, de puro descuidada y metida entre otras vanidades, y veía a otras novicias que me podían enseñar.

11. Acaecíame no les preguntar, porque no entendiesen yo sabía poco; luego se pone delante el buen ejemplo, esto es muy ordinario. Ya que Dios me abrió un poco los ojos, aun sabiéndolo, tantico que estaba en duda, lo preguntaba a las niñas, ni perdí honra, ni crédito, antes quiso el Señor (a mi parecer) darme después más memoria. Sabía mal cantar, sentía tanto si no tenía estudiado lo que me encomendaban (y no por el hacer falta delante del Señor, que esto fuera virtud, sino

por las muchas que me oían), que de puro honrosa me turbaba tanto, que decía muy menos de lo que sabía. Tomé después por mí, cuando no lo sabía muy bien decir que no lo sabía. Sentía harto a los principios, y después gustaba dello; y es ansí que comencé a no se me dar nada de que se entendiese no lo sabía, que lo decía muy mejor; y que la negra honra me quitaba supiese hacer esto que yo tenía por honra, que cada uno la pone en lo que quiere. Con estas naderías, que no son nada (y harto nada soy yo, pues esto me daba pena), de poco en poco se van haciendo con actos y cosas poquitas como éstas (que en ser hechas por Dios les da su Majestad tomo), ayuda su Majestad para cosas mayores. Y ansí en cosas de humildad me acaecía, que de ver que todas se aprovechaban, si no yo (porque nunca fuí para nada), de que se iban del coro coger todos los mantos. Parecíame servía a ángeles que allí alábaban a Dios, hasta que no sé aquéllos cómo vinieron a entenderlo, que no me corrí yo poco, porque no llegaba mi virtud a querer que entendiesen esas cosas; y no debía ser por humilde, sino porque no se se riesen de mí como era tan nonada.

12. ¡Oh Señor mío, qué vergüenza es ver tantas maldades y contar unas arenitas que aún no las levantaba de la tierra por vuestro servicio, sino que todo iba envuelto en mil miserias! No manaba aún el agua de vuestra gracia debajo destas arenas, para que las hiciese levantar. ¡Oh Creador mío, quien tuviera alguna cosa que contar entre tantos males, que fuera de tomo, pues cuento las grandes mercedes que he recibido de Vos! Es ansí, Señor mío, que no sé cómo puede sufrirlo mi corazón, ni cómo podrá quien esto leyere dejarme de aborrecer, viendo tan mal servidas tan grandísimas mercedes, y que no he vergüenza de contar estos

servicios, en fin, como míos. Sí tengo, Señor mío; mas el no tener otra cosa que contar de mi parte, me hace decir con bajos principios, para que tenga esperanza quien los hiciere grandes, que pues éstos perece ha tomado el Señor en cuenta, los tomará mejor. Plega a su Majestad me dé gracia para que no esté siempre en principios. Amén.

CAPITULO XXXII

En que trata cómo quiso el Señor ponerla en espíritu en un lugar del infierno, que tenía por sus pecados merecido. Cuenta una cifra de lo que allí se le representó por lo que fué. Comienza a tratar la manera y modo cómo se fundó el monasterio, donde ahora está, de San José.

1. Después de mucho tiempo que el Señor me había hecho ya muchas de las mercedes que he dicho, y otras muy grandes, estando un día en oración me hallé en un punto toda sin saber cómo, que me parecía estar metida en el infierno. Entendí que quería el Señor que viese el lugar que los demonios me tenían allí aparejado, y yo merecido por mis pecados. Ello fué en brevísimo espacio; mas aunque yo viviese muchos años, me parece imposible olvidárseme. Parecíame la entrada a manera de un callejón muy largo y estrecho, a manera de horno muy bajo y obscuro y angosto; el suelo me parecía de una agua como lodo muy sucio y de pestilencial olor, y muchas sabandijas malas en él; al cabo estaba una concavidad metida en una pared a manera de una alacena, adonde me vi meter en mucho estrecho. Todo esto era deleitoso a la vista en comparación de lo que allí sentí; esto que he dicho va mal encarecido.

2. Estotro me parece que aun principio de encarecerse como es, no lo puede haber, ni se puede entender; mas sentí un fuego en el alma que yo no puedo entender cómo poder decir de la manera que es: los dolores corporales tan incomportables, que con haber los pasado en esta vida gravísimos, y (según dicen los médicos) los mayores que se pueden acá pasar, porque fué encogérseme todos los nervios cuando me tullí, sin otros muchos de muchas maneras que he tenido, y aun algunos, como he dicho, causados del demonio, no es todo nada en comparación de lo que allí sentí, y ver que habían de ser sin fin y sin jamás cesar. Esto no es, pues, nada en comparación del agonizar del alma, un apretamiento, un ahogamiento, una aflicción tan sensible, y con tan desesperado y afligido descontento, que yo no sé cómo lo encarecer; porque decir que es un estarse siempre arrancando el alma, es poco; porque ahí parece que otro os acaba la vida, mas aquí el alma mesma es la que se despedaza.

El caso es que no sé cómo encarezca aquel fuego interior y aquel desesperamiento sobre tan gravísimos tormentos y dolores. No veía yo quién me los daba, mas sentíame quemar y desmenuzar (a lo que me parece), y digo que aquel fuego y desesperación interior es lo peor. Estando en tan pestilencial lugar, tan sin poder esperar consuelo, no hay sentarse, ni echarse, ni hay lugar, aunque me pusieron en este como agujero hecho en la pared, porque estas paredes, que son espantosas a la vista, aprietan ellas mesmas, y todo ahoga; no hay luz, sino todo tinieblas escurísimas. Yo no entiendo cómo puede ser esto, que con no haber luz, lo que a la vista ha de dar pena todo se ve.

No quiso el Señor entonces viese más de todo el infierno; después he visto otra visión de cosas espanto-

sas, de algunos vicios el castigo; cuanto a la vista, muy más espantosas me parecieron; mas como no sentía la pena, no me hicieron tanto temor, que en esta visión quiso el Señor que verdaderamente yo sintiese aquellos tormentos y aflicción en el espíritu, como si el cuerpo lo estuviera padeciendo. Yo no sé cómo ello fué, mas bien entendí ser gran merced, y que quiso el Señor yo viese por vista de ojos de dónde me había librado su misericordia; porque no es nada oirlo decir ni haber yo otras veces pensado en diferentes tormentos (aunque pocas, que por temor no se llevaba bien mi alma), ni que los demonios atenazan, ni otros diferentes tormentos que he leído, no es nada con esta pena, porque es otra cosa; en fin, como del dibujo a la verdad, y el quemarse acá es muy poco en comparación deste fuego de allá. Yo quedé tan espantada y aún lo estoy ahora escribiéndolo, con que ha casi seis años, y es ansí que me parece el calor natural me falta de temor, aquí donde estoy, y ansí no me acuerdo vez que tenga trabajo ni dolores, que no me parezca no nada todo lo que acá se puede pasar; y ansí, me parece en parte que nos quejamos sin propósito. Y ansí torno a decir que fué una de las mayores mercedes que el Señor me ha hecho, porque me ha aprovechado muy mucho, ansí para perder el miedo a las tribulaciones y contradicciones desta vida, como para esforzarme a padecerlas y dar gracias al Señor que me libró, a lo que ahora me parece, de males tan perpetuos y terribles.

3. Después acá, como digo, todo me parece fácil en comparación de un momento que se haya de sufrir lo que yo en él allí padecí. Espántame cómo habiendo leido muchas veces libros adonde se da algo a entender de las penas del infierno, cómo no las temía, ni tenía en lo que son; adonde estaba, cómo me podía dar

cosa descanso de lo que me acarreaba ir a tan mal lugar. Seáis bendito, Dios mío, por siempre, y cómo se ha parecido que me queríades Vos mucho más a mí que yo me quiero. ¡Qué de veces, Señor, me libraste de cárcel tan temerosa, y cómo me tornada yo a meter en ella contra vuestra voluntad! De aquí también gané la grandísima pena que me da, las muchas almas que se condenan (destos luteranos en especial, porque eran ya por el bautismo miembros de la Iglesia), y los ímpetus grandes de aprovechar almas, que me parece cierto a mí que por librar una sola de tan gravísimos tormentos pasaría yo muchas muertes muy de buena gana. Miro, que si vemos acá una persona, que bien queremos en especial, con un gran trabajo o dolor, parece que nuestro mesmo natural nos convida a compasión, y si es grande, nos aprieta a nosotros; pues ver a un alma para sin fin en el sumo trabajo de los trabajos, ¿quién lo ha de poder sufrir? No hay corazón que lo lleve sin gran pena. Pues, acá con saber que en fin se acabará con la vida, y que ya tiene término, aún nos mueve a tanta compasión, estotro que no le tiene, no sé cómo podemos sosegar viendo tantas almas como lleva cada día el demonio consigo.

4. Esto también me hace desear que, en cosa que tanto importa, no nos contentemos con menos de hacer todo lo que pudiéremos de nuestra parte, no dejemos nada, y plega al Señor sea servido de darnos gracia para ello. Cuando yo considero que, aunque era tan malísima, traía algún cuidado de servir a Dios, y no hacía algunas cosas, que veo que como quien no hace nada se las tragan en el mundo, y, en fin, pasaba grandes enfermedades, y con mucha paciencia, que me la daba el Señor, no inclinada a murmurar ni a decir mal de nadie, ni me parece podía querer mal a nadie, ni era

codiciosa, ni envidia jamás me acuerdo tener, de manera que fuese ofensa grave del Señor, y otras algunas cosas, que aunque era tan ruin, traía temor de Dios lo más contino, y veo adónde me tenían ya los demonios aposentada; y es verdad que, según mis culpas, aún me parece merecía más castigo. Mas con todo, digo que era terrible tormento, y que es peligrosa cosa contentarnos, ni traer sosiego ni contento el alma que anda cayendo a cada paso en pecado mortal, sino que, por amor de Dios, nos quitemos de las ocasiones, que el Señor nos ayudará, como ha hecho a mí.

Plega a su Majestad que no me deje de su mano, para que yo torne a caer; que ya tengo visto adónde he de ir a parar; no lo permita el Señor por quien su Majestad es. Amén.

5. Andando yo después de haber visto esto, y otras grandes cosas y secretos que el Señor por quien es me quiso mostrar, de la gloria que se dará a los buenos, y pena a los malos, deseando modo y manera en que pudiese hacer penitencia de tanto mal, y merecer algo para ganar tanto bien, deseaba huir de gentes y acabar ya de todo en todo apartarme del mundo. No sosegaba mi espíritu, mas no desasosiego inquieto, sino sabroso; bien se veía que era Dios, y que le había daño su Majestad al alma calor para digerir otros manjares más gruesos de los que comía. Pensaba qué podría hacer por Dios, y pensé que lo primero era seguir el llamamiento que su Majestad me había hecho a la Religión, guardando mi regla con la mayor perfección que pudiese; y aunque en la casa donde estaba había muchas siervas de Dios, y era harto servida en ella, a causa de tener gran necesidad salían las monjas muchas veces a partes adonde con toda honestidad y religión podíamos estar; y también no estaba fundada en su primer rigor

la regla, sino guardábase conforme a lo que en toda la Orden (que es con bula de relajación) y también otros inconvenientes, que me parecía a mí tenía mucho regalo, por ser la casa grande y deleitosa. Mas este inconveniente de salir, aunque yo era la que mucho lo usaba, era grande para mí, ya porque algunas personas (a quien los Perlados no podían decir de no) gustaban estuviese yo en su compañía, importunados mandábanmelo; y ansí, según se iba ordenando, pudiera poco estar en el monasterio, porque el demonio en parte debía ayudar para que no estuviese en casa, que todavía como comunicaba con algunas lo que los que me trataban me enseñaban, hacíase gran provecho. Ofrecióse una vez, estando con una persona, decirme a mí y a otras, que si seríamos para ser monjas de la manera de las Descalzas, que aun posible era poder hacer un monasterio. Yo, como andaba en estos deseos, comencélo a tratar con aquella señora mi compañera viuda, que ya he dicho que tenía el mesmo deseo; ella comenzó a dar trazas para darle renta, que ahora veo yo que no llevaban mucho camino, y el deseo que dello teníamos nos hacía parecer que sí. Mas yo, por otra parte, como tenía tan grandísimo contento en la casa que estaba, porque era muy a mi gusto, y la celda en que estaba, hecha muy a mi propósito, todavía me detenía; con todo, concertamos de encomendarlo mucho a Dios.

6. Habiendo un día comulgado, mandóme mucho su Majestad lo procurase con todas mis fuerzas, haciéndome grandes promesas de que no se dejaría de hacer el monasterio, y que se serviría mucho en él, y que se llamase San José, y que a la una puerta nos guardaría él, y Nuestra Señora a la otra, y que Cristo andaría con nosotras, y que sería una estrella que diese de sí gran resplandor; y que, aunque las religiones estaban rela-

jadas, que no pensase se servía poco en ellas; que ¿qué sería del mundo si no fuese por los religiosos? Que dijese a mi confesor esto que mandaba, y que le rogaba él que no fuese contra ello, ni me lo estorbase. Era esta visión con tan grandes efetos, y de tal manera esta habla que me hacía el Señor, que yo no podía dudar que era él. Yo sentí grandísima pena, porque en parte se me representaron los grandes desasosiegos y trabajos que me había de costar, y como estaba tan contentísima en aquella casa, que, aunque antes lo trataba, no era con tanta determinación ni certidumbre, qué sería. Aquí parecía se me ponía premio, y como veía comenzaba cosa de gran desasosiego, estaba en duda de lo que haría; mas fueron muchas veces las que el Señor me tornó a hablar en ello, poniéndome delante tantas causas y razones, qne yo veía ser claras, y que era su voluntad, que ya no osé hacer otra cosa sino decirlo a mi confesor, y dile por escrito todo lo que pasaba. Él no osó determinadamente decirme que lo dejase, mas veía que no llevaba camino conforme a razón natural, por haber poquísima y casi ninguna posibilidad en mi compañera, que era la que lo había de hacer. Díjome que lo tratase con mi Perlado, y que lo que él hiciese eso hiciese yo; yo no trataba estas visiones con el Perlado, sino aquella señora trató con él, que quería hacer este monasterio, y el provincial vino muy bien en ello, que es amigo de toda religión, y dióle todo el favor que fué menester, y díjole que él admitiría la casa; trataron de la renta que había de tener, y nunca queríamos fuesen más de trece, por muchas causas. Antes que lo comenzásemos a tratar, escribimos al santo fray Pedro de Alcántara todo lo que pasaba, y aconsejónos que no lo dejásemos de hacer, y diónos su parecer en todo. No se hubo comenzado a saber por el lugar, cuan

do no se podría escribir en breve la gran persecución que vino sobre nosotras, los dichos, las risas, el decir que era disbaráte; a mí, que bien me estaba en mi monasterio; a la mi compañera, tanta persecución que la traían fatigada.

Yo no sabía qué me hacer; en parte me parecía que tenían razón. Estando ansí muy fatigada, encomendándome a Dios, comenzó su Majestad a consolarme y animarme; díjome que aquí vería lo que habían pasado los Santos que habían fundado las religiones, que muchas más persecuciones tenía por pasar de las que yo podía pensar: que no se nos diese nada. Decíame algunas cosas que dijese a mi compañera; y lo que más me espantaba yo, es que luego quedábamos consoladas de lo pasado y con ánimo para resistir a todos; y es ansí, que gente de oración, y todo en fin el lugar, no había casi persona que entonces no fuese contra nosotras y le pareciese grandísimo disbarate.

7. Fueron tantos los dichos y el alboroto de mi mesmo monasterio, que al provincial le pareció recio ponerse contra todos, y ansí mudó el parecer y no la quiso admitir; dijo que la renta no era segura, y que era poca, y que era mucha la contradición; y en todo parece tenía razón; y, en fin, lo dejó y no la quiso admitir. Nosotras, que ya parecía teníamos recibidos los primeros golpes, diónos muy gran pena; en especial me la dió a mí de ver al provincial contrario, que con quererlo él, tenía yo disculpa con todos. A la mi compañera ya no la querían absolver si no lo dejaba, porque decían era obligada a quitar el escándalo.

8. Ella fué a un gran letrado muy gran siervo de Dios, de la Orden de Santo Domingo, a decírselo y darle cuenta de todo (esto fué aun antes que el provincial lo tuviese dejado), porque en todo el lugar no teníamos

quien nos quisiese dar parecer; y ansí, decían que sólo era por nuestras cabezas. Dió esta señora relación de todo y cuenta de la renta que tenía de su mayorazgo a este santo varón, con harto deseo nos ayudase, porque era el mayor letrado que entonces había en el lugar, y pocos más en su Orden. Yo le dije todo lo que pensábamos hacer, y algunas causas; no le dije cosa de revelación ninguna, sino las razones naturales que me movían, porque no quería yo nos diese parecer sino conforme a ellas. El nos dijo que le diésemos de término ocho días para responder, y que si estábamos determinadas a hacer lo que él dijese. Yo le dije que sí; mas, aunque yo esto decía (y me parece lo hiciera), nunca jamás se me quitaba una seguridad de que se había de hacer. Mi compañera tenía más fe, nunca ella por cosa que la dijesen se determinaba a dejarlo; yo (aunque, como digo, me parecía imposible dejarse de hacer) de tal manera creo ser verdadera la revelación, como no vaya contra lo que está en la Sagrada Escritura o contra las leyes de la Iglesia, que somos obligados a hacer; porque, aunque a mí verdaderamente me parecía era de Dios, si aquel letrado me dijera que no lo podíamos hacer sin ofenderle, y que íbamos contra conciencia, parecióme luego me apartara dello y buscara otro medio; mas a mí no me daba el Señor sino éste. Decíame después este siervo de Dios que lo había tomado a cargo con toda determinación de poner mucho en que nos apartásemos de hacerlo (porque ya había venido a su noticia el clamor del pueblo, y también le parecía desatino como a todos, y en sabiendo habíamos ido a él, le envió a avisar un caballero que mirase lo que hacía, que no nos ayudase), y que en comenzando a mirar lo que nos había de responder, y a pensar en el negocio, y el intento que llevábamos, y manera de concierto y

religión, se le asentó ser muy en servicio de Dios, y que no había de dejar de hacerse; y ansí, nos respondió nos diésemos priesa a concluirlo, y dijo la manera y traza que se había de tener; y aunque la hacienda era poca, que algo se había de fiar de Dios; que quien lo contradijese fuese a él, que él respondería, y ansí siempre nos ayudó, como después diré. Y con esto fuimos muy consoladas, y con que algunas personas santas que nos solían ser contrarias estaban ya más aplacadas, y algunas nos ayudaban; entre ellas era el caballero santo de quien ya he hecho mención, que como lo es, y le pareció llevaba camino de tanta perfección, por ser todo nuestro fundamento en oración), aunque los medios le parecían muy dificultosos y sin camino, rendía su parecer a que podía ser cosa de Dios, que el mesmo Señor le debía mover; y ansí hizo al maestro, que es el clérigo siervo de Dios que dije que había hablado primero, que es espejo de todo el lugar, como persona que le tiene Dios en él para remedio y aprovechamiento de muchas almas, y ya venía en ayudarme en el negocio. Y estando en estos términos, y siempre con ayuda de muchas oraciones, y teniendo comprada ya la casa en buena parte, aunque pequeña (más desto a mí no se me daba nada, que me había dicho el Señor que entrase como pudiese, que después yo vería lo que su Majestad hacía, ¡y cuán bien lo he visto!) y ansí, aunque veía ser poca la renta, tenía creído el Señor lo había por otros medios de ordenar y favorecernos.

CAPITULO XXXIII

Procede en la mesma materia de la fundación del glorioso San José.—Dice cómo le mandaron que no entendiese en ella, y el tiempo que lo dejó, y algunos trabajos que tuvo, y cómo la consolaba en ellos el Señor.

1. Estando, pues, los negocios en este estado, y tan al punto de acabarse, que otro día se habían de hacer las escrituras, fué cuando el Padre provincial nuestro mudó parecer; creo fué movido por ordenación divina, según después ha parecido, porque como las oraciones eran tantas, iba el Señor perficionando la obra y ordenando que se hiciese de otra suerte. Como él no lo quiso admitir, luego mi confesor me mandó no entendiese más en ello; conque sabe el Señor los grandes trabajos y aflicciones que hasta traerlo a aquel estado me había costado. Como se dejó, y quedó ansí, confirmóse más ser todo disbarate de mujeres, y a crecer la murmuración sobre mí con haberlo mandado hasta entonces mi provincial. Estaba muy malquista en todo mi monasterio, porque quería hacer monasterio más encerrado; decían que las afrentaba, que allí podía también servir a Dios, pues había otras mejores que yo; que no tenía amor a la casa, que mejor era procurar renta para ella que para otra parte.

Unas decían que me echasen en la cárcel, otras (bien pocas) tornaban algo por mí; yo bien veía que en muchas cosas tenían razón, y algunas veces dábales descuento, aunque como no había de decir lo principal que era mandármelo el Señor, no sabía qué hacer, y ansí, callaba. Otras hacíame Dios muy gran merced, que todo esto no me daba inquietud, sino con tanta fa-

cilidad y contento lo dejé como si no me hubiera costado nada, y esto no lo podía nadie creer (ni aun las mesmas personas de oración que me trataban), sino que pensaban estaba muy penada y corrida; y aun mi mesmo confesor no lo acababa de creer. Yo, como me parecía que había hecho todo lo que había podido, parecíame no era más obligada para lo que me había mandado el Señor, y quedábame en la casa, que yo estaba muy contenta y a mi placer; aunque jamás podía dejar de creer que había de hacerse, yo no había ya medio, ni sabía cómo ni cuándo, mas teníalo muy cierto.

2. Lo que mucho me fatigó fué una vez que mi confesor, como si yo hubiera hecho cosa contra su voluntad (también debía el Señor querer que de aquella parte, que más me había de doler, no me dejase de venir trabajo; y ansí, en esta multitud de persecuciones, que a mí me parecía había de venirme dél el consuelo), me escribió que ya vería que era todo sueño en lo que había sucedido, que me enmendase de ahí en adelante en no querer salir con nada, ni hablar más en ello, pues veía el escándalo que había sucedido, y otras cosas todas para dar pena. Esto me la dió mayor que todo junto, pareciéndome si había sido yo ocasión y tenido culpa en que se ofendiese; y que si estas visiones eran ilusiones, que toda la oración que tenía era engaño, y que yo andaba muy engañada y perdida. Apretóme esto en tanto extremo, que estaba toda turbada, y con grandísima aflicción; mas el Señor (que nunca me faltó en todos estos trabajos que he contado, hartas veces me consolaba y esforzaba, que no hay para qué lo decir aquí) me dijo entonces que no me fatigase, que yo había mucho servido a Dios, y no ofendídole en aquel negocio; que hiciese lo que me mandaba el confesor en callar por entonces, hasta que fuese tiempo de tornar a ello. Quedé

tan consolada y contenta, que me parecía todo nada la persecución que había sobre mí.

3. Aquí me enseñó el Señor el grandísimo bien que es pasar trabajos y persecuciones por él; porque fué tanto el acrecentamiento que vi en mi alma de ámor de Dios, y otras muchas cosas, que yo me espantaba; y esto me hace no poder dejar de desear trabajos, y las otras personas pensaban que estaba muy corrida; y sí estuviera si el Señor no me favoreciera en tanto extremo con merced tan grande. Entonces me comenzaron más grandes los ímpetus de amor de Dios, que tengo dicho, y mayores arrobamientos, aunque yo callaba y no decía a nadie estas ganancias. El santo varón dominico no dejaba de tener por tan cierto como yo que se había de hacer; y como yo no quería entender en ello, por ir contra la obediencia de mi confesor, negociábalo él con mi compañera, y escribían a Roma y daban trazas.

También comenzó aquí el demonio, de una persona en otra, a procurar se entendiese que había yo visto alguna revelación en este negocio, e iban a mí con mucho miedo a decirme que andaban los tiempos recios, y que podría ser me levantasen algo, y fuesen a los inquisidores. A mí me cayó esto en gracia y me hizo reir (porque en este caso jamás yo temí, que sabía bien de mí que en cosa de la fe, contra la menor ceremonia de la Iglesia, que alguien viese yo iba, por ella o por cualquier verdad de la Sagrada Escritura, me pornía yo a morir mil muertes), y dije que deso no temiesen, que harto mal sería para mi alma si en ella hubiese cosa que fuese de suerte que yo temiese la Inquisición; que si pensase había para qué, yo me la iría a buscar, y que si era levantado, que el Señor me libraría y quedaría con ganancia. Y tratélo con este padre mío dominico

(que, como digo, era tan letrado, que podía bien asegurar con lo que él me dijese), y díjele entonces todas las visiones y modo de oración, y las grandes mercedes que me hacía el Señor con la mayor claridad que pude, y supliquéle lo mirase muy bien y me dijese si había algo contra la Sagrada Escritura, y lo que de todo sentía. El me aseguró mucho, y a mi parecer le hizo provecho; porque aunque él era muy bueno, de allí adelante se dió mucho más a la oración, y se apartó en un monasterio de su Orden, donde hay mucha soledad, para mejor poder ejercitarse en esto; adonde estuvo mas de dos años; y sacóle de allí la obediencia (que él sintió harto), porque le hubieron menester como era persona tal; y yo en parte sentí mucho cuando se fué (aunque no se lo estorbé), por la grande falta que me hacía; mas entendí su ganancia, porque estando con harta pena de su ida, me dijo el Señor que me consolase y no la tuviese, que bien guiado iba. Vino tan aprovechada su alma de allí, y tan adelante en aprovechamiento de espíritu, que me dijo cuando vino, que por ninguna cosa quisiera haber dejado de ir allí. Y yo también podía decir lo mesmo, porque lo que antes me aseguraba y consolaba con solas sus letras, ya lo hacía también con la experiencia de espíritu, que tenía harta de cosas sobrenaturales, y trájole Dios a tiempo que vió su Majestad había de ser menester para ayudar a su obra deste monasterio, que quería su Majestad se hiciese.

4. Pues estuve en este silencio, y no entendiendo ni hablando este negocio cinco o seis meses y nunca el Señor me lo mandó. Yo no entendía qué era la causa, mas no se me podía quitar del pensamiento que se había de hacer. Al fin deste tiempo, habiéndose ido de aquí el retor que estaba en la Compañía de Jesús, trajo su Majes-

tad aquí otro muy espiritual, y de grande ánimo y entendimiento y buenas letras, a tiempo que yo estaba con harta necesidad; porque como el que me confesaba tenía Superior, y ellos tienen esta virtud en extremo de no se bullir sino conforme a la voluntad de su mayor, aunque él entendía bien mi espíritu, y tenía deseo de que fuese muy adelante, no se osaba en algunas cosas determinar, por hartas causas que para ello tenía. Ya mi espíritu iba con ímpetus tan grandes, que sentía mucho tenerlo atado, y con todo no salía de lo que él me mandaba.

5. Estando un día con grande aflicción de parecerme el confesor no me creía, díjome el Señor que no me fatigase, que presto se acabaría aquella pena. Yo me alegré mucho, pensando que era que me había de morir presto, y traía mucho contento cuando se me acordaba; después vi claro era la venida deste retor que digo, porque aquella pena nunca más se ofreció en qué la tener, a causa de que el retor que vino no iba a la mano al ministro que era mi confesor; antes le decía que me consolase, y que no había de qué temer, y que no me llevase por camino tan apretado; que dejase obrar el espíritu del Señor, que a veces parecía con estos grandes ímpetus de espíritu no le quedaba al alma cómo resollar. Fuéme a ver este retor, y mandóme el confesor tratase con él con toda libertad y claridad. Yo solía sentir grandísima contradición en decirlo, y es ansí, que entrando en el confesonario sentí en mi espíritu un no sé qué que antes ni después no me acuerdo haberlo con nadie sentido, ni yo sabré decir cómo fué, ni por comparaciones podría. Porque fué un gozo espiritual y un entender mi alma que aquel alma me había de entender, y que conformaba con ella, aunque, como digo, no entiendo cómo, porque si le hu-

biera hablado o me hubiera dado grandes nuevas dél, no era mucho darme gozo en entender que había de entenderme; mas ninguna palabra él a mí ni yo a él nos habíamos hablado; ni era persona de quien yo tenía antes ninguna noticia.

Después he visto bien que no se engañó mi espíritu, porque de todas maneras ha hecho gran provecho a mí y a mi alma tratarle; porque su trato es mucho para personas que ya parece el Señor tiene ya muy adelante, porque él las hace correr, y no ir paso a paso. Y su modo es para desasirlas de todo y mortificarlas, que en esto le dió el Señor grandísimo talento, también como en otras muchas cosas. Como le comencé a tratar, luego entendí su estilo, y vi ser un alma pura y santa, y con don particular del Señor para conocer espíritus, consoléme mucho. Desde a poco que le trataba comenzó el Señor a tornarme a apretar, que tornase a tratar el negocio del monasterio, y que dijese a mi confesor y a este retor muchas razones, y cosas para que no me lo estorbase; y algunas los hacía temer, porque este Padre retor nunca dudó en que era espíritu de Dios; porque con mucho estudio y cuidado miraba todos los efetos.

6. En fin de muchas cosas no se osaron atrever a estorbármelo; tornó mi confesor a darme licencia que pusiese en ello todo lo que pudiese; y bien veía el trabajo a que me ponía, por ser muy sola y tener poquísima posibilidad. Concertamos se tratase con todo secreto, y ansí procuré que una hermana mía, que vivía fuera de aquí, comprase la casa, y la labrase como que era para sí, con dineros que el Señor dió por algunas vías para comprarla; que sería largo de contar cómo el Señor lo fué proveyendo, porque yo traía gran cuenta en no hacer cosa contra la obediencia; mas sabía que si se

lo decía a mis Perlados, era todo perdido, como la vez pasada, y aun ya fuera peor. En tener los dineros, en procurarlo, en concertarlo y hacerlo labrar, pasé tantos trabajos, y algunos bien a solas; aunque mi compañera hacía lo que podía; mas podía poco, y tan poco, que era casi nonada, mas dehacerse en su nombre, y con su favor, todo el más trabajo era mío, de tantas maneras, que ahora me espanto cómo lo pude sufrir. Algunas veces, afligida, decía: Señor mío, ¿cómo me mandáis cosas que parecen imposibles, que aunque fuera mujer, si tuviera libertad, mas atada por tantas partes, sin dineros, ni de dónde los tener, ni para Breve, ni para nada, qué puedo yo hacer, Señor?

7. Una vez estando en una necesidad, que no sabía qué me hacer, ni con qué pagar unos oficiales, me apareció San José, mi verdadero padre y señor, y me dió a entender que no me faltarían, que los concertase, y ansí lo hice sin ninguna blanca, y el Señor, por manera que se espantaban los que la oían, me proveyó. Hacíaseme la casa muy chica, porque lo era tanto, que no me parece llevaba camino ser monasterio, y quería comprar otra ni había con qué, ni había manera para comprarse, ni sabía qué me hacer, que estaba junto a ella otra también harto pequeña para hacer la iglesia, y acabando un día de comulgar, díjome el Señor: *Ya te he dicho que entres como pudieres.* Y a manera de exclamación también, me dijo: *¡Oh codicia del género humano, que aun tierra piensas que te ha de faltar! ¿Cuántas veces dormí yo al sereno, por no tener adonde me meter?* Yo quedé muy espantada, y vi que tenía razón, y voy a la casita, y tracéla, y hallé, aunque bien pequeño, monasterio cabal, y no curé de comprar más sitio, sino procuré se labrase en ella de manera que se pueda vivir, todo tosco y sin labrar, no más de como no

fuese dañoso a la salud, y ansí se ha de hacer siempre.

8. El día de Santa Clara, yendo a comulgar, se me apareció con mucha hermosura, y díjome que me esforzase y fuese adelante en lo comenzado, que ella me ayudaría. Yo la tomé gran devoción, y ha salido tan verdad, que un monasterio de monjas de su Orden, que está cerca deste, nos ayuda a sustentar; y lo que ha sido más, que poco a poco trajo este deseo mío a tanta perfeción, que en la pobreza que la bienaventurada Santa tenía en su casa, se tiene en ésta, y vivimos de limosna; que no me ha costado poco trabajo que sea con toda firmeza y autoridad del Padre Santo, que no se puede hacer otra cosa, ni jamás haya renta. Y más hace el Señor (y debe por ventura ser por ruego desta bendita Santa), que sin demanda ninguna nos provee su Majestad muy cumplidamente lo necesario. Sea bendito por todo. Amén.

9. Estando en estos mesmos días (el de nuestra Señora de la Asunción) en un monasterio de la Orden de glorioso Santo Domingo, estaba considerando los muchos pecados que en tiempos pasados había en aquella casa confesado, y cosas de mi ruin vida, vínome un arrebatamiento tan grande, que casi me sacó de mí. Sentéme, y aun paréceme que no pude ver alzar ni oir misa, que después quedé con escrúpulo desto. Parecióme, estando ansí, que me veía vestir una ropa de mucha blancura y claridad, y al principio no veía quién me la vestía; después vi a Nuestra Señora hacia el lado derecho, y a mi padre San José al izquierdo, que me vestían aquella ropa; dióseme a entender que estaba ya limpia de mis pecados. Acabada de vestir, yo con grandísimo deleite y gloria, luego me pareció asirme de las manos Nuestra Señora. Díjome que le daba mucho contento en servir al glorioso San José; que creye-

se que lo que pretendía del monasterio se haría, y en él se serviría mucho el Señor, y ellos dos, que no temiese habría quiebra en esto jamás, aunque la obediencia que daba no fuese a mi gusto, porque ellos nos guardarían; que ya su Hijo nos había prometido andar con nosotras; que para señal que sería esto verdad me daba aquella joya. Parecíame haberme echado al cuello un collar de oro muy hermoso, asida una cruz a él de mucho valor. Este oro y piedras es tan diferente de lo de acá que no tiene comparación; porque es su hermosura muy diferente de lo que podemos acá imaginar, que no alcanza el entendimiento a entender de qué era la ropa, ni cómo imaginar el blanco que el Señor quiere que se represente, que parece todo lo de acá dibujo de tizne, a manera de decir. Era grandísima la hermosura que vi en Nuestra Señora, aunque por figuras no determiné ninguna particular, sino toda junta la hechura del rostro, vestida de blanco con grandísimo resplandor, no que deslumbra, sino suave. Al glorioso San José no vi tan claro, aunque bien vi que estaba allí como las visiones que he dicho que no se ven; parecíame Nuestra Señora muy niña. Estando así conmigo un poco, y yo con grandísima gloria y contento (más, a mi parecer, que nunca le había tenido, y nunca quisiera quitarme dél), parecióme que los veía subir al cielo con mucha multitud de ángeles; yo quedé con mucha soledad, aunque tan consolada, elevada y recogida en oración y enternecida, que estuve algún espacio que menearme ni hablar no podía, sino casi fuera de mí. Quedé con un ímpetu grande de deshacerme por Dios, y con tales efetos, y todo pasó, de suerte que nunca pude dudar (aunque mucho lo procurase), no ser cosa de Dios Nuestro Señor. Dejóme consoladísima y con mucha paz. En lo que dijo la Reina de los ángeles de la obe-

diencia es, que a mí se me hacía de mal no darla a la Orden, y habíame dicho el Señor que no convenía dársela a ellos, dióme las causas, para que en ninguna manera convenía lo hiciese, sino que enviase a Roma por cierta vía, que también me dijo, que él haría viniese recaudo por allí; y ansí fué que se envió por donde el Señor me dijo (que nunca acabábamos de negociarlo), y vino muy bien. Y para las cosas que después han sucedido, convino mucho se diese la obediencia al Obispo; mas entonces no le conocía yo, ni aun sabía qué Perlado sería, y quiso el Señor fuese tan bueno y favoreciese tanto a esta casa, como ha sido menester para la gran contradición que ha habido en ella (como después diré), y para ponerla en el estado en que está. Bendito sea el que ansí lo ha hecho todo.

CAPÍTULO XXXIV

Trata cómo en este tiempo convino que se ausentase deste lugar; dice la causa, y cómo la mandó ir su Perlado para consuelo de una señora muy principal, que estaba muy afligida. Comienza a tratar lo que allá le sucedió y la gran merced que el Señor la hizo de ser medio para que su Majestad despertase a una persona muy principal para servirle muy de veras, y que ella tuviese favor y amparo después en él. Es de mucho notar.

1. Pues por mucho cuidado que yo traía para que no se entendiese, no podía hacerse tán secreta toda esta obra, que no entendiese mucho en algunas personas; unas lo creían y otras no. Yo temía harto, que venido el provincial, si algo le dijesen dello, me había de mandar no entender en ello, y luego era todo cesado. Proveyólo el Señor desta manera, que se ofreció en un

lugar grande, más de veinte leguas deste, que estaba una señora muy afligida a causa de habérsele muerto su marido; estábalo en tanto extremo, que se temía su salud. Tuvo noticia desta pecadorcilla, que lo ordenó el Señor ansí que le dijesen bien de mí para otros bienes que de aquí sucedieron. Conocía esta señora mucho al provincial, y como era persona principal, y supo que yo estaba en monasterio que salían, pónele el Señor tan gran deseo de verme, pareciéndole que se consolaría conmigo, que no debía ser en su mano, sino luego procuró por todas las vías que pudo llevarme allá, enviando al provincial que estaba bien lejos. Él me envió un mandamiento con precepto de obediencia, que luego fuese con otra compañera; yo lo supe la noche de Navidad. Hízome algún alboroto y mucha pena ver que por pensar que había en mí algún bien me querían llevar (que como yo me veía tan ruin, no podía sufrir esto), encomendándome mucho a Dios estuve todos los maitines, o gran parte dellos, en gran arrobamiento. Díjome el Señor que no dejase de ir, y que no escuchase pareceres; porque pocos me aconsejarían sin temeridad, que aunque tuviese trabajos se serviría mucho Dios, y que para este negocio del monasterio convenía ausentarme hasta ser venido el Breve; porque el demonio tenía armada una gran trama venido el provincial, y que no temiese de nada, que él me ayudaría allá. Yo quedé muy esforzada y consolada; díjelo al retor, díjome que en ninguna manera dejase de ir, porque otros me decían que no se sufría, que era invención del demonio, para que allá me viniese algún mal, que tornase a enviar al provincial.

2. Yo obedecí al retor, y con lo que en la oración había entendido, iba sin miedo, aunque no sin grandísima confusión de ver el título con que me llevaban, y

cómo se engañaban tanto; esto me hacía importunar más al Señor para que no me dejase. Consolábame mucho que había casa de la Compañía de Jesús en aquel lugar adonde iba, y con estar sujeta a lo que me mandasen, como lo estaba acá, me parecía estaría con alguna seguridad. Fué el Señor servido, que aquella señora se consoló tanto, que conocida mejoría comenzó luego a tener, y cada día más se hallaba consolada. Túvose a mucho, porque (como he dicho) la pena la tenía en gran aprieto; y debíalo hacer el Señor por las muchas oraciones que hacían por mí las personas buenas que yo conocía, porque me sucediese bien. Era muy temerosa de Dios, y tan buena, que su mucha cristiandad suplió lo que a mí me faltaba. Tomó grande amor conmigo; yo se le tenía harto de ver su bondad, mas casi todo me era cruz, porque los regalos me daban gran tormento, y el hacer tanto caso de mí, me traía con gran temor. Andaba mi alma tan encogida, que no me osaba descuidar, ni se descuidaba el Señor, porque estando allí me hizo grandísimas mercedes, y éstas me daban tanta libertad y tanto me hacían despreciar todo lo que veía (y mientras más eran, más), que no dejaba de tratar con aquellas tan señoras, que muy a mi honra pudiera yo servirlas con la libertad que si yo fuera su igual. Saqué una ganancia muy grande, y decíaselo. Vi que era mujer, y tan sujeta a pasiones y flaquezas como yo, y en lo poco que se ha de tener el señorío, y cómo mientras es mayor tiene más cuidados y trabajos, y un cuidado de tener la compostura conforme a su estado, que no las deja vivir, comer sin tiempo ni concierto (porque ha de andar todo conforme al estado, y no las complexiones), han de comer muchas veces los mánjares más conforme a su estado que no a su gusto.

3. Es ansí que del todo aborrecí el desear ser señora. Dios me libre de mala compostura, aunque ésta, con ser de las principales del reino, creo hay pocas más humildes y de mucha llaneza. Ya la había lástima, y se la ha de ver cómo va muchas veces, no conforme a su inclinación, por cumplir con su estado. Pues con los criados es poco lo poco que hay que fiar, aunque ella los tenía buenos; no se ha de hablar más con uno que con otro, sino al que se favorece ha de ser el malquisto. Ello es una sujeción, que una de las mentiras que dice el mundo es llamar señores a las personas semejantes, que no me parece son sino esclavos de mil cosas. Fué el Señor servido, que el tiempo que estuve en aquella casa se mejoraban en servir a su Majestad las personas della, aunque no estuve libre de trabajos y algunas envidias que tenían algunas personas del mucho amor que aquella señora me tenía. Debían, por ventura, pensar que pretendía algún interese; debía permitir el Señor me diesen algunos trabajos cosas semejantes, y otras de otras suertes, porque no me embebiese en el regalo que había, por otra parte, y fué servido sacarme de todo con mejoría de mi alma.

4. Estando allí acertó a venir un religioso, persona muy principal, y con quien yo muchos años había tratado algunas veces; y estando en misa en un monasterio de su orden (que estaba cerca adonde yo estaba), dióme deseo de saber en qué disposición estaba aquel alma (que deseaba yo fuese muy siervo de Dios), y levantéme para irle a hablar; como yo estaba recogida ya en oración, parecióme después era perder tiempo, que quién me metía a mí en aquello, y tornéme a sentar. Paréceme que fueron tres veces las que esto me acaeció, y, en fin, pudo más el ángel bueno que el malo, y fuíle a llamar y vino a hablarme a un confesonario.

Comencéle a preguntar y él a mí (porque había muchos años que no nos habíamos visto) de nuestras vidas; y yo le comencé a decir que había sido la mía de muchos trabajos del alma. Puso muy mucho en que le dijese qué eran los trabajos; yo le dije que no eran para saber ni para que yo los dijese. El dijo que, pues lo sabía el Padre dominico que he dicho, que era muy su amigo, que luego se lo diría, y que no se me diese nada.

5. El caso es que ni fué en su mano dejarme de importunar, ni en la mía me parece dejárselo de decir, porque con toda la pesadumbre y vergüenza que solía tener cuando trataba estas cosas, con él y con el retor que he dicho no tuve ninguna pena, antes me consolé mucho; díjeselo debajo de confesión. Parecióme más avisado que nunca, aunque siempre le tenía por de gran entendimiento; miré los grandes talentos y partes que tenía para aprovechar mucho, si del todo se diese a Dios; porque esto tengo yo de unos años acá, que no veo persona que mucho me contente, que luego querría verla del todo dar a Dios, con unas ansias que algunas veces no me puedo valer; y aunque deseo que todos le sirvan, estas personas que me contentan, es con muy gran ímpetu, y así importuno mucho al Señor por ellas. Con el religioso que digo me acaeció así. Rogóme le encomendase mucho a Dios (y no había menester decírmelo, que ya yo estaba de suerte que no pudiera hacer otra cosa), y voyme adonde solía a solas tener oración, y comienzo a tratar con el Señor, estando muy recogida en un estilo abobado, que muchas veces sin saber lo que digo trato, que el amor es el que habla, y está el alma tan enajenada, que no miro la diferencia que hay della a Dios, porque el amor que conoce que la tiene su Majestad la olvida de sí, y le parece está en él, y como una cosa propia sin división

habla desatinos. Acuérdome que le dije esto después de pedirle con hartas lágrimas aquella alma pusiese en su servicio muy de veras, que aunque yo la tenía por buena, no me contentaba, que le quería muy bueno; y ansí le dije: Señor, no me habéis de negar esta merced; mirad que es bueno este sujeto para nuestro amigo.

6. ¡Oh bondad y humanidad grande de Dios, cómo no mira las palabras, sino los deseos y voluntad con que se dicen! ¡Cómo sufre que una como yo hable a su Majestad tan atrevidamente! Sea bendito por siempre jamás. Acuérdome, que me dió en aquellas horas de oración aquella noche un afligimiento grande de pensar si estaba en amistad de Dios, y como no podía yo saber si estaba en gracia o no, no para que yo lo desease saber; más deseábame morir por no me ver en vida adonde no estaba segura si estaba muerta; porque no podía haber muerte más recia para mí que pensar si tenía ofendido a Dios, y apretábame esta pena; suplicábale no lo permitiese, toda regalada y derretida en lágrimas. Entonces entendí que bien me podía consolar y confiar que estaba en gracia, porque semejante amor de Dios, y hacer su Majestad aquellas mercedes y sentimientos que daba el alma, que no se compadecía hacerse al alma que estuviese en pecado mortal. Quedé confiada que había de hacer el Señor lo que le suplicaba desta persona. Díjome que le dijese unas palabras. Esto sentí yo mucho, porque no sabía cómo las decir; que esto de dar recaudo a tercera persona, como he dicho, es lo que más siento siempre, en especial a quien no sabía cómo lo tomaría, o si burlaría de mí. Púsose en mucha congoja; en fin, fuí tan persuadida, que, a mi parecer, prometí a Dios no dejárselas de decir, y por la gran vergüenza que había, las escribí y se las di. Bien pare-

ció ser cosa de Dios en la operación que le hicieron; determinóse muy de veras de darse a oración, aunque no lo hizo desde luego. El Señor, como le quería para sí, por mi medio le enviaba a decir unas verdades, que sin entenderlo yo iba tan a su propósito, que él se espantaba; y el Señor que debía de disponerle para creer que eran de su Majestad, y yo, aunque miserable, era mucho lo que le suplicaba al Señor muy del todo le tornase a sí, y le hiciese aborrecer los contentos y cosas de la vida. Y ansí, sea alabado por siempre, lo hizo tan de hecho, que cada vez que me habla me tiene como embobada; y si yo no lo hubiera visto, lo tuviera por dudoso, en tan breve tiempo hacerle tan crecidas mercedes, y tenerle tan ocupado en sí, que no parece vive ya para cosa de la tierra. Su Majestad le tenga de su mano, que si ansí va adelante (lo que espero en el Señor si hará por ir fundado en conocerse) será uno de los muy señalados siervos suyos, y para gran provecho de muchas almas, porque en cosas de espíritu, en poco tiempo tiene mucha experiencia, que estos son dones que da Dios cuando quiere y como quiere, y ni va en el tiempo ni en los servicios. No digo que no hace esto mucho, mas que muchas veces no da el Señor en veinte años la contemplación que a otros da en uno; su Majestad sabe la causa. Y es el engaño, que nos parece que por los años hemos de entender lo que en ninguna manera se puede alcanzar sin experiencia, y ansí yerran muchos, como he dicho, en querer conocer espíritu sin tenerle. No digo que quien no tuviere espíritu, si es letrado, no gobierne a quien le tiene; mas entiéndese en lo exterior e interior, que va conforme a vía natural por obra del entendimiento, y en lo sobrenatural, que mire vaya conforme a la Sagrada Escritura. En lo demás no se mate, ni piense entender lo que entiende, ni ahogue los

espíritus, que ya cuanto en aquello, otro mayor Señor los gobierna, que no están sin superior.

7. No se espante ni le parezcan cosas imposibles; todo es posible al Señor, sino procure esforzar la fe, y humillarse de que hace el Señor en esta ciencia a una vejecita más sabia por ventura que a él, aunque sea muy letrado, y con esta humildad aprovechará más a las almas, y a sí, que por hacerse contemplativo sin serlo. Porque torno a decir, que si no tiene experiencia, si no tiene muy mucha humildad en entender que no lo entiende, y que no por eso es imposible, que ganará poco y dará a ganar menos a quien trata; no haya miedo, si tiene humildad, permita el Señor que se engañe el uno ni el otro. Pues a este Padre que digo, como en muchas cosas se le ha dado el Señor, ha procurado estudiar todo lo que por estudio ha podido en este caso, que es bien letrado, y lo que no entiende por experiencia, infórmase de quien la tiene, y con esto ayúdale el Señor con darle mucha fe, y ansí ha aprovechado mucho a sí y algunas almas, y la mía es una dellas; que como el Señor sabía en los trabajos que me había de ver, parece proveyó su Majestad que, pues, había de llevar consigo algunos que me gobernaban, quedasen otros que me han ayudado a hartos trabajos, y hecho gran bien. Hale mudado el Señor casi del todo, de manera que casi él no se conoce, a manera de decir, y dado fuerzas corporales para penitencia que antes no tenía, sino enfermo, y animoso para todo lo que es bueno, y otras cosas que se parece bien ser muy particular llamamiento del Señor. Sea bendito por siempre. Creo todo el bien le viene de las mercedes que el Señor le ha hecho en la oración, porque no son postizas; porque ya en algunas cosas ha querido el Señor se haya experimentado, porque sale dellas, como quien tiene ya conocida la verdad del mé-

rito que se gana en sufrir persecuciones; espero en la grandeza del Señor ha de venir mucho bien a algunos de su Orden por él, y a ella mesma. Ya se comienza esto a entender: he visto grándes visiones, y díjome el Señor algunas cosas dél, y del retor de la Compañía de Jesús, que tengo dicho, de grande admiración, y de otros dos religiosos de la Orden de Santo Domingo, en especial de uno, que también ha dado ya a entender el Señor por obra en su aprovechamiento, algunas cosas que antes yo había entendido dél; mas de quien ahora hablo, han sido muchas. Una cosa quiero decir ahora aquí. Estaba yo una vez con él en un locutorio, y era tanto el amor que mi alma y espíritu entendía que ardía en el suyo, que me tenía a mí casi absorta; porque consideraba las grandezas de Dios, en cuán poco tiempo había subido un alma a tan grande estado. Hacíame gran confusión, porque le veía con tanta humildad escuchar lo que yo decía en algunas cosas de oración; como yo tenía poca de tratar ansí con personas semejantes, debíamelo sufrir el Señor por el gran deseo que yo tenía de verle muy adelante. Hacíame tanto provecho estar con él, que parece dejaba en mi ánima puesto nuevo fuego para desear servir al Señor de principio. ¡Oh Jesús mío, qué hace un alma abrasada en vuestro amor! ¡Cómo la habíamos de estimar en mucho, y suplicar al Señor la dejase en esta vida! Quien tiene el mesmo amor, tras estas almas se había de andar si pudiese.

8. Gran cosa es a un enfermo hallar otro herido de aquel mal; mucho se consuela de ver que no es solo; mucho se ayudan a padecer, y aun a merecer; excelentes espaldas se hacen la gente determinada a arriscar mil vidas por Dios, y desean que se les ofrezca en qué perderlas; son como los soldados, que por ganar el des-

pojo y hacerse con él ricos, desean que haya guerras; tienen entendido no lo pueden ser sino por aquí. Es este su oficio, el trabajar. ¡Oh, gran cosa es adonde el Señor da esta luz de entender lo mucho que se gana en padecer por él! No se entiende esto bien hasta que se deja todo, porque quien en ello se está, señal es que lo tiene en algo, pues si lo tiene en algo, forzado le ha de pesar de dejarlo, y ya va imperfeto todo, y perdido. Bien viene aquí que es perdido quien tras perdido anda, ¿y qué más perdición, qué más ceguedad, qué más desventura que tener en mucho lo que no es nada? Pues tornando a lo que decía, estando yo en grandísimo gozo mirando aquel alma, que me parece quería el Señor viese claro los tesoros que había puesto en ella, y viendo la merced que me había hecho en que fuese por medio mío, hallándome indigna della, en mucho más tenía yo las mercedes que el Señor le había hecho, y más a mi cuenta las tomaba, que si fuera a mí, y alababa mucho al Señor de ver que su Majestad iba cumpliendo mis deseos y había oído mi oración, que era despertase el Señor personas semejantes. Estando ya mi alma que no podía sufrir en sí tanto gozo, salió de sí y perdióse para más ganar: perdió las consideraciones, y de oir aquella lengua divina en que parece hablaba el Espíritu Santo, dióme un gran arrobamiento que me hizo casi perder el sentido, aunque duró poco tiempo. Vi a Cristo con grandísima majestad y gloria, mostrando gran contento de lo que allí pasaba; y ansí me lo dijo, y quiso que viese claro que a semejantes pláticas siempre se hallaba presente, y lo mucho que se sirve en que ansí se deleiten en hablar en él.

9. Otra vez, estando lejos deste lugar, le vi con mucha gloria levantar a los ángeles. Entendí iba su alma muy adelante por esta visión; y ansí fué, que le habían

levantado un gran testimonio bien contra su honra, persona a quien él había hecho mucho bien, y remediado la suya y el alma, y habíalo pasado con mucho contento, y hecho otras obras muy a servicio de Dios, y pasado otras persecuciones. No me parece conviene ahora declarar más cosas; si después le pareciere a vuesa merced, pues las sabe, se podrán poner para gloria del Señor. De todas las que le he dicho de profecías desta casa, y otras que diré della, y otras cosas, todas se han cumplido; algunas tres años antes que se supiesen, otras más y otras menos, me las decía el Señor; y siempre las decía al confesor y a ésta mi amiga viuda, con quien tenía licencia de hablar, como he dicho; y ella he sabido que las decía a otras personas, y éstas saben que no miento, ni Dios me dé tal lugar, que en ninguna cosa (cuanto más siendo tan graves) tratase yo sino toda verdad.

10. Habiéndose muerto un cuñado mío súbitamente, y estando yo con mucha pena por no haber tenido lugar de confesarse, se me dijo en la oración que había ansí de morir mi hermana, que fuese allá y procurase se dispusiese para ello. Díjelo a mi confesor, y como no me dejaba ir, entendílo otras veces; ya como esto vió, díjome que fuese allá, que no se perdía nada. Ella estaba en una aldea, y como fuí sin decirle nada, le fuí dando la luz que pude en todas las cosas; hice se confesase muy a menudo, y en todo trajese cuenta con su alma; ella era muy buena, e hízolo ansí. Desde ha cuatro o cinco años que tenía esta costumbre, y muy buena cuenta con su conciencia, se murió sin verla nadie, ni poderse confesar. Fué el bien que, como lo acostumbraba, no había sino poco más de ocho días que estaba confesada; a mí me dió grau alegría cuando supe su muerte. Estuvo muy poco en el purgatorio.

11. Serían aún no me parece ocho días, cuando, acabando de comulgar, me apareció el Señor, y quiso la viese cómo la llevaba a la gloria. En todos estos años, desde que se me dijo, hasta que murió, no se me olvidaba lo que se me había dado a entender, ni a mi compañera, que ansí como murió vino a mí muy espantada de ver cómo se había cumplido. Sea Dios alabado por siempre, que tanto cuidado tiene de las almas para que no se pierdan.

CAPITULO XXXV

Prosigue en la mesma materia de la fundación desta casa de nuestro glorioso Padre San José. Dice por los términos que ordenó el Señor viniese a guardarse en ella la santa pobreza, y las causas por qué se vino de con aquella señora que estaba, y otras algunas cosas que le sucedieron.

1. Pues estando con esta señora que he dicho, adonde estuve más de medio año, ordenó el Señor que tuviese noticia de mí una beata de nuestra Orden, de más de setenta leguas de aquí deste lugar, y acertó a venir por acá, y rodeó algunas por hablarme. Habíala el Señor movido el mesmo año y mes que a mí para hacer otro monasterio desta Orden; y como le puso este deseo, vendió todo lo que tenía, y fuése a Roma a traer despacho para ello, a pie, descalza. Es mujer de mucha penitencia y oración, y hacíala el Señor muchas mercedes, y aparecióle Nuestra Señora y mandóla lo hiciese; hacíame tantas ventajas en servir al Señor, que yo había vergüenza de estar delante della. Mostróme los despachos que traía de Roma, y en quince días que estuvo conmigo, dimos orden en cómo habíamos hacer estos monasterios. Y hasta que yo la hablé, no había venido

a mi noticia que nuestra Regla, antes que se relajase, mandaba no se tuviese propio; ni yo estaba en fundarle sin renta, que iba mi intento a que no tuviésemos cuidado de lo que habíamos menester, y no miraba a los muchos cuidados que trae consigo tener propio. Esta bendita mujer, como la enseñaba el Señor, tenía bien entendido, con no saber leer, lo que yo con tanto haber andado a leer las Constituciones ignoraba. Y como me lo dijo, parecióme bien, aunque temí que no me lo habían de consentir, sino decir que hacía desatinos, y que no hiciese cosa que padeciesen otras por mí, que a ser yo sola, poco ni mucho me detuviera; antes me era gran regalo pensar de guardar los consejos de Cristo Señor nuestro; porque grandes deseos de pobreza ya me los había dado su Majestad.

2. Ansí que para mí no dudaba de ser lo mejor, porque días había que deseaba fuera posible a mi estado andar pidiendo por amor de Dios y no tener casa ni otra cosa; mas temía que si a las demás no daba el Señor estos deseos, vivirían descontentas; y también no fuese causa de alguna distracción, porque veía algunos monasterios pobres no muy recogidos, y no miraba que el no serlo era causa de ser pobres, y no la pobreza de la distracción, porque ésta no hace más ricas, ni falta Dios jamás a quien le sirve; en fin, tenía flaca la fe, lo que no hacía esta sierva de Dios. Como yo en todo tomaba tantos pareceres, casi a nadie hallaba deste parecer, ni confesor, ni los letrados que trataba; traíanme tantas razones, que no sabía qué hacer, porque como ya yo sabía era regla, y veía ser más perfeción, no podía persuadirme a tener renta. Y ya que algunas veces me tenían convencida, en tornando a la oración y mirando a Cristo en la cruz tan pobre y desnudo, no podía poner a paciencia ser rica; suplicábale con lágri-

mas lo ordenase de manera que yo me viese pobre como él. Hallaba tantos inconvenientes para tener renta, y veía ser tanta causa de inquietud, y aun distracción, que no hacía sino disputar con los letrados. Escribíle al religioso dominico que nos ayudaba; envióme escritos dos pliegos de contradición y theología, para que no lo hiciese, y ansí me lo decía, que lo había estudiado mucho. Yo le respondí, que para no seguir mi llamamiento, y el voto que tenía hecho de pobreza, y los consejos de Cristo con toda perfeción, que no quería aprovecharme de theología, ni con sus letras en este caso me hiciese merced. Si hallaba alguna persona que me ayudase, alegrábame mucho. Aquella señora con quien estaba, para esto me ayudaba mucho; algunos luego al principio decíanme que les parecía bien; después, como más lo miraban, hallaban tantos inconvenientes, que tornaban a poner mucho en que no lo hiciese. Decíales yo que si ellos tan presto mudaban parecer, que yo al primero me quería llegar.

3. En este tiempo, por ruegos míos, porque esta señora no había visto el santo fray Pedro de Alcántara, fué el Señor servido viniese a su casa, y como el que era bien amador de la pobreza, y tantos años la había tenido, sabía bien la riqueza que en ella estaba, y ansí me ayudó mucho, y mandó que en ninguna manera dejase de llevarlo muy adelante. Ya con este parecer y favor, con quien mejor lo podía dar, por tenerlo sabido por larga experiencia, yo determiné no andar buscando otros.

4. Estando un día mucho encomendándolo a Dios, me dijo el Señor que en ninguna manera dejase de hacerle pobre, que ésta era la voluntad de su Padre y suya, que él me ayudaría. Fué con tan grandes efetos en un gran arrobamiento, que en ninguna manera pude

tener duda de que era Dios. Otra vez me dijo que en la renta estaba la confusión, y otras cosas en loor de la pobreza; y asegurándome que a quien le servía no le faltaba lo necesario para vivir; y esta falta, como digo, nunca yo la temí por mí. También volvió el Señor el corazón del presentado, digo del religioso dominico, de quien he dicho me escribió no lo hiciese sin renta. Ya yo estaba muy contenta con haber entendido esto, y tener tales pareceres, no me parecía sino que poseía toda la riqueza del mundo en determinándome a vivir de por amor de Dios.

5. En este tiempo mi provincial me alzó el mandamiento y obediencia que me había puesto para estar allí, y dejó en mi voluntad que, si me quisiese ir, que pudiese, y si estar, también por cierto tiempo; y en éste había de haber elección en mi monasterio, y avisáronme que muchas querían darme aquel cuidado de perlada; que para mí sólo pensarlo era tan gran tormento, que a cualquier martirio me determinaba a pasar por Dios con facilidad, a éste en ningún arte me podía persuadir; porque dejado el trabajo grande, por ser muy muchas y otras causas, de que yo nunca fuí amiga, ni de ningún oficio, antes siempre los había rehusado, parecíame gran peligro para la conciencia, y ansí alabé a Dios de no me hallar allá. Escribí a mis amigas para que no me diesen voto.

6. Estando muy contenta de no me hallar en aquel ruido, díjome el Señor que en ninguna manera deje de ir; que, pues, deseo cruz, que buena se me apareja; que no la deseche, que vaya con ánimo, que El me ayudará y que me fuese luego. Yo me fatigué mucho, y no hacía sino llorar, porque pensé que era la cruz ser perlada, y como digo, no podía persuadirme a que estaba bien a mi alma en ninguna manera, ni yo hallaba términos

para ello. Contélo a mi confesor; mandóme que luego procurase ir; que claro estaba era más perfección, y que porque hacía gran calor, bastaba hallarme allá a su elección, que me estuviese unos días, porque no me hiciese mal el camino. Mas el Señor, que tenía ordenado otra cosa, húbose de hacer; porque era tan grande el desasosiego que traía en mí, y el no poder tener oración, y parecerme faltaba de lo que el Señor me había mandado, y que como estaba allí a mi placer y con regalo, no quería irme a ofrecer al trabajo, que todo era palabras con Dios, que por qué pudiendo estar adonde era más perfección, había de dejarlo; que si me muriese, muriese, y con esto un apretamiento de alma, un quitarme el Señor todo el gusto de la oración. En fin, yo estaba tal, que ya me era tormento tan grande, que supliqué a aquella señora tuviese por bien dejarme venir, porque ya mi confesor, como me vió así, me dijo que me fuese, que también le movía Dios como a mí. Ella sentía tanto que la dejase, que era otro tormento, que le había costado mucho acabarlo con el provincial por muchas maneras de importunaciones.

7. Tuve por grandísima cosa querer venir en ello, según lo que sentía; sino como era muy temerosa de Dios, y como le dije que se le podía hacer gran servicio, y otras hartas cosas, y dile esperanza que era posible tornarla a ver, y así con harta pena lo tuvo por bien. Ya yo no la tenía de venirme, porque entiendo yo era más perfección una cosa y servicio de Dios, con el contento que me da de contentarle, pasé la pena de dejar a aquella señora que tanto la veía sentir, y otras personas a quien debía mucho, en especial a mi confesor, que era de la Compañía de Jesús, y hallábame muy bien con él; mas mientras más veía que perdía de consuelo por el Señor, más contento me daba perderlo. No

podía entender cómo era esto, porque veía claro estos dos contrarios, holgarme y consolarme y alegrarme de lo que me pesaba en el alma; porque yo estaba consolada y sosegada, y tenía lugar para tener muchas horas de oración; veía que venía a meterme en un fuego, que ya el Señor me lo había dicho que venía a pasar gran cruz (aunque nunca yo pensé lo fuera tanto como después vi), y con todo, venía ya alegre, y estaba deshecha de que no me ponía luego en la batalla, pues el Señor quería la tuviese, y ansí enviaba su Majestad el esfuerzo y le ponía en mi flaqueza.

8. No podía, como digo, entender cómo podía ser esto; pensé esta comparación: si poseyendo yo una joya o cosa que me da gran contento, ofréceseme saber que la quiere una persona que yo quiero más que a mí, y deseo más contentarla que mi mesmo descanso, dame gran contento quedarme sin ella, que me daba lo que poseía por contentar aquella persona; y como este contento de contentarla excede a mi mesmo contento, quítase la pena de la falta que me hace la joya, o lo que amo, y de perder el contento que daba, de manera que aunque quería tenerla, de ver que dejaba personas que tanto sentían apartarse de mí, con ser yo de mi condición tan agradecida que bastara en otro tiempo a fatigarme mucho, y ahora, aunque quisiera tener pena no podía. Importó tanto el no me tardar un día más para lo que tocaba el negocio de esta bendita casa, que yo no sé cómo pudiera concluirse si entonces me detuviera. ¡Oh grandeza de Dios! Muchas veces me espanta cuando lo considero, y veo cuán particularmente quería su Majestad ayudarme para que se efetuase este rinconcito de Dios, que yo creo lo es, y morada en que su Majestad se deleita, como una vez estando en oración me dijo, que era esta casa paraíso de su deleite, y ansí pa-

rece ha su Majestad escogido las almas que ha traído a él, en cuya compañía yo vivo con harta confusión, porque yo no supiera desearlas tales para este propósito de tanta estrechura, y pobreza, y oración, y llévanlo con una alegría y contento, que cada una se halla por indigna de haber merecido venir a tal lugar; en especial algunas que las llamó el Señor de mucha vanidad y gala del mundo, adonde pudieran estar contentas conforme a sus leyes, y hales dado el Señor tan doblados los contentos aquí, que claramente conocen haberles el Señor dado ciento por uno que dejaron, y no se hartan de dar gracias a su Majestad; a otras ha mudado de bien en mejor. A las de poca edad da fortaleza y conocimiento para que no puedan desear otra cosá, y que entiendan es vivir en mayor descanso, aun para los de acá, estar apartadas de todas las cosas de la vida. A las que son de más edad y con poca salud, da fuerzas, y se las ha dado para poder llevar la aspereza y penitencia que todos.

9. ¡Oh Señor mío, cómo se os parece que sois poderoso! No es menester buscar razones para lo que Vos queréis, porque sobre toda razón natural hacéis las cosas tan posibles, que dais a entender bien que no es menester más de amaros de veras y dejarlo de veras todo por Vos, para que Vos, Señor mío, lo hagáis todo fácil. Bien viene aquí decir que fingís trabajo en vuestra ley, porque yo no lo veo, Señor, ni sé cómo es estrecho el camino que lleva a Vos. Camino real veo que es, que no senda; camino que quien de verdad se pone en él va más seguro. Muy lejos están los puertos y rocas para caer, porque lo están de las ocasiones. Senda llamo yo, y ruin senda, y angosto camino, el que de una parte está un valle muy hondo adonde caer, y de la otra un despeñadero; no se han descuidado, cuando se des-

peñan y se hacen pedazos. El que os ama de verdad, Bien mío, seguro va, por ancho camino y real; lejos está el despeñadero; no ha tropezado tantico, cuando le dais Vos, Señor, la mano; no basta una caída, y muchas, si os tiene amor, y no a las cosas del mundo para perderse, va por el valle de la humildad. No puede entender qué es lo que temen de ponerse en el camino de la perfección; el Señor, por quien es, nos dé a entender cuán mala es la seguridad en tan manifiestos peligros como hay en andar con el hilo de la gente, y cómo está la verdadera seguridad en procurar ir muy adelante en el camino de Dios. Los ojos en él, y no haya miedo se ponga este Sol de Justicia, ni nos deje caminar de noche para que nos perdamos, si primero no le dejamos a él. No temen andar entre leones, que cada uno parece quiere llevar un pedazo, que son las honras, y deleites, y contentos semejantes que llama el mundo, y acá parece hace el demonio temer de musarañas. Mil veces me espanto, y diez mil quería hartarme de llorar y dar voces a todos para decir la gran ceguedad y maldad mía, por si aprovechase algo para que ellos abriesen los ojos. Abraselos el que puede por su bondad, y no permita se me tornen a cegar a mí. Amén.

CAPITULO XXXVI

Prosigue en la materia comenzada, y dice cómo se acabó de concluir y se fundó este monasterio del glorioso San José, y las grandes contradiciones y persecuciones que después de tomar hábito las religiosas hubo, y los grandes trabajos y tentaciones que ella pasó, y cómo de todo la sacó el Señor con victoria, y en gloria y alabanza suya.

1. Partida ya de aquella ciudad, venía muy contenta por el camino, determinándome a pasar todo lo que

el Señor fuese servido, muy con toda voluntad. La noche mesma que llegué a esta tierra, llegó nuestro despacho para el monasterio, y breve de Roma, que yo me espanté y se espantaron los que sabían la priesa que me había dado el Señor a la venida, cuando supieron la gran necesidad que había dello, y a la coyuntura que el Señor me traía; porque hallé aquí el Obispo, y el santo fray Pedro de Alcántara, y a otro caballero muy siervo de Dios, en cuya casa este santo hombre posaba, que era persona adonde los siervos de Dios hallaban espaldas y cabida. Entrambos a dos acabaron con el Obispo admitiese el monasterio; que no fué poco por ser pobre, sino que erá tan amigo de personas que veía ansí determinadas a servir al Señor, que luego se aficionó a favorecerle, y el aprobarlo este santo viejo, y poner mucho con unos y con otros en que nos ayudasen, fué el que lo hizo todo. Si no viniera a esta coyuntura, como ya he dicho, no puedo entender cómo pudiera hacerse, porque estuvo poco aquí este santo hombre (que no creo fueron ocho días, y esos muy enfermo), y desde a muy poco le llevó el Señor consigo. Parece que le había guardado su Majestad hasta acabar este negocio, que había muchos días, no sé si más de dos años, que andaba muy malo.

2 Todo se hizo debajo de gran secreto, porque a no ser ansí, no sé si pudiera hacer nada, según el pueblo estaba mal con ello, como se pareció después. Ordenó el Señor que estuviese malo un cuñado mío, y su mujer no aquí; y en tanta necesidad, que me dieron licencia para estar con él, y con esta ocasión no se entendió nada, aunque en algunas personas no dejaba sospecharse algo, mas aún no lo creían. Fué cosa para espantar, y que no estuvo más malo de lo que fué menester para el negocio, y en siendo menester tuviese salud para que

yo me desocupase y él dejase desembarazada la casa, se la dió luego el Señor, que él estaba maravillado. Pasé harto trabajo en procurar con unos y con otros que se admitiese, y con el enfermo y con oficiales para que se acabase la casa a mucha priesa, para que tuviese forma de monasterio, que faltaba mucho de acabarse; y mi compañera no estaba aquí (que nos pareció era mejor estar ausente para más disimular), y yo veía que iba el todo en la brevedad por muchas causas: y la una era porque cada hora temía me habían de mandar ir. Fueron tantas las cosas de trabajos que tuve, que me hizo pensar si era esta la cruz, aunque todavía me parecía era poco para la gran cruz que yo había entendido del Señor que había de pasar.

3. Pues todo concertado, fué el Señor servido que día de San Bartolomé tomaron el hábito algunas, y se puso el Santísimo Sacramento; con toda autoridad y fuerza quedó hecho nuestro monasterio del gloriosísimo Padre nuestro San José, año de mil y quinientos sesenta y dos. Estuve yo a darles el hábito, y otras dos monjas de nuestra casa mesma que acertaron a estar fuera. Como en ésta que se hizo el monasterio, era la que estaba mi cuñado (que, como he dicho, la había él comprado por disimular mejor el negocio) con licencia estaba yo en ella, y no hacía cosa que no fuese con parecer de letrados, para no ir un punto contra obediencia, y como veían ser muy provechoso para toda la Orden, por muchas causas, que aunque iba con secreto y guardándome no lo supiesen mis Prelados, me decían lo podía hacer, porque por muy poca imperfeción que me dijeran era, mil monasterios me parece dejara, cuanto más uno: esto es cierto. Porque aunque lo deseaba por apartarme más de todo, y llevar mi profesión y llamamiento con más perfeción y encerramiento,

de tal manera lo deseaba, que cuando entendiera era más servicio del Señor dejarlo todo, lo hiciera, como lo hice la otra vez con todo sosiego y paz. Pues fué para mí como estar en una gloria ver poner el Santísimo Sacramento, y que se remediaron cuatro huérfanas pobres (porque no se tomaban con dote) y grandes siervas de Dios; que esto se pretendió al principio, que entrasen personas que con su ejemplo fuesen fundamento, para que se pudiese el intento que llevábamos de mucha perfeción y oración efetuar, y hecha una obra que tenía entendido era para el servicio del Señor y honra del hábito de su gloriosa Madre, que estas eran mis ansias. Y también me dió gran consuelo de haber hecho lo que tanto el Señor me había mandado, y otra iglesia más en este lugar de mi Padre glorioso San José, que no la había. No porque a mí me pareciese había hecho en ello nada, que nunca me lo parecía, ni parece, siempre entiendo lo hacía el Señor; y lo que era de mi parte, iba con tantas imperfeciones, que antes veo había que me culpar, que no que me agradecer; mas érame gran regalo ver que hubiese su Majestad tomádome por instrumento, siendo tan ruin para tan grande obra; ansí que estuve con tan gran contento, que estaba como fuera de mí con gran oración.

4. Acabado todo, sería como desde a tres o cuatro horas, me revolvió el demonio una batalla espiritual, como ahora diré. Púsome delante si había sido mal hecho lo que había hecho; si iba contra obediencia en haberlo procurado sin que me lo mandase el provincial (que bien me parecía a mí le había de ser algún disgusto a causa de sujetarle al Ordinario, por no se lo haber primero dicho, aunque como él no le había querido admitir, y yo no la mudaba, también me parecía no se le daría nada por otra parte), y si habían de tener con-

tento las que aquí estaban con tanta estrechura, si les había de faltar de comer, si había sido disbarate, que quién me metía en esto, pues yo tenía monasterio.

Todo lo que el Señor me había mandado, y los muchos pareceres y oraciones (que había más de dos años que casi no cesaban), todo tan quitado de mi memoria, como si nunca hubiera sido; sólo de mi parecer me acordaba, y todas las virtudes y la fe estaban en mí entonces suspendidas, sin tener yo fuerza para que ninguna obrase ni me defendiese de tantos golpes. También me ponía el demonio, que como me quería encerrar en casa tan estrecha y con tantas enfermedades, que cómo había de poder sufrir tanta penitencia y dejaba casa tan grande y deleitosa, y adonde tan contenta siempre había estado y tantas amigas, que quizá las de acá no serían a mi gusto, que me había obligado a mucho, que quizá estaría desesperada, y que por ventura había pretendido esto el demonio para quitarme la paz y quietud, y que ansí no podría tener oración estando desasosegada, y perdería el alma. Cosas desta hechura juntas me ponía delante, que no era en mi mano pensar en otra cosa; y con esto una aflicción y escuridad y tinieblas en el alma, que yo no lo sé encarecer. De que me ví ansí, fuíme a ver el Santísimo Sacramento, aunque encomendarme a él no podía; paréceme estaba con una congoja como quien está en agonía de muerte. Tratarlo con nadie no había de osar, porque aún confesor no tenía señalado.

5. ¡Oh válame Dios, y qué vida ésta tan miserable! No hay contento seguro, ni cosa sin mudanza. Había tan poquito que no me parece trocara mi contento con ninguno de la tierra, y la mesma causa dél me atormentaba ahora de tal suerte, que no sabía qué hacer de mí. ¡Oh, si mirásemos con advertencia las cosas de nuestra vida, cada uno vería con experiencia en lo poco que se

ha de tener contento ni descontento della! Es cierto que me parece que fué uno de los recios ratos que he pasado en mi vida: parece que adivinaba el espíritu lo mucho que estaba por pasar, aunque no llegó a ser tanto como esto si durara. Mas no dejó el Señor padecer a su pobre sierva, porque nunca en las tribulaciones me dejó de socorrer, y ansí fué en ésta, que me dió un poco luz para ver que era demonio, y para que pudiese entender la verdad, y que todo era quererme espantar con mentiras; y ansí comencé a acordarme de mis grandes determinaciones de servir al Señor, y deseos de padecer por él, y pensé que si había de cumplirlos, que no había de andar a procurar descanso, y que si tuviese trabajos, que eso era el merecer, y si descontento, como lo tomase por servir a Dios, me serviría de purgatorio; ¿que de qué temía? que pues deseaba trabajos, que buenos eran éstos, que en la mayor contradición estaba la ganancia; que por qué me había de faltar ánimo para servir a quien tanto debía. Con estas y otras consideraciones, haciéndome gran fuerza, prometí delante del Santísimo Sacramento de hacer todo lo que pudiese para tener licencia de venirme a esta casa, y en pudiéndolo hacer con buena conciencia, prometer clausura. En haciendo esto, en un instante huyó el demonio y me dejó sosegada y contenta, y lo quedé, y lo he estado siempre, y todo lo que en esta casa se guarda de encerramiento, penitencia y lo demás, se me hace en extremo suave y poco. El contento es tan grandísimo, que pienso yo algunas veces, ¿qué pudiera escoger en la tierra que fuera más sabroso? No sé si es esto parte para tener mucha más salud que nunca, o querer el Señor por ser menester y razón que haga lo que todas, darme este consuelo, que pueda hacerlo aunque con trabajo; mas del poder se espantan todas las personas que saben

mis enfermedades. Bendito sea el que todo lo da, y en cuyo poder se puede.

6. Quedé bien cansada de tal contienda; y riéndome del demonio, que vi claro ser él; creo lo permitió el Señor (porque yo nunca supe qué cosa era descontento de ser monja, ni un momento en veintiocho años y más que ha que lo soy) para que entendiese la merced grande que en esto me había hecho, y del tormento que me había librado; y también para que si alguna viese lo estaba, no me espantase y me apiadase della y la supiese consolar. Pues pasado esto, queriendo después de comer descansar un poco (porque en toda la noche no había casi sosegado, ni en otras algunas dejado de tener trabajo y cuidado, y todos los días bien cansada), como se había sabido en mi monasterio y en la ciudad lo que estaba hecho, había en él mucho alboroto por la causas que ya he dicho, que parecía llevaban algún color. Luego la perlada me envió a mandar que a la hora me fuese allá. Yo, en viendo su mandamiento, dejo mis monjas harto penadas y voyme luego. Bien vi que se me habían de ofrecer hartos trabajos, mas como ya quedaba hecho, muy poco se me daba. Hice oración suplicando al Señor me favoreciese, y a mi Padre San José que me trajese a su casa, y ofrecíle lo que había de pasar, y muy contenta se ofreciese algo en que yo padeciese por él y le pudiese servir, me fuí con tener creído luego me habían de echar en la cárcel; mas a mi parecer me diera mucho contento, por no hablar a nadie y descansar un poco en soledad, de lo que yo estaba bien necesitada, porque me traía molida tanto andar con gente. Como llegué y di mi descuento a la perlada, aplacóse algo, y todas enviaron al provincial, y quedóse la causa para delante dél; y venido fuí a juicio con harto gran contento de ver que padecía algo por el Señor, porque contra su

Majestad ni la Orden no hallaba haber ofendido nada en este caso, antes procuraba aumentarla con todas mis fuerzas, y muriera de buena gana por ello, que todo mi deseo era que se cumpliese con toda perfeción. Acordéme del juicio de Cristo, y vi cuán no nada era aquél. Hice mi culpa como muy culpada, y ansí lo parecía a quien no sabía todas las causas. Después de haberme hecho una grande reprensión, aunque no con tanto rigor como merecía el delito, y lo que muchos decían al provincial, yo no quisiera disculparme, porque iba determinada a ello; antes pedí me perdonase y castigase, y no estuviese desabrido conmigo.

7. En algunas cosas bien veía yo me condenaban sin culpa, porque me decían lo había hecho porque me tuviesen en algo, y por ser nombrada y otras semejantes; mas en otras, claro entendía que decían verdad, en que era yo más ruin que otras, y que pues no había guardado la mucha religión que se llevaba en aquella casa, ¿cómo pensaba guardarla en otra con más rigor, que escandalizaba el pueblo y levantaba cosas nuevas? Todo no me hacía ningún alboroto ni pena, aunque yo mostraba tenerla, porque no pareciese tenía en poco lo que me decían. En fin, me mandó delante de las monjas diese descuento, y húbelo de hacer; como yo tenía quietud en mí y me ayudaba el Señor, di mi descuento de manera que no halló el provincial, ni las que allí estaban, por qué me condenar, y después a solas le hablé más claro y quedó muy satisfecho, y prometióme, si fuese adelante, en sosegándose la ciudad, de darme licencia que me fuese a él; porque el alboroto de toda la ciudad era tan grande como ahora diré. Desde a dos o tres días juntáronse algunos de los regidores, y corregidor y del cabildo, y todos juntos dijeron que en ninguna manera se había de consentir, que venía cono-

cido daño a la república, y que habían de quitar el Santísimo Sacramento, y que en ninguna manera sufrirían pasase adelante.

8. Hicieron juntar todas las Órdenes para que digan su parecer, de cada una, dos letrados. Unos callaban, otros condenaban; en fin, concluyeron que luego se deshiciese. Sólo un presentado de la Orden de Santo Domingo (aunque era contrario, no del monasterio, sino de que fuese pobre), dijo que no era cosa que ansí se había de deshacer, que se mirase bien, que tiempo había para ello, que este era caso del Obispo, o cosas desta arte, que hizo mucho provecho; porque según la furia, fué dicha no lo poner luego por obra. Era, en fin, que había de ser, que era el Señor servido dello, y podían todos poco contra su voluntad; daban sus razones y llevaban buen celo, y ansí, sin ofender ellos a Dios, hacíanme padecer, y a todas las personas que lo favorecían, que eran algunas, y pasaron mucha persecución. Era tanto el alboroto del pueblo, que no se hablaba en otra cosa, y todos condenarme e ir al provincial y a mi monasterio. Yo ninguna pena tenía de cuanto decían de mí, más que si no lo dijeran, sino temor de si se había de deshacer; esto me daba gran pena, y ver que perdían crédito las personas que me ayudaban y el mucho trabajo que pasaban, que lo que decían de mí antes me parece me holgaba; y si tuviera alguna fe, ninguna alteración tuviera, sino que faltar algo en una virtud, basta a adormecerlas todas; y ansí estuve muy penada los dos días que hubo estas juntas que digo en el pueblo, y estando bien fatigada me dijo el Señor: *¿No sabes que soy poderoso? ¿De qué temes?* y me aseguró que no se desharía; con esto quedé muy consolada. Enviaron al Consejo real con su información, vino provisión para que se diese relación de cómo se había hecho.

9. Hele aquí comenzado un gran pleito, porque de la ciudad fueron a la corte, y hubieron de ir de parte del monasterio, y no había dineros ni yo sabía qué hacer; proveyólo el Señor, que nunca mi padre provincial me mandó dejase de entender en ello; porque es tan amigo de toda virtud, que aunque no ayudaba, no quería ser contra ello; no me dió licencia hasta ver en lo que paraba, para venir acá. Estas siervas de Dios estaban solas, y hacían más con sus oraciones que con cuanto yo andaba negociando, aunque fué menester harta diligencia. Algunas veces parecía que todo faltaba, en especial un día antes que viniese el provincial, que me mandó la priora no tratase en nada, y era dejarse todo. Yo me fuí a Dios, y díjele: Señor, esta casa no es mía, por Vos se ha hecho; ahora que no hay nadie que negocie, hágalo vuestra Majestad. Quedaba tan descansada y tan sin pena, como si tuviera a todo el mundo que negociara por mí, y luego tenía por seguro el negocio.

10. Un muy siervo de Dios, sacerdote, que siempre me había ayudado, amigo de toda perfeción, fué a la corte a entender en el negocio, y trabajaba mucho; y el caballero santo, de quien he hecho mención, hacía en este caso muy mucho, y de todas maneras lo favorecía. Pasó hartos trabajos y persecución, y siempre en todo le tenía por padre, y aun ahora le tengo; y en los que nos ayudaban ponía el Señor tanto fervor, que cada uno lo tomaba por cosa tan propia suya, como si en ello les fuera la vida y la honra, y no les iba más de ser cosa en que a ellos les parecía se servía al Señor. Pareció claro ayudar su Majestad al maestro que he dicho clérigo (que también era de los que mucho me ayudaban) a quien el Obispo puso de su parte en una junta grande que se hizo, y él estaba solo contra todos, y en fin, los

aplacó con decirles ciertos medios, que fué harto para que se entretuviesen; mas ninguno bastaba para que luego no tornasen a poner la vida (como dicen) en deshacerle. Este siervo de Dios que digo fué quien dió los hábitos y puso el Santísimo Sacramento, y se vió en harta persecución. Duró esta batería casi medio año, que decir los grandes trabajos que se pasaron por menudo, sería largo.

11. Espantábame yo de lo que ponía el demonio contra unas mujercitas, y cómo les parecía a todos era gran daño para el lugar solas doce mujeres y la priora, que no han de ser más (digo a las que lo contradecían), y de vida tan estrecha, que ya que fuera daño o yerro, es para sí mesmas; mas daño a el lugar, no parece llevaba camino, y ellos hallaban tantos, que con buena conciencia lo contradecian. Ya vinieron a decir que como tuviese renta pasarían por ello, y que fuese adelante. Yo estaba ya tan cansada de ver el trabajo de todos los que me ayudaban, más que del mío, que me parecía no sería malo hasta que se sosegasen tener renta y dejarla después. Y otras veces, como ruin e imperfeta, me parecía que por ventura lo quería el Señor, pues sin ella no podíamos salir con ello, y venía ya en este concierto.

12. Estando la noche antes que se había de tratar en oración (y ya se había comenzado el concierto), díjome el Señor que no hiciese tal, que si comenzásemos a tener renta, que no nos dejarían después que la dejásemos, y otras algunas cosas. La mesma noche me apareció el santo fray Pedro de Alcántara, que era ya muerto; y antes que muriese me escribió cómo supo la gran contradición y persecución que teníamos, se holgaba fuese la fundación con contradición tan grande, que era señal se había el Señor de servir muy mucho en

este monasterio, pues el demonio tanto ponía en que no se hiciese, y que en ninguna viniese en tener renta. Y aun dos o tres veces me persuadió en la carta, y que como esto hiciese, ello vernía a hacerse todo como yo quería. Ya yo le había visto otras dos veces después que murió y la gran gloria que tenía, y ansí no me hizo temor, antes me holgó mucho; porque siempre aparecía como cuerpo glorificado, lleno de mucha gloria, y dábamela muy grandísima verle. Acuérdome que me dijo la primera vez que le vi, entre otras cosas, diciéndome lo mucho que gozaba, qué dichosa penitencia había sido la que había hecho que tanto premio había alcanzado. Porque ya creo tengo dicho algo desto; no digo aquí más de cómo esta vez me mostró rigor, y sólo me dijo que en ninguna manera tomase renta, y que por qué no quería tomar su consejo, y desapareció luego. Yo quedé espantada, y luego otro día dije al caballero (que era a quien en todo acudía, como el que más en ello hacía) lo que pasaba, y que no se concertase en ninguna manera tener renta, sino que fuese adelante el pleito. El estaba en esto mucho más fuerte que yo, y holgóse mucho; después me dijo cuán de mala gana hablaba en el concierto.

13. Después se tornó a levantar otra persona, y siervo de Dios harto, y con buen celo, ya que estaba en buenos términos, decía se pusiese en manos de letrados. Aquí tuve hartos desasosiegos, porque algunos de los que me ayudaban venían en esto, y fué esta maraña que hizo el demonio de la más mala digestión de todas. En todo me ayudó el Señor, que ansí dicho en suma no se puede bien dar a entender lo que pasó en dos años que se estuvo comenzada esta casa hasta que se acabó; este medio postrero y lo primero fué lo más trabajoso. Pues aplacada ya algo la ciudad, dióse tan

buena maña el Padre presentado dominico que nos ayudaba, aunque no estaba presente, mas habíale traído el Señor a un tiempo que nos hizo harto bien, y pareció haberle su Majestad para sólo este fin traído, que me dijo él después que no había tenido para qué venir, sino que acaso lo había sabido. Estuvo lo que fué menester; tornado a ir, procuró por algunas vías que nos diese licencia nuestro Padre provincial para venir yo a esta casa con otras algunas conmigo (que parecía casi imposible darla tan en breve) para hacer el oficio y enseñar a las que estaban; fué grandísimo consuelo para mí el día que vinimos. Estando haciendo oración en la iglesia, antes que entrase en el monasterio, estando casi en arrobamiento, vi a Cristo que con grande amor me pareció me recibía y ponía una corona, y agradeciéndome lo que había hecho por su Madre.

14. Otra vez, estando todas en el coro en oración, después de completas vi a Nuestra Señora con grandísima gloria, con manto blanco, y debajo dél parecía ampararnos a todas; entendí cuán alto grado de gloria daría el Señor a las desta casa. Comenzado a hacer el oficio, era mucha la devoción que el pueblo comenzó a tener con esta casa; tomáronse más monjas, y comenzó el Señor a mover a los que más nos habían perseguido, para que mucho nos favoreciesen o hiciesen limosna, y ansí aprobaban lo que tanto habían reprobado, y poco a poco se dejaron del pleito y decían que ya entendían ser obra de Dios, pues con tanta contradición su Majestad había querido fuese adelante; y no hay al presente nadie que le parezca fuera acertado dejarse de hacer, y ansí tienen tanta cuenta con proveernos de limosna, que sin haber demanda ni pedir a nadie, los despierta el Señor para que nos la envíen, y pasamos sin que nos falte lo necesario, y espero en el Señor será

ansí siempre, que como son pocas, si hacen lo que deben, como su Majestad les da ahora gracia para hacerlo, segura estoy que no les faltará ni habrán menester ser cansosas ni importunar á nadie, que el Señor se terná cuidado como hasta aquí, que es para mí grandísimo consuelo de verme aquí metida con almas tan desasidas. Su trato es entender cómo irán adelante en el servicio de Dios. La soledad es su consuelo, y pensar de ver a nadie que no sea para ayudarlas a encender más en el amor de su Esposo, les es trabajo, aunque sean muy deudos. Y ansí no viene nadie a esta casa, sino quien trata desto, porque ni las contenta ni los contentan; no es su lenguaje otro sino hablar de Dios y ansí no entienden ni las entiende sino quien habla el mesmo. Guardamos la regla de Nuestra Señora del Carmen, dada por Alberto, patriarca de Jerusalén, y cumplida ésta sin relajación (sino como la confirmó el Papa Inocencio IV, al año MCCXLVIII, en el año quinto de su pontificado), me parece serán bien empleados todos los trabajos que se han pasado. Ahora, aunque tiene algún rigor (porque no se come jamás carne sin necesidad, y ayuno de ocho meses y otras cosas, como se ve en la mesma primera regla), en muchas aún se les hace poco a las hermanas, y guardan otras cosas, que para cumplir ésta con más perfeción nos han parecido necesarias, y espero en el Señor ha de ir muy adelante lo comenzado, como su Majestad me lo ha dicho. La otra casa que la beata que dije procuraba hacer, también la favoreció el Señor, y está hecha en Alcalá, y no le faltó harta contradición ni dejó de pasar trabajos grandes. Sé que se guarda en ella toda religión conforme a esta primera regla nuestra. Plega al Señor sea todo para gloria y alabanza suya, y de la gloriosa Virgen María, cuyo hábito traemos. Amén.

15. Creo se enfadará vuesa merced de la larga relación que he dado deste monasterio, y va muy corta para los muchos trabajos y maravillas que el Señor en esto ha obrado, que hay dello muchos testigos que lo podrán jurar, y ansí pido yo a vuesa merced por amor de Dios, que si le pareciere romper lo demás que aquí va escrito, lo que toca a este monasterio, vuesa merced lo guarde, y muerta yo, lo dé a las hermanas que aquí estuvieren, que animará mucho para servir a Dios las que vinieren, y a procurar no caya lo comenzado, sino que vaya siempre adelante, cuando vean lo mucho que puso su Majestad en hacerla por medio de cosa tan ruin y baja como yo. Y pues el Señor tan particularmente se ha querido mostrar en favorecer, para que se hiciese, paréceme a mí que hará mucho mal, y será muy castigada de Dios la que comenzare a relajar la perfeción que aquí el Señor ha comenzado y favorecido, para que se lleve con tanta suavidad, que se ve muy bien es tolerable, y se puede llevar con descanso, y el gran aparejo que hay para vivir siempre en él, las que a solas quisieren gozar de su esposo Cristo. Que esto es siempre lo que han de pretender, y solas con él sólo, y no ser más de trece, porque esto tengo por muchos pareceres sabido que conviene, y visto por experiencia, que para llevar el espíritu que se lleva, y vivir de limosna, y sin demanda, no se sufre más. Y siempre crean más a quien con trabajos muchos y oraciones de muchas personas, procuró lo que sería mejor; y en el gran contento y alegría y poco trabajo que en estos años que ha que estamos en esta casa vemos tener todas, y con mucha más salud que solían, se verá ser esto lo que conviene. Y quien le pareciere áspero, eche la culpa a su falta de espíritu y no a lo que aquí se guarda, pues personas delicadas, y no sanas (porque le tienen), con

tanta suavidad lo pueden llevar, y váyanse a otro monasterio, adonde se salvarán conforme a su espíritu.

CAPITULO XXXVII

Trata de los efetos que le quedaban cuando el Señor le había hecho alguna merced; junta con esto harto buena doctrina. Dice cómo se ha de procurar y tener en mucho ganar algún grado más de gloria, y que por ningún trabajo dejemos bienes que son perpetuos.

1. De mal se me hace decir más de las mercedes que me ha hecho el Señor de las dichas, y aún son demasiadas, para que se crea haberlas hecho a persona tan ruin; mas por obedecer al Señor, que me lo ha mandado, y a vuesas mercedes, diré algunas cosas para gloria suya. Plega a su Majestad sea para aprovechar a alguna alma ver que a una cosa tan miserable ha querido el Señor ansí favorecer, ¿qué hará a quien le hubiere de verdad servido? y se animen todos a contentar a su Majestad, pues aun en esta vida da tales prendas. Lo primero hase de entender que en estas mercedes que hace Dios al alma hay más y menos gloria, porque en algunas visiones excede tanto la gloria, y gusto, y consuelo al que da en otras, que yo me espanto de tanta diferencia de gozar aun en esta vida; porque acaece ser tanta la diferencia que hay de un gusto y regalo que da Dios en una visión, o en un arrobamiento, que parece no es posible poder haber más acá qué desear, y ansí el alma no lo desea, ni pediría más contento. Aunque después que el Señor me ha dado a entender la diferencia que hay en el cielo, de lo que gozan unos a lo que gozan otros, cuán grande es, bien veo que también acá no hay tasa en el dar cuando el Señor es servido, y

ansí no querría yo la hubiese en servir ya a su Majestad, y emplear toda mi vida, y fuerzas, y salud en esto, y no querría por mi culpa perder un tantico de más gozar.

Y digo ansí, que si me dijesen cuál quiero más, estar con todos los trabajos del mundo hasta el fin dél, y después subir un poquito más en gloria, o sin ninguno irme a un poco de gloria más baja, que de muy buena gana tomaría todos los trabajos por un tantico de gozar más, de entender más las grandezas de Dios, pues veo que quien más lo entiende más le ama y le alaba. No digo que me contentaría, y ternía por muy venturosa de estar en el cielo, aunque fuese en el más bajo lugar; pues quien tal le tenía en el infierno, harta misericordia me haría en esto el Señor, y plegue a su Majestad vaya yo allá, y no mire a mis grandes pecados. Lo que digo es que aunque fuese a muy gran costa mía, si pudiese, que el Señor me diese gracia para trabajar mucho, no querría por mi culpa perder nada. ¡Miserable de mí, que con tantas culpas lo tenía perdido todo!

2. Hase de notar también que en cada merced que el Señor me hacía de visión o revelación, quedaba mi alma con alguna gran ganancia, y con algunas visiones quedaba con muy muchas. De ver a Cristo me quedó imprimida su grandísima hermosura, y la tengo hoy día; porque para esto bastaba sola una vez, cuanto más tantas como el Señor me hace esta merced. Quedé con un provecho grandísimo, y fué éste. Tenía una grandísima falta, de donde me vinieron grandes daños, y era ésta: que como comenzaba a entender que una persona me tenía voluntad, y si me caía en gracia me aficionaba tanto, que me ataba en gran manera la memoria a pensar en él, aunque no era con intención de ofender a Dios, mas holgábame de verle y de pensar en él y en las cosas buenas que le veía; era cosa tan dañosa, que me

traía el alma harto perdida. Después que vi la gran hermosura del Señor, no veía a nadie que en su comparación me pareciese bien ni me ocupase, que con poner un poco los ojos de la consideración en la imagen que tengo en mi alma, he quedado con tanta libertad en esto, que después acá todo lo que veo me parece hace asco en comparación de las excelencias y gracias que en este Señor veía; ni hay saber ni manera de regalo que yo estime en nada, en comparación del que es oir sola una palabra dicha de aquella divina boca, cuanto más tantas. Y tengo yo por imposible, si el Señor por mis pecados no permite se me quite esta memoria, podérmela nadie ocupar, de suerte que con un poquito de tornarme a acordar deste Señor, no quede libre. Acaecióme con algún confesor, que siempre quiero mucho a los que gobiernan mi alma; como los tomo en lugar de Dios tan de verdad, paréceme que es siempre donde mi voluntad más se emplea, y como yo andaba con seguridad, mostrábales gracia; ellos, como temerosos y siervos de Dios, temíanse no me asiese en alguna manera y me atase a quererlos, aunque santamente, y mostrábanme desgracia; esto era después que yo estaba tan sujeta a obedecerlos, que antes no les cobraba ese amor. Yo me reía entre mí de ver cuán engañados estaban, aunque no todas veces trataba tan claro lo poco que me ataba a nadie, como lo tenía en mí; mas asegurábalos, y tratándome más, conocían lo que debía al Señor, que estas sospechas que traían de mí, siempre eran a los principios.

Comenzóme mucho mayor amor y confianza deste Señor en viéndole, como con quien tenía conversación tan contina. Veía que aunque era Dios, que era hombre, que no se espanta de las flaquezas de los hombres, que entiende nuestra miserable compostura, sujeta a mu-

chas caídas por el primer pecado que él había venido a reparar. Puedo tratar como con amigo, aunque es Señor, porque entiendo no es como los que acá tenemos por señores, que todo el señorío ponen en autoridades postizas; ha de haber hora de hablar y señaladas personas que les hablen; si es algún pobrecito que tiene algún negocio, más rodeos y favores y trabajos le ha de costar tratarlo. ¡Oh, que si es con el Rey! Aquí no hay tocar gente pobre y no caballerosa, sino preguntar quién son los más privados, y a buen seguro que no sean personas que tengan al mundo debajo de los pies, porque éstos hablan verdades, que no temen, ni deben, no son para palacio, que allí no se deben usar, sino callar lo que mal les parece, que aun pensarlo no deben osar por no ser desfavorecidos.

3. ¡Oh Rey de gloria y Señor de todos los reyes, cómo no es vuestro reino armado de palillos, pues no tiene fin! ¡Cómo no son menester terceros para Vos! Con mirar vuestra persona se ve luego que sois sólo el que merecéis que os llamen Señor. Según la Majestad mostráis, no es menester gente de acompañamiento ni de guarda para que conozcan sois Rey; porque acá un rey sólo mal se conocerá por sí; aunque él más quiera ser conocido por rey no le creerán, que no tiene más que los otros; es menester que se vea por qué lo creer. Y ansí es razón tenga estas autoridades postizas, porque si no las tuviese, no le ternían en nada; porque no sale de sí el parecer poderoso: de otros le ha de venir la autoridad. ¡Oh Señor mío! ¡Oh Rey mío! ¿Quién supiera ahora representar la majestad que tenéis? Es imposible dejar de ver que sois grande emperador en Vos mesmo, que espanta mirar esta majestad; más, más espanta, Señor mío, mirar con ella vuestra humildad y el amor que mostráis a una como yo. En esto se puede

tratar, y hablar con Vos como quisiéremos, perdido el primer espanto y temor de ver vuestra Majestad, con quedar mayor para no ofenderos; mas no por miedo del castigo, Señor mío, porque éste no se tiene en nada en comparación de no perderos a Vos. He aquí los provechos desta visión, sin otros grandes que deja en el alma; si es de Dios, entiéndese por los efetos, cuando el alma tiene luz, porque como muchas veces he dicho, quiere el Señor que esté en tinieblas, y que no vea esta luz, y ansí no es mucho tema la que se ve tan ruin como yo.

4. No ha más que ahora, que me ha acaecido estar ocho días, que no parece había en mí, ni podía tener conocimiento de lo que debo a Dios, ni acuerdo de las mercedes, sino tan embobada el alma, y puesta no sé en qué ni cómo, no en malos pensamientos, mas para los buenos estaba tan inhábil, que me reía de mí, y gustaba de ver la bajeza de un alma cuando no anda Dios siempre obrando en ella. Bien ve que no está sin él en este estado, que no es como los grandes trabajos que he dicho tengo algunas veces; mas aunque pone leña, y hace eso poco que puede de su parte, no hay arder el fuego de amor de Dios; harta misericordia suya es, que se ve el humo para entender que no está del todo muerta, torna el Señor a encender, que entonces un alma, aunque se quiebre la cabeza en soplar y en concertar los leños, parece que todo lo ahoga más. Creo es lo mejor rendirse del todo a que no puede nada por sí sola, y entender en otras cosas, como he dicho, meritorias; porque, por ventura, la quita el Señor la oración para que entienda en ellas, y conozca por experiencia lo poco que puede por sí.

5. Es cierto que yo me he regalado hoy con el Señor, y atrevido a quejarme de su Majestad, y le he dicho:

«¿Cómo, Dios mío, que no basta que me tenéis en esta miserable vida, y que por amor de Vos paso por ello, y quiero vivir adonde todo es embarazos para no gozaros, sino que he de comer, y dormir, y negociar, y tratar con todos, y todo lo paso por amor de Vos? Pues bien sabéis, Señor mío, que me es tormento grandísimo. ¡Y que tan poquitos ratos como me quedan ahora de Vos, os me escondáis! ¿Cómo se compadece esto en vuestra misericordia? ¿Cómo lo puede sufrir el amor que me tenéis? Creo, Señor, que si fuera posible poderme esconder yo de Vos, como Vos de mí, que pienso y creo del amor que me tenéis, que no lo sufriríades; mas estáis os conmigo, y veisme siempre; no se sufre esto, Señor mío, suplícoos miréis que se hace agravio a quien tanto os ama.» Esto y otras cosas me ha acaecido decir, entendiendo primero cómo era piadoso el lugar que tenía en el infierno para lo que merecía; mas algunas veces desatina tanto el amor, que no me siento, sino que en todo mi seso doy estas quejas, y todo me lo sufre el Señor; alabado sea tan buen Rey. ¿Llegáramos a los de la tierra con estos atrevimientos? Aun ya al Rey no me maravillo que no se ose hablar, que es razón se tema, y a los señores que representan ser cabezas; mas está ya el mundo de manera, que habían de ser más largas las vidas para deprender los puntos, y novedades y maneras que hay de crianza, si han de gastar algo della en servir a Dios; yo me santiguo de ver lo que pasa. El caso es que ya yo no sabía cómo vivir cuando aquí me metí, porque no se toma de burla cuando hay descuido en tratar con las gentes mucho más que merecen, sino que tan de veras lo toman por afrenta, que es menester hacer satisfaciones de vuestra intención, si hay, como digo, descuido, y aun plega a Dios lo crean.

6. Torno a decir, que cierto yo no sabía cómo vivir, porque se ve una pobre de alma fatigada. Ve que la mandan que ocupe siempre el pensamiento en Dios, y que es necesario traerle en él para librarse de muchos peligros. Por otro cabo ve que no cumple perder punto en puntos de mundo, so pena de no dejar de dar ocasión a que se tienten los que tienen su honra puesta en estos puntos. Traíame fatigada, y nunca acababa de hacer satisfaciones, porque no podía, aunque lo estudiaba, dejar de hacer muchas faltas en esto, que, como digo, no se tiene en el mundo por pequeña. Y es verdad, que en las religiones (que de razón habíamos en estos casos estar disculpados) hay disculpa. No, que dicen que los monasterios ha de ser corte de crianza, y de saberla. Yo cierto que no puedo entender esto.

He pensado si dijo algún santo, que había de ser corte para enseñar a los que quisiesen ser cortesanos del cielo, y lo han entendido al revés; porque traer este cuidado quien es razón lo traya contino en contentar a Dios y aborrecer el mundo, que le pueda traer tan grande en contentar a los que viven en él, en estas cosas que tantas veces se mudan, no sé cómo. Aun si se pudieran aún deprender de una vez, pasara; mas aun para títulos de cartas es ya menester haya cátedra adonde se lea cómo se ha de hacer, a manera de decir, porque ya se deja papel de una parte, ya de otra, y a quien no se solía poner Magnífico, hase de poner Ilustre. Yo no sé en qué ha de parar, porque aún no he yo cincuenta años, y en lo que he vivido he visto tantas mudanzas, que no sé vivir. Pues los que ahora nacen, y vivieren muchos, ¿qué han de hacer? Por cierto, yo he lástima a gente espiritual que está obligada a estar en el mundo por algunos santos fines, que es terrible la cruz que en esto llevan. Si se pudiesen concertar todos,

y hacerse ignorantes, y querer que los tengan por tales en estas ciencias, de mucho trabajo se quitarían. Mas en qué boberías me he metido; por tratar en las grandezas de Dios, he venido a hablar de las bajezas del mundo. Pues el Señor me ha hecho merced en haberle dejado, quiero ya salir dél; allá se vengan los que sustentan con tanto trabajo estas naderías. Plega a Dios que en la otra vida, que es sin mudanzas, no las paguemos. Amén.

CAPITULO XXXVIII

En que se trata de algunas grandes mercedes que el Señor la hizo, ansí en mostrarle algunos secretos del cielo, como otras grandes visiones y revelaciones que su Majestad tuvo por bien viese; dice los efetos con que la dejaban y el gran aprovechamiento que quedaba en su alma.

1. Estando una noche tan mala, que quería excusarme de tener oración, tomé un rosario por ocuparme vocalmente, procurando no recoger el entendimiento, aunque en lo exterior estaba recogida en un oratorio; cuando el Señor quiere, poco aprovechan estas diligencias. Estuve ansí bien poco, y vínome un arrobamiento de espíritu con tanto ímpetu, que no hubo poder resistir. Parecíame estar metida en el cielo, y las primeras personas que allá vi fué a mi padre y madre, y tan grandes cosas en tan breve espacio como se podría decir un *Avemaría,* que yo quedé bien fuera de mí, pareciéndome muy demasiada merced. Esto de en tan breve tiempo, ya puede ser fuese más, sino que se hace muy poco. Temí no fuese alguna ilusión, puesto que no me lo parecía, no sabía qué hacer, porque había gran vergüenza de ir al confesor con esto; y no por humilde, a mi parecer, sino porque me parecía había de burlar de

mí, y decir: que ¿qué San Pablo para ver cosas del cielo, o San Jerónimo? Y por haber tenido estos Santos gloriosos cosas destas, me hacía más temor a mí, y no hacía sino llorar mucho, porque no me parecía llevaba ningún camino. En fin, aunque más sentí, fuí al confesor, porque callar cosa jamás osaba, aunque más sintiese en decirla, por el gran miedo que tenía de ser engañada. El, como me vió tan fatigada, me consoló mucho, y dijo hartas cosas buenas para quitarme de pena.

2. Andando más el tiempo me ha acaecido, y acaece esto algunas veces, íbame el Señor mostrando más grandes secretos; porque querer ver el alma más de lo que se le representa, no hay ningún remedio, ni es posible, y ansí no veía más de lo que cada vez quería el Señor mostrarme. Era tanto, que lo menos bastaba para quedar espantada, y muy aprovechada el alma para estimar y tener en poco todas las cosas de la vida. Quisiera yo dar a entender algo de lo menos que entendía, y pensando cómo pueda ser, hallo que es imposible; porque en sola la diferencia que hay desta luz que vemos a la que allá se presenta, siendo todo luz, no hay comparación, porque la claridad del sol parece cosa muy deslustrada. En fin, no alcanza la imaginación, por muy sutil que sea, a pintar ni trazar cómo será esta luz; ni ninguna cosa de las que el Señor me daba a entender, con un deleite tan soberano, que no se puede decir, porque todos los sentidos gozan en tan alto grado y suavidad, que ello no se puede encarecer, y ansí es mejor no decir más.

3. Había una vez estado ansí más de una hora, mostrándome el Señor cosas admirables, que no me parece se quitaba de cabe mí; díjome: *Mira, hija, qué pierden los que son contra mí; no dejes de decírselo.* ¡Ay, Señor mío, y qué poco aprovecha mi dicho a los que sus he-

chos los tienen ciegos, si vuestra Majestad no les da luz! Algunas personas, que Vos la habéis dado, aprovechado se han de saber vuestras grandezas; mas venlas, Señor mío, mostradas a cosa tan ruin y miserable, que tengo yo en mucho que haya habido nadie que me crea. Bendito sea vuestro nombre y misericordia, que a lo menos yo conocida mejoría he visto en mi alma. Después quisiera ella estarse siempre allí y no tornar a vivir, porque fué grande el desprecio que me quedó de todo lo de acá; parecíame basura, y veo yo cuán bajamente nos ocupamos los que nos detenemos en ello.

4. Cuando estaba con aquella señora que he dicho, me acaeció una vez, estando yo mala del corazón (porque, como he dicho, le he tenido recio, aunque ya no lo es), como era de mucha caridad, hízome sacar joyas de oro y piedras, que las tenía de gran valor, en especial una de diamantes, que apreciaba en mucho. Ella pensó que me alegraran; yo estaba riéndome entre mí y habiendo lástima de ver lo que estiman los hombres, acordándome de lo que nos tiene guardado el Señor, y pensaba cuán imposible me sería, aunque yo conmigo mesma lo quisiese procurar, tener en algo aquellas cosas si el Señor no me quitaba la memoria de otras, esto es, un gran señorío para el alma, tan grande que no sé si lo entenderá sino quien le posee; porque es el propio y natural desasimiento, porque es sin trabajo nuestro; todo lo hace Dios, que muestra su Majestad estas verdades de manera que quedan tan imprimidas, que se ve claro no lo pudiéramos por nosotros de aquella manera en tan breve tiempo adquirir. Quedóme también poco miedo a la muerte, a quien yo siempre temía mucho; ahora paréceme facilísima cosa para quien sirve a Dios, porque en un momento se ve el alma libre desta cárcel

y puesta en descanso. Que este llevar Dios el espíritu y mostrarle cosas tan excelentes en estos arrobamientos, paréceme a mí conforma mucho a cuando sale un alma del cuerpo, que en un instante se ve en todo este bien. Dejemos los dolores de cuando se arranca, que hay poco caso que hacer dellos, y los que de veras amaren a Dios y hubieren dado de mano a las cosas desta vida, más suavemente deben morir.

5. También me parece me aprovechó mucho para conocer nuestra verdadera tierra y ver que somos acá peregrinos, y es gran cosa ver lo que hay allá y saber adónde hemos de vivir, porque si uno ha de ir a vivir de asiento a una tierra, esle gran ayuda para pasar el trabajo del camino haber visto que es tierra donde ha de estar muy a descanso, y también para considerar las cosas celestiales y procurar que nuestra conversación sea allá, hácese con facilidad. Esto es mucha ganancia, porque sólo mirar al cielo recoge el alma; porque como ha querido el Señor mostrar algo de lo que hay allá, estáse pensando, y acaece algunas veces ser los que me acompañan, y con los que me consuelo, los que sé que allá viven, y paréceme aquellos verdaderamente los vivos, y los de acá viven tan muertos, que todo el mundo me parece no me hace compañía, en especial cuando tengo aquellos ímpetus. Todo me parece sueño, y que es burla lo que veo con los ojos del cuerpo; lo que ya he visto con los del alma es lo que ella desea, y como se ve lejos, este es el morir. En fin, es grandísima merced que el Señor hace a quien da semejantes visiones, porque la ayuda mucho, y también a llevar una pesada cruz, porque todo no le satisface, todo le da en rostro; y si el Señor no permitiese a veces se olvidase, aunque se torna a acordar, no sé cómo se podría vivir. Bendito sea y alabado por siempre jamás. Plega a su Majestad

por la sangre que su Hijo derramó por mí, que ya que ha querido entienda algo de tan grandes bienes, y que comience en alguna manera a gozar dellos, no me acaezca lo que a Lucifer, que por su culpa lo perdió todo. No lo permita por quien él es, que no tengo poco temor algunas veces, aunque, por otra parte, y lo muy ordinario, la misericordia de Dios me pone seguridad, que, pues, me ha sacado de tantos pecados, no querrá dejarme de su mano para que me pierda. Esto suplico yo a vuesa merced, siempre lo suplique. Pues no son tan grandes las mercedes dichas, a mi parecer, como ésta que ahora diré, por muchas causas y grandes bienes que della me quedaron, y gran fortaleza en el alma, aunque mirada cada cosa por sí es tan grande, que no hay que comparar.

6. Estaba un día, víspera del Espíritu Santo, después de misa, fuíme a una parte bien apartada, adonde yo rezaba muchas veces, y comencé a leer en un Cartujano esta fiesta, y leyendo las señales que han de tener los que comienzan y aprovechan, y los perfetos para entender está con ellos el Espíritu Santo. Leídos estos tres estados, parecióme por la bondad de Dios que no dejaba de estar conmigo a lo que yo podía entender. Estándole alabando, y acordándome de otra vez que lo había leído, que estaba bien falta de todo aquello (que lo veía yo muy bien ansí, como ahora entendía lo contrario de mí, y ansí conocí era merced grande la que el Señor me había hecho), y ansí comencé a considerar el lugar que tenía en el infierno merecido por mis pecados, y daba muchos loores a Dios porque no me parecía conocía mi alma según la veía trocada. Estando en esta consideración dióme un ímpetu grande, sin entender yo la ocasión; parecía que el alma se me quería salir del cuerpo, porque no cabía en ella, ni se hallaba capaz de

esperar tanto bien. Era ímpetu tan excesivo, que no me podía valer, y, a mi parecer, diferente de otras veces, ni entendía qué habia el alma, ni qué quería, que tan alterada estaba. Arriméme, que aun sentada no podía estar, porque la fuerza natural me faltaba toda.

7. Estando en esto, veo sobre mi cabeza una paloma bien diferente de las de acá, porque no tenía estas plumas, sino las alas de unas conchicas, que echaban de si gran resplandor. Era grande más que paloma; paréceme que oía el ruido que hacía con las alas. Estaría aleando espacio de un *Avemaría*. Ya el alma estaba de tal suerte que, perdiéndose a sí, de sí la perdió de vista. Sosegóse el espíritu con tan buen huésped, que, según mi parecer, la merced tan maravillosa le debía de desasosegar y espantar, y como comenzó a gozarla, quitósele el miedo, y comenzó la quietud con el gozo, quedando en arrobamiento. Fué grandísima la gloria deste arrobamiento; quedé lo más de la Pascua tan embobada y tonta, que no sabía qué me hacer, ni cómo cabía en mí tan gran favor y merced. No oía ni veía, a manera de decir, con gran gozo interior. Desde aquel día entendí quedar con grandísimo aprovechamiento en más subido amor de Dios, y las virtudes muy más fortalecidas. Sea bendito y alabado para siempre. Amén.

8. Otra vez vi la mesma paloma sobre la cabeza de un Padre de la Orden de Santo Domingo (salvo que me pareció los rayos y los resplandores de las mesmas alas que se extendían mucho más); dióseme a entender había de traer almas a Dios.

9. Otra vez vi estar a Nuestra Señora poniendo una capa muy blanca al presentado desta mesma Orden, de quien he tratado algunas veces. Díjome que por el servicio que le había hecho en ayudar a que se hiciese esta

casa, le daba aquel manto, en señal que guardaría su alma en limpieza de ahí adelante, y que no caería en pecado mortal. Yo tengo cierto que ansí fué, porque desde a pocos años murió, y su muerte y lo que vivió fué con tanta penitencia la vida, y la muerte con tanta santidad, que a cuanto se puede entender, no hay que poner duda. Díjome un fraile que había estado a su muerte, que antes que expirase le dijo cómo estaba con él Santo Tomás (1). Murió con gran gozo y deseo de salir deste destierro. Después me ha parecido algunas veces con muy gran gloria, y díchome algunas cosas. Tenía tanta oración, que cuando murió que con la gran flaqueza la quisiera excusar, no podía porque tenía muchos arrobamientos. Escribióme poco antes que muriese, que ¿qué medio ternía? porque como acababa de decir misa se quedaba con arrobamiento mucho rato sin poderlo excusar. Dióle Dios al fin el premio de lo mucho que había servido en toda su vida. Del retor de la Compañía de Jesús, que algunas veces he hecho dél mención, he visto algunas cosas de grandes mercedes que el Señor le hacía, que por no alargar no las pongo aquí. Acaecióle una vez un gran trabajo, en que fué muy perseguido, y se vió muy afligido. Estando yo un día oyendo misa, vi a Cristo en la Cruz, cuando alzaban la hostia; díjome algunas palabras que le dijese de consuelo, y otras previniéndole de lo que estaba por venir, y poniéndole delante lo que había padecido por él, y que se aparejase para sufrir. Dióle esto mucho consuelo y ánimo, y todo ha pasado después como el Señor me lo dijo.

10. De los de la Orden deste Padre, que es la Compañía de Jesús, de toda la Orden junta he visto grandes

(1) Este Padre murió prior en Trianos.

cosas: vilos en el cielo con banderas blancas en las manos algunas veces; y como digo, otras cosas he visto dellos de mucha admiración, y ansí tengo esta Orden en gran veneración, porque los he tratado mucho, y veo conforma su vida con lo que el Señor me ha dado dellos a entender.

11. Estando una noche en oración, comenzó el Señor a decirme algunas palabras, y trayéndome a la memoria por ellas cuán mala había sido mi vida, que me hacían harta confusión y pena, porque aunque no van con rigor, hacen un sentimiento y pena que deshacen, y siéntese más aprovechamiento de conocernos con una palabra destas, que en muchos días que nosotros consideremos nuestra miseria; porque trae consigo esculpida una verdad, que no la podemos negar. Representóme las voluntades con tanta vanidad que había tenido, y díjome que tuviese en mucho querer que se pusiese en él voluntad, que tan mal se había gastado, como la mía, y admitirla él. Otras veces me dijo que me acordase cuando parece tenía por honra el ir contra la suya. Otras, que me acordase lo que le debía, que cuando yo le daba mayor golpe, estaba él haciéndome mercedes. Si tenía algunas faltas, que no son pocas, de manera me las da su Majestad a entender, que toda parece me deshago, y como tengo muchas, es muchas veces. Acaecíame reprender el confesor, y quererme consolar en la oración, y hallar allí la reprensión verdadera.

12. Pues tornando a lo que decía, como comenzó el Señor a traerme a la memoria mi ruin vida, a vueltas de mis lágrimas, como yo entonces no había hecho nada, a mi parecer, pensé si me quería hacer alguna merced; porque es muy ordinario, cuando alguna particular merced recibo del Señor, haberme primero deshecho a mí mesma, para que vea más claro cuán fuera de mere-

cerlas yo soy, pienso lo debe el Señor de hacer. Desde a un poco fué tan arrebatado mi espíritu, que casi me pareció estaba del todo fuera del cuerpo, al menos no se entiende que se vive en él. Vi a la Humanidad sacratísima con más excesiva gloria que jamás había visto. Representóseme por una noticia admirable y clara estar metido en los pechos del Padre; y esto no sabré yo decir cómo es, porque sin ver (me pareció) me vi presente de aquella Divinidad. Quedé tan espantada, y de tal manera, que me parece pasaron algunos días que no podía tornar en mí; y siempre me parecía traía presente a aquella Majestad del Hijo de Dios, aunque no era como la primera. Esto bien lo entendía yo, sino que queda tan esculpido en la imaginación, que no lo puede quitar de sí, por en breve que haya pasado, por algún tiempo, y es harto consuelo y aun aprovechamiento.

13. Esta mesma visión he visto otras tres veces; es a mi parecer la más subida visión que el Señor me ha hecho merced que vea, y trae consigo grandísimos provechos. Parece que purifica el alma en gran manera, y quita la fuerza casi del todo a esta nuestra sensualidad. Es una llama grande que parece que abrasa y aniquila todos los deseos de la vida; porque ya que yo, gloria a Dios, no los tenía en cosas vanas, declaróseme aquí bien cómo era todo vanidad, y cuán vanos son los señoríos de acá, y es un ensañamiento grande para levantar los deseos en la pura verdad. Queda imprimido un acatamiento que no sabré yo decir cómo, mas es muy diferente de lo que acá podemos adquirir. Hace un espanto al alma grande de ver cómo osó ni puede nadie osar ofender una Majestad tan grandísima. Algunas veces habré dicho estos efetos de visiones y otras cosas; mas ya he dicho que hay más y menos aprove-

chamiento: desta queda grandísimo. Cuando yo me llegaba a comulgar y me acordaba de aquella Majestad grandísima que había visto, y miraba que era el que estaba en el Santísimo Sacramento (y muchas veces quiere el Señor que le vea en la hostia), los cabellos se me espeluzaban, y toda parecía me aniquilaba. ¡Oh Señor mío! Mas si no encubriérades vuestra grandeza, ¿quién osara llegar tantas veces a juntar cosa tan sucia y miserable con tan gran Majestad? Bendito seáis, Señor, alaben os los ángeles y todas las criaturas, que ansí medís las cosas con nuestra flaqueza, para que, gozando de tan soberanas mercedes, no nos espante vuestro gran poder, de manera que aun no las osemos gozar, como gente flaca y miserable.

14. Podríanos acaecer lo que a un labrador, y esto sé cierto que pasó ansí: hallóse un tesoro, y como era más que cabía en su ánimo, que era bajo, en viéndose con él le dió una tristeza que poco a poco se vino a morir de puro afligido y cuidadoso de no saber qué hacer dél. Si no le hallara junto, sino que poco a poco se le fueran dando, y sustentando con ello, viviera más contento que siendo pobre, y no le costara la vida. ¡Oh riqueza de los pobres, y qué admirablemente sabéis sustentar las almas, y sin que vean tan grandes riquezas, poco a poco se las vais mostrando! Cuando yo veo una Majestad tan grande disimulada en cosa tan poca como es la hostia, es ansí que después acá a mí me admira sabiduría tan grande, y no sé cómo me da el Señor ánimo y esfuerzo para llegarme a él, si el que me ha hecho tan grandes mercedes y hace no me la diese; ni sería posible poderlo disimular ni dejar de decir a voces tan grandes maravillas. ¿Pues qué sentiría una miserable como yo, cargada de abominaciones y que con tan poco temor de Dios ha gastado su vida, de ver-

se llegar a este Señor de tan gran Majestad cuando quiere que mi alma lo vea? ¿Cómo ha de juntar boca que tantas palabras ha hablado contra el mesmo Señor a aquel cuerpo gloriosísimo lleno de limpieza y de piedad? Que duele más y aflige el alma (por no le haber servido) el amor que muestra aquel rostro de tanta hermosura, con una ternura y afabilidad, que temor pone la Majestad que ve en él. Mas ¿qué podría yo sentir dos veces que vi esto que dije? Cierto, Señor mío y gloria mía, que estoy por decir que en alguna manera en estas grandes aflicciones que siente mi alma, he hecho algo en vuestro servicio. Ay, que no sé qué me digo, que casi sin hablar yo escribo ya esto, porque me hallo turbada y algo fuera de mí, cómo he tornado a traer a mi memoria estas cosas. Bien dijera si viniera de mí este sentimiento, que había hecho algo por Vos, Señor mío; mas, pues, no puede haber buen pensamiento si Vos no lo dais, no hay que me agradecer: yo soy la deudora, Señor, y Vos el ofendido.

15. Llegando una vez a comulgar, vi dos demonios con los ojos del alma, más claro que con los del cuerpo, con muy abominable figura. Paréceme que los cuernos rodeaban la garganta del pobre sacerdote; y vi a mi Señor con la majestad que tengo dicha, puesto en aquellas manos, en la forma que me iba a dar, que se veía claro ser ofendedoras suyas, y entendí estar aquel alma en pecado mortal. ¿Qué sería, Señor mío ver esta vuestra hermosura entre figuras tan abominables? Estaban ellos como amedrentados y espantados delante de Vos, que de buena gana parece que huyeran si Vos los dejárades ir. Dióme tan gran turbación, que no sé cómo pude comulgar, y quedé con gran temor, pareciéndome que si fuera visión de Dios, que no permitiera su Majestad viera yo el mal que estaba en

aquel alma. Díjome el mesmo Señor que rogase por él, y que lo había permitido para que entendiese yo la fuerza que tienen las palabras de la consagración, y cómo no deja Dios de estar allí por malo que sea el sacerdote que las dice, y para que viese su gran bondad, cómo se pone en aquellas manos de su enemigo, y todo para bien mío, y de todos. Entendí bien cuán más obligados están los sacerdotes a ser buenos, que otros, y cuán recia cosa es tomar este Santísimo Sacramento indignamente, y cuán señor es el demonio del alma que está en pecado mortal. Harto gran provecho me hizo, y harto conocimiento me puso de lo que debía a Dios: sea bendito por siempre jamás.

16. Otra vez me acaeció ansí otra cosa, que me espantó muy mucho. Estaba en una parte, adonde se murió cierta persona, que había vivido harto mal, según supe, y muchos años; mas había dos que tenía enfermedad, y en algunas cosas parece estaba con enmienda. Murió sin confesión, mas con todo esto no me parecía a mí que se había de condenar. Estando amortajando el cuerpo, vi muchos demonios tomar aquel cuerpo, y parecía que jugaban con él, y hacían también justicias en él, que a mí me puso gran pavor, que con garfios grandes le traían de uno en otro; como le vi enterrar con la honra y ceremonia que a todos, yo estaba pensando la bondad de Dios, cómo no quería fuese infamada aquel alma, sino que fuese encubierto ser su enemiga. Estaba yo medio boba de lo que había visto; en todo el oficio no vi más demonio; después, cuando echaron el cuerpo en la sepultura, era tanta la multitud que estaban dentro para tomarle, que yo estaba fuera de mí de verlo, y no era menester poco ánimo para disimularlo. Consideraba qué harían de aquel alma, cuando así se enseñoreaban del triste cuerpo.

Pluguiera al Señor que esto que yo vi (cosa tan espantosa) vieran todos los que están en mal estado, que me parece fuera gran cosa para hacerlos vivir bien. Todo esto me hace más conocer lo que debo a Dios y lo que me ha librado. Anduve harto temerosa, hasta que lo traté con mi confesor, pensando si era ilusión del demonio, para infamar aquel alma, aunque no estaba tenida por de mucha cristiandad; verdad es que, aunque no fuese ilusión, siempre que se me acuerda me hace temor.

17. Ya que he comenzado a decir visiones de difuntos, quiero decir algunas cosas que el Señor ha sido servido en este caso que vea de algunas almas. Diré pocas por abreviar, y por no ser necesario, digo, por ningún aprovechamiento. Dijéronme era muerto un nuestro provincial, que había sido (y cuando murió lo era) de otra provincia, a quien yo había tratado y debido algunas buenas obras; era persona de muchas virtudes. Como lo supe que era muerto, dióme mucha turbación, porque temí su salvación, que había sido veinte años perlado (cosa que yo temo mucho, por cierto, por parecerme cosa de mucho peligro tener cargo de almas), y con mucha fatiga me fuí a un oratorio; dile todo el bien que había hecho en mi vida (que sería bien poco), y ansí lo dije al Señor, que supliesen los méritos suyos lo que había menester aquel alma para salir del purgatorio.

18. Estando pidiendo esto al Señor lo mejor que yo podía, parecióme salía del profundo de la tierra a mi lado derecho, y vile subir al cielo con grandísima alegría. El era ya bien viejo, mas vile de edad de treinta años, y aun menos me pareció, y con resplandor en el rostro. Pasó muy en breve esta visión, mas en tanto extremo quedé consolada, que nunca me pudo dar más

pena su muerte, aunque había fatigadas personas hartas por ella, que era muy bien quisto. Era tanto el consuelo que tenía mi alma, que ninguna cosa se me daba, ni podía dudar en que era buena visión; digo que no era ilusión. Había no más de quince días que era muerto; con todo, no descuidé de procurar le encomendasen a Dios, y hacerlo yo, salvo que no podía con aquella voluntad que si no hubiera visto esto; porque cuando ansí el Señor me lo muestra, y después las quiero encomendar a Su Majestad, paréceme, sin poder más, que es como dar limosna al rico. Después supe (porque murió bien lejos de aquí) la muerte que el Señor le dió, que fué de tan gran edificación, que a todos dejó espantados del conocimiento y lágrimas y humildad con que murió.

19. Habíase muerto una monja en casa, había poco más de día y medio, harto sierva de Dios, y estando diciendo una lición de difuntos una monja (que se decía por ella en el coro), yo estaba en pie para ayudarla a decir el verso. A la mitad de la lición la vi que me pareció salía el alma de la parte que la pasada, y que se iba al cielo. Esta no fué visión imaginaria, como la pasada, sino como otras que he dicho, mas no se duda más que las que se ven.

20. Otra monja se murió en mi mesma casa, de hasta dieciocho o veinte años; siempre había sido enferma y muy sierva de Dios, amiga del coro y harto virtuosa. Yo cierto pensé no entrara en el purgatorio; porque eran muchas las enfermedades que había pasado, sino que le sobraban méritos. Estando en las Horas antes que la enterrasen (habría cuatro horas que era muerta), entendí salir del mesmo lugar e irse al cielo.

21. Estando en un colegio de la Compañía de Jesús, con los grandes trabajos que he dicho tenía algunas ve-

ces, y tengo, de alma y de cuerpo, estaba de suerte que aun un buen pensamiento, a mi parecer, no podía admitir; habíase muerto aquella noche un hermano de aquella casa de la Compañía, y estando como podía encomendándole a Dios, y oyendo misa de otro Padre de la Compañía por él, dióme un gran recogimiento y vile subir al cielo con mucha gloria, y al Señor con él; por particular favor entendí era ir su Majestad con él.

22. Otro fraile de nuestra Orden, harto buen fraile, estaba muy malo, y estando yo en misa me dió un recogimiento, y vi cómo era muerto y subir al cielo sin entrar en purgatorio. Murió a aquella hora que yo lo vi, según supe después. Yo me espanté de que no había entrado en purgatorio. Entendí que por haber sido fraile que habia guardado bien su profesión, le habían aprovechado las bulas de la Orden para no entrar en purgatorio. No entiendo por qué entendí esto; paréceme debe ser porque no está el ser fraile en el hábito, digo en traerle, para gozar del estado de más perfeción, que es ser fraile.

23. No quiero decir más destas cosas, porque, como he dicho, no hay para qué, aunque son hartas las que el Señor me ha hecho merced que vea; mas no he entendido de todas las que he visto, dejar ningún alma de entrar en el purgatorio, sino es la deste Padre y el santo fray Pedro de Alcántara y el Padre dominico que queda dicho. De algunos ha sido el Señor servido que vea los grados que tienen de gloria, representándoseme en los lugares que se ponen; es grande la diferencia que hay de unos a otros.

CAPITULO XXXIX

Prosigue en la mesma materia de decir las grandes mercedes que le ha hecho el Señor; trata de cómo le prometió de hacer por las personas que ella le pidiese; dice algunas cosas señaladas en que la ha hecho su Majestad este favor.

1. Estando yo una vez importunando al Señor mucho porque diese vista a una persona que yo tenía obligación, que la había del todo casi perdido, yo teníale gran lástima, y temía por mis pecados no me había el Señor de oir. Aparecióme como otras veces, y comenzóme a mostrar la llaga de la mano izquierda, y con la otra sacaba un clavo grande que en ella tenía metido; parecíame que a vuelta del clavo sacaba la carne; veíase bien el grande dolor, que me lastimaba mucho, y díjome que quien aquello había pasado por mí, que no dudase sino que mejor haría lo que le pidiese, que él me prometía que ninguna cosa le pidiese que no la hiciese, que ya sabía él que yo no pediría sino conforme a su gloria, y que ansí haría esto que ahora pedía. Que aun cuando no le servía, mirase yo que no le había pedido cosa que no la hiciese mejor que yo lo sabía pedir; que cuán mejor lo haría ahora que sabía le amaba, que no dudase desto. No creo pasaron ocho días que el Señor no tornó la vista a aquella persona. Esto supo mi confesor luego; ya puede ser no fuese por mi oración; mas yo, como había visto esta visión, quedóme una certidumbre, que por merced hecha a mí di a su Majestad las gracias.

2. Otra vez estaba una persona muy enferma de una enfermedad muy penosa, que por ser no sé de qué hechura, no la señalo aquí. Era cosa incomportable lo que

había dos meses que pasaba, y estaba en un tormento que se despedazaba. Fuéle a ver mi confesor, que era el retor que he dicho, y húbole gran lástima, y díjome que en todo caso le fuese a ver, que era persona que yo lo podía hacer por ser mi deudo. Yo fuí, y movióme a tener dél tanta piedad, que comencé muy importunamente a pedir su salud al Señor; en esto vi claro, a todo mi parecer, la merced que me hizo, porque luego, a otro día, estaba del todo bueno de aquel dolor.

3. Estaba una vez con grandísima pena porque sabía que una persona a quien yo tenía mucha obligación quería hacer una cosa harto contra Dios y su honra, y estaba ya muy determinada a ello. Era tanta mi fatiga, que no sabía qué remedio hacer para que lo dejase, y aun parecía que no le había. Supliqué a Dios muy de corazón que le pusiese, mas hasta verlo no podía aliviarse mi pena. Fuíme, estando ansí, a una ermita bien apartada (que las hay en este monasterio), y estando en una, adonde está Cristo a la coluna, suplicándole me hiciese esta merced, oí que me hablaba una voz muy suave, como metida en un silbo. Yo me ezpeluzé toda, que me hizo temor, y quisiera entender lo que me decía; mas no pude, que pasó muy en breve. Pasado mi temor, que fué presto, quedé con un sosiego y gozo y deleite interior, que yo me espanté que sólo oir una voz (que esto oílo con los oídos corporales) y sin entender palabra hiciese tanta operación en el alma. En esto vi que se había de hacer lo que pedía, y ansí fué, que se me quitó del todo la pena, en cosa que aún no era (como si lo hubiera hecho) como fué después. Díjelo a mis confesores, que tenía entonces dos, harto letrados y siervos de Dios.

4. Sabía que una persona que se había determinado

a servir muy de veras a Dios, y tenido algunos días oración, y en ella le hacía su Majestad muchas mercedes, que por ciertas ocasiones que había tenido la había dejado, y aun no se apartaba dellas, y eran bien peligrosas. A mí me dió grandísima pena, por ser persona a quien quería mucho, y debía; creo fué más de un mes que no hacía sino suplicar a Dios tornase esta alma a sí. Estando un día en oración, vi un demonio cabe mí que hizo unos papeles, que tenía en la mano, pedazos con mucho enojo, y a mí me dió gran consuelo, que me pareció se había hecho lo que pedía; y ansí fué (que después lo supe) que había hecho una confesión con gran contrición, y tornóse tan de veras a Dios, que espero en su Majestad ha de ir siempre muy adelante. Sea bendito por todo. Amén.

5. En esto de sacar Nuestro Señor almas de pecados graves por suplicárselo yo, y otras traídolas a más perfeción, es muchas veces; y de sacar almas de purgatorio, y otras cosas señaladas, son tantas las mercedes que en esto el Señor me ha hecho, que sería cansarme y cansar a quien lo leyese, si las hubiese de decir, y mucho más en salud de almas que de cuerpos. Esto ha sido cosa muy conocida, y que dello hay hartos testigos. Luego, luego dábame mucho escrúpulo, porque yo no podía dejar de creer que el Señor lo hacía por mi oración (dejemos ser lo principal por sola su bondad), mas son ya tantas las cosas y tan vistas de otras personas, que no me da pena creerlo, y alabo a su Majestad, y háceme confusión porque veo soy más deudora, y háceme, a mi parecer, crecer el deseo de servirle y avívase el amor. Y lo que más me espanta es que las que el Señor ve no convienen, no puedo, aunque quiero, suplicárselo, sino con tan poca fuerza, y espíritu, y cuidado, que aunque más quiero forzarme es imposible,

como otras cosas que su Majestad ha de hacer, que veo yo que puedo pedirlo muchas veces, y con gran importunidad, aunque yo no traiga este cuidado, parece que se me representa delante. Es grande la diferencia destas dos maneras de pedir, que no sé cómo lo declarar, porque aunque lo uno pido (que no dejo de esforzarme a suplicarlo al Señor, aunque no sienta en mí aquel fervor que en otras, aunque mucho me toquen), es como quien tiene trabada la lengua, que aunque quiere hablar no puede, y si habla, es de suerte que ve que no lo entienden, o como quien habla claro y despierto, a quien ve que de buena gana le está oyendo. Lo uno se pide (digamos ahora) como oración vocal; y lo otro en contemplación tan subida, que se representa el Señor de manera que se entiende que nos entiende, y que se huelga su Majestad de que se lo pidamos y de hacernos merced. Sea bendito por siempre, que tanto da y tan poco le doy yo. Porque, ¿qué hace, Señor mío, quien no se deshace todo por Vos? ¿Y qué dello, qué dello, qué dello, y otras mil veces lo puedo decir, me falta para esto? Por eso no había de querer vivir (aunque hay otras causas), porque no vivo conforme a lo que os debo. ¡Con qué de imperfeciones me veo! ¡Con qué flojedad en serviros! Es cierto que algunas veces me parece querría estar sin sentido por no entender tanto mal de mí; el que puede lo remedie.

6. Estando en casa de aquella señora que he dicho, adonde había menester estar con cuidado y considerar siempre la vanidad que consigo traen todas las cosas de la vida, porque estaba muy estimada, y era muy loada, y ofrecíanse hartas cosas a que me pudiera bien apegar, si mirara a mí, mas miraba el que tiene verdadera vista a no me dejar de su mano. Ahora que digo de verdadera vista, me acuerdo de los grandes trabajos que se pasan

en tratar personas a quien Dios ha llegado a conocer lo que es verdad en estas cosas de la tierra, ádonde tanto se encubre, como una vez el Señor me dijo que muchas cosas de las que aquí escribo no son de cabeza, sino que que me las decía este mi Maestro celestial, y porque en las cosas que yo señaladamente digo esto entendí, o me dijo el Señor, se me hace escrúpulo grande poner o quitar una sola sílaba que sea; ansí, cuando puntualmente no se me acuerda bien todo, va dicho como de mí, o porque algunas cosas también lo serán. No llamo mío lo que es bueno, que ya sé no hay cosa en mí, sino lo que tan sin merecerlo me ha dado el Señor; sino llamo dicho de mí, no ser dado a entender en revelación.

7. ¡Mas ay, Dios mío, y cómo aun en las espirituates, queremos muchas veces entender las cosas por nuestro parecer, y muy torcidas de la verdad, tan bien como en las del mundo, y nos parece que hemos de tasar nuestro aprovechamiento por los años que tenemos algún ejercicio de oración, y aun parece queremos poner tasa a quien sin ninguna da sus dones cuando quiere, y puede dar en medio año más a uno que a otro en muchos! Y es cosa ésta que la tengo tan vista por muchas personas, que yo me espanto cómo nos podemos detener en esto. Bien creo no estará en este engaño quien tuviere talento de conocer espíritus, y le hubiera dado el Señor humildad verdadera, que éste juzga por los efectos y determinaciones, y amor, y dale el Señor luz para que lo conozca; y en esto mira el adelantamiento y aprovechamiento de las almas, que no en los años, que en medio puede uno haber alcanzado más que otro en veinte, porque, como digo, dalo el Señor a quien quiere, y aun a quien mejor se dispone. Porque veo yo venir ahora a esta casa unas doncellas que son de poca

edad, y en tocándolas Dios, y dándoles un poco de luz, y amor (digo en un poco de tiempo que les hizo algún regalo), no le aguardaron, ni se les puso cosa delante, sin acordarse del comer, pues se encierran para siempre en casa sin renta, como quien no estima la vida por el que saben que las ama. Déjanlo todo, ni quieren voluntad, ni se les pone delante que pueden tener descontento en tanto encerramiento y estrechura: todas juntas se ofrecen en sacrificio por Dios. Cuán de buena gana les doy yo aquí la ventaja, y había de andar avergonzada delante de Dios; porque lo que su Majestad no acabó conmigo en tanta multitud de años como ha que comencé a tener oración y me comenzó a hacer mercedes, acaba con ellas en tres meses, y aun con alguna en tres días, con hacerlas muchas menos que a mí, aunque bien las paga su Majestad; a buen seguro que no están descontentas por lo que por él han hecho.

8. Para esto querría yo se nos acordase de los muchos años (a los que los tenemos de profesión, y las personas que los tienen de oración), y no para fatigar a los que en poco tiempo van más adelante, con hacerlos tornar atrás para que anden a nuestro paso, y a los que vuelan como águilas con las mercedes que les hace Dios, quererlos hacer andar como pollo trabado; sino que pongamos los ojos en su Majestad, y si los viéremos con humildad, darles la rienda; que el Señor, que les hace tantas mercedes, no los dejará despeñar. Fíanse ellos mesmos de Dios (que esto les aprovecha la verdad que conocen de la fe), ¿y no los fiaremos nosotros, sino que queremos medirlos por nuestra medida, conforme a nuestros bajos ánimos? No ansí, sino que si no alcanzamos sus grandes afectos y determinaciones, porque sin experiencia se puede mal entender, humillémonos y no los condenemos, que con parecer que miramos su

provecho, nos le quitamos a nosotros, y perdemos esta ocasión que el Señor pone para humillarnos y para que entendamos lo que nos falta y cuán más desasidas y llegadas a Dios deben estar estas almas que las nuestras, pues tanto su Majestad se llega a ellas.

9. No entiendo otra cosa, ni la querría entender, sino que oración de poco tiempo, que hace efetos muy grandes (que luego se entienden, que es posible que los haya para dejarlo todo, sólo por contentar a Dios, sin gran fuerza de amor), yo la querría más que la de muchos años, que nunca acabó de determinarse más al postrero que al primero, a hacer cosa que sea nada por Dios, salvo, sí, unas cositas menudas como sal, que no tienen peso ni tomo, que parece un pájaro se las llevara en el pico, no tenemos por gran afeto y mortificación; que de algunas cosas hacemos caso, que hacemos por el Señor, que es lástima las entendamos, aunque se hiciesen muchas; yo soy ésta, y olvidaré las mercedes a cada paso. No digo yo que no las terná su Majestad eu mucho, según es bueno; mas querria yo no hacer caso dellas ni ver que las hago, pues no son nada. Mas perdonadme, Señor mío, y no me culpéis, que con algo me tengo de consolar, pues no os sirvo en nada; que si en cosas grandes os sirviera, no hiciese caso de las nonadas. Bienaventuradas las personas que os sirven con obras grandes, si con haberlas yo envidia y desearlo, se me toma en cuenta, no quedaría muy atrás en contentaros, mas no valgo nada, Señor mío; ponedme Vos el valor, pues tanto me amáis.

10. Acaecióme un día destos, que con traer un Breve de Roma para no poder tener renta en este monasterio, se acabó del todo, que paréceme ha costado algún trabajo; estando consolada de verlo ansí concluído, y pensando los que había tenido, y alabando al Señor, que

en algo se había querido servir de mí, comencé a pensar las cosas que había pasado; y es ansí, que en cada una de las que parecía eran algo que yo había hecho, hallaba tantas faltas e imperfeciones, y a veces poco ánimo, y muchas poca fe; porque hasta ahora que todo lo veo cumplido, cuanto el Señor me dijo desta casa se había de hacer, nunca determinadamente lo acababa de creer, ni tampoco lo podía dudar; no sé cómo era esto. Es que muchas veces, por una parte, me parecía imposible; por otra, no lo podía dudar, digo creer, que no se había de hacer. En fin, hallé lo bueno haberlo el Señor hecho todo de su parte, y lo malo yo, y ansí dejé de pensar en ello, y no querría se me acordase por no tropezar con tantas faltas mías. Bendito sea el que de todas saca bien cuando es servido. Amén.

11. Pues digo que es peligroso ir tasando los años que se han tenido de oración, que aunque haya humildad, parece puede quedar un no sé qué de parecer se merece algo por lo servido. No digo yo que no lo merecen, y les será bien pagado; mas cualquier espiritual que le parezca, que por muchos años que haya tenido oración merece estos regalos de espíritu, tengo yo por cierto que no subirá a la cumbre dél. ¿No es harto que haya merecido que le tenga Dios de su mano, para no le hacer las ofensas que antes que tuviese oración le hacía, sino que le ponga pleito por sus dineros, como dicen? No me parece profunda humildad, ya puede ser lo sea; mas yo por atrevimiento lo tengo, pues yo con tener poca humildad, no me parece jamás he osado. Ya puede ser que, como nunca he servido, no he pedido; por ventura si lo hubiera hecho, quisiera más que todos me lo pagara el Señor. No digo yo que no va creciendo un alma, y que no se lo dará Dios, si la oración ha sido humilde mas que se olviden estos años, que es todo asco

cuanto podemos hacer en comparación de una gota de sangre de las que el Señor por nosotros derramó; y si con servir más quedamos más deudores, ¿qué es esto que pedimos, pues si pagamos un maravedí de la deuda, nos tornan a dar mil ducados? Que por amor de Dios dejemos estos juicios que son suyos. Estas comparaciones siempre son malas, aun en cosas de acá, pues ¿qué será en lo que sólo Dios sabe, y lo mostró bien su Majestad cuando pagó tanto a los postreros como a los primeros?

12. Es en tantas veces las que he escrito estas tres hojas, y en tantos días, porque he tenido, y tengo, como he dicho, poco lugar, que se me había olvidado lo que comencé a decir, que era esta visión. Vime estando en oración en un gran campo a solas, en derredor de mí mucha gente de diferentes maneras, que me tenían rodeada; todas me parece tenían armas en las manos para ofenderme, unas lanzas, otras espadas, otras dagas, y otras estoques muy largos. En fin, yo no podía salir por ninguna parte sin que me pusiese a peligro de muerte. Y sola, sin persona que hallase de mi parte. Estando mi espíritu en esta aflicción, que no sabía qué me hacer, alcé los ojos al cielo y vi a Cristo (no en el cielo, sino bien alto de mí en el aire), que tendía la mano hacia mí y desde allí me favorecía, de manera que yo no temía toda la otra gente, ni ellos, aunque querían, me podían hacer daño. Parece sin fruto esta visión, y hame hecho grandísimo provecho, porque se me dió a entender lo que significaba; y poco después me vi casi en aquella batería, y conocí ser aquella visión un retrato del mundo, que cuanto hay en él parece tiene armas para ofender a la triste alma; dejemos los que no sirven mucho al Señor, y honras, y haciendas, y deleites, y otras cosas semejantes, que está claro que cuando no se cata se ve

enredada, al menos procuran todas estas cosas enredar más amigos, parientes, y lo que más me espanta, personas muy buenas. De todo me vi después tan apretada, pensando ellos que hacían bien, que yo no sabía cómo me defender ni qué hacer.

13. ¡Oh, válame Dios, si dijese de las maneras y diferencias de trabajos que en este tiempo tuve (aun después de lo que atrás queda dicho), cómo sería harto aviso para del todo aborrecerlo todo! Fué la mayor persecución me parece de las que he pasado. Digo que me vi a veces de todas partes tan apretada, que sólo hallaba remedio en alzar los ojos y llamar a Dios; acordábame bien de lo que había visto en esta visión. Hízome harto provecho para no confiar mucho de nadie, porque no le hay que sea estable, sino Dios. Siempre en estos trabajos grandes me enviaba el Señor (como me lo mostró) una persona de su parte que me diese la mano, como me lo había mostrado en esta visión, sin ir asida a nada más de contentar al Señor, que ha sido para sustentar esa poquita de virtud que yo tenía en desearos servir. Seáis bendito por siempre.

14. Estando una vez muy inquieta y alborotada, sin poder recogerme, y en batalla y contienda, yéndoseme el pensamiento a cosas que no eran perfetas, aún no me parece estaba con el desasimiento que suelo; como me vi ansí tan ruin, tenía miedo si las mercedes que el Señor me había hecho eran ilusiones; estaba, en fin, con una curiosidad grande de alma. Estando con esta pena, comenzóme a hablar el Señor, y díjome que no me fatigase, que en verme ansí entendería la miseria que era si él se apartaba de mí, y que no había seguridad mientras vivíamos en esta carne. Dióseme a entender cuán bien empleada es esta guerra y contienda por tal premio, y parecióme tenía lástima el Señor, de los que vivimos

en el mundo; mas que no pensase yo me tenía olvidada, que jamás me dejaría, mas que era menester hiciese yo lo que es en mí. Esto me dijo el Señor con una piedad y regalo, y con otras palabras en que me hizo harta merced, que no hay para qué decirlas. Estas me dice su Majestad muchas veces, mostrándome gran amor: *Ya eres mía, y yo soy tuyo.* Las que yo siempre tengo costumbre de decir y a mi parecer las digo con verdad, son: ¿Qué se me da, Señor, a mí de mí, sino de Vos? Son para mí estas palabras y regalos tan grandísima confusión cuando me acuerdo la que soy, que, como he dicho, creo otras veces, y ahora lo digo algunas a mi confesor, más ánimo me parece es menester para recibir estas mercedes que para pasar grandísimos trabajos. Cuando pasa estoy casi olvidada de mis obras, sino un representárseme que soy ruin, sin discurso de entendimiento, que también me parece a veces sobrenatural.

15. Viénenme algunas veces unas ansias de comulgar tan grandes, que no sé si se podría encarecer. Acaecióme una mañana que llovía tanto, que no me parece hacía para salir de casa. Estando yo fuera della, yo estaba ya tan fuera de mí con aquel deseo, que aunque me pusieran lanzas a los pechos, me parece entrara por ellas, cuantimás agua. Como llegué a la iglesia, dióme un arrobamiento grande: parecióme vi abrir los cielos; no una entrada, como otras veces he visto. Representóseme el trono que dije a vuestra merced he visto otras veces, y otro encima dél; adonde por una noticia, que no sé decir, aunque no lo vi, entendí estar la Divinidad. Parecíame sostenerle unos animales, a mí me parece he oído una figura destos animales; pensé si eran los evangelistas; mas cómo estaba el trono, ni qué estaba en él, no vi sino muy gran multitud de ángeles; pareciéron-

me sin comparación con muy mayor hermosura que los que en el cielo he visto. He pensado si son serafines o querubines, porque son muy diferentes en la gloria, que parecían tener inflamamiento. Es grande la diferencia, como he dicho; y la gloria que entonces en mí sentí no se puede escribir, ni aun decir, ni la podrá pensar quien no hubiere pasado por esto. Entendí estar allí todo junto lo que se puede desear, y no vi nada; dijéronme, y no sé quién, que lo que allí podía hacer era entender, que no podía entender nada, y mirar lo nada que era todo en comparación de aquello; es ansí que se afrentaba después mi alma de ver que pueda parar en ninguna cosa criada, cuantimás aficionarse a ella, porque todo me parecía un hormiguero. Comulgué y estuve en la misa, que no sé cómo pude estar; parecióme había sido muy breve espacio, espantéme cuando dió el reloj, y vi que eran dos horas las que había estado en aquel arrobamiento y gloria. Espantábame después cómo en llegando a este fuego (que parece vino de arriba de verdadero amor de Dios, porque aunque más lo quiera, y procure, y me deshaga por ello, si no es cuando su Majestad quiere, como he dicho otras veces, no soy parte para tener una centella dél) parece que consume el hombre viejo de faltas, y tibieza, y miseria, y a manera de como hace el ave Fénix (según he leído) y de la mesma ceniza, después que se quema, sale otra, ansí queda hecha otra el alma después con diferentes deseos y fortaleza grande: no parece es la que antes, sino que comienza con nueva puridad el camino del Señor. Suplicando yo a su Majestad fuese ansí, y que de nuevo comenzase yo a servirle, me dijo: *Buena comparación has hecho; mira no te se olvide para procurar mejorarte siempre.*

16. Estando una vez con la mesma duda que poco

ha dije, si eran estas visiones de Dios, me apareció el Señor, y me dijo con rigor: *¡Oh hijos de los hombres, hasta cuándo seréis duros de corazón!* Que una cosa examinase bien en mí: si del todo estaba dada por suya o no; que si estaba, y lo era, que creyese no me dejaría perder. Yo me fatigué mucho de aquella exclamación; con gran ternura y regalo me tornó a decir que no me fatigase, que ya sabía que por mí no faltaría de ponerme a todo lo que fuese su servicio; que se haría todo lo que yo quería (y ansí se hizo lo que entonces le suplicaba); que mirase el amor que se iba en mí aumentando cada día para amarle; que en esto vería no ser demonio; que no pensase que consentía Dios tuviese tanta parte el demonio en las almas de sus siervos, y que te pudiese dar la claridad de entendimiento y quietud que tienes. Dióme á entender que, habiéndome dicho tantas personas y tales que era Dios, que haría mal en no creerlo.

17. Estando rezando el salmo del *Quicumque vult*, se me dió a entender la manera cómo era un solo Dios y tres Personas, y tan claro, que yo me espanté, y consolé mucho. Hízome grandísimo provecho para conocer más la grandeza de Dios y sus maravillas, y para cuando pienso o se trata en la Santísima Trinidad, parece entiendo cómo puede ser, y es mucho contento.

18. Un día de la Asunción de la Reina de los ángeles y Señora nuestra, me quiso el Señor hacer esta merced, que en un arrobamiento se me representó su subida al cielo, y el alegría y solemnidad con que fué recibida, y el lugar adonde está. Decir cómo fué esto, yo no sabría. Fué grandísima la gloria que mi espíritu tuvo de ver tanta gloria; quedé con grandes efetos y aprovechóme para desear más pasar grandes trabajos, y quedóme grande deseo de servir a esta Señora, pues

tanto mereció. Estando en un colegio de la Compañía de Jesús, y estando comulgando los hermanos de aquella casa, vi un palio muy rico sobre sus cabezas; esto vi dos veces; cuando otras personas comulgaban, no lo veía.

CAPÍTULO XL

Prosigue en la mesma materia de decir las grandes mercedes que el Señor la ha hecho. De algunas se puede tomar harto buena doctrina, que éste ha sido, según ha dicho, su principal intento después de obedecer, poner las que son para provecho de las almas. Con este capítulo se acaba el discurso de su vida que escribió; sea para gloria del Señor. Amén.

1. Estando una vez en oración, era tanto el deleite que en mí sentía, que como indigna de tal bien, comencé a pensar en cómo merecía mejor estar en el lugar que yo había visto estar para mí en el infierno, que, como he dicho, nunca olvido de la manera que allí me vi. Comenzóse con esta consideración a inflamar más mi alma, y vínome un arrobamiento de espíritu, de suerte que yo no lo sé decir. Parecióme estar metido y lleno de aquella Majestad, que he entendido otras veces. En esta Majestad se me dió a entender una verdad, que es cumplimiento de todas las verdades; no sé yo decir cómo, porque no vi nada. Dijéronme, sin ver quién, mas bien entendí ser la mesma Verdad: *No es poco esto que hago por ti, que una de las cosas es en que me debes, porque todo el daño que viene al mundo es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad; no faltará una tilde della.* A mí me pareció que siempre yo había creído esto, y que todos los fieles

lo creían. Díjome: *Ay, hija, qué pocos me aman con verdad; que si me amasen, no les encubriría yo mis secretos; ¿sabes qué es amarme con verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable a mí; con claridad verás esto que ahora no entiendes, en lo que aprovecha a tu alma.* Y ansí lo he visto, sea el Señor alabado, que después acá tanta vanidad y mentira me parece lo que yo no veo va guiado al servicio de Dios, que no lo sabría yo decir como lo entiendo, y la lástima que me hacen los que veo con la escuridad que están en esta verdad, y con esto otras ganancias que aquí diré, y muchas no sabré decir. Díjome aquí el Señor una particular palabra de grandísimo favor. Yo no sé cómo esto fué, porque no vi nada; mas quedé de una suerte, que tampoco sé decir, con grandísima fortaleza y muy de veras para cumplir con todas mis fuerzas la más pequeña parte de la Escritura divina. Paréceme que ninguna cosa se me ponía delante, que no pasase por esto.

2. Quedóme una verdad de esta divina Verdad, que se me representó (sin saber cómo, ni qué) esculpida, que me hace tener un nuevo acatamiento a Dios, porque da noticia de su majestad y poder de una manera que no se puede decir; sé entender que es una gran cosa. Quedóme muy gran gana de no hablar sino de cosas muy verdaderas, que vayan adelante de lo que acá se trata en el mundo, y ansí comencé a tener pena de vivir en él. Dejóme con gran ternura y regalo y humildad. Paréceme que sin entender cómo me dió el Señor aquí mucho, no me quedó ninguna sospecha de que era ilusión. No vi nada, mas entendí el gran bien que hay en no hacer caso de cosa que no sea para llegarnos más a Dios, y ansí entendí qué cosa es andar un alma en verdad delante de la mesma Verdad. Esto que

entendí, es darme el Señor a entender que es la mesma verdad.

3. Todo lo que he dicho entendí hablándome algunas veces, y otras sin hablarme, con más claridad algunas cosas, que las que por palabras se me decían; entendí grandísimas verdades sobre esta verdad, más que si muchos letrados me lo hubieran enseñado. Paréceme que en ninguna manera me pudieran imprimir ansí, ni tan claramente se me diera a entender la vanidad deste mundo. Esta verdad que digo se me dió a entender, es en sí mesma verdad, y es sin principio ni fin, y todas las demás verdades dependen destá verdad, como todos los demás amores deste amor, y todas las demás grandezas desta grandeza; aunque esto va dicho escuro para la claridad con que a mí el Señor quiso se me diese a entender. ¡Y cómo se parece el poder desta Majestad, pues en tan breve tiempo deja tan gran ganancia y tales cosas imprimidas en el alma! ¡Oh Grandeza y Majestad mía! ¿Qué haces, Señor mío, todopoderoso? Mirad a quién hacéis tan soberanas mercedes, no os acordéis que ha sido esta alma un abismo de mentiras y piélago de vanidades, y todo por mi culpa, que con haberme Vos dado natural de aborrecer el mentir, yo mesma me hice tratar en muchas cosas mentira. ¿Cómo se sufre, Dios mío, cómo se compadece tan gran favor y merced a quien tan mal os lo ha merecido?

4. Estando una vez en las Horas con todas, de presto se recogió mi alma, y parecióme ser como un espejo claro toda, sin haber espaldas ni lados, ni alto ni bajo, que no estuviese toda clara, y en el centro della se me representó Cristo nuestro Señor como le suelo ver. Parecíame en todas las partes de mi alma le veía claro como en un espejo, y también este espejo

(yo no sé decir cómo) se esculpía todo en el mesmo Señor, por una comunicación que yo no sabré decir, muy amorosa. Sé que me fué esta visión de gran provecho, cada vez que se me acuerda, en especial cuando acabo de comulgar. Dióseme a entender que estar un alma en pecado mortal es cubrirse este espejo de gran niebla y quedar muy negro, y ansí no se puede representar ni ver este Señor, aunque esté siempre presente dándonos el sér; y que los herejes, es como si el espejo fuese quebrado, que es muy peor que escurecido. Es muy diferente el cómo se ve, a decirse, porque se puede mal dar a entender. Mas hame hecho mucho provecho y gran lástima de las veces que con mis culpas escurecí mi alma para no ver este Señor.

5. Paréceme provechosa esta visión para personas de recogimiento, para enseñarse a considerar al Señor en lo muy interior de su alma, que es consideración que más se apega, y muy más fructuosa que fuera de sí (como otras veces he dicho), y en algunos libros de oración está escrito adónde se ha de buscar a Dios; en especial lo dice el glorioso San Agustín, que ni en las plazas, ni en los contentos, ni por ninguna parte que le buscaba, le hallaba como dentro de sí. Y esto es muy claro ser mejor; y no es menester ir al cielo, ni más lejos que a nosotros mesmos, porque es cansar el espíritu y distraer el alma, y no con tanto fruto. Una cosa quiero avisar aquí por si alguno la tuviere, que acaece en gran arrobamiento: que pasado aquel rato que el alma está en unión, que del todo tiene absortas las potencias (y esto dura poco, como he dicho), quedarse el alma recogida, y aun en lo exterior no poder tornar en sí; mas quedan las dos potencias, memoria y entendimiento, casi con frenesí muy desatinadas. Esto digo que acaece alguna vez, en especial a los principios. Pienso si

procede de que no puede sufrir nuestra flaqueza natural tanta fuerza de espíritu, y enflaquece la imaginación. Sé que les acaece a algunas personas. Ternía por bueno que se forzasen a dejar por entonces la oración, y la cobrasen en otro tiempo, aquel que pierden que no sea junto, porque podrá venir a mucho mal, y desto hay experiencia, y de cuán acertado es mirar lo que puede nuestra salud.

6. En todo es menester experiencia y maestro, porque llegada el alma a estos términos, muchas cosas se ofrecen que es menester con quien tratarlo; y si buscado no lo hallare, el Señor no le faltará, pues no me ha faltado a mí siendo la que soy; porque creo hay pocos que hayan llegado a la experiencia de tantas cosas, y si no la hay, es por demás dar remedio sin inquietar ni afligir. Mas esto también tomará el Señor en cuenta, y por esto es mejor tratarlo, como ya he dicho otras veces, y aun todo lo que ahora digo, sino que no se me acuerda bien, y veo importa mucho, en especial si son mujeres, con su confesor, y que sea tal. Y hay muchas más que hombres a quien el Señor hace estas mercedes, y esto oí al santo fray Pedro de Alcántara, y también lo he visto yo, que decía aprovechaban mucho más en este camino que hombres, y daba dello excelentes razones, que no hay para qué las decir aquí, todas en favor de las mujeres.

7. Estando una vez en oración se me presentó muy en breve (sin ver cosa formada, mas fué una representación con toda claridad) cómo se ven en Dios todas las cosas, y cómo las tiene todas en sí. Saber escribir esto yo no lo sé; más quedó muy imprimido en mi alma, y es una de las grandes mercedes que el Señor me ha hecho, y de las que mas me han hecho confundir y avergonzar, acordándome de los pecados que he hecho. Creo, si el Señor fuera servido, viera esto en otro tiem-

po, y si lo viesen los que le ofenden, que no ternían corazón ni atrevimiento para hacerlo. Parecióme ya, digo sin poder afirmarme en que vi nada, mas algo se debe ver, pues yo podré poner esta comparación, sino que es por modo tan sutil y delicado, que el entendimiento no lo debe alcanzar, o yo no me sé entender en estas visiones, que no parecen imaginarias, y en algunas algo desto debe haber, sino que como son en arrobamiento, las potencias no lo saben después formar, como allí el Señor se lo representa y quiere que lo gocen. Digamos ser la Divinidad como un muy claro diamante, muy mayor que todo el mundo, o espejo, a manera de lo que dije del alma en estrota visión, salvo que es por tan subida manera, que yo no lo sabré encarecer; y que todo lo que hacemos se ve en este diamante, siendo de manera que él encierra todo en sí, porque no hay nada que salga fuera desta grandeza. Cosa espantosa me fué en tan breve espacio ver tantas cosas juntas aquí en este claro diamante, y lastimosísima cada vez que se me acuerda ver qué cosas tan feas se representaban en aquella limpieza de claridad, como eran mis pecados. Y es ansí, que cuando se me acuerda yo no sé cómo lo puedo llevar; y ansí quedé entonces tan avergonzada, que no sabía me parece adónde me meter. ¡Oh, quién pudiese dar a entender esto a los que muy honestos y feos pecados hacen, para que se acuerden que no son ocultos, y que con razón lo siente Dios, pues tan presentes a su Majestad pasan, y tan desacatadamente nos habemos delante dél! Vi cuán bien se merece el infierno por una sola culpa mortal, porque no se puede entender cuán gravísima cosa es hacerla delante de tan gran Majestad, y qué tan fuera de quien él es son cosas semejantes; y ansí se ve más su misericordia, pues entendiendo nosotros todo esto nos sufre. Hame hecho

considerar, si una cosa como ésta ansí deja espantada el alma, ¿qué será el día del juicio, cuando esta Majestad claramente se nos mostrará, y veremos las ofensas que hemos hecho? ¡Oh, válame Dios, qué ceguedad es ésta que yo he traído! Muchas veces me he espantado en esto que he escrito, y no se espante vuesa merced sino cómo vivo viendo estas cosas y mirándome a mí. Sea bendito por siempre quien tanto me ha sufrido.

8. Estando una vez en oración con mucho recogimiento, suavidad y quietud, parecíame estar rodeada de ángeles y muy cerca de Dios, comencé a suplicar a su Majestad por la Iglesia. Dióseme a entender el gran provecho que había de hacer una Orden en los tiempos postreros, y con la fortaleza que los della han de sustentar la fe.

9. Estando una vez rezando cerca del Santísimo Sacramento, apareciómе un Santo, cuya Orden ha estado algo caída; tenía en las manos un libro grande, abrióle y díjome que leyese unas letras, que eran grandes y muy legibles, y decían ansí: En los tiempos advenideros florecerá esta Orden; habrá muchos mártires.

10. Otra vez, estando en maitines en el coro, se me representaron y pusieron delante, seis o siete me parece serían, desta mesma Orden, con espadas en las manos. Pienso que se da en esto a entender han de defender la fe; porque otra vez estando en oración se arrebató mi espíritu, parecióme estar en un gran campo adonde se combatían muchos, y éstos desta Orden peleaban con gran fervor. Tenían los rostros hermosos y muy encendidos, y echaban muchos en el suelo vencidos, otros mataban; parecíame esta batalla contra los herejes. A este glorioso Santo he visto algunas veces, y me ha dicho algunas cosas, y agradecídome la oración que hago por su Orden, y prometido de encomendar-

me al Señor. No señalo las Ordenes; si el Señor es servido se sepa las declarará, porque no se agravien otras; mas cada Orden había de procurar, o cada uno della por sí, que por sus medios hiciese el Señor tan dichosa su Orden, que en tan gran necesidad como ahora tiene la Iglesia le sirviesen; dichosas vidas que en esto se acabaren.

11. Rogóme una persona una vez que suplicase a Dios le diese a entender si sería servicio suyo tomar un obispado. Díjome el Señor, acabando de comulgar: Cuando entendiere con toda verdad y claridad que el verdadero señorío es no poseer nada, entonces le podrá tomar; dando a entender que ha de estar muy fuera de desearlo ni quererlo, quien hubiere de tener perlacías, o al menos de procurarlas.

12. Estas mercedes y otras muchas ha hecho el Señor y hace muy contino a esta pecadora, que me parece no hay para qué las decir, pues por lo dicho se puede entender mi alma, y el espíritu que me ha dado el Señor. Sea bendito por siempre, que tanto cuidado ha tenido de mí.

13. Díjome una vez, consolándome, que no me fatigase (esto con mucho amor), que en esta vida no podíamos estar siempre en un sér, que unas veces ternía fervor y otras estaría sin él; unas con desasosiegos y otras con quietud y tentaciones, mas que esperase en El y no temiese.

14. Estaba un día pensando si era asentimiento darme contento estar con las personas que trato mi alma, y tenerlas amor, y a los que yo veo muy siervos de Dios, que me consolaba con ellos, me dijo: Que si a un enfermo, que estaba en peligro de muerte, le parece le da salud un médico, que no era virtud dejárselo de agradecer, y no le amar. Que ¿qué hubiera hecho si no

fuera por estas personas? Que la conversación de los buenos no dañaba, mas que siempre fuesen mis palabras pesadas y santas, y que no les dejase de tratar, que antes sería provecho que daño. Consolóme mucho esto, porque algunas veces, pareciéndome asimiento, quería del todo no tratarlos. Siempre en todas las cosas me aconsejaba este Señor, hasta decirme cómo me había de haber con los flacos y con algunas personas. Jamás se descuida de mí; algunas veces estoy fatigada de verme para tan poco en su servicio, y de ver que por fuerza he de ocupar el tiempo en cuerpo tan flaco y ruin como el mío, más de lo que yo querría.

15. Estaba una vez en oración, y vino la hora de ir a dormir, y yo estaba con hartos dolores, y había de tener el vómito ordinario. Como me vi tan atada de mí, y el espíritu, por otra parte, queriendo tiempo para sí, vime tan fatigada, que comencé a llorar mucho, y a afligirme; esto no es sólo una vez, sino, como digo, muchas, que me parece me daba un enojo contra mí mesma, que en forma por entonces me aborrezco; mas lo contino es entender de mí que no me tengo aborrecida, ni falto a lo que veo me es necesario. Y plega al Señor que no tome mucho más de lo que es menester, que si debo hacer. Esta que digo, estando en esta pena, me apareció el Señor, y regaló mucho, y me dijo que hiciese yo estas cosas por amor dél, y lo pasase, que era menester ahora mi vida. Y ansí me parece que nunca me vi en pena, después que estoy determinada a servir con todas mis fuerzas a este Señor y consolador mío, que aunque me dejaba un poco padecer, me consolaba, de manera que no hago nada en desear trabajos; y ansí, ahora no me parece hay para qué vivir sino para esto, y lo que más de voluntad pido a Dios. Dígole algunas veces con toda ella: Señor, o morir o padecer, no

os pido otra cosa para mí; dame consuelo oir el reloj, porque me parece me llego un poquito más para ver a Dios, de que veo ser pasada aquella hora de la vida.

16. Otras veces estoy de manera que ni siento vivir, ni me parece he gana de morir, sino con una tibieza y escuridad en todo, como he dicho, que tengo muchas veces de grandes trabajos. Y con haber querido el Señor se sepan en público estas mercedes que su Majestad me hace (como me lo dijo algunos años ha que lo habían de ser, que me fatigué yo harto, y hasta ahora no he pasado poco, como vuesa merced sabe, porque cada uno lo toma como le parece), consuelo me ha sido no ser por mi culpa, porque en no lo decir, sino a mis confesores, o a personas que sabía dellos lo sabían, he tenido gran aviso, y extremo; y no por humildad, sino porque, como he dicho, aun a los mesmos confesores me daba pena decirlo. Ahora ya, gloria a Dios, aunque mucho me murmuraban, y con buen celo, y otros temen tratar conmigo, y aun confesarme, y otros me dicen hartas cosas, como entiendo que por este medio ha querido el Señor remediar muchas almas (porque lo he visto claro, y me acuerdo de lo mucho que por una sola pasara el Señor), muy poco se me da todo.

No sé si es parte para esto haberme su Majestad metido en este rinconcito tan encerrado, y adonde ya, como cosa muerta, pensé no hubiera más memoria de mí; mas no ha sido tanto como yo quisiera, que forzado he de hablar a algunas personas; mas como no estoy adonde me vean, parece ya fué el Señor servido echarme a un puerto, que espero en su Majestad será seguro. Por estar ya fuera del mundo, y entre poca y santa compañía, miro como desde lo alto, y dáseme ya bien poco de que digan ni se sepa; en más ternía se aproyechase un tantico una alma, que todo lo que de

mi se puede decir, que después que esto aquí, ha sido el Señor servido que todos mi deseos paren en esto. Y hame dado una manera de sueño en la vida, que casi siempre me parece estoy soñando lo que veo; ni contento ni pena que sea mucha no la veo en mí.

Si alguna me dan algunas cosas, con tanta brevedad, que yo me maravillo, y deja el sentimiento, como una cosa que soñó; y esto es entera verdad, que aunque después yo quisiera holgarme de aquel contento, o pesarme de aquella pena, no es en mi mano, sino como lo sería a una persona discreta tener pena o gloria de un sueño que soñó, porque ya mi alma la despertó el Señor de aquello que, por no estar yo mortificada ni muerta a las cosas del mundo, me había hecho sentimiento, y no quiere su Majestad que se torne a cegar,

17. Desta manera vivo ahora, señor y Padre mío; suplique vuesa merced a Dios, o me lleve consigo, o me dé cómo le sirva. Plega a su Majestad esto que aquí va escrito haga a vuesa merced algun provecho, que por el poco lugar ha sido con trabajo; mas dichoso sería el trabajo si he acertado a decir algo que sola una vez se alabe por ello el Señor, que con esto me daría por pagada, aunque vuesa merced luego lo queme. No querría fuese sin que lo viesen las tres personas que vuesa merced sabe, pues son y han sido confesores míos, porque si va mal, es bien pierdan la buena opinión que tienen de mí; y si va bien, son buenos y letrados, sé que verán de dónde viene, y alabarán a quien lo ha dicho por mí. Su Majestad tenga siempre a vuesa merced de su mano, y le haga tan gran santo, que con su espíritu y luz alumbre a esta miserable, poco humilde y mucho atrevida, que se ha osado determinar a escribir en cosas tan subidas.

Plega al Señor no haya en ello errado, teniendo in-

tención y deseo de acertar y de obedecer, y que por mí se alabase en algo al Señor (que es lo que ha muchos años que le suplico) y como me faltan para esto las obras, heme atrevido a concertar esta mi desbaratada vida; aunque no gastando en ello más cuidado ni tiempo de lo que ha sido menester para mí, con toda la llaneza y verdad que yo he podido. Plega al Señor, pues es poderoso, y si quiere puede, quiera que en todo acierte yo a hacer su voluntad, y no permita se pierda esta alma, que con tantos artificios y maneras, y tantas veces ha sacado su Majestad del Infierno y traído a sí. Amén.

El Espíritu Santo sea siempre con vuesa merced. Amén. No sería malo encarecer a vuesa merced este servicio por obligarle a tener mucho cuidado de encomendarme a Nuestro Señor, que según lo que he pasado en verme escrita, y traer a la memoria tantas miserias mías, bien podría; aunque con verdad puedo decir que he sentido más en escribir las mercedes que el Señor me ha hecho, que las ofensas que yo a su Majestad. Yo he hecho lo que vuesa merced me mandó en alargarme, a condición que vuesa merced haga lo que me prometió, en romper lo que mal le pareciere. No había acabado de leerlo después de escrito, cuando vuesa merced envía por él; puede ser vayan algunas cosas mal declaradas, y otras puestas dos veces, porque ha sido tan poco el tiempo que he tenido, que no podía tornar a ver lo que escribía; suplico a vuesa merced lo enmiende, y mande trasladar, si se ha de llevar al Padre Maestro Avila, porque podría ser conocer alguien la letra. Yo deseo harto se dé orden en cómo lo vea, pues con ese intento le comenzé a escribir; porque como a él le parezca voy por buen camino, quedaré muy consolada, que ya no me queda más para hacer lo que es

en mí. En todo haga vuesa merced como le pareciere, y vea está obligado a quien ansí le fía su alma.

La de vuesa merced encomendaré yo toda mi vida a Nuestro Señor; por eso dése priesa a servir a su Majestad para hacerme a mí merced, pues verá vuesa merced por lo que aquí va cuán bien se emplea en darse todo, como vuesa merced lo ha comenzado, a quien tan sin tasa se nos da. Sea bendito por siempre, que yo espero en su misericordia nos veremos adonde más claramente vuesa merced y yo veamos las grandes que ha hecho con nosotros, y para siempre jamás le alabemos. Amén. Acabóse este libro en Junio, año de 1562 (1).

(1) Esta fecha se entiende de la primera vez que le escribió la MADRE TERESA DE JESÚS, sin distinción de capítulos. Después hizo este traslado, y añadió muchas cosas que acontecieron después de esta fecha, como es la fundación del monasterio de San José, de Avila, como en la hoja 277 * parece.—*Fr. Domingo Báñez.*

* Esta hoja corresponde a la pág. 263 de la presente edición.

El Maestro Fray Luis de León

AL LECTOR

Con los originales de este libro vinieron a mis manos unos papeles, escritos por la Santa Madre Teresa de Jesús, en que, para memoria suya o para dar cuenta a sus confesores, tenía puestas cosas que Dios le decía, y mercedes que le hacía, demás de las que en este libro se contienen, que me pareció ponerlas con él por ser de mucha edificación. Y así las puse a la letra, como la Madre las escribe, que dice así:

Me dijo esto el Señor un día: ¿Piensas, hija, que está el merecer en gozar? No está sino en obrar, y en padecer y en amar. No habrás oído que San Pablo estuviese gozando de los gozos celestiales más de una vez, y muchas que padeció. Y ves mi vida toda llena de padecer, y sólo en el monte Tabor habrás oído mi gozo. No pienses cuando ves a mi Madre, que me tiene en los brazos, que gozaba de aquellos contentos sin grave tormento; desde que le dijo Simeón aquellas palabras, la dió mi Padre clara luz para que viese lo que yo había de padecer. Los grandes Santos que vivieron en los desiertos, como eran guiados por Dios, ansí hacían graves penitencias, y sin esto tenían grandes batallas con el demonio y consigo mesmos; mucho tiempo se pasaban sin ninguna consolación espiritual. Cree, hija, que a quien mi Padre más ama da mayores trabajos, y a és-

tos responde el amor. ¿En qué te lo puedo más mostrar que querer para ti lo que quise para mí? Mira estas llagas, que nunca llegarán aquí tus dolores. Este es el camino de la verdad. Ansí me ayudarás a llorar la perdición que traen los del mundo (entendiendo tú esto), que todos sus deseos y cuidados y pensamientos se emplean en cómo tener lo contrario. Cuando este día comencé a tener oración, estaba con tan gran mal de cabeza, que me parecía casi imposible poderla tener. Díjome el Señor: Por aquí verás el premio del padecer, que como no estabas tú con salud para hablar conmigo, he yo hablado contigo y regaládote. Y es ansí cierto que sería como hora y media, poco menos, el tiempo que estuve recogida. En él me dijo las palabras dichas, y todo lo demás, ni yo me divertía ni sé adónde estaba, y con tan gran contento, que no sé decirlo, y quedóme buena la cabeza, que me ha espantado, y harto deseo de padecer. También me dijo que trajese mucho en la memoria las palabras que dijo a sus Apóstoles, que no había de ser más el siervo que el Señor.

2. Un día de Ramos, acabando de comulgar, quedé con gran suspensión, de manera que aún no podía pasar la forma, y teniéndomela en la boca, verdaderamente me pareció, cuando torné un poco en mí, que toda la boca se me había hinchido de sangre; y parecíame estar también el rostro y toda yo cubierta della, como si entonces acabara de derramarla el Señor, me parece estaba caliente y era excesiva la suavidad que entonces sentía, y díjome el Señor: Hija, yo quiero que mi sangre te aproveche, y no hayas miedo que te falte mi misericordia. Yo la derramé con muchos dolores, y gózasla tú con tan gran deleite como ves; bien te pago el deleite que me hacías este día. Esto dijo, porque ha más de treinta años que yo comulgaba este día, si podía, y pro-

curaba aparejar mi alma para hospedar al Señor; porque me parecía mucha la crueldad que hicieron los judíos después de tan gran recibimiento, dejarle ir a comer tan lejos, y hacía yo cuenta de que se quedase conmigo, y harto en mala posada, según ahora veo. Y ansí hacía unas consideraciones bobas, debíalas admitir el Señor; porque esta es de las visiones que yo tengo por muy ciertas, y ansí para la comunión me ha quedado aprovechamiento.

3. Había leído en un libro que era imperfeción tener imágenes curiosas, y ansí quería no tener en la celda una que tenía. Y también antes que leyese esto me parecía pobreza tener ninguna, sino de papel, y como después leí esto, ya no las tuviera de otra cosa. Y entendí del Señor esto que diré, estando descuidada dello: Que no era buena mortificación; que cuál era mejor, ¿la pobreza o la caridad? Que, pues, era mejor el amor, que todo lo que me despertase a él no lo dejase, ni lo quitase a mis monjas, que las muchas molduras y cosas curiosas en las imágenes, decía el libro, y no la imagen. Que lo que el demonio hacía con los luteranos, era quitarles todos los medios para más despistar, y ansí iban perdidos. Mis fieles, hija, han de hacer ahora más que nunca al contrario de lo que ellos hacen.

4. Estando pensando una vez con cuánta más limpieza se vive estando apartada de negocios, y cómo cuando yo ando en ellos debo andar mal y con muchas faltas, entendí: No puede ser menos, hija; procura siempre en todo recta intención y desasimiento, y mírame a mí, que vaya lo que hicieres conforme a lo que yo hice.

5. Estando pensando qué sería la causa de no tener ahora casi nunca arrobamiento en público, entendí: No

conviene ahora; bastante crédito tienes para lo que yo pretendo; vamos mirando la flaqueza de los maliciosos.

6. Estando con temor un día de si estaba en gracia o no, me dijo: Hija, muy diferente es la luz de las tinieblas; yo soy fiel, nadie se perderá sin entenderlo. Engañarse ha quien se asegurare por regalos espirituales; la verdadera seguridad es el testimonio de la buena conciencia. Mas nadie piense que por sí puede estar en luz, ansí como no podría hacer que no viniese la noche natural, porque depende de mi gracia. El mejor remedio que puede haber para detener la luz, es entender el alma que no puede nada por sí, y que le viene de mí, porque aunque esté en ella, en un punto que yo me aparte, verná la noche. Esta es la verdadera humildad, conocer el alma lo que puede y lo que yo puedo. No dejes de escribir los avisos que te doy, porque no se te olviden, pues quieres poner por escrito los de los hombres.

7. La víspera de San Sebastián, el primer año que vine al monasterio de la Encarnación a ser priora, comenzando la Salve, vi en la silla prioral, adonde está puesta Nuestra Señora, abajar con gran multitud de ángeles a la Madre de Dios, y ponerse allí; a mi parecer, no vi la imagen entonces, sino esta Señora que digo. Parecióme se parecía algo a la imagen que me dió la condesa, aunque fué de presto el poderla determinar, por suspenderme luego mucho. Parecíanme encima de las coronas de las sillas, y sobre los antepechos, muchos ángeles, aunque no con forma corporal, que era visión intelectual. Estuve ansi toda la Salve, y díjome: Bien acertaste en ponerme aquí; yo estaré presente a las alabanzas que hicieren a mi Hijo, y se las presentaré.

8. Como una tarde se fuese mi confesor con mucha priesa, llamado de otras ocupaciones que tenía más necesarias, yo quedé un rato con pena y tristeza, y como criatura de la tierra no me parece me tiene asida, dióme algún escrúpulo, temiendo no comenzase a perder esta libertad. Esto fué a la tarde, y a la mañana otro día respondióme Nuestro Señor a ello, y díjome que no me maravillase, que ansí como los mortales desean compañía para comunicar sus contentos sensuales, ansí el alma desea (cuando hay quien la entienda) comunicar sus gozos y penas, y se entristece de no tener con quién. Como estuvo algún espacio conmigo, acordóseme que había dicho a mi confesor que pasaban de presto estas visiones; y díjome que había diferencia desto a las imaginarias, y que no podía en las mercedes que nos hacía haber regla cierta, porque unas veces convenía de una manera, y otras de otra.

9. Un día, después de comulgar, me parece clarísimamente se puso cabe mí Nuestro Señor, y comenzóme a consolar con grandes regalos, y díjome entre otras cosas: Vesme aquí, hija, que yo soy, muestra tus manos; y parecíame que me las tomaba y llegaba a su costado, y dijo: Mira mis llagas, no estás sin mí; pasa la brevedad de la vida (1). En algunas cosas que me dijo, entendí

(1) No dice en esto la santa Madre, como algunos han entendido y engañádose, que entonces había abajado del cielo la Humanidad de Cristo para hablar con ella, lo que no había hecho con nadie después de su Ascensión. Porque, como se ve, acababa de comulgar entonces; y ansí en las especies del Santísimo Sacramento tenía a Cristo consigo, que le decía lo que ella aquí dice. Ni menos en decir que no abajó a la tierra Cristo después que subió a los cielos quita que no se haya mostrado a muchos siervos suyos, y hablado con ellos, no abajando él, sino elevándoles a ellos sus entendimientos y almas para que le viesen y oyesen, como de San Esteban se escribe, y de San Pablo en los *Actos de los Apóstoles*.

que después que subió a los cielos nunca abajó en la tierra, sino es en el Santísimo Sacramento, a comunicarse con nadie. Díjome que en resucitando había visto a Nuestra Señora, porque estaba ya con gran necesidad, que la pena la tenía tan traspasada, que aún no tornaba luego en sí para gozar de aquel gozo, y que había estado mucho con Ella, porque había sido menester.

10. Una mañana, estando en oración, tuve un gran arrobamiento, y parecíame que Nuestro Señor me había llevado el espíritu junto a su Padre, y díchole: Esta que me diste te doy, y parecíame que me llegaba a sí. Esto no es cosa imaginaria, sino con una certeza grande y una delicadeza tan espiritual, que no se sabe decir; díjome algunas palabras, que no se me acuerdan; de hacerme merced eran algunas. Duró algún espacio tenerme cabe sí.

11. Acabando de comulgar, segundo día de Cuaresma, en San José de Malagón, se me representó nuestro Señor Jesucristo en visión imaginaria como suele, y estando yo mirándole, vi que en la cabeza, en lugar de corona de espinas, en toda ella (que debía ser adonde hicieron llaga) tenía una corona de gran resplandor. Como yo soy devota deste paso, consolóme mucho, y comencé a pensar qué gran tormento debía ser, pues había hecho tantas heridas, y a darme pena. Díjome el Señor que no le hubiese lástima por aquellas heridas, sino por las muchas que ahora le daban. Yo le dije que ¿qué podía hacer para remedio desto? que determinada estaba a todo. Díjome: Que no era ahora tiempo de descansar, sino que me diese priesa a hacer estas casas, que con las almas dellas tenía el descanso. Que tomase cuantas me diesen, porque había muchas que por no tener adónde, no le servían, y que las que hiciese en lugares

pequeños fuesen como ésta, que tanto podían merecer con deseo de hacer lo que en las otras, y que procurase anduviesen todas debajo de un gobierno de perlado, y que pusiese mucho que por cosa de mantenimiento corporal no se perdiese la paz interior, que él nos ayudaría para que nunca faltasen. En especial tuviesen cuenta con las enfermas, que la perlada que no proveyese y regalase a la enferma era como los amigos de Job: que él daba el azote para bien de sus almas, y ellas ponían en aventura la paciencia. Que escribiese la fundación destas casas. Yo pensaba cómo en la de Medina nunca había entendido nada para escribir su fundación. Díjome que ¿qué más quería de ver que su fundación había sido milagrosa? Quiso decir que, haciéndolo sólo él, pareciendo ir sin ningún camino, yo me determiné a ponerlo por obra.

12. El martes después de la Ascensión, habiendo estado un rato en oración después de comulgar con pena, porque me divertía de manera que no podía estar en una cosa, quejábame al Señor de nuestro miserable natural. Comenzó a inflamarse mi alma, pareciéndome que claramente entendía tener presente a toda la Santísima Trinidad en visión intelectual, adonde entendió mi alma por cierta manera de representación, como figura de la verdad, para que lo pudiese entender mi torpeza, cómo es Dios trino y uno; y ansí me parecía hablarme todas tres Personas, y que se representaban dentro en mi alma distintamente, diciéndome que desde este día vería mejoría en mí en tres cosas que cada una destas Personas me hacía merced: en la caridad, en padecer con contento, en sentir esta caridad con encendimiento en el alma. Entendí aquellas palabras que dice el Señor, que estarán con el alma de aquel que está en gracia las tres divinas Personas. Estando

yo después agradeciendo al Señor tan gran merced, hallándome indignísima della, decía a su Majestad con harto sentimiento, que pues me había de hacer semejantes mercedes, que ¿por qué había dejádome de su mano para que fuese tan ruin? (Porque el día antes había tenido gran pena por mis pecados, teniéndolos presentes.) Vi aquí claro lo mucho que el Señor había puesto de su parte desde que era muy niña para llegarme a sí con medios harto eficaces, y cómo todos no me aprovecharon. Por donde claro se me representó el excesivo amor que Dios nos tiene en perdonar todo esto cuando nos queremos tornar a él, y más conmigo que con nadie, por muchas causas. Paréceme quedaron en mi alma tan imprimidas aquellas tres Personas que vi, siendo en solo Dios, que a durar ansí, imposible sería dejar de estar recogida con tan divina compañía. Una vez, poco antes desto, yendo a comulgar, estando la Forma en el relicario, que aún no se me había dado, vi una manera de paloma que meneaba las alas con ruido. Turbóme tanto y suspendióme, que con harta fuerza tomé la Forma. Esto era todo en San José de Avila, donde también una vez entendí: Tiempo verná que en esta iglesia se hagan muchos milagros; llamarla han iglesia santa. Esto entendí en San José de Avila, año de mil quinientos y setenta y uno.

13. Estando un día pensando si tenían razón los que les parecía mal que yo saliese a fundar, y que estaría yo mejor empleándome siempre en oración, entendí: Mientras se vive, no está la ganancia en procurar gozarse más, sino en hacer mi voluntad. Parecióme a mí que, pues, San Pablo dice del encerramiento de las mujeres (que me lo han dicho ha poco, y aun antes lo había oído), que esto sería la voluntad de Dios, y díjome: Diles que no se sigan por sola una parte de la Escritura, que mi-

ren otras, y que ¿si podrán, por ventura, atarme las manos?

14. Estando yo un día, después de la octava de la Visitación, encomendando a Dios un hermano mío, en una ermita del monte Carmelo, dije al Señor (no sé si en mi pensamiento, porque está este mi hermano adonde tiene peligro su salvación): Si yo viera, Señor, un hermano vuestro en este peligro, ¿qué hiciera por remediarle? Parecíame a mí no me quedara cosa que pudiera por hacer. Díjome el Señor: ¡Oh, hija, hija! Hermanas son mías estas de la Encarnación, ¿y te detienes? Pues ten ánimo, mira que lo quiero yo, y no es tan dificultoso como te parece, y por donde piensas perderan estotras cosas, ganará lo uno y lo otro; no resistas, que es grande mi poder.

15. Estando pensando una vez en la gran penitencia que hacía una persona muy religiosa, y como yo pudiera haber hecho más (según los deseos me ha dado alguna vez el Señor de hacerla) si no fuera por obedecer a los confesores, que si sería mejor no los obedecer de aquí en adelante en eso me dijo: Eso no, hija; buen camino llevas, y seguro. ¿Ves toda la penitencia que haces? En más tengo tu obediencia.

16. Una vez estando en oración me mostró, por una manera de visión intelectual, cómo estaba el alma que está en gracia, en cuya compañía vi por visión intelectual la Santísima Trinidad, de cuya compañía venía a aquel alma un poder que señoreaba toda la tierra. Diéronseme a entender aquellas palabras de los Cantares, que dicen: *Dilectus meus descendit in horutm suum*. Mostróme también cómo está el alma que está en pecado, sin ningún poder, sino como una persona que estuviese del todo atada, y liada, y atapados los ojos, que aunque quiere ver, no puede, ni andar, ni oir, y en gran

escuridad. Hiciéronme tanta lástima las almas que están ansí, que cualquier trabajo me parece ligero por librar una. Parecióme que a entender esto, como yo lo vi, que se puede mal decir, que no era posible querer ninguno perder tanto bien, ni estar en tanto mal.

17. Estando en la Encarnación, el segundo año que tenía el priorato, octava de San Martín, estando comulgando partió la Forma el Padre fray Juan de la Cruz (que me daba el Santísimo Sacramento) para otra hermana; yo pensé que no era falta de Forma, sino que me quería mortificar, porque yo le había dicho que gustaba mucho cuando eran grandes las formas; no porque no entendía no importaba para dejar de estar entero el Señor, aunque fuese muy pequeño el pedacito. Díjome su Majestad: No hayas miedo, hija, que nadie sea parte para quitarte de mí. Dando a entender que no importaba. Entonces representóseme por visión imaginaria, como otras veces, muy en lo interior, y dióme su mano derecha y díjome: Mira este clavo, que es señal de que serás mi esposa desde hoy. Hasta ahora no lo habías merecido; de aquí adelante, no sólo como de Criador, y como de rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía; mi honra ya es tuya, y la tuya mía. Hízome tanta operación esta merced, que no podía caber en mí y quedé como desatinada, y dije al Señor: que o ensanchase mi bajeza, o no me hiciese tanta merced, porque cierto no me parecía lo podía sufrir el natural. Estuve ansí todo el día muy embebida. He sentido después gran provecho, y mayor confusión y afligimiento de ver que no sirvo en nada tan grandes mercedes.

18. Estando en el monasterio de Toledo, y aconsejándome algunos que no diese el enterramiento dél a quien no fuese caballero, díjome el Señor: Mucho te

desatinará, hija, si miras las leyes del mundo. Pon los ojos en mí, pobre y despreciado dél; ¿por ventura serán los grandes del mundo, grandes delante de mí, o habéis vosotras de ser estimadas por linajes o por virtudes?

19. Un día me dijo el Señor: Siempre deseas los trabajos, y por otra parte los rehusas; yo dispongo las cosas conforme a lo que sé de tu voluntad, y no conforme a tu sensualidad y flaqueza. Esfuérzate, pues ves lo que te ayudo; he querido que ganes tú esta corona en tus días verás muy adelantada la Orden de la Virgen. Esto entendí del Señor, mediado Febrero, año de 1571.

20. Estando en San José de Avila, víspera de Pascua del Espíritu Santo, en la ermita de Nazaret, considerando en una grandísima merced que Nuestro Señor me había hecho en tal día como éste, veinte años había, poco más o menos, me comenzó un ímpetu y hervor grande de espíritu que me hizo suspender. En este gran recogimiento entendí de Nuestro Señor lo que ahora diré: Que dijese a estos Padres descalzos, de su parte, que procurasen guardar cuatro cosas, y que mientras las guardasen, siempre iría en más crecimiento esta Religión, y cuando en ellas faltasen, entendiesen que iban menoscabando de su principio. La primera, que las cabezas estuviesen conformes. La segunda, que aunque tuviesen muchas casas, en cada una hubiese pocos frailes. La tercera, que tratasen poco con seglares, y esto para bien de sus almas. La cuarta, que enseñasen más con obras que con palabras. Esto fué año de 1579. Y porque es gran verdad, lo firmé de mi nombre,

TERESA DE JESÚS.

LIBRO LLAMADO

CAMINO DE PERFECCION

QUE ESCRIBIÓ PARA SUS MONJAS

LA

SANTA MADRE TERESA DE JESÚS

FUNDADORA

DE LOS MONASTERIOS DE LAS CARMELITAS DESCALZAS

A RUEGO DE ELLAS

Impreso conforme a los originales de mano,
enmendados por la misma Madre, y no conforme a los impresos,
en que faltaban muchas cosas
y otras andaban muy corrompidas.

ARGUMENTO GENERAL

DESTE LIBRO

Este libro trata de avisos y consejos que da la santa Madre Teresa de Jesús *a las hermanas religiosas, e hijas suyas, de los Monasterios que, con el favor de Nuestro Señor y de la gloriosa Virgen Madre de Dios, Señora nuestra, ha fundado de la regla primera de Nuestra Señora del Carmen. En especial le dirige a las hermanas del Monasterio de San José de Avila, que fué el primero donde lo escribió a fines del año de MDLXIII o principios de LXIV.*

PROTESTACIÓN

En todo lo que en él dijere me sujeto a lo que tiene la santa Iglesia romana, y si alguna cosa fuere contraria a esto, será por no lo entender. Y ansí, a los letrados que lo han de ver pido, por amor de Nuestro Señor, que, muy particularmente, lo miren y enmienden si alguna falta en esto hubiere, y otras muchas que terná en otras cosas. Si algo hubiere bueno, sea para honra y gloria de Dios y servicio de su sacratísima Madre, Patrona y Señora nuestra, cuyo hábito yo tengo, aunque harto indigna dél.

Teresa de Jesús.

Aunque en todas las impresiones que hasta ahora se han hecho se pone en esta Protestación, no se halla en los originales de la Santa.

PRÓLOGO

Sabiendo las hermanas de este monasterio de San José de Avila cómo tenía licencia del Padre Presentado fray Domingo Bañes, de la Orden del glorioso Santo Domingo (que al presente es mi confesor), para escribir algunas cosas de oración, en que parece podré atinar por haber tratado con muchas personas espirituales y santas, me han tanto importunado les diga algo della, que me he determinado a las obedecer. Viendo que el amor grande que me tienen puede hacer más aceto lo imperfeto, por mal estilo que yo les dijere, que algunos libros que están muy bien escritos, de quien sabía lo que escribió. Yo confío en sus oraciones, que podrá ser por ellas el Señor se sirva acierte a decir algo de lo que al modo y manera de vivir que se lleva en esta casa conviene, y me lo dará para que se lo dé. Y si fuere mal acertado, el Padre Presentado, que lo ha de ver primero, lo remediará o lo quemará; y yo no habré perdido nada en obedecer a estas siervas de Dios, y verán lo que tengo de mí cuando su Majestad no me ayuda. Pienso poner algunos remedios para algunas tentaciones menudas que pone el demonio (por serlo tanto, por ventura no hacen caso dellas), y otras cosas, como el Señor me diere a entender, y se me fueren acordando; que como no sé lo que he de decir, no puedo decirlo con concierto. Y creo es lo mejor no le

llevar, pues es cosa tan desconcertada hacer yo esto. El Señor ponga en todo lo que hiciere sus manos, para que vaya conforme a su voluntad, pues son estos mis deseos siempre, aunque las obras tan faltas como yo soy. Sé que no falta el amor y deseo en mí para ayudar en lo que yo pudiere, para que las almas de mis hermanas vayan muy adelante en el servicio del Señor. Y este amor, junto con los años y experiencia que tengo de algunos monasterios, podrá ser aproveche para atinar en cosas menudas más que los letrados, que por tener otras ocupaciones más importantes, y ser varones fuertes, no hacen tanto caso de cosas que en sí no parecen nada, y a cosa tan flaca como somos las mujeres, todo nos puede dañar, porque las sutilezas del demonio son muchas para las muy encerradas, que ve son menester armas nuevas para dañar. Y yo, como ruin, heme sabido mal defender, y ansí querría escarmentasen mis hermanas en mí. No diré cosas que, o en mí, o por verlas en otras, no las tenga por experiencia. Pocos días ha me mandaron escribiese cierta relación de mi vida, adonde también traté algunas cosas de oración; podrá ser no quiera mi confesor las veáis por ahora, y por esto porné aquí alguna cosa de lo que allí va dicho, y otras que también me parecerán necesarias. El Señor lo ponga por su mano, como lo he suplicado, y lo ordene para su mayor gloria. Amén.

CAPÍTULO PRIMERO

De la causa que me movió a hacer con tanta estrechura este monasterio.

Al principio que se comenzó este monasterio a fundar, por las causas que en el libro que digo tengo escrito están dichas, con algunas grandezas del Señor, en que dió a entender se había mucho de servir en esta casa, no era mi intención hubiese tanta aspereza en lo exterior, ni que fuesen sin renta, antes quisiera hubiera posibilidad para que no faltara nada. En fin, como flaca y ruin, aunque algunos buenos intentos llevaba más que mi regalo. En este tiempo vinieron a mi noticia los daños de Francia y el estrago que habían hecho estos luteranos, y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta. Dióme gran fatiga, y como si yo pudiera algo o fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Parecíame que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que allí se perdían. Y como me vi mujer, y ruin, imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor (y toda mi ansia era, y aun es, que pues tiene tantos enemigos y tan poco amigos, que esos fuesen buenos), determiné hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfeción que yo pudiese, y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mesmo, confiada en la gran bondad de Dios, que nunca falta de ayudar a quien por él se determina a dejarlo todo; y que siendo tales cuales

yo las pintaba en mis deseos, entre sus virtudes no ternían fuerza mis faltas, y podría yo contentar en algo al Señor; y que todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia, y predicadores, y letrados que la defienden, y ayudásemos en lo que pudiésemos a este Señor mío, que tan apretado le traen a los que ha hecho tanto bien, que parece le querrían tornar ahora a la cruz estos traidores, y que no tuviese adonde reclinar la cabeza.

2. ¡Oh Redentor mío, que no puede mi corazón llegar aquí sin fatigarle mucho! ¿Qué es esto ahora de los cristianos? ¿Siempre han de ser los que más os deben los que os fatiguen? ¿A los que mejores obras hacéis? ¿A los que escogéis para vuestros amigos? ¿Entre los que andáis y os comunicáis por los Sacramentos? ¿No están hartos de los tormentos que por ellos habéis pasado? Por cierto, Señor mío, no hace nada quien ahora se aparta del mundo. Pues a Vos os tienen tan poca ley, ¿qué esperamos nosotros? ¿Por ventura merecemos nosotras mejor nos la tengan? ¿Por ventura hémosles hecho mejores obras para que nos guarden amistad? ¿Qué es esto? ¿Qué esperamos ya los que por la bondad del Señor no estamos en aquella roña pestilencial, que ya aquéllos son del demonio? Buen castigo han ganado por sus manos, y bien han granjeado con sus deleites fuego eterno. Allá se lo hayan, aunque no me deja de quebrar el corazón ver tantas almas como se pierden. Mas del mal no tanto, querría no ver perder más cada día. ¡Oh hermanas mías en Cristo! Ayudadme a suplicar esto al Señor, que para eso os juntó aquí; este es vuestro llamamiento; estos han de ser vuestros negocios; estos han de ser vuestros deseos; aquí vuestras lágrimas; éstas vuestras peticiones. No, hermanas mías, por negocios acá del mundo, que yo me río y aun me con-

gojo de las cosas que aquí nos vienen a encargar supliquemos a Dios hasta pedir a su Majestad rentas y dineros, y algunas personas que querría yo suplicasen a Dios los repisasen todos; ellos buena intención tienen, y en fin, se hace por ver su devoción, aunque tengo para mí que en estas cosas nunca me oye (1). Estáse ardiendo el mundo; quieren tornar a sentenciar a Cristo, como dicen, pues le levantan mil testimonios; quieren poner su Iglesia por el suelo, y hemos de gastar tiempo en cosas que por ventura si Dios se las diese, terníamos un alma menos en el cielo. No, hermanas mías, no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia. Por cierto que si no mirase a la flaqueza humana, que se consuela que le ayuden en todo (y es bien si fuésemos algo), que holgaría se entendiese no son éstas las cosas que se han de suplicar a Dios en San José con tanto cuidado.

CAPÍTULO II

Que trata cómo se han de descuidar de las necesidades corporales, y del bien que hay en la pobreza.

1. No penséis, hermanas mías, que por no andar a contentar a los del mundo os ha de faltar de comer: yo os aseguro (2). Jamás por artificios humanos pretendáis sustentaros, que moriréis de hambre, y con razón. Los

(1) Quiere decir, que quien profesa pobreza no ha de ganar con artificios solícitos las voluntades ajenas para que le den.

(2) Quiere decir que el pedir lo temporal, y mayormente en tiempo de mayores necesidades, ha de ser cuidado muy accesorio.

LEON BIBLIOTE

ojos en vuestro esposo: él os ha de sustentar. Contento él, aunque no quieran, os darán de comer los menos vuestros devotos, como lo habréis visto por experiencia. Si haciendo vosotras esto muriédedes de hambre, bienaventuradas las monjas de San José. Esto no se os olvide por amor del Señor, pues dejáis la renta, dejá el cuidado de la comida, si no todo va perdido. Los que quiere el Señor que la tengan, tengan enhorabuena esos cuidados, que es mucha razón, pues es su llamamiento; mas nosotras, hermanas, es disbarate. Cuidado de rentas ajenas, me parece a mí sería estar pensando en lo que los otros gozan. Sí, que por vuestro cuidado no muda el otro su pensamiento, ni se le pone deseo de dar limosna. Deja ese cuidado a quien los puede mover a todos, que es el Señor de las rentas y de los renteros. Por su mandamiento venimos aquí; verdaderas son sus palabras, no pueden faltar, antes faltarán los cielos y la tierra; no le faltemos nosotras, que no hayáis miedo que falte; y si alguna vez os faltare, será para mayor bien, como faltaban las vidas a los Santos, cuando los mataban por el Señor, y era para aumentarles la gloria por el martirio. Buen trueco sería acabar presto con todo, y gozar de la hartura perdurable.

2. Mirá, hermanas, que va mucho en esto muerta yo, que para esto os lo dejo escrito, que mientras yo viviere, yo os lo acordaré, que por experiencia veo la gran ganancia; cuando menos hay, más descuidada estoy. Y sabe el Señor, que a todo mi parecer da más pena cuando mucho sobra que cuando nos falta. No sé si lo hace, como ya tengo visto, nos lo da luego el Señor. Sería engañar el mundo otra cosa, hacernos pobres no lo siendo de espíritu, sino en lo exterior. Conciencia se me haría, a manera de decir, y parecerme fa era pedir limosna las ricas, y plega a Dios no sea ansí;

que adonde hay estos cuidados demasiados, de que den, una vez u otra se irán por la costumbre, podrían ir, y pedir lo que no han menester, por ventura a quien tiene más necesidad; y aunque ellos no pueden perder nada, sino ganar, nosotras perderíamos.

3. No plega a Dios, mis hijas, cuando esto hubiere de ser, mas quisiera tuviérades renta. En ninguna manera se ocupe en esto el pensamiento, os pido por amor de Dios en limosna. Y la más chiquita, cuando esto entendiese alguna vez en esta casa, clame a su Majestad, y acuérdelo a la mayor; con humildad le diga, que va errada; y vale tanto, que poco a poco se irá perdiendo la verdadera pobreza. Yo espero en el Señor no será ansí, ni dejará a sus siervas; y para esto, aunque no sea para más, aproveche esto que me habéis mandado escribir, por despertador. Y crean mis hijas, que para vuestro bien me ha dado el Señor un poquito a entender los bienes que hay en la santa pobreza, y las que lo probaren lo entenderán, quizá no tanto como yo, porque no sólo no había sido pobre de espíritu, aunque lo tenía profesado, sino loca de espíritu. Ello es un bien que todos los bienes del mundo encierra en sí; es un señorío grande. Digo que es señorear todos los bienes dél otra vez, a quien no se le da nada dellos. ¿Qué se me da a mí de los reyes y señores, si no quiero sus rentas; ni de tenerlos contentos, si un tantico se atraviesa haber de descontentar en algo por ellos a Dios? ¿Ni qué se me da de sus honras, si tengo entendido en lo que está ser muy honrado un pobre, que es en ser verdaderamente pobre? Tengo para mí que honras y dineros casi siempre andan juntos; y que quien quiere honra, no aborrece dineros; y que quien los aborrece, se le da poco de honra?

4. Entiéndase bien esto, que me parece que esto de

honra siempre trae consigo algún interese de rentas y dineros, porque por maravilla hay honrado en el munda si es pobre, antes aunque lo sea en sí, le tienen en poco. La verdadera pobreza trae una honraza consigo, que no hay quien la sufra (la pobreza que es tomada por sólo Dios, digo), no ha menester contentar a nadie sino a él: y es cosa muy cierta, en no habiendo menester a nadie, tener muchos amigos. Yo lo tengo bien visto por experiencia; porque hay tanto escrito desta virtud, que no lo sabría yo entender, cuanto más decir; y por no la agraviar en loarla yo, no digo más en ella; sólo he dicho lo que he visto por experiencia. Y yo confieso que he ido tan embebida, que no me he entendido hasta ahora. Mas, pues, está dicho, por amor del Señor, pues son nuestras armas la santa pobreza, y lo que al principio de la fundación de nuestra Orden tanto se estimaba y guardaba en nuestros santos Padres (que me ha dicho quien lo sabe, que de un día para otro no guardaban nada); ya que tanta perfeción en lo exterior no se guarde, en lo interior procuremos tenerla. Dos horas son de vida, grandísimo el premio; y cuando no hubiera ninguno, sino cumplir lo que nos aconsejó el Señor, era grande la paga en imitar en algo a su Majestad.

5. Estas armas han de tener nuestras banderas, que de todas maneras lo queremos guardar en esta casa, en vestidos, en palabras, y mucho más en pensamiento. Y mientras esto hicieren, no hayan miedo caya la religión desta casa, con el favor de Dios, que como decía Santa Clara, grandes muros son los de la pobreza. Desto, decía ella, y de humildad quería cercar sus monasterios; y a buen seguro, si se guarda de verdad, que esté la honestidad y todo lo demás fortalecido mucho mejor que con muy suntuosos edificios. Desto se guarden por

amor de Dios, y por su sangre se lo pido yo; y si con conciencia puedo decir que el día que tal hicieren se torne a caer la casa, que las mate a todas, yendo con buena conciencia, lo digo, y lo suplicaré a Dios. Muy mal parece, hijas mías, de la hacienda de los pobrecitos se hagan grandes casas. No lo permita Dios, sino pobre en todo, y chica. Parezcámonos en algo a nuestro Rey, que no tuvo casa sino en el Portal de Belén, adonde nació, y la Cruz adonde murió. Casas eran éstas adonde se podía tener poca recreación. ¡Oh, los que las hacen grandes! Ellos se entenderán llevan otros intentos santos; mas trece pobrecitas cualquier rincón les basta. Si (porque es menester por el mucho encerramiento) tuvieron campo (y aun ayuda a la oración y devoción), con algunas ermitas para apartarse a orar, enhorabuena; mas edificios, ni casa grande, ni curioso, nada. Dios nos libre. Siempre os acordá se ha de caer todo el día del juicio, ¿qué sabemos si será presto? Pues hacer mucho ruido al caerse casa de trece pobrecillas, no es bien, que los pobres verdaderos no han de hacer ruido; gente sin ruido han de ser, para que los hayan lástima. Y cómo se holgarán, si ven alguno por la limosna que les ha hecho librarse del infierno, que todo es posible; porque están muy obligadas a rogar por ellos muy continuamente, pues os dan de comer. Que también quiere el Señor que, aunque viene de su parte, que también le agradezcamos a las personas por cuyo medio nos lo da; y desto no haya descuido. No sé lo que había comenzado a decir, que me he divertido; creo lo ha querido el Señor, porque nunca pensé escribir lo que aquí he dicho. Su Majestad nos tenga siempre de su mano para que no se caya dello. Amén.

CAPITULO III

Prosigue lo que en el primero comenzó a tratar, y persuade a las hermanas a que se ocupen siempre en suplicar a Dios favorezca a los que trabajan por la Iglesia; acaba con una exclamación.

1. Tornando a lo principal, para lo que el Señor nos juntó en esta casa (y por lo que yo mucho deseo seamos algo), para que contentemos a su Majestad, digo que, viendo tan grandes males, que fuerzas humanas no bastan a atajar este fuego destos herejes, que va tan adelante, hame parecido es menester, como cuando los enemigos en tiempo de guerra han corrido toda la tierra, y viéndose el Señor della apretado, se recoge a una ciudad que hace muy bien fortalecer, y desde allí acaece algunas veces dar en los contrarios, y ser tales los que están en la ciudad, como es gente escogida, que pueden más ellos á solas que con muchos soldados, si eran cobardes, pudieron; y muchas veces se gana desta manera victoria; al menos aunque no se gane, no los vencen, porque como no haya traidor, si no es por hambre, no los pueden ganar. Acá esta hambre no la puede haber que baste a que se rindan; a morir, sí, mas no a quedar vencidos. Mas ¿para qué he dicho esto? Para que entendáis, hermanas mías, que lo que hemos de pedir a Dios es que en este castillo que hay ya de buenos cristianos, no se nos vaya ya ninguno con los contrarios; y a los capitanes deste castillo o ciudad los haga muy aventajados en el camino del Señor, que son los predicadores y teólogos.

Y pues los más están en las religiones, que vayan muy adelante en su perfeción y llamamiento, que es

muy necesario, que ya, como tengo dicho, nos ha de valer el brazo eclesiástico, y no el seglar. Y pues ni en lo uno ni en lo otro valemos nada para ayudar a nuestro Rey, procuremos ser tales, que valgan nuestras oraciones para ayudar a estos siervos de Dios, que con tanto trabajo se han fortalecido con letras y buena vida, y trabajado para ayudar ahora al Señor. Podrá ser digáis, ¿que para qué encarezco tanto esto, y digo hemos de ayudar a los que son mejores que nosotras? Yo os lo diré: porque aún no creo entendéis bien lo mucho que debéis al Señor en traeros adonde tan quitadas estáis de negocios, y ocasiones, y tratos. Es grandísima merced ésta, lo que no están los que yo digo, ni es bien que estén en estos tiempos, menos que en otros, porque han de ser los que esfuercen la gente flaca, y pongan ánimo a los pequeños. Buenos quedaban los soldados sin capitanes. Han de vivir entre los hombres, y tratar con los hombres, y estar en los palacios, y aun hacerse algunas veces con ellos en lo exterior.

2. ¿Pensáis, hijas mías, que es menester poco para tratar con el mundo, y vivir en el mundo, y tratar negocios del mundo, y hacerse, como he dicho, a la conversación del mundo, y ser en lo interior extraños del mundo, y enemigos del mundo, y estar como quien está en destierro, y, en fin, no ser hombre, sino ángeles? Porque a no ser esto ansí, ni merecen nombre de capitanes, ni permita el Señor salgan de sus celdas, que mas daño harán que provecho; porque no es ahora tiempo de ver imperfeciones en los que han de enseñar; y si en lo interior no están fortalecidos en entender lo mucho que va en tenerlo todo debajo de los pies, y estar desasidos de las cosas que se acaban, y asidos a las eternas, por mucho que lo quieran encubrir han de dar

señal. Pues con quien lo han sino con el mundo, no hayan miedo se lo perdone, ni que ninguna imperfeción deje de entender. Cosas buenas muchas se les pasarán por alto, y aun por ventura no las ternán por tales, mas mala o imperfeta, no hayan miedo.

3. Ahora yo me espanto quién les muestra la perfeción, no para guardarla (que desto ninguna obligación les parece tienen; harto les parece hacen si guardan razonablemente los mandamientos), sino para condenar; y a las veces, lo que es virtud les parece regalo. Ansí que no penséis es menester poco favor de Dios para esta gran batalla adonde se meten, sino grandísimo. Para estas dos cosas os pido yo procuréis ser tales que merezcamos alcanzarlas de Dios. La una, que haya muchos de los muy muchos letrados y religiosos que hay que tengan las partes que son menester para esto, como he dicho, y a los que no están muy dispuestos los disponga el Señor, que más hará uno perfeto que muchos que no lo estén. La otra, que después de puestos en esta pelea (que como digo, no es pequeña), los tenga el Señor de su mano para que puedan librarse de tantos peligros como hay en el mundo, y tapar los oídos en este peligroso mar del canto de las sirenas. Y si en esto podemos algo con Dios, estando encerradas peleamos por él, y daré yo por muy bien empleados los trabajos que he pasado por hacer este rincón, adonde también pretendí se guardase esta regla de Nuestra Señora y Emperadora, con la perfeción que se comenzó. No os parezca inútil ser contina esta petición, porque hay algunas personas que les parece recia cosa no rezar mucho por su alma; ¿y qué mejor oración que ésta? Si tenéis pena porque no se os descontará la pena del purgatorio, también se os quitará por esta oración, y lo que más faltare, falte. ¿Qué va en que esté yo has-

ta el día del Juicio en el purgatorio, si por mi oración se salvase sola un alma, cuanto más el provecho de muchas y la honra del Señor? De penas que se acaban no hagáis caso dellas cuando interviniere algún servicio mayor al que tantas pasó por nosotros. Siempre os informa lo que es más perfeto, pues como os rogaré mucho y daré las causas, siempre habéis de tratar con letrados. Ansí que os pido por el amor del Señor pidáis a su Majestad nos oya en esto. Yo, aunque miserable, lo pido a su Majestad, pues es para gloria suya y bien de su Iglesia, que aquí van mis deseos.

4. Parece atrevimiento pensar yo he de ser alguna parte para alcanzar esto. Confío yo, Señor mío, en estas siervas vuestras que aquí están, que veo y sé no quieren otra cosa, ni la pretenden, sino contentaros. Por Vos han dejado lo poco que tenían, y quisieran tener más para serviros con ello. Pues no sois Vos, Criador mío, desagradecido, para que piense yo dejaréis de hacer lo que os suplican; ni aborrecisteis, Señor, cuando andábades en el mundo las mujeres; antes las favorecisteis siempre con mucha piedad. Cuando os pidiéremos honras, no nos oyáis, o rentas, o dineros, o cosa que sepa a mundo; más para honra de vuestro Hijo, ¿por qué no nos habéis de oir, Padre eterno, a quien perdería mil honras y mil vidas por Vos? No por nosotras, Señor, que no lo merecemos, sino por la sangre de vuestro Hijo y sus merecimientos. ¡Oh Padre eterno! Mira que no son de olvidar tantos azotes e injurias, y tan gravísimos tormentos. Pues, Criador mío, ¿cómo pueden sufrir unas entrañas tan amorosas como las vuestras, que lo que se hizo con tan ardiente amor de vuestro Hijo, y por más contentaros a Vos que mandastes nos amase, sea tenido en tan poco como hoy día tienen esos herejes el Santísimo Sacramento, que le quitan sus

posadas, deshaciendo las iglesias? Si le faltara algo por hacer para contentaros, mas todo lo hizo cumplido. ¿No bastaba, Padre eterno, que no tuvo adonde reclinar la cabeza mientras vivió, y siempre en trabajos, sino que ahora las que tiene para convidar sus amigos, por vernos flacos, y saber que es menester, que los que han de trabajar se sustenten de tal manjar, se las quiten? ¿Ya no había pagado bastantísimamente por el pecado de Adán? Siempre que tornamos a pecar, ¿lo ha de pagar este amantísimo Cordero? No lo permitáis, Emperador mío; apláquese ya vuestra Majestad, no miréis a los pecados nuestros, sino a que nos redimió vuestro sacratísimo Hijo, y a los merecimientos suyos, y de su Madre gloriosa, y de tantos Santos y mártires como han muerto por Vos. ¡Ay, dolor, Señor mío, y quién se ha atrevido a hacer esta petición en nombre de todos! ¡Qué mala tercera, hijas mías, para ser oídas, y que echase por vosotras la petición! ¿Si ha de indignar más a este soberano juez verme tan atrevida? Y con razón y justicia. Mas mira, Señor, que ya sois Dios de misericordia, habedla desta pecadorcilla, gusanillo que ansí se os atreve. Mira, Dios mío, y las lágrimas con que esto os suplico, y olvidad mis obras por quien Vos sois, y habed lástima de tantas almas como se pierden, y favoreced vuestra Iglesia. No permitáis ya más daños en la cristiandad, Señor; dad ya luz a estas tinieblas.

5. Pídoos yo, hermanas mías, por amor del Señor, encomendéis a su Majestad esta pobrecilla, y le supliquéis la dé humildad, como cosa que tenéis obligación. No os encargo particularmente los reyes y perlados de la Iglesia, en especial nuestro Obispo; veo a las de ahora tan cuidadosas dello, que ansí me parece no es menester. Mas vengan las que vinieren, que teniendo santo perlado, lo serán las súbditas, y como cosa tan impor-

tante la poned siempre delante del Señor. Y cuando vuestras oraciones y deseos, y disciplinas y ayunos, no se emplearen por esto que he dicho, pensá que no hacéis ni cumplís el fin para que aquí os juntó el Señor.

CAPÍTULO IV

En que se persuade la guarda de la regla, y de tres cosas importantes para la vida espiritual.

1. Ya, hijas, habéis visto la gran empresa que pretendemos ganar; ¿qué tales habremos de ser para que en los ojos de Dios y del mundo no nos tengan por muy atrevidas? Está claro que hemos menester trabajar mucho, y ayuda mucho tener altos pensamientos para que nos esforcemos a que lo sean las obras, pues con que procuremos guardar cumplidamente nuestra regla y constituciones con gran cuidado, espero en el Señor admitirá nuestros ruegos. Que no os pido cosa nueva, hijas mías, sino que guardemos nuestra profesión, pues es nuestro llamamiento y a lo que estamos obligadas, aunque de guardar a guardar va mucho.

2. Dice en la primera regla nuestra que oremos sin cesar; con que se haga esto con todo el cuidado que pudiéremos, que es lo más importante, no se dejarán de cumplir los ayunos, disciplinas y silencio que manda la Orden. Porque ya sabéis que para ser la oración verdadera se ha de ayudar con esto; que regalo y oración no se compadecen. En esto de oración es lo que me habéis pedido diga alguna cosa, y lo dicho hasta ahora para en pago de lo que dijere, os pido yo cumpláis y leáis muchas veces de muy buena gana. Antes que diga de lo interior, que es la oración, diré algunas cosas que son necesarias tener las que pretenden llevar camino

de oración, y tan necesarias que con ellas, sin ser muy contemplativas, podrán estar muy adelante en el servicio del Señor; y es imposible, si no las tienen, ser muy contemplativas, y cuando pensaren lo son, están muy engañadas. El Señor me dé el favor para ello y me enseñe lo que tengo de decir, porque sea para su gloria. Amén.

3. No penséis, amigas y hermanas mías, que serán muchas las cosas que os encargaré, porque plega al Señor hagamos las que nuestros santos Padres ordenaron y guardaron, porque por este camino merecieron este nombre; yerro sería buscar otro ni deprenderle de nadie. Solas tres me extenderé en declarar que son de la mesma constitución, porque importa mucho entendamos lo muy mucho que nos va en guardarlas para tener la paz, que tanto nos encomendó el Señor, interior y exteriormente. La una, es amor a unas con otras. La otra, desasimiento de todo lo criado. La otra, verdadera humildad; que aunque la digo a la postre, es muy principal y las abraza todas. Cuanto a la primera, que es amaros mucho unas a otras, va muy mucho, porque no hay cosa enojosa que no se pase con facilidad en los que se aman, y recia ha de ser cuando dé enojo. Y si este mandamiento se guardase en el mundo como se ha de guardar, creo aprovecharía mucho para guardar los demás, sino que por más o por menos nunca acabamos de guardarle con perfeción.

4. Parece que lo demasiado entre nosotras no puede ser malo, y trae tanto mal y tantas imperfeciones consigo, que no creo lo creerán sino los que han sido testigos de vista. Aquí hace el demonio muchos enredos, que en conciencias que tratan groseramente de contentar a Dios se sienten poco y les parece virtud; y las que tratan de perfeción lo entienden mucho, porque

poco a poco quita la fuerza a la voluntad para que del todo se emplee en amar a Dios. Y en mujeres creo debe ser esto aún más que en hombres, y hace daños para la Comunidad muy notorios; porque de aquí viene el no se amar tanto todas, el sentir el agravio que se hace a la amiga, el desear tener para regalarla, el buscar tiempo para hablarla y muchas veces más para decirle lo que la quiere, y otras cosas impertinentes, que lo que ama a Dios, porque estas amistades grandes pocas veces van ordenadas a ayudarse a amar más a Dios; antes creo las hace comenzar el demonio para comenzar bandos en las Religiones; que cuando es para servir a su Majestad, luego se parece que no va la voluntad con pasión, sino procurando ayuda para vencer otras pasiones. Y destas amistades querría yo muchas donde hay gran convento, que en esta casa, que no son más de trece (ni lo han de ser), aquí todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar; y guárdense destas particularidades, por amor del Señor, por santas que sean, que aun entre hermanos suele ser ponzoña, y ningún provecho en ello veo; y si son deudos, muy peor: es pestilencia. Y créanme, hermanas, que aunque os parezca que este es extremo, en él está gran perfeción y gran paz, y se quitan muchas ocasiones a las que no están muy fuertes; sino que si la voluntad se inclinare más a una que a otra (que no podrá ser menos, que es natural, y muchas veces nos lleva a amar lo más ruin, si tiene más gracias de naturaleza), que nos vamos mucho a la mano, a no nos dejar enseñorear de aquella afición.

5. Amemos las virtudes y lo bueno interior, y siempre con estudio trayamos cuidado de apartarnos de hacer caso desto exterior. No consintamos, oh hermanas, que sea esclava de nadie nuestra voluntad, sino del que

la compró por su sangre; miren que sin entender cómo se hallarán asidas que no se pueden valer. ¡Oh, válame Dios! Las niñerías que vienen de aquí no tienen cuento; y porque son tan menudas que sólo las que lo ven lo entenderán y creerán, no hay para qué las decir aquí. Y porque no se entiendan tantas flaquezas de mujeres y no deprendan las que no saben, no las quiero decir por menudo. Mas cierto a mí me espantan algunas veces verlas, que yo por la bondad de Dios en este caso jamás me así mucho; mas como digo, vilo muchas veces, y en los más monasterios temo que pasa, porque en algunos lo he visto y sé que para mucha religión y perfeción es malísima cosa en todas, y en las perladas sería pestilencia; esto ya está dicho. Mas en atajar estas parcialidades es menester gran cuidado desde el principio que se comienza la amistad, y esto más con industria y amor que con rigor. Para remedio desto es gran cosa no estar juntas sino las horas señaladas, ni hablarse conforme a la costumbre que ahora llevamos, que es no estar juntas, como manda la Regla, sino cada una apartada en su celda. Líbrense en San José de tener casa de labor, porque aunque es loable costumbre, con más facilidad se guarda el silencio cada una por sí. Y acostumbrarse a soledad es gran cosa para la oración, y pues éste ha de ser el cimiento desta casa, y a esto nos juntamos más que a otra cosa, es menester traer estudio en aficionarnos a lo que a esto más nos ayuda.

6. Tornando a el amarnos unas a otras, parece cosa impertinente encomendarlo; porque ¿qué gente hay tan bruta, que tratándose siempre y estando en compañía, y no habiendo de tener otras conversaciones ni otros tratos ni recreaciones con personas de fuera de casa, y creyendo las ama Dios y ellas a Él (pues por su Majes-

tad lo dejan todo), que no cobre amor? En especial, de la virtud siempre convida a ser amada, y ésta, con el favor de Dios (espero yo en su Majestad), siempre la habrá en las desta casa. Ansí que en esto no hay que encomendar mucho, a mi parecer, en cómo ha de ser este amarse, y qué cosa es amor virtuoso el que yo deseo haya aquí, y en qué veremos tenemos esta grandísima virtud (que es bien grande, pues Nuestro Señor tanto nos la encomendó, y tan encargadamente a sus Apóstoles); desto querría yo decir ahora un poquito conforme a mi rudeza. Y si en otros libros tan menudamente lo halláredes, no toméis nada de mí, que por ventura no sé lo que digo.

7. De dos maneras de amor es lo que trato: una es puro espiritual, porque ninguna cosa parece toca a la sensualidad, ni la ternura de nuestra naturaleza, de manera que quite su puridad. Otra es espiritual, y que junto con ella nuestra sensualidad y flaqueza, y es buen amor, y que parece lícito como el de los deudos y amigos. Deste ya queda algo dicho. Del que es espiritual, sin que entrevenga pasión ninguna, quiero ahora hablar; porque en habiéndola va todo desconcertado este concierto; si con templanza y discreción tratamos el amor que tengo dicho, va todo meritorio; porque lo que nos parece sensualidad se torna en virtud, sino que va tan entremetido, que a veces no hay quien lo entienda, en especial si es algún confesor; que personas que tratan oración, si le ven santo, y las entiende la manera de proceder, tómase mucho amor. Y aquí da el demonio gran batería de escrúpulos que desasosiega el alma harto, que esto pretende él; en especial si el confesor la trae a más perfeción, apriétala tanto, que le viene a dejar, y no la deja con uno ni con otro.

8. Lo que en esto pueden hacer es procurar no ocu-

par el pensamiento en si quieren o no quieren, sino si quieren, quieran; porque pues cobramos amor a quien nos hace algunos bienes al cuerpo, quien siempre procura y trabaja de hacerlos al alma, ¿por qué no le hemos de querer? Antes tengo por gran principio de aprovechar mucho tener amor al confesor, si es santo y espiritual, y veo que pone mucho en aprovechar mi alma; porque es tal nuestra flaqueza, que algunas veces nos ayuda mucho para poner por obra cosas muy grandes en servicio de Dios. Si no es tal como he dicho, aquí está el peligro, y puede hacer grandísimo daño entender el que le tienen voluntad, y en casas muy encerradas, mucho más que en otras. Y porque con dificultad se entenderá cuál es tan bueno, es menester gran cuidado y aviso. Porque decir que no entienda él que hay voluntad y que se lo digan, esto sería lo mejor; mas aprieta el demonio de arte y no da ese lugar, porque todo cuanto tuviere que confesar le parecerá es aquello, y que está obligada a confesarlo. Por esto querría yo creyesen no es nada, ni hiciesen caso de ello. Lleven este aviso si en el confesor entendieren que todas sus pláticas son para aprovechar su alma, y no le vieren ni entendieren otra vanidad (que luego se entiende a quien no se quiere hacer boba) y le entendieren temeroso de Dios, por ninguna tentación que ellas tengan de mucha afición se fatiguen, sino desprécienla y aparten la vista della, que de que el demonio se canse, se les quitará.

Mas si en el confesor se entendiere va encaminado a alguna vanidad, todo lo tengan por sospechoso, y en ninguna manera, aunque sean pláticas buenas las que tengan con él, sino con brevedad confesarse y concluir. Y lo mejor sería decir a la perlada que no se halla bien su alma con él, y mudarle; esto es lo más acertado si se

puede hacer sin tocarle en la honrâ. En caso semejante, y otros que podría el demonio en cosas dificultosas enredar, y no se sabe qué consejo tomar, lo más acertado será procurar hablar a alguna persona que tenga letras (que habiendo necesidad, dase libertad para ello), y confesarse con él, y hacer lo que dijere en el caso. Porque ya que no se puede dejar de dar algún medio, podríase errar mucho. Y ¿cuántos yerros pasan en el mundo por no hacer las cosas con consejo, en especial en lo que toca a dañar a nadie? Dejar de dar algún medio, no se sufre, porque cuando el demonio comienza por aquí, no es por poco, si no se ataja con brevedad. Y ansí, lo que tengo dicho de procurar hablar con otro confesor, es lo más acertado si hay disposición (y espero en el Señor sí habrá), y poner lo que pudieren en no tratar con él, aunque sientan la muerte.

Miren que va mucho en esto, que es cosa peligrosa, y un infierno y daño para todas. Y digo que no aguarden a entender mucho mál, sino que al principio le atajen por todas las vías que pudieren y entendieren; con buena conciencia lo pueden hacer. Mas espero yo en el Señor no permitirá que persona que han de tratar siempre en oración puedan tener voluntad sino a quien sea muy siervo de Dios, que esto es muy cierto, o lo es que no tienen oración ni perfeción, conforme a lo que aquí se pretende; porque si no ven que entiende su lenguaje y es aficionado a hablar en Dios, no le podrán amar, porque no es su semejante. Si lo es, con las poquísimas ocasiones que aquí habrá, o será muy simple o no querrá desasosegarse y desasosegar las siervas de Dios. Ya que he comenzado a hablar en esto, que, como he dicho, es todo o el mayor daño que el demonio puede hacer a monasterios encerrados, y muy tardío en entenderse, y ansí se puede ir estragando la perfeción sin

saber por dónde; porque si éste quiere dar lugar a la vanidad, por tenerla él, lo hace todo poco aun para las otras. Dios nos libre, por quien su Majestad es, de cosas semejantes. A todas las monjas bastan a turbar, porque sus conciencias les dice al contrario de lo que el confesor, y si las aprietan en que tengan uno sólo, no saben qué hacer, ni cómo se sosegar; porque quien lo había de quietar y remediar es quien hace el daño. Hartas aflicciones destas debe haber en algunas partes; háceme gran lástima, y ansí no os espantéis ponga mucho cuidado en daros a entender este peligro.

CAPITULO V

Prosigue en los confesores, dice lo que importa sean letrados.

1. No dé el Señor a probar a nadie en esta casa el trabajo que queda dicho, por quien su Majestad es, de verse alma y cuerpo apretados. O que si la perlada está bien con el confesor, que ni a él della, ni a ella dél, no osan decir nada. Aquí verná la tentación de dejar de confesar pecados muy graves por miedo las cuitadas de no estar en desasosiego. ¡Oh, válame Dios, qué daño puede hacer aquí el demonio, y qué caro les cuesta el negro apretamiento y honra, que porque no tratan más de un confesor, piensan granjean gran cosa de religión y honra del monasterio, y ordena por esta vía el demonio coger las almas, como no puede por otra! Si las tristes piden otro, luego parece va perdido el concierto de la religión; o que si no es de la Orden, aunque sea un santo, aun en tratar con él les parece hacen afrenta a toda la Orden. Alabá mucho, hijas, a Dios por esta libertad que ahora tenéis; que aunque no ha de ser para

con muchos, podéis tratar con algunos, aunque no sean los ordinarios confesores que os den luz para todo. Y esta mesma libertad santa pido yo por amor del Señor a la que estuviere por mayor; procure siempre con el Obispo o provincial, que, sin los confesores ordinarios, procure algunas veces tratar ella, y todas, y comunicar sus almas con personas que tengan letras, en especial si los confesores no las tienen, por buenos que sean. Dios las libre, por espíritu que uno les parezca tenga (y en hecho de verdad le tenga), regirse en todo por él si no es letrado. Son gran cosa letras para dar en todo luz. Será posible hallar lo uno y lo otro junto en algunas personas; y mientras más merced el Señor os hiciere en la oración, es menester más ir bien fundadas sus obras, y oración.

2. Ya sabéis que la primera piedra ha de ser buena conciencia, y con todas vuestras fuerzas libraros aun de pecados veniales, y seguir los más perfetos. Parecerá que esto cualquier confesor lo sabe, y es engaño. A mí me acaeció tratar con uno cosas de conciencia, que había oído todo el curso de Teología, y me hizo harto daño en cosas que me decía no era nada; y sé que no pretendía engañarme, ni tenía para qué, sino que no supo más; y con otros dos o tres sin éste me acaeció. Este tener verdadera luz para guardar la ley de Dios con perfeción, es todo nuestro bien: sobre éste asienta bien la oración; sin este cimiento fuerte todo el edificio va falso, ansi que gente de espíritu y letras han menester tratar. Si el confesor no pudieren lo tenga todo, a tiempo procurar otros; y si por ventura las ponen precepto, no se confiesen con otros; sin confesión traten su alma con personas semejantes a lo que he dicho. Atrévome más a decir: que aunque el confesor lo tenga todo, algunas veces se haga lo que digo, porque

ya puede ser él se engañe, y es bien no se engañen todas por él, procurando siempre no se haga cosa contra la obediencia, que medios hay para todo, y vale mucho un alma para que procuren por todas maneras su bien, cuanto más las de muchas.

3. Todo esto que he dicho toca a la perlada, y ansí la torno a pedir que pues aquí no se pretende tener otra consolación sino la del alma, procure en esto su consolación; que hay diferentes caminos por donde lleva Dios, y no por fuerza los sabrá todos un confesor; que yo aseguro no les falten personas santas que quieran tratarlas y consolar sus almas, si ellas son las que han de ser, aunque seáis pobres; que el que las sustenta los cuerpos despertará y porná voluntad a quien con ella dé luz a sus almas, y remédiase este mal, que es el que más yo temo; que cuando el demonio tentase al confesor en engañarle en alguna doctrina, como vea trata otros, iráse a la mano, y mirará mejor en todo lo que hace. Quitada esta entrada al demonio, yo espero en Dios no la terná en esta casa; y ansí pido por amor del Señor al Obispo, o Perlado que fuere, que deje a las hermanas esta libertad, y que cuando las personas fueren tales que tengan letras y bondad (que luego se entienden en lugar tan chico como éste), no las quite que algunas veces se confiesen con ellos, aunque haya confesores, que pará muchas cosas sé que conviene, y que el daño que puede haber es ninguno en comparación del grande, y disimulado, y casi sin remedio que hay en lo otro. Que esto tienen los monasterios, que el bien cáese presto si con gran cuidado no se guarda, y el mal, si una vez se comienza, es dificultosísimo de quitarse, y muy presto la costumbre se hace hábito de cosas imperfetas.

4. Esto que aquí he dicho téngolo visto y entendido

y tratado con personas doctas y santas, que han mirado lo que más convenía a esta casa, para que la perfeción della fuese adelante. Y entre los peligros (que en todo los hay mientras vivimos), éste hallaremos ser el menor, y que nunca haya Vicario que tenga mano de entrar, y mandar, y salir, ni confesor que tenga esa libertad, sino que éstos sean para celar el recogimiento y honestidad de la casa, y aprovechamiento interior y exterior, para decirlo al Perlado cuando hubiere falta, mas que no sea el superior. Y esto es lo que se hace ahora, y no por sólo mi parecer, porque el Obispo que ahora tenemos, debajo de cuya obediencia estamos (que por causas muchas que hubo no se dió la obediencia a la Orden), que es persona amiga de toda religión y santidad, gran siervo de Dios (llámase don Alvaro de Mendoza, de gran nobleza de linaje y muy aficionado a favorecer a esta casa de todas maneras), hizo juntar personas de letras, y espíritu, y experiencia para este punto, y se vino a determinar esto después de harta oración de muchas personas y mía, aunque miserable. Razón será que los perlados que vinieren se lleguen a este parecer, pues por tan buenos está determinado y con hartas oraciones pedido al Señor alumbrase lo mejor, y a lo que se entiende hasta ahora, cierto esto lo es. El Señor sea servido llevarlo siempre adelante como más sea para su gloria. Amén.

CAPITULO VI

Torna a la materia que comenzó del amor perfeto.

1. Harto me he divertido, mas importa tanto lo que queda dicho, que quien lo entendiere no me culpará. Tornemos ahora al amor que es bueno y lícito que nos

tengamos. Del que digo es puro espiritual, no sé si sé lo que me digo, al menos paréceme no es menester mucho hablar en él, porque temo le tienen pocas; a quien el Señor se le hubiere dado, alábele mucho, porque debe ser grandísima perfeción. En fin, quiero tratar algo dél; por ventura hará algún provecho, que poniéndonos delante de los ojos la virtud, aficiónase a ella quien la desea y pretende ganar. Plega a Dios yo sepa entenderle, cuantimás decirle que ni creo sé cuál es espiritual, ni cuándo se mezcla sensual, ni sé cómo me pongo a hablar en ello. Es como quien oye hablar desde lejos, que no entiende lo que dicen; ansí soy yo, que algunas veces no debo entender lo que digo, y quiere el Señor sea bien dicho; si otras fuere dislate, es lo más natural a mí no acertar en nada.

2. Paréceme ahora a mí, que cuando una persona, allegándola Dios a claro conocimiento de lo que es el mundo, y que hay otro mundo, y la diferencia que hay de lo uno a lo otro, y que lo uno es eterno y lo otro soñado, y qué cosa es amar al Criador, o a la criatura (esto visto por experiencia, que es otro negocio que sólo pensarlo y creerlo), y ver, y probar qué se gana con lo uno y se pierde con lo otro, y qué cosa es Criador, y qué cosa es criatura, y otras muchas cosas que el Señor enseña con verdad y claridad a quien se quiere dar a ser enseñado dél en la oración, o a quien su Majestad quiere; que aman muy diferentemente de los que no hemos llegado aquí. Podrá ser, hermanas, que os parezca impertinente tratar en esto, y que digáis que estas cosas que he dicho todas las sabéis. Plega al Señor sea ansí, que lo sepáis de la manera que hace al caso, imprimiéndolo en las entrañas. Pues si lo sabéis, veréis que no miento en decir que a quien el Señor llega aquí, tiene este amor. Son estas personas (las que

Dios llega a este estado) almas generosas, almas reales. No se contentan con amar cosa tan ruin como estos cuerpos, por hermosos que sean, por muchas gracias que tengan, bien que aplace a la vista, y alaban al Criador; mas para detenerse en ello, no. Digo detenerse de manera que por estas cosas le tengan amor; parecerles ía que aman cosa sin tomo, y que se ponen a querer sombra, correrse ían de sí mesmos, y no ternían cara sin gran afrenta suya para decir a Dios que le aman.

3. Diréisme: esos tales no sabrán querer, ni pagar la voluntad que les tuviere. Al menos dáseles poco de que se la tengan, y ya que de presto algunas veces el natural lleva a holgarse de ser amados, en tornando sobre sí, ven que es disbarate, si no son personas que han de aprovechar a su alma con doctrina o con oración. Todas las otras voluntades les cansan, que entienden les hacen ningún provecho, y les podrían dañar: no porque las dejan de agradecer y pagar con encomendarlos a Dios, tomándolo como cosa que echan cargo al Señor los que las aman, que entienden viene de allí. Porque en sí no les parece que hay que querer, y luego les parece las quieren, porque las quiere Dios, y dejan a su Majestad lo pague, y se lo suplican, y con esto quedan libres y paréceles que no les toca. Y bien mirado, si no es con las personas que digo, que nos pueden hacer bien para ganar bienes perfetos, yo pienso algunas veces cuán gran ceguedad se trae en este querer que nos quieran.

4. Ahora noten que como en el amor, cuando de alguna persona le queremos, siempre pretendemos algún interese de provecho y contento nuestro, y estas personas perfetas ya tienen debajo de los pies todos los bienes que en el mundo les puedan hacer, y los regalos, y

los contentos, y están de suerte que, aunque ellas quieran, a manera de decir, no le pueden tener, que lo sea fuera de con Dios, y en tratar de Dios, no hallan qué provecho les pueda venir de ser amadas, y ansí, no curan de serlo. Y como se les representa esta verdad, de sí mesmos se ríen de la pena que algún tiempo les ha dado, si era pagada o no su voluntad; que aunque sea buena la voluntad, luego nos es muy natural querer ser pagada. Venida a cobrar esta paga, es en pajas, que todo es aire, y sin tomo, que se lo lleva el viento; porque cuando mucho nos hayan querido, ¿qué es esto que nos queda? Ansí que si no es para provecho de su alma con las personas que tengo dichas, porque ven ser tal nuestro natural, que si no hay algún amor luego se cansa, no se les da más ser queridas que no. Pareceros ha que estos tales no quieren a nadie, ni saben sino a Dios. Mucho más quieren, y con más verdadero amor, y más provechoso, y con más intensión; en fin, es amor. Y estas tales almas son siempre aficionadas a dar mucho más que no a recibir, y aun con el mesmo Criador les acaece eso. Esto digo, que merece este nombre de amor, que estotras aficiones bajas le tienen usurpado el nombre.

5. También os parecerá que si no aman por las cosas que ven, ¿que a qué se aficionan? Verdad es que lo que ven aman, y a lo que oyen se aficionan; mas estas cosas que ven son estables. Luego éstos si aman, pasan por los cuerpos, y ponen los ojos en las almas, y miran si hay en qué amar; y si no lo hay, y ven algún principio o disposición, para que si cavan hallarán oro en esta mina; si la tienen amor, no les duele el trabajo. Ninguna cosa se les pone delante que de buena gana no la hiciesen por el bien de aquella alma, porque desean durar en amarla, y saben muy bien que si no tiene

bienes y ama mucho a Dios, que es imposible. Y digo que es imposible, aunque más la obligue y se muera queriéndola, y le haga todas las buenas obras que pueda, y tenga todas las gracias de naturaleza juntas, no terná fuerza de voluntad ni la podrá hacer estar con asiento. Ya sabe y tiene experiencia de lo que es todo, no le echará dado falso.

Ve que no son para en uno, y que es imposible durar el quererse el uno al otro; porque es amor que se ha de acabar con la vida, si el otro no va guardando la ley de Dios, y entiende que no le ama, y que han de ir a diferentes partes. Y este amor, que sólo acá dura, alma destas a quien el Señor ha infundido verdadera sabiduría no le estima en más de lo que vale ni en tanto; porque para los que gustan de gustar de cosas del mundo, deleites, honras y riquezas, algo valdrá si es rico, o tiene partes para dar pasatiempo y recreación; mas quien todo esto aborrece, ya poco o nada se le dará de aquéllo. Ahora, pues, aquí sí tiene amor, es la pasión por hacer esta alma ame a Dios para ser amada dél (porque, como digo, sabe que no ha de durar en quererla de otra manera, y que es amor muy a su costa), no deja de poner todo lo que puede porque se aproveche; perdería mil vidas por un pequeño bien suyo. ¡Oh precioso amor que va imitando al capitán del amor, Jesús nuestro bien!

CAPITULO VII

En que se trata de la mesma materia de amor espiritual, y de algunos avisos para ganarle.

1. Es cosa extraña, que apasionado amor es este. ¡Qué lágrimas cuestas! ¡Qué penitencias y oración! ¡Qué

cuidado de encomendar a todos lo que piensa le ha de aprovechar con Dios, para que se le encomienden! ¡Qué deseo ordinario, un no traer contento si no le ve aprovechar! Pues si le parece está mejorado, y le ve que torna algo atrás, no parece ha de tener placer en su vida: ni come, ni duerme, sino con este cuidado, siempre temerosa, si alma que tanto quiere se ha de perder, y si se han de apartar para siempre (que la muerte de acá no la tiene en nada) que no quiere asirse a cosa que en soplo se le va de entre las manos sin poderla asir. Es, como he dicho, amor sin poco ni mucho de interese propio; todo lo que desea y quiere es ver rica aquella alma de bienes del cielo. Esta sí es voluntad, y no estos quereres de por acá desastrados, aun no digo los malos, que desos Dios nos libre, en cosa que es infierno no hay que nos cansar en decir mal, que no se puede encarecer el menor mal dél. Este no hay para qué tomarle nosotras, hermanas, en la boca, ni pensar le hay en el mundo, ni en burlas, ni en veras oirle, ni consentir que delante de vosotras se trate ni cuente de semejantes voluntades. Para ninguna cosa es bueno, y podría dañar aun oirlo; sino de estotros lícitos, como he dicho, que nos tenemos unas a otras, y si tienen los deudos amigos. Toda la voluntad es que no se nos muera: si le duele la cabeza, parece nos duele el alma. Si los vemos con trabajos, nos queda, como dicen, paciencia; todo desta manera. Estotra voluntad no es ansí, aunque con la flaqueza natural se sienta algo de presto, luego la razón mira si es bien para aquel alma si se enriquece más en virtud, y cómo lo lleva, el rogar a Dios le dé paciencia y merezca en los trabajos. Si ve que la tiene, ninguna pena siente, antes se alegra y consuela; bien que lo pasaría de mejor gana que vérselo pasar, si el mérito y ganancia que hay en padecer pu-

diese todo dárselo, mas no para que se inquiete ni desasosiegue.

2. Torno otra vez a decir que se parece va imitando este amor al que nos tuvo el buen amador Jesús, y ansí aprovechan tanto, porque es abrazar todos los trabajos, y que los otros sin trabajar se aprovechasen dellos. Ansí ganan muy mucho los que tienen su amistad, y crean que, o los dejarán de tratar con particular amistad, digo, o acabarán con Nuestro Señor que vayan por su camino, pues van a una tierra, como hizo Santa Mónica con San Agustín. No les sufre el corazón tratar con ellos doblez, ni verles falta, si piensan les ha de aprovechar. Y ninguna vez se les acuerda desto, con el deseo que tienen de verlos muy ricos, que no se lo digan. ¿Qué rodeos traen por esto con andar descuidados de todo el mundo? No pueden consigo acabar otra cosa, ni tratan de lisonja con ellos, ni de disimularles nada. O ellos se enmendarán, o se apartarán de la amistad, porque no podrán sufrirlo, ni es de sufrir, para el uno y para el otro es contina guerra; con andar descuidados de todo el mundo, y no trayendo cuenta si sirven a Dios, o no, porque sólo consigo mesmo la tienen, con sus amigos no hay poder hacer esto, ni se les encubre cosa: las motitas ven; digo, que traen bien pesada cruz. ¡Oh dichosas almas que son amadas de las tales! ¡Dichosos el día en que las conocieron!

3. ¡Oh Señor mío! ¿No me haríades merced que hubiese muchos que ansí me amasen? Por cierto, Señor, de mejor gana lo procuraría que ser amada de todos los reyes y señores del mundo; y con razón, pues éstos nos procuran, por cuantas vías pueden, hacer tales que señoreemos el mesmo mundo, y que nos estén sujetas todas las cosas dél. Cuando alguna persona semejante conociéredes, hermanas, con todas diligencias que pu-

diere la Madre procure trate con vosotras. Quered cuanto quisiéredes a los tales, mientras fueren tales; pocos debe de haber, mas no deja el Señor de querer se entienda cuando alguno hay que llegue a la perfeción; luego os dirán que no es menester, que basta tener a Dios. Buen medio es para tener a Dios tratar con sus amigos: siempre se saca gran ganancia, yo lo sé por experiencia; y que después del Señor, si no estoy en el infierno, es por personas semejantes, que siempre fuí muy aficionada me encomendasen a Dios, y ansí lo procuraba. Mas tornemos à lo que íbamos.

4. Esta manera de amar es la que yo querría tuviésemos nosotras. Aunque a los principios no sea tan perfeta, el Señor lo irá perficionando. Comencemos en los medios, que aunque lleve algo de ternura, no dañará, como sea en general: es bueno y necesario algunas veces mostrar ternura en la voluntad, y aun tenerla, y sentir algunos trabajos y enfermedades de las Hermanas, aunque sean pequeños. Que algunas veces acaece dar una cosa muy liviana tan gran pena, como a otra daría un gran trabajo, y a personas que tienen el natural apretado, darle han mucho pocas cosas; si vos le tenéis al contrario, no os dejéis de compadecer; y no se espanten, que el demonio por ventura puso allí todo su poder con más fuerza que para que vos sintiésedes las penas y trabajos grandes. Y por ventura quiere nuestro Señor reservarnos destas penas, y las ternemos en otras cosas, y de las que para nosotras son graves, aunque de suyo lo sean, para las otras serán leves.

5. Ansí que estas cosas no juzguemos por nosotras, ni nos consideremos en el tiempo, que por ventura sin trabajo nuestro el Señor nos ha hecho más fuertes, sino considerémonos en el tiempo que hemos estado más flacas. Mirad que importa este aviso para sabernos con-

doler de los trabajos de los prójimos, por pequeños que sean, en especial a almas de las que quedan dichas; que ya éstas, como desean los trabajos, todo se les hace poco, y es muy necesario traer cuidado de mirarse cuando era flaca, y ver que si no lo es, no viene della, porque podría por aquí el demonio ir enfriando la caridad con los prójimos, y hacernos entender es perfeción lo que es falta. En todo es menester cuidado, y andar despiertas, pues él no duerme, y en los que van en más perfeción, más, porque son muy más disimuladas las tentaciones, que no se atreve a otra cosa, que no parece se entiende el daño hasta que está ya hecho, si, como digo, no se trae cuidado.

6. En fin, que es menester siempre velar y orár, porque no hay mejor remedio para descubrir estas cosas ocultas del demonio, y hacerle dar señal, que la oración. Procurar también holgaros con las hermanas cuando tienen recreación con necesidad della, y el rato que es de costumbre, aunque no sea a vuestro gusto, que yendo con consideración, todo es amor perfeto. Y es ansí que, queriendo tratar del que no es tanto, que no hallo camino en esta casa, para que parezca entre nosotras, será bien tenerle; porque si por bien es, como digo, todo se ha de volver a su principio, que es el amor que queda dicho. Pensé decir mucho de estotro, y venido a adelgazar, no me parece se sufre aquí en el modo que llevamos, y por eso lo quiero dejar en lo dicho, que espero en Dios, aunque no sea con toda perfeción, no habrá en esta casa disposición para que haya otra manera de amaros. Ansí que es muy bien las unas se apiaden de las necesidades de las otras, miren no sea con falta de discreción, que sea contra la obediencia. Aunque le parezca áspero dentro de sí, lo que le mandare la perlada, no lo muestre ni dé a entender a

nadie, si no fuere a la mesma priora, con humildad, que haréis mucho daño. Y sabe entender cuáles son las cosas que se han de sentir y apiadar de las hermanas, y siempre sientan mucho cualquiera falta, si es notoria, que veáis en la hermana; y aquí se muestra y ejercita bien el amor en saberla sufrir, y no se espantar della, que ansí harán las otras las que vos tuviéredes, que aun de las que no entendéis, deben ser muchas más, y encomendarla mucho a Dios, y procurar hacer vos con gran perfeción la virtud contraria de la falta que os parece en la otra; esforzaros a esto, para que enseñéis a aquélla por obra lo que palabra por ventura no lo entenderá, ni le aprovechará, ni castigo.

7. Y esto de hacer una lo que ve resplandecer de virtud en otra, pégase mucho. Esto es buen aviso, no se olvide. ¡Oh, qué bueno y verdadero amor será el de la hermana que puede aprovechar a todas, dejando su provecho por el de las otras, ir muy adelante en todas las virtudes, y guardar con perfeción su regla! Mejor amistad será ésta que todas las ternuras que se pueden decir; que éstas no se usan ni se han de usar en esta casa, tal como mi vida, mi alma, mi bien y otras cosas semejantes, que a las unas llaman uno, y a las otras, otro. Estas palabras regaladas déjenlas para su esposo, pues tanto han de estar con él, y a tan solas, que de todo se habrán menester aprovechar, pues su Majestad lo sufre, y muy usadas acá, no enternecen tanto con el Señor, y sin esto no hay para qué. Es muy de mujeres, y no querría yo, hijas mías, lo fuésedes en nada, ni lo pareciésedes, sino varones fuertes; que si ellas hacen lo que es en sí, el Señor les hará tan varoniles, que espanten a los hombres; y qué fácil es a su Majestad, pues nos hizo de nada.

8. Es también muy buena muestra de amor en pro-

curar quitarlas de trabajo, y tomarle ella para sí en los oficios de casa, y también en holgarse y alabar mucho al Señor del acrecentamiento que viere en sus virtudes. Todas estas cosas, dejado el gran bien que traen consigo, ayudan mucho a la paz y conformidad de unas con otras, como ahora lo vemos por experiencias por la bondad de Dios. Plega a su Majestad llevarlo siempre adelante, porque sería cosa terrible ser al contrario, y muy recio de sufrir, pocas y mal avenidas. No lo permita Dios. Mas o se ha de perder todo el bien que va principiado por manos del Señor, o no habrá tan gran mal. Si por dicha, alguna palabrilla de presto se atravesare, remédiese luego, y hagan grande oración; y en cualquiera destas cosas que dure, o bandillos, o deseo de ser más, o puntillo de honra (que parece se me hiela la sangre cuando esto escribo, de pensar que puede en algún tiempo venir a ser, porque veo es el principal mal de los monasterios), cuando esto hubiese, dense por perdidas; piensen y crean haber echado a su Esposo de casa, y que en cierta manera le necesitan ir a buscar otra posada, pues le echan de su casa propia. Clamen a su Majestad, procuren remedio, porque si no le pone el confesar y comulgar tan a menudo, teman si hay algún Judas. Mire mucho la priora, por amor de Dios, en no dar lugar a esto, atajando mucho los principios; que aquí está todo el daño, o remedio, y la que entendiere alborota, procuren se vaya a otro monasterio, que Dios las dará con que la doten. Echen de sí esta pestilencia, corten como pudieren las ramas, o si no bastare, arranquen la raíz. Y cuando no pudiesen esto, no salga de una cárcel quien destas cosas tratare, mucho más vale antes que pegue a todas tan incurable pestilencia. ¡Oh, que es gran mal! ¡Dios nos libre de monasterio donde entra! Yo más querría que entrase en éste un fuego

que nos abrasase a todas. Porque en otra parte creo diré algo más desto, como en cosa que nos va tanto, no me alargo más aquí, sino que quiero más que se quieran y amen tiernamente, y con regalo, aunque no sea tan perfeto como el amor que queda dicho, como sea en general, que no que haya punto de discordia. No lo permita el Señor, por quien su Majestad es. Amén. Suplico a Nuestro Señor, y pídanselo mucho, hermanas, que nos libre desta inquietud, que de su mano ha de venir.

CAPITULO VIII

Que trata del gran bien que es desasirse de todo lo criado interiòr y exteriormente.

1. Ahora vengamos al desasimiento que hemos de tener, porque en esto está el todo, si va con perfeción. Aquí digo está el todo, porque abrazándonos con sólo el Criador, y no se nos dando nada por todo lo criado, su Majestad infunde las virtudes; de manera que, trabajando nosotras poco a poco lo que es en nosotras, no ternemos mucho más que pelear, que el Señor toma la mano contra los demonios y contra todo el mundo en nuestra defensa. ¿Pensáis, hermanas, que es poco bien procurar este bien de darnos todas á él todo, sin hacer nos partes, pues en él están todos los bienes, como digo? Alabémosle mucho, hermanas, que nos juntó aquí, donde no se trata de otra cosa sino esto, y ansí no sé para qué lo digo, pues todas las que aquí estáis me podéis enseñar a mí, que confieso en este caso tan importante no tener la perfeción como lo deseo y entiendo que conviene.

De todas las virtudes, y de lo que aquí va, digo lo

mesmo que es más fácil de escribir que de obrar; y aun a esto no atinara, porque algunas veces consiste en experiencia el saberlo decir, y ansí, si en algo acierto, debo de atinar, por el contrario, destas virtudes que he tenido. Cuanto a lo exterior, ya se ve cuán apartadas estamos aquí de todo. Parece nos quiere el Señor apartar de todo a las que aquí nos trajo, para llegarnos más sin embarazo su Majestad a sí. ¡Oh Criador y Señor mío! ¿Cuándo merecí yo tan gran dignidad, que parece habéis andado rodeando cómo os llegar más a nosotras? Plega a vuestra bondad no lo perdamos por nuestra culpa. Oh hermanas mías, entended por amor de Dios la gran merced que el Señor ha hecho a las que trajo aquí, y cada una lo piense bien en sí, pues en solas doce quiso su Majestad que fuésedes una. Y ¡qué dellas, qué multitud dellas mejores que yo sé que tomaran este lugar de buena gana! Diómele el Señor a mí, mereciéndole tan mal. Bendito seáis Vos, mi Dios, y alaben os los ángeles, y todo lo criado, que esta merced tampoco se puede servir, como otras muchas que me habéis hecho, que darme estado de monja fué grandísima, y como lo he sido tan ruin, no os fiasteis, Señor, de mí; porque adonde había muchas buenas juntas, no se echara de ver ansí mi ruindad, hasta que me acabara la vida, y yo la encubriera, como hice muchos años. Mas Vos, Señor, trajísteme adonde, por ser tan pocas, parece imposible dejarse de entender, y porque ande con más cuidado quitáisme todas las ocasiones. Ya no hay disculpa para mí, Señor, yo lo confieso, y ansí he más menester vuestra misericordia para que perdonéis lo que tuviere.

2. Lo que os pido mucho es que la que viere en sí que no es para llevar lo que aquí se acostumbra, lo diga antes que profese. Otros monasterios hay adonde se sirve al Señor; no turben estas poquitas que aquí su

Majestad ha juntado; en otras partes hay libertad para consolarse con deudos; aquí, si alguno se admite, es para consuelo dellos mesmos. La monja que deseare ver deudos para su consuelo y no se cansare a la segunda vez, si no son espirituales, téngase por imperfeta, crea que no está desasida, no está sana, no terná libertad de espíritu, no terná entera paz, menester ha médico. Y digo que si no se quita y sana, que no es para esta casa. El remedio que veo mejor es no los ver hasta que se vea libre y lo alcance del Señor con mucha oración. Cuando se vea de manera que lo tome por cruz, véalos alguna vez enhorabuena, para aprovecharlos en algo, que cierto los aprovechará y no hara daño a sí. Mas si les tiene amor, si le duelen mucho sus penas y escucha sus sucesos del mundo de buena gana, crea que a sí se dañará y a ellos no les hará ningun provecho.

CAPITULO IX

Que trata del gran bien que hay en huir los deudos los que han dejado el mundo, y cuán verdaderos amigos hayan.

1. ¡Oh, si entendiésemos las religiosas el daño que nos viene de tratar mucho con deudos, cómo huiríamos dellos! Yo no entiendo qué consolación es ésta que dan, aun dejado lo que toca a Dios, sino sólo para nuestro desasosiego y descanso. Que de sus recreaciones no podemos ni es lícito gozar; sentir su trabajo, sí. Ninguno dejamos de llorar, y algunas veces más que los mesmos. A osadas que si algún regalo hacen al cuerpo, que lo paga bien el espíritu. Deseo estáis aquí bien quitadas, que como es común y ninguna puede tener regalo particular, ansí la limosna que las hacen es general, y queda

libre de contentarlos por esto, que ya sabe que el Señor las ha de proveer por junto.

2. Espantada estoy del daño que hace tratarlos; no creo lo creerá sino quien lo tuviere por experiencia; y qué olvidada parece que está el día de hoy en las religiones, o al menos en las más, esta perfeción. No sé yo qué es lo que dejamos del mundo las que decimos que todo lo dejamos por Dios, si no nos apartamos de lo principal, que son los parientes. Viene ya la cosa a estado, que tienen por falta de virtud no querer y tratar mucho los religiosos a sus deudos, y como lo dicen ellos y alegan sus razones. En esta casa, hijas mías, mucho cuidado de encomendarlos a Dios (después de lo dicho, que toca a su Iglesia), que es razón; en lo demás apartarlos de la memoria lo más que podamos, porque es cosa natural asirse a ellos nuestra voluntad más que a otras personas. Yo he sido querida mucho dellos, a lo que decían, y yo los quería tanto, que no los dejaba olvidarme; y tengo por experiencia en mí, y en otras, que dejados padres, que por maravilla dejan de hacer por los hijos (y es razón con ellos, cuando tuvieren necesidad de consuelo, si viéremos que no nos hace daño a lo principal, no seamos extrañas, que con desasimiento se puede hacer, y también con hermanos), en lo demás, aunque me he visto en trabajos, mis deudos han sido quien menos me han ayudado en ellos, y quien me ha ayudado en ellos han sido los siervos de Dios.

3. Creedme, hermanas, que sirviéndole vosotras como debéis, que no hallaréis mejores deudos que los siervos suyos que su Majestad os enviare. Yo sé que es ansí, y puestas en esto, como lo vais entendiendo, que en hacer otra cosa faltáis al verdadero amigo y esposo vuestro; creed que muy en breve ganaréis esta libertad, y de los que por sólo él os quisieren, podéis fiar más

que de todos vuestros deudos, y que no os faltarán, y en quien no pensáis, hallaréis padres y hermanos. Porque como éstos pretenden la paga de Dios, hacen por nosotras; los que la pretenden de nosotras, como nos ven pobres y que en nada les podemos aprovechar, cánsanse presto; que aunque esto no sea en general, es lo más usado en el mundo, porque, en fin, es mundo. Quien os dijere otra cosa y que es virtud hacerla, no los creáis, que si dijese todo el daño que traen consigo, me había de alargar mucho. Y porque otros que saben lo que dicen mejor, han escrito en esto, baste lo dicho. Parece que, pues con ser tan imperfeta, lo he entendido tanto, ¿qué harán los que son perfetos? Todo este decirnos que huyamos del mundo, que nos aconsejan los Santos, claro está que es bueno. Pues creed que, como os he dicho, lo que más se apega dél son los deudos, y lo más malo de desapegar.

4. Por eso hacen bien los que huyen de sus tierras, si les vale digo, que no creo ya en huir el cuerpo, sino que determinadamente se abrace el alma con el buen Jesús, Señor nuestro, que como allí lo halla todo, lo olvida todo. Aunque ayuda es muy grande apartarnos hasta que ya tengamos conocida esta verdad, que después podrá ser quien quiera el Señor, por darnos cruz en lo que solíamos tener gusto que tratemos con ellos.

CAPITULO X

Trata cómo no basta desasirse de lo dicho, si no nos desasimos de nosotras mesmas, y cómo está junta esta virtud y la humildad.

1. Desasiéndonos del mundo, y deudos, y encerradas aquí con las condiciones que están dichas, ya pare-

ce que lo tenemos todo hecho, y que no hay que pelear con nada. Oh hermanas mías, no os aseguréis, ni os echéis a dormir; que será como el que se acuesta muy sosegado, habiendo muy bien cerrado sus puertas por miedo de ladrones, y se los deja en casa. Ya sabéis que no hay peor ladrón que el de casa, pues quedamos nosotras mesmas, que si no se anda con gran cuidado, y cada una (como en negocio más importante que todos) no mira mucho en andar contradiciendo su voluntad, hay muchas cosas para quitar esta santa libertad de espíritu que buscamos, que pueda volar a su Hacedor sin ir cargada de tierra y de plomo.

2. Grande remedio es para esto traer muy contino en el pensamiento la vanidad que es todo, y cuán presto se acaba, para quitar la afición de las cosas que son tan baladíes, y ponerla en lo que nunca se acaba (que aunque parece flaco medio, viene a fortalecer mucho al alma), y en las más pequeñas cosas traer gran cuidado, en aficionándonos a alguna procurar apartar el pensamiento della y volverle a Dios, y su Majestad ayuda; y hanos hecho gran merced, que en esta casa lo más está hecho. Puesto que este apartarnos de nosotras mesmas, y ser contra nosotras, es recia cosa, porque estamos muy juntas, y nos amamos mucho, aquí puede entrar la verdadera humildad; porque esta virtud, y estotra, paréceme que andan siempre juntas, y son dos hermanas que no hay para qué las apartar. No son éstos los deudos de que yo aviso que se aparten, sino que los abracen, y los amen, y nunca se vean sin ellos.

3. ¡Oh soberanas virtudes, señoras de todo lo criado, emperadores del mundo, libradoras de todos los lazos y enredos que pone el demonio, tan amadas de nuestro enseñador Jesucristo! Quien las tuviere, bien

puede salir y pelear con todo el infierno junto, y contra todo el mundo y sus ocasiones; no hay miedo de nadie, que suyo es el reino de los cielos; no tiene a quien temer, porque nada se le da de perderlo todo, ni lo tiene por pérdida; sólo teme descontentar a su Dios, y suplícale le sustente en ellas, porque no las pierda por su culpa. Verdad es que estas virtudes tienen tal propiedad, que se esconden de quien las posee, de manera que nunca las ve, ni acaba de creer que tiene ninguna, aunque se lo digan; mas tiénelas, en tanto que siempre anda procurando tenerlas, y valas perficionando en sí más; aunque bien se señalan los que las tienen, luego se da a entender a los que las tratan, sin querer ellos.

4. Mas ¡qué desatino, ponerme yo a loar humildad y mortificación, estando tan loadas del Rey de la Gloria, y tan confirmadas con tantos trabajos suyos! Pues, hijas mías, aquí es el trabajar por salir de tierra de Egipto, que en hallándolas, hallaréis el maná; todas las cosas os sabrán bien; por mal sabor que al gusto de los del mundo tengan, se os harán dulces. Ahora, pues, lo primero que hemos de procurar es quitar de nosotras el amor deste cuerpo, que somos algunas tan regaladas de nuestro natural, que no hay poco que hacer aquí, y tan amigas de nuestra salud, que es cosa para alabar a Dios la guerra que dan, a monjas en especial, y aun a las que no lo son, estas dos cosas. Mas algunas monjas no parece que venimos a otra cosa al monasterio, sino a procurar no morirnos: cada una lo procura como puede. Aquí, a la verdad, poco lugar hay deso con la obra, mas no querría yo que hubiese el deseo. Determinaos, hermanas, que venís a morir por Cristo, y no a regalaros por Cristo, que esto pone el demonio ser menester para llevar y guardar la Orden, y tanto enhorabuena se quiere guardar la Orden con procurar

la salud para guardarla y conservarla, que se muere sin cumplirla enteramente un mes, ni por ventura un día. Pues no sé yo a qué venimos, no hayan miedo que nos falte discreción en este caso por maravilla, que luego temen los confesores que nos hemos de matar con penitencias, y es tan aborrecida de nosotras esta falta de discreción, que ansí lo cumpliésemos todo.

5. A las que lo hicieren al contrario, sé que no se les dará nada de que diga esto, ni a mí de que digan que juzgo por mí, que dicen verdad: creo, y sélo cierto, que tengo más compañeras, que terné injuriadas por hacer lo contrario. Tengo para mí, que ansí quiere el Señor que seamos más enfermas: al menos hízome el Señor gran misericordia en serlo, porque como me había de regalar ansí como ansí, quiso que fuese con causa, pues es cosa donosa las que andan con este tormento que ellas mesmas se dan. Algunas veces dales un frenesí de hacer penitencias sin camino ni concierto, que duran dos días, a manera de decir; después pónenles el demonio en la imaginación que les hizo daño, y que nunca más penitencia, ni la que manda la Orden, que ya lo probaron. No guardamos unas cosas muy bajas de la regla, como es el silencio, que no nos ha de hacer mal, y no nos ha venido a la imaginación que nos duele la cabeza cuando dejamos de ir al coro, que tampoco nos mata. Un día porque nos dolió, y otro porque no nos ha dolido, y otros tres porque nos duela, y queremos inventar penitencias de nuestra cabeza para que no podamos hacer lo uno ni lo otro, y a las veces es poco el mal, y nos parece que no estamos obligadas a hacer nada, que con pedir licencia cumplimos.

6. Diréis que ¿por qué la da la priora? A saber lo interior, por ventura no lo haría; mas como le hacéis

información de necesidad, y no falta un médico que ayuda por la mesma que vos le hacéis, y una amiga o parienta que llore al lado, aunque la pobre priora alguna vez ve que es demasiado, ¿qué ha de hacer? Queda con escrúpulo si la falta en la caridad; quiere más que faltéis vos que ella, y no le parece justo juzgaros mal. ¡Oh, este quejar, válame Dios, entre monjas, él me perdone, que temo es ya costumbre! Estas son cosas que puede ser que pasen alguna vez, y porque os guardéis dellas, las pongo aquí, porque si el demonio nos comienza a amedrantar con que nos faltará la salud, nunca haremos nada. El Señor nos dé luz para acertar en todo. Amén.

CAPITULO XI

Prosigue en la mortificación, y dice la que se ha de adquirir en las enfermedades.

1. Cosa imperfetísima me parece, hermanas mías, este quejarnos siempre con livianos males; si podéis sufrirlo, no lo hagáis. Cuando es grave el mal, él mesmo se queja: es otro quejido, y luego se parece. Mirad que sois pocas, y si una tiene esta costumbre, es para traer fatigadas a todas si os tenéis amor y caridad, sino que la que estuviere de mal, que sea de veras mal, lo diga y tome lo necesario; que si perdéis el amor propio, sentiréis tanto cualquier regalo, que no hayáis miedo que lo toméis sin necesidad ni os quejéis sin causa; cuando la haya, sería muy bueno decirla, y mejor mucho que tomarle sin ella, y muy malo si no se apiadasen; mas deso a buen seguro que a donde hay oración y caridad, y tan pocas, que os veréis unas a otras la necesidad que nunca falte el regalo ni el cuidado de curarnos. Mas

unas flaquezas y malecillos de mujeres, olvidaos de quejarlas, que algunas veces pone el demonio imaginación de estos dolores; quítanse, y pónense, si no se pierde la costumbre de decirlo y quejaros del todo, sino fuere a Dios, nunca acabaréis.

2. Pongo tanto en esto, porque tengo para mí que importa, y que es una cosa que tiene muy relajados los monasterios; y este cuerpo tiene una falta, que mientras más le regalan, más necesidades descubre. Es cosa extraña lo que quiere ser regalado, y como tiene algún buen color, por poca que sea la necesidad, engaña a la pobre del alma para que no medre. Acordaos qué de pobres enfermos habrá que no tengan a quién se quejar; pues pobres y regaladas, no lleva camino. Acordaos también de muchas casadas (yo sé que las hay) y personas de suerte que con graves males, por no dar enfado a sus maridos no se osan quejar, y con grandes trabajos; pues pecadora de mí, sé que no venimos aquí a ser más regaladas que ellas. ¡Oh, que estáis libres de grandes trabajos del mundo! Sabed sufrir un poquito por amor de Dios, sin que lo sepan todos. Pues es una mujer mal casada, y porque no lo sepa su marido no lo dice, ni se queja, pasa mucha mala ventura sin descansar con nadie, ¿y no pasaremos algo entre Dios y nosotras de los males que nos da por nuestros pecados? Cuanto más que es nonada lo que se aplaca el mal.

3. En todo esto que he dicho, no trato de males recios cuando hay calentura mucha, aunque pido que haya moderación y sufrimiento siempre, sino unos malecillos que se pueden pasar en pie sin que matemos a todos con ellos. ¿Mas qué fuera si esto se hubiera de ver fuera desta casa? ¿Qué dijeran todas las monjas de mí? Y qué de buena gana, si alguna se enmendara, lo sufriera yo; porque por una que haya desta suerte, vie-

ne la cosa a términos, que por la mayor parte no creen a ninguna por graves males que tenga. Acordémonos de nuestros santos Padres pasados ermitaños, cuya vida pretendemos imitar, ¿qué pasarían de dolores, y qué a solas, y qué de fríos, y hambre, y sol, y calor, sin tener a quién se quejar sino a Dios? ¿Pensáis que eran de hierro? Pues tan de carne eran como nosotras. Y creed, hijas, que en comenzando a vencer estos corpezuelos, no nos cansan tanto; hartas habrá que miren lo que habéis menester; descuidaos de vosotras si no fuere a necesidad conocida. Si no nos determinamos a tragar de una vez la muerte y la falta de salud, nunca haremos nada; procurar de no tenerla, y dejaros todas en Dios, venga lo que viniere (1). ¿Qué va en que muramos? ¿De cuantas veces nos ha burlado el cuerpo, no burlaríamos alguna vez dél? Y creed, que esta determinación importa más de lo que podamos entender. Porque de muchas veces, que poco a poco lo vamos haciendo con el favor del Señor, quedaremos señoras dél. Pues vencer un tal enemigo es gran negocio para pasar en la batalla desta vida: hágalo el Señor como puede. Bien creo que no entiende la ganancia sino quien ya goza de la victoria, que es tan grande a lo que creo, que nadie sentirá pasar trabajo por quedar en este sosiego y señorío.

(1) Reprende el demasiado cuidado de la salud, que en los males graves ya ha dicho que se tenga cuenta con ella.

CAPITULO XII

Trata de cómo ha de tener en poco la vida y la honra el verdadero amor de Dios.

1. Vamos a otras cosas, que también importan harto, aunque parecen menudas: trabajo grande parece todo, y con razón, porque es guerra contra nosotras mesmas; mas comenzando a obrar, obra Dios tanto en el alma, y hácela tantas mercedes, que todo le parece poco, cuanto se puede hacer en esta vida; y pues las monjas hacemos lo más, que es dar la libertad por amor de Dios, poniéndola en otro poder, y pasar tantos trabajos, ayunos, silencio, encerramiento, servir el coro, que por mucho que nos queramos regalar, es alguna vez: y por ventura es sola yo, en muchos monasterios que he visto. Pues ¿por qué nos hemos de detener en mortificar lo interior, pues en esto está el ir todo estotro bien concertado, y muy más meritorio, y perfeto, y después obrarlo con mucha suavidad y descanso?

2. Esto se adquiere con ir poco a poco, como he dicho, no haciendo nuestra voluntad y apetito, aun en cosas muy menudas, hasta acabar de rendir el cuerpo al espíritu. Torno a decir, que está el todo, o gran parte, en perder cuidado de nosotras mesmas, y de nuestro regalo, que quien de verdad comienza a servir al Señor, lo menos que le puede ofrecer es la vida, pues le ha dado su voluntad. ¿Qué temen en dar ésta? Que si es verdadero religioso, o verdadero orador, y pretende gozar regalos de Dios, sé que no ha de volver las espaldas a desear morir por él, y pasar cruz. ¿Pues ya no sabéis, hermanas, que la vida del buen religioso, y del que quiere ser de los allegados amigos de Dios, es

un largo martirio? Largo, porque para compararle a los que de presto lo degollaban, puédese llamar largo, mas toda la vida es corta, y algunas cortísimas. ¿Y qué sabemos si seremos de tan corta, que desde una hora o momento que nos determinemos a servir del todo a Dios, se acabe? Posible sería; que, en fin, todo lo que tiene fin no hay que hacer caso dello, y de la vida mucho menos, pues no hay día seguro; y pensando que cada hora es la postrera, ¿quién no la trabajará?

3. Pues creedme, que pensar esto es lo más seguro; por eso mostrémonos a contradecir en todo nuestra voluntad, que aunque no se haga de presto, si traéis cuidado con oración, como he dicho, sin saber cómo, poco a poco os hallaréis en la cumbre. ¡Mas qué gran rigor parece decir, que no nos hagamos placer en nada, como no se dice los gustos y deleites que trae consigo esta contradición, y lo que se gana con ella, aun en esta vida! Aquí, como todas lo usáis, estáse lo más hecho: unas a otras se despiertan, y ayudan, y ansí ha de procurar cada una ir adelante de las otras. En los movimientos interiores se traya mucha cuenta, en especial si tocan en mayorías. Dios nos libre por su Pasión de decir ni pensar, para detenerse en ello, si soy más antigua en la Orden, si he más años, si he trabajado más, si tratan a la otra mejor.

4. Estos pensamientos, si vinieren, es menester atajarlos con presteza, que si se detienen en ellos, o los ponen en plática, es pestilencia, y de donde nacen grandes males en los monasterios. Si tuvieren perlada que consienta cosas destas, por poca que sea, crean que por sus pecados ha permitido Dios la tengan, para comenzar a perderse, y clamen a él, y toda su oración sea porque dé el remedio, porque están en peligro. Podrá ser que digan, que para qué pongo tanto en esto, y que

va con rigor, que regalos hace Dios a quien no está tan desasido. Yo lo creo, que con su sabiduría infinita ve qué conviene para traerlos a que lo dejen todo por él. No llamo dejarlo entrar en Religión, que impedimentos puede haber, y en cada parte puede el alma perfeta estar desasida y humilde; ello a más trabajo suyo, que gran cosa es el aparejo. Mas creánme una cosa, que si hay punto de honra, o de hacienda (y esto también puede haber en los monasterios, como fuera, aunque más quitadas están las ocasiones, y mayor sería la culpa), aunque tengan muchos años de oración, o por mejor decir, consideración (porque oración perfeta, en fin, quita estos resabios), nunca medran mucho, ni llegarán a gozar el verdadero fruto de la oración.

5. Mirad si os va algo, hermanas, en estas que parecen naderías, pues no estáis aquí a otra cosa. Vosotras no quedáis más honradas, y el provecho perdido para lo que podríades más ganar; ansí que deshonra y pérdida cabe aquí junto; cada una mire en lo que tiene de humildad, y verá lo que está aprovechada. Paréceme que el verdadero humilde, aun de primer movimiento, no osará el demonio tentarle en cosa de mayoría, porque como es tan sagaz, teme el golpe. Es imposible si una es humilde, que no gane más fortaleza en esta virtud y aprovechamiento, si el demonio la tienta por ahí; porque está claro que ha de dar vuelta sobre su vida, y mirar lo poco que ha servido, con lo mucho que debe al Señor, y la grandeza que él hizo en abajarse a sí, para dejarnos ejemplo de humildad, y mirar sus pecados, y adónde merecía estar por ellos. Y con estas consideraciones sale el alma tan gananciosa, que no osa tornar otro día para no ir quebrada la cabeza.

6. Este consejo tomad de mí, y no se os olvide, que no sólo en lo interior, que sería gran mal no quedar con

ganancia, mas en lo exterior procurar que la saquen las hermanas de vuestra tentación, si queréis vengaros del demonio y libraros más presto de la tentación, y que ansí como os venga, os descubráis a la perlada, y le roguéis y pidáis que os mande hacer algún oficio bajo, o como pudiéredes lo hagáis vos, y andéis estudiando en esto cómo doblar vuestra voluntad en cosas contrarias, que el Señor os las descubrirá, y con mortificaciones públicas, pues se usan en esta casa, y con esto durará poco la tentación, y procurad mucho que dure poco. Dios nos libre de personas que le quieren servir, acordarse de honra o temer deshonra; mirad que es mala ganancia, y como he dicho, la mesma honra se pierde con desearla, especial en las mayorías, que no hay tósigo en el mundo que ansí mate como estas cosas, la perfeción.

7. Diréis que son cosillas naturales, que no hay que hacer caso dellas; no os burléis con eso, que crece como espuma en los monasterios, y no hay cosa pequeña en tan notable peligro como son estos puntos de honra, y mirar si nos hicieron agravio. Sabéis por qué (sin otras hartas cosas) por ventura en una comienza por poco, y no es casi nada, y luego mueve el demonio a que a la otra le parezca mucho, y aun pensará que es caridad decirle que cómo consiente aquel agravio, que Dios le dé paciencia, que se le ofrezca, que no sufriera más un Santo.

8. Finalmente, pone el demonio un caramillo en la lengua de la otra, que ya que acabáis con vos de sufrir, quedáis aún tentada de vanagloria de lo que no sufristes con la perfeción que se había de sufrir. Y esta nuestra naturaleza es tan flaca, que aun quitándonos la ocasión, con decirnos que no hay que sufrir, pensamos que hemos hecho algo, y lo sentimos, cuanto más ver que

lo sienten por nosotras. Hácenos crecer la pena, y pensar tenemos razón, y pierde el alma todas las ocasiones que había tenido para merecer, y queda más flaca, y abierta la puerta al demonio, para que otra vez venga con otra cosa peor. Y aun podría acaecer (aun cuando vos queráis sufrirlo) que venga a vos y os digan que sois bestia, que bien es que se sientan las cosas. ¡Oh, por amor de Dios, hermanas mías, que a ninguna la mueva indiscreta caridad, para mostrar lástima de la otra, en cosa que toque a estos fingidos agravios, que es como la que tuvieron los amigos del Santo Job, con él y su mujer!

CAPITULO XIII

Prosigue en la mortificación, y cómo la religiosa ha de huir de los puntos y razones del mundo, para llegarse a la verdadera razón.

1. Muchas veces os lo digo, hermanas, y ahora lo quiero dejar escrito aquí, porque no se olvide en esta casa, y aun en toda persona que quiera ser perfeta, se huya mil leguas de «rázón tuve, hiciéronme sinrazón, no tuvo razón quien esto hizo conmigo», de malas razones nos libre Dios. ¿Paréceos que había razón para que nuestro buen Jesús sufriese tantas injurias, y se las hiciesen, y tantas sinrazones? La que no quisiere llevar cruz, sino la que le dieren muy puesta en razón, no sé yo para qué está en el monasterio; tórnese al mundo, adonde no la aguardarán esas razones. ¿Por ventura podéis pasar tanto, que no debáis más? ¿Qué razón es ésta? Por cierto yo no la entiendo. Cuando nos hicieren alguna honra y regalo, o buen tratamiento, saquemos esas razones, que cierto es contra razón nos la hagan en esta vida; mas cuando agravios (que ansí los

nombran, sin hacernos agravio), yo no sé qué hay hablar. O somos esposas de tan gran Rey, o no. Si lo somos, ¿qué mujer honrada hay que no participe de las deshonras que a su esposo hacen, aunque no lo quiera por su voluntad? En fin, de honra o deshonra participan ambos. Pues querer tener parte en su reino, y gozarle, y de las deshonras y trabajos querer quedar sin ninguna parte, es disbarate. No nos lo dejó Dios querer, sino que la que pareciere que es tenida entre todas en menos, se tenga por más bienaventurada. Y verdaderamente ansí lo es, si lo lleva como lo ha de llevar, que no le faltará honra en esta vida ni en la otra: créanme esto a mí.

2. Mas qué disbarate he dicho, que me crean a mí, diciéndolo la verdadera sabiduría. Parezcámonos, hijas mías, en algo a la gran humildad de la Virgen sacratísima, cuyo hábito traemos, que es confusión nombrarnos monjas suyas; que por mucho que nos parezca que nos humillamos; quedamos bien cortas para ser hijas de tal Madre y esposas de tal Esposo. Ansí, que si las cosas dichas no se atajan con diligencia, lo que hoy no parece nada, por ventura mañana será pecado venial, y es de tan mala digestión, que si os dejáis no quedará solo: es cosa muy mala para congregaciones. En esto habíamos de mirar mucho las que estamos en ella, por no dañar a las que trabajan por hacernos bien y darnos buen ejemplo. Y si entendiésemos cuán gran daño se hace en que se comience una mala costumbre, más querríamos morir que ser causa dello; porque esa es muerte corporal, y pérdidas en las almas es gran pérdida; y que me parece que no se acaba de perder, porque muertas unas, vienen otras, y a todas por ventura les cabe más parte de una mala costumbre que pusimos, que de muchas virtudes. Porque el demonio no la

deja caer, y las virtudes la mesma flaqueza natural las hace perder si la persona no tiene la mano, y pide favor a Dios.

3. ¡Oh, qué grandísima caridad haría, y qué gran servicio a Dios la monja que ansí viese que no puede llevar las costumbres que hay en esta casa, en conocerlo e irse antes que profesase, y dejar a las otras en paz! Y aun en todos los monasterios (al menos si me creen a mí) no la ternán ni darán profesión, hasta que de muchos años esté probado a ver si se enmienda. No llamo faltas en la penitencia y ayunos, porque aunque lo es, no son cosas que hacen tanto daño. Mas unas condiciones que hay de suyo amigas de ser estimadas, y tenidas, y mirar las faltas ajenas, y nunca conocer las suyas, y otras cosas semejantes que verdaderamente nacen de poca humildad, si Dios no favorece con darle gran espíritu, hasta de muchos años ver la enmienda os libre Dios de que queden en vuestra compañía. Entended, que ni ella sosegará, ni os dejará sosegar a todas.

4. Esto me lastima de los monasterios, que muchas veces, por no tornar a dar el dinero del dote, dejan al ladrón que les robe el tesoro, o por la honra de sus deudos. En esta casa tenéis ya aventurada y perdida la honra del mundo (porque las pobres no son honradas), no tan a vuestra costa queráis que sean los otros. Nuestra honra, hermanas, ha de ser servir a Dios: quien pensare que desto os ha de estorbar, quédese con su honra en su casa, que para esto ordenaron nuestros Padres la probación de un año, y aquí quisiera yo que no se diera en diez la profesión, que a la monja humilde poco se le diera en no ser profesa: bien supiera que si era buena no la habían de echar, y si no lo es, ¿para qué quiere hacer daño a este colegio de Cristo? Y no llamo no ser buena cosa de vanidad, que con el favor de Dios

creo estará lejos desta casa; llamo no ser buena no estar mortificada, sino con asimiento de cosas del mundo o de sí en estas cosas que he dicho. Y la que mucho en sí no la viere, créame ella mesma, y no haga profesión si no quiere tener un infierno acá, y plega a Dios no sea otro allá; porque hay muchas cosas en ello para ella, y por ventura ella y las demás no lo entenderán como yo. Créanme esto, y si no el tiempo les doy por testigo; que el estilo que pretendemos llevar es, no sólo de ser monjas, sino ermitañas, como nuestros Padres santos pasados, y ansí se desasen de todo lo criado. Y a quien el Señor ha escogido para aquí, particularmente vemos que la hace esta merced, y aunque ahora no sea en toda perfeción, vese que va ya a ella por el gran contento que le da y alegría de ver que no ha de tornar a tratar con cosa de la vida, y el favor que siente de todas las cosas de la religión.

5. Torno a decir, que si se inclina a cosas del mundo y no se ve ir aprovechando, que no es para estos monasterios, puédese ir a otro si quiere ser monja, y si no verá cómo le sucede. No se queje de mí (que comencé éste) porque no la aviso. Es esta casa un cielo, si le puede haber en la tierra, para quien se contenta sólo de contentar a Dios nuestro Señor, y no hace caso de contentos suyos y tiene muy buena vida; en queriendo algo más, lo perderá todo, porque no lo puede tener. Y alma descontenta, es como quien tiene gran hastío, que por bueno que sea el manjar, le da en rostro; y lo que los sanos comen con gran gusto, le hace asco en el estómago. En otra parte se salvará mejor, y podrá ser que poco a poco llegue a la perfeción que aquí no pudo sufrir por tomarse por junto; que aunque en lo interior se guarde tiempo para del todo desasirse y mortificarse, en lo exterior ha de ser con brevedad, por

el daño que pueda hacer a las otras. Y si aquí viendo que todas lo hacen, y andando en tan buena compañía siempre, no aprovecha en un año, temo que no aprovechará en muchos. No digo que sea tan cumplidamente como en las otras, mas que se entienda que va cobrando salud, que luego se ve cuando el mal no es mortal.

CAPITULO XIV

En que trata lo mucho que importa en no dar profesión a ninguna que vaya contrario su espíritu de las cosas que quedan dichas.

1. Bien creo que favorece el Señor mucho a quien bien se determina, y por ello se ha de mirar qué intento tiene la que entra, no sea sólo por remediarse, como acaece ahora a muchas, puesto que el Señor puede perficionar este intento, si es persona de buen entendimiento; que si no, en ninguna manera se tome, porque ni ella se entenderá cómo entra, ni después a las que las quieren poner en lo mejor. Porque por la mayor parte, quien esta falta tiene, siempre le parece que atina más lo que le conviene que los más sabios. Y es mal que le tengo por incurable, porque por maravilla deja de traer consigo malicia; adonde hay muchas, podráse tolerar, y entre tan pocas, no se podrá sufrir. Un buen entendimiento, si se comienza a aficionar al bien, ásese a él con fortaleza, porque ve que es lo más acertado; y cuando no aproveche para mucho espíritu, aprovechará para buen consejo, y para muchas cosas sin cansar a nadie; cuando éste falta, yo no sé para qué puede aprovechar en comunidad, y podría dañar harto. Esta falta no se ve muy en breve, porque muchas hablan bien y entienden mal; y otras hablan corto y no muy cortado,

y tienen entendimiento para mucho. Bien que hay unas simplicidades santas, que saben poco para negocios y estilo de mundo, y mucho para tratar con Dios. Por esto es menester gran información para recibirlas, y larga probación para hacerlas profesas. Entienda una vez el mundo que tenéis libertad para echarlas, que en monasterio donde hay asperezas, muchas ocasiones hay; y como se use, no lo ternán por agravio.

2. Digo esto, porque son tan desventurados estos tiempos y tanta nuestra flaqueza, que no basta tenerlo por mandamiento de nuestros pasados para que dejemos de mirar lo que han tomado por honra los presentes, para no agraviar los deudos, sino que por no hacer un agravio pequeño, por quitar un dicho que no es nada, dejamos olvidar las virtuosas costumbres. Plega a Dios no lo paguen en la otra vida las que las admiten, que nunca falta un color con que nos hacemos entender que se sufre hacerlo, y este es un negocio que cada una por sí le había de mirar, y encomendar a Dios, y animar a la perlada, pues es cosa que tanto importa a todas; y ansí suplico a Dios en ello os dé luz. Y tengo para mí que cuando la perlada sin afición ni pasión mira lo que está bien a la casa, nunca la dejará Dios errar; y en mirar estas piedades y puntos necios, creo que no deja de haber yerro.

CAPITULO XV

Que trata del gran bien que hay en no disculparse, aunque se vean condenar sin culpa.

1. Confusión grande me hace lo que os voy a persuadir, que no os disculpéis, que es costumbre perfetísima y de gran mérito, porque había de obrar lo que os

digo en esta virtud. Es ansí, que yo confieso haber aprovechado muy poco en ella. Jamás me parece que me falta una causá para parecerme mayor virtud dar disculpa. Como algunas veces es lícito, y sería mal no lo hacer, no tengo discreción, o por mejor decir, humildad para hacerlo cuando conviene. Porque verdaderamente es de grande humildad verse condenar sin culpa, y callar; y es gran imitación del Señor que nos quitó todas las culpas. Y ansí os ruego mucho traigáis en esto cuidado, porque trae consigo grandes ganancias, y en procurar nosotras mesmas librarnos de culpa ninguna veo, si no es, como digo, en algunos casos que podría causar enojo no decir la verdad. Esto quien tuviere mas discreción que yo lo entenderá; creo que va mucho en acostumbrarse a esta virtud o en procurar alcanzar del Señor verdadera humildad, que de aquí debe venir; porque el verdadero humilde ha de desear con verdad ser tenido en poco, y perseguido y condenado, aunque no haya hecho por qué. Si quiere imitar al Señor, ¿en qué mejor puede que en esto? Aquí no son menester fuerza corporales ni ayuda de nadie, sino de Dios.

2. Estas virtudes grandes, hermanas mías, querría yo fuese nuestro estudio y nuestra penitencia; que en otras grandes y demasiadas penitencias ya sabéis que los voy a la mano, porque pueden hacer daño a la salud, si son sin discreción. En estotro no hay que temer, porque por grandes que sean las virtudes interiores, no quitan las fuerzas del cuerpo para servir a la religión, sino fortalecen el alma, y en cosas muy pequeñas se pueden (como he dicho otras veces) acostumbrar para salir con vitoria en las grandes. Mas qué bien se escribe esto, y qué mal lo hago yo; a la verdad, en cosas grandes nunca he yo podido hacer esta prueba, porque

nunca oí decir nada de mí que fuese malo que no viese claro que quedaban cortos; porque aunque no eran las mesmas cosas, tenían ofendido a Dios nuestro Señor en otras muchas, y parecíame que habían hecho harto en dejar aquéllas, que siempre me huelgo yo mas que digan de mí lo que no es, que no las verdades. Ayuda mucho a traer consideración cada uno de lo mucho que se gana por todas vías, y por ninguna pierde, a mi parecer; gana lo principal en seguir en algo al Señor. Digo en algo, bien mirado nunca nos culpan sin culpas, que siempre andamos llenas dellas, pues cae siete veces al día el justo, y sería mentira decir que no tenemos pecado. Ansí, que aunque no sea en lo mesmo que nos culpan, nunca estamos sin culpa del todo, como lo estaba el buen Jesús.

3. ¡Oh Señor mío! Cuando pienso por qué de manera padecisteis y cómo por ninguna lo merecíades, no sé qué me diga de mí ni dónde tuve el seso cuando no deseaba padecer, ni adónde estoy cuando me disculpo. Sabéis Vos, Bien mío, que si tengo algún bien, que no es dado por otras manos, sino por las vuestras. Pues ¿qué os va más, Señor, en dar mucho que poco? Si es por no lo merecer yo, tampoco merecía las mercedes que me habéis hecho. ¿Es posible que yo he de querer que sienta nadie bien de cosa tan mala como yo, habiendo dicho tantos males de Vos, que sois bien sobre todos los bienes? No se sufre, no se sufre, Dios mío, ni querría yo que sufriésedes Vos, que haya en vuestra sierva cosa que no contente a vuestros ojos. Pues mirá, Señor, que los míos están ciegos y se contentan de muy poco; dadme Vos luz y haced con verdad yo desee que todos me aborrezan, pues tantas veces os he dejado a Vos, amándome con tanta fidelidad. ¿Qué es esto, mi Dios? ¿Qué pensamos sacar de contentar a las criaturas? ¿Qué

nos va en ser muy culpadas de todas ellas si delante de Vos, Señor, estamos sin culpa?

4. ¡Oh hermanas mías, que nunca acabamos de entender esta verdad, y ansí nunca acabaremos de estar en la cumbre de la perfeción, si mucho no la andamos considerando y pensando qué es lo que es, y qué es lo que no es! Pues cuando no hubiese otra ganancia sino la confusión que le quedará a la persona que os hubiere culpado, de ver que vos sin ella os dejáis condenar, es grandísima. Más levanta una cosa destas a las veces el alma, que diez sermones. Pues todas hemos de procurar de ser predicadoras de obras, pues el Apóstol y nuestra inhabilidad nos quita que lo seamos de palabras. Nunca penséis que ha de estar secreto el mal o el bien que hiciéredes, por encerradas que estéis. ¿Y pensáis, hijas, que aunque vosotras no os disculpéis, ha de faltar quien torne por vosotras? Mirad cómo respondió el Señor por la Magdalena en casa del fariseo, y cuando su hermano la culpaba. No os llevará por el rigor que a sí, que ya al tiempo que tuvo un ladrón que tornarse por él, estaba en la cruz. Ansí que su Majestad moverá a quien torne por vosotras, y cuando no, no será menester.

5. Esto yo lo he visto, y es ansí (aunque no querría que se os acordase, sino que os holgásedes de quedar culpadas), y el provecho que veréis en vuestra alma, el tiempo os doy por testigo; porque se comienza a ganar libertad, y no se da más que digan mal que bien, antes parece que es negocio ajeno; y es como cuando están hablando dos personas, que como no es con nosotras mesmas, estamos descuidadas de la respuesta; ansí es acá con la costumbre que está hecha de que no hemos de responder, no parece que hablan con nosotras. Parecerá esto imposible a los que somos muy sentidos y

poco mortificados; a los principios dificultoso es, mas yo sé que se puede alcanzar esta libertad y negación y desasimiento de nosotras mesmas con el favor del Señor.

CAPITULO XVI

De la diferencia que debe haber en la perfeción de la vida de los contemplativos, a los que se contentan con oración mental; y cómo es posible algunas veces subir Dios un alma distraída a perfeta contemplación, y la causa dello. Es mucho de notar este capítulo, y el que viene cabe él.

1. No os parezca mucho todo esto, que voy entablando el juego, como dicen. Pedístesme os dijese el principio de oración; yo, hijas, aunque no me llevó Dios por este principio, porque aún no le debo tener destas virtudes, no sé otro. Pues creed que quien no sabe concertar las piezas en el juego de ajedrez, que sabrá mal jugar, y si no sabe dar jaque, no sabrá dar mate. Aun si me habéis de reprender, porque hablo en cosa de juego, no le habiendo en esta casa, ni habiéndole de haber. Aquí veréis la madre que os dió Dios, que hasta esta vanidad sabía; mas dicen que es lícito algunas veces, y cuán lícita sería para nosotras esta manera de juego, y cuán presto, si mucho lo usamos, daremos mate a este Rey divino, que no se nos podrá ir de las manos, ni querrá. La dama es la que más guerra la puede hacer en este juego, y todas las otras piezas ayudan. No hay dama que ansí le haga rendir como la humildad. Esta le trajo del cielo en las entrañas de la Virgen, y con ella le traeremos nosotras de un cabello a nuestras almas. Y cree que quien más tuviere, más le terná, y quien menos, menos. Porque yo no entiendo, ni puedo entender, cómo haya ni pueda haber humildad sin amor, ni amor

sin humildad. Ni es posible estar estas dos virtudes en su perfeción sin gran desasimiento de todo lo criado.

2. Diréis, mis hijas, que para qué os hablo de virtudes, que hartos libros tenéis que os las enseñen, que no queréis sino contemplación. Digo yo que si aun pidiérades meditación, pudiera hablar della, y aconsejar a todas la tuvieran, aunque no tengan virtudes; porque es principio para alcanzar todas las virtudes, y cosa que nos va la vida en comenzarla todos los cristianos; y ninguno, por pedido que sea, si Dios le despierta a tan gran bien, lo había de dejar, como ya tengo escrito en otra parte, y otros muchos que saben lo que escriben, que yo por cierto no lo sé, Dios lo sabe. Mas contemplación es otra cosa, hijas, que éste es el engaño que todos traemos, que en llegándose uno un rato cada día a pensar sus pecados (que lo debe hacer si es cristiano de más que nombre), luego dicen es muy contemplativo, y luego le quieren con tan grandes virtudes como está obligado a tener el muy contemplativo, y aun él se quiere, mas yerra. En los principios no supo entablar el juego, pensó bastaba conocer las piezas para dar mate, y es imposible; que no se da en este modo de que hablamos este Rey sino a quien se le da del todo.

3. Ansí que, hijas, si queréis que os diga el camino para llegar a la contemplación, sufrid que sea un poco larga en cosas, aunque no os parezcan luego tan importantes. A mi parecer no lo dejan de ser, y si no las queréis oir ni obrar, quedaos con vuestra oración mental toda vuestra vida, que os aseguro a vosotras y a todas las personas que pretendieron este bien (ya puede ser que yo me engañe, porque juzgo por mí, que lo procuré veinte años) que lleguéis a verdadera contemplación.

4. Quiero ahora declarar, porque algunas no lo en-

tenderéis, qué es oración mental, y plega a Dios que ésta tengamos como se ha de tener; mas también he miedo que se tiene con harto trabajo, si no se procuran las virtudes, aunque no en tan alto grado como para la contemplación son menester. Digo que no verná el Rey de la Gloria a nuestra alma (digo a estar unido con ella) si no nos esforzamos a ganar las virtudes grandes. Quiérolo declarar, porque si en alguna cosa que no sea verdad me tomáis, no creeréis cosa, y terníades razón, si fuese con advertencia; mas no me dé Dios tal lugar, será no saber más, o no lo entender. Quiero, pues, decir que algunas veces querrá Dios a personas que estén en mal estado, hacerles tan gran favor que las suba a la contemplación, para sacarlas por este medio de las manos del demonio.

5. ¡Oh, Señor mío, qué de veces os hacemos andar a brazos con el demonio! ¿No bastara que os dejastes tomar en ellos cuando os llevó al pináculo, para enseñarnos a vencerle? Mas¿ qué sería, hijas, ver junto aquel sol con las tinieblas, y qué temor llevaría aquel desventurado sin saber de qué? Que no permitió Dios lo entendiese. Bendita sea tanta piedad y misericordia, que vergüenza habíamos de haber los cristianos de hacerle andar cada día a brazos, como he dicho, con tan sucia bestia. Bien fué menester, Señor, que los tuviésedes tan fuertes. Mas ¿cómo no os quedaron flacos de tantos tormentos como pasastes en la cruz? ¡Oh, que todo lo que se pasa con amor torna a soldarse! Y ansí creo que si quedáredes con la vida, el mesmo amor que nos tenéis tornara a soldar vuestras llagas, que no fuera menester otra medicina. ¡Oh Dios mío, y quién la pusiese tal en todas las cosas, que me diesen pena y trabajo, que de buena gana las desearía si tuviese cierto ser curada con tan saludable ungüento!

6. Tornando a lo que decía, hay almas que entiende Dios que por este medio las puede granjear para sí; ya que las ve del todo perdidas, quiere su Majestad que no quede por El, y aunque estén en mal estado, y faltas de virtudes, dales gustos, y regalos, y ternura, que las comienza a mover los deseos y aun pónelas en contemplación algunas veces, pocas, y dura poco; y esto (como digo) hace, porque las prueba, si con aquel favor se querrán disponer a gozarle muchas veces. Mas si no se disponen, perdonen (o perdonadnos Vos, Señor, por mejor decir), que harto mal es que os lleguéis Vos a un alma desta suerte, y se llegue ella después a cosa de la tierra para atarse a ella. Tengo para mí que hay muchos con quien Dios nuestro Señor hace esta prueba, y pocos los que se disponen para gozar desta merced. Que cuando el Señor la hace, y no queda por nosotros, tengo por cierto que nunca cesa de dar, hasta que llega a muy alto grado. Cuando no nos damos a su Majestad con la determinación que El se da a nosotras, harto hace en dejarnos en oración mental, y visitarnos de cuando en cuando, como a criados que están en su viña; mas estotros son hijos regalados, no los querría quitar de cabe sí, ni los quita; porque ya ellos no se quieren quitar: siéntalos a su mesa, dales de lo que come, hasta quitar, como dicen, el bocado de la boca para dárselo.

7. ¡Oh dichoso cuidado, hijas mías! ¡Oh bienaventurada dejación de cosas tan pocas y tan bajas, que llega a tan gran estado! Mirad qué se os dará estando en los brazos de Dios, que os culpe todo el mundo. Poderoso es para libraros de todo, que una vez que mandó hacer el mundo, fué hecho; su querer es obrar; pues no hayáis miedo, que si no es para más bien del que le ama, consienta hablar con vos; no quiere tan poco a quien le quiere. Pues ¿por qué, mis hermanas, no les mostrare-

mos nosotras en cuanto podemos el amor? Mirad que es hermoso trueco dar nuestro amor por el suyo; mirad que lo puede todo, y acá no podemos nada, sino lo que El nos hace poder. Pues ¿qué es esto que hacemos por Vos, Señor, hacedor nuestro? Que es tanto como nada, una determinacioncilla. Pues si con lo que no es nada quiere su Majestad que merquemos el todo, no seamos desatinadas.

8. ¡Oh Señor, que todo el daño nos viene de no tener puestos los ojos en Vos! Que si no mirásemos otra cosa sino al camino, presto llegaríamos; mas damos mil caídas y tropezones, y erramos el camino por no poner los ojos, como digo, en el verdadero camino. Parece que nunca se anduvo, según se nos hace nuevo; cosa es para lastimar, por cierto, lo que algunas veces pasa; por esto digo que no parecemos cristianos, ni leímos la Pasión en nuestra vida. Pues tocar en un puntico de ser menos, no se sufre ni parece que se ha de poder sufrir; luego dicen: no somos santos. Dios nos libre, hermanas, cuando algo hiciéremos no perfeto, de decir: no somos ángeles, no somos santas. Mirad que, aunque no lo seamos, es gran bien pensar si nos esforzamos lo podríamos ser, dándonos Dios la mano; y no hayáis miedo que quede por El, si no queda por nosotras. Y pues no venimos aquí a otra cosa, manos a la labor, como dicen, no entendamos cosa en que se sirva más el Señor que no presumamos salir con ella con su favor. Esta presunción querría yo en esta casa, que hace siempre crecer la humildad, y tener una santa osadía, que Dios ayuda a los fuertes, y no es acetador de personas. Mucho me he divertido; quiero tornar a lo que decía. Conviene saber: qué es oración mental, y qué contemplación; impertinente parece, mas para vosotras todo pasa; y podrá ser que lo entendáis mejor por mi grosero

estilo que por otros elegantes. El Señor me dé favor para ello. Amén.

CAPÍTULO XVII

De cómo no todas las almas son para contemplación, y cómo algunas llegan a ella tarde, y que el verdadero humilde ha de ir contento por el camino que le llevare el Señor.

1. Parece que voy entrando en oración, y fáltame un poco de decir, que importa mucho, porque es de la humildad, y es necesaria en esta casa; porque es el ejercicio pricipal de la oración, y como he dicho, cumple mucho que tratéis de entender cómo ejercitaros mucho en la humildad; y este es un gran punto della, y muy necesario para todas las personas que se ejercitan en oración. ¿Como podrá el verdadero humilde pensar que es tan bueno como los que llegan a ser contemplativos? Que Dios le puede hacer tal, sí, por su bondad y misericordia; mas de mi consejo siempre se siente en el más bajo lugar, que ansí nos dijo el Señor lo hiciésemos, y nos lo enseñó por la obra. Dispóngase para si Dios le quisiere llevar por ese camino; cuando no, para eso es la humildad, para tenerse por dichosa en servir a las siervas del Señor, y alabarle; porque mereciendo ser sierva de los demonios en el infierno, la trajo su Majestad entre ellas. No digo esto sin gran causa, porque, como he dicho, es cosa que importa mucho entender, que no a todos lleva Dios por un camino, y por ventura el que le parece que va más bajo, está más alto en los ojos del Señor.

2. Ansí, que no porque en esta casa todas traten de oración han de ser todas contemplativas; es imposible, y será grande consolación para la que no lo es entender

esta verdad, que esto es cosa que lo da Dios; y pues no es necesario para la salvación, ni nos lo pide de premio, no piense que se lo pedirá nadie, que por eso no dejará de ser muy perfeta si hace lo que queda dicho. Antes podrá ser que tenga mucho más mérito, porque es a más trabajo suyo, y la lleva el Señor como a fuerte, y la tiene guardado junto todo lo que aquí no goza. No por eso desmaye ni deje la oración, y de hacer lo que todas, que a las veces viene el Señor muy tarde, y paga tan bien y tan por junto como en muchos años ha ido dando a otros. Yo estuve más de catorce, que nunca podía tener aún meditación sino junto con leción. Habrá muchas personas desta arte, y otras que, aunque sea con la leción, no puedan tener meditación, sino rezar vocalmente, y aquí se detienen más. Hay pensamientos tan ligeros, que no pueden estar en una cosa, sino siempre desasosegados, y en tanto extremo, que si le quieren detener a pensar en Dios, se les va a mil disbarates, y escrúpulos y dudas.

3. Yo conozco una persona bien vieja, de harto buena vida (que pluguiera a Dios fuera mi vida como la suya), penitente y muy sierva de Dios, gastar hartas horas y hartos años en oración vocal, y mental no haber remedio; cuando más puede, poco a poco en las oraciones vocales se va deteniendo. Y otras muchas personas hay desta manera, y si hay humildad, no creo yo que saldrán peor libradas al cabo, sino muy en igual de los que llevan muchos gustos; y con más seguridad en parte, porque no sabemos si los gustos son de Dios, o si los pone el demonio; y si no son de Dios, es más peligro, porque en lo que el demonio trabaja aquí es en poner soberbia; que si son de Dios, no hay que temer, consigo traen la humildad, como escribí muy largo en el otro libro.

4 Estotros que no reciben gustos andan con humildad sospechosos, que es por su culpa, siempre con cuidado de ir adelante; no ven a otros llorar una lágrima, que si ellos no la tienen, no les parezca estar muy atrás en el servicio de Dios, y deben estar, por ventura, muy más adelante; porque no son las lágrimas (aunque son buenas) todas perfetas. En la humildad, y mortificación, y desasimiento, y otras virtudes, siempre hay más seguridad; no hay que temer, ni hayáis miedo que dejéis de llegar a la perfeción, como los muy contemplativos. Santa era Santa Marta, aunque no dicen que era contemplativa; pues ¿qué más queréis que poder llegar a ser como esta bienaventurada, que mereció tener a Cristo nuestro Señor tantas veces en su casa, y darle de comer, y servirle, y comer a su mesa? Si se estuviera, como la Magdalena, siempre embebida, no hubiera quien diera de comer a este divino huésped. Pues pensad que es esta congregación la casa de Santa Marta, y que ha de haber de todo; y las que fueren llevadas por la vía activa, no murmuren de las que mucho se embebieren en la contemplación, pues saben que ha de tornar el Señor por ellas, aunque calle la mayor parte, las hace descuidar de sí y de todo. Acuérdense que es menester quien le guise la comida, y ténganse por dichosas en andar sirviendo con Marta. Miren que la verdadera humildad está mucho en estar muy pronto en contentarse con lo que el Señor quisiere hacer dellos, y siempre hallarse indignos de llamarse sus siervos.

5. Pues si contemplar, y tener oración mental, y vocal, y curar enfermos, y servir en las cosas de casa, y trabajar, sea en lo más bajo, todo es servir al huésped que se viene a estar, y a comer, y a recrearse con nosotras, ¿qué más se nos da servirle en lo uno que en lo otro? No digo yo que quede por nosotras, sino que lo

probéis todo, porque no está esto en vuestro escoger. sino en el del Señor; mas si después de muchos años quisiere a cada una para su oficio, gentil humildad será querer vosotras escoger; dejad hacer al Señor de la casa, sabio es, y poderoso, entiende lo que os conviene, y lo que le conviene a El también.

6. Estad seguras, que haciendo lo que es en nosotras, y aparejándoos para contemplación con la perfeción que queda dicha, que si El no os la da (y a lo que creo, no dejará de dar, si es de veras el desasimiento y humildad), que tiene guardado este regalo para dároslo junto en el cielo, y como otra vez he dicho, os quiere llevar como a fuertes, dándonos acá cruz, como siempre su Majestad la trajo. ¿Y qué mejor amistad que querer lo que quiso para sí, para vos? Y pudiera ser que no tuviérades tanto premio en la contemplación. Juicios son suyos, no hay que meternos en ellos. Harto bien es, que no quede a nuestro escoger, que luego como nos parece más descanso, fuéramos todos grandes contemplativos. ¡Oh, gran ganancia, no querer ganar por nuestro parecer, para no temer pérdida! Pues nunca permite Dios que la tenga el bien mortificado, sino para ganar más.

CAPITULO XVIII

Que prosigue en la mesma materia y dice cuánto mayores son los trabajos de los contemplativos que de los activos. Es de mucha consolación para ellos.

1. Pues yo os digo, hijas, a las que no lleva Dios por este camino, que a lo que he visto y entendido de los que van por él, que no llevan la cruz más liviana, y que os espantaríades por las vías y maneras que la da

Dios. Yo sé de unos y de otros, y sé claro que son intolerables los trabajos que Dios da a los contemplativos; y son de tal suerte, que si no les diese aquel manjar de gustos, no se podrían sufrir. Y está claro que pues lo es, que a los que Dios mucho quiere lleva por camino de trabajos, y mientras más los ama, mayores, no hay por qué creer que tiene aborrecidos los contemplativos, pues por su boca los alaba y tiene por amigos. Pues creer que admite a su amistad a gente regalada y sin trabajos, es disbarate: tengo por muy cierto que se los da Dios mucho mayores. Y ansí como los lleva por camino barrancoso y tan áspero, que a las veces les parece que se pierden y han de comenzar de nuevo a tornarle a andar; ansí ha menester su Majestad darles mantenimiento, y no de agua, sino de vino, para que, embriagados con este vino de Dios, no entiendan lo que pasan y lo puedan sufrir. Y ansí pocos veo verdaderos contemplativos que no los vea animosos y determinados a padecer; que lo primero que hace el Señor, si son flacos, es ponerles ánimo y hacerlos que no teman trabajos. Creo que piensan los de la vida activa, por un poquito que los ven regalados, que no hay más que aquéllos; pues yo digo que por ventura un día de los que pasan no lo pudiésedes sufrir. Ansí que el Señor, como conoce a todos para lo que son, da a cada uno su oficio, el que más ve que conviene a su alma y al mesmo Señor y al bien de los prójimos. Y como no quede por no haberos dispuesto, no hayáis miedo que se pierda vuestro trabajo.

2. Mirad que digo, que todas lo procuremos, pues no estamos aquí a otra cosa, y no un año, ni dos solos, ni aun diez, porque no parezca que los dejamos de cobarde. Y es bien que el Señor vea que no queda por nosotras, como los soldados, que aunque mucho hayan

servido, siempre han de estar a punto para que el capitán los mande en cualquier oficio que quiera ponerlos, pues les ha de dar su sueldo muy bien pagado; y ¿cuánmejor pagado lo pagará nuestro Rey que los de la tierra? Pues como el capitán los ve presentes, y con gana de servir, y tiene ya entendido para lo que es cada uno, reparte los oficios como ve las fuerzas, y si no estuviesen presentes, no les daría nada, ni mandaría en qué sirviesen.

3. Ansí que, hermanas, oración mental; y quien ésta no pudiere, vocal, y leción, y coloquios con Dios, como después diré; no deje las horas de oración, que, no sabe cuándo llamará el esposo (no le acaezca como a las vírgenes locas) y las querrá dar más trabajo disfrazado con gusto, y si no se le diere, entienda que no es para ello, y que le conviene lo otro. Y aquí entra el merecer con la humildad, creyendo con verdad que aun para lo que hacen, no son. Andar alegres sirviendo en lo que les mandan, como he dicho; y si es de veras esta humildad, bienaventurada tal sierva de vida activa, que no murmurará sino de sí, deje a las otras con su guerra, que no es pequeña. Porque aunque en las batallas el alférez no pelea, no por eso deja de ir en gran peligro; y en lo interior debe trabajar más que todos, porque como lleva la bandera, no se puede defender, y aunque le hagan pedazos no la ha de dejar de las manos; ansí los contemplativos han de llevar levantada la bandera de la humildad, y sufrir cuantos golpes les dieren, sin dar ninguno, porque su oficio es padecer como Cristo, llevar en lo alto la cruz, no la dejar de las manos por peligros en que se vean, sin que muestren flaqueza en padecer; para eso les dan tan honroso oficio.

4. Miren lo que hacen, porque si el alférez deja la bandera, perderse ha la batalla; y ansí creo que se hace

gran daño en los que no están tan adelante, si a los que tienen ya en cuenta de capitanes, y amigos de Dios, les ven no ser sus obras conforme al oficio que tienen. Los demás soldados vanse como pueden, y a las veces se apartan de donde ven el mayor peligro, y no los echa nadie de ver, ni pierden honra; estotros llevan todos los ojos puestos en ellos, no se pueden bullir. Bueno es el oficio, y honra grande, y merced hace el rey a quien le da, mas no se obliga a poco en tomarle.

5. Ansí que, hermanas mías, no nos entendemos ni sabemos lo que pedimos; dejemos hacer al Señor, que nos conoce mejor que nosotras mesmas; y la humildad es contentarnos con lo que nos dan, que hay algunas personas que por justicia parece quieren pedir a Dios regalos. Donosa manera de humildad; por eso hace bien el conocedor de todos, que pocas veces creo los da a éstos; ve claro que no son para beber el cáliz suyo. Pues para entender, hijas, si estáis aprovechadas, será en si entendiere cada una que es la más ruin de todas, y que se entienda en sus obras que lo conoce ansí, para aprovechamiento y bien de las otras; y no en la que tiene más gustos en la oración, y arrobamientos, y visiones, y mercedes que le hace el Señor desta suerte, que hemos de aguardar al otro mundo para ver su valor. Estotro es moneda que corre, es renta que no falta, son juros perpetuos y no censo de al quitar (que estotro quítase y pónese) una virtud grande de humildad y mortificación, de gran obediencia en no ir un punto contra lo que manda el perlado, que sabéis verdaderamente que os lo manda Dios, pues está en su lugar.

6. En esto de obediencia es en lo que más había de decir, y por parecerme que si no la hay es no ser monjas, no digo nada dello, porque hablo con monjas (y a mi parecer buenas, al menos que lo desean ser) en cosa

tan sabida e importante, no más de una palabra, porque no se olvide. Digo que quien estuviere por voto debajo de obediencia, y faltare, no trayendo todo cuidado en cómo cumplirá con mayor perfeción este voto, que no sé para qué está en el monasterio. Al menos yo la aseguro que mientras aquí faltare, que nunca llegue a ser contemplativa, ni aun buena activa. Esto tengo por muy cierto, y aunque no sea persona que tiene a esto obligación, si quiere o pretende llegar a contemplación, ha menester, para ir muy acertada, dejar su voluntad con toda determinación en un confesor que sea tal. Porque esto es ya cosa muy sabida, que aprovechan más desta suerte en un año, que sin esto en muchos; y porque para vosotras no es menester, no hay qué hablar dello.

7. Concluyo con que estas virtudes son las que yo deseo que tengáis, hijas mías, y las que procuréis, y las que santamente envidiés. Estotras devociones no curéis de tener pena por no tenerlas, es cosa incierta. Podría ser que en otras personas sean de Dios, y en vos permitirá su Majestad sea ilusión del demonio, y que os engañe, como ha hecho a otras personas. En cosa dudosa, ¿para qué queréis servir al Señor, teniendo tanto en qué seguro? ¿Quién os mete en esos peligros? Heme alargado en esto tanto porque sé que conviene, que esta nuestra naturaleza es flaca, y a quien Dios quisiere dar la contemplación, su Majestad le hará fuerte. A los que no heme holgado de dar estos avisos, por donde también se humillarán los contemplativos. El Señor por quien es nos dé luz para seguir en todo su voluntad, y no habrá de qué temer.

CAPITULO XIX

Que comienza a tratar de la oración; habla con almas que no pueden discurrir con el entendimiento.

1. Ha tantos días que escribí lo pasado, sin haber tenido lugar para tornar a ello, que si no lo tornase a leer, no sé lo que decía; por no ocupar tiempo habrá de ir como saliere, sin concierto. Para entendimientos concertados y almas que están ejercitadas, y pueden estar consigo mesmas, hay tantos libros escritos y tan buenos, y de personas tales, que sería yerro hiciésedes caso de mi dicho en cosa de oración. Pues como digo, tenéis libros tales adonde van por días de la semana repartidos los misterios de la vida del Señor y su Pasión, y meditaciones del Juicio e infierno, y nuestra no nada, y lo mucho que debemos a Dios, con excelente doctrina y concierto pera principio y fin de la oración.

2. Quien pudiere y tuviere costumbre de llevar este modo de oración, no hay que decir que por tan buen camino el Señor le sacará a puerto de luz, y con tan buenos principios, el fin lo será. Y todos los que pudieren ir por él llevan descanso y seguridad, porque atado el entendimiento vase con descanso; mas de lo querría tratar y dar algun remedio, si el Señor quisiese que acertase, y si no al menos que entendáis hay muchas almas que pasan este trabajo, para que no os fatiguéis las que le tuviéredes.

3. Hay unas almas y entendimientos tan desbaratados como unos caballos desbocados, que no hay quien los haga parar; ya van aquí, ya van allí, siempre con desasosiego en su mesma naturaleza, o Dios que lo permite. Heles mucha lástima, porque me parece como unas personas que han mucha sed y ven el agua desde

muy lejos, y cuando quieren ir allá, hallan quien los defienda el paso al principio, y medio, y fin. Acaece que cuando ya con su trabajo, y con harto trabajo, han vencido los primeros enemigos, a los segundos se dejan vencer, y quieren más morir de sed que beber agua que tanto ha de costar. Acabóseles el esfuerzo, faltóles ánimo, y ya que algunos le tienen para vencer también los segundos enemigos, a los terceros se les acaba la fuerza, y por ventura no estaban dos pasos de la fuente de agua viva que dijo el Señor a la Samaritana, que quien la bebiere no terná sed. Y con cuánta razón y verdad, como dicho de la boca de la mesma verdad, que no la terná de cosa desta vida, aunque crece de las cosas de la otra muy mayor de lo que acá podemos imaginar por esta sed natural. Mas con qué sed se desea tener esta sed, porque entiende el alma su gran valor; y sed penosísima que fatiga, trae consigo la mesma satisfación con que se mata aquella sed; de manera que es una sed que no ahoga sino a las cosas terrenas; antes da hartura; de manera que cuando Dios la satisface, una de las mayores mercedes que puede hacer al alma es dejarla con la mesma necesidad, y mayor queda siempre de tornar a beber esta agua.

4. El agua tiene tres propiedades que ahora se me acuerda que me hacen al caso, que muchas más terná. La una es que se enfría, que por calor que hayamos, en llegando al agua se quita; y si hay gran fuego, con ella se mata, salvo si no es de alquitrán, que se enciende más. ¡Oh, válame Dios, qué maravillas hay en este encenderse más el fuego con el agua, cuando es fuego fuerte, poderoso y no sujeto a los elementos, pues éste, con ser su contrario no le empece, antes le hace crecer! Mucho valiera aquí poder hablar quien supiera filosofía, porque sabiendo las propiedades de las cosas,

supiérame declarar, que me voy regalando en ello, y no lo sé decir, y aun por ventura no lo sé entender. De que Dios, hermanas, os traiga a beber este agua, y las que ahora bebéis, gustaréis desto, y entenderéis cómo el verdadero amor de Dios, si está en su fuerza, y ya libre de cosas de tierra del todo, y que vuela sobre ellas, es señor de todos los elementos del mundo; y como el agua procede de la tierra, no hayáis miedo que mate a este fuego de amor de Dios, no es de su jurisdición, aunque son contrarios, es ya señor absoluto, no le está sujeto, y ansi no os espantéis, hermanas, de lo mucho que he puesto en este libro para que procuréis esta libertad.

5. ¿No es linda cosa que una pobre monja de San José pueda llegar a enseñorear toda la tierra y elementos? ¿Y qué mucho que los santos hiciesen dellos lo que querrían con el favor de Dios? A San Martín, el fuego y las aguas le obedecían, y a San Francisco, las aves y los peces; y ansí a otros muchos santos, que se veía claro ser tan señores de todas las cosas del mundo por haber bien trabajado de tenerle en poco, y sujetádose de veras con todas sus fuerzas al Señor dél. Ansí que, como digo, el agua que nace de la tierra no tiene poder contra este fuego, sus llamas son muy altas, y su nacimiento no comienza en cosa tan baja. Otros fuegos hay de pequeño amor de Dios, que cualquier suceso los amatará, mas a éste, no; aunque toda la mar de tentaciones venga, no le harán que deje de arder de manera que no se enseñoree él dellas. Pues si es agua de la que llueve del cielo, muy menos le amatará, más que esotra le aviva; no son contrarios, sino de una tierra; no hayáis miedo que se hagan mal el un elemento al otro; antes ayuda el uno al otro a su efeto; porque el agua de las lágrimas verdaderas, que son las que pro-

ceden en verdadera oración, vienen dadas del Rey del cielo, que le ayuda a encender más y a hacer que dure, y el fuego ayuda al agua a enfriar.

6. ¡Oh, válame Dios, qué cosa tan hermosa y de tanta maravilla, que el fuego enfría, y aun hiela todas las afeciones del mundo cuando se junta con el agua viva del cielo, que es la fuente de donde proceden las lágrimas que quedan dichas, que son dadas y no adquiridas por nuestra industria! Ansí que a buen seguro, que no deja calor en ninguna cosa del mundo para que se detenga en ellas, si no es para si puede pegar este fuego, que es natural suyo, no se contentar con poco, sino que si pudiese abrasaría todo el mundo.

7. Es la otra propiedad limpiar cosas no limpias. Si no hubiese agua para lavar, ¿qué sería del mundo? ¿Sabéis que tanto limpia esta agua viva, esta agua celestial, esta agua clara, cuando no está turbia, cuando no tiene lodo, sino que cae del cielo? Que de una vez que se beba, tengo por cierto que deja el alma clara y limpia de todas las culpas. Porque como tengo escrito, no da Dios lugar a que beban desta agua (que no está en nuestro querer, por ser cosa muy sobrenatural esta divina unión), sino es para limpiarla y dejarla limpia y libre del lodo y miseria en que por las culpas estaba metida; porque otros gustos que vienen por medianería del entendimiento, por mucho que hagan, traen el agua corriendo por la tierra, no la beben junto a la fuente, nunca faltan en este camino cosas lodosas en que se detenga, y no va tan puro ni tan limpio. No llamo yo esta oración (que como digo va discurriendo con el entendimiento) agua viva; conforme a mi entender, digo que por mucho que queramos hacer, siempre se pega a nuestra alma (ayudada desde nuestro cuerpo, y bajo natural) algo de camino, de lo que no querríamos.

8. Quiérome declarar más. Estamos pensando qué es el mundo y cómo se acaba todo para menospreciarlo, y casi sin entendernos nos hallamos metidos en cosas que amamos dél, y deseándolas huir, por lo menos nos estorba un poco pensar cómo fué, y cómo será, y qué hice, y qué haré. Y para pensar lo que hace al caso para librarnos, a las veces nos metemos de nuevo en el peligro. No porque esto se ha de dejar, mas hase de temer; es menester no ir descuidados. Acá lleva este cuidado el mesmo Señor, que no quiere fiarnos de nosotros; tiene en tanto nuestra alma, que no la deja meter en cosas que la puedan dañar, por aquel tiempo que quiere favorecerla, sino pónela de presto junto cabe sí, y muéstrale en un punto más verdades, y dala más claro conocimiento de lo que es todo, que acá pudiéramos tener en muchos años. Porque no va libre la vista, ciéganos el polvo como vamos caminando; acá llévanos el Señor al fin de la jornada sin entender cómo. La otra propiedad del agua es que harta y quita la sed; porque sed me parece a mí que quiere decir deseo de una cosa que nos hace gran falta, que si del todo nos falta, nos mata. Extraña cosa es que si nos falta, nos mata; y si nos sobra, nos acaba la vida, como se ve morir muchos ahogados.

9. ¡Oh Señor mío, y quién se viese tan engolfada en esta agua viva que se le acabase la vida! Mas ¿no puede ser esto? Sí, que tanto puede crecer el amor y deseo de Dios, que no lo pueda sufrir el sujeto natural, y ansí ha habido personas que han muerto. Yo sé de una, que si no la socorriera Dios presto, era esta agua viva tan en gran abundancia, que casi la sacaba de sí con arrobamiento. Digo que casi la sacaba de sí, porque aquí descansa el alma. Parece que, ahogada de no poder sufrir el mundo, resucita en Dios, y su Majestad la habilita para que pueda gozar lo que estando en sí no pudiera

sin acabársele la vida. Entiéndase de aquí, que como en nuestro sumo Bien no puede haber cosa que no sea cabal, todo lo que El da es para nuestro bien; y ansí, por mucha abundancia que haya desta agua, no hay sobra, que no puede haber demasía en cosa suya; porque si da mucho, hace, como he dicho, hábil al alma, para que sea capaz de beber mucho; como un vidriero que hace la vasija de la manera que ve que es menester para que quepa lo que quiere echar en ella. En el desearlo, como es de nosotros, nunca va sin falta; si alguna cosa buena lleva, es lo que en él ayuda el Señor; mas somos tan indiscretos, que como es pena suave y gustosa, nunca nos pensamos hartar desta pena; comemos sin tasa, ayudamos como acá podemos a este deseo, y ansí algunas veces mata: dichosa tal muerte. Mas por ventura con la vida ayudará a otros para morir por deseo desta muerte. Y esto creo que hace el demonio, porque entiende el daño que ha de hacer con vivir, y ansí tienta aquí de indiscretas penitencias para quitar la salud, y no le va poco en ello. Digo, que quien llegó a tener esta sed tan impetuosa, que se mire mucho, porque crea que terná esta tentación; y aunque no muera de sed, acabará la salud, y dará muestras exteriores, aunque no quiera, que se han de excusar por todas vías.

Algunas veces aprovechará poco nuestra diligencia, que no podremos todo lo que se quiere encubrir; mas estemos con cuidado cuando vienen estos ímpetus tan grandes de crecimiento deste deseo, para no añadir en él, sino con suavidad cortar el hilo con otra consideración, que podrá ser que nuestra naturaleza a veces obre tanto como el amor; que hay personas que cualquiera cosa, aunque sea mala, desean con grande vehemencia. Estas no creo serán las muy mortificadas, que para todo aprovecha la mortificación. Parece desatino que cosa tan

buena se ataje, pues no lo es, que yo no digo que se quite el deseo, sino que se ataje, y por ventura será con otro que se merezca tanto. Quiero decir algo para darme mejor a entender. Da un gran deseo de verse ya con Dios, y desatado desta cárcel, como le tenía San Pablo, pena por tal causa, y que debe en sí ser muy gustosa; no será menester poca mortificación para atajarla, y del todo no podrá. Mas cuando viere que aprieta tanto, que casi va a quitar el juicio, como yo vi a una persona no ha mucho, y aunque de su natural impetuosa, pero tan amostrada a quebrantar su voluntad, que me parece que lo ha ya perdido, porque se ve en otras cosas; digo que por un rato la vi como desatinada de la gran pena y fuerza que se hizo en disimularla, y que en caso tan excesivo, aunque fuese espíritu de Dios, tengo por humildad temer; porque no hemos de pensar que tenemos tanta caridad que nos pone en tan gran aprieto. Digo que no terné por malo si puede (aunque por ventura todas veces no podrá) que mude el deseo, pensando que si vive servirá más a Dios, y podrá ser que dé luz a algún alma que se había de perder, y que con servir más merecerá por donde pueda gozar más de Dios, y témase lo poco que ha servido; y éstos son buenos consuelos para tan gran trabajo, y aplacará su pena y ganará mucho, pues con servir al mesmo Señor se quiere acá pasar y vivir con su pena. Es como si uno tuviese un gran trabajo o grave dolor, consolarle con decir tenga paciencia y se deje en las manos de Dios, y que cumpla en El su voluntad, que dejarnos en ellas es lo más acertado en todo. Y que si el demonio ayudó en alguna manera a tan gran deseo que sería posible, como cuenta, creo, Casiano de un ermitaño de asperísima vida, que le hizo entender que se echase en un pozo, porque vería más presto a Dios.

Yo bien creo que no debía haber vivido con humildad, ni bien, porque fiel es el Señor, y no consintiera su Majestad que se cegara en cosa tan manifiesta; mas está claro, que si el deseo fuera de Dios, no le hiciera mal. Trae consigo la luz, y la discreción, y la medida (esto es claro), sino que este adversario enemigo nuestro, por dondequiera que fuere procura dañar, y pues él no anda descuidado, no le andemos nosotras. Este es un punto importante para muchas cosas, ansí para acortar el tiempo de la oración, por gustosa que sea, cuando se vienen a acabar las fuerzas corporales, o hacer daño a la cabeza; en todo es muy necesario discreción. ¿Para qué pensáis, hijas mías, que he pretendido declarar el fin, y mostrar el premio antes de la batalla, con deciros el bien que trae consigo llegar a beber desta fuente celestial y desta agua viva? Para que no os congojéis del trabajo y contradición que hay en el camino, y vais con ánimo, y no os canséis; porque, como he dicho, podrá ser que después de llegadas, que no os falte sino bajaros a beber en la fuente, lo dejéis todo, y perdáis este bien, pensando que no tendréis fuerza para llegar a él, y que no sois para ello. Mirad que convida el Señor a todos, pues es la mesma verdad, no hay que dudar. Si no fuera general este convite, no nos llamara el Señor a todos; y aunque nos llamara, no nos dijera: Yo os daré de beber. Pudiera decir: Venid todos, que en fin no perderéis nada, y a los que a mí me pareciere yo les daré de beber; mas como dijo, sin esta condición, a todos, tengo por cierto que todos los que no se quedaren en el camino, no les faltará esta agua viva. Denos el Señor, que la promete, gracia para buscarla como se ha de buscar, por quien su Majestad es.

CAPÍTULO XX

Trata cómo por diferentes vías nunca falta consolación en el camino de la oración, y aconseja a las hermanas desto sean sus pláticas siempre.

1. En este capítulo pasado parece que me contradigo de lo que había dicho; porque cuando consolaba a las que no llegaban aquí, dije que tenía el Señor diferentes caminos por donde iban a El, ansí como había muchas moradas. Ansí lo torno ahora a decir, porque como entendió su Majestad nuestra flaqueza, proveyó como quien es; mas no dijo por este camino vengan unos, y por este, otros; antes fué tan grande su misericordia, que a nadie quitó que procurase venir a esta fuente de vida a beber. ¡Bendito sea por siempre, y con cuánta razón me lo hubiera quitado a mí! Y pues no me mandó lo dejase cuando lo comencé, e hizo que me echasen en el profundo, a buen seguro que no lo quite a nadie, antes públicamente nos llama a voces; mas como es tan bueno, no nos fuerza, antes da de muchas maneras a beber a los que le quieren seguir, para que ninguno vaya desconsolado, ni muera de sed; porque desta fuente caudalosa salen arroyos, unos grandes y otros pequeños, y algunas veces charquitos para niños, que aquéllos los basta, y más sería espantarlos ver mucha agua; estos son los que están en los principios. Ansí que, hermanas, no hayáis miedo que muráis de sed.

En este camino nunca falta agua de consolación, tan faltada que no se pueda sufrir; y pues esto es ansí, tomad mi consejo y no os quedéis en el camino, sino pelead como fuertes, hasta morir en la demanda, pues no estáis aquí a otra cosa sino a pelear. Y con ir siempre

con esta determinación de antes morir que dejar de llegar al fin del camino, si os llevare el Señor con alguna sed en esta vida, en la que es para siempre os dará con toda abundancia de beber, y sin temor que os ha de faltar. Plega al Señor no le faltemos nosotras. Amén. Ahora, para comenzar este camino que queda dicho de manera que no se yerre desde el principio, tratemos un poco de cómo se ha de principiar esta jornada, porque es lo que más importa. Digo que importa el todo para todo. No digo que quien no tuviere la determinación que aquí diré deje de comenzar, porque el Señor le irá perficionando; y cuando no hiciese más de dar un paso, tiene en sí tanta virtud que no haya miedo lo pierda, ni le deje de ser muy bien pagado. Es, digamos, como quien tiene una cuenta de perdones, que si la reza una vez, gana, y mientras más veces, más; mas si nunca llega a ella, sino que se la tiene en el arca, mejor fuera no tenerla. Ansí que, aunque no vaya después por el mesmo camino, lo poco que hubiera andado dél le dará luz para que vaya bien por los otros; y si más anduviere, más. En fin, tenga por cierto no le hará daño el haberle comenzado para cosa ninguna, aunque le deje, porque el bien nunca hace mal. Por eso a todas las personas que os trataren, hijas, habiendo disposición y alguna amistad, procurad quitarles el miedo de comenzar tan gran bien. Y por amor de Dios os pido que vuestro trato sea siempre ordenado a algún bien de aquel con quien habláredes, pues vuestra oración ha de ser para provecho de las almas, y esto habéis siempre de pedir al Señor. Mal pareceria, hermanas, no lo procurar de todas maneras. Si queréis ser buen deudo, esta es la verdadera amistad; si buena amiga, entender que no lo podéis ser sino por este camino. Ande la verdad en vuestros carazones, como ha de andar por la meditación, y veréis claro el

amor que somos obligados a tener a los prójimos. No es ya tiempo, hermanas, de juego de niños (que no parece otra cosa estas amistades del mundo, aunque sean buenas), ni haya en vosotras tal plática que si me queréis, o no me queréis, ni con deudos, ni con nadie, si no fuere yendo fundadas en un gran fin y provecho de aquel ánima; que puede acaecer, que para que os escuche vuestro deudo, o hermano, o persona semejante una verdad, y la admita, sea menester de disponerle con estas pláticas y muestras de amor, que a la sensualidad siempre contentan, y acaecerá tener en más una buena palabra (que ansí la llaman), y disponer más que muchas de Dios, para que después éstas sepan bien; y ansí, yendo con advertencia de aprovechar, no las quito, mas si no es para esto, ningún provecho pueden traer, y podrán hacer daño sin entenderlo vosotras. Ya saben que sois religiosas, y que vuestro trato es de oración; no se os ponga delante, no quiero que me tengan por buena, porque es provecho o daño común el que en vos vieren, y es gran mal, que a las que tanta obligación tienen de no hablar, sino en Dios, como las monjas, les parezca bien la disimulación en este caso, si no fuese alguna vez para más bien. Este es vuestro trato y lenguaje; quien os quisiere tratar, deprendale, o si no guardaos de deprender vosotras el suyo, que será el infierno. Si os tuvieren por groseras, poco va en ello; si por hipócritas, menos. Ganaréis de aquí que no os verá sino quien se entendiere por esta lengua, porque no lleva camino uno que no sabe algarabía, gustar de hablar mucho con quien no sabe otro lenguaje; y ansí, ni os cansarán ni dañarán, que no sería poco daño comenzar a hablar nueva lengua, y todo el tiempo se os iría en eso. Y no podéis saber, como yo, que lo he experimentado, el gran mal que es para el alma, que por saber la

una, se olvide la otra, y es un perpetuo desasosiego, del que en todas maneras habéis de huir; porque lo que mucho conviene para este camino, que comenzamos a tratar, es paz y sosiego en el alma. Si los que os trataren quisieren deprender vuestra lengua (ya que no es vuestro de enseñar), podéis decir las riquezas que se ganan en deprenderla, y desto no os canséis, sino con piedad, y amor, y oración, porque le aproveche, para que, entendiendo la gran ganancia, vaya a buscar maestro que le enseñe; que no sería poca merced que os hiciese el Señor despertar a alguna alma para este bien. Mas ¿qué de cosas le ofrecen en comenzando a tratar deste camino, aun a quien tan mal ha andado por él como yo? Plega al Señor os lo sepa, hermanas, decir mejor que lo he hecho. Amén.

CAPITULO XXI

Que dice lo mucho que importa comenzar con gran determinación a tener oración, y no hacer caso de los inconvenientes que el demonio pone.

1. No os espantéis, hijas, de las muchas cosas que es menester mirar para comenzar este viaje divino, que es camino real para el cielo. Gánase yendo por él gran tesoro, no es mucho que cueste mucho a nuestro parecer; tiempo verná que se entienda cuán nonada es todo para tan gran precio. Ahora, tornando a los que quieren ir por él y no parar hasta el fin, que es llegar a beber desta agua de vida, como han de comenzar, digo que importa mucho y el todo una grande y determinada determinación de no parar hasta llegar a ella, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino, o no tenga cora-

zón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo; como muchas veces acaece con decirnos: hay peligros, fulana por aquí se perdió, el otro se engañó, el otro que rezaba mucho cayó, hacen daño a la virtud, no es para mujeres, que les podrán venir ilusiones, mejor será que hilen, no han menester esas delicadezas, basta el *Paternoster* y *Avemaría*. Esto ansí lo digo, hermanas, y como sí basta; siempre es gran bien fundar vuestra oración sobre oraciones dichas de tal boca como la del Señor. En esto tienen razón, que si no estuviese ya nuestra flaqueza tan flaca y nuestra devoción tan tibia, no eran menester otros conciertos de oraciones, ni eran menester otros libros. Y ansí me ha parecido ahora (pues, como digo, hablo con almas que no pueden recogerse en otros misterios, que les parece son artificios, y hay algunos ingenios tan ingeniosos, que nada les contenta) ir fundado por aquí unos principios, y medios y fines de oración, aunque en cosas subidas no me deterné. Y no os podrán quitar libros, que si sois estudiosas, y teniendo humildad, no habéis menester otra cosa.

Siempre yo he sido aficionada, y me han recogido más las palabras de los Evangelios que los libros muy concertados; en especial, si no era el autor muy aprobado, no los había gana de leer. Allegada, pues, a este Maestro de la sabiduría, quizá me enseñará alguna consideración que os contente. No digo que diré declaración destas oraciones divinas, que no me atrevería y hartas hay escritas; y cuando no las hubiera, fuera disbarate, sino consideración sobre las palabras del *Paternoster;* porque algunas veces con muchos libros parece se nos pierde la devoción en lo que tanto nos va tenerla. Que está claro que el mesmo Maestro, cuando enseña una cosa, toma amor con el discípulo, y busca

que le contente lo que le enseña, y le ayuda mucho a que lo deprenda, y ansí hará el Maestro celestial con nosotras; y por eso ningún caso hagáis de los miedos que os pusieren ni de los peligros que os pintaren. Donosa cosa es que quiera yo ir por un camino adonde hay tantos ladrones, sin peligros, y ganar un gran tesoro. Pues bueno anda el mundo para que os lo dejen tomar en paz, sino que por un maravedí de intereses se pornán a no dormir muchas noches y a desasosegaros cuerpo y alma. Pues cuando yéndole a ganar o a robar (como dice el Señor que lo ganan los esforzados) por camino real (y por camino seguro por el que fué nuestro Rey, por el que fueron todos los escogidos y Santos) os dicen hay tantos peligros y os ponen tantos temores, los que van a su parecer a ganar este bien sin camino, ¿qué son los peligros que llevarán? ¡Oh, hijas mías, que muchos más sin comparación, sino que no los entienden hasta dar de ojos en el verdadero peligro, cuando no hay quien les dé de la mano y pierden del todo el agua, sin beber poca ni mucha, ni de charco ni de arroyo! Pues ya veis, sin gota desta agua, ¿cómo se pasará camino donde hay tantos con quien pelear? Está claro que al mejor tiempo morirán de sed, porque queramos que no, hijas mías, todos caminamos para esta fuente, aunque de diferentes maneras; pues creedme vosotras, y no os engañe nadie en mostraros otro camino sino el de la oración. Y no hablo ahora en que sea mental o vocal para todos, para vosotras digo, que lo uno y lo otro habéis menester. Este es el oficio de los religiosos; quien os dijere que esto es peligro, tenedle a él por el mesmo peligro y huid dél, y no se os olvide, que por ventura habréis menester este consejo. Peligroso será no tener humildad y las otras virtudes, ¿mas, camino de oración, camino de peligro? Nunca Dios tal quisiera, que

el demonio parece ha inventado poner estos miedos, y ansí ha sido mañoso a hacer caer a algunos que tenían oración. Y miren tan gran ceguedad, que no miran el mundo de millares, como dicen, que han caído en herejía y en grandes males sin tener oración ni saber qué cosa era, y entre muchos destos, si el demonio, por hacer mejor su negocio, ha hecho caer a algunos bien contados que tenían oración, ha hecho poner tanto temor en las cosas de virtud a algunos. Estos que toman este amparo para librarse, se guarden, porque huyen del bien por librarse del mal. Nunca tan mala invención he visto; parece del demonio. ¡Oh Señor mío, tornad por Vos! Mirad que entienden al revés vuestras palabras; no permitáis semejantes flaquezas en vuestros siervos.

Hay un gran bien, que siempre veréis algunos que os ayuden, porque esto tiene el verdadero siervo de Dios, a quien su Majestad ha dado luz del verdadero camino, que por estos temores le crece más el deseo de no parar. Entiende claro por dónde va a dar el golpe el demonio, y húrtale el cuerpo y quiébrale la cabeza; más siente él esto, que cuantos placeres otros le hacen, le contentan. Cuando en un tiempo de alboroto, en una cizaña que ha puesto, que parece lleva a todos tras sí medio ciegos, porque es debajo de buen celo, levanta Dios uno que les abra los ojos y diga que miren les ha puesto niebla en ellos el demonio para no ver el camino; ¡qué grandeza de Dios, que puede más a las veces un hombre solo, o dos, que digan verdad, que muchos juntos! Torna poco a poco a descubrir el camino, dales Dios ánimo. Si dicen que hay peligro en la oración, procura se entienda cuán buena es la oración, si no por palabras, por obras. Si dicen que no es bien a menudo las comuniones, entonces las frecuenta más

ansí que como haya uno, o dos, que sin temor sigan lo mejor, luego torna el Señor poco a poco a ganar lo perdido. Ansí que, hermanas, dejaos de estos miedos; nunca hagáis caso de cosas semejantes de la opinión del vulgo; mirad que no son tiempos de creer a todos, sino a los que viéredes van conforme a la vida de Cristo. Procurad tener limpia conciencia y menosprecio de todas las cosas del mundo, y creer firmemente lo que tiene la Santa Madre Iglesia, y a buen seguro que vais buen camino.

Dejaos, como he dicho, de temores adonde no hay que temer. Si alguno os lo pusiere, declaradle con humildad el camino, decid que tenéis regla que os manda orar sin cesar, que ansí nos lo manda, y que la habéis de guardar. Si os dijeren que sea vocalmente, preguntad ¿que si ha de estar el entendimiento y corazón en lo que decís? Si os dijeren que sí (que no podrán decir otra cosa), veis adonde confiesan, que forzado habéis de tener oración mental, y aun contemplación, si os la diere Dios allí. Sea bendito para siempre.

CAPITULO XXII

En que declara qué es oración mental.

1. Sabed, hijas, que no está la falta para ser o no ser oración mental, en tener cerrada la boca; si hablando estoy enteramente entendiendo, y viendo que hablo con Dios, con más advertencia que en las palabras que digo, junto esta oración mental y vocal. Salvo si no os dicen que estéis hablando con Dios, rezando el *Paternoster* y pensando en el mundo, aquí callo; más si habéis de estar, como es razón se esté, hablando con tan gran Señor, es bien estéis mirando con quien ha-

bláis, y quién sois vos siquiera para hablar con crianza. Porque, ¿cómo podéis hablar y llamar al rey alteza, ni saber las ceremonias que se hacen para hablar a un grande, si no entendéis bién qué estado tiene y qué estado tenéis vos? Porque conforme a esto se ha de hacer el acatamiento, y conforme al uso; porque aun esto es menester también que sepáis, si no enviaros han para siempre y no negociaréis cosa. Pues ¿qué es esto, Señor mío? ¿Qué esto, mi Emperador? ¿Cómo se puede sufrir? Rey sois, Dios mío, sin fin, que no es reino prestado el que tenéis. Cuando en el Credo se dice: vuestro reino no tiene fin, casi siempre me es particular regalo. Aláboos, Señor, y bendígoos para siempre; en fin, vuestro reino durará para siempre. Pues nunca Vos, Señor, permitáis se tenga por bueno, que quien fuere a hablar con Vos sea sólo con la boca. ¿Qué es esto, cristiano? ¿Los que decís no es menester oración mental, entendéis os? Cierto que pienso que no os entendéis, y ansí queréis desatinemos todos, ni sabéis cuál es oración mental, ni cómo se ha de rezar la vocal, ni qué es contemplación, porque si lo supiésedes, no condenaríades por un cabo lo que alabáis por otro. Yo he de poner siempre junta oración mental con la vocal, cuando se me acordare, porque no os espanten, hijas, que yó sé en qué caen estas cosas, que he pasado algún trabajo en este caso; y ansí querría que nadie os trajese desasosegada, que es cosa dañosa ir con miedo por este camino. Importa mucho entender que vais bien, porque en diciendo a algún caminante que va cerrado y que ha perdido el camino, le acaece andar de un cabo a otro, y todo lo que anda buscando por dónde ha de ir, se cansa y gasta el tiempo y llega más tarde. ¿Quién puede decir que es mal si comienza uno a rezar las horas o el rosario, que comience a pensar con quién va a hablar, y quién es el que habla, para ver cómo le ha de

tratar? Pues yo os digo, hermanas, que si lo mucho que hay que hacer en entender estos dos puntos, se hiciese bien, que primero que comencéis la oración vocal que vais a rezar, ocupéis harto tiempo en la mental. Sí, que no hemos de llegar a hablar a un príncipe con el descuido que a un labrador, o como a un pobre como nosotras, que como quiera que nos hablaren va bien.

Razón es que, ya que por la humildad deste Rey, si como grosera no sé hablar con él, no por eso me deja de oir, ni me deja de llegar a sí, ni me echan fuera sus guardas (porque saben bien los ángeles que están allí la condición de su Rey, que gusta más desta grosería de un pastorcito humilde, que ve que si más supiera más dijera, que de los muy sabios letrados, por elegantes razonamientos que hagan, si no van con humildad), ansí que no porque él sea bueno hemos de ser nosotros descomedidos. Siquiera para agradecerle el mal olor que sufre en consentir cabe sí una como yo, es bien que procuremos conocer su limpieza y quién es. Es verdad que se entiende luego en llegando como los señores de acá, con que nos digan quién fué su padre, y los cuentos que tiene de renta y el ditado, no hay más que saber, porque acá no se hace cuenta de las personas para hacerles honra, por mucho que merezcan, sino de las haciendas. ¡Oh miserable mundo! Alabad mucho a Dios, hijas mías, que habéis dejado cosa tan ruin, adonde no hacen caso de lo que ellos en sí tienen, sino de lo que tienen sus renteros y vasallos; y si ellos faltan, luego falta el mundo de hacerles honra. Cosa donosa es ésta para que os holguéis cuando hayáis todas de tomar alguna recreación, que éste es buen pasatiempo, entender cuán ciegamente pasan su tiempo los del mundo. ¡Oh Emperador nuestro, sumo poder, suma bondad, la mesma sabiduría sin principio, sin fin, sin

haber términos en vuestras perfecciones, son infinitas sin poderse comprender, un piélago sin suelo de maravillas, una hermosura que tiene en sí todas las hermosuras, la mesma fortaleza! ¡Oh, válame Dios, quién tuviera aquí junta toda la elocuencia de los mortales, y sabiduría para saber bien (como acá se puede saber, que todo es no saber nada), para en este caso dar a entender alguna de las muchas cosas que podemos considerar para conocer algo de quién es este Señor y bien nuestro! Sí, llegaos a pensar y entender en llegando con quién vais a hablar o con quién estáis hablando. En mil vidas de las nuestras no acabaremos de entender cómo merece ser tratado este Señor, que los ángeles tiemblan delante dél, todo lo manda, todo lo puede, su querer es obrar. Pues razón será, hijas mías, que procuremos deleitarnos en estas grandezas que tiene nuestro Esposo, y que entendamos con quién estamos casadas, qué vida hemos de tener. ¡Oh, válame Dios! Pues acá, cuando uno se casa, primero sabe con quién, y quién es, y qué tiene, nosotras, ya desposadas antes de las bodas, que nos ha de llevar a su casa, ¿no pensáramos en nuestro Esposo? Pues acá no quitan estos pensamientos a las que están desposadas, ¿por qué nos han de quitar que procuremos entender quién es este hombre, y quién es su padre, y qué tierra es ésta adonde me ha de llevar, y qué bienes son los que promete darnos, qué condición tiene, cómo podré contentarle mejor, en qué le haré placer, y estudiar cómo haré mi condición que conforme con la suya? Pues si una mujer ha de ser bien casada, no la avisan otra cosa sino que procure esto, aunque sea hombre muy bajo su marido. Pues, Esposo mío, ¿en todo han de hacer menos caso de Vos que de los hombres? Si a ellos no les parece bien esto, dejen os vuestras esposas, que han

de hacer vida con Vos. Es verdad que es buena vida si un esposo es tan celoso que quiere no trate con nadie su esposa; linda cosa es que no piense cómo le harán este placer, la razón que tiene de sufrirle no querer que trate con otro, pues en él tiene todo lo que puede querer. Esta es oración mental, hijas mías, entender estas verdades. Si queréis ir entendiendo esto y rezando vocalmente, muy enhorabuena, no me estéis hablando con Dios y pensando en otras cosas, que esto hace no entender qué cosa es oración mental; creo va dado a entender: plega al Señor lo sepamos obrar. Amén.

CAPITULO XXIII

Trata de lo que importa no tornar atrás quien ha comenzado camino de oración, y torna a hablar de lo mucho que va en que sea con gran determinación.

1. Pues digo que va muy mucho en comenzar con gran determinación, por tantas causas, que sería alargarme mucho si las dijese; solas dos, o tres, os quiero, hermanas, decir. La una es, que no es razón que a quien tanto nos ha dado, y contino da, que una cosa que queremos determinar a darle, que es este cuidadito (no cierto sin interese, sino con tan grandes ganancias), no se le dar con toda determinación, sino como quien presta una cosa para tornarla a tomar. Esto no me parece a mí dar, antes siempre queda con algún disgusto, a quien han emprestado una cosa, cuando se la tornan a tomar, en especial si la ha menester, y la tenía ya como por suya. O que si son amigos, y a quien la prestó debe muchas dadas sin ningún interés, con razón le parecerá poquedad y muy poco amor, que aun una cosa suya no quiere dejar en su poder, siquiera por señal de amor. ¿Qué esposa hay que, recibiendo muchas joyas de

valor de su esposo, no le dé siquiera una sortija, no por lo que vale, que ya todo es suyo, sino por prenda que será suya hasta que muera? ¿Pues qué menos merece este Señor para que burlemos dél, dando y tomando una nonada que le damos? Sino que este poquito de tiempo que nos determinamos de darle, de cuanto gastamos con otros, y con quien no nos agradecerá, ya que aquel rato le queremos dar, démosle libre el pensamiento, y desocupado de otras cosas, y con toda determinación de nunca jamás se lo tomar a tornar, por trabajos que por ello nos vengan, ni por contradiciones ni por sequedades; sino que ya como cosa no mía tenga aquel tiempo, y piense me le pueden pedir por justicia cuando del todo no se le quisiere dar. Llamo del todo, porque no se entiende que dejarlo algún día, o algunos, por ocupaciones justas, o por cualquier indisposición, es tomársele ya. La intención está firme, que no es nada delicado mi Dios, no mira en menudencias, ansí terná que os agradecer, es dar algo. Lo demás, bueno es a quien no es franco, sino tan apretado que no tiene corazón para dar, harto es que preste. En fin, haga algo, que todo lo toma en cuenta este Señor nuestro, a todo hace como le queremos; para tomar cuenta no es nada menudo, sino generoso; por grande que sea el alcance, tiene él en poco perdonarle, para ganarnos. Es tan mirado, que no hayáis miedo que un alzar de ojos, con acordarnos dél, deje sin premio. Otra causa es porque el demonio no tiene tanta mano para tentar; ha gran miedo a ánimas determinadas, que tiene ya él experiencia que le hacen gran daño, y cuanto él ordena para dañarlas, viene en provecho dellas, y de otras, y que sale él con pérdida. Y ya que no hemos nosotros de estar descuidados, ni confiar en esto porque lo habemos con gente traidora, y a los apercibidos no os osa tanto

acometer, porque es muy cobarde, y si viese descuido, haría gran daño; mas si conoce a uno por mudable, y que no está firme en el bien y con gran determinación de perseverar, no le dejará a sol ni a sombra, miedos le porná e inconvenientes, que nunca acabe. Yo lo sé esto muy bien por experiencia, y ansí lo he sabido decir, y digo que no sabe nadie lo mucho que importa. La otra cosa que hace mucho al caso es que pelea con más ánimo; ya sabe que, venga lo que viniere, no ha de tornar atrás. Es como uno que está en una batalla, que sabe que si le vencen no le perdonarán la vida, y que ya que no muere en la batalla, ha de morir después; pelea con más determinación, y quiere vender bien su vida, como dicen, y no teme tanto los golpes, porque lleva delante lo que le importa, la victoria, y que le va la vida en vencer. Es también necesario comenzar con seguridad de que si no nos dejamos vencer saldremos con la empresa; esto sin ninguna duda, que por poca ganancia que saque, saldrán muy ricos. No hayáis miedo que os deje morir de sed el Señor, que nos llama a que bebamos desta fuente. Esto queda ya dicho, y querríalo decir muchas veces, porque acobarda mucho a personas que aún no conocen del todo la bondad del Señor por experiencia, aunque la conocen por fe. Mas es gran cosa haber experimentado con él amistad, y regalo que trata a los que van por este camino, y cómo casi les hace toda la costa. Y los que esto no han probado, no me maravillo que quieran seguridad de algún interese. Pues ya sabéis que es ciento por uno, aun en esta vida; y que dice el Señor: Pedid, y daros han; si no creéis a su Majestad en las partes de su Evangelio, que asegura esto, poco aprovecha, hermanas, que me quiebre yo la cabeza a decirlo. Todavía digo, a quien tuviere alguna duda, que poco se pierde probarlo; que eso tiene

bueno este viaje, que se da más de lo que se pide ni acertaremos a desear. Esto es sin falta, yo lo sé, y a las de vosotras que lo sabéis por experiencia, por la bondad de Dios, puedo presentar por testigos.

CAPITULO XXIV

Trata cómo se ha de rezar oración vocal con perfeción, y cuán junta anda con ella la mental.

1. Ahora, pues, tornemos a hablar con las almas que he dicho, que no se pueden recoger ni atar los entendimientos en oración mental, ni tener consideración. No nombremos aquí estas dos cosas, pues no sois para ellas, que hay muchas personas en hecho de verdad que sólo el nombre de oración mental o contemplación parece que las atemoriza; y por si alguna viene a esta casa, que también, como he dicho, no van todos por un camino. Pues lo que quiero ahora aconsejaros (y aun puedo decir enseñaros, porque como Madre en el oficio de priora que tengo, es lícito), es cómo habéis de rezar vocalmente, porque es razón entendáis lo que decís. Y porque quien no puede pensar en Dios, puede ser que oraciones largas también le cansen, tampoco me quiero entremeter en ellas, sino en las que forzado habemos de rezar (pues somos cristianos), que es el *Paternoster* y *Avemaría;* porque no puedan decir por nosotras que hablamos y no nos entendemos. Salvo si nos parece que basta irnos por la costumbre con sólo pronunciar las palabras, y que esto basta. Si basta o no, en eso no me entremeto, los letrados lo dirán; lo que yo querría que hiciésemos nosotras, hijas, es que no nos contentemos con sólo eso, porque cuando digo Credo, razón me parece será que entienda y sepa lo que creo, y cuando Padre nuestro,

amor será entender quién es este Padre nuestro y quién es el Maestro que nos enseñó esta oración. Si queréis decir que ya os lo sabéis y que no hay para qué se os acuerde, no tenéis razón, que mucho va de maestro a maestro; pues aun de los que acá nos enseñan es gran desgracia no nos acordar en especial si son santos y son maestros del alma, es imposible si somos buenos discípulos. Pues de tal Maestro, como quien nos enseñó esta oración, y con tanto amor y deseo que nos aprovechase, nunca Dios quiera que no nos acordemos dél muchas veces cuando decimos la oración, aunque por flacos no sean todos. Pues cuanto a lo primero, ya sabéis que enseña su Majestad que sea a solas, que ansí lo hacía él siempre que oraba, y no por su necesidad, sino por nuestro enseñamiento. Ya esto dicho se está, que no se sufre hablar con Dios y con el mundo, que no es otra cosa estar rezando y escuchando por otra parte lo que están hablando, o pensar en lo que se le ofrece, sin más irse a la mano. Salvo si no es algunos tiempos que, o de malos humores (en especial si es persona que tiene melancolía), o flaqueza de cabeza, que aunque más lo procura no puede, o permite Dios días de grandes tempestades en sus siervos para más bien suyo; y aunque se afligen y procuran quietarse, no pueden ni están en lo que dicen, aunque más hagan, ni asienta en nada el entendimiento, sino que parece tiene frenesí, según anda desbaratado; y en la pena que da a quien lo tiene, verá que no es la culpa suya. Y no se fatigue, que es peor, ni se canse en poner seso a quien por entonces no le tiene, que es su entendimiento, sino rece como pudiere, y aun no rece, sino como enferma procure dar alivio a su alma y entienda en otra obra de virtud. Esto es ya para personas que traen cuidado de sí y tienen entendido no han de hablar a Dios y al mundo junto.

Lo que podemos hacer nosotras es procurar estar a solas, y plega a Dios que baste, como digo, para que entendamos con quién estamos y lo que nos responde el Señor a nuestas peticiones. ¿Pensáis que se está callando aunque no le oímos? Bien habla el corazón cuando le pedimos de corazón, y bien es que consideremos que somos cada una de nosotras a quien el S ñor dice esta oración, y que nos la está mostrando. Pues nunca el maestro está tan lejos del discípulo que sea menester dar voces, sino muy junto. Esto quiero yo que entendáis vosotras; os conviene, para rezar bien el *Paternoster*, no os apartar de cabe el Maestro que os lo mostró. Diréis que ya esto es consideración, que no podéis ni aun queréis sino rezar vocalmente, porque también hay personas mal sufridas y amigas de no se dar pena, que como no lo tienen de costumbre, esla recoger el pensamiento al principio, y por no cansarse un poco dicen que no pueden más, ni lo saben, sino rezar vocalmente. Tenéis razón en decir que es oración mental; mas yo os digo cierto que no sé cómo lo aparte, si ha de ser bien rezado lo vocal y entendiendo con quién hablamos; y aun es obligación que procuremos rezar con advertencia, y aun plega a Dios que con estos remedios vaya bien rezado el *Paternoster* y no acabemos en otra cosa impertinente. Yo lo he probado algunas veces, y el mejor remedio que hallo es procurar tener el pensamiento en quien enderezó las palabras. Por esto tened paciencia y procurad hacer costumbre de cosa tan necesaria.

CAPITULO XXV

En que dice lo mucho que gana un alma que reza con perfeción vocalmente, y cómo acaece levantarla Dios de allí a cosas sobrenaturales.

1. Y porque no penséis que se saca poca ganancia de rezar vocalmente con perfeción, os digo que es muy posible que estando rezando el *Paternoster* os ponga el Señor en contemplación perfeta, o rezando otra oración vocal, que por estas vías muestra su Majestad que oye al que le habla, y le habla su grandeza, suspendiendo el entendimiento, y atajándole el pensamiento, y tomándole, como dicen, la palabra de la boca, que aunque quiere no puede hablar, si no es con mucha pena. Entiende que sin ruido de palabras le está enseñando este Maestro Divino, suspendiendo las potencias; porque entonces antes dañarían que aprovecharían si obrasen. Gozan sin entender cómo gozan; está el alma abrasándose en amor y no entiende cómo ama; conoce que goza de lo que ama y no sabe cómo lo goza; bien entiende que no es gozo que alcanza el entendimiento a desearle, abrázale la voluntad sin entender cómo; mas en pudiendo entender algo, ve que no es este bien que se puede merecer con todos los trabajos que se pasasen juntos, por ganarle en la tierra: es don del Señor della y del cielo, que, en fin, da como quien es. Esta, hijas, es contemplación perfeta; ahora entenderéis la diferencia que hay della a la oración mental, que es lo que queda dicho, pensar y entender lo que hablamos, y con quién hablamos, y quién somos los que osamos hablar con tan gran Señor. Pensar esto y otras cosas semejantes de lo poco que le hemos servido y lo mucho que estamos obligados a servir, es oración mental. No

penséis que es otra algarabía, ni os espante el nombre: rezar el *Paternoster* y *Avemaría*, o lo que quisiéredes, es oración vocal; pues mirad qué mala música hará sin lo primero, aun las palabras no irán con concierto todas veces. En estas dos cosas podemos algo nosotros con el favor de Dios; en la contemplación que ahora dije, ninguna cosa; su Majestad es el que todo lo hace, que es obra suya, sobre nuestro natural. Como está dado a entender esto de contemplación muy largamente, y lo mejor que yo le supe declarar en la relación de mi vida que tengo dicho escribí para que viesen mis confesores, que me lo mandaron, no lo digo aquí ni hago más de tocar en ello. Las que hubiéredes sido tan dichosas que el Señor os llegue a estado de contemplación, si le pudiésedes haber, puntos tiene y avisos que el Señor quiso que acertase a decir, que os consolarían mucho y aprovecharían, a mi parecer y al de algunos que le han visto, que le tienen para hacer caso dél (que vergüenza es deciros yo que hagáis caso del mío) y el Señor sabe la confusión con que escribo mucho de lo que escribo. Bendito sea, que ansí me sufre. Las que, como digo, tuvieren oración sobrenatural, procúrenle después de yo muerta; las que no, no hay para qué, sino esforzarse a hacer lo que en esto va dicho, ganando por cuantas vías pudieren y haciendo diligencia para que el Señor se la dé, suplicándoselo a él, y ayudándose ellas, y dejen al Señor, que es quien la ha de dar, y no os la negará si no os quedáis en el camino, sino que os esforcéis hasta llegar a la fin.

CAPITULO XXVI

En que va declarando el modo para recoger el pensamiento; pone medios para ello. Es capítulo muy provechoso para los que comienzan oración.

1. Ahora, pues, tornemos a nuestra oración vocal, para que se rece de manera que, sin entendernos nos lo dé Dios todo junto, y para, como he dicho, rezar como es razón, la examinación de la conciencia, y decir la confesión y santiguaros, ya se sabe ha de ser lo primero; luego, hija, procurad, pues estáis sola, tener compañía. Pues ¿qué mejor que la del mesmo Maestro que enseñó la oración que vais a rezar? Representad al mesmo Señor junto con vos, y mirá con qué amor y humildad os está enseñando, y creedme, mientras pudiéredes no estéis sin tan buen amigo. Si os acostumbráis a traerle cabe vos, y él ve que lo hacéis con amor, y que andáis procurando contentarle, no le podréis, como dicen, echar de vos: no os faltará para siempre, ayudaros ha en todos vuestros trabajos, tenerle heis en todas partes. ¿Pensáis que es poco un tal amigo al lado? ¡Oh hermanas! Las que no podéis tener mucho discurso del entendimiento, ni podéis tener el pensamiento sin divertiros, acostumbraos; mirad que sé yo que podéis hacer esto, porque pasé muchos años por este trabajo, de no poder sosegar el pensamiento en una cosa, y eslo muy grande, mas sí que no nos deja el Señor tan desiertos, que si llegamos con humildad a pedírselo, no nos acompañe. Y si en un año no pudiéramos salir con ello, sea en más; no nos duela el tiempo en cosa que tan bien se gasta; ¿quién va tras nosotras? Digo que esto puede acostumbrarse a ello, y trabajar, y andar cabe este verdadero Maestro. No os pido ahora que penséis en él, ni que saquéis muchos concetos,

ni que hagáis grandes y delicadas consideraciones con vuestro entendimiento: no os pido más de que le miréis. Pues ¿quién os quita volver los ojos del alma, aunque sea de presto, si no podéis más, a este Señor? Pues ¿podéis mirar cosas muy feas, y no podéis mirar la cosa más hermosa que se puede imaginar? Si no os pareciere bien, yo os doy licencia que no le miréis, pues nunca, hijas, quita vuestro Esposo los ojos de vosotras. ¿Haos sufrido mil cosas feas, y abominaciones contra él, y no ha bastado para que os deje de mirar, y es mucho que, quitados los ojos destas cosas exteriores, le miréis algunas veces a él? Mirad que no está aguardando otra cosa, como dice la Esposa, sino que le miremos. Como le quisiéredeis le hallaréis; tiene en tanto que le volvamos a mirar, que no quedará por diligencia suya. Ansí como dicen ha de hacer la mujer para ser bien casada con su marido, que si está triste, se ha de mostrar ella triste, y si esta alegre (aunque nunca lo esté), alegre, mirad de qué sujeción os habéis librado, hermana. Esto con verdad, sin fingimiento, hace el Señor con nosotras, que él se hace sujeto, y quiere que seáis vos la señora, y andar él a vuestra voluntad. Si estáis alegre, miradle resucitado, que sólo imaginar cómo salió del sepulcro os alegrará; mas con qué claridad y con qué hermosura, con qué majestad, qué victorioso, qué alegre, como quien tan bien salió de la batalla adonde ha ganado un tan gran reino: que todo lo que quiere para Vos. ¿Pues es mucho que a quien tanto os da volváis una vez los ojos a mirarle? Si estáis con trabajos, o triste, miradle camino del huerto: qué aflicción tan grande llevaba en su alma, pues con ser el mesmo sufrimiento, la dice y se queja della; y miradle atado a la coluna lleno de dolores, todas sus carnes hechas pedazos, por lo mucho que os ama; perseguido de unos, escupido de otros, negado de sus amigos, desam-

parado dellos, sin nadie que vuelva por él, helado de frío, puesto en tanta soledad, que el uno con el otro os podéis consolar; o miradle cargado con la cruz, que aun no le dejaban huelgo. Miraos ha él con unos ojos tan hermosos y piadosos, llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores, por consolar los vuestros, sólo porque os vais con él a consolar, y volváis la cabeza a mirarle. Oh Señor del mundo, verdadero esposo mío (le podéis vos decir, si os ha enternecido el corazón de verle tal, que no sólo queráis mirarle, sino que os holguéis de hablar con él, no oraciones compuestas, sino de la pena de vuestro corazón, que las tiene él en muy mucho), ¿tan necesitado estáis, Señor mío y bien mío, que queréis admitir una pobre compañía como la mía, y veo en vuestro semblante que os habéis consolado conmigo? ¿Pues cómo, Señor, es posible que os dejan solo los ángeles, y que aún no os consuela vuestro Padre? Si es ansí, Señor, que todo lo queréis pasar por mí, ¿qué es esto que yo paso por Vos? ¿De qué me quejo? Que ya he vergüenza de que os he visto tal, que quiero pasar, Señor, todos los trabajos que me vinieren, y tenerlos por gran bien, e imitaros en algo; juntos andemos, Señor; por donde fuéredes, tengo de ir; por donde pasáredes, tengo de pasar. Tomad, hijas, de aquella cruz, no se os dé nada de que os atropellen los judíos, porque él no vaya con tanto trabajo, no hagáis caso de lo que os dijeren, haceos sordas a las murmuraciones, tropezando y cayendo con vuestro Esposo, no os apartéis de la cruz, ni la dejéis. Mirad mucho el cansancio con que va, y las ventajas que hace su trabajo a los que vos padecéis; por grandes que los queráis pintar y por mucho que los queráis sentir, saldréis consoladas dellos; porque veréis que son cosa de burla comparados a los del Señor. Diréis, hermanas, que cómo

se podrá hacer esto, que si le viérades con los ojos del cuerpo, en el tiempo que su Majestad andaba en el mundo, que lo hiciérades de buena gana, y le miráredes siempre. No lo creáis, que quien ahora no se quiere hacer un poquito de fuerza a recoger siquiera la vista para mirar dentro de sí a este Señor (que lo puede hacer sin peligro, sino con tantico cuidado), muy menos se pusiera al pie de la cruz con la Magdalena, que vía la muerte al ojo. Mas ¿qué debía pasar la gloriosa Virgen, y esta bendita santa? ¿Qué de amenazas? ¿Qué de malas palabras? ¿Y qué de encontrones? ¿Y qué de descomedimientos? Pues ¿con qué gente lo habían tan cortesana, si lo era del infierno, que eran ministros del demonio? Por cierto que debía de ser terrible cosa lo que pasaron, sino que con otro dolor mayor, no sentían el suyo. Ansí que, hermanas, no creáis fuérades para tan grandes trabajos, si no sois ahora para cosas tan pocas; ejercitándoos en ellas podéis venir a otros mayores. Lo que podéis hacer para ayuda desto, procurar traer una imagen y retrato deste Señor, que sea a vuestro gusto; no para traerle en el seno, y nunca le mirar, sino para hablar muchas veces con él, que él os dará que le decir. Como habláis con otras personas, ¿por qué os han más de faltar palabras para hablar con Dios? No lo creáis; al menos yo no os creeré si lo usáis, porque si no, sí faltarán; que el no tratar con una persona causa extrañeza, y no saber cómo nos hablar con ella, que parece no la conocemos, y aunque sea deudo, porque deudo y amistad se pierde con la falta de comunicación. También es remedio tomar un libro de romance bueno, aun para recoger el pensamiento, para venir a rezar bien vocalmente, y poquito a poquito ir acostumbrando el alma con halagos y artificio para no la amedrentar. Haced cuenta que ha

muchos años que se ha ido de con su esposo, y que hasta que quiera tornar a su casa, es menester saberlo mucho negociar, que ansí somos los pecadores. Tenemos tan acostumbrada nuestra alma y pensamiento a andar a su placer, o pesar, por mejor decir, que la triste alma no se entiende, que para que torne a tomar amor a estar en su casa, es menester mucho artificio, y si no es ansí, y poco a poco, nunca haremos nada. Y tórnoos a certificar, que si con cuidado os acostumbráis á lo que he dicho, que sacaréis tan gran ganancia, que aunque yo os la quisiera decir, no sabré. Pues juntaos cabe este buen Maestro, y muy determinadas a deprender lo que os enseñare, y su Majestad hará que no dejéis de salir buenas discípulas, ni os dejará si no le dejáis. Mirad las palabras que dice aquella boca divina, que en la primera entenderéis luego el amor que os tiene, que no es pequeño bien y regalo del discípulo ver que su maestro le ama.

CAPITULO XXVII

En que trata el gran amor que nos mostró el Señor en las primeras palabras del *Paternoster*, y lo mucho que importa no hacer caso ninguno del linaje las que de veras quieren ser hijas de Dios.

1. Padre nuestro que estás en los cielos. ¡Oh Señor mío, cómo parecéis Padre de tal Hijo, y cómo parece vuestro Hijo, Hijo de tal Padre! Bendito seáis Vos por siempre jamás. ¿No fuera al fin de la oración esta merced, Señor, tan grande? En comenzando nos henchís las manos, y hacéis tan gran merced, que sería harto bien henchirse el entendimiento para ocupar la voluntad, de manera que nó os pudiese hablar palabra. ¡Oh qué bien venía aquí, hijas, contemplación perfeta! ¡Oh

con cuánta razón entraría el alma en sí para poder mejor subir sobre sí mesma a que le diese este santo Hijo a entender qué cosa es el lugar adonde dice que está su Padre, que es en los cielos! Salgamos de la tierra, hijas mías, que tal merced como ésta no es razón se tenga en tan poco, que después que entendamos cuán grande es, nos quedemos en la tierra. ¡Oh Hijo de Dios y Señor mío! ¿Cómo dais tanto junto a la primera palabra? Ya que os humilláis a Vos con extremo tan grande en juntaros con nosotros al pedir, y haceros hermano de cosa tan baja y miserable, como nos dais en nombre de vuestro Padre todo lo que se puede dar, pues que queréis que nos tenga por hijos, que vuestra palabra no puede faltar; oblígasle a que la cumpla, que no es pequeña carga, pues en siendo Padre nos ha de sufrir, por graves que sean las ofensas, si nos tornamos a él como el Hijo pródigo. Hanos de perdonar, hanos de consolar en nuestros trabajos, hanos de sustentar, como lo ha de hacer un tal Padre, que forzado ha de ser mejor que todos los padres del mundo; porque en él no puede haber sino todo bien cumplido, y después de todo esto hacernos participantes y herederos con Vos. Mirad, Señor mío, que ya que a Vos con el amor que nos tenéis, y con vuestra humildad, no se os ponga nada delante (en fin, Señor, estáis en la tierra y vestido della, pues tenéis nuestra naturaleza, parece tenéis alguna causa para mirar nuestro provecho), mas mirad que vuestro Padre está en el cielo; Vos lo decís, es razón que miréis por su honra; ya que estáis Vos ofrecido a ser deshonra por nosotros, dejad a Vuestro Padre libre, no le obliguéis a tanto por gente tan ruin como yo, que le ha de dar tan malas gracias. ¡Oh buen Jesús, qué claro habéis mostrado ser una cosa con El, y que vuestra voluntad es la suya, y la suya vuestra! ¡Qué

confesión tan clara, Señor mío, qué cosa es el amor que nos tenéis! Habéis andando rodeando y encubriendo al demonio que sois Hijo de Dios, y con el gran deseo que tenéis de nuestro bien, no se os pone cosa delante por hacernos tan grandísima merced. ¿Quién la podía hacer sino Vos, Señor? Al menos bien veo, mi Jesús, que habéis hablado como Hijo regalado por Vos, y por nosotros, y que sois poderoso para que se haga en el cielo lo que Vos decís en la tierra. Bendito seáis por siempre, Señor mío, que tan amigo sois de dar, que no se os pone cosa delante. ¿Pues paréceos, hijas, que es buen maestro éste? Para aficionarnos a que deprendamos lo que nos enseña, comienza haciéndonos tan gran merced. ¿Pues paréceos ahora que será razón que, aunque digamos vocalmente esta palabra, dejemos de entenderla con el entendimiento, para que se haga pedazos nuestro corazón con ver tal amor? Pues ¿qué hijo hay en el mundo que no procura saber quién es su padre, cuando le tiene bueno y de tanta majestad y señorío? Aun si no lo fuera, no me espantara, no nos quisiéramos conocer por sus hijos, porque anda el mundo tal, que si el padre es más bajo del estado en que está su hijo, no se tiene por honrado en conocerle por padre. Esto no viene aquí, porque en esta casa nunca plega a Dios haya acuerdo de cosas destas, sería infierno, sino la que fuere más, tome menos a su padre en la boca, todas han de ser iguales. ¡Oh colegio de Cristo, que tenía más mando San Pedro, con ser un pescador, y lo quiso ansí el Señor, que San Bartolomé, que era hijo de rey! Sabía su Majestad lo que había de pasar en el mundo sobre cuál era de mejor tierra, que no es otra cosa sino debatir si será buena para adobes, o para tapias. ¡Válame Dios, qué gran trabajo! Dios os libre, hermanas, de semejantes contiendas, aunque sea en bur-

las. Yo espero en su Majestad, que sí hará. Cuando algo desto en alguna hubiere póngase luego remedio, y ella tema no sea estar Judas entre apóstoles; denla penitencia hasta que entienda que aun tierra muy ruin no mereció ser. Buen Padre os tenéis, que os da el buen Jesús; no se conozca aquí otro Padre para tratar dél. Y procurad, hijas mías, ser tales, que merezcáis regalaros con él y echaros en sus brazos. Ya sabéis que no os echará de sí, si sois buenas hijas; pues ¿quién no procurará no perder tal Padre? Oh, válame Dios, y que hay aquí en que os consolar, que por no me alargar más lo quiero dejar a vuestros entendimientos, que por desbaratado que ande el pensamiento, entre tal Hijo y tal Padre, de fuerza ha de estar el Espíritu Santo que enamore vuestra voluntad y os la ate con grandísimo amor, ya que no baste para esto tan grande interese.

CAPITULO XXVIII

En que declara qué es oración de recogimiento, y pónense algunos medios para acostumbrarse a ella.

1. Mirad ahora que dice vuestro Maestro: «Que estás en los cielos.» ¿Pensáis que importa poco saber qué cosa es cielo, y adónde se ha de buscar vuestro sacratísimo Padre? Pues yo os digo que para entendimientos derramados, que importa mucho, no sólo creer esto, sino procurarlo entender por experiencia, porque es una de las cosas que ata mucho el entendimiento, y hace recoger el alma. Ya sabéis que Dios está en todas partes, pues claro está que adonde está el rey está la corte; en fin, que adonde está Dios, es el cielo; sin duda lo podéis creer, que adonde está su Majestad está toda la gloria; pues mirad que dice San Agustín, que le buscaba en muchas

partes, y que le vino a hallar dentro de sí mesmo. ¿Pensáis que importa poco para un alma derramada entender esta verdad, y ver que no ha menester para hablar con su Padre eterno ir al cielo, ni para regalarse con él, ni ha menester hablar a voces? Por poco que hable, está tan cerca que nos oirá, ni ha menester alas para ir a buscarle, sino ponerse en soledad y mirarle dentro de sí, y no extrañarse de tan buen huésped, sino con gran humildad hablarle como a padre, pedirle como a padre, contarle sus trabajos, pedirle remedio para ellos, entendiendo que no es digna de llamarse hija. Déjese de unos encogimientos que tienen algunas personas, y piensan que es humildad. Sí, que no está la humildad en que si el rey os hace una merced, no la toméis, sino tomarla, y entender cuán sobrada os viene, y holgaros con ella. ¡Donosa humildad, que me tenga yo al Emperador del cielo y de la tierra en mi casa, que se viene a ella por hacerme merced, y por holgarse conmigo, y que por humildad ni le quiera responder, ni estarme con él, ni tomar lo que me da, sino que le deje solo! ¡Y que estándome diciendo, y rogando que le pida por humildad me quede pobre, y aun le deje ir, de que ve que no acabo de determinarme!

2. No os curéis, hijas, destas humildades, sino tratad con él como padre y como con hermano, y como con señor y como con esposo, a veces de una manera, a veces de otra, que él os enseñará lo que habéis de hacer para contentarle. Dejaos de ser bobas, pedidle la palabra, que vuestro esposo es, que os trate como tal. Mirad que os va mucho en tener entendida esta verdad, que está el Señor dentro de vosotras, y que allí nos estemos con él. Este modo de rezar, aunque sea vocalmente, con mucha más brevedad recoge el entendimiento, y es oración que trae consigo muchos bienes.

Llámase recogimiento porque recoge el alma todas las potencias, y se entra dentro de sí con su Dios, y viene con más brevedad a enseñarla su divino Maestro, y a darla oración de quietud, que de ninguna otra manera; porque allí metida consigo mesma puede pensar en la Pasión, y representar allí al Hijo, y ofrecerle al Padre, y no cansar el entendimiento andándole buscando en el monte Calvario, y al huerto, y a la columna.

3. Las que de esta manera se pudieren encerrar en este cielo pequeño de nuestra alma, adonde está el que le hizo a él, y a la tierra, y se acostumbraren a no mirar ni estar adonde se distrayan estos sentidos exteriores, crean que llevan excelente camino, y que no dejarán de llegar a beber el agua de la fuente, porque caminan mucho en poco tiempo. Es como el que va en una nao, que con un poco de buen tiempo se pone en el fin de la jornada en pocos días, y los que van por tierra tárdanse más. Estos están ya, como dicen, puestos en la mar, aunque del todo no han dejado la tierra; aquel rato hacen lo que pueden por librarse della recogiendo sus sentidos.

4. Ansí mesmo, si es verdadero el recogimiento, siéntese muy claro, porque acaece alguna operación (no sé cómo lo dé a entender, quien lo tuviere sí entenderá), en que parece que se levanta el alma con el juego, que ya ve lo es las cosas del mundo. Álzase el mejor tiempo, y como quien se entra en un castillo fuerte para no temer los contrarios, retira los sentidos destas cosas exteriores, y dáles de tal manera de mano, que sin entenderse se les cierran los ojos por no las ver, porque más se despierte la vista a los del alma. Ansí quien va por este camino, casi siempre que reza tiene cerrados los ojos, y es admirable costumbre para muchas cosas, porque es un hacerse fuerza a no mirar las de acá; esto

al principio, que después no es menester; mayor se la hace cuando en aquel tiempo los abre. Parece que se entiende un fortalecerse y esforzarse el alma a costa del cuerpo, y que le deja solo, y desflaquecido, y ella toma allí bastimento para contra él.

5. Y aunque al principio no se entienda esto, por no ser tanto, que hay más y menos en este recogimiento, mas si se acostumbra (aunque al principio da trabajo, porque el cuerpo torna por su derecho, sin entender que él mesmo se corta la cabeza en no darse por vencido); mas si se usa algunos días, y nos hacemos esta fuerza, verse ha claro la ganancia, y entenderán, en comenzando a rezar, que se vienen las abejas a la colmena, y se entrarán en ella para labrar la miel. Y esto sin cuidado nuestro, porque ha querido el Señor que, por el tiempo que le han tenido, se haya merecido estar el alma y voluntad con este señorío, que en haciendo una seña no más de que se quiere recoger, la obedezcan los sentidos, y se recojan a ella. Y aunque después tornen a salir, es gran cosa haberse ya rendido; porque salen como cautivos y sujetos, y no hacen el mal que antes pudieran hacer, y en tornando a llamar la voluntad, vienen con más presteza, hasta que a muchas entradas destas quiere el Señor se queden ya del todo en contemplación perfeta.

6. Entiéndase mucho esto que queda dicho, porque aunque parece escuro, lo entenderá quien quisiere obrarlo. Ansí que caminan por mar, y pues tanto nos va no ir tan despacio, hablemos un poco de cómo nos acostumbremos a buen modo de proceder. Están más seguros de muchas ocasiones; pégase más presto el fuego del amor divino, porque con poquito que sople con el entendimiento, están cerca del mesmo fuego, con una centellita que les toque se abrasará todo; como no hay

embarazo de lo exterior, estáse sola el alma con su ios; hay gran aparejo para encenderse. Pues hagamos cuenta que dentro de nosotras está un palacio de grandísima riqueza, todo su edificio de oro y piedras preciosa, en fin, como para tal Señor, y que sois vos partes para que este edificio sea tal (como a la verdad lo es, que es ansí, que no hay edificio de tanta hermosura como un alma limpia y llena de virtudes; y mientras mayores, más resplandecen las piedras), y que en este palacio está este gran Rey, y que ha tenido por bien ser vuestro huésped, y que está en un trono de grandísimo precio, que es vuestro corazón.

7. Parecerá esto al principio cosa impertinente (digo hacer esta ficción para darlo a entender), y podrá ser aproveche mucho, a vosotras en especial; porque como no tenemos letras las mujeres, todo esto es menester para que entendamos con verdad que hay otra cosa más preciosa sin ninguna comparación dentro de nosotras, que lo que vemos por de fuera. No nos imaginemos vacías en lo interior; y plega a Dios sean solas las mujeres las que andan con este descuido, que tengo por imposible, si trajésemos cuidado de acordarnos que tenemos tal huésped dentro de nosotros, que nos diésemos tanto a las cosas del mundo; porque veríamos cuán bajas son para las que dentro poseemos. Pues ¿qué más hace una alimaña, que en viendo lo que le contenta a la vista, harta su hambre en la presa? Sí, que diferencia ha de haber dellas a nosotras.

8. Reiránse de mí, por ventura, y dirán que bien claro se está esto; y ternán razón, porque para mí fué escuro algún tiempo. Bien entendía que tenía alma, mas lo que merecía esta alma y quien estaba dentro della (porque yo me ataba los ojos con las vanidades de la vida para verlo), no lo entendía. Que a mi parecer, si

como ahora entiendo, que en este palacio pequeñito de mi alma cabe tan gran Rey, entonces lo entendiera, no le dejara tantas veces solo; alguna me estuviera con él, y más procurara que no estuviera tan sucia. ¡Mas qué cosa de tanta admiración, que quien hinchiera mil mundos con su grandeza, encerrase en cosa tan pequeña Ansí quiso caber en el vientre de su sacratísima Madre! Como es Señor, consigo trae la libertad; y como nos ama, hácese de nuestra medida. Cuando un alma comienza por no la alborotar de verse tan pequeña para tener en sí cosa tan grande, no se da a conocer hasta que va ensanchando esta alma poco a poco, conforme a lo que entiende es menester para lo que pone en ella. Por eso digo que trae consigo la libertad, pues tiene el poder de hacer grande este palacio. El punto está en que se le demos por suyo con toda determinación, y le desembaracemos para que pueda poner y quitar como en cosa propia. Esta es su condición, y tiene razón su Majestad, no se lo neguemos. Y como él no ha de forzar nuestra voluntad, toma lo que le damos, mas no se da a sí del todo hasta que nos damos a él (esto es cosa cierta, y porque importa tanto, os lo acuerdo tantas veces), la obra en el alma, como cuando del todo sin embarazo es suya, ni sé como ha de obrar; es amigo de todo concierto. Pues si el palacio henchimos de gente baja y de baratijas, ¿cómo ha de caber el Señor en su corte? Harto hace de estar un poquito entre tanto embarazo. ¿Pensáis, hijas, que viene solo? ¿No veis que dice su Hijo: Que estás en los cielos? Pues un tal Rey a osadas que no le dejen solo los cortesanos, sino que estás con él rogándole por nosotros, para nuestro provecho, porque están llenos de caridad. No penséis que es como acá, que si un señor o perlado favorece a alguno, por algunos fines o porque quiere, luego

hay las envidias, y el ser malquisto aquel pobre, sin hacerles nada, que le cuestan caros los favores.

CAPITULO XXIX

Prosigue en dar medios para procurar esta oración de recogimiento; dice lo poco que se nos ha de dar de ser favorecidas de los Perlados.

1. Hijas, por amor de Dios, no curéis de daros nada por estos favores; procure cada una hacer lo que debe, que si el Perlado no se lo agradeciere, segura puede estar lo pagará y agradecerá el Señor. Sí, que no venimos aquí a buscar premio en esta vida; siempre el pensamiento en lo que dura, y de lo de acá ningún caso hagamos, que aun para lo que se vive no es durable; que hoy está bien con la una, mañana si ve una virtud más en vos, estará mejor con vos, y si no, poco van en ello. No deis lugar a estos pensamientos, que a las veces comienzan por poco, y os pueden desasosegar mucho, sino atajarlos, con que no es acá vuestro reino, y cuán presto tiene todo fin. Mas aun esto es bajo remedio, y no mucha perfeción; lo mejor es que dure, y vos desfavorecida y abatida, y lo queráis estar por el Señor que está con vos. Poned los ojos en vos y miraos interiormente, como queda dicho; hallaréis vuestro Maestro, que no os faltará; mientras menos consolación exterior tuviéredes, mucho más regalo os hará. Es muy piadoso, y a personas muy afligidas y desfavorecidas, jamás falta si confían en él solo. Ansí lo dice David, que está el Señor con los afligidos. Creéis esto, o no; si lo creéis, ¿de qué os matáis?

2. ¡Oh Señor mío, si de veras os conociésemos, no se nos daría nada de nada, porque dais mucho a los que se quieran fiar de vos! Creed, amigas, que es gran cosa

entender que es verdad esto, para ver que los favores de acá todos son mentira, cuando desvían algo el alma de andar dentro de sí. ¡Oh, válame Dios, quién os hiciese entender esto! No yo, por cierto, que sé que con deber yo más que ninguno no acabo de entenderlo como se ha de entender.

3. Pues tornando a lo que decía, quisiera yo saber declarar cómo está esta compañía santa con nuestro acompañador, Santo de los Santos, sin impedir a la soledad que él y su esposa tienen, cuando esta alma dentro de sí quiere entrarse en este paraíso con su Dios, y cierra la puerta tras sí a todo lo del mundo. Digo que quiere, porque entended que esto no es cosa sobrenatural del todo, sino que está en nuestro querer, y que podemos nosotros hacerlo con el favor de Dios, que sin esto no se puede nada, ni podemos de nosotros tener un buen pensamiento. Porque esto no es silencio de las potencias, sino encerramiento dellas en sí mesmas. Vase ganando esto de muchas maneras, como está escrito en algunos libros, que nos hemos de desocupar de todo para llegarnos interiormente a Dios; y aun en las mesmas ocupaciones retirarnos a nosotros mesmos, aunque sea por un momento sólo. Aquel acuerdo de que tengo compañía dentro de mí, es gran provecho.

4. Lo que pretendo, sólo es que veamos y estemos con quien hablamos, sin tenerle vueltas las espaldas, que no me parece otra cosa estar hablando con Dios y pensando mil vanidades. Viene todo el daño de no entender con verdad que está cerca, sino lejos, y cuán lejos, si le vamos a buscar al cielo. ¡Pues rostro es el vuestro, Señor, para no mirarle, estando tan cerca de nosotros! ¿No parece nos oyen los hombres, si cuando hablamos no vemos que nos miran, y cerramos los ojos para no mirar que nos miráis Vos? ¿Cómo habemos de entender si

habéis oído lo que os decimos? Sólo esto es lo que querría dar a entender, que para irnos acostumbrando con facilidad a ir sosegando el entendimiento para entender lo que habla, y con quien habla, es menester recoger estos sentidos exteriores a nosotros mesmos, y que les demos en qué se ocupar; pues ansí que tenemos el cielo dentro de nosotros, pues el Señor dél lo está. En fin, irnos acostumbrando a gustar de que no es menester dar voces para hablarle, porque su Majestad se dará a sentir cómo está allí. Desta suerte rezaremos con mucho sosiego vocalmente, y es quitarnos de trabajo, porque a poco tiempo que forcemos a nosotras mesmas para estarnos cerca deste Señor, nos entenderá, como dicen, por señas; de manera que, si habíamos de decir muchas veces el *Paternoster*, se nos dará por entendido de una. Es muy amigo de quitarnos de trabajo, aunque en una hora no le digamos más de una vez, como entendamos que estamos con él, y lo que le pedimos, y la gana que tiene de darnos, y cuán de buena gana está con nosotros, no es amigo de que nos quebremos las cabezas, hablándole mucho. El Señor lo enseñe a las que no lo sabéis, y de mí os confieso que nunca supe qué cosa era rezar con satisfacción hasta que el Señor me enseñó este modo, y siempre he hallado tantos provechos desta costumbre de recogimiento dentro de mí, que eso me ha hecho alargar tanto. Concluyo con quien lo quisiere adquirir (pues como digo, está en nuestra mano), que no se canse de acostumbrarse a lo que queda dicho, que es señorearse poco a poco de sí mesmo, no se perdiendo en balde, sino ganándose a sí para sí, que es aprovecharse de sus sentidos para lo interior. Si hablare, procurará acordarse que hay con quien hable dentro de sí mesmo; si oyere, acordarse ha que ha de oir a quien más cerca le habla. En fin, traer cuenta que puede, si quiere, nun-

ca se apartar de tan buena compañía, y pesarle cuando mucho tiempo ha dejado solo a su padre, que está necesitada dél. Si pudiere muchas veces en el día, si no sea pocas, como lo acostumbrare saldrá con ganancia, o presto, o más tarde. Después que se lo dé el Señor, no lo trocaría por ningún tesoro; pues nada se deprende sin un poco de trabajo. Por amor de Dios, hermanas, que deis por bien empleado el cuidado que en esto gastáredes; y yo sé que si lo tenéis un año, y quizá en medio, saldréis con ello, con el favor de Dios. Mirad qué poco tiempo para tan gran ganancia, como es hacer buen fundamento para si quisiere el Señor levantaros a grandes cosas, que halle en vos aparejo, hallándoos cerca de sí. Plega a su Majestad no consienta nos apartemos de su presencia. Amén.

CAPITULO XXX

Dice lo que importa entender lo que se pide en la oración. Trata destas palabras del *Paternoster*, *Sanctificetur nomen tuum*. Aplícalas a oración de quietud, y comiénzala a declarar.

1. Ahora vengamos a entender cómo va adelante nuestro buen Maestro, y comienza a pedir a su Padre santo para nosotros; y ¿qué le pide, que es bien le entendamos? ¿Quién hay, por desbaratado que sea, que cuando pide a una persona grave, no lleva pensado cómo le ha de pedir para contentarle y no serle desabrido, y qué le ha de pedir, y para qué ha menester lo que le ha de dar, en especial si pide cosa señalada, como nos enseña que pidamos nuestro buen Jesús? Cosa me parece para notar. ¿No pudiérades, Señor mío, concluir con una palabra, y decir: Dadnos, Padre, lo que nos

conviene, pues a quien tan bien lo entiende todo, parece que no era menester más? ¡Oh Sabiduría eterna! Para entre Vos y vuestro Padre esto bastaba, y ansí lo pedistes en el huerto; mostrastes vuestra voluntad y temor, mas dejastes os en la suya; mas a nosotros conocéisnos, Señor mío, que no estamos tan rendidos como lo estábades Vos a la voluntad de vuestro Padre, y que era menester pedir cosas señaladas para que nos detuviésemos en mirar si nos estaba bien lo que pedimos, y si no, que no lo pidamos. Porque según somos, si no nos dan lo que queremos, con este libre albedrío que tenemos, no admitiremos lo que el Señor nos diere, porque aunque sea lo mejor, como no vemos luego el dinero en la mano, nunca nos pensamos ver ricos.

2. ¡Oh, válame Dios, que hace tener tan adormida la fe para lo uno y lo otro, que ni acabamos de entender cuán cierto tenemos el castigo, ni cuán cierto el premio! Por eso es bien, hijas, que entendáis lo que pedís en el *Paternoster;* porque si el Padre Eterno os lo diere, no se lo tornéis a los ojos, y que penséis muy bien siempre que pedís si os está bien lo que pedís, y si no, no lo pidáis, sino pedid que os dé su Majestad luz, porque estamos ciegos, y con hastío para no poder comer los manjares que os han de dar vida, sino los que os han de llevar a la muerte; y ¡qué muerte tan peligrosa y tan para siempre! Pues dice el buen Jesús que digamos estas palabras, en que pedimos que venga en nosotros un tal reino: Santificado sea tu nombre, venga en nosotros tu reino.

3. Ahora mirad, hijas, qué sabiduría tan grande de nuestro Maestro: considero yo aquí, y es bien que entendamos, qué pedimos en este reino. Como vió su Majestad que no podíamos santificar, ni alabar, ni engrandecer, ni glorificar este nombre santo del Padre Eterno,

conforme a lo poquito que podemos nosotros: de manera que se hiciesen como es razón, si no nos proveía su Majestad con darnos acá su reino, ansí lo puso el buen Jesús lo uno cabe lo otro. Porque entendamos esto, hijas, que pedimos, y lo que nos importa importunar por ello, y hacer cuanto pudiéremos para contentar a quien nos lo ha de dar, os quiero decir aquí lo que yo entiendo; si no os contentare, pensad vosotras otras consideraciones, que licencia nos dará nuestro Maestro, como en todo nos sujetemos a lo que tiene la Iglesia, como lo hago yo siempre; y aun esto no os daré yo a leer, hasta que lo vean personas que lo entiendan.

4. Ahora, pues, el gran bien que me parece a mí en el reino del cielo, con otros muchos, es ya no tener cuenta con cosa de la tierra, sino un sosiego y gloria en sí mesmos, un alegrarse que se alegren todos, una paz perpetua, una satisfacción grande en sí mesmos, que les viene de ver que todos santifican y alaban al Señor, y bendicen su nombre, y no le ofende nadie. Todos le aman, y la mesma alma no entiende en otra cosa sino en amarle, ni puede dejarle de amar, porque le conoce; y ansí le amaríamos acá, aunque no en esta perfeción, ni en un sér, mas muy de otra manera le amaríamos de lo que le amamos si le conociésemos.

5. Parece que voy a decir que hemos de ser ángeles para pedir esta petición, y rezar bien vocalmente; bien lo quisiera nuestro divino Maestro, pues tan alta petición nos manda pedir, y a buen seguro que no nos dice que pidamos cosas imposibles; y ¿qué imposible sería, con el favor de Dios, venir a esto un alma puesta en este destierro, aunque no en la perfeción que están salidas de esta cárcel, porque andamos en mar, y vamos este camino? Mas hay ratos que, de cansados de andar, los pone el Señor en un sosiego de las potencias

y quietud del alma, que como por señas les da claro a entender a que sabe lo que se da a los que el Señor lleva a su reino; y a los que se les da acá, como le pedimos, les da prendas para que por ellas tengan gran esperanza de ir a gozar perpetuamente lo que acá les da a sorbos.

6. Si no dijésedes que trato de contemplación, venía aquí bien en esta petición hablar un poco del principio de pura contemplación, que los que la tienen la llaman oración de quietud; mas como digo que trato de oración vocal, parecerá que no viene lo uno con lo otro aquí. No lo sufriré, yo sé que viene; perdonadme que lo quiero decir, porque sé que muchas personas que rezan vocalmente, como ya queda dicho, las levanta Dios (sin entender ellas cómo) a subida contemplación; por eso pongo tanto, hijas, en que recéis bien las oraciones vocales.

7. Conozco una persona que nunca pudo tener sino oración vocal, y asida a ésta lo tenía todo; y si no rezaba, íbasele el entendimiento tan perdido, que no lo podía sufrir; mas tal tengamos todas la mental. En ciertos *Paternoster* que rezaba a las veces que el Señor derramó sangre, se estaba, y en poco más, rezando dos o tres horas. Vino una vez a mí muy congojada, que no sabía tener oración mental, ni podía contemplar, sino rezar vocalmente; preguntéle qué rezaba, y vi que, asida al *Pater noster*, tenía pura contemplación, y la levantaba el Señor a juntarla consigo en unión. Y bien se parecía en sus obras, porque gastaba muy bien su vida; y ansí alabé al Señor, y hube envidia a su oración vocal. Si esto es verdad, como lo es, no penséis los que sois enemigos de contemplativos que estáis libres de serlo si las oraciones vocales rezáis como se han de rezar teniendo limpia conciencia.

CAPÍTULO XXXI

Que prosigue en la mesma materia: declara qué es oración de quietud, y algunos avisos para los que la tienen. Es mucho de notar.

1. Pues todavía quiero, hijas, declarar como lo he oído platicar (o el Señor ha querido dármelo a entender), por ventura, para que os lo diga esta oración de quietud, adonde a mí me parece comienza el Señor a dar a entender que oyó la petición, y comienza ya a darnos su reino aquí, para que de veras le alabemos, y santifiquemos, y procuremos lo hagan todos, que es ya cosa sobrenatural, y que no la podemos adquirir nosotros por diligencias que hagamos; porque es un ponerse el alma en paz, o ponerla el Señor con su presencia, por mejor decir, como hizo al justo Simeón, porque todas las potencias se sosiegan. Entiende el alma por una manera muy fuera de entender los sentidos exteriores, que está ya junta cabe su Dios, que con poquito más llegará a estar hecha una cosa con él por unión. Esto no es porque lo ve con los ojos del cuerpo, ni del alma; tampoco no veía el justo Simeón más del glorioso Niño pobrecito, que en lo que llevaba envuelto, y la poca gente que con él iba en la procesión, más pudiera juzgarle por Hijo de gente pobre que por Hijo del Padre Celestial; mas dióselo el Niño a entender, y así lo entiende acá el alma, aunque no con esa claridad, porque aun ella no entiende cómo lo entiende, mas de que se ve en el reino (al menos cabe el Rey que se le ha de dar), y parece que la mesma alma está con acatamiento, aun para no osar pedir.

2. Es como un amortecimiento interior y exterior-

mente, que no querría el hombre exterior (digo el cuerpo, porque mejor me entendáis), digo que no se querría bullir, sino como quien ha llegado casi al fin del camino, descansa para poder mejor tornar a caminar, que allí se le doblan las fuerzas para ello. Siéntese grandísimo deleite en el cuerpo, y gran satisfación en el alma. Está tan contenta de sólo verse cabe la fuente, que aun sin beber está ya harta; no le parece hay más que desear las potencias sosegadas, que no querrían bullirse; todo parece que le estorba a amar. Aunque no están perdidas, porque pueden pensar en cabe quien están, que las dos están libres, la voluntad es aquí la cautiva; y si alguna pena puede tener estando ansí, es de ver que ha de tornar a tener libertad. El entendimiento no querría entender más de una cosa, ni la memoria ocuparse en más; aquí ven que esta sola es necesaria, y todas las demás las turban. El cuerpo no querrían se menease, porque les parece han de perder aquella paz, y ansí no osan bullir. Dales pena el hablar; en decir Padre nuestro una vez, se les pasará una hora. Están tan cerca, que ven que se entienden por señas. Están en el Palacio cabe su Rey, y ven que les comienza ya a dar aquí su reino.

3. Aquí vienen unas lágrimas sin pesadumbre algunas veces, y con mucha suavidad. Parece no están en el mundo, ni le querrían ver ni oir, sino a su Dios. No les da pena nada, ni parece se la ha de dar. En fin, lo que dura, con la satisfacción y deleite que en sí tiene, están tan embebidas y absortas, que no se acuerdan que hay más que desear, sino que de buena gana dirían con San Pedro: Señor, hagamos aquí tres moradas.

4. Algunas veces en esta oración de quietud, hace Dios otra merced bien dificultosa de entender, si no hay grande experiencia; mas si hay alguna, luego lo en-

tenderéis la que la tuviere, y daros ha mucha consolación saber qué es; y creo muchas veces hace Dios esta merced junto con estotra. Cuando es grande, y por mucho tiempo, esta quietud, paréceme a mí que si la voluntad no estuviese asida a algo, que no podría durar tanto en aquella paz, porque acaece andar un día, o dos, que nos vemos con esta satisfación, y no nos entendemos; digo los que la tienen. Y verdaderamente ven que no están enteros en lo que hacen, sino que les falta lo mejor, que es la voluntad, que a mi parecer está unida con Dios, y deja las otras potencias libres para que entiendan en cosas de su servicio, y para esto tienen entonces mucha más habilidad; mas para tratar cosas del mundo están torpes y como embobados a veces. Es gran merced ésta a quien el Señor la hace, porque vida activa y contemplativa está junta. De todo se sirve entonces el Señor; porque la voluntad estáse en su obra sin saber cómo obra, y en su contemplación, las otras dos potencias sirven en lo que Marta; ansí que ella y María andan juntas.

5. Yo sé de una persona que la ponía el Señor aquí muchas veces, y no se sabía entender, y preguntólo a un gran contemplativo, y dijo: que era muy posible, que a él le acaecía. Ansí que pienso que, pues el alma está tan satisfecha en esta oración de quietud, que lo más contino debe estar unida la potencia de la voluntad con el que sólo puede satisfacerla. Paréceme que será bien dar aquí algunos avisos para las que de vosotras, hermanas, el Señor ha llegado aquí por sola su bondad, que sé son algunas.

6. El primero es, que como se ven en aquel contento, y no saben cómo les vino (al menos ven que no le pueden ellas por sí alcanzar), dales esta tentación, que les parece podrán detenerle, y aun resollar no querrían.

Es bobería, que ansi como no podemos hacer que amanezca, tampoco podemos hacer que deje de anochecer. No es ya obra nuestra, que es sobrenatural, y cosa muy sin poderla nosotros adquirir. Con lo que más deternemos esta merced, es con entender claro que no podemos quitar ni poner en ella, sino recibirla como indignísimos de merecerla, con hacimiento de gracias; y éstas no con muchas palabras, sino con un no alzar los ojos, como el publicano.

7. Bien es procurar más soledad para dar lugar al Señor y dejar a su Majestad que obre como en cosa suya, y cuando más una palabra, de rato en rato, suave, como quien da un soplo en la vela cuando ve que se ha muerto, para tornarla a encender; mas si está ardiendo, no sirve más de matarla. A mi parecer, digo, que sea suave el soplo, porque con concertar muchas palabras con el entendimiento, no ocupe la voluntad. Y notad mucho, amigas, este aviso que ahora quiero decir, porque os veréis muchas veces que no os podáis valer con esotras dos potencias. Que acaece estar el alma con grandísima quietud, y andar el pensamiento tan remontado, que no parece que es su casa aquello que pasa, y ansí le parece entonces que no está sino como en casa ajena como huésped, y buscando otras posadas adonde estar, que aquélla no le contenta, porque sabe poco qué cosa es estar en su sér. Por ventura es sólo el mío, y no deben ser ansí otros. Conmigo hablo, que algunas veces me deseo morir, de que no puedo remediar esta variedad del pensamiento; otras parece hacer asiento en su casa, y acompaña a la voluntad, que cuando todas tres potencias se conciertan, es una gloria; como dos casados que se aman, y que el uno quiere lo que el otro; mas si uno es mal casado, ya se ve el desasosiego que da a su mujer.

8. Ansí que la voluntad, cuando se ve en esta quietud, no haga caso del entendimiento, o pensamiento, o imaginación (que no sé lo que es), más que de un loco, porque si le quiere traer consido forzado, ha de ocupar e inquietar algo; y en este punto de oración todo será trabajar, y no ganar más, sino perder lo que le da el Señor sin ningún trabajo suyo. Y advertid mucho a esta comparación que me puso el Señor estando en esta oración, y cuádrame mucho, y me parece lo da a entender. Está el alma como un niño que aún mama, cuando está a los pechos de su madre, y ella, sin que él paladee, échale la leche en la boca para regalarle; ansí es acá, que sin trabajo del entendimiento está amando la voluntad, y quiere el Señor que, sin pensar lo entienda que está con él, y que sólo trague la leche que su Majestad le pone en la boca, y goce de aquella suavidad, que conozca le está el Señor haciendo aquella merced y se goce de gozarla. Mas no quiera entender cómo la goza, y qué es lo que goza, sino descuídese entonces de sí, que sé quien está cabe ella no se descuidará de ver lo que le conviene. Porque si va a pelear con el entendimiento, para darle parte, trayéndole consigo, no puede a todo, forzado dejará caer la leche de la boca, y pierde aquel mantenimiento divino.

9. En esto se diferencia esta oración de cuando está toda el alma unida con Dios, porque entonces aun sólo este tragar el mantenimiento no hace, dentro de sí lo halla sin entender cómo le pone el Señor. Aquí parece que quiere trabaje un poquito el alma, aunque es con tanto descanso, que casi no se siente. Quien la atormenta es el entendimiento, o imaginación, lo que no hace cuando es unión de todas tres potencias, porque las suspende el que las crió; porque con el gozo que da, todas las ocupa sin saber ellas cómo, ni poderlo enten-

der. Ansí que, como digo, en sintiendo en sí esta oración, que es un contento quieto y grande de la voluntad, sin saberse determinar de qué es señaladamente, aunque bien se determina que es diferentísimo de los contentos de acá, que no bastaría señorear el mundo con todos los contentos dél, para sentir en sí el alma aquella satisfación, que es lo interior de la voluntad. Que otros contentos de la vida paréceme a mí que los goza lo exterior de la libertad, como la corteza della, digamos. Pues cuando se viere en este tan subido grado de oración (que es, como he dicho, ya muy conocidamente sobrenatural) si el entendimiento, o pensamiento, por más me declarar, a los mayores desatinos del mundo se fuere, ríase dél, y déjele para necio, y estése en su quietud, que él irá y verná, que aquí es señora y poderosa la voluntad, ella se le traerá sin que os ocupéis. Y si quiere a fuerza de brazos traerle, pierde la fortaleza que tiene para contra él, que le viene de comer y admitir aquel divino sustentamiento, y ni el uno ni el otro ganarán nada, sino perderán entrambos.

10. Dicen que quien mucho quiere apretar junto, lo pierde todo; ansí me parece será aquí. La experiencia dará esto a entender; que quien no la tuviere, no me espanto le parezca muy escuro esto, y cosa no necesaria. Mas ya he dicho que con poca que haya lo entenderá y se podrá aprovechar dello, y alabarán al Señor, porque fué servido se acertase a decir aquí. Ahora, pues, concluyamos, con que, puesta el alma en esta oración, ya parece le ha concedido el Padre Eterno su petición de darle acá su reino.

11. ¡Oh, dichosa demanda que tanto bien en ella pedimos sin entenderlo! Dichosa manera de pedir. Por eso quiero, hermanas, que miremos cómo rezamos esta

oración celestial del *Paternoster* y todas las demás vocales; porque hecha por Dios esta merced, descuidarnos hemos de las cosas del mundo, porque llegando el Señor del todo lo echa fuera. No digo que todos los que la tuvieren por fuerza estén desasidos del todo del mundo, al menos querría que entiendan lo que les falta, y se humillen, y procuren irse desasiendo del todo, porque si no quedarse han aquí.

12. El alma a quien Dios le da tales prendas, es señal que la quiere para mucho, si no es por su culpa irá muy adelante. Mas si ve que poniéndola el reino del cielo en su casa se torna a la tierra, no sólo no la mostrará los secretos que hay en su reino, mas serán pocas veces las que le haga este favor y breve espacio. Ya puede ser yo me engañe en esto; mas véolo y sé que pasa ansí, y tengo para mí que por eso no hay muchos más espirituales; porque como no responden en los servicios conforme a tan gran merced, ni tornan a aparejarse a recibirla, sino antes a sacar al Señor de las manos la voluntad, que ya tiene por suya, y ponerla en cosas bajas, vase a buscar adonde le quieran para dar más, aunque no del todo quito lo dado, cuando se vive con limpia conciencia.

13. Mas hay personas, y yo he sido una dellas, que está el Señor enterneciéndolas y dandolas inspiraciones santas, y luz de lo que es todo, y en fin, dándoles este reino, y poniéndolas en esta oración de quietud y ellas haciéndose sordas; porque son tan amigas de hablar y de decir muchas oraciones vocales muy apriesa, como quien quiere acabar su tarea, como tienen ya por sí de decirlas cada día, que aunque, como digo, les ponga el Señor su reino en las manos, no le admiten, sino que ellas con su rezar piensan que hacen mejor y se divierten. Esto no hagáis, hermanas, sino estad sobre aviso,

cuando el Señor os hiciere esta merced; mirad que perdéis un gran tesoro y que hacéis mucho más con una palabra de cuando en cuando del *Pasternoster*, que con decirle muchas veces apriesa, y no os entendido. Está muy junto a quien pedís, no os dejará de oir, y creed que aquí es el verdadero alabar y santificar de su nombre; porque ya como cosa de su casa glorificáis al Señor y alabáis con más afición y deseo, y parece que no podéis dejarle de conocer mejor, porque habéis gustado cuán suave es el Señor. Ansí que en esto os aviso, que tengáis mucho aviso, porque importa muy mucho.

CAPITULO XXXII

Que trata destas palabras del *Paternoster*: *Fiat voluntas tua sicut in coelo et in terra*, y lo mucho que hace quien dice estas palabras con toda determinación, y cuán bien se lo pagará el Señor.

1. Ahora que nuestro buen Maestro nos ha pedido y enseñado a pedir cosa de tanto valor, que encierra en sí todas las cosas que acá podemos desear, y nos ha hecho tan gran merced, como hacernos hermanos suyos, veamos qué quiere que demos a su Padre, y qué le ofrece por nosotros, y qué es lo que nos pide, que razón es le sirvamos con algo tan grandes mercedes. ¡Oh buen Jesús! Que tampoco dáis (poco de nuestra parte), ¿cómo pedís mucho para nosotros? Dejado que ello en sí es nonada, para donde tanto se debe, y para tan gran Señor; mas, cierto, Señor mío, que no nos dejéis con nada, y que damos todo lo que podemos, si lo damos como lo decimos; digo sea hecha tu voluntad, como es hecha en el cielo, ansí se haga en la tierra.

2. Bien hicistes, nuestro buen Maestro, de pedir la

petición pasada, para que podamos cumplir lo que dais por nosotros. Porque, cierto, Señor, si ansí no fuera, imposible me parece; mas haciendo vuestro Padre lo que Vos le pedís, de darnos acá su reino, yo sé que os sacaremos verdadero en dar lo que dais por nosotros. Porque hecha la tierra cielo, será posible hacer en mí vuestra voluntad; mas sin esto, y en tierra tan ruín como la mía y tan sin fruto, yo no sé, Señor, cómo sería posible. Es gran cosa lo que me ofrecéis. Cuando yo pienso esto, gusto de las personas que no osan pedir trabajos al Señor, que piensan que está en esto el dárselos luego; no hablo en los que lo dejan por humildad, pareciéndoles que no serán para sufrirlos, aunque tengo para mí que quien les da amor para pedir este medio tan áspero para mostrarle, le dará para sufrirlos. Querría preguntar a los que por temor de que luego se los han de dar no los piden, lo ¿qué dicen cuando suplican el Señor cumpla su voluntad en ellos? O es que lo dicen por decir lo que todos, mas no para hacerlo. Esto, hermanas, no sería bien; mirad que parece aquí el buen Jesús nuestro embajador, y que ha querido entre venir entre nosotros y su Padre, y no a poca costa suya; y no sería razón que lo que ofrece por nosotros dejásemos de hacerlo verdad, o no lo digamos. Ahora quiérolo llevar por otra vía. Mirad, hijas, ello se ha de cumplir que queramos que no, y se ha de hacer su voluntad en el cielo y en la tierra; tomad mi parecer y creedme, y haced de la necesidad virtud.

3. ¡Oh Señor mío, qué gran regalo es éste para mí, que no dejásedes en querer tan ruin como el mío el cumplirse vuestra voluntad o no! Buena estuviera yo Señor, si estuviera en mi mano el cumplirse vuestra voluntad en el cielo y en la tierra. Ahora la mía os doy libremente, aunque ha tiempo que no va libre de intere-

se, porque ya tengo probado, y gran experiencia dello, la ganancia que es dejar libremente mi voluntad en la vuestra. ¡Oh amigas, qué gran ganancia hay aquí! ¡Oh, qué gran pérdida de no cumplir lo que decimos al Señor en el *Paternoster* en esto que le ofrecemos!

4. Antes que os diga lo que se gana, os quiero declarar lo mucho que ofrecéis, no os llaméis después a engaño, y digáis que no lo entendistes; no sea como algunas religiosas, que no hacemos sino prometer, y como no lo cumplimos, hay este reparo de decir que no se entendió lo que se prometía. Ya puede ser, porque decir que dejaremos nuestra voluntad en otra, parece muy fácil, hasta que probando se entiende que es la cosa más recia que se puede hacer; si se cumple como se ha de cumplir, es fácil de hablar, y dificultoso de obrar; y si pensaron que no era más lo uno que lo otro, no lo entendieron. Hacedlo entender a las que acá hicieron profesión, por larga prueba; no piensen que ha de haber solas palabras, sino obras también. Mas no todas veces nos llevan con rigor los perlados, de que nos ven flacos; y a las veces flacos y fuertes llevan de una suerte, acá no es ansí, que sabe el Señor lo que puede sufrir cada uno, y a quien ve con fuerza, no se detiene en él su voluntad.

5. Pues quiero os avisar, y acordar, qué es su voluntad; no hayáis miedo que sea daros riquezas, ni deleites, ni honras, ni todas estas cosas de acá; no os quiere tan poco, y tiene en mucho lo que dais, y quiere os lo pagar bien, pues os da su reino aun viviendo. ¿Queréis ver cómo se ha con los que de veras le dicen esto? Preguntadlo a su Hijo glorioso, que se lo dijo cuando la oración del huerto, como fué dicho con determinación y de toda voluntad; mira si lo cumplió bien en él en lo que le dió de trabajos, dolores, injurias y perse-

cuciones; en fin, hasta que se le acabó la vida con muerte de cruz. Pues veis aquí, hijas, a quien más amaba lo que dió, por donde se entiende cuál es su voluntad. Ansí que éstos son sus dones en este mundo. Va conforme al amor que nos tiene. A los que ama más da estos dones; mas a los que menos, menos, y conforme al ánimo que ve en cada uno y el amor que tiene a su Majestad. Quien le amare mucho, verá que puede padecer mucho con él; al que amare poco, dará poco. Tengo yo para mí que la medida de poder llevar gran cruz, o pequeña, es la del amor.

6. Ansí que, hermanas, si le tenéis, procurá no sean palabras de cumplimiento las que decís a tan gran Señor, sino esforzaos a pasar lo que su Majestad quisiere. Porque si de otra manera dais voluntad, es mostrar la joya, e irla a dar, y rogar que la tomen; y cuando extiende la mano para tomarla, tornáosla vos a guardar muy bien. No son estas burlas para con quien le hicieron tantas por nosotros; aunque no hubiera otra cosa, no es razón que burlemos ya tantas veces, que no son pocas las que se lo decimos en el *Paternoster*. Démosle ya una vez la joya del todo, de cuantas acometemos a dársela. Es verdad que nos da primero para que se la demos. Los del mundo harto harán si tienen de verdad determinación de cumplirlo; vosotras, hijas, diciendo y haciendo palabras y obras, como a la verdad parece hacemos los religiosos. Sino que a las veces no sólo acometemos a dar la joya, sino ponémosela en la mano, y tornámosela a tomar. Somos tan francos de presto, y después tan escasos, que valiera en parte más que nos hubiéramos detenido en el dar. Porque todo lo que os he avisado en este libro va dirigido a este punto de darnos del todo al Criador, y poner nuestra voluntad en la suya, y desasirnos de las criaturas, y ternéis ya enten-

dido lo mucho que importa, no digo más en ello; sino diré, para lo que pone aquí nuestro buen Maestro, estas palabras dichas, como quien sabe lo mucho que ganaremos de hacer este servicio a su Eterno Padre, porque nos disponemos cumpliéndolas para que con mucha brevedad nos veamos acabado de andar el camino, y bebiendo del agua viva de la fuente que queda dicha.

7. Porque sin dar nuestra voluntad del todo al Señor, para que haga en todo lo que nos toca conforme a ella, nunca deja beber desta agua. Esto es contemplación perfeta, lo que dijistes os escribiese; y en esto, como ya tengo escrito, ninguna cosa hacemos de nuestra parte, ni trabajamos, ni negociamos, ni es menester más, porque todo la demás estorba e impide, sino decir: *Fiat voluntas tua;* cúmplase, Señor, en mí vuestra voluntad de todos los modos y maneras que Vos, Señor mío, quisiéredes; si queréis con trabajos, dadme esfuerzo, y vengan; si con persecuciones, y enfermedades, y deshonras y necesidades, aquí estoy; no volveré el rostro, Padre mío, ni es razón vuelva las espaldas. Pues vuestro Hijo dió en nombre de todos esta mi voluntad, no es razón falte por mi parte, sino que me hagáis Vos merced de darme vuestro reino para que yo lo pueda hacer, pues él me lo pidió; disponed en mí como en cosa vuestra conforme a vuestra voluntad.

8. ¡Oh hermanas mías, qué fuerza tiene este dón! No puede menos, si va con la determinación que ha de ir, de traer al Todopoderoso a ser uno con nuestra bajeza, y transformarnos en sí, y hacer una unión del Criador con la criatura. Mirad si quedaréis bien pagadas y si tenéis buen Maestro, que como sabe por dónde ha de ganar la voluntad de su Padre, enséñanos cómo y con qué le hemos de servir. Y mientras más determinación tiene el alma, y más se va entendiendo por las obras que no

son palabras de cumplimiento, más nos llega el Señor a sí, y nos levanta de todas las cosas de acá, y de nosotros mesmos, para habilitarnos a recibir grandes mercedes. Que no acaba de pagar en esta vida este servicio; en tanto le tiene, que ya nosotros no sabemos qué nos pedir, y su Majestad nunca se cansa de dar, porque no contento con tener hecha esta tal alma una cosa consigo, por haberla ya unido a sí mesmo, comienza a regalarse con ella, y a descubrirle secretos, y a holgarse de que entienda lo que ha ganado, y que conozca algo de lo que la tiene por dar. Hácela ir perdiendo estos sentidos exteriores, porque no se la ocupe nada (esto es arrobamiento), y comienza a tratar de tanta amistad, que no sólo la torna a dejar su voluntad, mas dale la suya con ella; porque se huelga el Señor, ya que trata de tanta amistad, que manden a veces, como dicen, y cumplir él lo que ella le pide, como ella hace lo que él manda, y mucho mejor; porque es poderoso y puede cuanto quiere, y no deja de querer. La pobre alma, aunque quiera, no puede lo que querría, ni puede nada sin que se lo den; y esta es su mayor riqueza, quedar mientras más sirve más adeudada, y muchas veces fatigada de verse sujeta e tantos inconvenientes, y embarazos, y ataduras, como trae el estar en la cárcel de este cuerpo, porque querría pagar algo de lo que debe. Y es harto boba en fatigarse, porque aunque haga lo que es en sí, ¿qué podemos pagar los que, como digo, no tenemos que dar si no lo recibimos? Sino conocernos, y esto que podemos con su favor, que es dar nuestra voluntad, hacerlo cumplidamente. Todo lo demás para el alma que el Señor ha llegado aquí, la embaraza y hace daño y no provecho.

9. Miren que digo para el alma que ha querido el Señor juntarla consigo por unión y contemplación per-

feta; que aquí sola la humildad es la que puede algo, y ésta no adquirida por el entendimiento, sino con una clara verdad, que comprende en un momento lo que en mucho tiempo no pudiera alcanzar trabajando la imaginación, de lo muy nada que somos y lo muy mucho que es Dios. Doy os un aviso, que no penséis por fuerza vuestra ni diligencia allegar aquí, que es poder más, antes si teníades devoción, quedaréis frías, sino con complicidad y humildad, que es la que lo acaba todo, decir: *Fiat voluntas tua.*

CAPITULO XXXIII

En que trata de la gran necesidad que tenemos de que el Señor nos dé lo que pedimos en estas palabras del *Paternoster: Panem nostrum quotidianum da nobis hodie.*

1. Entendiendo, pues, como he dicho, el buen Jesús cuán dificultosa cosa era esta que ofrece por nosotros, conociendo nuestra flaqueza, que muchas veces nos hacemos entender que no entendemos cuál es la voluntad del Señor, como somos flacos, y él tan piadoso, vió que era menester remedio, y ansí pídenos al Padre Eterno este pan soberano. Porque dejar de dar lo dado, vió que en ninguna manera nos convenía, porque está en ello toda nuestra ganancia; pues cumplirlo sin este favor, vió ser dificultoso. Porque decir a un regalado y rico, que es la voluntad de Dios que tenga cuenta con moderar su plato, para que coman otros siquiera pan, que mueren de hambre, sacará mil razones para no entender esto, sino a su propósito. Pues decir a un murmurador que es la voluntad de Dios querer tanto para su prójimo como para sí, no le puede poner a paciencia ni

bastar razón para que lo entienda. Pues decir a un religioso que está mostrado a libertad y regalo que ha de tener cuenta con que ha de dar ejemplo, y que mire que ya no son solas palabras con las que ha de cumplir cuando dice esta palabra, sino que lo ha jurado y prometido, y que es voluntad de Dios que cumpla sus votos, y mire que si da escándalo que va muy contra ellos, aunque no del todo los quebrante, y que ha prometido pobreza, y que la guarde sin rodeos, que esto es lo que el Señor quiere, no hay remedio aun ahora de quererlos algunos; ¿qué hiciera si el Señor no hiciera lo más con el remedio que usó? No hubiera sino muy poquitos que cumplirán esta palabra que por nosotros dijo al Padre: *Fiat voluntas tua.*

2. Pues viendo el buen Jesús la necesidad, buscó un medio admirable adonde nos mostró el extremo de amor que nos tiene; y en su nombre y en el de sus hermanos dió esta petición: El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy, Señor. Entendamos, hermanas, por amor de Dios, esto que pide nuestro buen Maestro, que nos va la vida en no pasar de corrida por ello; y tened en muy poco lo que habéis dado, pues tanto habéis de recibir. Paréceme ahora a mí (debajo de otro mejor parecer) que, visto el buen Jesús lo que había dado por nosotros, y cómo nos importa tanto darlo, y la gran dificultad que había, como está dicho, por ser nosotros tales, y tan inclinados a cosas bajas, y de tan poco amor y ánimo, que era menester ver el suyo para despertarnos, y no una vez, sino cada día, que aquí se debió determinar de quedarse con nosotros. Y como era cosa tan grave y de tanta importancia, quiso que viniese de la mano del Eterno Padre; porque aunque son una mesma cosa, y sabía que lo que él hiciese en la tierra lo haría Dios en el cielo, y lo tenía por bueno, pues su

voluntad y la de su Padre era una, todavía era tanta la humildad del buen Jesús, en cuanto hombre, que quiso como pedir licencia, aunque ya sabía era amado del Padre, y que se deleitaba en él. Bien entendió que pedíamos en esto, que pidió en lo demás; porque ya sabía la muerte que le habían de dar, y las deshonras y afrentas que había de padecer.

3. ¿Pues qué padre hubiera, Señor, que habiéndonos dado a su hijo, y tal hijo, y parándole tal, quisiera consentir que se quedara entre nosotros a padecer nuevas injurias? Por cierto ninguno, Señor, sino el vuestro: bien sabéis a quién pedís. ¡Oh, válame Dios, qué gran amor del Hijo, y qué gran amor del Padre! Aún no me espanta tanto del buen Jesús, porque como había ya dicho, *Fiat voluntas tua,* habíalo de cumplir como quien es. Sé que no es como nosotros, pues como sabe la cumplía con amarnos como a sí mesmo, ansí andaba a buscar a cómo cumplir con mayor cumplimiento, aunque fuese a su costa este mandamiento. Mas Vos, Padre Eterno, ¿cómo lo consentistes? ¿Por qué queréis cada día ver en tan ruines manos a vuestro Hijo, ya que una vez quisistes lo estuviese y lo consentistes? Ya veis cómo le pararon; ¿cómo puede vuestra piedad cada día verle hacer injurias? ¡Y cuántas le deben hoy hacer a este Santísimo Sacramento! ¡En qué de manos enemigas suyas le debe de ver el Padre! ¡Qué desacatos destos herejes!

4. ¡Oh Señor Eterno! ¿Cómo acetáis tal petición? ¿Cómo la consentís? No miréis su amor, que a trueco de hacer cumplidamente vuestra voluntad, y de hacer por nosotros, se dejará cada día hacer pedazos. Vuestro es mirar, Señor mío, ya que a vuestro Hijo no se le pone cosa delante, ¿por qué ha de ser todo nuestro bien a su costa? ¿Por qué calla a todo, y no sabe hablar

por sí, sino por nosotros? ¿Pues no ha de haber quien hable por este amantísimo Cordero? He mirado yo cómo en esta petición sola duplica las palabras, porque dice primero y pide que nos deis este pan cada día, y torna a decir: Dánoslo hoy, Señor. Es como decirle que, ya una vez nos le dió, que no nos le torne a quitar hasta que se acabe el mundo, que le deje servir cada día. Esto os enternezca el corazón, hijas mías, para amar a vuestro Esposo, que no hay esclavo que de buena gana diga lo que es, y que el buen Jesús parece se honra dello.

5. ¡Oh Padre Eterno, qué mucho merece esta humildad, con qué tesoro compramos a vuestro Hijo! Venderlo, ya sabemos que por treinta dineros; mas para comprarle no hay precio que baste. Y cómo se hace aquí una cosa con nosotros por la parte que tiene de nuestra naturaleza. Y como Señor de su voluntad, lo acuerda a su Padre, que pues es suya, que nos la puede dar; y ansí dice: Pan nuestro; no hace diferencia de sí a nosotros, mas hácenos a nosotros unos consigo, para que, juntando cada día su Majestad nuestra oración con la suya, alcance la nuestra delante de Dios lo que pidiéremos.

CAPITULO XXXIV

Prosigue en la mesma materia: es muy bueno para después de haber recibido el Santísimo Sacramento.

1. Pues esta petición de cada día, parece que es para siempre. He estado yo pensando, porque después de haber dicho el Señor cada día, tornó a decir: Dádnoslo hoy. Quiero os decir mi bobería; si lo fuere, quédese por tal, que harto lo es meterme yo en esto. Cada

día me parece a mí, porque acá le poseemos en la tierra, y le poseeremos también en el cielo si nos aprovechamos de su compañía. Pues no se quedó para otra cosa con nosotros, sino para ayudarnos, y animarnos, y sustentarnos a hacer esta voluntad que hemos dicho se cumpla en nosotros.

2. El decir hoy, me parece es para un día, que es mientras durare el mundo, y no más; y bien un día para los desventurados que se condenan, que no lo gozarán en la otra. No es a culpa del Señor si se dejan vencer, que él no los dejará de animar hasta el fin de la batalla; no ternán con que disculparse, ni de qué quejarse del Padre Eterno, porque se lo tomó al mejor tiempo. Y ansí le dice su Hijo, que pues no es más de un día, se le deje ya pasar entre los suyos, y puesto a los desacatos de algunos malos, que pues su Majestad ya nos le dió y envió al mundo por sola su voluntad y bondad, que él quiere ahora por la suya no desampararnos, sino estarse aquí con nosotros para más gloria de sus amigos y pena de sus enemigos; que no pide más de hoy ahora nuevamente, que el habernos dado este pan sacratísimo para siempre cierto le tenemos. Su Majestad nos le dió, como he dicho, este mantenimiento y maná de la humanidad, que le hallamos como queremos, y que si no es por nuestra culpa, no moriremos de hambre; que de todas cuantas maneras quisiere comer el alma, hallará en el Santísimo Sacramento sabor y consolación. No hay necesidad, ni trabajo, ni persecución, que no sea fácil de pasar si comenzamos a gustar de los suyos.

3. Pedid vosotras, hijas, con este Señor al Padre, que os deje hoy a vuestro Esposo, que no os veáis en este mundo sin él, que baste para templar tan gran contento, que quede tan disfrazado en estos accidentes de

pan y vino, que es harto tormento para quien no tiene otra cosa que amar, ni otrc consuelo; mas suplicadle que no os falte, y os dé aparejo para recibirle dignamente. De otro pan no tengáis cuidado las que muy de veras os habéis dejado en la voluntad de Dios; digo en estos tiempos de oración, que tratáis cosas más importantes, que tiempos hay otros para que trabajéis y ganéis de comer, mas no con el cuidado. No curéis gastar en eso el pensamiento en ningún tiempo, sino trabaje el cuerpo, que es bien procuréis sustentaros, y descanse el alma; dejad este cuidado, como largamente queda dicho, a vuestro Esposo, que él le terná siempre. No hayáis miedo que os falte, si no faltáis vosotras en lo que habéis dicho, de dejaros en la voluntad de Dios. Y por cierto, hijas, de mí os digo, que si deseo faltase ahora con malicia, como otras veces lo he hecho muchas, que yo no le suplicase me diese pan ni otra cosa de comer, déjeme morir de hambre. ¿Para qué quiero vida, si con ella voy ganando cada día más muerte eterna? Ansí, que si de veras os vais a Dios, como lo decís, él terná cuidado de vos.

4. Es como cuando entra un criado a servir, que él tiene cuenta con contentar a su señor en todo, mas el señor está obligado a dar de comer al siervo, mientras está en su casa y le sirve; salvo si no es tan pobre, que no tiene para sí ni para él. Acá cesa esto, siempre es y será rico y poderoso. ¿Pues sería bien andar el criado pidiendo de comer cada día, pues sabe que tiene cuidado su amo de dárselo, y le ha de tener? Con razón le dirá que se ocupe él en servirle, y cómo le contentar, que por andar ocupado el cuidado en lo que no le ha de tener, no hace cosa a derechas. Ansí que, hermanas, tenga quien quisiere cuidado de pedir ese pan, nosotras pidamos al Padre Eterno merezcamos pedir el nuestro

pan celestial. De manera que ya que los ojos del cuerpo no se pueden deleitar en mirarle, por estar tan encubierto, se descubra a los del alma, y se le dé a conocer, que es otro mantenimiento de contentos y regalos, y que sustenta la vida.

5. ¿Pensáis que no es mantenimiento, aun para estos cuerpos, este santísimo manjar, y gran medicina aun para los males corporales? Yo sé que lo es, y conozco una persona de grandes enfermedades, que estando muchas veces con grandes dolores, como con la mano se le quitaban y quedaba buena del todo. Esto muy ordinario, y de males muy conocidos, que no se podían fingir, a mi parecer. Y porque las maravillas que hace este santísimo pan en los que dignamente le reciben son muy notorias, no digo muchas que pudiera decir desta persona que he dicho, que lo podía yo saber, y sé que no es mentira. Mas a ésta habíala el Señor dado tan viva fe, que cuando oía a algunas personas decir que quisieran ser en el tiempo que andaba Cristo nuestro bien en el mundo, se reía entre sí, pareciéndole que teniéndole tan verdaderamente en el Santísimo Sacramento como entonces, ¿qué más se les daba?

6. Mas sé desta persona que muchos años, aunque no era muy perfeta, cuando comulgaba, ni más ni menos que si viera con los ojos corporales entrar en su posada el Señor, procuraba esforzar la fe para (como creía verdaderamente que entraba este Señor en su pobre posada) desocuparse de todas las cosas exteriores cuanto le era posible, y entrarse con él. Procuraba recoger los sentidos para que todos entendiesen tan gran bien; digo no embarazasen al alma para conocerle. Considerábase a sus pies y lloraba con la Magdalena, ni más ni menos que si con los ojos corporales le viera en casa del fariseo; y aunque no sintiese devoción,

la fe la decía que estaba bien allí, y estábase allí hablando con él. Porque si no nos queremos hacer bobas y cegar el entendimiento, no hay que dudar que esto no es representación de la imaginación, como cuando consideramos al Señor en la cruz, o en otros pasos de la Pasión, que le representamos como pasó. Esto pasa ahora, y es entera verdad, y no hay para qué le ir a buscar en otra parte más lejos, sino que pues sabemos que mientras no consume el calor natural los accidentes del pan, está con nosotros el buen Jesús, que no perdamos tan buena sazón, y que nos lleguemos a él.

7. Pues si cuando andaba en el mundo, de sólo tocar sus ropas sanaba los enfermos, ¿qué hay que dudar que hará milagros, estando tan dentro de mí, si tenemos fe viva, y nos dará lo que le pidiéremos, pues está en nuestra casa? Y no suele su Majestad pagar mal la posada, si le hacen buen hospedaje. Si os da pena no verle con los ojos corporales, mirad que no nos conviene, que es otra cosa verle glorificado, a cuando andaba por el mundo. No habría sujeto que lo sufriese de nuestro flaco natural, ni habría mundo, ni quien quisiese parar en él, porque en ver esta verdad eterna, se vería ser mentira y burla todas las cosas de que acá hacemos caso. Y viendo tan gran Majestad, ¿cómo osaría una pecadorcilla como yo, que tanto le ha ofendido, estar tan cerca dél? Debajo de aquellos accidentes de pan está tratable, porque si el rey se disfraza, no parece que se nos da nada de conversar sin tantos miramientos y respetos; parece está obligado a sufrirlo, pues se disfrazó. ¿Quién osaría llegar con tanta tibieza, tan indignamente, con tantas imperfeciones? ¡Cómo no sabemos lo que pedimos, y cómo lo miró mejor su sabiduría! Porque a los que ve se han de aprovechar, él se les descubre, que aunque no le vean con los ojos

corporales, muchos modos tiene de mostrarse al alma por grandes sentimientos interiores, y por diferentes vías.

8. Estaos vos de buena gana con él, no perdáis tan buena sazón de negociar como es la hora después de haber comulgado. Mirad que este es gran provecho para el alma, y en que se sirve mucho el buen Jesús que le tengáis compañía. Tened gran cuenta, hijas, de no la perder, si la obediencia no os mandare, hermanas, otra cosa; procurad dejar el alma con el Señor, que vuestro Maestro es, no os dejará de enseñar, aunque no lo entendáis, que si luego lleváis el pensamiento a otra parte, y no hacéis cosa, ni tenéis cuenta con quien está dentro de vos, no os quejéis sino de vos. Este, pues, es buen tiempo para que os enseñe nuestro Maestro, para que le oyamos y besemos los pies porque nos quiso enseñar, y le supliquemos no se vaya de con nosotros. Si esto habéis de pedir, mirando una imagen de Cristo, bobería me parece dejar en aquel tiempo la mesma persona por mirar el dibujo. ¿No lo sería si tuviésemos mucho un retrato de una persona que quisiésemos mucho, y la mesma persona nos viniese a ver, dejar de hablar con ella, y tener toda la conversación con el retrato? ¿Sabéis para cuándo es muy bueno, y santísimo, y cosa en que yo me deleito mucho? Para cuando está ausente la mesma persona, y quiere darnos a entender que lo está con muchas sequedades, es gran regalo ver una imagen de quien con tanta razón amamos; a cada cabo que volviese los ojos la querría ver. ¿En qué mejor cosa, ni más gustosa a la vista la podemos emplear, que en quien tanto nos ama, y en quien tiene en sí todos los bienes? ¡Desventurados destos herejes que han perdido por su culpa esta consolación con otras!

9. Mas acabado de recibir al Señor, pues tenéis la mesma persona delante, procurad cerrar los ojos del cuerpo y abrir los del alma, y miraos al corazón, que yo os digo (y otra vez lo digo, y muchas lo querría decir), que si tomáis esta costumbre todas las veces que comulgáredes, procurando tener tal conciencia, que os sea lícito gozar a menudo deste bien, que no viene tan disfrazado que, como he dicho, de muchas maneras no se dé a conocer, conforme al deseo que tenemos de verle; y tanto lo podéis desear, que se os descubra del todo; mas si no hacemos caso dél, sino que en recibiéndole nos vamos de con él a buscar otras cosas más bajas, ¿qué ha de hacer? ¿Hanos de traer por fuerza a que le veamos, que se nos quiere dar a conocer? No, que no le trataron tan bien cuando se dejó ver a todos al descubierto, y les decía claro quién era, que muy pocos fueron los que le creyeron. Y ansí, harta misericordia nos hace a todos que quiere su Majestad entendamos que es él el que está en el Santísimo Sacramento; mas que le vean descubiertamente, y comunicar sus grandezas, y dar de sus tesoros no quiere sino a los que entiende que mucho le desean, porque éstos son sus verdaderos amigos. Que yo os digo, que quien no lo fuere, y no llegare a recibirle como a tal, habiendo hecho lo que es en sí, que nunca le importune porque se le dé a conocer. No ve la hora de haber cumplido con lo que mandá la Iglesia, cuando se va de su casa, y procura echarle de sí. Ansí que este tal, con otros negocios, y ocupaciones, y embarazos del mundo, parece que lo más presto que puede se da priesa a que no le ocupe la casa el Señor.

CAPITULO XXXV

Acaba la materia comenzada con una exclamación al Padre Eterno.

1. Heme alargado tanto en esto, aunque había hablado en la oración del recogimiento de lo mucho que importa este entrarnos a solas con Dios, por ser cosa importante, y cuando no comulgáredes, hijas, y oyéredes Misa, podéis comulgar espiritualmente, que es de grandísimo provecho, y hacer lo mesmo de recogeros después en vos, que es mucho lo que se imprime ansí el amor deste Señor; porque aparejándonos a recibir, jamás deja de dar por muchas maneras que no entendemos; es como llegarnos al fuego, que aunque le haya muy grande, si estáis desviadas y escondéis las manos, mal os podéis calentar, aunque todavía da más calor que no estar donde no haya fuego. Mas otra cosa es querer llegar a él, que si el alma está dispuesta (digo que esté con deseo de perder el frío) y se está allí un rato, para muchas horas queda con calor, y una centellica que falte la abrasa toda, y vanos tanto, hijas, en disponernos para esto, que no os espantéis lo diga muchas veces.

2. Pues mirad, hermanas, que si a los principios no os halláredes bien, no se os dé nada, que podrá ser que os ponga el demonio apretamiento de corazón y congoja, porque sabe el daño grande que le viene de aquí. Haráos entender que hay más devoción en otras cosas que aquí. Creedme, no dejéis este modo; aquí probará el Señor lo que le queréis. Acordaos que hay pocas almas que le acompañen y le sigan en los trabajos; pasemos por él algo, que su Majestad os lo pagará. Y acor-

daos también qué de personas habrá que no sólo quieren no estar con él, sino que con descomedimiento le echan de sí. Pues algo hemos de pasar para que entienda que le tenemos de ver. Y pues todo lo sufre y sufrirá por hallar sola un alma que le reciba y tenga en sí con amor, sea ésta la vuestra; porque a no haber ninguna, con razón no le consintiera quedar el Padre Eterno con nosotros, sino que es tan amigo de amigos, y tan Señor de sus siervos, que como ve la voluntad de su buen Hijo, no le quiere estorbar obra tan excelente y adonde tan cumplidamente muestra el amor.

3. Pues Padre Santo, que estás en los cielos, ya que lo queréis y lo acetáis (y claro está no habíades de negar cosa que tan bien nos está a nosotros), alguien ha de haber, como dije al principio, que hable por vuestro Hijo. Seamos nosotras, hijas, aunque es atrevimiento siendo las que somos; mas confiadas en que nos manda el Señor que pidamos, llegadas a esta obediencia en nombre del buen Jesús, supliquemos a su Majestad que, pues no le ha quedado por hacer ninguna cosa haciendo a los pecadores tan gran beneficio como éste, quiera su piedad, y se sirva de poner remedio, para que no sea tan mal tratado; y que pues su Santo Hijo puso tan buen medio para que en sacrificio le podamos ofrecer muchas veces, que valga tan precioso don para que no vayan adelante tan grandísimo mal y desacatos como se hacen en los lugares adonde estaba este Santísimo Sacramento, entre estos luteranos, deshechas las iglesias, perdidos tantos sacerdotes, los Sacramentos quitados. ¿Pues qué es esto, mi Señor y mi Dios? O dad fin al mundo, o poned remedio en tan gravísimos males; que no hay corazón que lo sufra, aun de los que somos ruines. Suplícoos, Padre Eterno, que no lo sufráis ya Vos; atajad este fuego, Señor, que si queréis, podéis.

4. Mirad que aún está en el mundo vuestro Hijo; por su acatamiento cesen cosas tan feas, y abominables, y sucias, y por su hermosura y limpieza, que no merece estar en casa adonde hay cosas semejantes. No lo hagáis por nosotros, Señor, que no lo merecemos; hacedlo por vuestro Hijo, pues suplicaros que no esté con nosotros, no os lo osamos pedir. Pues él alcanzó de Vos que por este día de hoy, que es lo que durare el mundo, le dejásedes acá, y porque se acabaría todo, ¿que sería de nosotros? Que si algo os aplaca, es tener acá tal prenda; pues algún medio ha de haber, Señor mío, póngale vuestra Majestad.

5. Oh mi Dios, quién pudiera oportunaros mucho y haberos servido mucho para poderos pedir tan gran merced en pago de mis servicios, pues no dejáis ninguno sin paga. Mas no lo he hecho, Señor; antes por ventura soy la que os he enojado de manera que por mis pecados vengan tantos males. ¿Pues qué he de hacer, Criador mío, sino presentaros este pan sacratísimo, y aunque nos le distes, tornárosle a dar, y suplicaros por los méritos de vuestro Hijo me hagáis esta merced, pues por tantas partes lo tiene merecido? Ya, Señor, ya Señor, haced que sosiegue este mar; no ande siempre en tanta tempestad esta nave de la Iglesia, y salvadnos, Señor mío, que perecemos.

CAPITULO XXXVI

Trata de estas palabras: *Dimitte nobis debita nostra.*

1. Viendo, pues, nuestro buen Maestro que con este manjar celestial todo nos es fácil, si no es por nuestra culpa, y que podemos cumplir muy bien lo que hemos dicho al Padre, de que se cumpla en nosotros su volun-

tad, dícele ahora que nos perdone nuestras deudas, pues perdonamos nosotros; y ansí, prosiguiendo en la oración dice estas palabras: Y perdonadnos, Señor, nuestras deudas, ansí como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Miremos, hermanas, que no dice «como perdonaremos», porque entendamos que quien pide un don tan grande como el pasado, y quien ya ha puesto su voluntad en la de Dios, que ya esto ha de estar hecho. Y ansí dice: Como nosotros las perdonamos. Ansí que quien de veras hubiere dicho esta palabra al Señor, *fiat voluntas tua*, todo lo ha de tener hecho con la determinación al menos. Veis aquí cómo los Santos se holgaban con las injurias y persecuciones, porque tenían algo que presentar al Señor cuando le pedían. ¿Qué hará una tan pobre como yo, que tan poco ha tenido que perdonar y tanto hay que se me perdone? Señor mío, ¿si habrá algunas personas que me tengan compañía y no hayan entendido este punto? Si las hay, en vuestro nombre les pido yo que se les acuerde desto, y que no hagan caso de unas cositas que llaman agravios, que parece que hacemos casas de pajitas, como niños, con estos puntos de honra.

2. ¡Oh, válame Dios, hermanas, si entendiésemos qué cosa es honra y en qué está el perder la honra! Ahora no hablo con vosotras (que harto mal sería no tener ya entendido esto), sino conmigo, el tiempo que me precié de honra; sin entender cómo era, íbame al hilo de la gente. ¡Oh, de qué cosas me agraviaba que yo tengo vergüenza ahora! Y no era, pues, de las que mucho miraban en estos puntos; mas no estaba en el punto principal, porque ésta es la que hace provecho al alma. Y qué bien dijo quien dijo que honra y provecho no podían estar juntos, aunque no sé si lo dijo a este propósito, y es al pie de la letra que el provecho

del alma, y esto que llama el mundo honra, nunca pueden estar juntos. Cosa espantosa es ver qué al revés anda el mundo. Bendito sea el Señor, que nos sacó dél. Plega a su Majestad que esté siempre tan fuera de esta casa como está ahora, porque Dios nos libre de monasterios adonde hay puntos de honra, nunca en ellos se dará mucho a Dios.

3. Mas mirad, hermanas, que no nos tiene olvidadas el demonio; también inventa las honras en los monasterios, y pone sus leyes que suben y bajan en dignidades como los del mundo, y ponen su honra en unas cositas que yo me espanto. Los letrados deben de ir por sus letras, que esto no lo sé; el que ha llegado a leer Teología, no ha de bajar a leer Filosofía, que es un punto de honra que está en que ha de subir y no bajar; y aun en su seso, si se lo mandase la obediencia, lo tenía por agravio, y habría quien tornase por él y diría que es afrenta, y luego el demonio descubre razones, que aun en la ley de Dios parece lleva razón. Pues entre monjas, la que ha sido priora ha de quedar inhabilitada para otro oficio más bajo; un mirar en la que es más antigua; que esto no se nos olvida, y aun a las veces parece que merecemos en ello, porque lo manda la Orden. Cosa es para reir o para llorar, que lleva más razón; sé que no manda la Orden que no tengamos humildad. Mándalo porque haya concierto; mas yo no he de estar tan concertada en cosas de mi estima, que tenga tanto cuidado en este punto de Orden como de otras cosas della que por ventura guardaré imperfetamente; no esté toda nuestra perfeción de guardarla en esto; otras lo mirarán por mí si yo me descuido. Es el caso, que como somos inclinados a subir (aunque no subiremos por aquí al cielo), no ha de haber bajar.

4. ¡Oh Señor! ¿Sois ¡Vos nuestro dechado y maes-

tro? Sí, por cierto; pues ¿en qué estuvo vuestra honra, honrado maestro? No la perdiste, por cierto, en ser humillado hasta la muerte. No, Señor, sino que la ganastes para todos. ¡Oh! Por amor de Dios, hermanas, que llevaremos perdido el camino si fuésemos por aquí, porque va errado desde el principio. Y plega a Dios que no se pierda algún alma por guardar estos negros puntos de honra, sin entender en qué está la honra; y vernemos después a pensar que hemos hecho mucho si perdonamos una cosita destas que ni era agravio ni injuria, ni nada; y muy como quien ha hecho algo, vernemos a que nos perdone el Señor, pues hemos perdonado. Dadnos, mi Dios, a entender, que no nos entendemos, y que venimos vacías las manos, y perdonadnos Vos por vuestra misericordia.

5. Mas ¡qué estimado debe ser del Señor este amarnos unos a otros! Pues pudiera el buen Jesús ponerle delante otras cosas y decir: Perdonadnos, Señor, porque hacemos mucha penitencia, o porque rezamos mucho y ayunamos, y lo hemos dejado todo por Vos, y os amamos mucho; y porque perderíamos la vida por Vos, y como digo, otras muchas cosas que pudiera decir, sino sólo porque perdonamos. Por ventura, como nos conoce por tan amigos desta negra honra, y como cosa más dificultosa de alcanzar de nosotros, la dijo y se la ofrece de nuestra parte.

6. Pues tener mucha cuenta, hermanas mías, con que dice: Como perdonamos; ya como cosa hecha, como he dicho. Y advertid mucho en esto, que cuando destas cosas acaecen a un alma, y en la oración que he dicho de contemplación perfeta, no sale muy determinada, y si se le ofrecen lo pone por obra, de perdonar cualquier injuria, por grave que sea, no sólo estas naderías que llaman injurias, no fíe mucho de su oración;

que al alma a quien Dios llega a sí en oración tan subida, no llega, ni se le da más ser estimada que no. No dije bien, que sí da, que mucha más pena le da la honra que la deshonra, y el mucho holgar con descanso, que los trabajos. Porque cuando de veras les ha dado el Señor aquí su reino, ya no le quiere en este mundo; y para más subidamente reinar, entiende que este es el verdadero camino, y ha visto por experiencia el bien que le viene, y lo que se adelanta un alma en padecer por Dios. Porque por maravilla llega su Majestad a hacer tan grandes regalos sino a personas que han pasado de buena gana muchos trabajos por él. Porque, como dije en otra parte deste libro, son grandes los trabajos de los contemplativos, que ansí los busca el Señor, gente experimentada.

7. Pues entended, hermanas, que como éstos tienen ya entendido lo que es todo, en cosa que pasa no se detienen mucho. Si de primer movimiento da pena una gran injuria y trabajo, aún no lo ha bien sentido cuando acude la razón por otra parte, que parece que levanta la bandera por sí, y deja casi aniquilada aquella pena con el gozo que le da ver que le ha puesto el Señor cosa en que un día podrá ganar más delante de su Majestad, de mercedes y favores perpetuos, que pudiera ser que ganara él en diez años con trabajos que quisiera tomar por sí. Esto es muy ordinario, a lo que yo entiendo, que he tratado muchos contemplativos, que como otros precian oro y joyas, precian ellos trabajos, porque tienen entendido que esto los ha de hacer ricos. Destas personas está muy lejos estima suya de nada, gustan que entiendan sus pecados, y de decirlos cuando ven que tienen estima dellos. Ansí les acaece de su linaje, que ya saben que en el reino que no se acaba no han de ganar por aquí; si gustasen ser de buena casta,

es cuando para más servir a Dios fuera menester; cuando no, pésales que los tengan por más de lo que son, y sin ninguna pena desengañan, sino con gusto. Y el caso debe ser que a quien Dios hace merced de tener esta humildad y amor grande a Dios en cosa que sea servirle más, ya se tiene a sí tan olvidado, que aun no puede creer que otros sienten algunas cosas, ni lo tiene por injuria.

8. Estos efetos que he dicho a la postre, son de personas y almas llegadas más a perfeción, y a quien el Señor muy ordinario hace mercedes de llegarlos a sí por contemplación perfeta. Mas lo primero, que es estar determinado á sufrir injurias, y sufrirlas aunque sea recibiendo pena, digo, que muy en breve lo tiene quien tiene ya esta merced del Señor de llegar a unión, y que si no tiene estos efetos, ni sale muy fuerte en ellos de la oración, crea que no era la merced de Dios, sino alguna ilusión del demonio porque nos tengamos por más honrados. Puede ser que al principio, cuando el Señor hace estas mercedes, no luego el alma quede con esa fortaleza; mas digo que si las continúa a hacer, que en breve tiempo se hace con fortaleza, y ya que no la tenga en otras virtudes, en esto de perdonar, sí.

9. No puedo yo creer que el alma que tan junto llega de la mesma misericordia, adonde conoce lo que es y lo mucho que le ha perdonado Dios, deje de perdonar luego con toda facilidad, y quede allanada en quedar muy bien con quien la injurió: porque tiene presente el regalo y merced que le ha hecho, adonde vió señales de grande amor, y alégrase que se le ofrezca en qué le mostrar alguno.

10. Torno a decir que conozco muchas personas que las ha hecho el Señor merced de levantarlas a cosas sobrenaturales, dándoles esta oración o contempla-

ción que queda dicha, y aunque las veo con otras faltas e imperfeciones, como ésta no he visto ninguna, ni creo la habrá si las mercedes son de Dios, como he dicho. El que las recibiere mayores, mire en sí cómo van creciendo estos efetos, y si no viere en sí ninguno, témase mucho, y no crea que esos regalos son de Dios, que siempre enriquece el alma adonde llega. Esto es cierto, que aunque la merced y el regalo pase presto, que se entiende de espacio en las ganancias con que queda el alma. Y como el buen Jesús sabe muy bien esto, determinadamente dice a su Padre Santo que perdonamos a nuestros deudores.

CAPITULO XXXVII

Dice la excelencia desta oración del *Paternoster*, y cómo hallaremos de muchas maneras consolación en ella.

1. Es cosa para alabar mucho al Señor cuán subida en perfeción es esta oración evangelical, bien como ordenada de tan buen Maestro, y ansí podemos, hijas, cada una tomarla a su propósito. Espántame ver que en tan pocas palabras está toda la contemplación y perfeción encerrada, que parece no hemos menester otro libro, sino estudiar en éste. Porque hasta aquí nos ha enseñado el Señor todo el modo de oración y de alta contemplación, desde los principiantes, a la oración mental, y de quietud y unión, que a ser yo para saberlo decir, se podía hacer un gran libro de oración sobre tan verdadero fundamento. Ahora ya comienza el Señor a darnos a entender los efetos que deja, cuando son mercedes suyas, como habéis visto.

2. Pensado he yo cómo no se había su Majestad declarado más en cosas tan subidas y escuras para que

todos las entendiésemos; y hame parecido que como había de ser general para todos esta oración, que porque pudiese pedir cada uno a su propósito, y se consolase, pareciéndonos le damos buen entendimiento, lo dejo ansi en confuso, para que los contemplativos, que ya no quieren cosas de la tierra, y personas ya muy dadas a Dios, pidan las mercedes del cielo que se pueden, por la gran bondad de Dios, dar en la tierra; y los que aún viven en ella (y es bien que vivan conforme a sus estados), pidan también su pan, que se han de sustentar sus casas, y es muy justo, y santo, y ansí las demás cosas conforme a sus necesidades. Mas miren que estas dos cosas, que es darle nuestra voluntad y perdonar, que es para todos. Verdad es que hay más y menos en ello, como queda dicho; los perfetos darán la voluntad como perfetos, y perdonarán con la perfeción que queda dicha; nosotras, hermanas, haremos lo que pudiéremos, que todo lo recibe el Señor. Porque parece una manera de concierto que de nuestra parte hace con su Eterno Padre, como quien dice: Haced Vos esto, Señor, y harán mis hermanos estotro.

3. Pues a buen seguro que no falte por su parte; ¡oh, que es muy buen pagador y paga muy sin tasa! De tal manera podemos decir una vez esta oración, que como entienda no nos queda doblez, sino que haremos lo que decimos, nos deje ricas. Es muy amigo; tratemos verdad con él tratando con llaneza y claridad, que no digamos una cosa y nos quede otra; siempre da más de lo que pedimos. Sabiendo esto nuestro buen Maestro, y que los que de veras llegasen a perfeción en el pedir habían de quedar tan en alto grado con las mercedes que les había de hacer el Padre Eterno, y entendiendo que los ya perfetos o que van camino dello (que no temen ni deben, como dicen, tienen el mundo debajo de

los pies, contento el Señor dél), como por los efetos que hace en sus almas, pueden tener grandísima esperanza que su Majestad lo está, y que, embebidos en aquellos regalos, no querrían acordarse que hay otro mundo, ni que tienen contrarios. ¡Oh sabiduría eterna! ¡Oh buen enseñador, y qué gran cosa es, hijas, un buen Maestro sabio, temeroso, que previene a los peligros! Es todo el bien que un alma espiritual puede acá desear, porque es gran seguridad.

4. No podría encarecer con palabras lo que importa esto. Ansí que viendo el Señor que era menester despertarlos y acordarlos que tienen enemigos, y cuán más peligrosos es en ellos ir descuidados, y que mucha más ayuda han menester del Padre Eterno, porque caerán de más alto, y para no andar engañados sin entenderse, pide estas peticiones tan necesarias a todos, mientras vivimos en este destierro, que son: «y no nos traigas, Señor, en tentación, mas líbranos de mal».

CAPITULO XXXVIIII

Que trata de la gran necesidad que tenemos de suplicar al Padre Eterno nos conceda lo que pedimos en estas palabras: *Et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo*, y declara algunas tentaciones. Es de notar.

1. Grandes cosas tenemos aquí que pensar y que entender, pues lo pedimos. Ahora mirad, hermanas, que tengo por muy cierto los que llegan a la perfeción, que no piden al Señor los libre de los trabajos y de las tentaciones y peleas, que este es otro efeto muy cierto y grande de espiritu del Señor, y no ilusión en la contemplación y mercedes que su Majestad les diere, porque, como poco ha dije, antes los desean, y los piden, y los aman. Son como los soldados, que están más contentos

cuando hay más guerras, porque esperan salir con más ganancia; si no las hay, sirven con su sueldo, mas ven que no pueden medrar mucho. Creed, hermanas, que los soldados de Cristo, que son los que tienen contemplación, no ven la hora de pelear. Nunca temen mucho enemigos públicos; ya los conocen y saben que con la fuerza que en ellos pone el Señor, no tienen fuerza, y que siempre quedan vencidos y ellos con gran ganancia; nunca los vuelven el rostro. Los que temen, y es razón teman siempre, y pidan los libre el Señor dellos, son unos enemigos traidores, unos demonios que se transfiguran en ángel de luz, vienen disfrazados; hasta que han hecho mucho daño en el alma no se dejan conocer, sino que nos andan bebiendo la sangre y acabando las virtudes, y andamos en la mesma tentación y no lo entendemos.

2. Destos pidamos, hijas, y supliquemos muchas veces en el *Paternoster* que nos libre el Señor, y que no consienta andemos en tentación; que nos traigan enseñadas, que se descubra la ponzoña, que no nos escondan la luz. Y a la verdad, ¡oh, con cuánta razón nos enseña nuestro buen Maestro a pedir esto, y lo pide por nosotros! Mirad, hijas, que de muchas maneras dañan, no penséis que es sólo en hacernos entender que los gustos que pueden fingir en nosotros y regalos son de Dios. Este me parece el menos daño en parte que ellos pueden hacer; antes podrá ser que con esto hagan caminar más aprisa, porque, cebados de aquel gusto, están más horas en la oración; y como ellos están ignorantes de que es el demonio, y como se ven indignos de aquellos regalos, no acabarán de dar gracias a Dios, quedarán más obligados a servirle; esforzarse han a disponerse para que les haga más mercedes el Señor, pensando son de su mano.

3. Procurad, hermanas, siempre humildad, y ved que no sois dignas destas mercedes, y no las procuréis. Haciendo esto, tengo para mí que muchas almas pierde el demonio por aquí, pensando hacer que se pierdan, y que saca el Señor del mal que pretende hacer nuestro bien. Porque mira su Majestad nuestra intención, que es contentarle y servirle, estándonos con él en la oración, y fiel es el Señor. Bien es andar con aviso, no haga quiebra en la humildad con alguna vanaglo ria, suplicando al Señor os libre en esto. No hayáis miedo, hijas, que os deje su Majestad regalar mucho de nadie, sino de sí. Adonde el demonio puede hacer gran daño sin entenderle, es haciéndonos creer que tenemos virtudes no las teniendo, que esto es pestilencia. Porque en los gustos y regalos parece sólo que recibimos y que quedamos más obligados a servirle; acá parece que damos y servimos, y que está el Señor obligado a pagar, y ansí poco a poco hace mucho daño. Que por una parte enflaquece la humildad, por otra descuidámonos de adquirir aquella virtud que nos parece la tenemos ya ganada. Y sin sentir, pareciéndonos vamos seguros, damos con nosotros en un hoyo que no podemos salir dél, aunque no sea de conocido pecado mortal, para llevarnos al infierno todas veces, es que nos desjarreta las piernas para no andar este camino de que comencé a tratar, que no se me ha olvidado.

4. Yo os digo que es bien peligrosa esta tentación; yo sé mucho desto por experiencia, y ansí os lo sabré decir, aunque no tan bien como quisiera. Pues ¿qué remedio, hermanas? El que a mí me parece mejor es lo que nos enseña nuestro Maestro: oración, y suplicar al Padre Eterno que no permita andemos en tentación. También os quiero decir otro alguno, que si nos parece que el Señor ya nos ha dado alguna virtud, que enten-

damos que es bien recibido, y que nos la puede tornar a quitar, como a la verdad acaece muchas veces, y no sin gran providencia de Dios. ¿Nunca lo habéis visto por vosotras, hermanas? Pues yo, sí; unas veces me parece que estoy muy desasida, y en hecho de verdad, venido a la prueba lo estoy. Otras veces me hallo tan asida, y de cosas que por ventura el día antes burlába yo dello, que casi no me conozco. Otras veces me parece tengo mucho ánimo, y que a cosa que fuese servir a Dios no volvería el rostro, y probado es ansí que le tengo para algunas; otro día viene que no me hallo con él para matar una hormiga por Dios, si en ello hallase contradición. Ansí, unas veces me parece que de ninguna cosa que dijeren de mí o me murmurasen, no se me daría nada, y he probado algunas veces ser ansí, que antes me da contento; vienen días que sólo una palabra me aflige, y querría irme del mundo, porque me parece me cansa todo. Y en esto no soy sola yo, que lo he mirado en muchas personas mejores que yo, y sé que pasa ansí.

5. Pues si esto es ansí, ¿quién podrá decir de sí que tiene virtud, ni que está rico, pues al mejor tiempo que haya más menester la virtud se halla de ella pobre? Que no, hermanas, sino pensemos siempre lo estamos, y no nos adeudemos sin tener de qué pagar, porque de otra parte ha de venir el tesoro, y no sabemos cuándo nos querrá dejar en la cárcel de nuestra miseria sin darnos nada. Y si teniéndonos por buenas nos hace merced y honra, que es el emprestar que digo, quedáranse burlados ellos y nosotras. Verdad es que, sirviendo con humildad, en fin, nos socorre el Señor en las necesidades; mas si no hay de veras esta virtud, a cada paso, como dicen, os dejará el Señor; y es grandísima merced suya, que es para que la tengáis en mucho, y en-

tendáis con verdad que no tenemos nada que no lo recibamos.

6. Ahora, pues, notad otro aviso; hácenos entender el demonio que tenemos una virtud, digamos de paciencia, porque nos determinamos y hacemos muy continos actos de pasar mucho por Dios, y parécenos en hecho de verdad que lo sufriríamos, y ansí estamos muy contentas, porque ayuda el demonio a que lo creamos. Yo os aviso no hagáis caso destas virtudes, ni pensemos las conocemos sino de nombre, ni que nos las ha dado el Señor, hasta que veamos la prueba. Porque acaecerá que a una palabra que os digan a vuestro disgusto, vaya la paciencia por el suelo. Cuando muchas veces sufriéredes, alabad a Dios, que os comienza a enseñar esta virtud, y esforzaros a padecer, que es señal que en eso quiere se la paguéis, pues os lo da, y no la tengáis sino como depósito, como ya queda dicho.

7. Trae otra tentación, y háceos el demonio entender que sois pobre, y tiene alguna razón, porque habéis prometido pobreza con la boca como el religioso, o porque en el corazón lo queréis ser, como acaece a personas que tienen oración. Ahora bien; prometida la pobreza, o diciendo el que piensa que es pobre, yo no quiero nada; esto tengo porque no puedo pasar sin ello; en fin, he de vivir para servir a Dios; él quiere que sustentemos estos cuerpos, y otras mil diferencias de cosas que el demonio enseña aquí, como ángel de luz, porque todo es bueno. Y ansí hacerle entender que ya es pobre y tiene esta virtud, y que todo está hecho.

8. Ahora vengamos a la prueba, que esto no se conocerá de otra manera sino andándole siempre mirando a las manos; y si hay cuidado, muy presto da señal, tiene demasiada renta, entiéndese respeto de lo necesario,

y no que si puede pasar con un mozo, traiga tres; pónenle un pleito por algo dello, o déjale de pagar el pobre labrador, tanto desasosiego le da, y tanta pena en ello, como si sin ello no pudiera vivir. Dirá que porque no se pierda por mal recaudo, que luego hay disculpa. No digo yo que lo deje, sino que lo procure, y que si fuere, bien, y si no, también. Porque el verdadero pobre tiene en tan poco estas cosas, que ya que por algunas causas las procura, jamás le inquietan, porque nunca piensa le ha de faltar, y que le falte no se le da mucho; tiénelo por cosa acesoria y no principal; como tiene pensamientos más altos, a fuerza de brazos se ocupa en estotro.

9. Pues un religioso o religiosa que ya está averiguado que lo es, al menos que lo ha de ser, no posee nada, porque no lo tiene a las veces, mas si hay quien se lo dé, por maravilla le parece le sobra; siempre gusta de tener algo guardado, y si puede tener un hábito de fino paño, no le pide de ruin, alguna cosilla que pueda empeñar o vender, aunque sean libros, porque si viene una enfermedad, ha menester más regalo del ordinario. Pecadora de mí, que eso es lo que prometistes, descuidar de vos y dejarlo a Dios, venga lo que viniere; porque si andáis proveyéndoos para lo por venir, mas sin distraeros tuviérades renta cierta. Aunque esto se puede hacer sin pecado, es bien nos vamos entendiendo estas imperfeciones para ver que nos falta mucho para tener esta virtud, y la pidamos a Dios y la procuremos, porque con pensar que la tenemos, estamos descuidados y engañados, que es lo peor.

10. Ansí nos acaece en la humildad, que nos parece no queremos honra ni se nos da nada; viene la ocasión de tocaros en un punto, luego en lo que sentís y hacéis se entenderá que no sois humildes; porque si algo os

viene para más honra, no lo desecháis, ni aun los pobres que hemos dicho para más provecho, y plega a Dios no lo procuren ellos. Y traen ya tan en la boca, que no quieren nada, ni se les da nada de nada (como en hecho de verdad lo piensan ansí), que aun la costumbre de decirlo les hace más que lo crean. Mucho hace al caso andar siempre sobre aviso para entender esta tentación, ansí en las cosas que he dicho como en otras muchas. Porque cuando de veras da el Señor una sola virtud destas, todas parece las trae tras sí; es muy conocida cosa. Mas tórnoos a avisar que, aunque os parezca la tenéis, temáis que os engaña, porque el verdadero humilde siempre anda dudoso en virtudes propias, y muy ordinariamente le parecen más ciertas y de más valor las que ve en sus prójimos.

CAPITULO XXXIX

Prosigue la mesma materia, y da aviso de algunas tentaciones de diferentes maneras, y pone dos remedios para que se puedan librar dellas. Este capítulo es mucho de notar, ansí para los tentados de humildades falsas, como para los Confesores.

1. Guardaos, pues, también, hijas, de unas humildades que pone el demonio con grande inquietud, de la gravedad de nuestros pecados, que suele apretar aquí de muchas maneras, hasta apartarse de las comuniones, y de tener oración particular (por lo no merecer, les pone el demonio), y cuando llegan al Santísimo Sacramento, en si se aparejan bien o no se les va el tiempo que habían de recibir mercedes. Llega la cosa a término de hacer parecer a un alma, que por ser tal, la tiene Dios tan dejada, que casi pone duda en su misericordia. Todo le parece peligro lo que trata, y sin fruto

lo que sirve, por bueno que sea; dale una desconfianza que se le caen los brazos para hacer ningún bien, porque le parece que lo que lo es en los otros, en ella es mal.

2. Mirad mucho, hijas, mirad mucho en este punto que os diré, porque alguna vez podrá ser humildad y virtud tenernos por tan ruin, y otras, grandísima tentación; porque yo he pasado por ella la conozco. La humildad no inquieta, ni desasosiega, ni alborota el alma, por grande que sea, sino viene con paz, y regalo, y sosiego. Aunque uno de verse ruin entienda claramente merece estar en el infierno, y se aflige, y le parece con justicia todos le habían de aborrecer, y que casi no osa pedir misericordia, si es buena humildad, esta pena viene con una suavidad en sí y contento, que no querríamos vernos sin ella; no alborota ni aprieta el alma, antes la dilata y hace hábil para servir más a Dios. Esto tra pena todo lo turba, todo lo alborota, toda el alma revuelve, es muy penosa. Creo pretende el demonio que pensemos tenemos humildad, y si pudiese a vueltas, que desconfiásemos de Dios. Cuando ansí os halláredes, atajad el pensamiento de vuestra miseria lo más que pudiéredes, y ponedlo en la misericordia de Dios y en lo que nos ama y padeció por nosotros. Y si es tentación, aun esto no podréis hacer, que no os dejará sosegar el pensamiento ni ponerle en cosa, sino para fatigaros más; harto será si conocéis que es tentación. Ansí es en penitencias desconcertadas, para hacernos entender que somos más penitentes que las otras, y que hacéis algo. Si os andáis escondiendo del confesor o prelado, o si diciéndoos que lo dejéis, no lo hacéis, es clara tentación; procurad, aunque más pena os dé, obedecer, pues en esto está la mayor perfeción.

3. Pone otra bien peligrosa tentación, que es una

seguridad de parecernos que en ninguna manera tornaríamos a las culpas pasadas y contentos del mundo; que ya le tengo entendido, y sé que se acaba todo, y que más gusto me dan las cosas de Dios. Esta, si es a los principios, es muy mala, porque con esta seguridad no se les da nada de tornarse a poner en las ocasiones, y hacernos dar de ojos, y plega a Dios que no sea muy peor la recaída; porque como el demonio ve que es alma que le puede dañar y aprovechar a otras, hace todo su poder para que no se levante. Ansí que, aunque más gustos y prendas de amor el Señor os dé, nunca andéis tan seguras que dejéis de temer que podéis tornar a caer, y guardaos de las ocasiones.

4. Procurad mucho tratar esas mercedes y regalos con quien os dé luz sin tener cosa secreta, y tened este cuidado, que en principio y fin de la oración, por subida contemplación que sea, siempre acabéis en propio conocimiento; y si es de Dios, aunque no queráis ni tengáis este aviso, lo haréis aún más veces, porque trae consigo humildad, y siempre deja con más luz para que entendamos lo poco que somos. No me quiero detener más, porque muchos libros hallaréis destos avisos; lo que he dicho es porque he pasado por ello, y vístome en trabajo algunas veces, y todo cuanto se puede decir; no puede dar entera seguridad.

5. Pues, Padre Eterno, ¿qué hemos de hacer sino acudir a Vos y suplicaros no nos traigan estos contrarios nuestros en tentación? Cosas públicas vengan, que con vuestro favor mejor nos libraremos; mas esas traiciones, ¿quién las entenderá? Dios mío, siempre hemos menester pediros remedio; decidnos, Señor, alguna cosa para que nos entendamos y aseguremos. Ya sabéis que por este camino no van los muchos; si han de ir con tantos miedos, irán muy menos.

6. Cosa extraña es ésta, como si a los que no van por camino de oración no tentase el demonio, y que se espanten más todos de uno que engaña más llegado a perfeción, que de cien mil que ven en engaños y pecados públicos, que no hay que andar a mirar si es bueno o malo, porque de mil leguas se entiende. Mas a la verdad tienen razón, porque son tan poquísimos a los que engaña el demonio de los que rezaren el *Paternoster* como queda dicho, que, como cosa nueva y no usada, da admiración. Que es cosa muy de los mortales pasar fácilmente por lo contino que ven, y espantarse mucho de lo que es muy pocas veces, o casi ninguna; y los mesmos demonios los hacen espantar, porque les está a ellos bien, que pierden muchos por uno que se llega a la perfeción. Digo que es tan de espantar, que no me maravillo se espanten; porque si no es muy por su culpa, van tanto más seguros que los que van por otro camino, como los que están en el cadalso mirando el toro, o los que andan poniéndosele en los cuernos. Esta comparación he oído, y paréceme al pie de la letra. No hayáis miedo, hermanas, de ir por estos caminos, que muchos hay en la oración, porque unas aprovechan en uno, y otras, en otro. Camino seguro es; mas aina os libraréis de las tentaciones estando cerca del Señor, que estando lejos. Suplicáselo, y pedíselo, como hacéis tantas veces cada día en el *Paternoster*.

CAPITULO XL

Dice cómo, si procuramos siempre andar en amor y temor, iremos seguros entre tantas tenaciones.

1. Pues buen Maestro nuestro, dadnos algún remedio cómo vivir sin mucho sobresalto en guerra tan pe-

ligrosa. El que podemos tener, hijas, y nos dió su Majestad, es amor y temor; que el amor nos hará apresurar los pasos, y el amor nos hará ir mirando adónde ponemos los pies, para no caer en camino adonde hay tanto en qué tropezar, como caminamos todos los que vivimos; y con esto a buen seguro que no seamos engañadas. Diréisme que en qué veréis que tenéis estas virtudes tan grandes, y tenéis razón, porque cosa muy cierta y determinada no la puede haber; porque siéndolo de que tenemos amor, lo estaríamos de que estamos en gracia.

2. Mas mirad, hermanas, hay unas señales que parece que los ciegos las ven, no están secretas; aunque no queráis entenderlas, ellas dan voces, que hacen mucho ruido; porque no son muchos los que con perfeción las tienen, y ansí se señalan más. Como quien no dice nada, amor y temor de Dios. Son dos castillos fuertes, de donde se da guerra al mundo y a los demonios. Los que de veras aman a Dios, todo lo bueno aman, todo lo bueno quieren, todo lo bueno favorecen, todo lo bueno loan; con los buenos se juntan siempre, y los favorecen, y defienden; no aman sino verdades y cosas que sean dignas de amar.

3. ¿Pensáis que es posible, los que muy de veras aman a Dios, amar vanidades ni riquezas, ni cosas del mundo, ni deleites, ni honras? Ni tienen contiendas, ni andan con envidias, todo porque no pretenden otra cosa sino contentar al amado; andan muriendo porque los ame, y ansí ponen la vida en entender cómo le agradará más. Que el amor de Dios, si de veras es amor, es imposible esté muy encubierto; si no, mirad un San Pablo, una Magdalena; en tres días el uno comenzó a entenderse que estaba enfermo de amor (este fué San Pablo), la Magdalena desde el primero día, y ¡cuán bien

entendido! Que esto tiene, que hay más y menos, y ansí se da a entender, como la fuerza que tiene el amor; si es poco, dase a entender poco; si es mucho, mucho; mas poco o mucho, como haya amor de Dios, siempre se entiende. Mas de lo que ahora tratamos (que es de los engaños e ilusiones que hace el demonio a los contemplativos) no hay poco en ellos, siempre es el amor mucho, o ellos no serán contemplativos; y ansí no se da entender mucho y de muchas maneras.

Es fuego grande, no puede sino dar gran resplandor; y si esto no hay, anden con gran recelo, crean que tienen bien que temer, procuren entender qué es, y hagan oraciones, anden con humildad y supliquen al Señor no los traiga en tentación, que cierto a no haber esta señal, yo temo que andamos en ella; mas andando con humildad, procurando saber la verdad, sujetas al confesor y tratando con él con verdad y llaneza, como está dicho, fiel es el Señor. Creed que si no andáis con malicia ni tenéis soberbia, con lo que el demonio os pensare dar la muerte, os da la vida, aunque más cocos e ilusiones os quieran hacer.

4. Mas si sentís este amor de Dios que tengo dicho, y el temor que ahora diré, andad alegres y quietas, que por haceros turbar el alma, para que no goce tan grandes bienes, os porná el demonio mil temores falsos, y hará que otros os los pongan; porque ya que no puede ganaros, al menos procura haceros algo perder, y que pierdan los que pudieran ganar mucho, creyendo son de Dios las mercedes tan grandes que hace a una criatura tan ruin, y que es posible hacerlas, que parece algunas veces que tenemos olvidadas sus misericordias antiguas.

5. ¿Pensáis que le importa poco al demonio poner estos temores? No, sino mucho, porque hace dos daños:

el uno, que atemoriza a los que lo oyen de llegarse a la oración, pensando que han de ser también engañados; el otro, que se llegarían muchos más a Dios viendo que es tan bueno, como he dicho, que es posible comunicarse ahora tanto con los pecadores. Póneles codicia, tienen razón, que yo conozco algunas personas que esto les animó, y comenzaron oración, y en poco tiempo salieron verdaderos, haciéndoles el Señor grandes mercedes. Ansí que, hermanas, cuando entre vosotras viéredes alguna a quien el Señor las haga, alabadle mucho por ello, y nó por eso penséis que está segura; antes la ayudá con más oración, porque nadie lo puede estar mientras vive y anda engolfado en los peligros deste mar tempestuoso.

6. Ansí que no dejaréis de entender este amor adónde está, ni sé cómo se puede encubrir. Pues si amamos acá a las criaturas, dicen ser imposible, y que mientras más hacen por encubrirle, más se descubre, siendo cosa tan baja, que no merece nombre de amor, porque se funda en no nada, y es asco poner esta comparación: ¿y habíase de poder encubrir un amor tan fuerte como el de Dios, tan justo que siempre va creciendo, teniendo tanto que amar, que no ve cosa para dejar de amar, y tantas causas de amar; fundado sobre tal cimiento, como es ser pagado con otro amor, que ya no puede dudar dél, por estar mostrado tan al descubierto con tan grandes dolores, y trabajos, y derramamiento de sangre, hasta perder la vida, porque no nos quedase ninguna duda deste amor? ¡Oh, válame Dios, qué cosa tan diferente debe ser el de un amor del otro, a quien lo ha probado! Plega a su Majestad nos le dé a entender antes que nos saque desta vidá; porque será gran cosa a la hora de la muerte ver que vamos a ser juzgadas de quien habemos amado sobre todas las

cosas. Seguras podremos ir con el pleito de nuestras deudas; no será ir a tierra extraña, sino propia; pues es a la de quien tanto amamos y nos ama, que eso tiene mejor (con todo lo demás) que los quereres de acá, que en amándole estamos bien seguros que nos ama.

7. Acordaos, hijas mías, aquí de la ganancia que trae este amor consigo, y de la pérdida que es no le tener, que nos pone en manos del tentador, en manos tan crueles, manos tan enemigas de todo bien y tan amigas de todo mal. ¿Qué será de la pobre alma que, acabada de salir de tales dolores y trabajos, como son los de la muerte, cae luego en ellas? ¡Qué mal descanso le viene! ¡Qué despedazada irá al infierno! ¡Qué multitud de serpientes de diferentes maneras! ¡Qué temeroso lugar! ¡Qué desventurado hospedaje! Pues para una noche una mala posada se sufre mal, si es persona regalada (que son los que más deben de ir allá); pues posada para siempre sin fin, ¿qué pensáis sentirá aquella triste alma? Que no queramos regalos, hijas, bien estamos aquí; todo es una noche la mala posada; alabemos a Dios, esforcémonos a hacer penitencia en esta vida. Mas ¡qué dulce será la muerte de quien de todos sus pecados la tiene hecha, y no ha de ir al Purgatorio! Como desde acá aún podría ser que comience a gozar de la gloria. No verá en sí temor, sino toda paz; y que no lleguemos a esto, hermanas, siendo posible, gran cobardía será; supliquemos a Dios, si vamos a recibir luego penas, sea adonde, con esperanza de salir dellas, las llevemos de buena gana y adonde no perdamos su amistad y gracia, y que nos la dé en esta vida para no andar en tentación sin que lo entendamos.

CAPITULO XLI

Que habla del temor de Dios, y cómo nos hemos de guardar de pecados veniales.

1. ¿Cómo me he alargado? Pues no tanto como quisiera, porque es cosa sabrosa hablar con tal amor; ¿qué será tenerle? ¡Oh, Señor mío, dádmele Vos, no vaya yo desta vida hasta que no quiera cosa della, ni sepa qué cosa es amar fuera de Vos, ni acierte a poner este nombre en nadie, pues todo es falso, pues lo es el fundamento, y ansí no durará el edificio. No sé por qué nos espantamos cuando oyo decir: aquél me pagó mal, estotro no me quiere; yo me río entre mí. ¿Qué os ha de pagar ni qué os ha de querer? En esto veréis quién es el mundo, que en ese mesmo amor os da después el castigo; y eso es lo que os deshace, porque siente mucho la voluntad de que la hayáis traído embebida en juego de niños.

2. Ahora vengamos al temor de Dios, aunque se me hace de mal no hablar en este amor del mundo un rato, porque os librárades dél para siempre; mas porque salgo de propósito lo habré de dejar. El temor de Dios es cosa también muy conocida de quien le tiene y de los que le tratan; aunque quiero entendáis que a los principios no está tan crecido, sino es en algunas personas a quien (como he dicho) da el Señor en breve tanto, y las sube a tan altas cosas de oración, que desde luego se entiende bien. Mas adónde no van las mercedes en este crecimiento, que, como he dicho, en una llegada dejo un alma rica de todas las virtudes, vase creciendo poco a poco, y vase aumentando el valor y creciendo más cada día. Aunque desde luego se entiende, porque

luego se apartan de pecados y de las ocasiones y malas compañías, y se ven otras señales. Mas cuando ya llega el alma a contemplación (que es de lo que más ahora aquí tratamos), el temor de Dios también anda muy al descubierto, como el amor; no va disimulado aun en lo exterior. Aunque con mucho aviso se miren estas personas, no las verán andar descuidadas, que por grande que le tengamos en mirarlas, las tiene el Señor de manera, que, si gran interese se les ofrece, no harán de advertencia un pecado venial; los mortales temen como al fuego. Y éstas son las ilusiones que yo querría, hermanas, que temiésemos mucho, y supliquemos siempre a Dios no sea tan recia la tentación, que le ofendamos, sino que nos venga conforme a la fortaleza que nos ha de dar para vencerla, que con limpia conciencia poco daño o ninguno os puede hacer. Esto es lo que hace al caso, este temor es lo que yo deseo que nunca se quite de nosotras, que es lo que nos ha de valer.

3. ¡Oh, que es gran cosa no tener ofendido al Señor, para que sus esclavos infernales estén atados, que en fin, todos le han de servir aunque les pese, sino que ellos es por fuerza, y nosotros de toda voluntad! Ansí que teniéndole contento, ellos estarán a raya, no harán cosa con que nos puedan dañar, aunque más nos traigan en tentación y nos armen lazos secretos. En lo interior tened esta cuenta y aviso, que importa mucho: que no descuidéis hasta que os veáis con tan gran determinación de no ofender al Señor, que perderíades mil vidas antes que hacer un pecado mortal; y de los veniales estéis con mucho cuidado de no hacerlos de advertencia, que de otra suerte, ¿quién estará sin hacer muchos? Mas hay una advertencia muy pensada, y otra tan de presto, que casi haciéndose el pecado venial y

advirtiéndose es todo uno, que no nos podemos entender. Mas pecado muy de advertencia, por muy chico que sea, Dios nos libre dél, que yo no sé cómo tenemos tanto atrevimiento como es ir contra un tan gran Señor, aunque sea en muy poca cosa; cuanto más que no hay poco, siendo contra una tan gran Majestad y viendo que nos está mirando, que esto me parece a mí es pecado sobrepensado y como quien dice: Señor, aunque os pese, haré esto; ya veo que lo veis y sé que no lo queréis y lo entiendo; mas quiero más seguir mi antojo y apetito que no vuestra voluntad. ¿Y qué en cosa de esta suerte hay poco? A mí no me parece leve la culpa, sino mucha y muy mucha.

4. Mirad por amor de Dios, hermanas, si queréis ganar este temor de Dios, que va mucho en entender cuán grave cosa es ofensa de Dios, y tratarlo en vuestros pensamientos muy de ordinario, que nos va la vida y mucho más tener arraigada esta virtud en nuestras almas, y hasta que la tengáis es menester andar siempre con mucho cuidado, y apartarnos de todas las ocasiones y compañías que no nos ayuden a llegarnos más a Dios. Tened gran cuenta con todo lo que hacemos para doblar en ello vuestra voluntad; y cuenta con lo que se hablare vaya con edificación; huir de donde hubiere pláticas que no sean de Dios.

5. Ha menester mucho para arraigar y para que quede muy impreso en este temor, aunque si de veras hay amor, presto se cobra; mas en teniendo el alma visto en sí con gran determinación, como he dicho, que por cosa criada no hará una ofensa a Dios, aunque después se caiga alguna vez (porque somos flacos y no hay que fiar de nosotros; cuando más determinados, menos confiados de nuestra parte, que de donde ha de venir la confianza ha de ser de Dios), no os desanime, sino

procure luego pedir perdón. Cuando esto que he dicho entendamos de nosotros no es menester andar tan encogidos ni apretados, que el Señor nos favorecerá, y ya la costumbre nos será ayuda para no ofenderle, sino andar con una santa libertad, tratando con quien fuere justo, aunque sean personas distraídas; porque las que antes que tuviésedes este verdadero temor de Dios os fueran tósigo y ayuda para matar el alma, muchas veces después os la darán para amar a Dios y alabarle, porque os libró de aquello que veis ser notorio peligro. Y si antes fuéredes parte para ayudar a sus flaquezas, ahora lo seréis para que se vayan a la mano de ellos, por estar delante de vos, que sin quereros hacer honra acaece esto.

6. Yo alabo al Señor muchas veces, y pensando de dónde verná, porque sin decir palabra, muchas veces un siervo de Dios ataja las palabras que se dicen contra él; debe ser que, ansí como acá, si tenemos un amigo siempre se tiene respeto, si es en su ausencia, a no hacerle agravio delante dél, que saben que lo es; y como aquí está en gracia, la mesma gracia debe hacer que por bajo que sea se le tiene respeto, y no le den pena en cosa que tanto entiende ha de sentir como ofender a Dios. El caso es que yo no sé la causa, mas de que es muy ordinario esto. Ansí que no os apretéis, porque si el alma se comienza a encoger, es muy mala cosa para todo lo bueno, y a las veces da en ser escrupulosa, y veisla aquí inhabilitada para sí y para los otros; ya que no dé en esto será buena para sí; mas no llegarán muchas almas a Dios como ven tanto encogimiento y apretura. Es tal nuestro natural, que las atemoriza y ahoga, y aun se les quita la gana (por no verse en semejante apretura) de llevar el camino que vos lleváis, aunque conocen claro ser de más virtud.

7. Y viene otro daño de aquí, que en juzgar a otros (como no van por vuestro camino, sino con más santidad por aprovechar el prójimo, tratan con libertad y sin esos encogimientos), luego os parecerán imperfectos. Si tienen alegría santa, parecerá disolución; en especial en las que no tenemos letras, ni sabemos en lo que se puede tratar sin pecado, es muy peligrosa cosa; y aun en dar en tentación contina (y muy de mala digestión, porque es en perjuicio del prójimo) y pensar que si no van todos por el modo que vos encogidamente, no van tan bien, es malísimo. Y hay otro daño que en algunas cosas me habéis de hablar, y es razón habléis, por miedo de no exceder en algo, no osaréis sino por ventura decir bien de lo que sería muy bien abominásedes.

8. Ansí que, hermanas, todo lo que pudiéredes sin ofensa de Dios, procurá ser afables, y entender de manera con todas las personas que os trataren, que amen vuestra conversación y deseen vuestra manera de vivir y tratar, y no se atemoricen y amedrenten de la virtud. A las religiosas importa mucho esto; mientras más santas, más conversables con sus hermanas; que aunque sintáis mucha pena (si no van sus pláticas todas como vos las querríades hablar), nunca os extrañéis dellas, y ansí aprovecharéis y seréis amadas. Que mucho hemos de procurar ser afables, y agradar, y contentar a las personas que tratamos, en especial a nuestras hermanas.

9. Ansí que, hijas mías, procurá entender de Dios en verdad, que no mira taptas menudencias como vosotras pensáis, y no dejéis que se os encoja el ánima y el ánimo, que se podrán perder muchos bienes. La intención recta y la voluntad determinada (como tengo dicho) de no ofender a Dios, no dejéis arrinconar vues-

tra alma, que en lugar de procurar santidad, sacará muchas imperfeciones que el demonio le porná por otras vías; y como he dicho, no aprovechará a sí y a las otras tanto como pudiera. Veis aquí cómo con estas dos cosas, amor y temor de Dios, podemos ir por este camino sosegados y quietos, aunque (como el temor ha de ir siempre adelante) no descuidados, que esta seguridad no la hemos de tener mientras vivimos, porque sería gran peligro, y ansí lo entendió nuestro Enseñador, que en el fin desta oración dice a su Padre estas palabras, como quien entendió bien que eran menester.

CAPITULO XLII

En que trata destas postreras palabras: *Sed libera nos a malo.*

1. Paréceme tiene razón el buen Jesús de pedir al Padre nos libre del mal (esto es, de los peligros y trabajos desta vida), por lo que toca a nosotros, porque en cuanto vivimos, corremos mucho riesgo; y por lo que toca a sí, porque ya vemos cuán cansado estaba desta vida cuando dijo en la cena a sus apóstoles: Con deseo he deseado cenar con vosotros; que era la postrera cena de su vida, adonde se ve cuán sabrosa le era la muerte. Y ahora no se cansarán los que han cien años, sino siempre con deseo de vivir; mas a la verdad, no la pasamos tan mal ni con tantos trabajos como su Majestad la pasó, y tan pobremente. ¿Qué fué toda su vida sino una contina muerte, siempre trayendo la que le habían de dar tan cruel delante de los ojos? Y esto era lo menos; ¡mas tantas ofensas como veía se hacían a su Padre y tanta multitud de almas como se perdían! Pues

si acá, a una que tenga caridad le es esto gran tormento, ¿qué sería en la caridad sin tasa ni medida deste Señor? Y qué gran razón tenía de suplicar al Padre que le librase ya de tantos males y trabajos y le pusiese en descanso para siempre en su reino, pues era verdadero heredero dél. Y ansí, añadió: amén; que en él entiendo yo que, pues con él se acaban todas las cosas, pidió al Padre el Señor que seamos librados de todo mal para siempre; y ansí suplico yo al Señor me libre de todo mal para siempre, pues no me desquito de lo que debo, sino que puede ser por ventura cada día me adeudo más. Y lo que no se puede sufrir, Señor, es no poder saber cierto que os amo, ni si son acetos mis deseos delante de Vos.

2. ¡Oh Señor y Dios mío, libradme ya de todo mal y sed servido de llevarme adonde están todos los bienes! ¿Qué esperan ya aquí aquellos a quien Vos habéis dado algún conocimiento de lo que es el mundo y tienen viva fe de lo que el Padre Eterno les tiene guardado. El pedir esto con el deseo grande y toda determinación por gozar de Dios, es un gran efeto para los contemplativos, de que las mercedes que en la oración reciben son de Dios. Ansí que los que lo tuvieren, ténganlo en mucho; el pedirlo yo no es por esta vía (digo que no se tome por esta vía), sino que, como he tan mal vivido, temo ya de más vivir y cansarme tantos trabajos.

3. Los que participan de los regalos de Dios no es mucho que deseen estar adonde no los gocen a sorbos, y que no quieran estar en vida adonde tantos embarazos hay para gozar de tanto bien, y que deseen estar adonde no se les ponga el sol de justicia. Haráseles todo escuro cuanto acá después ven, y de cómo viven me espanto. No debe ser con contento quien ha comen-

zado a gozar y le han dado ya acá prendas de su reino, adonde no ha de vivir por su voluntad, sino por la del Rey.

4. ¡Oh, cuán otra vida debe ser ésta para no desear la muerte! ¡Cuán diferentemente se inclina aquí nuestra voluntad a lo que es la voluntad de Dios! Ella quiere que queramos la verdad: nosotros queremos la mentira; quiere que queramos lo eterno: acá nos inclinamos a lo que se acaba; quiere que queramos cosas grandes y subidas: acá queremos bajas y de tierra; querría quisiésemos sólo lo seguro: acá amamos lo dudoso. Que es burla, hijas, sino suplicar a Dios nos libre para siempre de todo mal. Y aunque no vamos en el deseo con tanta perfeción, esforcémonos a pedir la petición. ¿Qué nos cuesta pedir mucho, pues pedimos a poderoso? Vergüenza sería pedir a un emperador un maravedí. Y para que acertemos, dejemos a su voluntad el dar, pues ya le tenemos dada la nuestra, y sea para siempre santificado su nombre en los cielos y en la tierra, y en mí sea siempre hecha su voluntad. Amén.

5. Ahora mirad, hermanas, cómo el Señor me ha quitado de trabajo, enseñando a vosotras y a mí el camino que comencé a deciros, dándome a entender lo mucho que pedimos cuando decimos esta oración evangélica. Sea bendito por siempre, que es cierto que jamás vino a mi pensamiento que había tan grandes secretos en ella, que ya habéis visto que encierra en sí todo el camino espiritual, desde el principio hasta engolfar Dios el alma y darla abundosamente a beber de la fuente de agua viva que estaba al fin del camino; y es ansí que salida della, digo desta oración, no sé ya más ir adelante. Parece nos ha querido el Señor dar a entender, hermanas, la gran consolación que está aquí encerrada, y que es gran provecho para las personas

que no saben leer; si lo entendiesen por esta oración, podrían sacar mucha doctrina y consolarse en ella.

6. Pues deprendamos, hermanas, de la humildad con que nos enseña este nuestro buen Maestro, y suplicarle me perdone, que me he atrevido a hablar en cosas tan altas, pues ha sido por obediencia. Bien sabe su Majestad que mi entendimiento no es capaz para ello, si él no me enseñara lo que he dicho. Agradecéselo vosotras, hermanas, que debe haberlo hecho por la humildad con que me lo pedistes y quisistes ser enseñadas de cosa tan miserable. Si el Padre Presentado fray Domingo Báñez, que es mi confesor (a quien le daré antes que le veáis), viere que es para vuestro aprovechamiento, y os lo diere, consolarme he que os consoléis; si no estuviere para que nadie le vea, tomaréis mi voluntad, que con la obra he obedecido a lo que me mandastes; que yo me doy por bien pagada del trabajo que he tenido en escribir, que no por cierto en pensar lo que he dicho; bendito sea y alabado el Señor por siempre jamás, de donde nos viene todo el bien que hablamos y pensamos y hacemos. Amén. Amén.

ÍNDICE

DE LO QUE CONTIENE ESTE TOMO

Págs.

PRÓLOGO..... 5

Capítulo I.—En que trata cómo comenzó el Señor a despertar esta alma en su niñez a cosas virtuosas, y la ayuda que es para esto serlo los padres..... 7

Cap. II.—Trata cómo fué perdiendo estas virtudes, y lo que importa en la niñez tratar con personas virtuosas..... 10

Cap. III.—En que trata cómo fué parte la buena compañía para tornar a despertar sus deseos, y por qué manera comenzó el Señor a darle alguna luz del engaño que había traído..... 15

Cap. IV.—Dice cómo le ayudó el Señor para forzarse a sí mesma para tomar hábito, y las muchas enfermedades que su majestad la comenzó a dar... 18

Cap. V.—Prosigue en las grandes enfermedades que tuvo, y la paciencia que el Señor le dió en ellas, y cómo saca de los males bienes, según se verá en una cosa que le acaeció en este lugar que se fué a curar..... 24

Cap. VI.—Trata de lo mucho que debió al Señor en darle conformidad con tan grandes trabajos; y como tomó por medianero y abogado al glorioso San José, y lo mucho que le aprovechó..... 31

Cap. VII.—Trata por los términos que fué perdiendo las mercedes que el Señor le había hecho, y cuán perdida vida comenzó a tener; dice los daños que hay en no ser muy encerrados los monasterios de monjas..... 38

Págs.

Cap. VIII.—Trata del gran bien que le hizo no se apartar del todo de la oración para no perder el alma; y cuán excelente remedio es para ganar lo perdido. Persuade a que todos la tengan. Dice cómo es tan gran ganancia, y que aunque la tornen a dejar, es gran bien usar algún tiempo de tan gran bien..... 51

Cap. IX.—Trata por qué terminos comenzó el Señor a despertar su alma, y darle luz en tan grandes tinieblas, y a fortalecer sus virtudes para no ofenderle..... 58

Cap. X.—Comienza a declarar las mercedes que el Señor la hacia en la oración, y en lo que nos podemos nosotros ayudar, y lo mucho que importa que entendamos las mercedes que el Señor nos hace. Pide a quien esto envía, que de aquí adelante sea secreto lo que escribiere; pues la mandan diga tan particularmente las mercedes que le hace el Señor..... 63

Cap. XI.—Dice en qué está la falta de no amar a Dios con perfeción en breve tiempo; comienza a declarar, por una comparación que pone, cuatro grados de oración; va tratando aquí el primero; es muy provechoso para los que comienzan y para los que no tienen gustos en la oración..... 69

Cap. XII.—Prosigue en este primer estado, dice hasta dónde podemos llegar con el favor de Dios por nosotros mesmos, y el daño que es querer, hasta que el Señor haga subir el espíritu a cosas sobrenaturales y extraordinarias..... 79

Cap. XIII.—Prosigue en este primer estado y pone avisos para algunas tentaciones que el demonio suele poner algunas veces, y da avisos para ellas; es muy provechoso..... 84

Cap. XIV.—Comienza a declarar el segundo grado de oración, que es ya dar el Señor al alma a sentir gustos más particulares. Decláralo para dar a entender cómo son ya sobrenaturales. Es harto de notar..... 95

Cap. XV.—Prosigue en la mesma materia, y da algunos avisos de cómo se han de haber en esta ora-

Págs.

ción de quietud. Trata de como hay muchas almas que llegan a tener esta oración, y pocas que pasen adelante. Son muy necesarias y provechosas las cosas que aquí se tocan..... 101

Cap. XVI.—Trata del tercer grado de oración, y va declarando cosas muy subidas, y lo que puede el alma que llega aquí, y los efectos que hacen estas mercedes tan grandes del Señor. Es muy para levantar el espíritu en alabanzas de Dios; y para gran consuelo de quien llegare aquí..... 111

Cap. XVII.—Prosigue la mesma materia de declarar este tercer grado de oración; acaba de declarar los efectos que hace, dice el impedimento que aquí hace la imaginación y memoria..... 116

Cap. XVIII.—En que trata del cuarto grado de oración; comienza a declarar por excelente manera la gran dignidad en que el Señor pone al alma que está en este estado; es para animar mucho a los que tratan oración para que se esfuercen de llegar a tan alto estado, pues se puede alcanzar en la tierra, aunque no por merecerlo, sino por la bondad del Señor. Léase con advertencia, porque se declara por muy delicado modo y tiene cosas mucho de notar..... 121

Cap. XIX.—Prosigue en la mesma materia, comienza a declarar los efectos que hace en el alma este grado de oración. Persuaden mucho a que no tornen atrás, aunque después desta merced tornen a caer, ni dejen la oración. Dicen los daños que vernán de no hacer esto; es mucho de notar, y de gran consolación para los flacos y pecadores..... 125

Cap. XX.—En que trata la diferencia que hay de unión a arrobamiento, declara qué cosa es arrobamiento, y dice algo del bien que tiene el alma que el Señor por su bondad llega a él; dice los efectos que hace..... 138

Cap. XXI.—Prosigue y acaba este postrer grado de oración; dice lo que siente el alma que está en él de tornar a vivir en el mundo, y de la luz que da el Señor de los engaños dél; tiene buena doctrina. 152

Cap. XXII.—En que trata cuán seguro camino es para los contemplativos no levantar el espíritu a

Págs.

cosas altas, si el Señor no le levanta; y cómo ha de ser el medio para la más subida contemplación la Humanidad de Cristo. Dice de un engaño en que ella estuvo un tiempo; es muy provechoso este capítulo..... 159

Cap. XXIII.—En que torna a tratar del discurso de su vida, y cómo comenzó a tratar de más perfección, y por qué medios; es provechoso para las personas que tratan de gobernar almas que tienen oración, saber cómo se han de haber en los principios y el provecho que le hizo saberla llevar..... 170

Cap. XXIV.—Prosigue lo comenzado, y dice cómo fué aprovechando su alma después que comenzó a obedecer, y lo poco que le aprovechaba resistir a las mercedes de Dios, y cómo su Majestad se las iba dando más cumplidas..... 179

Cap. XXV.—En que trata el modo y manera cómo se entienden estas hablas que hace Dios al alma sin oirse, y de algunos engaños que puede haber en ello, y en qué se conocerá cuándo lo es. Es de mucho provecho para quien se viere en este grado de oración, porque se declara muy bien, y de harta doctrina..... 183

Cap. XXVI.—Prosigue en la mesma materia, va declarando y diciendo cosasque le han acaecido, que le hacían perder el temor y afirmar que era buen espíritu el que la hablaba..... 195

Cap. XXVII.—En que trata otro modo con que enseña el Señor al alma, y sin hablarla, la da a entender su voluntad por una manera admirable. Trata también de declarar una visión y gran merced que le hizo el Señor, no imaginaria. Es mucho de notar este capítulo..... 199

Cap. XXVIII.—En que trata las grandes mercedes que le hizo el Señor, y cómo le apareció la primera vez; declara qué es visión imaginaria; dice los grandes efetos y señales que deja cuando es de Dios. Es muy provechoso capítulo y mucho de notar..... 209

Cap. XXIX.—Prosigue en lo comenzado y dice algunas mercedes grandes que la hizo el Señor, y

Págs.

las cosas que su Majestad la hacía para asegurarla, y para que respondiese a los que la contradecían..... 220

Cap. XXX.—Torna a contar el discurso de su vida y cómo remedió el Señor muchos de sus trabajos con traer al lugar donde estaba al santo varón Fray Pedro de Alcántara, de la Orden del glorioso San Francisco. Trata de grandes tentaciones y trabajos interiores que pasaba algunas veces.... 228

Cap. XXXI.—Trata de algunas tentaciones exteriores y representaciones que le hacía el demonio y tormentos que le daba. Trata también algunas cosas harto buenas, para aviso de personas que van camino de perfección..... 240

Cap. XXXII.—En que trata cómo quiso el Señor ponerla en espíritu en un lugar del infierno, que tenía por sus pecados merecido. Cuenta una cifra de lo que allí se le representó por lo que fué. Comienza a tratar la manera y modo cómo se fundó el monasterio, adonde ahora está, de San José... 253

Cap. XXXIII.—Procede en la mesma materia de la fundación del glorioso San José. Dice cómo le mandaron que no entendiese en ella, y el tiempo que lo dejó, y algunos trabajos que tuvo, y cómo la consolaba en ellos el Señor..... 263

Cap. XXXIV.—Trata cómo en este tiempo convino que se ausentase deste lugar; dice la causa, y cómo la mandó ir su Perlado para consuelo de una señora muy principal que estaba muy afligida. Comienza a tratar lo que allá le sucedió y la gran merced que el Señor la hizo de ser medio para que su Majestad despertase a una persona muy principal para servirle muy de veras, y que ella tuviese favor y amparo después en él. Es mucho de notar..... 272

Cap. XXXV.—Prosigue en la mesma materia de la fundación desta casa de nuestro glorioso Padre San José. Dice por los términos que ordenó el Señor viniese a guardarse en ella la santa pobreza; y la causa por qué se vino de con aquella señora que estaba, y otras algunas cosas que le sucedieron..... 283

Págs.

Cap. XXXVI.—Prosigue en la materia comenzada, y dice cómo se acabó de concluir y se fundó este monasterio del glorioso San José, y las grandes contradiciones y persecuciones que después de tomar hábito las religiosas hubo, y los grandes trabajos y tentaciones que ella pasó, y cómo de todo la sacó el Señor con victoria, y en gloria y alabanza suya.. 290

Cap. XXXVII.—Trata de los efetos que le quedaban cuando el Señor le había hecho alguna merced; junta con esto harto buena doctrina. Dice cómo se ha de procurar y tener en mucho ganar algún grado más de gloria, y que por ningún trabajo dejemos bienes que son perpetuos..... 305

Cap. XXXVIII.—En que trata de algunas grandes mercedes que el Señor la hizo, así en mostrarle algunos secretos del cielo, como otras grandes visiones y revelaciones que su Majestad tuvo por bien viese; dice los efetos con que la dejaban y el gran aprovechamiento que quedaba en su alma. 312

Cap. XXXIX.—Prosigue en la mesma materia de decir las grandes mercedes que le ha hecho el Señor; trata de cómo le prometió de hacer por las personas que ella le pidiese; dice algunas cosas señaladas en que la ha hecho su Majestad este favor.... 327

Cap. XL.—Prosigue en la mesma materia de decir las grandes mercedes que el Señor la ha hecho. De algunas se puede tomar harto buena doctrina, que éste ha sido, según ha dicho, su principal intento después de obedecer, poner las que son para provecho de las almas. Con este capítulo se acaba el discurso de su vida que escribió; sea para gloria del Señor. Amén..... 340

El Maestro Fray Luis de León al lector..... 353

CAMINO DE PERFECCIÓN

LIBRO LLAMADO CAMINO DE PERFECCIÓN.—ARGUMENTO GENERAL DESTE LIBRO..... 365

PRÓLOGO..... 366

Págs.

Capítulo I.—De la causa que me movió a hacer con tanta estrechura este monasterio..... 369

Cap. II.—Que trata cómo se han de descuidar de las necesidades corporales, y del bien que hay en la pobreza..... 371

Cap. III.—Prosigue lo que en el primero comenzó a tratar, y persuade a las hermanas a que se ocupen siempre en suplicar a Dios favorezca a los que trabajan por la Iglesia; acaba con una exclamación. 376

Cap. IV.—En que se persuade la guarda de la regla, y de tres cosas importantes para la vida espiritual. 381

Cap. V.—Prosigue en los confesores, dice lo que importa sean letrados..... 388

Cap. VI.—Torna a la materia que comenzó del amor perfeto..... 391

Cap. VII.—En que trata de la mesma materia de amor espiritual y de algunos avisos para ganarle. 395

Cap. VIII.—Que trata del gran bien que es desasirse de todo lo criado interior y exteriormente..... 402

Cap. IX—Que trata del gran bien que hay en huir los deudos, los que han dejado el mundo, y cuán verdaderos amigos hallan..... 404

Cap. X.—Trata cómo no basta desasirse de lo dicho si no nos desasimos de nosotras mesmas, y cómo está junta esta virtud y la humildad..... 406

Cap. XI.—Prosigue en la mortificación, y dice la que se ha de adquirir en las enfermedades..... 410

Cap. XII.—Trata de cómo ha de tener en poco la vida y la honra el verdadero amador de Dios.... 413

Cap. XIII.—Prosigue en la mortificación, y cómo la religiosa ha de huir de los puntos y razones del mundo, para llegarse a la verdadera razón.... 417

Cap. XIV.—En que trata lo mucho que importa en no dar profesión a ninguna que vaya contrario su espíritu de las cosas que quedan dichas..... 421

Cap. XV.—Que trata del gran bien que hay en no disculparse, aunque se vean condenar sin culpa. 422

Págs.

Cap. XVI.—De la diferencia que debe haber en la perfeción de la vida de los contemplativos a los que se contentan con oración mental, y cómo es posible algunas veces subir Dios un alma distraída a perfeta contemplación, y la causa dello. Es mucho de notar este capítulo, y el que viene cabe él..... 426

Cap. XVII.—De cómo no todas las almas son para contemplación, y cómo algunas llegan a ella tarde, y que el verdadero humilde ha de ir contento por el camino que le llevare el Señor..... 431

Cap. XVIII.—Que prosigue en la mesma materia y dice cuánto mayores son los trabajos de los contemplativos que de los activos. Es de mucha consolación para ellos..... 434

Cap. XIX.—Que comienza a tratar de la oración, habla con almas que no pueden discurrir con el entendimiento..... 439

Cap. XX.—Trata cómo por diferentes vías nunca falta consolación en el camino de la oración, y aconseja a las hermanas desto sean sus pláticas siempre..... 447

Cap. XXI.—Que dice lo mucho que importa comenzar con gran determinación a tener oración, y no hacer caso de los inconvenientes que el demonio pone..... 450

Cap. XXII.—En que declara qué es oración mental 454

Cap. XXIII.—Trata de lo que importa no tornar atrás quien ha comenzado camino de oración, y torna a hablar de lo mucho que va en que sea con gran determinación..... 458

Cap. XXIV.—Trata cómo se ha de rezar oración vocal con perfeción, y cuán junta anda con ella la mental..... 461

Cap. XXV.—En que dice lo mucho que gana un alma que reza con perfeción vocalmente, y cómo acaece levantarla Dios de allí a cosas sobrenaturales..... 464

Págs.

Cap. XXVI.—En que va declarando el modo para recoger el pensamiento; pone medios para ello. Es capítulo muy provechoso para los que comienzan oración..... 466

Cap. XXVII.—En que trata el gran amor que nos mostró el Señor en las primeras palabras del *Paternoster*, y lo mucho que importa no hacer caso ninguno del linaje las que de veras quieren ser hijas de Dios..... 470

Cap. XXVIII.—En que declara qué es oración de recogimiento, y pónense algunos medios para acostumbrarse a ella..... 473

Cap. XXIX.—Prosigue en dar medios para procurar esta oración de recogimiento; dice lo poco que se nos ha de dar de ser favorecidas de los Perlados. 479

Cap. XXX.—Dice lo que importa entender lo que se pide en la oración. Trata destas palabras del *Paternoster: Sanctificetur nomen tuum*. Aplícalas a oración de quietud, y comiénzala a declarar. 482

Cap. XXXI.—Que prosigue en la mesma materia: declara qué es oración de quietud, y algunos avisos para los que la tienen. Es mucho de notar... 486

Cap. XXXII.—Que trata destas palabras del *Paternoster: Fiat voluntas tua sicut in coelo et in terra*, y lo mucho que hace quien dice estas palabras con toda determinación, y cuán bien se lo pagará el Señor..... 493

Cap. XXXIII.—En que trata de la gran necesidad que tenemos de que el Señor nos dé lo que pedimos en estas palabras del *Paternoster: Panem nostrum quotidianum da nobis hodie*..... 499

Cap. XXXIV.—Prosigue en la mesma materia; es muy bueno para después de haber recibido el Santísimo Sacramento..... 502

Cap. XXXV.—Acaba la materia comenzada con una exclamación al Padre Eterno..... 509

Cap. XXXVI.—Trata de estas palabras: *Dimitte nobis debita nostra*..... 511

Págs.

Cap. XXXVII.—Dice la excelencia desta oración del *Paternoster*, y cómo hallaremos de muchas maneras consolación en ella..... 517

Cap. XXXVIII.—Que trata de la gran necesidad que tenemos de suplicar al Padre Eterno nos conceda lo que le pedimos en estas palabras: *Et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo;* y declara algunas tentaciones. Es de notar... 519

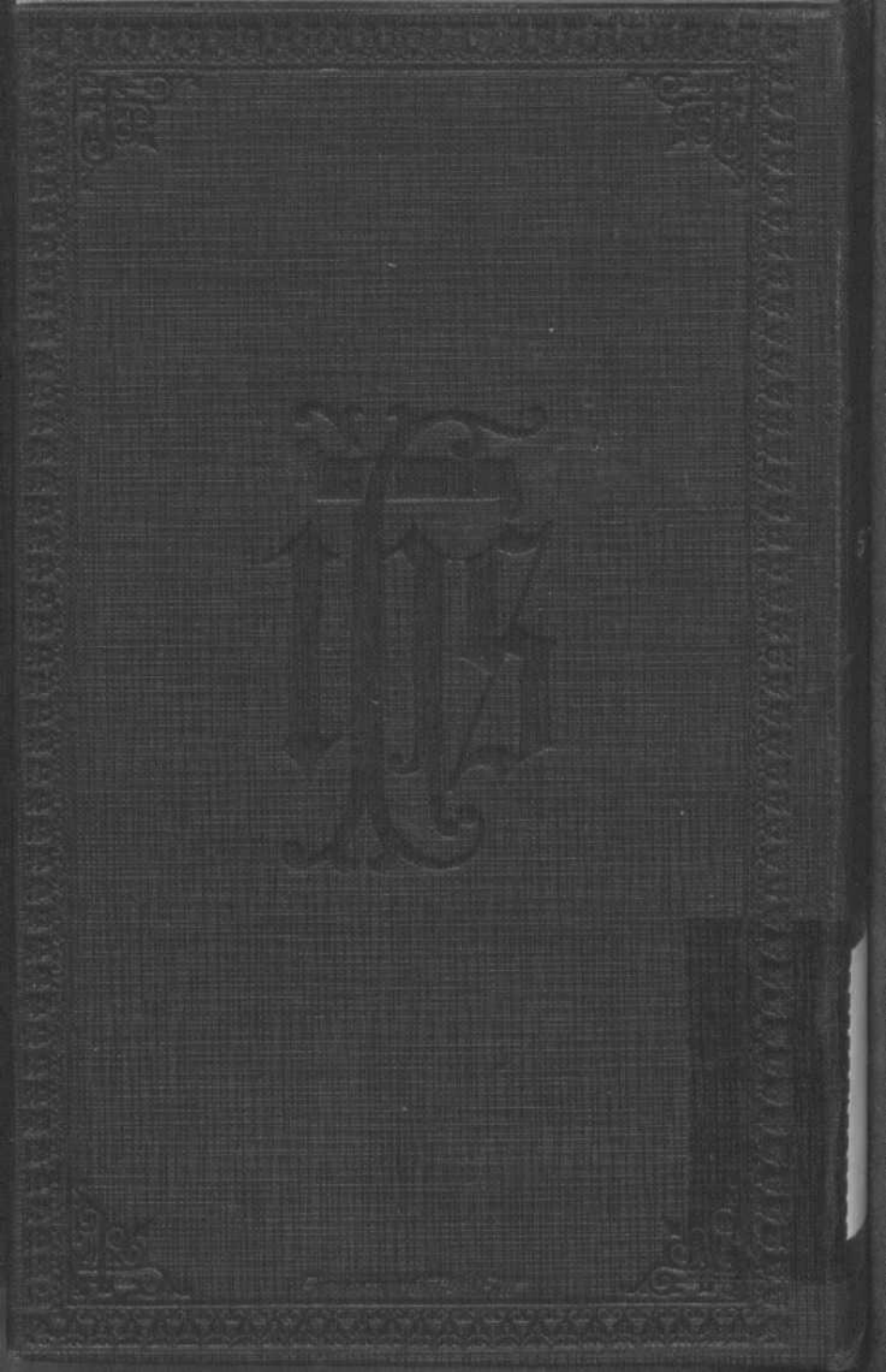
Cap. XXXIX.—Prosigue la mesma materia, y da avisos de algunas tentaciones de diferentes maneras, y pone dos remedios para que se puedan librar dellas. Este capítulo es mucho de notar, ansí para los tentados de humildades falsas como para los Confesores..... 525

Cap. XL.—Dice cómo, si procuramos siempre andar en amor y temor, iremos seguros entre tantas tentaciones..... 528

Cap. XLI.—Que habla del temor de Dios, y cómo nos hemos de guardar de pecados veniales..... 533

Cap. XLII —En que trata de estas postreras palabras: *Sed libera nos a malo*..... 538





VIDA
de
Sta. Teresa
de Jesús

G 30889